Univ. of
Toronto
Library

Span Lit

REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, Agosto 1918.

156039
17/9/20

El "Codex Juris canonici" de Benedicto XV

(El nuevo Código de Derecho Canónico.)

Entre todas las virtudes, la sinceridad es la más difícil de practicar, porque resulta incompatible hasta con la propia estimación; pero la práctica de la virtud a sabiendas produce un íntimo goce espiritual, que conforta en la lucha contra vanidades y pasiones, y templa el espíritu para mayores esfuerzos. Yo quiero ser sincero al hablar de la obra jurídica del actual Pontífice, y con la satisfacción de serlo,

AP 60 C4 1918 agosto-dic.

estoy compensado de las invectivas que me dirijan los publicanos de mi mundo espiritual, cuando determinen declararme fallido en el pago de la contribución que, para el sostenimiento de la Santa Iglesia Escéptica, Materialista o Volteriana, me tengan asignada.

En el reparto de las dignidades y preeminencias humanas, me acuso de haber visto siempre algo de un fatalismo que se me representó como la suprema determinación de una suprema justicia, no concebida en cerebros humanos ni pronunciada por labios mortales; así, cuando en los estrados forenses contemplé una banda de malhechores, el reputado como jefe, parecióme el más inteligente de todos, tuve en más al homicida que al muerto y al ladrón que al robado y al acreedor que al deudor; consideré que el jefe de un partido tenía una condición excepcional cualquiera, que le alzaba sobre todos sus adeptos, y, a partir de esta intuición, o de esta convicción, jamás dudé de que el Sumo Pontífice de la Cristianidad fuera el más inteligente, el más culto o el más hábil de todos los cristianos,

capaz de elevarse sobre todos ellos, aun cuando no le cediera sus alas el Espíritu Santo, que de esta cesión nada quiero hablar, escribir, ni aun pensar por ser materia en la que no estoy bien documentado, a causa de que la maldición que Dios dejó caer sobre Adán y sus hijos, de ganar el pan *cum sudore vultûs*—que no es la frente, como traducían los dómines—no me libró todavía ocios suficientes para tales especulaciones.

Con estas convicciones vivía yo, cuando leí que Benedicto XV había promulgado el Código de Derecho Canónico, que había comenzado a confeccionar Pío X, y me apresuré a pedirlo a Roma, claro está que después de haberlo buscado en vano por nuestras librerías católicas, que apenas si son otra cosa que trojes o alorines de alfalfa espiritual para los ya demasiado traídos y llevados borregos.

Pocas son las innovaciones que al Derecho Canónico aporta el nuevo Código; pero mejor servicio que el de innovar, le presta al ordenar acertadamente algunos millares de cánones desperdigados, y al seleccionar y hacer

útil la ciencia jurídica dispersa en Decretos, Decretales, Bulas, Encíclicas y Privilegios.

En punto a método es una maravilla tal que, lejos de ofrecer el nuevo Código ese aspecto hermético y solemne que suele caracterizar a las compilaciones legales, tiene la apariencia de una grata colección de previsiones claras para todas las inteligencias, aun para las más apartadas de la iniciación. Extremadamente casuístico, a la manera de los Códigos españoles, ofrece su casuísmo tan perfectamente ordenado que apenas si se advierte, y el latín en el que está escrito, si bien no es el de Cicerón, ni el de Terencio, ni aun el de Ovidio, tampoco es el de las Escrituras—indablemente reconstruídas en la época del Renacimiento—que afirman lo de *Deus creavit cœlum et terram* **intra** *sex dies*.

Está dividido en cinco libros: I. Normas generales.—II. Personas.—III. Cosas.—IV. Procedimientos.—V. Delitos y penas.

En el libro I establece, acerca de la costumbre, una doctrina ampliamente liberal. Reconoce la Iglesia que no se debe legislar con-

tra el común sentir ni contra la estructura espiritual de los pueblos, y acepta el que las costumbres sean como grapas que fijan a la realidad el precepto jurídico, y, aparte esta idea, exalta la costumbre hasta decir en el cánon 29: *Consuetudo est optima legum interpres.*

Claro está que se refiere a la costumbre *racional,* esto es, a la que no es viciosa, ni va contra el derecho divino, ni contra el derecho humano.

Exime de la obligación de cumplir la leyes eclesiásticas a los no bautizados, a los *dementes* y a los menores de siete años. Tiene gran importancia el empleo del vocablo *dementes*, porque da una gran amplitud a la exención, a diferencia de nuestro Código Penal, por ejemplo, que sólo exime al imbécil y al loco, y no al degenerado intelectualmente, al retardado, ni al que vive atormentado por una fobia, ni (lo que es más grave) al epiléptico.

La ignorancia de la ley no excusa su cumplimiento, ni atenúa la sanción, y es lástima

que en este punto, Pío y Benedicto no se hayan dignado seguir las huellas de Santo Tomás y San Agustín, ni aun tomar en consideración, para a favor de ellos hacer algún distingo, los sabios consejos de Dorado Montero.

El libro II fija para las personas la mayoría de edad, es decir, la plenitud de derechos y deberes canónicos, a los veintiún años; la pubertad a los catorce para los varones y a los doce para las hembras, y la infancia hasta los siete años,

Por razón del domicilio las divide en *incolas* (o vecinos), *advenas* (domiciliados), *peregrinos* (transeuntes), y *vagos*.

En este libro trata también de los clérigos regulares y seculares, sus dignidades, oficios, funciones y corporaciones, sin introducir novedad alguna.

Sobre la reintegración de los clérigos al estado laical, aparece suprimido--tal vez nada más que omitido—uno de los procedimientos que la Iglesia tenía en vigor. Podía, previos solicitud y expediente, concederlo el Papa, no

sólo por rescripto, *sine vivæ vocis oráculo*, y en el nuevo Código sólo aparece el procedimiento del rescripto, entre los reservados al Pontífice.

En cuanto a las asociaciones o congregaciones de fieles seglares, las clasifica y les da el siguiente orden de prelación: Ordenes Terceras, Archicofradías, Cofradías, Pías uniones primarias y Pías uniones.

El libro III divide las cosas en espirituales, temporales y mixtas; a continuación define la simonía con arreglo al criterio clásico y fija las penas para los simoníacos.

Trata luego del matrimonio, para el que suprime el impedimento de *esponsales* precedentes, da más fuerza y vigor a los demás y mantiene la indisolubilidad del vínculo de la manera más terminante y absoluta: *Matrimonium validum ratum et consummatum nulla humanâ potestate nullaque causâ, preterquam morte dissolvi potest.* (Cánon 1.118). Autoriza las segundas y posteriores nupcias e impone al cónyuge católico la obligación de catequizar al que no lo sea.

Bajo este mismo apartado estudia los demás sacramentos, y es de notar la amplitud y la precisión con que establece la licitud de cobrar estipendio por las misas y la manera y forma de hacerlo.

Define luego como lugares sagrados las Iglesias, los Oratorios públicos y privados, los Altares fijos y móviles y los Cementerios.

Reduce las fiestas de precepto a los domingos, Navidad, Circuncisión, Ascensión, Corpus-Christi, Epifanía, Concepción, Asunción, San José, San Pedro, San Pablo y Todos los Santos. También atenúa y simplifica los preceptos sobre abstinencias y ayunos.

En los cánones destinados a tratar la parte externa y práctica del culto, no deja como preceptiva más procesión que la del Corpus.

Prohibe a los sacerdotes entablar discusiones con los anticatólicos, sin licencia del Papa o del Ordinario y manda *que a nadie se obligue a creer.*

Se reserva el derecho a la previa censura y prohibición de libros, y en el cánon 1.399 prohibe *ipso iure* los siguientes:

1.° Ediciones de la Sagrada Escritura y de la Iglesia Oriental en cualquier idioma.

2.° Libros propagadores de cismas o herejías o en los que se critiquen los fundamentos de la Religión.

3.° Libros contrarios a la Religión o a las buenas costumbres.

4.° Libros anticatólicos.

5.° Libros que tratan de nuevos milagros, visiones proféticas o apariciones místicas, por muy católicos que sean.

6.° Libros contra el dogma o contra la disciplina.

7.° Libros que traten cualquier género de supersticiones, sortilegios, adivinaciones o espiritismo.

8.° Libros que traten de duelo, suicidio, divorcio o masonería.

9.° Libros de cosas obscenas o lascivas.

10.° Ediciones de liturgia que contengan alteraciones no aprobadas por la Santa Sede.

11.° Libros en los que se ofrezcan indulgencias apócrifas, proscriptas o derogadas.

12.° Imágenes de Dios y los Santos, ajenas al sentido de la Iglesia.

En este punto, en honor a la verdad, no resulta muy liberal el criterio del nuevo Código canónico, considerado en sí mismo: pero si se le compara con esos interminables índices de prohibiciones y restricciones que sirven de pasto a las polillas en las desdichadas bibliotecas parroquiales, no se puede negar que significa un progreso evidente.

Termina este libro con preceptos relativos a los bienes de la Iglesia y su administración, sin introducir en la materia modificaciones sustanciales.

El libro IV puede decirse que es la parte más útil del Código, pues en materia de procedimientos, la jurisdición eclesiástica era un verdadero *maremagnum*. Generalmente el Provisor o los Escribanos fijaban caprichosamente el procedimiento que se había de seguir, al comienzo de cada litigio, y así se daba el caso, por ejemplo, de que para tres divorcios iguales y ante el mismo tribunal, se siguieran tres procedimientos diferentes. El nuevo Código

acepta, adopta y reglamenta los procedimientos civiles más en boga en las legislaciones más adelantadas; concede a los fieles el derecho de acudir en todo momento a la Santa Sede, pero sin suspensión del proceso o del pleito; fija la duración máxima de cada uno en dos años para la primera instancia y uno para la segunda; rompe la rutina de los procedimientos ordinarios al fijar una serie de hechos para los que no es preciso practicar prueba; acepta el procedimiento mixto de alegaciones escritas e informes orales; dicta reglas afinadas para la exacción de las costas procesales y advierte que las sentencias se deben ejecutar con el menor daño posible del interesado.

En este mismo libro se exponen las causas y modos de beatificación y las censuras y sanciones en que incurren los párrocos ineptos, negligentes o de conducta desordenada.

Define el libro V el delito como violación de la ley realizada de un modo externo e imputable, y determina con gran amplitud de criterio las circunstancias modificativas de la culpa.

Divide las penas en *medicinales*, que son la excomunión, el entredicho y la suspensión; *vindicativas*, de las que establece doce para los legos, entre ellas la multa pecuniaria y otras doce para los clérigos, de las que la más grave es la de degradación; y *penitenciarias*, que son, ciertamente, levísimas.

La parte última está destinada al estudio monográfico de cada delito y de la pena que le corresponde según la clasificación y la dosimetría antecedente. Resulta este tratado demasiado casuístico; pero no llega hasta el extremo de formular tablas ni escalas penales a la manera de los códigos clásicos del fuero ordinario.

He aquí una ligera idea de la estructura y del contenido del nuevo Código del Derecho Canónico, que está en vigor para toda la cristiandad desde 19 de Mayo de 1908. Rige desde esa fecha en España como ley del reino, y a sus normas se ajustan los litigios que se tramitan ante los Tribunales eclesiásticos; pero está severamente prohibido reproducir su texto, ni aun traducirlo, de forma que rige en

latín, si no para mayor claridad, al menos para mayor tormento de Abogados y Procuradores que lo estudiaron mal o no lo estudiaron. No me perdonarían mis lectores el que a propósito de esto hiciera yo aquí una sonora declamación sobre la supremacía indispensable del poder civil; pero si son discretos, como espero, pensarán igual que yo: que el Ministerio de Gracia y Justicia ha debido de ofrecer a los litigantes sobre asuntos canónicos la garantía de un texto en idioma comprensible para quien ha de alegarlo y mantenerlo, pues todo era posible y hasta fácil, dado que el poco trabajo que debe pesar sobre nuestro Embajador en el Vaticano, habrá de librarle ocios para durante ellos conquistar el *exequatur* y dado, por último, que la traducción oficial podría hacerse compatible con el lema que a guisa de pie de imprenta lleva el documento: *Ius propietatis vindicabitur.*

Quiero insistir sobre esta observación, porque además del punto de vista que sólo puede interesar a los litigantes y sus asistencias, hay otro interesantísimo: en España el Derecho fo-

ral catalán tiene como supletorio el Derecho canónico, y esto casi hace preceptiva la versión oficial, pues resulta que el nuevo Código de Derecho Canónico, por este medio, viene a incorporarse a nuestro Derecho civil; cosa incomprensible, si conserva su estructura latina.

Para terminar, diré que el volumen, en cuarto, de 524 páginas, forma parte de la colección *Actæ Apostolicæ Sedis* (como si dijéramos Gaceta Oficial del Pontificado), está elegantemente impreso por la Tipografía Políglota Vaticana y se vende a 12 libras en Italia y a 15 francos en el Extranjero. Las libras y los francos es lo único que el volumen no tiene en latín.

Resulta un poco caro, y como la edición tiene que haber sido copiosa, indudablemente debe de haber llevado al Vaticano un buen montón de francos y de libras; pero lo que dirá Su Santidad si de estos bajos menesteres le da cuenta la Cancillería: *¿Quis pascit gregem et de lacte gregis non manducat?*

E. BARRIOBERO Y HERRÁN
(Diputado a Cortes.)

POETAS ESPAÑOLES

FLORACIONES ESPIRITUALES

PRIMERA ÉPOCA

(1907-1909)

Mi corazón está maduro
y, por lo tanto, pleno de belleza.
Tal un fruto en sazón,
exuberante, puro
y dulce bajo la corteza
roja, como su sangre, roja
como el sol y como el fuego.

¡Ah! es hermoso tener un corazón,
maduro ya por la congoja
de la vida y el placer ciego;
un corazón, tesoro
de amor, de luz y ciencia,
que de toda inmundicia se despoja
y ama el sueño de oro

que alumbra y purifica; un corazón
docil siempre a la emoción
más intensa, blando al ruego
y pronto a la pasión,
y que en sí mismo aislarse sabe,
como bajo el ala un ave,
para la meditación...

* * *

¡Oh, brisas! ¡celestes brisas nocturnas
que venís de los reinos distantes
suavemente volando, suavemente corriendo,
perfumadas con las flores abiertas
en los campos por donde pasasteis!

Las estrellas brillan en sus alturas
y os contemplan en la noche fragante,
siguiendo cual pupilas curiosas,
vuestra marcha silenciosa y ligera
por los campos, los montes, los valles...

¡Oh, aladas brisas nocturnas! ¡oh, leves
y deliciosas ráfagas celestiales!
Mi corazón os adora y mi alma
que escucha en silencio vuestros cantares...
Y tiembla, tiembla mi corazón al sentiros,
como cuando pasáis entre los árboles.

* * *

Sólo cuando pienso en ti,
creo que mi vida tiene objeto.
Nunca, nunca me sentí
a un amor tan sujeto,
ni tanta claridad,
pensé que jamás pudiera
llenar mi alma de alegría,
de luz y de bondad.
Es así la primavera;
es así la armonía
que rige el mundo; así
es la belleza—¡la belleza
divina!...— y la tristeza...
—¡como cuando pienso en ti!

* * *

Los arbitrarios sueños van abriendo caminos
al través de las selvas extrañas,
y se ven horizontes cada vez más divinos,
y más sublimes cielos.
¡Ah, corazón! ¿te engañas
quizás? En tus augustos vuelos,
en tus viajes maravillosos,
cuando alcanzas alturas superiores,
¿no quedan abatidos tus dolores
cual colosos
trágicamente derribados?
¡Cielos iluminados
por las más espléndidas estrellas
te procuran tus sueños!

Abajo quedan lágrimas, querellas
y estragos que la altura hace pequeños
—tanto, que casi no se ven...
¿Qué importa, corazón,
que todo sea mentira de los sueños? ¿Y quién
separará la verdad de la ficción
si no sueña también?
Alguien dirá: «La realidad
no es ilusión».
Y ¿qué te importa otra verdad
que no sea la tuya, corazón?

Deja filosofías,
despójate del peso de las dudas.
Las cosas son esfinges mudas
o son alegorías.

* * *

¡Luz del sol que acaricias mi rostro!
El jardín sonríe pleno de armonía.
¡Bella luz de Abril...!
Parece que nos acaricia todo
en esta matinal alegría,
casi infantil.
¡Oh, sol matinal
que aterciopelas los matices
diversos de los árboles y el césped!
Entre los infinitos tonos esmeraldas
hay árboles de oro, plata y grises,
y flores rojas, rosas, gualdas...

¡Qué lujo de color!
¡Cuánta ingenua belleza
en todo, y cuánto amor!
¡Hay un ambiente de vidas tan felices...!
¡Y es el cielo de un celeste tan blanco
que, al admirar, el alma reza,
y se angeliza el corazón!
He descubierto mi cabeza
porque tú la acaricies, Sol.
Vengo a sentarme en el banco
desde el cual se divisan las montañas.
Silba y pasa a lo lejos un tren
delante de un blanco caserío;
y se ven
brillar, como espejos, los meandros del río.
¿El agua está encantada...?
En su paz, como en el sueño mío,
se refleja idealizada
la ventura del cielo.
Los pájaros de la enramada
bajan hasta la arena del sendero,
y gentilmente saltan;
mi presencia no les cohibe,
ni mis miradas les sobresaltan
cual otras veces. Libres, gozosos se detienen
cerca de mí; se exaltan
después, volando a los arbustos,
y de nuevo revienen
para beber el agua del aljibe.
La tierra y el cielo tienen
la ventura del corazón de los justos.

Y tras la curva que describe
el sendero, que alongan las siluetas esbeltas
de los sauces y los pinos de Halepo, vienen
voces y risas infantiles, envueltas
entre el rumor de la brisa en las hojas
y la alegre canción de los pájaros.

Mi corazón, alegre y satisfecho
de vivir, es una rosa de hojas rojas
que se abren dentro de mi pecho,

* * *

Las estrellas lejanas
siempre encantaron mi vida,
y fué su luz desconocida
la aurora de mis mañanas.
¡Claridad de las altas estrellas!
¡Nostálgicos sentimientos!...
Mis ilusiones siempre bellas
y mis más hondos pensamientos
fueron estrellas lejanas.

Frente al jardín abiertas
están siempre las puertas
de mis floridas ventanas
para mirar hacia los cielos.
Y en la paz de las noches inefables,
nubes blancas, lunas bellas
y emocionadas estrellas,
ven navegar mis anhelos
como sonrisas hacia ellas.

¡Oh, excelsitudes de mis vuelos!
Claridad de lejanas estrellas...

* * *

¿El alma tiene luz de luna?
¿Serenidad azul de firmamento
nocturno, y claridad de estrellas?...

El alma tiene una
serenidad y un sentimiento
de melodiosas querellas
y blancas alegrías.
Tiene un presentimiento
y una nostalgia... Y tiene lejanías.

¿Y luz de luna?... Sí;
¡como cuando la luna
en el gran conticinio de la noche, reposa
tan bella y silenciosa
—más que ninguna
otra celeste diosa—,
¡entre las blancas nubes, casi humana!
Tal una ausente hermana
menor, candorosa y pura,
vestida de blanco toda,
como para una boda
extraterrestre. ¡Oh tácita criatura!
¡Oh expresión
de la más alta soledad!
¡Tiene tu corazón mi corazón
tan lejos todavía!...

Flor virginal, criatura hermosa
llena de encanto femenino,
—mas sin sexo—. El alma mía,
¡sí, luna candorosa,
tiene tu resplandor divino
¡el alma mía silenciosa!

* * *

Bajo la luna todo es bello.
El blanco y divino destello
que envuelve al jardín solitario,
pone una extraña idealidad
en todas las cosas. La ciudad
parece un sueño imaginario
bajo la leve claridad
del alto plenilunio—; blanca rosa
del cielo, fragancia luminosa.

Bello es todo bajo la luna,
y por su tenue resplandor
que hace la noche oportuna
para los juegos de amor,
todo ideal se manifiesta.
Como una mágica floresta
vemos proyectarse los sueños;
y nuestro corazón sueña mejor
al gustar esos dulces beleños
hechos de esencias maravillosas,
inefables y misteriosas,
con que la luna resta el dolor

del alma que está sola, sin amor,
sabiendo amar todas las cosas.

* * *

¡Ah! yo me haré insensible
para el dolor. Ya fuerte,
no temeré sufrir. ¿Sufrir?...
Me tornaré divino,
y sólo seré humano ante la muerte.
¡Sí, pero sin gemir
jamás! No debe
ser el albergue de ningún dolor
el alma del poeta.
Conoce su destino
numeroso en amor,
mi corazón preclaro; y la saeta
del Dios gentil que mueve
el telar de las cosas humanas,
abre para mí un camino
celeste, constelado de estrellas luminosas
cual un coro de vírgenes hermanas.
Una inmortal aurora
se muestra ante mis ojos, y una gloria infinita.
La belleza no ríe, la belleza no llora.
El alma es luz, y toda sombra evita;
y es el amor, eterno, inquebrantable.
Tal la sagrada esencia
del alma mía pura e inefable
cuyo arte es su flor, su luz, su ciencia.
Perfuman pétalos de rosas

el corazón del adivino
fídice que suscita
la melodía sideral
tañendo su lira sonora,
¡el gran concierto universal!
Sereno el labio, reza
el cántico divino
consagrado a Natura inmortal,
¡la suprema, la sublime canción!

No, no empañe ningún mal
el mal del héroe que ama la belleza
y exalta la eclosión de la aurora.
¡Paz y luz para ese corazón
que comprende y admira, y nunca llora!

SEGUNDA ÉPOCA

(1912-1915)

El mar azul, maravilloso,
bajo el azul de cielo,
muy lejos de la tierra... ¡El mar esplendoroso
por el que, libremente, va el anhelo!

Canta aquí la más bella sirena,
y se oye el són
de la áurea caracola del tritón
que la borrasca hostil serena

y hace brillar al mar, azul e inmenso,
bajo extensa mirada del sol,

Entre el cordaje tenso
la vela desarrolla su rol
que se infla como una plenitud.
Todo es fuerza, belleza y salud.

En alta mar
este blanco navío
es como un sueño que yo envío
al ideal lejano, triste ya de esperar;
¡este navío en alta mar...!
¡anhelo mío
de llegar!

Cual plenitud que se desborda,
el mar augusto y bello, se dilata.
—Asomados a la alta borda
miramos el agua que juega
dividida en mil rosas de plata,
mientras la nave, segura, navega.

* * *

La mañana me dice: «Te sonrío
porque me has alcanzado
dentro de tí, y es mío
tu tesoro de amor. Me has aportado
lo que te dí, y es tuyo». —Gran verdad
que me nace en el alma, como aurora

de la más pura claridad.
Ante esa visión sonora
una inquietud me asalta
por vosotros, ¡oh, humanos!
Sabedlo: Están lejanos
Dios y los dioses; porque os falta
alguna cosa que añadir
al mundo. El alma mía
os lo viene a decir.
Escuchad: Alegría, alegría.

Está vacío vuestro ser.
¿Late por algo vuestro corazón?
¿Acaso sois la expresión
del gran encanto que debierais ser?

A vuestras pobres almas, no nacidas
aún y que se van sin haber sido,
¡les falta amor! Os sobra, en cambio, olvido
de todo. Haced que surjan las glorias abolidas
y aprended el sentido
del mundo y vuestras vidas.

Quiere ser y será comprendido
el universo un día.
¡Cuando sepáis ser alegría!

* * *

Mi corazón... He ahí el misterio
más grande y más profundo, el enigma

constante, el cautiverio
—que pesa, como un estigma,
sobre el hombre; lo más grave y más serio,
y con lo que se juega
tanto a menudo
y sin saber se entrega
puro, divino y desnudo...
¡El corazón!... Mi corazón
cansado ya de gozar,
de sufrir,
de tener ilusión,
y de todo—menos de amar—,
¡ay! no deja de latir
esté triste o esté
alegre!... Y yo no sé
cómo no quiere descansar...
—¡mi corazón que se parece al mar!

* * *

¿Es mi amor una blanca primavera?

Jardín antiguo, legendario,
con estatuas de marmol en que el sol reverbera
nítidamente en su inmovilidad.
Aparición distante
envuelta en luz y vaguedad,
tal como un sueño de encanto y de infancia
que tiene la fragancia
de los antiguos mitos.
Evocación de una lejana edad

que en mi espíritu complejo,
renovando gérmenes infinitos,
se refleja en un modo de magia y maravilla,
como un paisaje al fondo de un espejo.

¡Alamedas de plata;
encinas de oro viejo;
macizos de arrayanes perfumados
y líricas florestas encantadas;
las florestas de oro
en que la fuente su canción desata
bajo un cielo fantástico y sonoro!

¿Es mi amor una blanca primavera?

Inmensidad azul, lejanías;
ecos empíreos,— como de estrellas
que van atravesando en sus parábolas
los celestes silencios. ¡Armonía!

Blancos celajes fugitivos
que velan a una luna toda blanca;
praderas luminosas de la luna...
¡las nubes, que se marchan
al más allá desconocido,
como si fuesen almas...!

¿Es mi amor una blanca primavera?

Criptas íntimas, interiores;
ritmos de fontanas ocultas

que responden a externas
corrientes de vida inagotables.
Cordiales anhelos
por alturas superiores,
que se elevan del corazón al cielo
como una asunción de surtidores,
y que se extienden y se ensanchan
hacia infinitas márgenes lejanas,
como los amplios círculos de agua.

Perfumes inefables de una brisa
que conmueve las florestas
con manos invisibles,
en invisibles y sonoras fiestas.

¿Es mi amor una blanca primavera?

Excelsas plenitudes;
corrientes de la suprema energía.
El equilibrio de las fuerzas, que engendra
materia, organismo, universo, harmonía....
¡Amor! ¡Las beatitudes
supremas del espíritu universal! ¡El Eter,
que fecunda a la madre de los hombres: Deméter!
Primavera eterna
cuyas leyes gobiernan al mundo
produciendo las ánuas primaveras.
¡Todo un cielo de vida, en movimiento
concorde y misterioso!

Músicas de las esferas...
arpas, liras; escalas, ondas:

acordes, coros, esencias
que el alma de los números enuncia.
Energía que nunca se consume,
que pasa y se transforma,
y vuelve a renacer,
como la primavera sobre el mundo,
como el amor sobre las almas.

¡Es mi amor, es mi amor la primavera!
¡La primavera blanca!

* * *

Amor, cándida esencia,
luz pura, tierra virgen bajo un cielo
pagano y teologal donde una inteligencia
superior va en un vuelo
diáfano y perenne, rozando el corazón
con sus blancas alas que son
en su vuelo inaudito,
la sublime expresión
de anhelos que se extienden sobre el cielo
buscando el infinto.

¡Oh, amor! Clarividencia;
primavera perpetua, encarnación
de una flora ideal;
fragancia espiritual,
nexo inefable y puro
de lo pasado con lo futuro;

eternidad, ¡la eternidad!
¡humano anhelo de inmortalidad!

Intimamente aspira
mi corazón, llegar a la verdad
por que suspira.
Como ama, comprende y admira,
¡admira esos paisajes divinos y fragantes,
en las perspectivas vagas y distantes
de la inmensidad!

* * *

Zodiacos empíreos,
constelan de alegorías
olímpicas y angélicas,
el firmamento azul,
en donde un sol de oro
el haz de sus rayos envía
sobre un inmenso círculo sonoro,

El ígneo foco reluciente
infunde alientos vitales
y da color y movimiento
a esas alegorías inmortales:
deseos, esperanza, ideales,
¡las eternas pasiones
que animan los misterios siderales
y encienden luz en nuestros corazones!

* * *

En el azul el Sol
es tu maestro, corazón,

El Sol, ¿no es el Amor...?

En el azul, el cielo azul,
mira brillar su resplandor.
Toda su luz
es voluntad de vida y de creación.

¡Corazón mío, sobre el azul
el áureo Sol
es como tú,
un corazón, un corazón!

RAFAEL LASSO DE LA VEGA

CARTA LÍRICA

A vos, Señora, estos versos con sangre escritos,
en obsequio al recuerdo que pretenden llevaros.
En ellos va mi alma con sus ramos marchitos.
¡Oh, quién pudiera como entonces contemplaros!
A vos, encastillada en vuestro férreo olvido,
no pudo llegar nunca el gemir de mi llanto.
En mi lucha sin gloria ¿sabéis cuánto he sufrido?
¿De sentirse sufrir conocéis el espanto?
Todo el dolor del mundo es poca cosa
para este corazón que sangra y se lacera

¡Ay, cuando se convierte en espina la rosa!
¡Oh, ser a vuestras manos blando como la cera!
Esta mi pobre carne muere porque no muere
por vos... Por vuestros ojos, de ese azul encantado
de los cielos... Por el gesto que manda y quiere
vernos siempre rendidos a su imperio... ¡Amado
reino de vuestro seno florido; de vuestro
regazo, dulce nido de voluptuosidad!
¡Y aquel morir a besos que era nuestro
sueño de entonces! La única verdad
de mi existencia, corta y larga, tan sumida
en la oscura tristeza de esperar la partida,
sin que vuelva la rosa de amor a perfumarnos,
ni la llama que enciende la carne a calentarnos.

Es un capricho el juego de la vida,
que nos lleva y nos trae en suave balanceo,
del placer al dolor, del olvido al deseo.
Y por fin el naufragio en un mar sin medida,
del que no salvaremos siquiera la esperanza.
Todo lo hemos perdido en esa malandanza.
Lo mejor de las almas lo hemos echado al viento,
y hoy aguza su espina de oro el sentimiento.

Mas los recuerdos vienen en procesión brillante
a la memoria... Y son, noches embriagadoras
en las playas, bañadas por la espuma del mar,
en un coloquio amante,
de dulcísimas horas,
buenas para querer, buenas para besar.

Primero es una noche del mes de Agosto, cuando
quisimos descubrir la isla rosada
que habíamos entrevisto ya soñando
a la luna encantada...
Llevábamos el corazón entre las manos
mirando a los lejanos
horizontes... Cantando aleteaba,
bajo tu cabecita, el pájaro de fuego
de la ilusión .. Quisiste una paz campesina
—que yo también soñaba -
para gozar en amoroso juego,
y en una primavera
eterna —así decías— del paisaje flamante
tal como nos le ofrece la sincera
naturaleza... Un monte lujuriante
de verdura... Una casa entre pinos...
Un arroyuelo manso que tendiera
su cinta de cristal, y se perdiera
entre barrancos, para en los llanos vecinos
surgir, y reflejar unos cielos de encanto,
que sus aguas pondrían en verso casi un canto.
Te gustaba un jardín pequeñito a la puerta.
Un perro que ladrara al caminante... Un gallo
sultán de las gallinas... Y mil lechos de flores
en la fronda... —Mas todo es nada, pues la incierta
promesa de ventura, se anegó en el desmayo
de vuestro olvido—.¿Tal en los albores
de nuestro amor, errabais en mi pobre compaña
que no pudo ni supo conservar el tesoro.
Despues de aquel idilio en la montaña
—¿recordáis vos también?— El pueblecito moro

con su castillo, con sus almenas ruinosas,
con sus bellas leyendas de reyes y sultanas;
y eran nuestra alegría todas aquellas cosas
sencillas como cuentos infantiles...
Luego el encanto rosa de las claras mañanas...
Aquellas bellas tardes sentados al balcón,
que daba al campo, donde la sierra sus perfiles
recortaba en los cielos azules... Y el tañido
de la campana del convento a la oración,
que escuchabais tan llena de emoción.

Y después el olvido.
Así fué poco a poco vuestro hastío
tejiendo el sordo drama... Por fin, vuestra partida...
Lo común, es verdad; pero en el pecho mío,
aun podéis ver, señora, como sangra la herida.

Adiós, y que os colme el destino de flores.
Sólo un recuerdo os pido con que ornar mi tristeza...
Salud. Ahogad en germen los dolores,
y conservad vuestro tesoro de belleza.

ELIODORO PUCHE

CUENTOS ESPAÑOLES

EL PLAGIO

I

Armando Leal, joven, rico, y con un nombre envidiable en las letras, conseguido por sus propios indiscutibles méritos, contrajo matrimonio por amor, exclusivamente por amor, con Rosita González, adorable muchacha, inteligente, sencilla y educada bajo la dirección de unos bondadosos parientes. Rosita tuvo la desgracia de perder a sus padres cuando aun no había cumplido los tres años de edad.

Armando no aumentó su caudal monetario

con aquel casamiento; pero se enriqueció con el amor profundo y verdadero, y esta clase de riqueza producía tantos bienes y andaba tan escasa por los caminos del mundo, que hubiera sido una locura desecharla cuando la ocasión se presentaba tan propicia.

Un año había transcurrido y ni la más leve sombra de tristeza cruzó por aquel hogar abierto a todas las alegrías y a todas las felicidades. Les sonreía el amor y la fortuna. ¿Qué más podían desear?.

Ultimamente, Armando obtuvo un ruidoso éxito con su novela *En busca de la gloria*, y su firma se cotizaba a gran altura en las páginas de las más notables revistas. Este triunfo había servido para realzarle todavía más a los ojos de su esposa que tenía para él esa emoción de suave ternura, mezcla de cariño de madre y de religiosidad y fervor de mujer que venera al amado intensa y calladamente.

Armando, que adoraba en ella la ingenuidad y la sencillez de sus sentimientos, acostumbraba a leerle todos los trabajos que hacía, antes de que aparecieran publicados, y

muchas veces, una apreciación de Rosa le había servido para mostrarle un defecto en su labor o para ayudarle a descubrir una nueva belleza de expresión o de fondo.

II

Contento, feliz, más lleno de esperanzas que nunca, una tarde volvía a su casa para dedicarse a la lectura de un periódico en el cual un crítico de los más descontentadizos le colmaba de elogios. Armando entró en su pisito del aristocrático barrio de Salamanca, cuando el sol traspasaba como una lanza de oro el ventanal del comedorcito moderno, iluminaba con su intensa claridad los finos muebles y ponía chispazos de luz en la rica cristalería y en las bandejas de plata.

Era un jueves y Rosa no estaba en casa, porque era el día de la semana que dedicaba a sus buenos tíos, que le habían servido de padres.

Armando, arrellanándose cómodamente en una *chaisse longue*, se dispuso a leer con detenimiento lo que el sagaz crítico decía de su última novela.

De improviso algo hirió su retina y puso un temblor en su corazón. Sobre el rico tapete de raso blanqueaba un papel repleto de una letra ancha, de rasgos viriles. Lo cogió y leyó nerviosamente.

«Rosa:

Mi amor hacia ti quiero que sea rayo de sol en tarde primaveral; soplo de brisa en día de verano; encanto de cisne sobre lago azul; clavel rojo entre flores mustias; hilo de oro con el cual trenzara un misterio y un ensueño; el misterio de tu cuerpo divino y el ensueño de tus ojos encantados. Tú has puesto estrofas de luz en el libro de versos sombríos de mi destino. Quisiera hablarte en un lenguaje tan sutil, tan vaporoso, que las frases convertidas en mariposas se fueran posando sobre las ideas, y después en un gozo de luz se levantasen todas y agitasen la gloria de sus alas en torno tuyo y se desvaneciesen en el

viento como una sinfonía de luces, de colores y de líneas, ¡Qué locos somos los poetas! ¿Verdad, Rosa, alma de mi alma?»

Armando Leal sintió que todo daba vueltas a su alrededor, como si la habitación se hubiese convertido en una mágica peonza.

Avidamente buscó la firma de aquellos renglones inicuos en los que, bajo la apariencia de un lirismo ya algo pasado de moda, se ocultaba para él una triste realidad; el dolor lancinante de un engaño.

Rosa, la buena, la bondadosa, la que tanto parecía quererlo, alimentaba unos amores culpables. ¡Oh, no! ¿Podía caber en ella tanta maldad? ¿Aquella mirada llena de ternura, había podido ocultar la verdad de sus sentimientos? ¿Quién podría ser el autor de aquellos renglones? El papel no tenía firma. ¡Cómo tomaban precauciones los culpables! ¿Qué hacer? ¿Esperar? ¿Fingir? No. Su temperamento, demasiado violento y enérgico, le vencería; se pondría ella sobre aviso y entonces sería difícil el descubrimiento de su engaño. Y la duda, la horrible duda, la cruel incertidum-

bre duraría lo que le restase de vida. ¡Oh, felicidad, nombre, fortuna! ¿Qué valían ante aquella angustia de su espíritu atribulado?

Súbitamente lanzó un grito de triunfo. Ya había encontrado el medio de descubrirlo todo. Estaba seguro. Era infalible. Serenidad, un poco de serenidad, y la infiel confesaría de plano. ¿Para qué le servían su fantasía de novelista y sus pujos de psicólogo? Rosa caería en la trampa. Por muy lista que fuese, la envolvería en el lazo diestramente arrojado.

Y Armando Leal, ante la certeza de que podía descubrir a la pérfida, sentía por un raro efecto de encontradas pasiones que volvía a su espíritu la tranquilidad perdida.

III

La luz del crepúsculo entra por las caprichosas vidrieras del despacho. Tras los cristales se distingue la masa confusa que forma la arboleda de la Castellana. Oyese lejano el

tintineo de un tranvía. El azul del cielo se va tornando violeta y algunas manchas rosadas, como grandes pétalos, va dejando en el espacio el sol ya casi oculto.

Armando.—Ya he terminado el cuento de que te hablé; no sé si habré acertado. Quiero dar una nota de romanticismo; pero que no se aparte de lo real. Es muy difícil, porque tan pronto se cae en lo vulgar como en lo cursi. Es necesario poseer un alma de artista muy compleja, muy dúctil.

Rosa.—Estoy segura de que habrás vencido todas las dificultades. Para ti el arte no tiene secretos.

Armando —No sé, no sé. Me parece que no he acertado. Fíjate bien, no pierdas una sola frase. Es un cuento para una publicación importantísima, y de no acertar, mi reputación sufriría un descalabro.

Rosa.—Nunca te he visto tan desconfiado. Siempre que me has leído algo has estado alegre, dueño de ti. ¿Qué te pasa?

Armando.—(Algo más tranquilo.) No te extrañe. Ya comprenderás que en el lugar que

me he colocado necesito demostrar todas mis aptitudes de escritor.

Rosa.—Pero tonto, si tú vales más que nadie.

Armando.—(Sereno ya, casi sonriéndose, empieza la lectura. Es un cuento dialogado. En el diálogo se agotan las palabras de amor, los símiles más delicados, las metáforas más atrevidas; es un amor sin esperanzas, porque algo se interpone con crueldad, se citan rimas de Bécquer y algunas estrofas del *Canto a Teresa,* de Espronceda.

(Y de improviso, con voz velada por la emoción, Armando recita de memoria, mirando fijamente a su esposa para no perder una sola contracción ni un gesto de su rostro):

Mi amor hacia ti quiero que sea rayo de sol en tarde primaveral; soplo de brisa en día de verano; encanto de cisne sobre lago azul...

—Clavel rojo entre flores mustias; hilo de oro... exclamó Rosa interrumpiéndole con una estruendosa carcajada. Y levantándose de su asiento, acercóse a su esposo y añadió entre burlona y cariñosa:

—¡Oh, señor plagiario! cómo se reirían los señores críticos si supieran que espigaba usted en campo ajeno. ¿De modo que tan mal nos hallamos de inventiva que necesita usted recurrir a la fantasía del prójimo? A ver, explíquese. ¿De dónde ha copiado esos pensamientos?

Armando no sabía qué contestar. Era tan insólito todo aquello, que permaneció silencioso en espera de que su mujer aclarase el enigma.

No se hizo desear mucho el desenlace. Rosa salió del despacho y volvió a los pocos instantes, trayendo en sus brazos una cajita de sándalo. Con lentitud y cuidado fué repasando los papeles del cofrecito, y al fin lanzó un grito de alegría.

—Caballero: devuélvame el papel que me ha escamoteado de aquí.

—Pero ¿qué dices?—replicó Armando en el colmo del asombro.

Entonces ella contestó, después de unos minutos de silencio:

—Ahora me lo explico todo. Hoy por la ma-

ñana estuve yo andando en esta cajita, y seguramente me dejé olvidado encima de la mesa del comedor uno de estos papeles. Tú lo has cogido para darme esa broma.

Y Rosa reía, mirando amorosamente a Armando. Y después dijo temblorosa y con voz soñadora y melancólica:

—Esta cajita es el único recuerdo que tengo de mis padres. Hace unos días me lo entregó mi tía Eloisa; es la historia completa de sus amores. Se querían mucho, Armando, tanto como nosotros. Mira, mira; son pedazos de alma. Todos los días se escribían en cualquier papel. Y algunos sin firma pasaban de señales a un libro que tenían siempre a la vista. *Pablo y Virginia*, de Saint-Pierre. ¡Eran tan románticos como nosotros!

Rosa quedó en silencio envuelta en el recuerdo de aquellos padres que se amaron tanto.

Armando le devolvió el papel besándolo con fervor, con religiosidad, como si fuese un amuleto que le hubiese salvado la vida.

Luego sintió una tristeza tan honda, que no

pudo articular palabras. Atrajo a la esposa hacia su pecho, y entonces, casi sollozando, consiguió murmurar:

—¡Santa, Santa!

Sonaron en el silencio de la sala unos besos puros, castos, que parecían, en la quietud y en el misterio del obscurecer, una ofrenda de paz infinita y de recuerdo imperecedero hacia aquellos amores conservados milagrosamente en la cajita de sándalo.

En el cielo palpitaban las estrellas como un deseo en el corazón.

José MÁS

ASUNTOS ACTUALES DE ESPAÑA

LA NEUTRALIDAD ACTIVA

Es necesario robustecerse para el día de mañana, pues al terminar la lucha lo probable es que el vencedor, no sólo imponga su ley al vencido, sino también a los individuos que no se hallen preparados para resistir sus imposiciones. Y aunque admitamos con algunos (Ossorio, por ejemplo), un diferente porvenir (por contender pueblos de enorme densidad de población, de grandes necesidades expansivas, de complicados intereses económicos) la preparación no será menos necesaria. Ni el ganancioso podrá dormir tranquilo después del triunfo, ni el que pierda se encerrará resignado en su solar, renunciando al mañana. Lejos de eso, los antagonismos intransigentes y las combinaciones pérfidas prolongarán por mucho

tiempo el estado de lucha con las armas, con los tratados o con la subrepticia intromisión de unos pueblos en la política interior de otros. Africa y el Mediterráneo serán por mucho tiempo bocados para la pasión y la codicia, y al cabo se entenderán los fuertes y quedarán aplastados los débiles, siendo únicamente respetados aquellos pueblos que se hayan hecho acreedores al respeto.

No basta, pues, que España siga con interés vivísimo cuanto con el conflicto europeo se relaciona: es preciso que se prepare económica y militarmente, para lo cual debe resistir toda clase de presiones contra su neutralidad. La eficacia de la propia defensa es cosa tan preciosa, tan deseable y tan difícil de improvisar en el momento preciso, que ningún preparativo es demasiado costoso para obtenerla. Por eso hay que aprovechar la oportunidad de nuestro aquietamiento, haciendo algo todos los días. Por no verse forzada, como lo fué Bélgica, ha realizado Suiza sacrificios inmensos para sostener su neutralidad, en el caso inevitable de que Francia y Alemania volviesen a guerrear, como efectivamente han vuelto, arrastrando a la mayor parte de las naciones de Europa. ¿Por qué ha de ser España menos que Suiza, y no hemos de poner todos manos a

la obra con firmeza y prisa, persuadiéndonos unos a otros de que nos va la vida en ello?

En medio de esta intensa conmoción y ante las responsabilidades que sobre todos gravitan, no basta decir que sufrimos, pero no padecemos, y que hemos tomado la guerra tan *filosóficamente* como, según la frase irónica de Costa, tomamos el desastre colonial. Porque lo que realmente se oculta bajo esa supuesta actitud *filosófica* es la incomprensible indiferencia del español-tipo, para quien lo esencial es que no le pidan dinero, que no le perturben sus hábitos, que no le molesten con el cumplimiento de ásperos deberes, que pueda vegetar, en fin. En esta ocasión, como antes y como siempre, han olvidado gobernantes y gobernados que la previsión más elemental aconseja que toda política interior, en tiempo de lucha, se adapte de la manera más perfecta posible a la política exterior. Y esta adaptación armónica habrá de agudizarse hasta lo sumo, si, como es de temer, el nuevo ofrecimiento de paz que volverán a hacer (como lo hicieron el año pasado los imperios centro-europeos) es rechazado por las potencias aliadas. En tal caso, la guerra se recrudecerá, continuando con más violencia aún que hasta el presente, y en un porvenir muy próximo se ofrecerá

un cuadro apocalíptico, y la neutralidad de España necesitará ser defendida con mayor tesón que hasta ahora. Cualquiera que violase esa neutralidad, nos obligaría a aliarnos inmediatamente con sus enemigos, y ¿qué sería de nosotros entonces? Cuando llegase la hora crítica, todo arrepentimiento sería inútil, y comprobaríamos práctica y dolorosamente que los gastos colectivos, aun los más cuantiosos, y las molestias personales, aun las más enojosas, son mil veces preferibles al tránsito por el territorio nacional de un ejército extranjero en guerra, aunque este ejército sea muy disciplinado y de nación muy culta. La mera indefensión de nada valdría, y en vano alejaríamos nuestra abstención en una guerra que hubiéramos querido evitar, y a la que no nos obligaba tratado alguno.

Ya han podido ver los que pensaban izar bandera blanca en caso de un bombardeo, lo que significa para una ciudad caer en manos del enemigo. No es simplemente la humillación moral de ver allanada la propia casa, sólo porque a un reino poderoso se le haya ocurrido ensanchar sus dominios o vencer a otro reino poderoso: son las requisitorias, las multas, los robos, las evacuaciones, los vejámenes, los atropellos, las palizas, los golpes, las muertes,

las violaciones de mujeres, los excesos que comete la soldadesca, unas veces por cuenta propia y otras porque a los jefes les parece que hay que hacerse respetar del paisanaje por el terror, sin contar las terribles consecuencias económicas, morales y sociales que implica la presencia dominadora y triunfante del enemigo. Y si tras la indefensión y la bandera se ocultan el egoísmo y la cobardía, aun mayor es el peso que el desprecio del enemigo impone al adversario indigno, sin que valgan reclamaciones, pues a todo el que se sulfura se le declara rebelde en el acto y se le fusila por primera providencia.

«Lo que hace el loco a la derrería, hace el sabio a la primería», dice un antiguo refrán. Pacíficos somos, y porque lo somos debemos armarnos. Porque amamos la paz, debemos precavernos de los que no la aman como nosotros y pueden meternos la guerra en casa cuando más descuidados estemos. España ha de mantener a toda costa su situación de potencia de segundo orden y no dejarse perjudicar por los eventuales engrandecimientos de otras naciones. Si la geografía, según oponen algunos, crea legítimas esclavitudes de tránsito para herir al enemigo, esa servidumbre existe de hecho en España, como ha dicho Pi-

cavea y ha repetido Eloy Luis André, pues la naturaleza nos ha colocado en un punto del planeta donde todo pueblo que lo habite ni puede estar sordo ni quedarse dormido; por eso nuestra neutralidad debe ser activa, vigilante, armada y dispuesta a todas las eventualidades.

* * *

Desde fines del pasado otoño, y apurando todos los medios reglamentarios, iniciaron en el Parlamento las izquierdas, tan poco izquierdas efectivas y tan superficialmente aliadófilas como nadie ignora, la tentativa de un debate o interpelación al Gobierno sobre el tema de nuestra neutralidad. Merecían estos mentecatos del jacobinismo que el rigor se extremara aquí tanto como en la República Helvética (¡el país de las libertades!) donde el Gobierno, no ya en la Cámara, pero ni en la prensa, permite la menor discusión, y hasta los estornudos han de ser del más insignificante acento neutral, sin que en ningún modo puedan tomarse por interjección aliadófila o germanófila. No es de creer que el Gobierno llegue a permitir, sin que lo exija ninguna conveniencia del presente, una discusión que pudiera ser funesta para

España. Controvertir sobre lo que haya de ser ventajoso en lo futuro a nuestra política exterior, con el propósito y designio de anticipar una solemne declaración de preferencia por éste o aquel grupo, equivaldría a provocar los peligros de que hasta ahora hemos escapado. Ni siquiera se purifica semejante discusión como útil para formar la opinión del país, que, según Maura, está ausente del problema internacional, y que, según la observación de *A B C*, acaso no lo está y sigue y quiere ser neutral a toda costa, porque la guerra la ha copiosamente instruído. En todo caso la labor educadora y exploradora debería siempre preceder a la decisión del Parlamento, para que no resultase que, en materia tan grave, los gobernantes iban por un lado y el pueblo por otro.

Repito que no creo que prospere la tentativa, y que la dejen prosperar los partidos de un Gobierno que tiene de vidrio un tejado al cual se han tirado tantas piedras, que casi todos los políticos imperantes han quedado lastimados por su rebote. Sin embargo, tales cosas vienen ocurriendo, que no parece sino que toda nuestra vida política interior y exterior está subordinada a las insinuaciones o a los mandatos de Londres y de París. Los cónsules de Inglaterra

y de Francia habían y amenazan en términos que exteriorizan el papel subalterno en que España se halla colocada respecto de ambas naciones. La Dirección de Comercio ha hecho pública, como concediéndola estado oficial, la «lista negra» de los comerciantes españoles con quienes Inglaterra prohibe a los suyos toda clase de relaciones. Hasta se ha dado el caso de que los cónsules de Inglaterra y Francia hayan prohibido a un comerciante español que se anuncie en un periódico de ideas germanófilas, so pena de arrostrar las consecuencias de las iras de la *Entente*. Un aliadófilo español, que calificaba poco menos que de locos sacrílegos a los germanófilos, apuntaba la idea de la eliminación de todos ellos de la vida pública española, y se compadecía del porvenir que les esperaba boicoteados por las listas negras y por los malos españoles que las apoyaban. Con estos *esquirols* de la neutralidad (hoy convertidos en intervencionistas), clasifica el profesor Gay a los comerciantes contrabandistas y a los capitalistas especuladores, a toda una masa financiera a quien conviene que no acabe la guerra, pues la paz significa el fin de sus negocios macabros. Para nadie es un secreto la exportación de contrabando: la demanda de los aliados es constante

y siempre en aumento. Véase un ejemplo: Hace pocos días hablaba yo con un minero de Almería, que me relataba una descripción no exenta de tonos poéticos. Me mostraba unas piedras negruzcas, y me decía satisfecho: «Esto es mineral de hierro riquísimo, de un tipo superior al 50 por 100; se emplea para la fabricación de cañones; nos lo compra Sota, el de Bilbao, y se exporta a Inglaterra. Vendemos cuanto producimos, y hasta ahora no nos han torpeado ningún barco a la salida de Almería. Estamos abriendo más galerías y hemos encontrado nuevos filones. Este otro mineral es antimonio; pero encontramos poco; sería también un buen negocio. Esta cara pulida es efecto de las grandes presiones de la tierra. ¡Si viera usted qué interesante es escuchar a las doce de la noche, que es la hora de las presiones, cómo cruje la tierra! Parece que respira. Así pule las superficies de los minerales, por bastas que sean. Le regalo a usted estas piritas (añadió dándome un poliedro que parecía de plata); vendemos también mucho, y todo para Sota. ¡Y más que hubiera...!» Y yo recordaba, al escuchar estas descripciones, que en la otra punta de España, de mar a mar, en Santander, los que eran campos de *foot-ball,* han sido removidos para extraer los residuos

de viejos lavaderos, cuando funcionaba la fundición de la Cava. Los mineros arañaban hasta las últimas capas donde podían encontrar una partícula de hierrro, y... todo para Inglaterra, para alimentar las bocas de fuego. Y a estos enormes negocios de hierro siguen otros, que comprenden desde los forrajes hasta los garbanzos. El espionaje anglofrancés llega a los límites de lo intolerable, y se necesita poca sutilidad para comprender que hoy estamos dentro de una zona propagandista muy importante y lógicamente muy peligrosa. A las patrullas o bandas de intelectuales se les ha consentido viajar por Francia y decir, fuera y dentro, las palabras más parciales e intemperantes, y en cambio, al escritor Ventalló se le procesó poco antes de su muerte prematura por un artículo que en *El Correo Español* publicó bajo el epígrafe de *Zeppelines justicieros*. Patrullas o bandas de intelectuales multienténticos han atravesado los Pirineos en son de propagandistas, y han proferido insultos contra pueblos que son amigos de España. Ningún político germanófilo, ni aun el propio Vázquez de Mella, se ha permitido la libertad de expresión de un Lerroux, y la propaganda germanista contrasta, por su mesura, con la propaganda aliadista de hojas, folletos y ar-

tículos periodísticos, en que se pone de oro y azul a los ejércitos del Kaiser y a las naciones centrales. No causará extrañeza, por tanto, la siguiente afirmación de Salaverría, autor distinguido por sus trabajos germanófilos: «La propaganda aliadista es, entre nosotros, infinitamente superior a la germanista en magnitud, en número, en organización, en osadía y en descaro. ¿Quién ignora que los aliados tienen una prensa copiosa, y un grupo nutrido de escritores eminentes, y los hilos secretos de ciertas asociaciones, y la aquiescencia de los centros culturales y universitarios, y la benevolencia de los gobernantes, y la facilidad del tránsito a través de las fronteras, y la presión inmediata, directa y ostensible de los Gobiernos de Inglaterra y de Francia? Si hay un pecado de abuso, éste afecta al partido de los aliadistas, el cual halla franquicia para emprender todas las propagandas reprensibles y todas las campañas ilegítimas, desde la de los submarinos hasta la de los voluntarios españoles y la interpelación en el Congreso».

No intento formular un juicio, pero creo que una nación como España, que no ambiciona dominar en la balanza del conflicto, hace mal en proceder de esa manera. Si algún Gobierno quisiera atraernos a la luchar, a combatir por

cosas que no lo merecen, a crearnos dificultades, no sólo no debe el pueblo hacerle el reclamo, sino ser su contricante decidido. Nuestro entusiasmo, nuestra energía y nuestro dinero, únicamente debemos ponerlos al servicio del desarrollo de nuestra potencia militar y naval. Capacitados estamos para comprender a todas las naciones en lucha y derecho tenemos para juzgarlas, pero únicamente en el establecimiento de las bases de la paz procede que prestemos nuestro concurso. Este es el importante papel internacional que tiene que desempeñar España, y la prueba de la amistad no consiste en demostrar la simpatía por un bando ni por otro, sino en ayudar a ambos cuando la guerra termine. Nadie, entre nosotros, quiere aventuras, y antes de emprender el camino de los peligros, examinaríamos atentamente todos nuestros pasos. Firmes en nuestro propósito de mantenernos neutrales, preparémonos militarmente y no movilicemos, porque éste es el último paso que debe darse y el último en que pudiéramos pensar.

En España, la causa de los aliados no es, en general, simpática, ni al clero, ni al ejército, dos potencias con las cuales tienen que contar todos los Gobiernos. Tampoco lo es al resto de las clases cultas, y hasta el vulgo de los

aliadófilos conviene en la necesidad de ser neutrales, mientras no seamos atacados violentamente, como lo fueron los belgas. Y aun en caso de que hubiese una mayoría de intervencionistas fanáticos, los estadistas deben tener presente que las gueras no se hacen por mayoría, sino por unanimidad nacional. La guerra hecha por la voluntad de un partido enciende la guerra civil. Por otra parte, el esfuerzo generoso con que nuestro Rey acude a dulcificar los horrores de la lucha y la circunstancia de que el Gobierno, por las representaciones que asume, haya mediado con éxito muchas veces entre los beligerantes, han creado a Espaha un ambiente de simpatía y respeto del que tenemos continuas demostraciones y que sería locura perder por el fanatismo de políticos sectarios.

Decía Lord Asquith, en la Cámara de los Comunes, que una nación no puede mezclarse en un conflicto internacional, si no le obligan a ello altos motivos de dignidad nacional. Aplicando este principio, que me parece excelente, a nuestra patrta, el profesor Elorrieta no ve que haya motivo alguno de esa clase que nos obligue a intervenir en la actual guerra; antes al contrario, hay muy altos motivos que nos imponen el deber de continuar siendo

neutrales. Ninguno de nuestros derechos ha sido atacado por nadie, ni parece que exista peligro de que se comprometan, si continuamos en la neutralidad. Ni se ve qué ganaríamos con la intervención en el caso de que nos fuese favorable el éxito de las armas. Acaso nos concederían una mayor extensión en Marruecos. Y no es éste, ciertamente, un regalo muy tentador, ni menos un precio para los sacrificios que la guerra nos exigiría. La intervención no podría tener otra explicación que la de lanzarnos románticamente a la defensa de las naciones que, según la opinión del Gobierno, representarán el más alto sentido de la humanidad.

En esta formidable guerra, comenzada lejos de nosotros y difundida con rapidez y extensión tan alarmantes, se ha visto a muchas naciones forzadas a seguir, contra su voluntad, movimientos cuyo impulso viene de fuera; pero prescindiendo de lo que debió suceder antes, y, por el momento, de lo que podrá suceder después de la liquidación, impónese a la opinión pública el proclamar, unánime, enérgica y conscientemente, la imperiosa necesidad de mantenernos neutrales, mientras esto sea humanamente posible. La guerra, para nosotros, no sería una fortuna, sino una desgra-

cia, que sólo debería ser afrontada cuando fuese necesaria para el honor y los grandes intereses del país. Ya que la Providencia nos ha librado de calamidad tan grande, sepamos conservarnos serenos ante la pavorosa lucha.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

EL SIMBOLISMO DE "EL BUSCÓN", DE QUEVEDO

Siempre fué la ironía manifestación sutil del pensamiento, hija directa de las más preclaras percepciones espirituales y consecuencia obligada que surgía al calor de un régimen en que la expresión sincera de la verdad estaba vedada por las prohibiciones del poder.

Los hombres-cumbres de tales tiempos, rebeldes siempre por temperamento genial, no podían sustraerse al influjo de la crítica, cuando ésta surgía a flor de vista, bien por actos de las instituciones o por causas radicadas en las costumbres.

Toda nuestra literatura de los siglos XVI y XVII está amparada en la ironía para expresar el sentimiento peculiar de los autores que la

dieron vida. Desde Cervantes, que en el «Quijote» nos legó la más sagaz crítica de las instituciones de su tiempo, hasta Quevedo, escritor político en ocasiones, todos cuantos ingenios sentían la necesidad de zaherir cosas tenidas en la época como intangibles, forzosamente recurrían al disfraz de sus sensaciones personificando su idealidad en conceptos bufos.

Quevedo en su «Vida de Pablos de Segovia» confirma cuanto venimos diciendo; toda la novela está llena de sutilezas, a través de las cuales se ve perfectamente el ideario político del príncipe de los burlones literarios.

La Universidad, la Justicia, la Iglesia, ejes fundamentales de la sociedad, son tratados desdeñosamente por Quevedo, censurando los defectos anejos a las tres instituciones.

Corrobora nuestra afirmación el estudio de la época en que D. Francisco Gómez de Quevedo y Villegas escribió la «Historia del Buscón».

Felipe III sentó con su inepcia en el Gobier-

no el funesto precedente del *dejar hacer*, que había de confirmarse en el reinado de Felipe IV hasta erigirse como dogma político.

Quevedo veía, con la sutileza propia de un temperamento artístico, cómo las bases fundamentales del país, Justicia y Enseñanza, Armas y Administración, corrompían lo sagrado de su ministerio merced a las dádivas, elemento decisivo para la solución de los asuntos, y la pluma del satírico hubo forzosamente de ponerse en actividad para censurar la corrupción de las costumbres, dando como resultado «El Buscón», obra en que se personifican jocosamente cuantos vicios sociales existen en la época, corrigiéndolos a juzgar por los propósitos de que se hallan animadas cuantas obras satíricas se producen.

La obra hizo su aparición en el año 1626, aunque debía estar escrita en 1608, según la opinión de un crítico que se apoya en las correcciones a que a nuestro juicio debió ser sometido el original, pues Quevedo indudablemente no dejaría de tener en cuenta que la «Vida de Pablos de Segovia» tenía que pasar

por la censura, y algunos períodos de la obra ostentaban demasiada crudeza y estaban pintados los personajes con tanta naturalidad, que no habría dejado de conocerse por los censores que muchos de ellos tenían existencia real.

* * *

No de otro modo se explica el que en la obra haya capítulos deshilvanados, algunos tanto, que de no figurar en ellos el nombre de Pablos, parecerían ser parte de un todo sin conexión alguna.

La más gráfica explicación de ello se encuentra en que «El Buscón» es una serie de cuadros sociales, en los que necesariamente ha de haber falta de unidad, porque la corrupción en las costumbres se presenta en la realidad con variaciones anormales en la ley de su producción.

El lenguaje que predomina en «El Buscón» es altisonante y a la par plebeyo, siempre en

contraste ambos como respondiendo al simbolismo de los personajes, a fin de que a la percepción de la gente letrada no pueda escaparse la sátira que como fundamento objetivo del libro existe en toda la descripción. Crítico tan conocedor de nuestra Historia Literaria como Fitzmaurice-Kelly, afirma: «No se descubre propósito decidido de crear caracteres...; el interés y entretenimiento de la novela estriba en la mención de crudos incidentes y en la franca y picante relación de truhanerías».

¿No se descubre propósito decidido de crear caracteres?

Fitzmaurice-Kelly se encuentra mal informado sobre este asunto; su talento de enjuiciador no ha podido tener pruebas fehacientes del simbolismo literario, pues aun conociendo nuestra historia, siendo un escritor extranjero no ha podido ver claramente las causas productoras de ciertos hechos, acaso exclusivamente característicos de nuestra España.

Siguiendo el criterio de Menéndez Pelayo lo disculpamos; pero razonando lo lamentable de su equivocación, diremos que el humorista

es un escritor que vive su época, que estudia en ella los modelos transportándolos a las cuartillas, haciendo reir a sus contemporáneos, no sólo por la ironía de lo escrito, si porque conocen al original y alaban al creador de la obra literaria por haberles servido el tipo exaltando sus condiciones personales.

Evidencia cuanto venimos diciendo la sátira que contra D. Luis Pacheco de Narváez, maestro de armas y autor de un libro titulado «Grandezas de la Espada», hace Quevedo en «El Buscón», en el episodio que supone ocurrido en la posada de Rejas; donde el preboste solicita del huésped unos aradores para descubrir unos ángulos de esgrima, a los que Narváez alude en su obra; el posadero confunde los ángulos con el nombre de un ave, de las que trae provisión al caballero, quien volviéndose a Pablos dice seriamente: «¡Mire vuesa merced lo que es no saber!» y después de censurar a grito pelado a los maestros de esgrima y encomiar un libro *(Las Grandezas de la Espada)* del que dice es un compendio de todas las ciencias conocidas hasta enton-

ces, se halla frente a un mocetón fornido que al noble arte se dedica, y el cual le desafía, haciendo alarde de ignorancia, respecto a todo lo contenido en el libro, acosando tan diestramente al personaje, hasta el punto que de no haber acudido en su auxilio los huéspedes, mal lo hubiera pasado el caballero.

El propósito de Quevedo fué hacer un mosaico satírico, donde todos los colores de la sociedad en que vivía apareciesen combinados.

Corroborando nuestra opinión, pudiéramos decir que Pablos representaba a la Iglesia española; D. Diego, las más de las veces instrumento de él, a la Monarquía.

El episodio en que el autor parece haber recogido todo su espíritu sutil y satirizante es el en que nos describe la entrada de Pablos en el patio de la Escuela. La novatada a que es sometido por sus compañeros, sus manteos cortos de fámulo recubiertos por salivazos; son sin duda alguna evocación sarcástica del poder católico, que como Pablos se introduce en la Universidad donde la ciencia está en

alboreo, comienza a colocarse en pugna con el dogma.

Podrá decírsenos que no fué ese el pensamiento de Quevedo; mas nosotros, a juzgar por las alambicaciones de lenguaje, sospechamos que sí, máxime cuando el fondo de «La vida de Pablos de Segovia» es el de la crítica social, y Quevedo no podía prescindir de la supremacía de la Iglesia al hacer la crítica de las costumbres de su época.

* * *

Se ha dicho, censurando a Quevedo, que el carácter de los protagonistas carece de continuidad. Censura que en lugar de serlo se trueca en alabanza, pues no debe olvidarse que el cuadro social no es uno, sino múltiple, porque no es un ambiente sólo en el que se produce, antes al contrario, abarca todos los momentos; de aquí también que disintamos de la opinión de Fitzmaurice-Kelly, de que no se descubre el propósito de crear caracteres,

pues no es uno sino vario—repetimos—el carácter de los personajes fundamentales, porque varia es la escena en que se mueven.

El que conserva más puro su trazo es Don Diego, que en todas las aventuras en que interviene es siempre tímido, apocado.

Mucho podríamos decir respecto a los simbolismos que a nuestro juicio existen en «El Buscón»; pero el espacio donde hemos de movernos nos obliga a sintetizar, dejando en nuestros apuntes gran cantidad de datos, reflejo fiel de censura al momento social en que el maestro de la sátira Quevedo Villegas viviera.

Como juicio recopilador acerca de «Pablos el Buscón», podemos decir que en la obra vertió Quevedo a raudales la ironía fina y regocijante a ratos, gruesa y abultada en otras ocasiones; pero atento siempre a pintar la sociedad de su tiempo.

El nombre de Quevedo fué acogido por el pueblo, deificándolo como a uno de sus ídolos predilectos; y hay que tener en cuenta que cuando el pueblo recoge el nombre de un poe-

ta, la aparente carroña en que lo envuelve se transforma, por metamorfosis sucesivas, en manto dignificador a cuyo amparo puede vindicarse su memoria.

V. Ortiz HERRÁIZ.

ARTE ESPAÑOL

LA NUEVA RESIDENCIA DE PAISAJISTAS, EN EL PAULAR

> «Este vetusto monasterio ha visto,
> secos de orar y pálidos de ayuno,
> con el breviario y con el Santo Cristo,
> a los callados hijos de San Bruno.»
>
> *(Rubén Darío.)*

En la Cartuja de Santa María del Paular, D. Mariano Benlliure, actual Director general de Bellas Artes, ha creado una residencia de pintores paisajistas. Ya era hora de que en España se tomase en serio el criterio de algunos artistas al pensar que en nuestro país se puede pintar mucho y magnífico paisaje; hasta hace poco tiempo se estaba en el error la-

mentable de que los pintores paisajistas para pintar paisaje tenían que ser pensionados en el extranjero, así como los que se dedicaban a la pintura de historia; no se comprendían más pensiones que «las de Roma». Hoy, afortunadamente, el criterio de los artistas y críticos es más amplio; lo que antes era preocupación de asunto y forma, hoy es amor a la naturaleza en todas sus manifestaciones. Antes, había que hacer pensar al público; hoy es hacerle sentir; la técnica ya no interesa... Puede estar hecha como le haya parecido conveniente al artista; lo importante es mostrar en una exposición un estado de alma. Y el paisaje se pinta hoy de una manera verdaderamente extraordinaria; las obras de Aureliano de Beruete, Darío de Regoyos, Joaquín Mir y Santiago Rusiñol, son lo suficientemente admirables para que España quede, después de 1918, dignamente representada en la historia del arte contemporáneo. Una juventud todo entusiasmo e independencia (hasta donde puede llegar la independencia en el que empieza) sigue las huellas de los indicados maestros; de esa ju-

ventud y de los que pertenecen a la última *hornada* se han pensionado tres que, en unión de seis más, están haciendo prácticas de estudios de paisaje en el espléndido sitio del Paular; paisaje bravío, paisaje evocador, paisaje castellano. Toda una noble interpretación pictórica nos servirá en su día de documentación sobre el Paular; un gran escultor fué el creador de la residencia; un gran poeta el iniciador del sitio; son ambos Mariano Benlliure y Enrique de Mesa; que nunca cuajó una noble idea en beneficio de la pintura como en esta ocasión, sentida por un escultor y un poeta. El poeta cantó el sitio admirable de la Cartuja; el escultor sintió como cosa suya la necesidad de proteger a los pintores que empiezan, a los que creen abrazar el universo con sólo el valor sentimental de sentirse artistas, pero sin medios para la lucha, faltos de todo recurso para pintar, hijos del dolor y la fatiga; los locos del arte. Mariano Benlliure, que sabe tanto de la vida como de *cincelar* magníficamente un mármol, ha creado dicha residencia de paisajistas y en ella trabajan nueve jóvenes de dis-

tintos países y diversas regiones de España: un austriaco, un argentino, un catalán, un cubano, un valenciano, un extremeño, un manchego, un andaluz y un gallego. La pensión durará hasta Octubre, época en que allí empiezan las grandes nevadas y los caminos se ponen intransitables. En Noviembre se hará la exposición de todas las obras pintadas durante el tiempo de la pensión, para lo cual el maestro Benlliure, como Director general de Bellas Artes, arreglará en la mejor forma posible el que los cuadros que más se distingan sean premiados, y si alguno lo merece, será adquirido para el Museo de Arte Moderno. Todo esto renovándose anualmente en el mismo monasterio, pero mejorándose en cuanto se pueda; bien conoce el gran artista valenciano cuánto conviene hacer, y de seguro que ha de establecer lo que podíamos llamar *el régimen artístico* como nunca estuvo dirigido ni representado.

En cuanto á la historia del Paular, nada puede decirse sobre lo ya escrito por ilustres escritores; pero en fin diremos, para los que no hayan tenido tiempo de saberlo, que, según el

admirable libro «La Cartuja del Paular», por Francisco F. Villegas: «El lugar de recreo trocóse en el siglo xv en retiro de penitencia. Y la causa de ello fueron los remordimientos de Enrique II el Fratricida, el cual, pesaroso de haber incendiado en Francia un convento de Cartujos, encargó, al tiempo de morir, a su hijo Juan I, que, en compensación del monasterio destruído, levantase otro en el valle del Lozoya. Este acto de hipocresía, que recuerda los sentimientos filantrópicos de D. Juan de Robres, es una pincelada más en el retrato del odioso Conde de Trastamara. El promovió guerras civiles para usurpar la corona de Castilla, metió tropas extranjeras en el reino, y con ayuda de Beltrán Dugueselín, arrancó vida y cetro a su hermano D. Pedro. Cuéntase que, durante algún tiempo, el espectro del asesinado monarca recorría a las altas horas de la noche los claustros del monasterio, y añaden los que están al tanto de las maravillas de ultratumba, que las plegarias de los monjes abreviaron el purgatorio del vencido en Montiel. Conseguido a fuerza de oraciones el *in-*

dulto de D. Pedro, no volvió a verse su sombra en el recinto del Paular.»

No obstante, sus remordimientos por haber incendiado el convento francés, Enrique II no se acordó de cumplir su promesa hasta que se vió, como quien dice, con un pie en la sepultura. Entonces, y ante el temor de las llamas eternas, encomendó a su hijo D. Juan I que cumpliese la promesa que él, D. Enrique, hizo y no había llegado a poner en ejecución. Ofreció D. Juan obedecer el mandato paterno. Murió el *rey bastardo*, pasó tiempo y el nuevo monarca no cumplía lo prometido. A recordárselo presentóse un monje del Monasterio de *Scala Dei*, llamado Fray Lope Martín, y el rey dió palabra de que comenzaría a dar cumplimiento al encargo de su padre antes de que pasaran tres meses. La brevedad del reinado de D. Juan impidió a este monarca ver acabado el convento. Enrique III agregó a lo construído, el palacio de recreo que allí poseían los soberanos, así como un Santuario de Santa María, próximo a la morada real, y D. Juan II dió en propiedad a los Cartujos, ya

establecidos en la nueva casa de la Orden, el río Lozoya, prohibiendo hasta a sus mismos criados que pescasen en él; cedióles extensos prados, y tan liberal fué con el monasterio y tales riquezas llegó a poseer éste, que con lo sobrante de las del Paular se fundó en 1914, gracias a la intervención de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, la Cartuja de Granada.

Y fueron tales los privilegios que llegó a disfrutar esta santa casa, que pidiendo en cierta ocasión los religiosos del convento de San Lorenzo a su prudente fundador que les otorgase las mismas preminencias que tenía la Cartuja del Paular, hubo de responder el rey: «No puedo concederlas, fueron demasiadas.»

FRANCISCO POMPEY

En la Cartuja de Santa María del Paular, a 30 de Julio de 1918.

CUENTOS AMERICANOS

EL CASO DEL SEÑOR OCTAVIO

A Joaquín Dicenta (hijo).

Todos quedamos asombrados cuando la señora de Prieto terminó la inverosimil historia; unos la creyeron a pies juntillas y otros admiramos la charla sugestiva y la gallarda fantasía con que fué relatada.

—Esto es muy cierto—decía la joven señora velando sus pupilas azules con la delicia de unas largas pestañas, y con sus manos finas llenaba de distinción su vehemencia acalorada.

Con sus dedos preclaros, Lupe acariciaba un dije de oro; Angelina se estremecía presuntuosamente y se deleitaba con el arqueo lujoso de

sus pies breves, y Aurora, luciendo sus dientes en rica y aromada bombonera, reía locamente y se burlaba sin piedad de los aparecidos.

La señora de Prieto guardó silencio, haciendo gala de esa circunspección ficticia tan amada por las señoras jóvenes.

Aurora reía, reía cual una chiquilla, cuando la voz grave del señor Octavio vibró muy lenta y con resabios de autoridad:

—¿Ríe usted, amiguita incrédula? Yo también reía; antes dudaba de todo como usted; ahora creo en las historias más extravagantes que se cuentan de los que vienen del otro mundo, porque a mí se me han aparecido tanto los vivos como los muertos: yo he visto fantasmas con estos ojos que ha de comer la tierra.

—¿Vamos de cuento, señor Octavio?—interrogó Aurora con marcada ironía.

—No es cuento, es verdad; ¡ojalá fuera cuento! Ya verán: fué en el año de 1891; era joven yo entonces, ustedes tal vez ni habrían venido a este malhadado y pícaro mundo; vivía yo en mi pueblo, un pueblo pequeño y tranquilo que está en la falda de una montaña; todos los días

iba a misa muy temprano, y, por la tarde, con mi madre daba un paseo en el jardín; después, el billar, los amigos... y así pasó mi juventud.

Un día me presentaron con una muchacha forastera: se llamaba María Luisa; alta, morena, un poco coqueta y un poco afectada, pero tenía unos ojos estupendamente bellos, era una mujer verdaderamente dominadora; hicimos amistad—amistad amorosa—; le prestaba mis libros, y me acuerdo que, con particularidad, le encantaban los tratados de ocultismo... Después, no supe más de ella.

En 1895, en el mes de Mayo, estaba yo frente al mar viendo cómo se ocultaba el sol entre la bruma de las olas y los encajes del cielo; de pronto sentí una cosa... un letargo, un ensimismamiento raro, y a mi lado ví a María Luisa con traje de desposada; no sé por dónde vino, ni cómo se perdió; lo que recuerdo con toda claridad es que pasó por mi frente su mano perfumada. ¿Alucinación? Eso había creído yo; pero diez días más tarde que regresé del balneario a casa, encontré sobre mi mesa una esquela en la que se me participaba, de muy le-

jos, el matrimonio de mi antigua amiga, sucedido el 3 de Mayo, fecha exacta en que yo vi a María Luisa a la orilla del mar.

Pasó el tiempo, llegó el verano de 1898, y una mañana de Agosto salí a pasear al campo con mi perro Fanor; el sol reverberaba, y el césped tostado se retorcía; rendido por el cansancio me tiré en la hierba a la sombra de un árbol. Fanor, con el hocico abierto y la lengua fuera, resollaba como un fuelle.

A diez pasos de mí, ví en el suelo el cuerpo tendido de una mujer, cubierta de flores frescas; me levanté y me acerqué temeroso: estaba amortajada de negro, y al levantarle el velo que cubría su rostro sentí una emoción terrible: era María Luisa.

Fanor aulló dolorosamente, y el sol rompía sus rayos candentes en la tierra sedienta como en un enorme casco de acero.

Quince días después, el cartero me entregó una esquela, que también venía de muy lejos; temblando la leí: se me participaba la muerte de María Luisa; la fecha del fallecimiento coincidía misteriosamente con la mañana luminosa

en que la ví tendida en el campo con el cuerpo bañado de flores...

Todos los oyentes guardamos un silencio devoto y emocional.

Aurora, pensativa, me tocó con su mano helada.

Nelly, atónita, murmuró con la dulzura de un rezo:

—Por aquí pasó un alma.

El señor Octavio, contestó:

—Tal vez el espíritu encantado de María Luisa...

GUILLERMO JIMÉNEZ
(Mexicano)

MARÍA JULIA

María Julia no es virtuosa, según la opinión, mas ella se juzga digna y buena. Ciertamente que sus actos revelan muchos despropósitos de su pensar; pero no duda nadie que jamás puso pies en sitio oscuro del cual no volviera como en él entró.

Mary Julia, como la llaman, se crió en un nido huérfano, vió la vida por sí sola, leyó mucho en los libros y aprendió antes a soñar que a conocer.

Ya véis pues, que en estos pueblos de España no es chico despropósito saber leer antes que rezar.

Pequeñuela, de las manos de los niños corría las carreteras; mujer ya, gustábala el paseo más que la bordadura; deseaba el amor más que las faenas del cuidado de una casa y

de una hacienda, y en su afán de buscar y querer insosiegos, hubo de decir que se podía aprender más en la vida que en los libros, y en los ojos de los hombres leer toda la ciencia de una historia que no puede imprenta imprimir ni manos copiar...

Mary Julia es más deseada que amada por los hombres. Los ojos bellos y tristes, las cejas pobladas, el cabello onduloso, su pecho abundante, sus caderas abultadas como de quien será generosa al devolver la simiente de la vida, sus pies pequeños, la movilidad de su figura y la expresión, entre pícara y candorosa, de su rostro, hacen de Mary Julia una mujer española, andaluza y codiciada.

No hay espectáculo que no visite, ni joven que no la salude; *todos* son sus amigos, y a oirla hablar, con todos, unos y otros, tiene afectos amistosos y sencillos. El caso es que quien pasa por sus balcones recibe en premio una sonrisa larga y expresiva, que valor tiene de promesa y de seducción. Mary Julia, vivaracha y atrevida, se ofreció a muchos para una fiesta de pecado, pero jamás dejó gozar

sus encantos a alguno de ellos, y así, igual los tímidos que los lenguaraces, sólo la poseían en sus placeres de ensoñación.

Mary Julia acostumbró al pueblo a oir su risa atrevida y sonora; a los hombres, a hablar quedo al oído de las hermosas; a las mujeres, a envidiar su desenvoltura, y a todos, a criticar el desenfado de sus maneras y lo atrevido de sus decires...

Es Mary Julia una juventud y una alegría que perfuma las calles, no una flor que languidece y se amustia entre los quehaceres de un pensamiento y la soledad de un retiro cómodo y complaciente.

No se hizo el perfume de la rosa para el rosal, sino para las bellas; así Mary Julia no se hizo para ser recogida, sino prodigada; Mary Julia se hizo para la vida.

Un cierto día corrió por el pueblo la noticia de que Mary Julia no quería reir sino llorar; que apenas si comía, si salía a la calle, que pasaba las noches en vela leyendo y leyendo y pensando, pensando... ¿En qué pensaba Mary Julia? Todos los jóvenes se miraban in-

quietos y cavilaban tenaces... Los viejos cuchicheaban y reían maliciosos... Los viejos siempre, engreídos de su experiencia, dan como verdades sus sospechas. ¡Habían vivido tanto, visto tantas cosas...! Estaban ciertos, decían sentenciosamente:

—El padecer era de amor. Y de amor ¿por quién?

Así pensaban y a su mujer contaban la nueva, y los dos reían y reían. ¡También ellos cuando eran jóvenes...! El encendía su pipa y ella ponía el mantel y los dos se miraban...

Las tristezas de Mary Julia llegaron a ser la inquietud del pueblo. Decía el exquisito Alfonso de Lamartine, que ciertas naturalezas tienen su sistema, como los astros, y que hacen gravitar las miradas, las almas y los pensamientos de sus satélites, en sus propios movimientos. Quitemos espiritualidad al juicio, arraiguémoslo más en tierra, y podremos decir que así es el caso de María Julia.

Todos conocían una verdad que era distinta por cada persona. Volaba la fantasía y perdían el juicio. Sólo en una cosa había plurali-

dad de pensar. —*Tristeza de juventud es pecado de amor*—. Y montando en el caballo loco de un sueño, se perdían en la vida buscando la verdad.

Las tristezas de Mary Julia eran, pues, dolores de amor; lo aprendimos una noche de confidencia en que la luna brillaba poco, el aire en calma no se llevaba el sudor de la frente y un paisaje de sombras y fantasmas poblaba el pinar que se agarraba en la tierra delante de nuestros ojos, de día, y aparecía colgado del cielo en las noches...

Juan Andrés, que tenía el mal de la vida en los ojos y las nostalgias del conocer en el hablar, había venido desde Madrid, donde estudiaba, a curarse el cuerpo del padecer de la soledad y de las vigilias, en la serenidad de unas horas de campo y en el reposo del hablar sin pensar.

Lo conoció Mary Julia una mañana, se saludaron una tarde, y una noche en el paseo solitario, alumbrado por las candilejas del cielo, se hablaron. Juan Andrés no volvió a cruzar otra vez sus ojos con los de ella, no fué al

paseo; abandonábase solo, carretera adelante, y desde un rincón del camino, el más agreste y el más alto, devoraba con la vista el espacio. No conseguía arraigarse en la tierra porque su mundo era un sueño...

Mary Julia volvióse desde entonces más desenvuelta, más atrevida en el decir, más insinuante en el ofrecer lo que no daba, sino lo que vendería por amor...

Pensó muchas veces en silencio: «¡Ese Juan Andrés, absurdo y raro que no me mira y no me corteja como todos! ¿Quién es este Juan Andrés, cómo es, cómo piensa, cómo sabría querer?»

Mary Julia se hizo más atrevida y buscó a Juan Andrés en su paseo solitario. Se encontraron muchos días y fueron amigos. Insinuábale ella su gusto y su propósito, jugaba de lante de él con su escote y mostraba su nuca; le brillaba en los ojos a Juan Andrés un minuto el instinto; después parecía un San Antonio, pasada la tentación, inmutable ante el soñado placer de sudar una piel con su aliento...

Una cierta tarde, perdida la paciencia porque ya tenía perdido el reparo, Mary Julia se decidió a hablar seriamente a Juan Andrés.

Abrigaba en su corazón una esperanza, esa loca esperanza de la mujer a quien enseñó el espejo y los hombres la fuerza de su belleza. —Si se metía en sus sentidos, le ganaría el corazón—decíase, mientras se hacía el tocado y exageraba las notas de la desproporción del cuerpo con su vestido...

Media pierna se dejaba ver; los brazos cubríanse con una gasa que realzaba más la magnificencia de las formas; el escote era amplio y bajo...

Cada movimiento era una luz que ponía en los ojos las esbelteces de su cuerpo...

Juan Andrés miraba los encantos que le descubría aquella mujer peligrosa, friamente, serenamente; sólo de vez en cuando un ligero espasmo recorría todo su cuerpo y se le asomaba a los ojos brillando en ellos como un relámpago. Hablaba reposado y se recostaba un poco más en el blando césped como si quisiera que su voz fuese voz de la tierra...

—Sí, eres muy peligrosa, María Julia; pero ya que lo quieres, aun a trueque de perder una amistad y de sembrar un dolor, voy a decirte aquello que pienso. Estoy enamorado de ti; pero no de ti tal cual eres, sino tal como piensas. Tienes doble personalidad: la que siente y la que hace. Hay en ti una constante contradicción entre lo que eres y lo que querrías ser. Eres una en pensamiento y otra en acción... Imagínate a la Venus de Tiziano vestida y arropada con ropas del siglo; dejaría de ser la Diana de la vida para convertirse en la mujer. Así tú, cubierta con esos bellos harapos que presta el mundo, desnaturalizas o escondes tus formas primitivas. Das a la sociedad quizá lo que debes; *¿pero sabes acaso lo que te debes a ti?* Feliz tampoco eres, que yo creo que lloras en las noches lo que haces en los días. ¿Entonces?... me dirás... Yo no sé decir nada para los demás, María Julia; todo lo digo para mí. Dolor grande es el mío que, queriéndote como eres, no te sé amar como te presentas... Sigue tu vida y yo la mía, que tampoco sé aconsejarme ni aconsejar. El mundo

que se lleva las alegrías, verás también como se lleva el dolor...

Se despidieron serenos y tranquilos. Juan Andrés volvióse a Madrid. Desde entonces Mary Julia todo el día lo pasaba leyendo, leyendo y pensando, pensando... ¿En qué pensaba Mary Julia? Los viejos maliciosos se miraban y sonreían. El pueblo parecía intranquilo. Los jóvenes cavilaban. María Julia enfermó y luego se puso buena; volvió a salir a la calle y a frecuentar los paseos...

Juan Andrés vino y se fué.

Y sigue la historia, pero se termina el cuento.

ALFREDO VILLANUEVA

Quesada (Jaén); Julio 1918.

MUECAS DE LA CALLE

Un hombre muerto.

He visto a un «ex-hombre», convertido en hombre por un favor de la muerte. Estaba tirado, señor, en la calle de Alcalá, cerca de la Puerta del Sol. La blusa azul, de mozo de cuerda, toda desgarrada y con grandes manchas de sangre negruzca; la cara cubierta con un periódico, que pisaban dos o tres piedras en evitación de que se lo llevase el viento; el calzado, sucio y heterogéneo: alpargata en el pie derecho y bota de correa en el izquierdo...

¡Era una cosa monstruosa, señor...!

La gente que pasaba se detenía un instante, miraba curiosa, tapábase horrorizada los

ojos, exclamaba: *¡¡pobre!!*, y, después, escupía...

Eran las siete de la mañana de un claro domingo estival.

La gente que pasaba—viejas curvilíneas, con velo, que interrogaban a la tierra hambrienta: *¿cuándo?;* desgreñados, adormilados jóvenes; destrozadas chicas guapas como rotas muñecas—, iba a misa o volvía del *cabaret.*

Y se alejaba, cumplido el triste y piadoso deber de rezar al muerto tirado en la calle: el deber de rezarle a salivazos...

Rodeábamos al muerto cuatro granujas sin hogar, de sucia cara, una vieja temblante, que llevaba un montón de periódicos, y yo. La vieja nos explicaba cómo murió el «ex-hombre», que era hombre ya sólo porque estaba muerto.

—El pobre—decía—llevaba el agua a los cocheros de este punto, que le tiraban perras. No sabía hacer otra cosa. Era idiota... Se pasaba las horas metido en esa taberna de ahí enfrente. Y a eso de las seis, estando en

ella, le dió el *gómito* y el amo le echó a la calle...

La vieja hizo muchas interrupciones, para respirar y para gritar a graznidos: *Parcial*, *Liberal*, *País*...

En esto pasó el carro de las basuras. Y yo temblé. ¿Pasaría, señor, para recoger aquello?

El carrero miró, quitóse la gorra, saludando solemnemente y arreó a las mulas. No hizo mayor caso...

Luego pasó un automóvil, florido de mujeres jóvenes y alegres, acompañadas de serios caballeros borrachos. Retrocedió y se paró. Uno de esos caballeros se puso de pie, dentro del coche descubierto, y nos preguntó a los del grupo:

—¿Por qué no avisais al Juez de guardia?

—Ya estuvo aquí, señor—dijo la vieja—. Ahora se espera el furgón *pa* el fiambre...

Y luego, tendiendo al caballero una mano más fea y horrible que la del muerto, imploró:

—¡¡Una limosna, señorito...!

Y uno de los granujas sin hogar, al ver que

el caballero del auto sacaba el portamonedas, gruñó suplicante:

—Lo quiere todo para aguardiente la bruja esta. ¡¡¡A mí, señor, que tengo verdadera necesidad!!!

Y mientras lo decía, se reía el idiota...

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

POETAS HISPANO-AMERICANOS

EL QUIJOTE

Con la crédula fe de los infantes
la humanidad por las edades vino;
glorias soñando en su inmortal camino
y quimeras grandiosas y brillantes.

Pero al fin, en sus manos anhelantes,
rasgado el velo de ideal divino,
vió al mundo innoble, sórdido y mezquino;
y riendo de dolor surgió Cervantes.

Noble y altiva y a la par grotesca,
amasando la vida con su llanto,
alzó su ambigua estatua quijotesca...

Y del manco doliente de Lepanto
la acerba carcajada gigantesca
oyen los siglos con secreto espanto.

Numa POMPILIO LLONA
(Ecuatoriano).

MODERNOS POETAS MEXICANOS

FRANCISCO A. DE ICAZA

Un poeta de subido valor, que, dentro del moderno movimiento de la lírica mexicana, aparece desligado de los grupos y cenáculos de su patria, no porque fuera un descastado, sino porque ha permanecido ausente de su país la mayor parte de su vida, es Francisco A. de Icaza, que nació en la ciudad de México, en 1863. A los veintitrés años de edad ingresó en la carrera diplomática, en la que ha enaltecido a su nación, representándola brillantemente en las Cortes europeas. En la actualidad, vive en Madrid una vida de estudio y de paciente investigación literaria, que no está reñida, ni mucho menos, con la vida mundana, de sociedad, inherente a la alta posición que ocupa en la villa y corte. Aquí se le estima y se le admira como algo propio. Pertenece a las Academias de la Lengua, de

la Historia, de Bellas Artes y ha sido Vicepresidente del Ateneo.

Además de poeta inspirado y melodioso, Icaza es, en España mismo, una verdadera autoridad en materias literarias: crítico fino y perspicaz, cervantista notabilísimo, cuyos últimos estudios acerca del creador del Quijote y algunas de sus obras, han provocado polémicas, haciendo surgir otros libros, siendo, a la postre, completo y resonante el triunfo para Icaza, cuyas obras, en estas materias, han sido ya vertidas a idiomas extranjeros, por considerárselas aportes valiosísimos, no sólo al copioso acervo de la bibliografía cervantina, sino a la cultura universal.

Conocimos a Francisco A. de Icaza, en Cádiz, en medio de los esplendores del Centenario de las Cortes doceañistas. D. Justo Sierra, designado Embajador de México para esas fiestas, había muerto en Madrid, pocos días antes de esa solemnidad. Entonces, la Cancillería mexicana dispuso que Icaza, que a la sazón estaba de Ministro Plenipotenciario en Berlín, sustituyera, en esa Embajada, al gran viejo desaparecido. Investido de la más alta representación diplomática, Icaza se tras-

ladó a España, donde era, de antaño, conocidísimo y sumamente apreciado, brillando en primera fila en esas fiestas centenarias que tantas celebridades congregaron en el recinto histórico de la bella e inmortal urbe gaditana. Allí inicié con este hombre, por tantos conceptos ilustre, una amistad que me honra y que se afirmó con la visita casi diariay el trato frecuente en el Ateneo de Madrid, del que Icaza fué, por mucho tiempo, Vicepresidente.

Al entrar a juzgar la labor poética de Icaza, dejemos la palabra al maestro de la moderna crítica española, a Manuel Bueno, que dice: «Como poeta, Francisco A. de Icaza expresaba una interpretación pagana de la vida, instigada por cierto difuso espiritualismo, que más parecía responder a ciertas aspiraciones del alma que a la convicción de un creyente. Su lírica repartía sus raíces entre Meleagro y Leconte de Lisle, como si absorbiese la savia sensual del uno y el vago panteísmo del otro. Y, sin embargo, aunque él, por elegante pudor no lo confiese, Francisco de Icaza es un tierno, un delicado, un emotivo, como se dice ahora, no sin cierta pedantería. Del volcán de su corazón se escapa, re-

frenada por la altivez del poeta, la lava de la melancolía, en que se confunden los rescoldos de las pasiones inextintas y las cenizas de los desencantos. Eso, ¿es temperamento o experiencia? La interrogación quedará incontestada, porque Francisco de Icaza es, sobre todo, un estoico, a la manera de otros amigos suyos, que saben oponer la dignidad del gesto a las durezas del destino. Después de haber viajado a través de todo lo exótico en literatura, el insigne polígrafo se acogió a los lares patrios. Porque, hablando por encima de la geografía, ¿qué patria espiritual ha de tener Icaza más que España?»

Las obras hasta hoy publicadas por este poeta erudito y diplomático, que evoca en nuestros días la figura del prócer Marqués de Santillana, son las que apuntamos a continuación: *Efímeras* (versos), *Lejanías* (versos), *La Canción del Camino* (versos), *Examen de Críticos*, *Las Novelas Ejemplares de Cervantes*, *La Universidad Alemana*, *Nuevos estudios cervantinos*, *De cómo y por qué La Tía Fingida no es de Cervantes*, *De los poetas y de la poesía*, *Supercherías y errores cervantinos*.

JESÚS E. VALENZUELA

En el moderno movimiento de la lírica mexicana, los poetas aparecen por grupos, reuniéndose en torno a una publicación que, como una bandera, levanta en alto un corifeo del arte, aportando al proceso evolutivo de las ideas estéticas, elementos, formas, direcciones nuevas que van marcando otras etapas y descubriendo inexploradas, mágicas regiones en el mundo inacabable, infinito de la Belleza.

Al grupo de *Revista Azul* sucede en México el de *Revista Moderna*, hogar espiritual al que se acogen poetas de la magnitud de Amado Nervo, Manuel José Othon, Francisco M. de Olaguibel, Efrén Rebolledo, José Juan Tablada, Balbino Dávalos, Rubén M. Campos y otros, que traen a la poesía mexicana la levedad, el *sprit*, el *cachet* de la francesa, concresión de sumo arte que da normas a la poesía modernista de todos los países. El propulsor más eficaz y entusiasta de este movimiento y de esta orientación, en México, es el espíritu abierto, generoso, expansivo, selecto, de Jesús E. Valenzuela, a quien tanto deben las letras de su país, no solamente por los

aportes que a ellas hizo con sus producciones poéticas de indudable mérito, sino como a Mecenas protector y amparador de los mejores ingenios que han florecido en México en los últimos años. Tratándose, pues, de reseñar el movimiento de la poesía moderna en este país, injusticia palmaria hubiera sido excluir de esta galería a quien durante la mayor parte de su existencia no hizo otra cosa que vivir por el arte y para el arte, sacrificando en sus aras augustas, no sólo su fortuna sino su vida misma.

Jesús E. Valenzuela fué un espíritu dilecto y un hombre de fortuna que salió del Estado de Durango, donde había nacido, a la ciudad de México, con el objeto de hacer una intensa campaña de arte, para lo cual fundó y sostuvo, con sus propios recursos, *Revista Moderna*, que continuó brillantemente la misión estética de la célebre *Revista Azul*, de Gutiérrez Nájera, llegando pronto a ser un buen exponente de arte y de modernidad. A su creación se entregó por entero Jesús E. Valenzuela; aupó y ayudó a subir a todo aquel que llegaba trayendo *algo* en el cerebro o en el corazón, y en lucha contra la mediocridad, contra la envidia, contra la *Beocia*, dejó su hacienda, su

salud, y, por fin, su vida: murió de agotamiento y de parálisis, en Mayo de 1911, dejando en cuantos le conocieron y amaron un recuerdo hermoso e imperecedero y un ejemplo admirable de generosidad y de nobleza.

He aquí el juicio que el patriarca de México, el gran viejo Justo Sierra, formula acerca de este hombre de excepción: «¡Qué derrochador, Dios mío! Derrochaba ingenio, talento, simpatía; todo con un donaire gentil de gracia y elegancia realmente único; jamás he visto un poeta menos egoísta, un voluptuoso con el corazón menos seco; rarísimas cosas estas. Amaba el goce con verdadera pasión y esa era la cuerda de oro de su lira; pero su voluptuosidad era unir a un infortunio su mano, su corazón, su bolsa, y todo ello con ademán de efebo ateniense, con un gesto instintivamente estético. Y crecía a nuestra vista aquel muchacho transformado en hombre, en diputado, casi en prócer, porque con su espíritu genuínamente hospitalario y protector acogía, aceptaba a pecho abierto la misión y el amparo de cuanto indigente iba a él, y no sólo los indigentes de pan, sino los indigentes espirituales o morales, los que necesitan el aliento de otra

alma para respirar, el aire de atmósferas más libres para volar, el calor de amistades más íntimas para desentumecerse, levantarse y andar... .....
..... El estuvo a punto de ser un gran poeta; pero le sucedió lo que a mí: había en nosotros cierta impotencia fundamental para unir la idea al sentimiento y ambos a una expresión lírica indefectible, cosas que otros (Darío, Lugones, Chocano, Díaz Mirón, Urbina, para hablar sólo de americanos vivos), encuentran sin esfuerzo y al primer intento».

La obra poética que ha quedado de Jesús E. Valenzuela, la constituyen los siguientes tomos de versos: *Almas* y *Cármenes, Lira Líbre, Manojo de Rimas*. Además, nos ha dejado un interesantísimo libro de *Memorias*. A través de toda su producción se revela un poeta de rasgos verdaderamente geniales, al que le falta sólo, para ser perfecto, mayor dominio de la técnica, mayor paciencia, más condiciones de artista orfebre; cosas con las cuales, naturalmente, estaba reñido su desenfadado, valiente, ávido e impetuoso espíritu.

César E. ARROYO

POLÍTICA ESPAÑOLA

Cogemos la pluma para escribir estas líneas, que no lo son de combate—¡Dios nos libre!—, sino surcos de campos de paz y de labor, en un momento trágico para España. No penseis que vamos a hablaros del peligro de una intervención armada, escasamente armada, por supuesto, en la contienda europea. Nada de eso. Nosotros no creemos en la posibilidad de una intervención guerrera, porque ni nadie nos provoca, ni nadie nos arrastra, digan lo que quieran, o lo que les convenga, plumas que jamás acertaron a escribir una página gloriosa de nuestra historia, ni fueron nunca agitadas por vientos de tempestad sobre la copa de un chambergo español.

No es la proximidad de la guerra, el posible estampido del cañón germano; lo que determina esta tragedia del momento actual. Es algo mucho más terrible, mucho más grave, mucho más desesperante, porque es lo

que no tiene remedio, lo que no sabemos evitar, lo que pregona nuestra decadencia, nuestra degeneración, nuestra estupidez, nuestro falso concepto de lo que es el egoísmo, de lo que debe ser el egoísmo, virtud de inestimable valor en los pueblos, cuando los pueblos se escudan con él y tras él se hacen fuertes y son capaces de sentirlo en toda su grandeza, en el amor a la tierra propia, a los mares propios, al cielo, que se funde en la lejanía con los campos que labraron los brazos incansables por la codicia, tenaces por el egoísmo, invencibles por el egoísmo hecho amor.

Son nuestros anodinos gobernantes, nuestras plumas faltas de sinceridad y de vigor, nuestros palabreros oradores de escaño y de mitin, la incapacidad y la falsía de nuestras clases directoras, los verdaderos culpables, los que condujeron al pueblo español a este marasmo, a esta falta de vitalidad en que se encuentra. ¿Cómo no ha de sobrecogerse este pueblo ante la visión de una guerra con armas si no le han enseñado a pelear en la paz? Nadie le ha dicho cómo se lucha con el hambre, ni nadie se cuidó de proporcionarle armas—herramientas las llaman los héroes de otros pueblos, grandes conquistadores en la paz—, ni de conducirle a posiciones ventajosas; y

este pueblo es tan ignorante, tan insensato y tan cobarde que se deja vencer por tan ruin enemigo.

Este es un país de *cucos*, de egoístas, pero no a la manera de que hablábamos antes, sino en toda la repugnante mezquindad de la definición académica, y de falsos patriotas. Nuestra mayor desgracia está en esto: en que no somos patriotas. Y también en que las fuertes mentalidades no están en las clases directoras ni en las clases oprimidas, es decir, en ninguno de los extremos del eje, que es donde pudieran tener eficacia.

La paz que disfruta España en medio de los horrores de la guerra, ha servido y sirve para que muchos políticos mediocres adquieran preponderancia; para que otros, próximos a la caída definitiva, se mantengan en pie, y para que algunos, ambiciosos en demasía, tomen sus posiciones; y ninguno de ellos, ni los mediocres, por falta de capacidad; ni los que estaban a punto de caer para siempre, por desprestigiados y caducos; ni los ambiciosos, por prisioneros de la ambición, pueden atender intereses que no sean los personales, y, a lo sumo, los familiares.

La paz que disfruta España en medio de los horrores de la guerra, repetimos, ha servido

y sirve para que unos cuantos españoles se enriquezcan a costa del hambre de la inmensa mayoría del país; y ha servido y sirve para que aumenten las cuentas corrientes en los Bancos, mientras la nación está en ruinas.

A nadie se le ha ocurrido acabar con las *cuquerías*, con las ambiciones, con las inutilidades y con los estancamientos del dinero. Nuestra clase media sólo sabe pedir una limosna a los Poderes Públicos, y nuestro proletariado sólo sabe buscar el remedio a sus males en la perturbación y la ruina de la huelga. La petición y la protesta se justifican por la carestía de la vida y a nadie se le ocurre enterarse por qué está la vida cara, quiénes son los culpables de que lo esté, cuáles son los remedios que hay que aplicar. A nadie se le ocurre pensar que una nación con un suelo que guarda tesoros en sus entrañas y ofrece riquezas en su superficie; con una costa que se basta por sí sola para el dominio del comercio mundial, y con grandes estanques de oro, puede y debe ser, por ley natural, por designios del Creador, una de las primeras del mundo. La primera fué cuando la raza se mantenía pura y los políticos no se dedicaban, como hoy, a empobrecerla.

El lector, habituado al humorismo a que

siempre invita esta graciosa y desgraciada política española, ha de perdonarnos por habernos puesto demasiado serios. Ya dije que estamos en un momento trágico. El más trágico de todos: el de la muerte de un pueblo que se muere por cansancio, por dejadez, por absoluto abandono.

Tiene hambre; le falta el pan; lo pide; no sabe hacer otra cosa que pedirlo, y cuando se lo niegan, cuando le responden que no lo hay, se resigna y se deja morir,

Dios hace bien en abandonar a estos hombres; en dar a este pueblo los gobernantes que merece.

Pero, ¿es que no saben estos hombres levantar la compuerta para que la plata estancada rebase los cauces y al desbordarse fertilice el suelo patrio? ¿Es que no saben vestir con el oro de los trigos esas inmensas llanuras, hoy estériles, de nuestra madre Castilla? ¿Es que no les queda un resto de vigor para amasar el pan de cada día y ofrecérselo a sus hijos hambrientos para hacerles fuertes, como la patria los necesita, como la raza lo reclama?...

JOAQUÍN AZNAR

ACTUALIDAD ARTÍSTICA

José Pinazo Martínez.

Este ilustre pintor es uno de los grandes prestigios del arte español contemporáneo. Su labor, extensa y varia, es de las más profundas, de las más intensas. Técnicamente, pocos, tal vez ninguno, podrán vanagloriarse de ser superiores; espiritualmente, contados serán los que ofrezcan un panorama tan rico en sugestiones, tan pletórico en afectividades, como él. Pocas serán también las vidas de una probidad semejante a la suya. Y decimos probidad dándole todo su significado de bondad, de rectitud de ánimo, de integridad, honradez y consciencia en el obrar. Lentamente, pero con paso recio, ha hecho su camino.

Nació en Roma por el año de 1878. Su padre, el pintor Ignacio Pinazo, uno de los pocos pintores de los últimos años del siglo pasado, cuyo nombre se pronuncia con respeto

no exento de admiración, era, por aquel entonces, profesor de la Academia española de la Ciudad Eterna. Allí, en aquel inmenso Museo, pasó su infancia recibiendo las más puras y hondas impresiones de Belleza, que le habían de señalar para siempre el rumbo de su vida. Pero, en realidad, en donde su espíritu halló las primeras revelaciones perceptivas y creadoras fué en Valencia, en donde radicaba su verdadero hogar y en donde transcurrió su mocedad. Valencia, vivero de artistas, modeló la espiritualidad de Pinazo, que, si no nació en su regazo por un azar de la casualidad, valenciano era por abolengo y valenciano es por su arte, lleno de luz, de sol, de alegría, de optimismo, de sensualidad y de riqueza.

Pinazo ha sido un artista precoz; pero esto no dice nada en contra suya. Ha sido precoz porque era lógico que lo fuese, dado el ambiente en que nació y se crió.

¿Cómo no iba a serlo si nació entre artistas y no oyó desde que vino al mundo sino hablar de arte y no vió sino arte a su alrededor? La precocidad no es un defecto cuando se cuida que la cimentación sea sólida y cuando no se la abandona a su libre expansión. Y Pinazo tuvo la suerte de tener un padre que, además

de ser artista meritísimo, era un gran profesor. Sin embargo, no fué la pintura lo que le atrajo en su niñez; sus primeras manifestaciones artísticas fueron escultóricas. En la edad en que otros niños no piensan más que en travesuras y juegos, él se dedicaba a modelar pies y manos y figurillas con un ahinco y con un fervor admirables. Pero pronto trocó el barro y el yeso por los pinceles y la paleta. Sentía el color y subyugado por la esplendidez levantina, a la pintura dedicó sus cariños. De sus aficiones de escultor hay huellas en sus cuadros. Obsérvese cómo recorta y destaca las figuras, con qué delectación trabaja la forma, y la acaricia, y la pule, y la realza. Modela con el color como podía modelar con el barro. Por eso su dibujo es tan vigoroso.

En 1895, todavía un mozalbete imberbe, se presentó por primera vez en la Exposición Nacional y obtuvo mención honorífica. En la siguiente (1897) ganó una tercera medalla y en la de 1899 otra tercera medalla.

Toda la trayectoria de la labor de Pinazo se puede seguir a través de las Exposiciones Nacionales, que han constituído, durante muchos años, la preocupación única de nuestros artistas, con raras y contadas excepciones. Los ejemplos de Zuloaga, Anglada y Julio Anto-

nio, no abundan. Es natural que los artistas españoles confíen solamente en las recompensas mezquinas y casi siempre arbitrarias del Estado. Se ha de contar con que en España, desde hace medio siglo, no existe ambiente, no hay interés, las gentes no se preocupan de las artes, y si no hubiese sido por las Exposiciones oficiales, o no tendríamos artistas o habrían emigrado todos en busca de cielos más benignos y de pueblos más cultos. Afortunadamente, ya hoy van perdiendo las Exposiciones oficiales su importancia. Ya hoy los artistas no pintan sólo para esos certámenes de Real Orden tan combatidos y censurados por las tropelías que en ellos se cometieron y se siguen cometiendo. Cada año abundan más las Exposiciones particulares y los artistas reciben encargos y venden sus obras. No obstante, aun queda mucho terreno que andar...

Los éxitos obtenidos envalentonaron al muchacho y se decidió a pasar la frontera. En 1901 le concedieron segunda medalla en París y esta consagración de sus méritos que le hacía la inmensa ciudad cosmopolita, reina y señora hasta hoy de la intelectualidad y del arte mundiales, perturbó un poco a nuestro compatriota; le perturbó beneficiosamente, porque ello fué origen para que años más tar-

de encontrase la norma que en definitiva había de seguir, y tras una lucha enconada e implacable se encontrase con una personalidad inconfundible.

Antes del viaje a París las obras de Pinazo eran endebles, en el sentido de que todavía en ellas no resplandecían el dominio y la seguridad del verdadero artista. Su labor entonces era más bien impresionista y casi inconsciente. Pinazo pintaba por necesidad espiritual, es cierto; pero también por sugestión. Sus cuadros no eran lo originales, lo personales que debieran ser. Había en ellos muchos rastros de extrañas influencias que era preciso eliminar. Y llegado a París en la época en que comenzaban a florecer las inquietudes artísticas actuales, comprendió la verdad. Y la verdad era que había de evolucionar, que había de perseguir su estilo, su sello, su *yo*. Otro en su lugar, teniendo un padre que gozaba de extraordinario predicamento y habiendo alcanzado en plena mocedad los triunfos que él alcanzó, se hubiese tumbado bonitamente a la bartola y hubiese dejado correr los días con la seguridad de conquistarse una fama mentirosa y una falsa aureola. Pero como él era un artista verdadero, como él no ambicionaba los fáciles éxitos, como él quería ser él y dejar bien mar-

cada la huella de su paso, se entregó a la labor ardua y penosa de buscar su camino, la gran ruta que conduce al templo de los elegidos, sólo asequible a aquellos dotados por Dios para llegar a comprender los universales arcanos estéticos.

Fueron ocho años de acerba batalla entre el espíritu y la inteligencia, indagando la personalidad. Durante ellos pinta los cuadros «El Nocturno», *Five o'clock tea* y «La muerte de Petronio», en los que van apareciendo los primeros destellos de la inspiración colorista y decorativa, que ha de triunfar en 1909, en su obra básica, «Enredos del diablo», que ha de ser el punto de partida de una época gloriosa para el ilustre artista.

«Enredos del diablo» es un tríptico en el cual la tierra valenciana resplandece con su luz y su policromía; pero con todo, se aparta de cuanto se ha hecho sobre Valencia. Con él sienta ya su personalidad independiente. Es una afirmación rotunda. El fastuoso señor del color, el mago de la paleta lujuriante y fascinadora comienza a aparecer y con él, amalgamado, adunado, en unión morganática, el soñador, el poeta, y también el observador atento, el irónico glosador y el filósofo amable y compasivo. «Enredos del diablo» es uno de

los cuadros más importantes de la actual pintura española, y él solo se basta para cimentar la fama ilustre de un pintor. El «panneau» de la izquierda, titulado «Copla del vigor», representa a un gallardo mozo huertano entonando, entre la verde pompa del naranjal, una copla de amor al son de la guitarra, pinturero, sonriente y audaz. El «panneau» central se titula «Dúo del silencio», y en él aparecen sentados al pie de un naranjo cuajado del rojo fruto, una garrida huertana y un viejo labrador. Ella, con las manos abandonadas sobre la falda y la cabeza ladeada, tiene una actitud de fastidio y un gesto de nostalgia y de pesadumbre. El parece escuchar alarmado y se le nota el temor y la pusilanimidad. Se le ve violento, indeciso, abrumado... En el fondo, ríe el paisaje valenciano. El «panneau» de la derecha se titula «Romanza amarga». El viejo labrador, sentado en una basta silla de enea, con las manos juntas y la cabeza sobre el pecho, llora sus dolores y desengaños. Junto a él, sobre una mesita de madera blanca, hay un jarro y un vaso mediado de vino... En esta obra maestra con que José Pinazo nos dió la primera prueba de su gran valía, no sólo sorprende el impecable dibujo de las figuras y las ropas, la suelta y natural coloca-

ción de los personajes, sino también la magna orquestación de los colores, el ritmo grandioso, exaltado y vibrante de los motivos. Valencia está en ese tríptico cantada por un poeta de hondo sentimiento y exuberancia mediterránea.

En la Nacional de 1910 llamó la atención un cuadro de grandes empeños, titulado «A plena vida». En él, las cualidades pictóricas de Pinazo volvían a patentizarse; pero este cuadro no respondía a las esperanzas que concebimos. Parecía una rectificación, no una continuación de «Enredos del diablo.» Ya en él se distinguen los defectos que le persiguen en algunas de sus obras posteriores: el barroquismo, la colocación hierática de las figuras, la preocupación de amontonar efectismos colorinescos. ¡Con qué dolor vimos este cuadro! Y es que él no lo sentía. No, no era una obra sentida; era pensada; por eso su demérito. Sin embargo, la crítica y el público elogiaron mucho el cuadro. Indudablemente, todo en él responde a las excelencias de un gran pintor que domina el dibujo y tiene el secreto del color. Pero a las obras de arte hay que exigirlas más, mucho más, porque de lo contrario cualquier fotografía iluminada tendría el mismo valor. Además ¿no se mintió a sí mismo Pinazo en

esta obra? ¿No volvía en ella a los mismos defectos de sus cuadros primerizos? ¿No podrían encontrarse en ella huellas de otros pintores?

Se suceden dos años de silencio y en la Nacional de 1912, en la que conquistó segunda medalla por el tríptico antes mencionado, aparecen otros dos cuadros de Pinazo: «Manolita» y «Fruta escogida». Son dos perfiles, uno de mujer con mantilla—el primero— y otro de niña labradora—el segundo—. En ambos, vuelve a Pinazo la naturalidad, la soltura, la elegancia, dentro del impecable dibujo y del extraordinario y pasmoso dominio de la paleta. En «Manolita» aun quedan rasgos del autor de «A plena vida»; en «Fruta escogida» se esboza una nueva modalidad: la parquedad, la sencillez. Es el anuncio de una serie de obras que quizá constituyan el galardón más preciado de la extensa labor de este maestro.

«Fruta escogida» es otra obra definitiva. Recorrió en triunfo diversas exposiciones internacionales, y se reprodujo profusamente en revistas de arte y periódicos de varios países. Es una obra de serenidad, de majestad, de plenitud. Una campesina púber, cándida y pueril, sostiene entre sus manos y contra su

regazo un puñado de frutas sabrosas: las pomas esmaltadas y las naranjas ígneas. Hay en su actitud algo de liturgia, algo de religiosidad pagana. Es un gran amor a la tierra, al campo. El perfil se destaca vigoroso en un velado paisaje amplio y solemne, en donde la inmensidad se nos adentra en el alma. ¡Y qué sentido tan intenso, tan augusto de la armonía palpita en el cuadro! Contemplándolo, llegamos a creer que una sonata del divino Beethoven nos conturba deliciosamente.

En este mismo año de 1912 finaliza Pinazo otro cuadro importante, en donde sus facultades de colorista genial se plasman, se robustecen, se manifiestan con toda elocuencia. Valencia vuelve a rendir su secreto al artista. Una gentil labradora, tocada con el típico traje del país, sostiene entre sus manos, como una regia ofrenda, una fuente en la que triunfan los rojos lujuriantes de las naranjas, la varia coloración vítrea de las pomas, el verde dorado y cristalino de las uvas. Ella sonríe fascinadora y como sabedora del tesoro que parece ofrecer a un dios. Enmarca su perfil magistral el fausto verde del naranjo. A sus pies, un rosal le rinde el homenaje de sus flores blancas. No podía concebirse un más alto, entusiasta y conmovedor poema de la

tierra valenciana. De cuantos han pintado a Valencia ¿quién, sino Pinazo, la ha sentido con mayor hondura, la ha interpretado con mayor exactitud y la ha cantado con más galana y rica inspiración? Los tesoros cromáticos de la huerta, fabulosos e incalculables, los ha robado Pinazo y por eso los derrocha, con una jovial prodigalidad de gran señor.

Este cuadro, que se titula «Valenciana», es una consecuencia admirable de aquel famoso tríptico, heraldo de la personalidad de Pinazo. El artista avanza, joven, robusto y pleno, hacia la cumbre...

Sin embargo, aun titubea. Todavía no se ha encalmado su lucha interior. Espíritu el suyo de un dinamismo potente, trabaja sin descanso. En 1914 vienen dos obras de transición: «En la pradera» y «La de la rosa en los labios», que vuelven a recordarnos al autor de «A plena vida», como si Pinazo dudase de que su camino lo marcó «Enredos del diablo». Claro está que en ellos no faltan las tendencias decorativas y las suntuosidades cromáticas, características del pintor. Pero son obras vulgares, con todos los defectos ya anotados de la tiesura fotográfica de las figuras y de la preocupación de acumular notas colorinescas...

Y es precisamente al año después de producir estas obras adjetivas cuando Pinazo crea las obras augulares de su arte, las obras en que Pinazo llega a la plenipotencia, a la rotundidad. Su arte, como las granadas, revienta pletórico de sazón. En 1915 pinta esas maravillas que se llaman «La princesita de los pies descalzos» y «Floreal», asombrosas síntesis de todas sus obras anteriores, culminación peregrina de las facultades, cualidades y dotes singulares y exquisitas de este artista glorioso, orgullo y honra de la pintura nacional. Es en esos cuadros donde el poeta delicado, el cantor jocundo y el mago orquestador de rútilas y avasalladoras sinfonías de color se juntan, se funden para producir las obras más originales y fuertes, obras que son cánones de estética, y con las cuales Pinazo alcanza las cumbres más altas, las cumbres que dora el sol de la inmortalidad.

De dos siglos a esta parte, la pintura de todos los países no ha producido nada superior a esos cuadros. Ni siquiera en España, donde hoy, como en el siglo XVII, radican los mejores pintores del mundo, hay obras más fundamentales y definitivas.

«Floreal» obtuvo en la Exposición Nacional de ese mismo año, por voto unánime del

jurado, de la crítica y del público, primera medalla y esta es la vez que con más justicia se ha otorgado tan preciada distinción y la vez que con más méritos se ha obtenido. En dicha Exposición no había lienzo alguno ni obra cualquiera de mayor importancia artística que fuese, al mismo tiempo, expresión más soberana de un temperamento, de una personalidad.

Porque en esta obra, como en otras anteriores y como en la «Princesita de los pies descalzos», triunfa plenamente la originalidad, no ya sólo en la concepción del asunto, sino además, y por modo admirable, en la resolución del mismo. Porque es que la inteligencia y el espíritu han llegado a la máxima colaboración. Y así son de intensas, de profundas, de emocionantes y de bellas esas obras.

Para saber la justicia que se hizo a «Floreal» no hay más que fijarse en las otras primeras medallas del certamen: «Anochecer en el Pinar», de Enrique Galvey; «Retrato de caballero», de José Zaragoza, y «El pan de cada día», de Alvarez Sala. Si a la frialdad del Sr. Galvey y a la vulgaridad del Sr. Alvarez Sala se las premió con primera medalla, ¿qué no merecía ese raudal desbordante de inspiración y riqueza que «Floreal» significa y representa?

Y si al «Retrato», del Sr. Zaragoza—la mejor obra de las tres citadas—se le concedió primera medalla, ¿qué no merece un cuadro como «Floreal», en el que cada figura es un retrato maravilloso? No, no; indudablemente no fueron justos con Pinazo, a pesar de la justicia que a su cuadro se hizo. Y no fueron justos, porque ya en años anteriores debieron concederle esa primera medalla que tenía *archiganada*.

¿Y qué es «Floreal»? Pues «Floreal» es un triunfal himno de luz y de color. Es una jarifa, vehemente, apasionada exaltación de Valencia. Es la expresión simbólica del alma musical de aquella tierra levantina, cuna de gloriosos artistas. En un sentido de «panneau» decorativo, que es la tendencia a que principalmente se inclina su autor, «Floreal» es como una canción de desbordada alegría, orquestada grandiosamente de manera wagneriana.

Y a seguida, el pintor que ama la naturaleza y la vida, después de este cuadro que es, con los paisajes de Mir, el éxito de la Exposición de 1915, crea «La princesita de los pies descalzos», ese poema de ternura, exquisitez y delicadeza que, con el «San Ignacio», de Salaverría, «A la fiesta del pueblo», de Hermoso

y «Versolaris», de Valentín Zubiaurre, son el éxito de la Exposición de 1917.

El poeta, en el crepúsculo de oro, sanamente cansado, se ha recostado sobre el tronco del naranjo, y al entornar los ojos, aspirando la fragancia de las rosas, de los jazmines y de los azahares, ha soñado. Y esta vez, el pintor de las orgías del color, sujetas a una genial ponderación, a un ritmo grave y profundo, lleno de ternura infinita, entona con el pincel una emocionada y cándida melodía sentimental, como una sinfonía beethoveniana o una cantata de Juan Sebastián; que tal se nos antoja «La princesita de los pies descalzos».

En esta misma Exposición presentó Pinazo otros dos cuadros, para los cuales tuvo la crítica unánimes y entusiastas elogios: «Luciérnaga» y «María Luisa».

En realidad, ambas obras son dos retratos. Lo que ocurre es que el pintor no puede ocultar su temperamento de decorador y así están vistos estos retratos, y todos sus retratos posteriores: como cuadros; pero en ellos, Pinazo muestra que en su espíritu se va operando una evolución, otra evolución, que viene a marcar su apogeo, la época de su integral florecimiento. Sobre otros muchos artistas, tiene la ventaja de que él nunca se considera *hecho*, y con la

misma ansiedad y el mismo fervor que en sus comienzos, busca, piensa, investiga, va tras la emoción, tremante de deseo, esperando que el infinito inmutable le rinda todos sus secretos, le trace nuevas normas.

En estos cuadros y en los que les siguen, que brotan sin interrupción de sus magos pinceles, enamorados eternos de las sedas, de las joyas, de las frutas y las flores, como el fluir de un manantial inagotable, Pinazo camina sereno, tranquilo y señorial, hacia la sencillez, hacia la parquedad. No es que se muestre avaro de sus tesoros; es que no quiere enjoyecerse demasiado. El sabe que no hay nada que canse más y despierte más pronto el desvío como estar mostrando a todas horas, constantemente, el caudal que uno posee. Después de haberlo mostrado en toda su plenitud, hay que renovarlo, hay que transformarlo, para que, siendo el mismo, sea distinto. Así hace él, fiel cumplidor de ese axioma del arte: renovarse o morir. El se renueva; pero no por capricho, por una sugestión de la voluntad, sino por una necesidad de su espíritu, en donde palpitan todas las inquietudes, como un nido de alacranes enardecidos.

Ha llegado Pinazo, fuerte, poderoso, a su época más interesante, porque ahora sus obras

son mucho más espirituales, menos externas. Antes nos deslumbraban; ahora nos conquistan moralmente, nos hacen soñar. Con sencillez augusta nos hablan sus pinceles ahora. «María Luisa», «Luciérnaga» y «Rosaleda» —otro cuadro de esa misma época—nos dicen que ha llegado para Pinazo la plenitud. El mago de las rutilantes armonías cromáticas, el poeta delicado y sutil, que sabe anegarnos en puras emociones, es un trabajador formidable. ¿Quién sabe, pues, las maravillas que aun producirán sus sabios pinceles?

Aunque de vez en cuando siente la nostalgia de sus grandes composiciones decorativas y se deleita en orquestar nuevas polifonias wagnerianas con los *leito motivs* de sus obras: las flores, las sedas y las frutas, ya hoy su tendencia es la de la serenidad, la de la sencillez, con un santo horror a la vulgaridad y un plausible propósito de superación.

BALLESTEROS DE MARTOS

(Capítulo de la obra, próxima a publicarse, ARTISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS).

BIBLIOGRAFÍA

Francisco Alejandro Lanza: *El Cuento de Pedro Corazón,*, Prólogo de Daniel Martínez Vigil.—Montevideo, 1918.

De América vienen muchos libros y no todos buenos, pero ni menos ni más malos que estos de autores peninsulares, tan hinchados y estirados de su peninsularismo que se creen ser ellos los únicos que escriben en castellano en el orbe terráqueo. Pero con ser muchos los libros que nos vienen de América, de la América «que aun reza a Jesucristo y aun habla en español» (como cantó Rubén Darío) lo que abunda con profusión de maleza en selva lujuriante y verdaderamente tropical, son los libros de poesías. No obstante, el lector que quisiera formarse una idea orgánica del conjunto de la poesía hispano-americana por este aluvión de versos que sobre él llueven, no podrá conseguirlo. Faltan antologías, selecciones sistematizadas, recogidas por un espíritu regulador, ordenativo, que ponga en claro los materiales y distribuya a los poetas cronológicamente y los exorne con unos antecedentes bio-bibliográficos. En general, las antolo-

gías han sido mal hechas; si encargadas a particulares, escritas aprisa y con precipitación, *pro pane lucrando;* si redactadas oficialmente, mal trazadas, pergeñadas sin gusto exquisito, obedeciendo a un gusto académico y clasicista, incluídos los autores más por atender a los cargos públicos y remunerados que han obtenido, que por sus méritos poéticos.

Con razón que le sobra, Mr. Alfred Coester habla desdeñosamente de las semi-oficiales antologías de los estados centro-americanos que hacen una buena siembra de poetas en razón del número; «pero una lectura de sus producciones no impresiona por su gran mérito» (1). Con el desenfado con que habla este extranjero, este *gringo,* podemos hablar nosotros, desde nuestro punto de vista español—que al fin no estamos tan lejanos de nuestros hermanos de América como un descendiente de los tripulantes de la *May-flower.*

He recorrido muchas antologías americanas y de nada me han servido para el conocimiento pleno e integral del movimiento poético aislado de cada país. Luego he obtenido conocimientos dispersos, sueltos, sin trabazón, con muy mágicos y adorables poetas de cada encantado reino de la América hispana—que reinos son en el mundo de la Poesía los que como repúblicas democráticas y convulsas clasifica la geografía política—; pero no obtuve una visión total de la poesía en cada país. Y así recientemente, va para tres o cuatro meses, leí

(1) «The semi-official anthologies of the Central America States make a brave showing of poets in the matter of number, but a reading of their productions does not impress one with great merit.» (*The Literary History of Spanish America*, cap. XIII, p. 449; Macmillan and C.º; New-York, 1916).

con atención un libro de antología chilena que se llamaba—si no me flaquea la memoria, pues no lo tengo hoy a mano, por escribir esta bibliografía desde un retiro marítimo del Norte de España—*Selva lírica*. Pues bien; ¿sostendré ante nadie que conozco plenamente el movimiento poético de Chile? La Antología no me lo ha dado integralmente al menos. Y lo mismo me ocurre con el movimiento poético del Uruguay (1). Voy luego atrapando aquí y allá partículas de ese conocimiento, leyendo hoy a un poeta y mañana a otro, por donde llegaré un día a la comprensión total del movimiento de ambos países.

Hoy llega a mis manos un poeta cuyo nombre y obra me eran totalmente incógnitos. Pero al hojear su libro y advertir que quien le apadrina es nada menos que Daniel Martínez Vigil, el gran escritor uruguayo, ya me detengo con respeto ante el atrio de este librito de versos, presentado con decoro y elegancia. Los hermanos Martínez Vigil fueron en Uruguay los introductores del modernismo y los fundadores—con Víctor Pérez Petit—de la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, donde probó sus primeras armas de ensayista el egregio José Enrique Rodó, maestro y guía de la juventud intelectual hispanoamericana...

Bastaría ello para hacerle acreedor a nuestra estimación y respeto; pero además, Martínez Vigil es un escritor de galano estilo y un crítico de gran nota. Su prólogo es una pre-

---

(1) Para el estudio de la literatura uruguaya, véase el documentado ensayo de Ventura García Calderón y Hugo D. Barbagelata; *La literatura uruguaya*. (*Revue Hispanique*, tomo XI, núm. 98. New-York-Paris, 1917).

sentación elegante y fina, hecha por un señor de las letras en un salón de gentes doctas.

El poeta se nos aparece vivo y palpitante, hasta en su persona física, a través de la prosa tersa de Martínez Vigil. «Alto, de no muchas carnes, de nariz recia, como cuadra a quienes asquean los malos olores moalres del mundo; de ojos pequeños, pero vivos y penetrantes; de cabeza, sino voluminosa, bien conformada, como templo pequeño destinado a servir de morada a un ídolo; de andar desenvuelto; vigoroso, todo nervio y músculo; serio, parco de palabras y más parco aún de sonrisas; de fisonomía más bien adusta que atrayente; vestido *à la dernière;* elegante, prolijo, estirado; así es como se presenta a los ojos del mundo el exterior de Pedro Corazón»;—del cual ya antes nos ha dicho que es «una entidad real y viva, que, en el Registro civil y en los libros parroquiales montevideanos, aparece inscripto con otro nombre: el de Francisco Alejandro Lanza».

Este poeta maneja diversas cuerdas en la lira polifónica. Ya tañe la cuerda elegiaca—como en *Recordar, Vieja flor, In memoriam, Plazuela de los Adioses, Remember, Vieja imagen, El enorme dolor;* ya pulsa la cuerda amorosa y erótica, como en *Vano intento, Hortus Conclusus, Amar—Sufrir, Divina ingrata, Ojos, Evocación, Licor de enamorado;* ya arranca gemidos entre leopardianos y salomónicos, como en *Nihil* y *Finis;* ya pone en su lira humorismo fino y de buena ley, con un arcaismo elegante que es un exquisito *pastiche* de nuestro lirismo clásico, como en *Claro de luna, Señor Marqués* y *Silueta antigua;* ya tiene acentos de modernidad ultradecadente y re-

finada, como en *Hotel-Casino, Impresiones de un baile* y *Nouveau jeu.*

Hay en este poeta muchas tonalidades a la manera suave y sugestiva de Amado Nervo, a quien dedica su libro y por quien profesa una gran admiración. Hay en alguna de sus canciones algo de la ingenuidad del poeta de *Perlas místicas;* pero en general, el Sr. Lanza es más humano, más realista, aunque con un cierto matiz de aspiraciones místicas—revelado en poesías como *Serenidad piadosa, Nihil* y *Finis*, impregnados de una amargura de Eclesiastes. En el fondo del alma de este poeta palpita un espíritu cristiano que se sobrepone aún a su anhelo de modernidad. Bastá leer estas estrofas de *Finis* (pág. 204 del libro):

> Sobre el mundo entreteje su madeja
> la Vida, Vanidad, Ruido de Ruido.

Es un residuo de melancolía cristiana, latente bajo las cenizas del escepticismo. Porque el Sr. Lanza, como hijo de su siglo, no es un creyente ingenuo de edades pasadas; es un incrédulo, pero respetuoso con la fe y aún añorándola y envidiando a quienes la tienen. Recordemos, si no, una poesía titulada *El enorme dolor* (véase la pág. 147 del volumen):

> Pálido Galileo de la amarga agonía
> que adoré en los jardines de la risueña edad;
> escucha mis palabras, infante de María:
> amarguras de incrédulo bien merecen piedad.
> Aunque perdí la fe, (Señor, ¿es culpa mía?)
> no hay en mi alma un átomo siquiera de maldad
> y a la luz temblorosa de la melancolía
> mi frente es como un viejo marfil de soledad...

Este soneto es de los más bellos que contiene el libro y hay en él una estrofa que es un hallazgo de concepto y de música:

Amarguras de incrédulo bien merecen piedad.

Ese mismo espíritu cristiano parece emanado del poeta Amado Nervo, así como ciertos toques de ingenuidad *voulue* que en uno y otro asoman. No es mal maestro Amado Nervo; antes bien, yo le tengo por el poeta más puro y más sereno que posee hoy la poesía castellana, aunque no sea el más amplio ni el más sonoro ni el más humano. Y me acompañan en este juicio autoridades críticas. «Un poeta cuya excentricidad se eleva a veces a positiva genialidad es el mexicano Amado Nervo»—dice el reciente historiador de la literatura americana, Alfred Coester (1). *(The bulk of his writing is very great and generally too personal to admit analysis).* «Es un anarquista poético lo mismo que Walt Whitman, tan admirado por los modernistas. El constante esfuerzo por lo no vulgar en el pensamiento y en la expresión alcanza un grado supremo acaso cuando él llama un poema «un ultravioleta». *(The constant strain after the unusual in thought and expresion reaches a climax perhaps in his calling a poem* AN ULTRAVIOLET*).*

Sin embargo, hay momentos en que sobre la inspiración suave y melancólica del poeta mexicano predominan otras influencias más bien extranjeras, algo de Leopardi, no poco de Laforgue y Rollinat y hasta un tantico de Augus-

(1) *The Literary History of Spanish America*, cap. XIV, página 469.

to Barbier. Así en la parte fragmentaria, dedicada a fustigar los vicios y perversiones modernas con unos cuadros realistas, plásticos, de hoteles donde se danzan los más abyectos bailes de los suburbios de Buenos Aires. Aquí el realista fuerte se torna por el vigor mismo de expresión, crudo, satírico, cuando deseribe el Hotel-Casino. Basta leer el terceto final:

> Allí todos sonríen. No hay melancolía
> en el hotel fastuoso... ¡Digno templo a fe mía
> de un hato de tahures y necias *demi-vierges!*...

Otra fustigante ironía hay en aquellas estrofas de *Nouveau jeu:*

> Sabe de todo; delicias promete;
> aunque os parezca imposible, es honrada
> esa damita que vive infatuada
> en el orgullo de su alto copete.

En estas cuatro composiciones irónicas—el autor las califica demasiado duramente de *Sonetos biliosos* y las dedica: «en el nombre de Arquíloco, de Juvenal y de Barbier»—es donde campea más gallarda la inspiración del poeta. El Sr. Lanza no ha nacido para los temas plácidos, descriptivos o amablemente eróticos; ahí es donde su Musa flaquea. Sólo está acorde en los temas extremos; se diría que no siente los temas *intermedios*. Está bien, plenamente bien, cuando maneja la cuerda elegiaca y cuando pulsa la cuerda satírica. Así las mejores partes de su libro son, por un lado, la titulada *Recordar*, y por otro, las tituladas *Sonetos biliosos* y *Humoradas arcaicas*, y algo de *Varia*, final del libro, que es una mezcla de motivos diversos.

Hay en él momentos de Heine y momentos de Carducci; instantes en que la poesía es irónica y meramente subjetiva y ocasiones en que es puramente descriptiva y formal. Testimonios del primer aspecto son, entre los más singulares del libro, las poesías tituladas *Amar, nacer, morir, vivir* y *El príncipe que amó a Blanca Nieve*. En uno y otro se muestra el poeta que describe un cuadro dolorido o simplemente melancólico del mundo real sin poner nada de su yo, de su dolor subjetivo. En cambio, hay otros momentos en que el autor se transparenta él mismo, a la manera amarga y convulsa de Enrique Heine y hasta en estrofas breves, concisas y algo incisivas, que recuerdan «los suspirillos germánicos» de que tan zafiamente se burló en su tiempo Núñez de Arce. De este corte y sabor son *Vano intento, Experiencia, Fides*—que me recuerda alguna poesía que yo escribí mozo—; *Inri, La risa eterna, Ironía cruel, Nulla Spes.*

El Sr. Lanza maneja mejor que otra ninguna la cuerda amarga, la dolorida queja, la plañidera lamentación y el acerbo sarcasmo. Tiene un soneto al sarcasmo que es un modelo de factura, de concepto, de elegancia y hasta un acierto de título.

Sarcasmo, viejo amigo, ya estás por fin de vuelta,
ya siento tu amargura dentro del corazón,
traes la cara triste y tu barba revuelta
vagamente se agita como un antiguo airón.

Hay momentos en que el Sr. Lanza recuerda intensamente, no a Heine, ni a su directo *influ do* en España Gutavo Adolfo Becquer, sino a Campoamor, en aquel aspecto de ciertas dolo-

ras y humoradas a las cuales daba cierto *cachet* de ironía el viejo humorista astur. Tal se muestra en *Simiente fecunda*. Hay dos o tres sonetos claros y puros, sin influencias y con una serenidad madura, en la obra del Sr. Lanza. Tales son—entre los más bellos del libro, los titulados *Amor imposible, Amor misterioso, Amar, Sufrir, Cor cordium, Vieja flor*—bellísimos y emotivos todos ellos. Los sonetinos son bellos también; maneja el Sr. Lanza muy bien este juguete métrico. Léanse *Sonetino infantil*, gracil y fino; *Un beso de la pálida*, sarcástico; pero prefiero, con todo, los sonetos sentimentales, puros, serenos, graves, sin ironía ni spleen,

sans cet ail de basse cuisine!...

que diría Verlaine. Estos sonetos de un tono sentimental y doliente —como *Remember, Vieja imagen, Plazuela de los Adioses, In memoriam, Lack—;* estos sonetos, agrupados bajo el título tan expresivo *Recordar* y capitaneados por un epígrafe de Maupassant: *Ah, les tristes choses! les tristes choses!...* son para mi gusto lo más bello del libro. Léanse *Ellas, Les Halles Centrales, La Rue Mercadet*. Cuando el señor Lanza se siente más poeta es cuando le acompaña el dolor, su amigo inseparable, y parece que para él se hubiera escrito la estrofa de Musset:

Les chants desesperés sont souvent les plus beaux.

* * *

Ignasi L. Ribera y Rovira: *Catalunya i la guerra dels nacions.*—Barcelona, 1916.

Entre los pocos lusófilos que tenemos en España—aquí donde el país vecino y hermano preocupa menos y se conoce peor que el Afghanistan—descuella el Sr. Ribera y Rovira por la galanura de su estilo, por su espíritu de artista, por su cultura y por el acendrado amor a Portugal. Crítico muy estimado en el país de elección, en el país que añora como patria;—el Sr. Teixeira de Passoais—el creador del *saudosismo* portugués—le evoca en uno de sus folletos—no recuerdo ahora y, por no tener comprobación posible a mano, no puedo fijarlo, si en *A Era Lusiada* o en *O Genio portuguez*—por la feliz analogía que ha hecho de la palabra catalana *anyorança* con la expresiva palabra portuguesa *saudade*.

El Sr. Ribera y Rovira, a más de crítico, es novelista, y a ratos, sociólogo, y como diría un alemán, un *Volker-Psychologuer*. Tal se muestra en el folleto jugoso y documentado que acabo de leer y que siendo el primer volumen de la colección *Catalunya i la guerra dels Nacions,* lleva por subtítulo: *Diari de un soldat*. En este folleto el Sr. Ribera y Rovira estudia las causas del conflicto europeo, el desarrollo de la opinión pública en los países neutrales y beligerantes. En las primeras cartas escritas desde Lisboa—*Profecía y Falso patriotismo*—revela las causas hondas del estallido de la guerra; la aglutinación de grandes grupos nacionales que no permitieron expansión a las pequeñas nacionalidades. Hace una distinción sutil entre el patriotismo normal y el patriotismo en las horas de peligro en las grandes agru-

paciones heterogéneas, como Austria, Alemania, la propia Rusia, estados de contextura heterogénea, formados por la adición violenta de territorios y pueblos que la conquista reunió; patriotismo que les abandona en las horas de peligro. «La derrota es para ellos la disgregación; el patriotismo no es más que el santo y seña que les regimenta, un aspecto más de la disciplina militar». En un artículo posterior, escrito ya en Barcelona, habla de la neutralidad española que considera mezquina y cobarde. En otro artículo—*La victoria de Francia*—escribe con frase cruda e incisiva, pero desgraciadamente para nosotros veraz y exacta: «La Alemania se ha enajenado las simpatías de todo el mundo culto. No más la Turquía la acompaña; y además, la China, la Bulgaria, y los ultramontanos españoles». (IV, pág. 13). El siguiente capítulo es un canto a Italia «que tiene hoy entre sus manos el destino de Europa, el porvenir de la raza latina.» De otra índole es el artículo titulado *Socialización*, donde pasa revista al estado latente de los pueblos en guerra. «Todo se socializa; el derecho, el patriotismo, la economía.» (VI, página 21). De tono retrospectivo es el titulado *Bismarck*, en que hace *sine irâ et studio* el examen de las torpezas políticas del estadista prusiano.

En una semblanza posterior estudia al Kaiser, junto con un recuerdo a la figura siniestra del Archiduque Francisco Fernando, muerto en Serajevo. Estudiando luego el federalismo imperial, dice que «si las armas germánicas son derrotadas ahora en la Gran Guerra, el sistema federal germánico se derrumbará estrepitosamente como un castillo de naipes».

(IX, 29). Del socialismo y la guerra diserta amenamente en otro capítulo, dando a entender que el fracaso del socialismo germánico no quiere decir la quiebra del socialismo, y luego habla del imperialismo marcial. En otro capítulo, *República,* el Sr. Ribera y Rovira infiere de todos los presagios que «del resultado final de la guerra se preve el triunfo del republicanismo en Europa». (XII, pág. 36). El capítulo XIII está dedicado a cantar la raza eslava, a la cual durante muchos años la gente europea se ha complacido en aislar del banquete de la civilización, «y los estudios de alta cultura, dentro de un método científico, ascendente y severo, han considerado la raza eslava como una raza inferior y primitiva.» No obstante, afirma el Sr. Ribera que «por mucho que desagrade a los detractores del eslavismo, esta raza ejerce y ejercerá más aún en el porvenir una fuerte influencia en Europa.» Hay luego dos interesantes capítulos: *Pacifismo* y *El equilibrio europeo*, y en ellos trata de demostrarse cuán falaz y utópico era el uno, y cuán inestable era el otro.

El capítulo XVI está dedicado a la prensa yanki que, en la época en que se escribía ese artículo (27 de Agosto de 1914), se hallaba *en un momento caótico,* como muy exactamente dice el Sr. Ribera y Rovira. La guerra moderna suscítale unos comentarios pesimistas, porque «se caracteriza por la ferocidad sanguinaria, por el espíritu destructor que arrastra, en una racha salvaje, a los ejércitos tudescos.» (XVII, pág. 51). Muy agudo y documentado es el capítulo dedicado a Austria-Hungría, y muy intencionado el capítulo XIX, titulado *Nacionalismo...* El Sr. Ribera y Rovi-

ra aboga por la independencia de Cataluña, con osadía intrépida, que a mí (español de una región que no se siente desglosada del aglutinamiento nacional) me parece excesiva y que a él, sin duda, y a sus cofrades en nacionalismo catalán, les parecerá gallarda y altiva. Yo no discuto el nacionalismo catalán, bien entendido; solamente no lo comparto. Los nacionalismos no se discuten ni se someten a polémica, porque son sentimientos y hechos y no son conceptos, y los hechos y los sentimientos son incontrovertibles. *Voilà tout...* Ahora bien; a mí como español me parece excesivo el epifonema final de ese capítulo: *Enguany fa dues centuries que Catalunya va caure retuda:* 1714... 1914... *Qui sab, qui sab!...*» (XIX, pág. 59). Conste que no transcribo en son de reproche estas frases. No soy asustadizo Cardenal de la Congregación de Ritos, que me alarme de una herejía. Si el nacionalismo es una herejía, no seré yo quien excomulgue a los heréticos. Digo en esto como San Pablo: «Conviene que haya herejes». (*Oportet hæreses esse.)*

Dos hermosos capítulos son los dedicados a las máquinas de guerra *(els enginys de guerra)*, y al aislamiento de Alemania. Un capítulo bien filosófico, bien nutrido de doctrina de la ciencia que han cultivado con tanto acierto Flint y Herder, a qnien evoca el señor Ribera en la primera página de su libro—"*fou un alemany amb subtil esperit llatí qui va pronosticar l'avenir politic de l'Europa*";—es el titulado *Cesarismo* y *Democracia* (XXII, página 66). La expansión naval alemana merece unos sutiles comentarios al Sr. Ribera, que está bien documentado en materia de esta-

dísticas marítimas, y asimismo dedica un capítulo repleto de cifras al espectro del hambre que se cernía sobre Alemania.

De otra índole es el hermoso artículo titulado *Los deberes de los neutrales*. En él el Sr. Ribera y Rovira expone algunas teorías sobre la neutralidad, que yo suscribo *in petto*, y que he proclamado en público, en 1916 y 1917, en la sala de actos del Ateneo de Madrid. La neutralidad española ha sido obra de la cobardía colectiva, y sólo a estadistas tan desaprensivos como los nuestros se les ocurriría atribuirse la gloria de que nuestra patria haya permanecido expectante. En 1914 España tuvo una ocasión feliz para reincorporarse a Europa, de la cual estuvo siempre distanciada desde el siglo XVII... Parece que ahora los mismos gobernantes quieren enmendar el error, interviniendo en la guerra, tardía, ineficaz y estérilmente y sin que podamos aspirar —porque no lo hemos merecido—al agradecimiento de los aliados. Que no olviden estos pseudo-estadistas la divisa de cierto linaje inglés: *Too late...* (Demasiado tarde).

A mi entender, pues, para España no hay redención... *¡nulla est redemptio!* Creo, sin embargo, con el Sr. Ribera y Rovira, que, a pesar de todas las alharacas de los neutralistas y germanófilos, «si mañana le place a la política inglesa hacernos tomar otra actitud, y los aliados piden a España un cuerpo de ejército para llevarlo a las colonias a relevar las guarniciones francesas e inglesas, el pueblo español, que soportó pacientemente el tratado de París, que sufre con paciencia la sangría de Marruecos, dejará romper la neutralidad por medio de hábil propaganda, que durante ocho

días le haga la bien aleccionada prensa del *trust* madrileño, que por ahora es germanófila, como los militares, los carlistas y el clero.» (XXV, pág. 83.)

Otro artículo repleto de datos estadísticos es el titulado *Armamentos*, y de índole ética, con consideraciones muy acertadas, es el titulado *La moral alemana*. Hay una cruda y fuerte semblanza de Von Der Goltz y un bello artículo anecdótico *Golafrería teutona*. Merece leerse como curiosidad el pintoresco artículo titulado *La Torre Eiffel*, y es curioso el último artículo titulado *Football*. El Diario termina así: «Otro soldado hablará de la guerra. Un soldado auténtico que tiene el ánimo explayándose entre la humareda de la fusilería y el cuerpo expuesto a las balas enemigas. Este soldado de verdad hablará a nuestros lectores, muchas veces, de la gran tragedia que él vive con heroismo en la guerra que se desarrolla. Es D. Federico Pujulá y Vallés, este soldado que hablará de la guerra grande desde las trincheras del Norte de la Francia amiga.»

* * *

Frederic Pujulá y Vallés: *En el repós de la trinxera*.—Cartas del soldat a l'amic.—Barcelona, MCMXVIII.

Y ahora voy a hablar yo de este soldado heroico y del libro de este soldado ,que he recibido conjuntamente con el del Sr. Ribera y Rovira. Los que siguen con interés la literatura catalana contemporánea saben qué buen puesto ocupa en ella Pujulá y Vallés, como crítico y muy singularmente como autor de teatro. Yo no

conozco toda su labor, porque no puede conocerse aquí labor alguna integral de nuestros hermanos peninsulares, dada la escasa y tardía intercomunicación que tenemos; pero aún me queda el regusto de haber saboreado, años há, la interesante monografía dedicada a estudiar la personalidad de D. Francisco Pi y Margall; y aún me quedan resabios de satisfacción, de goce estético, obtenido con la lectura de sus obras de teatro: *Titelles feblesy Creuant la plana morta*, que me enviaba la Biblioteca «Joventut», y que tengo en mis estantes.

Conozco también tres de sus obras, en colaboración con el muy culto y discreto crítico Emilio Tintorer, el autor de *La moral en el teatre*. Estas tres obras que he leído con delectación en mis primeras campañas de crítico, cuando los literatos catalanes se preocupaban todavía de enviar sus obras a España—que al fin si la llanura puede ser incomprensiva y cerrada en general, aquí hay espíritus qué les leen y saben comprenderles y no oponen sistemáticos criterios de cerrazón intelectual y de hostilidad ideológica a sus nobles ensueños de arte y aun a sus atrevidos desenfrenos políticos.

Me encantaron estas tres obras—*El Geni*, *El Boig* y *Dintre la gabia*—y muy especialmente *El Geni*, que es un hermoso drama en tres actos, donde hay tipos tan bien dibujados como Dell, Angélica y Enrich y donde se explana el tentador problema psicológico de la desilusión de la mujer, frente al genio en la intimidad, habiendo una escena que plantea el caso con lucidez aguda. «*Dell*.—Veamos francamente; mírame bien. ¿Cómo me encuentras?—*Angélica*.—La luz que te envolvía ha desaparecido.—*Dell*.—Y sin luz, ¿te parezco ridículo?—*Angéli-*

ca.—No, ridículo, no... pero un poco vulgar, sí, Pareces *uno de tantos.—Dell.*—¿Uno como Enrique, por ejemplo?—*Angélica.*—¡Oh, no! En el fondo de los ojos de Enrique hay algo que centellea... (1).» Y sin embargo, por confesión de los propios autores, en un breve preámbulo a la obra, este drama no gustó a nadie. «Nadie lo quiere representar. Bien es verdad que no hemos andado a la trasera de los empresarios ni les hemos prometido *el oro* y *el moro*, si nos estrenaban. Pero se han mostrado fríos, descorazonadoramente fríos.»

Sé también que, aparte de estos tres dramas que yo conozco, en colaboración con Tintorez, y *Titelles febles* y *Creuant la plana morta*, Pujulá ha escrito *L'Ella de Vademecum*, *Els homes artificials*, *La Veu del poble* y *el Poble de la Veu*, en colaboración con el inteligente escritor y gran estilista Luis Vía; y sé por último que es Pujulá un esperantista entusiasta, propagandista fervoroso del idioma universal que hasta ha escrito cuatro obras en esperanto—*La Rompantoj* (cinco monólogos), *Frenezo* (dos dramas), *La Grafo erarinta* (novela), y *Naivulo* (novela). Es autor además de la única gramática de esperanto que hay en Cataluña—*Gramatica raonada de la llengua esperanto*, y del único *Vocabularí Catalá-Esperanto*, y *Vocabularí Esperanto-Catalá*. Ha escrito además un *Diccionario español-esperanto*, y un *Diccionario esperanto-español*.

Pertenece Pujulá al grupo simpático y vibrante de los nacionalistas catalanes, esos mozos ardidos y tenaces que, con una fe salvado-

(1) *El Geni, drama en tres actes*, pág. 129. (Biblioteca *Joventut;* Barcelonn, 1904).

ra y un tesón a prueba de hostilidades, han ido imponiendo sus ideas, mejor aún, infiltrándolas, lenta y pausadamente como el agua horada la piedra, produciéndose a veces con estridencias agudas... Hasta el revivir de este viejo vocablo apagado, y tan expresivo *(estridencia)* es obra del leader primitivo del grupo, hoy defeccionado sorda y tenebrosamente de él... (Aludo, como bien claramente se entiende, a D. Francisco Cambó).

Federico Pujulá es un humorista fino que aún en libro donde revive momentos tan trá, gicos como los que está viviendo él ahora, sabe emplear las armas suaves de la ironía; una ironía que tiene más puntos de contacto con la ironía sutil de Molière que con la acerba ironía de Sterne, Swift o Thackeray, y en geneneral, de los humoristas ingleses. Bastaría recordar el capítulo sobre los uniformes de los soldados, sobre la definición del carácter nacional por la indumentaria militar, que recuerda, aunque tiene más gracilidad y menos crudeza y aspereza de conceptos, a Carlyle con su Diógenes Teufelsdröckh, y su filosofía de los trajes... De grado transcribiría y daría a regustar a mis lectores en lengua castellana todo el encanto de este capítulo, que va de la pág. 29 a la 35; pero el espacio me constriñe. Hay páginas vibrantes de estilo recamado y repujado, pomposo, asiático, como aquella descripción de la institución benéfica que designan en Francia con el nombre de *Le Foyer (La Llar* en catalán y *El hogar* en castellano), y que quiere dar al soldado una pseudovisión de la casa paterna o de la casa conyugal. (Vid. pág. 47 a 55). Verdaderamente en el libro todo habría que escoger y espigar demasiadas

cosas para dar idea a los lectores de lo que encierran de belleza de concepto, de ironía y de estilo grácil, estas ciento ochenta y cinco páginas nutridas; donde toda la sutileza de un espíritu francés se alía al garbo y al ímpetu de un catalán nacionalista que trata de imponer su personalidad en el mundo... Pujulá y Vallés es doblemente digno de admiración como héroe que se bate en las trincheras y como escritor que deleita con sus *aperçus* finos y exactos.

* * *

Fernando López Martín: *Oraciones paganas* (Poesías).—Madrid, 1918.

He aquí un recio y buen poeta. ¡Cómo place entre la turbamulta de rapsodistas, de imitadores, de parodistas, y hasta de plagiarios desenmascarados; —los unos copian de Stecchetti, los otros sustraen a Carducci, quienes toman el tono a Verlaine y quienes roban descaradamente a Laforgue— un poeta sano, fuerte, natural y sin postizos literarios!...

La poesía de López Martín es asimilable a su contextura física; recio, poderoso, atlético, capaz de coger a un toro por los cuernos o de abatir a un oso, tiene la bondad ingénita de estos gigantes que juegan con los niños. No hay sino dos especies de Hércules: los Hércules que viven de imponer su fuerza, de explotarla, de cotizarla, dejándola caer a merced de su conveniencia; éstos son los provocativos, los matones, los jaques; y hay otros Hércules, esos Hércules sencillos y puros, ingenuos y confiados, que defienden a los niños y a los dé-

biles y cuyo más conmovedor *specimen* es San Cristóbal vadeando el río con el Niño Jesús a cuestas...

De este tipo de gigantes bonachones es Fernando López Martín; nacido para ser gladiador romano, con su testa de patricio, es solamente un buen muchacho, gran poeta, gran camarada, cordial amigo y de quien se podría decir lo que de sí mismo dice Antonio Machado:

Es, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Hace ya años conocí a López Martín; le creía sólo un gimnasta, un atleta formidable. ¡Qué sorpresa cuando supe que bajo aquel mozo membrudo y ágil vibraba un corazón de poeta!... Publicó hace algún tiempo un libro decorado con un bello título, *Sinfonías bárbaras;* - que eran todo lo contrario de la *Castalia bárbara* de Ricardo Jaymes Freyre, el gran escritor boliviano cuyo libro fué de las primeras clarinadas del modernismo en América. El libro de López Martín es, por lo contrario, un libro viril y recio, sin decadentismos blandengues; un libro entonado con la tradición castellana.

Publicó años más tarde *La raza del Sol*, nueva colección poética donde se expansionaba más su personalidad. Escribió luego un drama poético que algunos afortunados pudieron leer y que yo no conozco; pero del cual tengo las más escrupulosas y laudatorias referencias, al punto de que pienso que, por decoro del arte español y para estímulo del teatro poético que es tan consustancial a la raza, mi excelente amigo el dramaturgo D. Federico Oliver tiene la estricta obligación, por el respeto que se

debe a sí mismo y al público, de estrenarlo en el Teatro Español, en la próxima temporada.

Ahora publica un libro gallardamente titulado *Oraciones paganas*, con una bella portada de Pinazo Martínez, ese admirable pintor cuyas obras maestras yo estimo tanto, pero que ni sabría ni podría elogiar, después de las palabras justísimas y acertadas que sobre él escribe, en el artículo que precede a este mío, mi compañero en letras y en la revista CERVANTES, Antonio Ballesteros de Martos.

En este libro no hay ni huellas remotas de la influencia modernista que no ha actuado sobre este poeta sano y fuerte, ni por intermedio de Rubén Darío ni de sus precursores o discípulos. *By his coterie in Buenos Aires*—dice un crítico norteamericano hablando de Darío—*was the signal forthe ambitious young men in other centers of Latin culture in America.* (Alfred Cœster: THE LITTERARY HISTORY OF SPANISH AMERICA, capítulo XIV, pág. 465; Macmillan and C.°; NewYork, 1916).

Alude el crítico a la fundación de *La Revista Latina*, publicada por la camarilla de Darío en la capital de la Argentina, a la cual siguieron, como clarinadas ulteriores del modernismo, *La Revista Azul*, de México; *Cosmópolis*, en Caracas; *Pluma y Lápiz*, en Santiago de Chile; y algo más tarde, *El Cojo Ilustrado*, de Caracas y *La Revista Moderna*, de México, más cuajada y de vida menos efímera...

El libro contiene alguna de las más bellas poesías que ha escrito Fernando López Martín. Este poeta gusta de los metros sonoros, resonantes, musicales, de la antigua métrica castellana. El poema que inicia el libro.—*El más dulce pecado*—tiene una cadencia y una

sonoridad de verso antiguo castellano. No han influído en López Martín los ultra-decadentismos modernos ni las influencias dispersas en los discípulos de Rubén Darío.

Hay este libro un poema que bastaría para enaltecer y consagrar a un poeta: titúlase *El Galeón* y tiene una sonoridad y una fuerza de pensamiento que han sido rara vez superados por poetas españoles contemporáneos. Leed esto que es fuerte, sentido e inspirado:

El viejo galeón sobre las aguas
verdinegras del puerto,
mustias las tristes velas, como el ala
de un pájaro que ha muerto,
perezoso y ventrudo
y con salobres
algas que cuelgan de su casco rudo,
duerme en tanto que el sol, rojo y oblícuo,
desde el Poniente envía
su luz sangrienta al mar que se enrojece
con la postrera claridad del día.

Y el final de esta poesía es de una belleza de pensamiento y de una profundidad de concepto que se engarza en bellas rimas:

¡Ay de aquellas naciones,
que, dormidas, sin rachas de ciclones,
tienen mustias las velas de sus viejos
y heroicos galeones!...

Si alguna influencia ha sufrido López Martín—que está libre de influencias en general—es la de Santos Chocano, de quien se advierte una más visible reminiscencia en *Los caballos de guerra*.

Pero en general López Martín está limpio de todo efluvio ajeno y se ha formado una perso-

nalidad inconfundible. El soneto *España* es de lo más bello que contiene el libro de López Martín y tiene un primer terceto que es un acierto de justeza y de rima fuerte y sonora:

Alonso, el buen Quijano, cabalga aún por su tierra;
la escuálida figura bajo el arnés de guerra,
sencillo, amante, justo, valiente y caballero,

Son dignos de muy singular mención los poemas titulados *El jardín abandonado,* de tono elegiaco; *Historia de una vida*, de bien sentido tono amoroso; *Los lobos*, que tiene la entonación cristiana de las *Fioretti* de San Francisco.

Es emocionante y de un sabor netamente franciscano también el poema titulado *El Caballo viejo*, en decasílabos y heptasílabos asonantados, con un dejo de melancolía que realza doblemente el sentido purificador y piadoso del poema. El poema *Primavera triste*, escrito sobre motivos de la guerra mundial, recuerda a momentos las estrofas puras y sencillas de nuestro Romancero, con sus octosílabos asonantados de un dejo tan monótono y tan español, como estas que transcribo y que parecen venidas de un lejano eco de nuestra poesía incipiente, cuando el idioma castellano nacía:

—Malhaya, madre, los hombres,
que así pusieron la tierra;
sin frutos en los frutales,
sin aguas en las albercas.
—Ayer miraron mis ojos,
en un rosal de la huerta,
abrirse un florón de rosas
como la sangre bermeja.

—No extrañes hija, que frutos
de sangre muestre la tierra,
que el surco ofrece en verano
lo que en invierno se siembra.

La leyenda *La Capa roja*, inspirada en un poema de Zorrilla, tiene toda la línea y el caracter españoles de los poemas de este mago de la rima castellana. Leyéndolo nos parece leer una de las leyendas de Zorrilla; que no en vano este poeta recio y viril es el continuador de esta tradición poética, de la cual fueron los más excelsos *pionneers* en el siglo XIX Zorrilla y el Duque de Rivas.

El mismo corte tiene la poesía *Mi reliquia*, también en octosílabos asonantados que rezan melancólicamente:

Entre mis viejos tesoros
como una reliquia guardo
sonora espada que tiene
sobre su puño dorado,
una leyenda que dice:
«Nunca he servido a villanos.»

De otro tono más moderno, más tornasolado de paganismo contemporáneo, de *joie de vivre*, es la poesía titulada *Poema triunfal*, que es como un himno peánico a la vida creadora...

Algunas de estas estrofas recuerdan las estrofas encendidas y vibrantes del poeta mexicano Salvador Díaz Mirón, con quien algún parentesco tiene la poesía enérgica y sonora de López Martín. Leed esta estrofa:

¡Abril! ¡Abril...! Ya recobré la vida,
ya el corazón frenético me late,
ya de nuevo a mi mano va prendida
la lanza para entrar en el combate.

Bello y exaltado de amor a la tierra natal es el poema titulado *Paisaje de Castilla*, donde encontramos estas bellas estrofas:

> Bendita y noble tierra que eres cuna
> y orgullo de mi raza;
> fuerte y humilde tierra de Castilla
> que bajo un sol que, indómito, te abraza,
> parece, seca y triste, que no encierras
> amor en tus entrañas...

Señálense también, como muy estimables, *El Leñador* y *La estepa*.

López Martín tiene como pocos poetas el sentimiento de Castilla, la grande, la heroica, tierra de soldados, de aventureros y de místicos. Probablemente no hay poeta alguno actual que sienta como él la emoción de Castilla...

Son de notar en el libro de López Martín, las poesías dedicadas a cuadros célebres de diversos museos y tituladas *Joyas de Arte*. Son ellas cuatro: *Diana Cazadora*, inspirada en el cuadro de Rubens, que se conserva en el Museo de Munich; escrita en verso libre, en el verdadero sentido que esta acepción tiene para todo lector español, que sea catador de buenos versos clásicos; *Las tardes de verano*, inspirado en el cuadro de Van Artois, del Museo de Bruselas, en versos de arte mayor, asonantados, donde tenemos el hallazgo de estas bellas estrofas:

> ¡Oh, los álamos del río que se yerguen plateados
> bajo el sol de los estíos por la paz de las riberas
> y que tristes ven sus hojas en los áridos otoños
> ir cayendo sobre el agua que sin ruido se las lleva!...

Otra de las poesías de esta colección es la titulada *Susana en el baño*, inspirada en el cua-

dro de Guercino, que se conserva en el Museo del Prado; y la última es la titulada *La rendición de Breda*, inspirada en el popularísimo cuadro de Velázquez, que conoce el vulgo por el cuadro de *Las lanzas*. Es tan bello este soneto que no quiero privar a mis lectores del placer de saborearlo, rematando así mi bibliografía, y cerrándola con un broche de oro:

Si alguna vez el mundo de nuestro honor dudara,
ya que de fuerza y oro tan poco al fin nos queda,
debiéramos, altivos, echar al mundo en cara,
para enseñanza suya, la página de Breda.
Allí bajo los muros de la ciudad vencida
y ante la ruda gente que su destino llora,
Velázquez pintó a Espínola con la actitud caída
del que—español al cabo—más que exigir implora.
Allí el Marqués de Espínola sencillo y caballero,
desciñe ante el vencido su lírico sombrero
y en su saludo pone gentil cortesanía;
y es que en España siempre, para ensalzar su raza,
inscrita sobre el duro metal de la coraza
llevaron sus varones la cruz de la hidalguía.

Hemos encontrado un gran poeta, viril, fuerte y original, lo cual no es poco en estos días en que vivimos, en que aún los mejores poetas tienen pegadizas influencias extrañas...

ANDRÉS GONZALEZ-BLANCO

NOTAS HISPANO-AMERICANAS

EL NUEVO PRESIDENTE DE COLOMBIA

El día 7 del mes en curso, ha tomado posesión del solio presidencial de la República de Colombia, el Excmo. Sr. D. Marco Fidel Suárez, quien, elevándose al más alto sitial del Estado, por el voto casi unánime de sus conciudadanos, corona dignamente una larga y brillantísima carrera de merecimientos, de sacrificios, de nobles esfuerzos rendidos en aras del progreso y del enaltecimiento de su patria.

No cabe en el reducido espacio de una breve nota, que tiene por objeto sólo registrar un suceso fausto y revelador, ni aun a grandes trazos, el esbozo de una personalidad tan compleja, vigorosa y múltiple como la del señor Suárez, que, desprendiéndose por su mis-

ma magnitud de la órbita de su patria, gira ya en otras más amplias y grandiosas: las de las letras y de la política hispano-americanas. Además, no hace mucho, cuando el nuevo Presidente presentó su candidatura, uno de sus compatriotas, periodista distinguido y colaborador de esta Revista, estudió en estas mismas páginas algunos aspectos de tan personalidad ilustre.

Tales consideraciones nos eximen, por el momento, de un detenido estudio acerca de quien la opinión ha consagrado ya, limitándonos a recoger la rotunda afirmación de que Don Marco Fidel Suárez, hombre de pensamiento y experto conductor de pueblos, era el Presidente que necesitaba, en las actuales circunstancias del mundo, la noble tierra de Caldas y de Caro, de Cuervo y de Pombo, de los poetas guerreros y de los magistrados filólogos.

Una circunstancia sí, imposible que dejemos de anotar, y es la de que el nuevo Jefe de Estado americano, jurista y teólogo, matemático y filólogo, literato e internacionalista, polígrafo, en una palabra, es, como todos los intelectuales de nuestra raza, un gran amigo de España y un fervoroso y convencido propagandista del ideal hispano-americano.

El advenimiento al solio colombiano, des-

pués del Excmo. Sr. J.V. Concha, de este hombre salido del sereno y sagrado campo del pensamiento, ha de contribuir, con seguridad, a borrar la leyenda del General-Presidente sudamericano, déspota y analfabeto, de cuyo *cliché* caricaturesco se ha abusado tanto en la moderna literatura satírica de nuestra lengua. Con ésto, Colombia no ha hecho sino seguir una bella tradición, que también es ya una honrosa realidad en la Argentina, en Chile, en el Uruguay, en Bolivia, en el Perú, en el Ecuador, en casi toda Sud-América.

Puestos en pie y descubiertos, saludamos a la República de Colombia, en la persona de su egregio Mandatario.

LUIS G. URBINA

Investido del cargo de Primer Secretario de la Legación de México ante el Gobierno de S. M. el Rey de España, acaba de llegar a esta Corte, D. Luis G. Urbina. El insigne poeta y escritor, maestro glorioso de una generación, viene a Madrid como a su propia casa. Aquí vivió y trabajó hasta hace poco

tiempo en que se ausentó a su patria, de la cual retorna ahora, vistiendo, por un acierto indiscutible de su Gobierno, el honroso y brillante uniforme de diplomático. Vibra aún en nuestro espíritu la honda emoción producida por libros tan cautivantes como *Bajo el sol y frente al mar, Antología Romántica, Glosario de la vida vulgar* y otros, dados aquí a la estampa por el inspirado autor de *Puestas de sol y Lámparas en agonía*. Estas obras son, por sí mismas, el mejor elogio de tan elevada personalidad que, por otra parte, ha sido estudiada, en diversas fases y en estas mismas páginas, por varios escritores. Sin ir más lejos, en el número anterior de CERVANTES, nuestro compañero César E. Arroyo trazaba la silueta de Urbina, colocándola en el lugar preferente que le corresponde en la «Galería de modernos poetas mexicanos.»

Ligado de manera especial a esta revista que él fundó y dirigió, en unión de D. Francisco Villaespesa, el poeta Luis G. Urbina continuará, así lo esperamos, avalorando estas páginas con sus producciones, que son un dechado de hondo sentir, de alto pensar, de bien hablar.

Felicitémonos, pues, por ello y porque el ilustre poeta y diplomático ha de continuar, en su

nuevo cargo, la labor de aquel otro gran poeta y diplomático también, Amado Nervo, a quien dedicamos aquí un recuerdo fervoroso; labor de unión y de fraternidad que ha de redundar en beneficio, no sólo de España y México, sino de Hispano-América.

Bien venido sea el amigo, el maestro, el *Viejecito* bueno y genial.

AMÉRICUS

INDICE

Págs.

I.—*El «Codex Juris Canonici»* de Benedicto XV, por Eduardo Barriobero y Herrán..... 1

II.—Poetas españoles: *Floraciones espirituales*, por R. Lasso de la Vega; y *Carta lírica*, por Eliodoro Puche..... 15

III.—Cuentos españoles: *El plagio*, por José Más. 36

IV.—*La neutralidad activa*, por Edmundo González-Blanco..... 47

V.—*El Simbolismo de «El Buscón», de Quevedo*, por V. Ortíz Herráiz..... 62

VI.—Bellezas de España: *La nueva residencia de Paisajistas en El Paular*, por Francisco Pompey. 72

VII.—Cuentos americanos: *El caso del señor Octavio*, por Guillermo Jiménez (mexicano)..... 79

VIII.—*María Julia*, por Alfredo Villanueva..... 84
IX.—*Muecas de la calle: Un hombre muerto*, por Alfonso Vidal y Planas 93
X.—Poetas hispano americanos: *El Quijote*, por Numa Pompilio Llona (ecuatoriano) 97
XI.—Modernos poetas mexicanos: *Francisco A. de Icaza.—Jesús E. Valenzuela*, por César E. Arroyo.. 98
XII.—*Política*, por Joaquín Aznar..... 106
XIII.—*Arte*, por A. Ballesteros de Martos..... 111
XIV.—*Bibliografía*, por Andrés González-Blanco. 128
XV.—Notas hispano-americanas: *El nuevo Presidente de Colombia.—Luis G. Urbina*, por Américus 154

REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, Septiembre 1918.

ALMA CASTILLA

El paisaje (Tierra de Campos.)

Arriba, un mar de raso azul que está dormido;
abajo, un mar de verde felpa, que agita el viento,
como la onda sísmica, con oleaje lento:
es el cuadro monótono del mundo en que he caído.

Más allá de la tierra, la parda calva siento,
sobre el gigante abdomen, por aire y sol curtido,
que rasga, con la uña de su arado torcido,
para chupar su sangre, el labrador sediento.

Un manto azul de raso, que prende un sol diamante,
es la bóveda hueca de mi capilla orante,

y es tapiz de verde terciopelo el pavés.
El vampiro insaciable araña en el barbecho;
la tierra se estremece, como madre en su lecho,
y el poeta ora, consagrando la mies.

* * *

Los héroes (Labriegos de Castilla.)

Las sombras del Cid, de Bernardo del Carpio, de Cisneros, de D. Juan de Austria, vuelven a aparecerse sobre los lomos pardos, a horcajadas sobre los montes; en prolongada proyección a los rayos asoslayados, amarillentos, del espléndido sol topacio de Castilla.

El alma castellana resurge de la gloria muerta para conquistar, de nuevo, la Riqueza y el Talento, padres del Poder—dios de la Vida.

Los héroes de hoy no son como los de ayer; no ciñen espada, ni calzan coturno, ni visten brocado. Son hombres sanos, fuertes, nobles; hijos del trabajo y de la fe cristiana; hermanos franciscanos de la tierra. Los héroes de hoy son los labradores.

El alma de Castilla late en las ondulaciones de los sembrados verdes; gime en los ángulos de las torres, con los vientos áridos que sa-

cuden el rostro con el flagél invisible de sus alas; canta en las tonadas de los gañanes; ríe en las flores humildes, a la orilla de los polvorientos caminos; ama en los corazones de los hombres que labran la tierra. El alma castellana es labradora. No es apenas fabril, ni comercial: Castilla es labradora. Entiende poco en achaques de magia industrial, y no trasforma. Sólo sabe engendrar y producir, porque es muy mujer, porque es muy madre.

El hombre, dominando la tierra con la potencia de sus máquinas agrícolas; antes, estudiándola, en la certidumbre de los análisis, y corrigiéndola con enmiendas y abonos químicos, y disciplinándola con las alternativas de cosechas, y fecundándola con los riegos; dominando la tierra, no con el pendón que ensombrece, no con la espada que destruye, sino con la huella santa del arado que cultiva, de la simiente que crea: ese es el símbolo actual de Castilla.

Mas... no llueve. El cielo es pulida superficie de acero. Inútiles el progreso, con sus máquinas, la ciencia, con sus sales. El labriego, moderno héroe de Castilla, que en lucha desigual dominó a la tierra, ha de dominar ahora el cielo. Es la crisis del heroísmo castellano. El antepasado luchó, por ocho siglos,

rudamente, y venció a la media luna. Tú lucharás sabiamente y vencerás a toda la luna... Aprenderás a atraer las nubes con la repoblación forestal, y a precipitar su parto de lluvia con detonaciones, y a fijar el azoe de la atmósfera, y a robarle su electricidad para fecundar el suelo.

Es tu futuro símbolo, labriego héroe de Castilla, el hombre escalando el cielo, como nuevo Titán, para robar el fuego invisible y el agua que huye...

* * *

Batalla de espíritus (Nueva guerra civil.)

Y en Castilla hay dos almas. Un alma vieja, que va quedando sola, fría, escuálida; pero que se agarra desesperadamente a la vida, pendiente sobre el abismo de la muerte. La otra es joven, vigorosa, cálida—que es la gran promesa de España—y brota al conjuro del destino en la Historia como una columna de luz.

El alma vieja es la *rutina*—mueca pedestre de la tradición—que pasa; es una tropa de esqueletos montados en jumentos, y al vian-

dante que camina atraído por la columna de luz, le gritan:

—«Ven acá, infeliz. ¿Qué será de ti? El que nada contra la corriente se ahoga. Te arrollarán, te pisarán. Desconfía de las novedades... Haz lo que tu padre, como lo hizo tu abuelo, como todos.»

El alma nueva es la *cooperación*—fórmula contemporánea del progreso—que junta las manos de todos sobre la esteva común, para dar más profundidad al surco abierto; que une todas las inteligencias frente al interrogante universal, a fin de mejor resolver el problema de la vida (tanto como a la rutina la preocupa el de la muerte); que asocia el capital de unos al trabajo de otros y la inteligencia al esfuerzo, para acometer grandes empresas—canales, pantanos, pozos artesianos, puentes, vías; nuevos trabajos de Hércules.

La cooperación, que hace al hombre superior al hombre mismo, por la suma de esfuerzos, por la multiplicación de facultades, por la potencialización de los entusiasmos, por la trasformación algebraica de los seres individuales en el sér social, orgánico y facultativo (al contrario de la rutina, que es la grey amorfa y ciega.)

Con el alma partida en dos, como poseída

por ajeno espíritu, Castilla siente que se traba en su entraña una lucha. Las dos almas de Castilla—la vieja y la nueva—se baten denodadamente; la una, serena; la otra, con desesperación—como dos grandes genios de la Historia. El progreso y la tradición prosiguen su duelo secular, ahora con nuevos lemas en sus carteles. Los dos convocan, los dos reclutan.

La *cooperación* congrega y organiza a los hombres para conquistar la vía del porvenir, por la libre unión, que es la fuerza. La *rutina* les reune para defender la fortaleza del pasado, por la esclavitud gregal, amarrados a las cadenas de la tradición; uncidos, como bestias, al yugo de las costumbres.

Es ahora, como antes, la eterna contraposición.—La una, que le dice al labrador:—«Asóciate, y tendrás máquinas, y abonos, y semillas, y dinero, y crédito para cultivar a la moderna; ¡mira cómo produce la tierra!» La otra, que le grita:—«No te asocies; déjales a esos. Ya se desengañarán, porque van a la ruina. No arriesgues tu dinero, que más vale pájaro en mano que ciento volando; ni te empeñes, sacando dinero de la caja rural, que el interés come a la mesa con el amo; ni pruebes nuevos abonos que queman la tierra; ni compres máquinas, que son un sacacuartos.»

Y así sufre hoy el alma de Castilla, sacudida, dislocada por esas dos fuerzas contrarias que la agitan en vacilación constante, obligándola a caminar por un sendero en tinieblas, borrado por la nieve y abierto con sangre.

La ignorancia entenebrece el camino, la indiferencia ambiente hiela sobre él... La huella ensangrentada del esfuerzo de los que pasaron es su único guía.

Es el alma de Castilla que pasa...

* * *

Un símbolo. (Castilla yacente.)

Años hace, visitando mi pueblo natal—Saldaña—vi algo que me sugirió. Un ángulo de la casa donde nací habíase venido a ruina. Para rehacerle, a falta de ladrillos, arrancaron una estatua yacente de un sepulcro. Luego, habíanla incrustado en el ángulo arruinado del muro puesto en pie,

Entonces pensé, al pronto, en mi familia; luego, más ampliamente, en el país entero. Como la casa de mis antepasados, era Castilla. Grande y noble un día, después dur-

miendo un sueño de tres siglos sobre el mausoleo de sus muertas glorias... Castilla despierta.

Hoy se abre la losa del sepulcro, y la estatua se yergue y mira al Norte y al Oriente del porvenir desde un ángulo de la casa solariega de la patria. Pero todavía sus ojos de piedra no ven, y su cuerpo rígido de estatua no avanza... La puso allí la codicia de las otras regiones para soportar el peso de los tributos—Atlante de España—con el granito de su entereza; mas no suelta y libre en el pináculo, como antes dominara, coronando al mundo, gobernando al mundo.

* * *

Invocación.

Castilla es monárquica. No acertaría a ser otra cosa todavía. Su psicología simplicista no entiende de abstracciones, y solo puede representarse el poder supremo en la figura corporal de un rey. Y he aquí lo que a un monarca serio—mejor si era grande—enviara en respetuoso mensaje Castilla:

Posad aquí la planta firmemente, que es vuestra Castilla; ¡Señor!

Castilla, la de los campos pardos, que se extiende dócil, como piel de león, a los pies del trono. Vuestra leal Castilla, ¡Señor!

La piedra angular del baluarte de la patria, casa solariega de las dinastías. La que, desangrándose en la batalla de los siglos, puso la mitad de nuestro escudo—castillos y leones—con su piedra, y con su sangre la otra mitad. La que da soldados para nuestro ejército y para el tesoro, oro.

Vuestra pobre y esforzada Castilla... ¡Señor!

QUINTILIANO SALDAÑA
Catedrático de la Universidad Central.

En «La Sola», Agosto de 1918. —(Provincia de Palencia.)

POETAS ESPAÑOLES

TAPICES ANTIGUOS

I

Los pesares del conde.

Plumas al viento, señor,
y, empuñando así tu lanza,
o has de traer la esperanza
o has de quedar sin amor.
Ya no vea tu dolor
si pierdes la confianza;
lo que se adora, se alcanza
con esfuerzo y con valor.
Que ceñida tu armadura
y, en firme cabalgadura,
los hechizos de un arnés,
¡bajo tu enseña de oro,
tendrás del vencido moro
su favorita a los pies!...

II

Un infanzón de Castilla.

El sol hiere tu plumaje,
que deslumbra en tu sombrero,
con la riqueza del traje
gallardamente severo.
Rica valona de encaje,
el toisón de caballero,
y, mostrando tu linaje,
el gavilán de tu acero.
Desprecias al populacho
y retuerces tu mostacho
al ver una hermosa dama;
que a tus ojos brilladores
no resisten los amores
ni los valientes de fama.

III

La muerte del caudillo.

Brava fué la escaramuza
en el ataque marcial;
su ingenio valiente aguza
en Flandes el general.
Su coleto de gamuza
tiene una herida triunfal

junto a la banda que cruza
su noble pecho inmortal.
Los héroes, con sobresalto,
han temido en el asalto
de un cobarde la traición.
Porque la mano guerrera,
que sostiene la bandera,
se ha llevado al corazón.

ADOLFO DE CUENCA

Tierras de Sepúlveda (Segovia); Julio, 1918.

HASTÍO

Un afán insaciado... La nostalgia
de lo que nunca llega;
un tropel de ilusiones que en seguida
se convierte en tristeza;
un ansia de gozar para que el goce
restañe heridas hondas...
¡Oh, corazón! ¡Los sueños de venturas
de tus lejanas horas
no han de volver ya más! ¡Sufre, callado,
tu dolor infinito!
¡Todos tus sueños, tus afanes todos,
se han trocado en hastío!

EDUARDO DE ORY

Cádiz; Agosto, 1918.

MAMÁ SABEL

En una figurilla de porcelana
—un rubio pastorcillo con un rabel—
ha puesto sus amores de soberana
Mamá Sabel;
Mamá Sabel es sola, pobre y anciana.

—

El rubio pastorcillo cuenta más años
que el bodegón antiguo del comedor,
y allí, en la chimenea, sin desengaños,
ríe el pastor;
el pastor está lejos de sus rebaños.

—

Mamá Sabel es sola; no la consuela
ni un hijo que la mime con sus respetos,
y, es claro, aunque soñaba con ser abuela,
Mamá Sabel, la pobre, no tiene nietos,
y en su retiro,
en su rincón obscuro, lóbrego y triste,
mira a la porcelana dando un suspiro
como añorando a un nieto que ya no existe.

—

Mamá Sabel es pobre, y anciana, y sola
y en su humilde vivienda desamparada
ve que se espesa el polvo de la consola
abandonada en manos de una criada;

es la consola el mueble que sus mayores
dejaron por resumen de sus caudales,
y hay en ella un cestillo lleno de flores
artificiales,
y la fotografía de un cortesano
pálido y seco
que en el pecho descansa la diestra mano,
imitando al retrato que pintó El Greco;
y una Santa Polonia, que está bendita,
y un librito con pastas de tornasol,
y un rosario de hueso, y una cajita
incrustada de conchas de caracol.

—

Mamá Sabel recuerda su pie bonito—
—cuando mamá tenía bonito el pie
y enseñaba gozosa su zapatito
en las primeras tandas del minué—
y al presente, mirando su rostro viejo,
viéndose fea
en la luna insultante de aquel espejo,
del que parece esclava la chimenea,
quiere llorar
hasta que sus dolores la muerte enfríe;
mas pronto se arrepiente para mirar
al rubio pastorcillo que calla y ríe;
y, asiendo complacida la porcelana,
como una retozona niña traviesa,
palpitan en sus labios besos de anciana,
y al pastor besa
y le hace un lazo al cuello con una cana...

Hoy las vecinas
de aquella calle estrecha, sin luz ni higiene,
charlan, ladinas,
porque en pos de la anciana la Muerte viene...
Nadie cerró sus ojos, secó su boca,
ni la puso en las manos un crucifijo...
Decía la criada que estaba loca,
y que, cuando era joven, mató a su hijo...

FÉLIX PAREDES

Madrid; Agosto, 1918.

EL ROMERO DESAPARECE

En Galicia y en Asturias es donde se conservan las romerías con algo de su carácter antiguo, pero las gentes tienen hacia ellas menos simpatía. Esto hace pensar en que dentro de algunos años el concepto «romero» sólo tendrá un valor histórico.

¿Es ello para dolernos o para congratularnos?

Algunos espíritus, torpemente emocionables, derrochan caudales de inútil retórica para dedicarles un triste canto funerario. No les importa, sin embargo, un comino que la romería se extinga. Lo que les llega al alma es que desaparezca una cosa que fué «solaz y encanto de nuestros abuelos».

De tal modo, que aplicado ese criterio extinguido a todas las costumbres e instituciones que tuvieron una existencia recia en pasadas edades, sería necesario que por ese absurdo amor a lo pretérito fuésemos conservándolas

todas, a pesar de no cumplir ninguna necesidad social, y procurando sentir, mediante esfuerzos vanos de imaginación, lo mismo que se sentía hace doscientos años, o sea, echar una puerta estanca al eterno *devenir*.

Menos mal que la turbamulta de majaderos puede aturdir con sus gritos y quizás con sus lamentaciones jeremíacas, hacer pesar su influencia sobre cerebrales oquedades; pero, al fin, lo más discreto y lo más delicado perdura siempre. Bajo la corriente estruendosa de los desorientados sigue su marcha, firme y tenaz, la corriente generosa de los que vieron brillar un día la divina luz del progreso indefinido. Dicen que la romería tuvo su origen en la fe.

Quizás fuese cierto... Pero hoy, ¿quién es el que sabe de un romero que haya ido devotamente a adorar los pies del santo?

La Iglesia se ha preocupado mucho de condenar desde el púlpito infinitas nimiedades. Y, sin embargo, tiene una sonrisa de complacencia para las bestialidades que se cometen con motivo de una festividad religiosa.

Y ha sido preciso que la razón fría, al depurarse, que la sensibilidad de los hombres al hacerse más delicada—independientemente de todo credo religioso—vaya extirpando todos

los motivos de concupiscencia con fecha determinada e inaplazable.

El pueblo—entendido en un sentido amplísimo—es cada vez más consciente, más hondo, mejor orientado en la ciencia de conocerse. Y, por eso, repugna ya estas expansiones absurdas que se realizan por rutina de ordinario, no por verdadero deseo de que se realicen.

¿Por qué, precisamente en tal día de tal mes hemos de dedicarnos al jolgorio, fatalmente, inexorablemente? ¡Oh, y líbrenos Dios de no divertirnos en tal fecha, pues si no se nos incluirá inmediatamente en la cofradía de neurasténicos!

La alegría exige, para llegar a ella, como todas las cosas en la vida, un proceso de evolución. El tránsito brusco del franco dolor a la carcajada es de los niños, de los locos y de los bestiales. La emoción placentera que ha de cristalizar en una sonrisa, comienza en una tranquilidad augusta del alma, y se halla sometida a una gradación, casi siempre igual. Para mostrarnos agradecidos a la vida, han de acallarse antes nuestras pasiones y nuestras inquietudes. Serenidad espiritual ante todo y sobre todo.

Por eso el Carnaval—otro absurdo—se ha

valido siempre del artificio del alcohol. Por eso el romero, también para alegrarse, se emborracha.

Nosotros hemos asistido hace algunos días a una famosa romería gallega. Y cuando pretendíamos encontrar en ella algo que nos hablase de la tan cacareada sencillez de costumbres de Galicia, hemos quedado sorprendidos ante la plasmación de una bestialidad enésima.

El gallego—desglosemos la aristocracia espiritual de sus poetas y de sus hombres eminentes—conserva mucho de la rudeza primitiva. Está como su lengua. Un poco en bruto... Tanto, que fué preciso el talento maravilloso de Rosalía de Castro, y su espíritu divinamente poético para que pudiese adaptarse a ciertas exquisiteces. El gallego—lengua—no es literario, como el gallego—hombre—es tosco y brutal.

Y (natural consecuencia) de su naturaleza agreste son sus expansiones, donde se apura el vino hasta la indecencia y se manifiesta la lujuria hasta producir náuseas.

No obstante, en esta romería famosa, hemos aprendido una observación optimista, y es que ya no acuden a ellas sino los que, viviendo con carne de este siglo, tienen alma de

otra época; los que desgraciadamente sienten y piensan como sus tatarabuelos...

No es quimera, pues, pensar en un futuro consciente, de castos y de abstemios...

J. FERNÁNDEZ-ARIAS Y CAMPOAMOR

El Poeta Selgas: su vida y su obra.

Al cantor de los tiempos clásicos Diego San José, con profunda devoción.

En el siglo XIX de la poesía lírica castellana, D. José Selgas y Carrasco legó a España, con su ingenio clarividente, una obra literaria tan extensa y valiosa como su vida misma.

No es de nuestra competencia, por la mediana autoridad y escasos méritos de que estamos plenos, llevar a cabo un estudio crítico de la obra meritísima del gran poeta español; pero considerándonos en parte capacitados para llevar a cabo un tributo de admiración, trazando, aunque ligeramente, los más interesantes momentos de su vida tan preclara, como peregrina y desdichada fué.

No podremos emitir nuestro juicio con respecto al valor literario de la obra general y del esclarecido ingenio del poeta; pero, sin cometer sacrilegio alguno, ha de permitirnos

el lector colocarnos en esta posición de transcribir tan sólo los datos biográficos del genial escritor, porque cuanto nosotros expresáramos en nuestros juicios críticos acerca de su obra, quedaría innegablemente dentro de la más invisible penumbra, después de lo que ya han escrito sobre él, vates tan autorizados en las letras hispanas como Alarcón, Tamayo y Baus y Menéndez y Pelayo.

El egregio poeta y sabio escritor D. José Selgas y Carrasco nació en la ciudad de Murcia, en aquella época en que España se hallaba bajo el mandato del VII de los Fernandos, el día 27 de Noviembre de 1822.

El padre de Selgas, modesto empleado de las postas nacionales, no pudo en forma alguna dotar con una carrera al que más tarde tenía que conquistar por su propio númen la jerarquía de maestro de literatos y el hermoso dictado de gloria de las letras castellanas. Comenzó tan difícil jornada cuando sólo contaba diez y siete años de edad, desempeñando una de las plazas de escribiente del Gobierno civil de su pueblo natal.

Después de haber llevado a cabo con diligencia y rectitud difíciles cometidos militares y de asistir al sitio de Cartagena en 1844, por cuyo heroico comportamiento fué honrado su

pecho con la gloriosa y laureada cruz de San Fernando, pasó como ayudante a las órdenes del General Concha, y, más tarde, en 1845, siendo Administrador en la fábrica de fundición de plata de Almería, ve ya el sol de su fortuna en el horizonte de su vida.

Selgas alternaba también con la labor material de su cargo, sus trabajos literarios.

En 1850 obtiene del Conde de San Luis el nombramiento de auxiliar del Ministerio de la Gobernación, llegando más tarde al desempeño del cargo de Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros, en aquella época de revueltas gloriosas en que se encontraba España, propuesto por el General Martínez Campos. Sin dejar de anotar que en la legislatura de 1867 a 1868 sentóse en los escaños de la Cámara popular, diremos que, con respecto a sus ideas políticas, militó siempre dentro de los partidos moderados o reaccionarios y que con motivo de su famosa campaña periodística, llamada de los *diez artículos*, publicada en *El Padre Cobos*, se batió en duelo a muerte con el ilustre Navarro Rodrigo, saliendo ambos libres de todo percance. Como hombre de política dedicó su energía al servicio de las cuestiones del Estado, con acrisolada honradez y valiosa actividad. Con el

compendio dado de su historia política creemos harto suficiente para entrar de lleno en su verdadera historia: su vida literaria.

* * *

Dió a conocer al poeta su paisano, el notable literato D. Antonio Arnao, leyendo una tarde en la amenísima tertulia que se formaba diariamente en casa del sabio escritor y filósofo D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe, unas bellas composiciones poéticas que eran cantos líricos a las flores, y que hubo de escribir nuestro biografiado en Murcia, cuando todavía no era conocido en los mentideros y tertulias literarias, pero que estas lindezas de la rima habían más tarde de abrirle las puertas del templo de la fama. Por aquellos días, uno de los más autorizados críticos literarios—nos referimos a D. Manuel Cañete—prendado de los poemas del vate del Segura, hizo su presentación desde las columnas de *El Heraldo*, dedicándole en el artículo crítico, palabras que ya dejaban entrever los triunfos del enorme lírico, del futuro académico y del que más tarde había de ser una de las primeras figuras de nuestro Parnaso.

En el año de 1850, el entonces Mecenas de

nuestras pléyades literarias y Ministro de la Gobernación, el Conde de San Luis, otorgó a Selgas el destino oficial anteriormente indicado, amén de pronunciadas muestras de estimación y afecto. En los comienzos de 1851, el propio crítico Sr. Cañete recogió y recopiló con primor y diligencia las poesías del gran rimador, prologando esta primera edición de los trabajos del cantor de las rosas murcianas, que llevaba por título *La Primavera*..., siendo de notar que la publicación se hizo por suscripción popular.

Prueba inequívoca del éxito obtenido por este libro son las palabras, tan galanas como autorizadas, que con este motivo escribía años más tarde, uno de nuestros gloriosos escritores (1) del siglo XIX y que dicen así:

«Muy mozos, casi niños todavía, éramos nosotros entonces, y aun recordamos la explosión general de entusiasmo que produjo aquel ramillete de flores, en que a la frescura y lozanía de la verdadera naturaleza se juntaban todos los primores del ingenio y la más saludable filosofía.»

(1) Don Pedro Antonio de Alarcón, en el prólogo de las *Obras Completas* de Selgas, editadas por la Rea-Academia Española el año de 1882.

Por aquellos días, toda la nación se aprendió de memoria las composiciones insertas en el libro, tituladas *La Modestia*, *El Ciprés*, *La Dalia*, *El Laurel*, *Lo que son las mariposas*, *La Alondra*, *La Caridad* y otras, cuyo interés no se ha perdido todavía para quienes estudiamos con devoción y fervor grandes las obras de nuestros escogidos.

Honrosa continuación de *La Primavera...* fué el segundo libro de poesías titulado *El Estío*, donde Selgas cantaba la belleza a motivos naturales llenos de sensibilidad, sin emplear el tópico de la antigua mitología como algunos de nuestros clásicos, quienes, careciendo de númen propio, tenían la mayor de las veces que recurrir a medios más artificiosos que sensitivos y espirituales.

Los pensamientos e ideas de Selgas, hijos de la profunda observación de las cosas de la belleza, eran llevados a la mecánica versística con tanta fortuna y lindeza, como propios y legítimos los motivos, no incrustados de la copia y calco de lo ajeno.

Parece que nos apartamos del propósito que nos impusimos de no juzgar las composiciones del poeta; olvidamos aquello de que *«a las flores se las ve y se las huele, pero no se las analiza, para formar idea de sus en-*

cantos». Así pues, sigamos con nuestros apuntes biográficos, anotando, como de pasada, que algunos años más tarde publicó nuestro Selgas un tercer libro de versos, al que bautizó con el nombre de *Flores y Espinas*, siendo muy bien acogido por la crítica y premiado por la Real Academia.

Si como poeta lírico fué Selgas gran productor, tuvo más fecundidad como autor de artículos satíricos, de novelas y otros trabajos, alcanzando también algunos triunfos en la literatura teatral, no obstante poco ruidosos comparados con otros que ya le habían colmado de laureles, aunque fueran igualmente justos y merecidos.

Allá por los años de 1854 a 1856, en que volvió a regir los destinos de la nación el famoso general D. Baldomero Espartero, vió la luz pública el chispeante y gracioso periódico satírico-político *El Padre Cobos*, escrito por lo más florido de nuestros literatos, siendo Selgas quien le dió tono, vida y alma.

Algunos contemporáneos del poeta, convienen en reconocer que jamás se había combatido a gobierno alguno con tanto talento, tanto gracejo y tanto valor como lo fueron los progresistas por aquella hoja, que rebo-

sando un festivo y gracioso humorismo, hacía desternillarse de risa a sus lectores.

Aquel que con su pluma había libado tantas mieles en el cáliz de las flores, componía con tal satirismo e intención política sus chungonas y zumbantes letrillas, que, en menos de dos años, contribuyó al completo descrédito y postrera caída del vencedor de Luchana. Muchos de los chistes estampados allí por Selgas, con los calificativos burlescos y las equívocas locuciones, han pasado a ser proverbiales en nuestra lengua.

Sus obras más interesantes en este nuevo aspecto literario, se publicaron bajo los títulos de *Hojas sueltas, Nuevas páginas, Más hojas sueltas* y *Colsas del día*. Refiriéndose a estos artículos un esclarecido literato (1), decía en uno de los párrafos lo siguiente:

«Debajo de sazonadísimos chistes y de peregrinas galas de ingenio, escóndese en estos singulares escritos, tesoros de profunda observación, de recta filosofía y de sana moral.»

Y añadía después, al estudiar el valor de sus escritos satíricos:

«Suele el vulgo no ver más que la corteza de las cosas, y hay personas ilustradas que,

(1 El Sr. Tamayo y Baus, en *La Ilustración*.

cuando el fondo de las cosas no es de su gusto, hacen como que no lo ven. Ciertamente que Selgas se distingue por su agudeza; nadie, en el Parnaso español, puede ponerse entre Quevedo y él.»

Impónese el dar fin a este artículo, no sin antes dejar escrito que, si en las manifestaciones literarias que dejamos apuntados sus triunfos fueron muchos y ruidosos, no fueron menos los que tuviera desde el difícil campo de la novela. El ilustre escritor no era solamente docto en una determinada especialidad de la literatura española, sino que para él todo fué trillado con ingenio y galanura en el campo de las letras.

Las más renombradas novelas que nos legó su peregrina alma, se titulan: *La Manzana de Oro*, *Un Rostro y un alma*, *Un retrato de Mujer*, *La deuda del corazón* y *Nona*, esta última inédita, pues todavía trabajaba en corregirla cuando le sorprendió la muerte.

Como corolario y digno remate a cuanto llevamos escrito, viene aquí como de perlas el decir que, en 14 de Diciembre de 1865, fué elegido Selgas individuo de número de la Real Academia Española, aun cuando la toma de posesión no pudo verificarse hasta el año de 1874, a consecuencia de las revueltas y del

período de agitación en que se hallaba nuestra nación.

El glorioso vate, que sirvió a nuestro pueblo en todas las manifestaciones de la actuación nacional, moría en Madrid el 5 de Febrero de 1882, a la edad de sesenta años, en medio de la más horrorosa miseria, hasta el punto de sufragar los gastos de su entierro la Real Academia, después de legar a España su ingenio, desperdigado por las páginas de sus obras.

Rindamos culto a la memoria de Selgas, por tan preclaro varón, como genial poeta, ya que él supo también honrar a su Patria, seliando con su nombre glorioso en el pasado siglo, el triunfo definitivo de las letras hispanas, y muriendo como uno de los mártires de nuestra literatura...

León NAVARRO LARRIBA

Madrid y Septiembre de 1918.

CUENTOS ESPAÑOLES

EL ORIGEN DE UNA CENA EN EL RITZ

A los diez meses de matrimonio habían tenido su primera escena de celos. Clara subió las escaleras de su suntuosa morada de la calle de Velázquez sin cambiar la menor frase con su marido, y Fernando seguía tras ella, tatareando la canción de moda, con un gesto demasiadamente marcado de despreocupación.

Traspasado el umbral, Clarita quitóse nerviosamente los guantes y los tiró sobre la mesita del hall, alargando a Encarnación la capotita color rosa que tan bien la sentaba, ordenándola que la llevase al ropero.

Después se miró repetidas veces al espejo, arreglándose los rizos del flequillo y las patillitas, ligeramente onduladas, que daban a su

rostro un encanto muy madrileño y evocador de aquellas majas de los tiempos de José Bonaparte o de las españolísimas damas de los días de Amadeo, que, para protestar del intruso, remozaron en sus tocados los viejos días de Goya.

Del examen no debió quedar descontenta, porque sus labios dibujaron una sonrisa de coqueta satisfacción, que prontamente se deshizo al recordar su enfado; y acto seguido, según su costumbre, sentóse frente al espejo, con abandonada postura de dama pensativa, apoyando el codo desnudo en uno de los brazos del sillón y reclinando en la mano el rostro.

La voz de la doncella rendidamente servicial, con esa humildad exagerada que ponen siempre en su palabra los bien pagados servidores, se dejó oir.

—¿Desea algo la señorita?...

—¿No vino nadie?...

—No, señorita.

—¿Han telefoneado las de Marconti si vendrán esta tarde?

—No, señorita.

—¿Está en casa mamá?...

—La señora marquesa hace rato que llegó del paseo, y ahora está en el oratorio.

—Bien. ¿Y el té, está preparado?

—Cuando la señorita quiera.

—Puedes servirlo...

Había visto entrar a su marido, que volvía de haberse cambiado de traje en sus habitaciones particulares, y añadió:—Cuidado, Encarnación, que el té esté en su punto, no tengamos lo de todos los días...

Y hélos aquí frente a frente; ella, fingiendo estar distraída, pero mirándole a hurtadillas, y él, serio y tranquilo, apresiándose a hojear una revista inglesa...

¿Quién rompería el fuego?... No, pues ella no sería, porque la palabra claudicación la borraba del pensamiento el amor propio humillado; además, que ella estaba segura de su belleza, de la elegancia de su talle, del buen gusto que presidía siempre su tocado; así es que si Fernando no estaba dispuesto a decir la primera palabra, ella callaría, aunque sufriese un ataque de nervios, de esos que gentilmente adornan la delicada sensibilidad de algunas damas muy aristocráticas.

Y mientras estas reflexiones se hacía Clara, el té fué servido primorosamente en tacitas de Sèvres, que atestiguaban el buen gusto de sus dueños; y el silencio sólo fué interrumpido por estas dos únicas palabras .. ¡basta! al caer la aromática infusión.

Discretos como siempre los criados, hicieron mutis en la escena, y, con lentitud, entre grandes pausas, terminó el té de esta tarde, sin que en un segundo se cruzaran aquellas miradas que tantas veces habían chocado relampagueantes para decir al corazón: ¡mi amor eres tú!...

Sonó el timbre, aparecieron de nuevo los criados y recogieron el servicio...

—¿Desea algo el señor?...—dijo el criado.

—Sí, que el «chafeaur» esté a las ocho; esta noche ceno en el Ritz.

—Y la señorita, ¿quiere algo?—interrumpió la doncella.

—¡Yo!... que me preparen el coche...

¿A qué hora?

—A las ocho también; iré al Palace.

Nuevo mutis y nuevo silencio..., pero ya en el semblante de Clara se dejaba adivinar el diálogo; y, bruscamente, su voz se dejó oir.

—¡Uno al Ritz y otro al Palace!... la vida moderna es un encanto, un verdadero encanto!... ¡libertad, mucha libertad!... ya has conseguido cuanto deseabas, te felicito por la victoria; ¡al fin, a los diez meses de casados, has roto las cadenas!... Chico, poca es tu fuerza, porque yo en tu caso las hubiese roto mucho antes, pasada la ilusión del capricho que te unió a

mí, porque no había otro medio de satisfacerlo...

—Pero Clara, no disparates ..

—Yo no disparato... hace mucho tiempo que este momento lo veía venir, y al fin llegó... Yo no hago papeles ridículos ni desairados...

—No veo en qué...

—Pues creo que para una mujer que quiere, que adora a su marido, porque si tengo algún pecado éste es el mío, no hay papel más ridículo que ir en el paseo al lado de su marido y escuchar: Fíjate en Fulanita, ¡qué hermosos brazos tiene!... y Menganita, ¡cómo se ha mejorado esa chica!... ¡qué busto, qué caderas!... y las facciones griegas de una, y las romanas de la otra, y el cuerpo de aquélla, y el metal de voz de la de más allá, y la gracia y simpatía... y así toda la tarde, todo el paseo; todas tienen un encanto, sólo tu mujer es la que te aburre, te hastía... ¡pues ya tienes cuanto deseabas, libertad; ahora, a buscar griegas y romanas, bustos y caderas!...

—Pero, mujer, no saques las cosas de su estado natural...; ¡es que tú te has formado de la vida una noción completamente irreal! Tú quieres llevarme a todas las horas del día prendido a tus faldas, y esto no puede ser; debo frecuentar casinos, un ratito con la peña de

amigos... ¿qué mal hay en esto?... ¿tal quiere decir que yo por ello haya de ser un mal marido?... Piensa... reflexiona...

—Todo lo tengo pensado; tú lo que quieres es libertad, ¿no es eso?... pues la tendrás por entero, ni un átomo de ella haré mía, pero yo también la tendré, no creas que voy a encerrarme en un papel de sacrificada...; tú al Ritz, yo al Palace...; tú con griegas y romanas, pues yo con romanos y griegos...

II

Aquella contienda matrimonial, que comenzó por un escarceo un poco vivo de palabras, pero que en realidad de verdad sólo dejaba traslucir ese simpático agridulce de los celos, de esos celillos que nimban más que eclipsan la felicidad de un matrimonio unido por el cariño, terminó en toda una disputa de tonos levantados, de frases crudas, de mutuos reproches y de interjecciones que, por muy varoniles que sean, no dejan de ser mal sonantes.

Y a tales extremos y a tal tensión llegó la escena, que la marquesa madre, apercibida de lo que pasaba, se creyó en el caso de interve-

nir, para llevar la paz a quienes no tenían motivos para otra cosa; y conste que era la marquesa mujer muy prudente, que jamás, ni en público ni en privado, oyó el calificativo de suegra en labios de su yerno, pues tanto los extraños como los íntimos de la casa, de no saberlo los unos como lo ignoraban los otros, hubiesen dudado de quién era la madre.

Al vestir las tocas de viudez se quedó con aquella única hija, en quien condensó todos los amores y que fué el verdadero consuelo de la irreparable pérdida que tuvo con la temprana muerte del marqués. Su prudencia le llevó a educar por sí misma a su hija, para formar de ella una mujer de sólidos principios. Terminada esta obra con la transformación de la niña en mujer, su prudencia también le aconsejó que era llegada la hora de que la preparase para dar ese paso tan decisivo y transcendental del matrimonio.

La marquesa había vivido sumamente retirada de sociedad, en parte por el verdadero dolor de su viudez, pues llenó de una soledad inextinguible su alma, y, en parte también, porque comprendía con demasía que una viuda joven y hermosa estaba llena de peligros, peligros que debía evitar a toda costa por su hija, pues fué máxima de su prudencia aque-

lla de que padres postizos alejan de los hijos.

Así, pues, su casa era visitada solamente por dos o tres amigos fieles y por el médico de la familia, y de aquel corto número de relaciones tenía que escoger el marido para su hija, ya que ni debía ni quería admitir a un desconocido.

Fiel a su idea, fué pasando revista uno por uno a todos aquellos muchachos que de vez en cuando aparecían por el hotelito de la marquesa, sito en las proximidades del Retiro, y al conocerlos los fué descartando, aunque algunos eran hijos de sus mejores amigos.

Chicos de muy buenas familias, de más que decorosa posición, muy bien educados, según lo que en la vida moderna se entiende por tal, lo cual quiere decir que fueron formados en las aulas de Chamartín y de la Universidad Agustina del Escorial, pero que no llegaban a complacerla del todo, puesto que una vez salidos de aquellas aulas, llenas de unción y piedad, habían emprendido la vida ordinaria de nuestros aristócratas; esa vida que sabe compaginar una misa de comunión en los Luises por la mañana, y un *souper tango* por la noche.

—Yo quiero para mi hija un hombre que trabaje—decía la Marquesa en sus solilo-

quios—porque el trabajo es el mejor principio para una vida ordenada.

Y en tales circunstancias sólo se encontraba el hijo primogénito del médico de la casa, un muchacho estudioso, forjado en el yunque del trabajo, y no educado en la cómoda molicie, porque su padre, a fuerza de luchar, fué creando lentamente su porvenir merced a su sabiduría y a su tenacidad y, por lo tanto, no podía costear la pensión de Chamartín ni la del Escorial, y él, como el creador de sus días, sabía que su porvenir estaba en el estudio.

Y así se doctoró en Filosofía y Letras, y se aprestó para unas oposiciones, y ganó una cátedra del Instituto del Cardenal Cisneros... Ese era el marido para su hija, un hombre de principios austeros y de ordenada vida. ¿Que no tenía capital?... Hasta cierto punto no podía asegurarse semejante afirmación, pues su carrera bien podía representar los cupones del Banco: una renta que no quiebra.

Y he aquí que la Marquesa, con sutil delicadeza, arregló el asunto, se valió de esas mil astucias femeninas, de detalles expertos como dama del gran mundo y de experiencia; y, poco a poco, el joven galante que entró en el palacio de la Marquesa a título solamente de hijo del mejor y más autorizado amigo de la

casa, se transformó en rendido enamorado de Clara, y ésta, encantada por la figura y al mismo tiempo por dulces palabras de amor, oídas por vez primera—; y conforme al deseo de todos, se creyó la mujer más feliz del mundo al entregar su mano a Fernando.

Llegado este instante, la Marquesa, siempre prudente y a pesar de las súplicas de sus hijos, para que viviese con ellos, se quedó en su hotelito, asegurándoles que cuando se conociesen como esposos, les iría a hacer compañía, y así fué; después de los primeros meses, pasaba muchos días con sus hijos, dejándolos en completa libertad.

Jamás intervino en sus discusiones, que, según su criterio, no merecieron el nombre de tales, a no ser en aquella ocasión, advertida por la actitud de Fernando que salía al mismo tiempo que ella entraba en el hall, y que la saludó con unas: ¡Buenas tardes, mamá!... en las que ella notó un contenido disgusto.

La Marquesa, con su discreción, no se dió por entendida, y con su sonrisa bondadosa contestó:—¡Muy buenas, hijo mío! Entro a ver a Clara.

Ante los ojos de la madre desapareció toda la energía de que Clara dió pruebas durante la escena con su marido; y, llorando nerviosa-

mente, se echó en sus brazos y le decía entre sollozos: ¡Mamá, soy muy desgraciada, Fernando no me quiere!...

La Marquesa hizo sentar a Clara y, cogiéndola una mano, empezó a hablarla con esa voz dulce y suave con que se habla a los niños, preguntóla la causa de su pena y por qué se consideraba desgraciada. Entonces, poco a poco, Clara, con frases entrecortadas primero, y después más calmadas, le hizo historia de sus celos que habían estallado violentamente aquella tarde, porque estaba muy nerviosa...

—Bueno, hija mía, hasta aquí no veo en qué consiste tu desgracia—dijo la marquesa—; quieres que tu marido no te diga si ésta o aquélla es hermosa, yo en tu caso me consideraría la confidente de Fernando, y discutiría con él en este asunto, y hasta me permitiría, en lugar de enojarme, demostrarle siempre que entiendo de belleza, y cuando yo le asegurara que fulanita es bella, es porque así sería; además, Clara, ¿qué importa no ser de rostro y cuerpo perfecto si se posee la delicadeza, la prudencia y un recto juicio, que no está sujeto a variaciones?... Mi querida niña, tú quieres que Fernando no se separe de tu lado y esto traerá consigo el hastío; no, no, hay que dejarlo que después de su trabajo ten-

ga sus distracciones, que sea libre, que él siempre te busque, tú nunca; sé cariñosa, amable, condescendiente, hazle su hogar simpático y alegre, atractivo siempre, pero sin llegar a la hartura empalagosa, pues de ahí al cansancio no hay más que un paso... ante todo, sé la amiga y compañera de tu esposo y no la mujer exigente y celosa que tiraniza con sus ademanes violentos y sus nervios excitados... Tú eres buena y amante; mis consejos, hijos de mi ternura, te harán prudente, ¡qué hermosa aureola prestará a tu cabeza la prudencia!... Hija mía, quiero tu felicidad y hasta aquí todo lo he sacrificado a ella; de ahora en adelante eres tú sola para conservarla; mis reflexiones te ayudarán; pero es tu mano la que llevará el timón, y así, sea fuerte o débil, te conducirá por lugar firme y seguro o te arrastrará en un torbellino de pasiones...

Clara escuchaba en silencio a su madre; admirábala desde que pudo entender las cosas de la vida; para ella no había nadie que la superase en talento ni en prudencia; cuanto le decía era por su dicha, y en verdad que se reconocía culpable de haber exagerado un poquitín... Nunca le había dicho Fernando que Fulanita o Menganita eran las mujeres más

hermosas que había conocido, y en cambio de ella, de su mujer...

La Marquesa, que miraba a su hija queriendo penetrar en los sentimientos que animaban a esta bella persona, la vió hacer un mohín alegre y encantador...

Cuando a los pocos momentos Fernando, vestido correctamente de frac, apareció en el hall, la Marquesa y su hija tenían una actitud serena y tranquila; miró a su suegra y ésta sonreía, miró a su mujer y la encontró tan bella y tan calmada que no se atrevió a decir: me marcho.

La Marquesa, con voz suave, preguntó:

—¿Sales, Fernando?

Clara se apresuró a contestar:

—Sí, tiene compromiso con unos amigos— y dirigiéndose a su marido, díjole con su más linda sonrisa, sin asomo alguno de ironía—. Hubiera querido acompañarte, pero no estoy vestida; mañana me contarás todos las detalles de la fiesta...

Fernando miraba a Clara con aire de asombro y entonces la Marquesa se levantó diciendo:

—Me marcho, hijos míos, hasta mañana...

Besó a su hija, dió la mano a su yerno y salió.

Aquella noche, Clara y Fernando cenaban alegremente en el Ritz; él, más enamorado que nunca; ella, convencida de que los consejos de su madre eran como siempre la causa de su felicidad... Y mientras en las copas burbujeaba el champagne, francas y sonoras carcajadas interrumpían el diálogo de los dos; estaban recordando su primera escena de celos, porque la vida es así: en no pocos de sus momentos, recordamos con risas en los labios lo que arrancó lágrimas amargas a nuestros ojos.

JAIME MARISCAL DE GANTE

Madrid: Julio 1918.

MODERNOS POETAS MEXICANOS

AMADO NERVO

Difícil es decir, a estas horas, algo nuevo acerca de este poeta, cuya figura, plena de sugestiones, bañada de una luz astral, emerge triunfante de la literatura mexicana, proyectando místicos resplandores, sobre todo el vasto Imperio del Cervantes. Es uno de los cuatro o cinco poetas mayores del Nuevo Mundo, y su estudio está casi agotado, después de las bellas y grandes cosas que de él ha dicho la alta crítica de España y América (1) al seguirlo en la luminosa curva de su evolución, que va desde las inquietudes sentimentales y hondamente humanas de *Perlas Negras* hasta el misticismo seráfico y depurado de *Elevación*.

(1) Léase el ensayo que sobre el poeta mexicano pergeñó nuestro co-director y querido amigo D. Andrés González-Blanco, en su libro *Elogio de la crítica* (Perlado, Páez y C.ª, Editores; Madrid, 1911), y que sólo es fragmento de un futuro estudio.

El que estas líneas escribe, que no es un crítico, ni un literato, ni nada... sino un pobre hombre inquieto que ha tenido la suerte de ver de cerca a algunas de las grandes figuras de la actual literatura hispano-americana, sólo aspira a trasmitir ligeras impresiones personales de hombres que trató, de cosas que vió, de libros que leyó...

Conocí y traté a Amado Nervo, en Madrid, en donde, como todo el mundo sabe, ha vivido muchos años, ya ejerciendo cargos diplomáticos de su patria, ya como simple escritor. La primera vez que tuve el honor de ir a su casa fué hace dos años, con motivo de pedirle colaboración para esta Revista, que acababa de fundarse y a cuya redacción he pertenecido desde el primer día. De tiempo atrás conocía ya de vista al poeta de lo inefable; le había contemplado cruzar las calles de Madrid, sereno, erguido, como abstraído por una visión interior. Algunas veces se colgaba de su brazo una niñita rubia. Tal vez era aquella que sugirió:

La niña es tan rubia que,
cuando hay sol, no se la ve...

Muchas veces estuve tentado de acercarme al poeta y saludarlo, y decirle de mi admiración y de mi predilección por su obra; pero me contuve, como me he contenido siempre en estos casos. Nunca he ido hacia las celebridades, intempestivamente; siempre he esperado una ocasión, una oportunidad, una coyuntura favorables, y si éstas no se han presentado, me he contentado con seguir admirando, de lejos, a las grandes figuras de mis devociones artísticas.

Aquella ocasión sí daba un motivo grato y noble para ver a Nervo, y a su casa fuí lleno de satisfacción. Habitaba en la calle de Bailén, en el segundo piso de una casa frontera a una de las dependencias del Palacio Real, y desde cuyos balcones se dominaba una parte de los jardines del Campo del Moro y las dehesas de la Real posesión de El Pardo. No sin cierta emoción, toqué el timbre de la puerta. Una vieja criada acudió a abrirme y me condujo al despacho del poeta. Estaba éste vestido de bata, ante su mesa de trabajo. Al verme se levantó y vino hacia mí, extendiéndome sus dos manos, en amplio ofrecimiento de amistad. Nervo es un hombre que frisa en los

cuarenta y cinco años; estatura regular, cuerpo enjuto, rostro ascético de amplísima frente y ojos árabes; su perfil aquilino está reclamando el laurel y la roja capucha del Florentino inmortal.

Le pareció admirable la fundación de una gran revista que refleje en sus páginas lo más selecto, lo más brillante del pensamiento y del sentimiento estéticos de España y de América. Inmediatamente hizo el alto don de entregarme, para la nueva revista, versos suyos inéditos, y una preciosa composición de una exquisita poetisa chilena, lejana e incógnica, Gabriela Mistral, con quien sostenía una espiritual correspondencia, y a la que deseaba hacer conocer del gran público español. Habló extensamente y con fervor del movimiento literario de nuestra América, que seguía día a día y con enorme interés. Me hizo mil preguntas sobre el Ecuador, especialmente sobre Quito. No le era desconocida la intelectualidad ecuatoriana; me dijo que recibía la revista *Letras* y que simpatizaba con su espíritu y tendencias. Charlando de todas estas cosas, habían pasado más de dos horas, que yo no había sentido, departiendo con tan

selecto espíritu, en un amable y acogedor ambiente de arte.

Por aquellos días el poeta tuvo un bello gesto, muy digno de él. Como en ese tiempo Nervo estaba sin cargo diplomático, viviendo sólo de su pluma, con una dignidad única, un Diputado, periodista y escritor, propuso en el Congreso Español que el Gobierno del Rey señalara una pensión a Amado Nervo, como a una gloria de la raza. El Congreso acogió con entusiasmo la proposición e iba a darse el decreto respectivo, cuando Nervo se enteró de lo que se trataba, y después de agradecer el homenaje que le iba a tributar al Parlamento, manifestó que en ningún caso lo aceptaría. Poco tiempo después, la Cancillería mexicana tuvo el gran acierto de reponer a Nervo en su puesto de Encargado de Negocios en Madrid, que conserva, habiendo partido recientemente a su patria, en uso de licencia.

La vida de Amado Nervo ha sido una vida serena. Algo de ella nos dice el poeta en estas deliciosas líneas autobiográficas: «Nací en Tepic, pequeña ciudad de la costa del Pacífico, el 27 de Agosto de 1870. Mi apellido es Ruiz de Nervo; mi padre lo modificó enco-

giéndolo. Se llamaba Amado y me dió su nombre. Resulté, pues, Amado Nervo, y ésto que parecía pseudónimo—así lo creyeron muchos en América— y en todo caso era raro, me valió quizá no poco para mi fortuna literaria. Quién sabe cuál habría sido mi suerte con el Ruiz de Nervo ancestral, o si me hubiese llamado Pérez y Pérez! Empecé a escribir siendo muy niño, y en cierta ocasión, una hermana mía encontró mis versos, hechos a hurtadillas, y los leyó en el comedor a toda la familia reunida. Yo escapé a mi rincón. Mi padre frunció el ceño *y eso fué todo.* Un poco de rigidez y escapó para siempre. Hoy sería quizá un hombre práctico. Habría amasado una fortuna con el dinero de los demás, y mi honorabilidad y seriedad me abrirían todos los caminos. Pero mi padre sólo frunció el ceño... Por lo demás, mi madre escribía también versos, y también a hurtadillas Su sexo y sus grandes dolores la salvaron a tiempo, y murió sin saber que tenía talento; ahora lo habrá descubierto con una sonrisa piadosa»...

Presente en la admiración de todos está la obra depurada e inefable de este poeta excelso. Ella es pura, como el espíritu; transparente,

como el cristal; límpida, como el agua clara; serena y armoniosa, como una estatua griega; sutil, como la brisa; melodiosa, como un acorde; suave, como una caricia; sincera y en voz baja, como una confidencia; mística y férvida, como una oración. Ha ido depurándose, perfeccionándose, para llegar a Dios, como el espíritu de su autor que encarnó en diversas vidas anteriores y por una serie de misteriosos avatares, llegó a ser el de un serafín, después de haber pasado por el filtro amoroso, piadoso, gozoso del *Poverello* de Asís.

Gonzalo Zaldumbide ha fijado magistralmente en una página el estado anímico que hoy manifiesta el autor de *Elevación:* «En la mística soledad—dice—deja que su vida se marchite y se consuma. Ya no eleva ninguno de esos castos epitalamios lunares que brizaban los sueños de su pureza abstinente. Un astro glacial ilumina la paz de su espera y su visión de ultratumba. El mundo se desvanece ante sus ojos y la sombra de la mujer aléjase sin retorno, sin pesadumbre. La experiencia lírica del amor, sírvele sólo para despedirla sin ingratitud; el poeta agradece a la vida el haberle permitido amar, el haber sido amado.

Pero en adelante, sólo a su Dios amará. Aspira a la santidad...»

La forma poética de Amado Nervo guarda tan íntima relación con su espíritu que parece serle consubstancial. Es una forma sabia y clarificada, digno vaso sagrado conteniendo una divina esencia. Y eso que él dijo:

> Yo no sé nada de literatura,
> ni de vocales átonas o tónicas,
> ni de ritmos, medidas o cesura,
> ni de escuelas (comadres antagónicas),
> ni de malabarismos de estructura,
> de sístoles o diástoles eufónicas...

Mentís éste el más rotundo a la retórica amanerada, artificiosa y matadora.

El luminoso, multiforme espíritu de Amado Nervo tiene, como un diamante artísticamente tallado, pluralidad de facetas. De las más interesantes y dignas de estudio son su ironía sutil, su *humour* resignado y filosófico. Sobre ésto se podría escribir otro capítulo como el que hemos pergeñado; pero el espacio de que aquí disponemos no da para más.

Terminemos, pues, no sin antes anotar las

principales obras que lleva publicadas Amado Nervo: *Perlas Negras* (versos), *El Bachiller* (novela), *Poemas, El Exodo* y *Las Flores del Camino* (verso y prosa), *Místicas*, *Las Voces* (versos), *Lira Heroica* (versos), *Otras vidas* (novelas cortas), *Los jardines interiores* (versos), *Almas que pasan* (versos), *Lecturas mexicanas, En voz baja* (versos), *Sor Juana Inés de la Cruz* (estudio biográfico), *Ellos...* (prosas), *Mis Filosofías* (prosas), *Serenidad* (versos), *Elevación* (versos), *Plenitud* (prosas), *El Diablo desinteresado, El diamante de la inquietud, Una mentira, Un sueño* (novelas cortas).

CÉSAR E. ARROYO.

VERSÍCULOS

Los grillos de agosto.

En la tarde de agosto, me he inclinado sobre el campo y he oído cantar, entre la sombra, a los grillos de agosto.

Hasta mí se elevaba el rumor de sus élitros, precipitado y duro como un choque de oros, y, conmovido, dije a mi corazón:

—Escucha el canto de los grillos de agosto. ¡Cómo es vibrante y fuerte!

Ellos son la última voz del verano y por eso cantan así, con ese redoblado ardor; porque han sentido ya sobre su lira el escalofrío del otoño y saben que muy pronto han de enmudecer.

En primavera, cuando el césped tenía la blandura de los cabellos, cantaban con un acento trémulo y balbuciente; porque entonces los campos estaban llenos de cánticos trému-

los de niñas, y ellos cantaban con alas tiernas.

Entonces se les sentía desfallecer humanamente y enmudecer a veces, fatigados; porque entonces aun tenían mucho tiempo para cantar y temían romper sus liras frágiles.

Pero ahora su canto es incesante y bronco; suena en los oídos como un batir de metales; y cantan a prisa, como si temiesen sobrevivir sin lira al gran amor de la primavera.

Porque sobre la tierra agostada, ha pasado ya un hálito que ha extremecido su desnudez; las hoces despiadadas han brillado en el aire ligero, y pronto vendrá el tiempo en que las luces de la ciudad se encienden antes que las estrellas.

Pronto vendrá el tiempo en que un pesado letargo paralizará su fervor y en que sus élitros quedaran inmóviles bajo la tierra; en que serán como cantores que callan embriagados junto a los restos de un festín.

Por eso cantan con tan febril ardor; porque temen que la hoz del tiempo corte su estrofa más preciosa y que sus liras entorpecidas de pronto no puedan expresar todo su anhelo.

Por eso cantan así en estos días últimos, en que aun hay un dulce calor sobre la tierra y en que las flores de los aligustres llenan el aire por segunda vez, de una fragancia disipada,

Por eso cantan con ese ardor y esa inquietud que hace temblar, desde lo hondo, el círculo de colinas lejanas y conmoverse de ternura, por última vez, el duro seno desnudo de la tierra, que parece ir a henchirse de una savia nueva, como si quisiesen lanzar sus élitros rotos, semejantes a saetas doradas o a inflamadas gavillas, y dejarlos clavados en el mismo corazón del invierno.

Así, ¡oh Tú, poeta de un único estío!—que ya sientes menguar la sombra ardiente de las colinas de tu juventud, escucha la lección de los grillos de agosto. Y en la noche más larga de tu único verano, en la que es ya como una víspera, canta y canta, más aprisa que nunca, hasta decir tus últimos secretos, antes que las dos alas de tu corazón, tus élitros divinos, se quiebren para siempre...

R. CANSINOS-ASSENS

Un niño que está llorando.

El amplio caserón empieza a salir del sosiego en que estuvo durante el estío; sus crujías van a ser cruzadas sin cesar por la grey estudianti, sus aulas van a oir otra vez los balbuceos, las disculpas o la verbosidad simpática de los conquistadores del mañana, y los consejos y las explicaciones de estos profesores que se esfuerzan por hacer surgir ideas o por aumentarlas en los tiernos cerebros. En el comedor sonará al medio día la voz del que les lee un *Manual de urbanidad y buenas maneras*, y en los domingos se escucharán briosamente las charlas y los gritos, puesto que hay licencia para tales expansiones. En la capilla habrá cotidianamente rezo del rosario, y pláticas hebdomadarias, y fiesta con su sermón y su música y sus cánticos dos veces en el curso. El jardín parecerá retemblar con la alegría de estos muchachos que, bajo las acacias, limoneros y álamos, junto a los evóni-

mos y rosales, evocan el pueblo lejano al que han de ir en Navidad. Los peces del estanque, que lo pueblan de matices rojos, azules, de brillos argénteos, se esconden amedrentados entre las ovas; y los pájaros vuelan raudamente, sin atreverse a llegar a tierra; tan sólo en el torreón de la casa picotean el pan que, franciscanamente, se desmigaja a las «hermanas avecicas.»

Los blanqueadores terminaron de poner resplandecientes los muros Una legión de mujeres, capitaneada por una conserja con rostro de Trotaconventos, aljofifa los mármoles, ladrillos y maderas, limpia los vidrios, pule los dorados, ennegrece el herraje. Los pintores dan los últimos toques a las cenefas y a los pupitres de estudio. Y el cocinero, gordo y mohino, compadre del Dómine Cabra, sin conocerlo, echa sus cuentas, que a Quevedo hubieran deleitado.

Van llegando los estudiantes. Los hay diminutos, aun con las piernas al aire, como echando de menos el abrigaño del hogar; los traen de la mano, y ellos, con sus mejillas amapoladas, sus recortadas melenas, pugnan por aguantar las lágrimas que, al fin, se desbordan copiosamente. Los hay desenvueltos, denotando el haber la novia colegiala y el ciga-

rro a hurtadillas, la travesura pronta, acaso la pereza por compañera, y el estudio anhelante cuando asoma Mayo con la cara fosca de catedrático que reparte aprobados y suspensos, y no con cortejo de flores, de mariposas y de sonrisas fragantes. Los hay formales, seriecitos, cual hombres que ya están en todos los secretos y saben que «la fiereza» de don Fulano es aparente, y que averiguan cuándo sobre poco más o menos pregunta don Zutano. Los hay de aventajada estatura, dignos de acudir a la Universidad en lugar del Instituto.

Hélos aquí a todos; las ropas nuevas, los baules atiborrados, intonsos los libros que acomodan en el salón de estudio. Ya hasta Diciembre apenas dejarán de sonar las campanas del colegio; primeramente, al apuntar el día, llamarán a levantarse; a poco, al desayuno; sucesivamente, a las clases, al conserje, al practicante, al médico, a las comidas. Por las mañanas van los niños en filas al Instituto; por las tardes, a las aulas colegiales, y sólo gozan del respiro de los recreos y de las pláticas a hurtadillas en las clases o en el estudio, apoyada la cabeza en la palma de la mano, el codo en el pupitre, la mirada en el libro, para esquivar el reproche o el castigo del que los

inspecciona... Los días festivos son los paseos por los aledaños de la ciudad; el camino de la estación, que se va poblando de hoteles y de fábricas, lleno de huertas verdeantes y malolientes, donde se yergue una estatua y la banda municipal toca en ocasiones; el camino de la Peña, donde hay un monte desbordante de agua, una glorieta en que reposan los viejos y juegan los chiquillos, y un bello telón de montañas gris y azul; la alameda, abandonada y triste como un jardín de Rusiñol, con el cementerio a los lejos; la cuesta, cuya es la cima en que se desmorona un castillo y una cruz se recorta en el éter, recordando los versos que del gran poeta, al pie de ésta, se grabaron:

> parece estar la cruz, signo de duelo,
> cerrando, augusta, con el pie el profundo,
> con la excelsa cabeza abriendo el cielo
> y con los brazos abarcando al mundo.

* * *

Acabada la labor del día, los colegiales han subido en formación al dormitorio. Ante las sendas camitas de hierro rezaron las preces que inicia un capellán; algunos, mientras se

despojan de las ropas, tornan a releer las máximas que, análogas a las del comedor, se ven en unos cuadros:

«No finjas nunca estar malo,
que Dios castiga sin palo.»

«Lávate bien cada día
la cara con agua fría.»

«La salud es don precioso
que Dios quita al perezoso»...

Una luz brilla en cada uno de los salones donde están, adosadas a las paredes, las ringlas de camas; frente a éstas los lavabos, donde los espejitos ponen unos tenues resplandores; la claridad lunar se filtra por los cerrados balcones y ventanas. Se siente la respiración tranquila de los que duermen... A las pocas horas se abre cautamente una puertecilla y entra una figura vestida de negro. Es el rector: es un sacerdote de mediana estatura, a mitad también del camino de la vida; tiene la fisonomía simpática, franca y dolorosa; las enfermedades le fueron acabando la salud; los disgustos y miserias humanas le quitaron su sosiego, le quieren todos; le envidian los que no pueden hacerse querer, por tontos o por secos de espíritu. Y él, alejado de las pasiones, cansado ya de las vilezas de los hombres, se refugia

entre los niños que le dan recia impresión de bondad, de salud de alma, de gratitud, pocas veces encontradas entre los mayores. El ocurre a todos los muchachos, les riñe, les consuela, les anima, les reprime...

Ahora va despacito, avanzando; se detiene ante algunos lechos; continúa; retrocede: cree oir como un lloro contenido, anhelante; sí, es un nene que gime, que solloza sin consuelo: un ángel de Dios que cree le dejan caramelos en el embozo los santos de su devoción; que teme se lo lleven los demonios, si no estudia; que se duerme en brazos de uno de los mayores, si la hora de acostarse se retarda; un caballerete diminuto que llegó hace unas semanas para empezar a preparar el examen de ingreso... El buen rector, luego de darse a conocer, le consuela y le pregunta: no, no lo castigaron, ¡si está muy bien aquí! ¡si no tiene miedo! Ycomo aquél le descubriera una pequeña cartulina escondida en la mano, el angelico se disculpa lleno de turbación, más remisa la pena:—Es un... un re... retrato de... mi .. madre.

ANGEL CRUZ RUEDA

POETAS HISPANO-AMERICANOS

CORCELES Y CÓNDORES

Oscuras las melenas, la faz meditabunda,
del páramo cruzando la soledad profunda,
avanzan... Son los tristes esclavos de la raza,
que sin yelmo ni espada, mosquete ni coraza,
van a morir, bañando con sangre de sus venas
la tierra en que nacieron, la madre de sus penas.

Los Shiris. ¡Son los Shiris de la gallarda Quito,
que en las gigantes cumbres del páramo infinito,
de masas inconscientes en apretadas olas,
aguardan, pues ya llegan las huestes españolas!
Las españolas huestes, de rubias crenchas de oro,
a desposeer al indio vienen de su tesoro:
la tierra donde duermen felices sus mayores,
la tierra do no existen ni esclavos ni señores.

Cotopaxi el desierto llenó con alaridos:
son ellos los gemidos estériles, gemidos

con que la indiana tierra—de su infeliz estrella,
contra los sordos cielos, rugiendo, se querella.

* * *

Sobre la cuesta luce como fulgor de soles:
los yelmos, las corazas, los tercios españoles.
Cual aves de colores, coronan las cimeras
los cascos que circundan gallardas las testeras.
Las huestes no se arrastran, con vacilante paso:
vuelan, corren, hollando doquier el campo raso,
encima de unos monstruos, que, en arrogante vuelo,
bajo sus plantas sienten huir tremante el suelo.

¿Es la invencible tropa de los eternos dioses
que de lo alto descienden, terribles y veloces,
derramando en el suelo la luz de sus enojos,
con el rayo iracundo de sus azules ojos?
Ya lo dijeron antes los tristes agoreros:
vendrán desde muy lejos los domadores fieros,
como la nieve blancos, con rojas cabelleras,
para usurpar del Inca las libres cordilleras.
Pero luchar se debe por la tierra—la tierra,
que germen, luz y encanto de la existencia encierra
La indiana tropa empuja sus apretadas olas;
y aguardan impasibles las huestes españolas.
¡Lucha tenaz y estéril! El arcabuz la muerte
arroja con el plomo sobre una turba inerte,
que rueda en los repechos del páramo sombrío,
enviando al sol en vano su ingente vocerío.

Abre el acero surcos en la sangrienta masa,
y el corcel relinchando sobre los muertos pasa,
ensangrentadas lanzas sustentan la bandera;
el sol en vano en lo alto del firmamento impera:
cual lámpara mortuoria sobre sus hijos brilla,
y en mustia lumbre baña la cruz—la de Castilla.
¡Victoria!; Cotopaxi, con alarido inmenso,
gime; a lo lejos tiende la noche un velo denso,
que en ondas de ceniza, cual fúnebre sudario,
cubre la horrenda escena del campo solitario.
¡Los vencedores cantan la prez de su victoria!
¡Gloria a su grande arrojo y a sus hazañas gloria!
Y pues la noche cierra y el sueño los enerva,
cansados se recuestan encima de la yerba
mientras, atalayando a sus señores, fieles,
velan bravos mastines y alígeros corceles.

* * *

Mas, cuando de un silencio como de horror y duelo
se extiende el ala negra desde el remoto cielo,
innumerable turba de pájaros gigantes
llega, poblando el aire con gritos resonantes.
Son los cóndores regios, los cóndores andinos,
terribles vengadores, espíritus divinos,
que bajan de los picos del páramo nevados:
¡de la vencida patria los últimos soldados!

Los cóndores se lanzan con invencible saña,
y a los corceles retan, en singular hazaña.

Relincha el noble bruto, cuando las alas siente
que—látigo de acero—destrózale la frente.
Loco se arroja, a impulso de férvida carrera.
En su cabeza el cóndor se eleva cual cimera;
y al estridente grito de olímpicos enojos,
rasga al corcel el cuello, y arráncale los ojos.
¡Lucha final que turba del vencedor el sueño!
El lebrel tiembla y busca la sombra de su dueño;
y algo oscuro y sombrío sobre las nubes flota,
es la postrera etapa de la última derrota!

Es la venganza estéril de la salvaje tierra
contra el que trajo el yugo tremendo de la guerra.
La libertad que venga la esclavitud de un mundo
que, antes de ser esclavo, rebélase iracundo
contra la servidumbre que largamente empieza:
¡última llamarada que das, Naturaleza!

Y el cóndor desde entonces se oculta en la distante
altura, do sacude las alas de gigante:
no baja a las campiñas donde habitar solía,
la libertad gozando con el fulgor del día.
Proscrito de su tierra, la busca con el vuelo,
en la llanura vasta del infinito cielo...

REMIGIO CRESPO TORAL
(Ecuatoriano).

LOS INTERESES DE ESPAÑA Y AMÉRICA

CARRANZA, EL REFORMADOR

«Estancarse es corromperse», dijo la antigua filosofía islámica muchos siglos antes de que la poesía moderna sentenciase por boca de uno de sus vates más preclaros: «Renovarse o morir». Y en verdad, que ninguna frase como cualquiera de estas dos conviene tanto a los hombres y a los pueblos para lema, o mote, que les sirva de advertencia y estímulo en la lucha por la existencia.

Cuando un pueblo entra en el adocenamiento de sus costumbres, o en el movimiento rutinario de sus organismos, sin retroceder ni avanzar, queda como una rueda girando en el aire, sobre un eje fijo, perdiendo en un movimiento estéril sus vanas energías.

Cuando el favoritismo de unas clases sociales se ejerce a costa del sacrificio de otras, sólo se consigue la formación de dos castas absolutamente inútiles y nocivas, que pueden denominarse así: la *opulencia indolente*, usurpadora de todos los privilegios, y la *indigencia parasitaria*, envilecida por todos los servilismos. Un pueblo degenerado hasta estos extremos es semejante a un ave cuyas alas estuviesen, la una recargada excesivamente de plumas, y la otra completamente desplumada.

Tal era el estado de México antes de la revolución, con el gobierno autocrático de Porfirio Díaz. El pueblo agonizaba lentamente bajo el tormento de un régimen opresor que lo aniquilaba con una carga cada vez más creciente de impuestos injustos y exprimidores en provecho de unas cuantas entidades monopolizadoras. La Justicia y la Equidad veían inútil el fiel de sus balanzas, y las clases protegidas por el favoritismo oficial habían erigido en el ara de la Ley la estatua de la ambición, más voraz que la del antiguo dios fenicio, el Moloch de las siete bocas insaciables.

En tales condiciones, la nación mexicana iba precipitadamente a su desastre, y su porvenir sería el de un pueblo feudatario, sometido a la influencia absoluta, si no al absoluto dominio, de los poderosos estados vecinos, radiantes, acaparadores, absorbentes, cuyo proyecto de hegemonía panamericana es su ideal constante.

Pero si es ley de Naturaleza comer para vivir, vivir para luchar, luchar para triunfar y dominar, no podemos reprochar a los pueblos, como a los individuos extraños, esa aspiración natural y lógica de vida y predominio, y sí sólo nos es dado recriminarnos a nosotros mismos por nuestra apatía, imprevisión, debilidad e impotencia, únicas causas que nos ponen a merced del enemigo más fuerte.

No hemos de hacer aquí historia, ni aun a grandes rasgos, de la última revolución mexicana, bien reciente y conocida. Madero la encendió a impulsos del más acendrado patriotismo, para despertar a su pueblo de un aletargamiento más estéril que la muerte, que es, al fin y al cabo, transformadora. Madero la

encendió y la santificó con el holocausto de su propia vida, y Carranza la llevó a término feliz, siendo el apostol de los grandes ideales patrios, predestinado para la obra gloriosa y redentora de la Reforma.

Pocos ejemplos de actividad humana tan fecunda como el que dió este hombre de voluntad e inteligencia demiúrgicas (digno de un altar en el templo en que Carlyle ha colocado a sus héroes) en este primer año de su gobierno constitucional. Asombra que en tan breve tiempo pudieran encauzarse tantos intereses y pasiones desbordados, y reorganizarse la vida pública, en todas sus fuerzas vivas, con un impulso y una actividad unánimes tales y de tan compensadora eficacia, que los recuerdos de la revolución parecen ya lejanos y borrosos, como vagos espectros de pesadilla.

Como base principal para el progreso de México en una nueva era de orden y trabajo, comenzada hace un año, han reformado fundamentalmente sus nuevos gobernantes la antigua Constitución de 1857, de modo que responda perfectamente a las necesidades de la

vida y las costumbres modernas; creando así una nueva legislación que ya toman por modelo otros pueblos jóvenes de la América Hispana, y en la que debieran inspirarse los modernos estadistas y legisladores de todos los países que quieren orientarse por un derrotero de perfección y éxito que les lleve más directa y seguramente a su engrandecimiento.

Los beneficios de esta Constitución empezaron a sentirse en el primer año de su funcionamiento legal, con la creación de numerosos edificios para escuelas en todos los Estados de la República, con una capacidad de mil alumnos cada una; la repatriación de los Estados Unidos, por cuenta del Estado mexicano, de todos los ciudadanos emigrados durante el período revolucionario; la devolución de las propiedades intervenidas por motivos políticos; el cultivo de las tierras propicias a toda producción, para mayor fomento de la agricultura; la protección incondicional y eficaz del Estado a toda industria nacional; la equitativa distribución de impuestos sobre el capital en sus diversas formas, y la supre-

sión de las contribuciones que sean un gravamen y una rémora para los negocios y el mejoramiento de todas las clases sociales.

Estos y otros muchos son los beneficios de una revolución regeneradora que ha venido a batir las aguas estancadas que amenazaban corromperse, como las aguas muertas de los pantanos.

Sólo lo que es palpitación y movimiento es vida; vida y fecundidad y energía, como la incesante corriente de los ríos y el oleaje constante del mar, siempre despierto y tanto más vivo y poderoso cuanto más agitado.

Si España tuviera conciencia plena de sus deberes interhumanos y de sus derechos políticos internacionales; si nuestros gobernantes estuviesen verdaderamente animados de ese espíritu utopista, admirable de audacia, clarividencia y previsión que alienta en las voluntades privilegiadas de los grandes conductores de pueblos, de los grandes legisladores, apóstoles de la palabra y profetas del pensamiento, verdaderos aedas de las razas, aedas a la manera clásica tradicional - con el doble

y sacrosanto sentido de pontífices patriarcales y de poetas—, a estas fechas y en circunstancias como las actuales, tan excepcionales y propicias, podríamos tener construída y dispuesta para el viaje de reconquista espiritual la gran nave de nuestros destinos futuros, con el velamen henchido de esperanza y vientos auxiliares, de amor y sabiduría, de renovación y libertad, que la condujeran en expedición fecunda hacia los nuevos pueblos fraternos.

Una constelación política hispano-americana que tuviese por sol la Madre Patria común, este fecundo corazón del mundo antiguo y nuevo, palpitante entre dos continentes e inagotable de sangre generosa que, en corriente incesante, llena de vida y energía a tantos pueblos lejanos y cercanos, lejanos por la distancia, cercanos por el lenguaje y el pensamiento.

Una confederación espiritual, una comunidad de intereses materiales entre pueblos de un mismo origen que necesitan unirse para oponer una resistencia inquebrantable a una

fuerza poderosa, que ya se alza amenazadora... He ahí lo que nos importa mientras los pueblos beligerantes del Norte luchan por la defensa de sus intereses.

A España conviene la mayor aproximación posible a todos los pueblos de su origen. Atraer sobre sí la atención y los intereses de esos pueblos de la raza (esos intereses y esa atención que otros Estados más previsores, más sagaces y ambiciosos reclaman), no para hacerles girar y vivir bajo el influjo de nuestra única luz, con vida de satélites, sino como a mundos libres y conscientes que tengan en nuestro solar patrio el campo neutral y el mercado común de sus intereses espirituales y materiales.

Esta labor de aproximación, comenzada con la Argentina, elevando a la categoría de Embajada la Legación de aquel país, debe España continuarla con México, accediendo a las aspiraciones de aquel pueblo hermano, manifestadas recientemente por la voz de su prensa popular.

Y así tendríamos más unidos los extremos

de esa vasta cadena humana cuyos eslabones de un mismo temple están llamados a sujetar, no para aprisionarlos, sino para dirigirlos, los destinos de la humanidad futura.

Gov DE SILVA

DEL AMOR MALDITO

AUREA

Para Tórtola Valencia, la Sacerdotisa del Ritmo, la Bacante de las Danzas Extrañas, sea este episodio lírico como un ex-voto litúrgico de admiración y de paganía, que le ofrendan mis dos manos con devoción.

El artista nos hizo penetrar en su estudio.

Era amplio y fastuoso como una pagoda de la India misteriosa y lejana.

Había en él una grave penumbra y un inefable remanso de silencio.

Samuel era el artista envenenado de literatura y de modernismo, fuerte y optimista, extraño y paradoxal. Vestía con una elegancia refinada.

Sonreía benévolamente cuando se hablaba de futurismo. El lo había conocido y estudiado en sus años de rebeldías.

Amaba con un loco amor la pintura. Todos los maestros, los «muy antiguo y muy moderno» le apasionaban.

Había triunfado ya. Hacía un arte atrevido y nuevo.

El estudio de Samuel tenía el pavimento todo de mármol blanco como un cándido lienzo de lino.

Sobre él descansaban grandes alcatifas de terciopelo negro y suave como la piel de un felino.

La luz de la tarde entraba por un gran ventanal abierto, que enmarcaba un paisaje lejano.

Cerrado, semejaba el vitral de una vieja catedral gótica.

En él sonreía ingenuamente una virgen rubia y prerrafaelista como de Fra Angélico o de Burne Jones. El nimbo de su testa era como una áurea rosa de luz.

Cuando el sol besaba aquel vitral filtrábase hasta la estancia el dibujo vago y luminoso de su policromía.

Las paredes estaban vestidas con largas albendas de seda roja.

Sobre un pedestal de basalto oscuro erguíase la escultura de un desnudo, maravillosa como aquellas que cincelaran los griegos.

Era, entre el fasto de los mármoles, de las sedas y de los terciopelos bordados en oro, como una nostalgia viva de los siglos paganos.

Leonardo, el escultor sabio en dar al mármol y al bronce formas milagrosas, la había creado de un bloque magnífico de Carrara.

Ante el símbolo eterno de la carne ardía noche y día un lampadario de plata: un viejo armatoste eclesiástico que Samuel hallara entre las rarezas de un anticuario.

En el óleo ardía una luz que era como un ex-voto a la belleza de Fémina.

Samuel comenzó diciéndonos en voz baja:

—¿Véis?—En esta estancia, sobre las alcatifas, leo las prosas ornamentales que tienen una belleza purificada; leo los versos sutiles y alados, enfermos de modernismo y de maldición, de decadencia, de misterio y de aristocracia...

En ella he creado dos bárbaros paraísos artificiales del opio y del alcohol, de que habló Baudelaire....

Luego nos mostró otro cuarto, claro y res-

plandeciente, donde trabajaba a la luz del sol y bajo la luz artificial.

Sobre un caballete había un retrato de hombre. Era el de Leonardo, el íntimo hermano lírico de Samuel

Lo había pintado tal como era. Los ojos de bronce tras los cristales circuidos de carey. El rostro un poco pálido. La frente amplia y luminosa. Los labios sensuales. La melena bella, rebelde y merovingia.

Estaba todo enlutado, mirando tristemente a un lejano Parthenon en ruinas.

Era la última pintura de Samuel y en la que había trabajado con más amor.

Entre apuntes y lienzos comenzados, jarrones de Talavera, Tanagras de una fragilidad inverosímil y búcaros con violetas marchitas, destacábase la negra faz atormentada de un Cristo sangrante y macerado.

Samuel gustaba de leer bajo el cristo, en el cuarto resplandeciente de luz, los versos suaves de Juan de la Cruz y las florecillas sencillas de Francisco de Asis...

Era un místico obsesionado por la muerte y pagano a un tiempo.

Samuel fué mostrándonos los rincones de su estudio, los detalles y los ornamentos.

Después, sobre las alcatifas, como orienta-

les, él comenzó a contar amical y fraternal, aquel episodio rojo, como una rosa del rosal de su juventud.

Su prosa era clara y lírica como un alba.

Hubiéramos creído que contaba un bello cuento fabuloso, si no nos mostrara un cofre de plata, maravillosamente cincelado, y nos dijese:

—Este cofre encierra un reliquia bárbara...

Y ante nuestro asombro nos mostró un puñal buído como una mirada de odio, ensangrentada aún...

Después hizo el elogio de la mujer ya lejana, con *molto sentimento:*

—Era ardorosa como una lumbre... Morena como la Esposa del Cantar de los Cantares, «porque el sol la estragó». Tenía una elegancia suprema al andar majestuosamente... Era frágil y leve como las princesas de Rubén Darío o de Ochoa...

Era buena y gustaba de mis labios fríos a donde los suyos traían calor de nido.

Bendita sea por siempre.

Ella, a su conjuro, hízome crear un arte loco...

¡Oh, pobre Aúrea!

Su desnudo tenía una fragante castidad, como hecho de carne de lirios...

Recuerdo que en los crepúsculos lentos y sonoros, entraba por el gran vitral la agonía del día.

Ella encorvábase como un lirio tronchado, para ofrecerme en el cáliz perverso de sus labios sangrantes, el veneno de un beso suyo...

Algunas veces, Aurea, bajo la gran magnificencia del sol y bajo la pompa azul de las noches lunadas, arrancaba los puñales de las panoplias.

Entonces, lanzábalos al aire y eran de día, como reflejos de espejos y, en la noche, como llamas.

Sus brazos desnudos, retorcíanse como sierpes enfebrecidas y cogíanlos ágiles.

Yo veía, trémulo, cómo Aurea volvíalos a lanzar antes de llegar a la carne rosada...

Un día, pasó rozándola un cuchillo y produjo en el terciopelo rosa pálido de la piel, una leve desgarradura.

Y otro, un día de maldición, el puñal que encierra este cofre fué a clavarse en el seno de Aurea hasta el corazón...

Volvió a mostrarnos el puñal, como una reliquia obsesionante.

Era tan buído como una mirada de odio.

Y siguió contando:

—El seno rosado y mórbido tiñóse de sangre, y parecía una rosa roja...

Aurea dió un grito agudo y se abrazó a mi. Después, como si desfalleciese de amor, me dió un beso y me dió la vida con él...

En aquel momento sentí en mí una perversidad morbosa.

Quise que aquel cuerpo palpitante y desnudo fuese mío una vez más, y lo poseí con una ansia satánica.

La sangre que fluía de los senos ponía en mí un estigma rojo.

En el momento sacro, ungido por la Vida inmortal, se retorció en un divino espasmo, espasmo y estertor, se fueron cerrando sus párpados como desfallecientes de voluptuosidad y su carne ardiente quedó fría y sus brazos, que sujetaban fuertemente mi cuello, quedaron rígidos.

Estaba muerta.

Me desprendí de sus brazos que me atenazaban, y su cuerpo cayó pesadamente sobre la tarima cubierta con una gran tela de terciopelo, a donde ella se subía para posar mientras yo pintaba su desnudo.

Arranqué el puñal del seno y la sangre afluyó en borbotones.

La herida semejaba unos labios demasiado rojos.

Después, sobre el terciopelo negro, los coágulos de sangre eran como grandes rosas granates.

Aurea quedara inmóvil en un escorzo impúdico.

Poco a poco, su carne rosada quedó tan pálida y blanca como el mármol.

Hacía un efecto maravilloso el claror de su cuerpo, hecho de luna o de lirios, sobre el terciopelo.

Mucho tiempo contemplé la escultura inmóvil.

Cuando la penumbra del crepúsculo era llegada, aun seguía en aquel pasmo inconsciente de contemplación lírica.

Estando en aquel éxtasis, Leonardo penetró en el estudio lentamente.

Traía aquel gesto estoico que no olvidaba nunca, aprendido de los dramas policíacos y fumaba en una gran pipa de lobo de mar.

Tras las antiparras de carey, sus ojos metálicos interrogaron.

Vió mi actitud de asombro y el cuerpo desnudo de Aurea, que parecía retorcerse en un escorzo impúdico, y dijo:

—¡Oh, qué bella sorpresa! Siempre serás un griego ante Afrodita...

Entonces abrió el gran vitral y entró la luz mortecina del crepúsculo.

—Si parece de mármol!

Me acerqué a él y le dije las palabras obsesionantes:

—¡Está muerta!

CORREA-CALDERÓN

(Del libro «El Amor y la Muerte», próximo a publicarse.)

EL BALCÓN DE LA VECINA

COMENTARIOS

Muy cerca ya del tejado, y frente a mi cuarto de estudio, existe un balcón en la casa vecina, modesto y coquetón, cuya orientación le hace recibir durante todo el año las caricias del sol y las confidencias de la luna, aunque cierto es que, cuando llueve o nieva, sufre también las consecuencias de su altura. Nada de extraño tiene esto, ni digno de mención sería si no fuese porque el citado balcón es sin duda el que marca y determina mejor que cosa alguna, con su *indumentaria*, la estación del año en que vivimos, confirmada por mañana, tarde y noche por los pregones de los vendedores ambulantes, tan característicos y pintorescos, de la Corte, y por los habitantes de esta calle, ni solitaria ni concurrida, pero sí alegre y madrileña como pocas.

El balcón corresponde a una habitación ocupada por una hermosísima morena, para quien sin duda la musa popular escribió aquello de:

¡Salero, viva el salero,
carita de serafín!
¡Cuántas horitas de sueño
tengo perdidas por ti!

pues jamás se puede admirar su figura encantadora, sino en día de sucesos extraordinarios.

Es, pues, este balcón el que corresponde al gabinete de confianza de la vecina, elegante y confortable, como todos sus iguales, habitación ésta que toda mujer desea y procura tener, como auxiliar poderoso y cómplice de su coquetería, pues en ella nunca faltan espejos con quien poder consultar alguna actitud o mirada y el efecto de un traje nuevo; ni el mueblecito caprichoso, de secretos departamentos, donde ocultar la misiva amorosa o el recuerdo del sér querido; ni el asiento cómodo y agradable que haga encontrarse bien en él en las horas de reposo, de meditación o de lectura.

Tropezó mi vista con este balcón por vez primera en el crepúsculo de la tarde de uno de los primeros días del mes de Noviembre, en

que es ya para Madrid invierno, con sus fríos polares, con sus alternativas de lluvias menudas, nieves, nieblas densas, heladas y atmósfera gris y melancólica que nos invita a la reclusión en el hogar, entristeciendo el ánimo aun de aquellos que se encuentran en la primavera de la vida, y mucho más de aquellos a quienes ya los años nos hicieron perder, con los desengaños sufridos, las esperanzas de la juventud.

Entonces el balcón estaba solitario, pero no triste; aun en sus peores días, mantiene la alegría que le prestan los juveniles años de su dueña, siempre resaltando el sello de elegancia y distinción que aquélla sabe imprimirle. Los balaustres de su antepecho sólo ostentaban entonces, como único trofeo, una *palma*, renovada anualmente con solícito cariño, sujeta a los hierros con espléndidos lazos de seda blancos, amuleto aquélla y salvaguardia del hogar contra las tempestades y contra las epidemias, y a la que el ilustre escritor Fernanflor llamó *líneas de oro*, y que los españoles colocamos en los balcones, después de bendecida el Domingo de Ramos, para evitar también, según el vulgo, la entrada de las brujas en nuestros hogares. Tras la barandilla, sólo las puertas vidrieras cerradas aparecían refle-

jando los blancos cortinajes de caprichosos calados y encajes crema, para evitar penetren en el interior el frío helado del ambiente callejero.

Pasan los días sin cambio en la decoración, tiestos y macetas libres de ramas y follaje; el sol de Marzo rasga las nubes, despide las heladas brisas del invierno y la primavera envía a mi vecina sus primeras sonrisas, con una flor que nace en su balcón... con la bonapartista y modesta violeta, de la que los antiguos bardos pretendían que si se ofrecía a alguien formando ramillete en un día de fiesta, la persona ofrendada derramaría muchas lágrimas, opinión de la que al parecer no participa mi vecinita, pues en maceta y cortada, esta flor sencilla y olorosa ocupa preferente lugar en su balcón, y en ocasiones, el morado color de sus pétalos resplandece entre los pliegues de su tocado.

Tras la fragante violeta aparecen ya en el balcón los primeros tallos de rosales y clavelinas; las débiles tabletas verdosas de la persiana, plegada desde el mes de Octubre en lo más alto de aquél; se dejan caer en ciertas horas del día sobre los hierros, y entre sus espacios libres divisáse, perfectamente delineada, la pequeña jaula del canario, que con sus tri-

nos y gorjeos saluda a mi vecina cuando riega las plantas, libre ya de las pesadas telas en que vivió envuelto su esbelto cuerpo en los rigurosos meses del invierno.

Dura ya más el sol en el horizonte; adórnanse espléndidamente las macetas de hojas y flores, aparecen las primeras rosas matizadas con todos los colores del arco iris y el clavel reventón, representante del *amor ardiente,* que en unión de la clásica mantilla de casco adornará pronto a la vecina, en la primera fiesta de toros de la cercana Pascua, nos hace recordar con entusiasmo y bendecir al rey Renato de Sicilia, a quien se atribuye el primer cultivo de tan simpática y hermosa flor.

Un día, más tarde, al penetrar por la mañana en mi habitación, veo ya entreabierto el balcón vecino y sin fijar la fecha de aquél, sólo al contemplar el añoso jarrón talaverano lleno de blancas azucenas, presidiendo el florido *ropaje* del balcón, anúnciame claramente la próxima fiesta del bendito San Antonio, del santo querido de las solteras, y con su blanco símbolo llegará también la sagrada yerba de los romanos, la «verbena», flor de la cual los piamonteses afirmaban que frotándose con ella las manos, al ponerse el sol, sería amado en

seguida por la mujer a quien después tocase la mano, pero no es sólo la erguida y ramosa verbena de flores de infinitos colores la que aromatizará al atardecer el coquetón gabinete de la vecina, si que también su aroma irá mezclado con el delicado y exquisito perfume de la «Madreselva», arbusto inmortalizado por Bécquer y cuyos vástagos caedizos se enlazarán y retorcerán entre los finos hierros del balcón cercano, en pocas horas.

Pasó la primavera, adquieren tonos cálidos y vigorosos las plantas del jardín casero, prepara la morena de mi calle espacio amplio en su balcón para enseres nuevos que formarán más tarde el clásico trofeo veraniego, y en el corto espacio de una noche aparecen ante mis ojos en mañana de un día, el tiesto de albahaca, la jaula enana de un grillo y el botijo amigo, panzudo y rojo, del pasado estío.

¡La simpática albahaca! flor verbenera, característica y popular cual ninguna, es la flor de nuestro pueblo, humilde como él, pero viéndola de cerca, como a éste, su penetrante olor tiene mucho de místico y de profundo, no obstante el mal concepto que de tal planta tenía el pueblo griego que, jamás la sembraban sin acompañar este acto con ternos e insultos

más o menos refinados y de donde algunos dicen que viene la frase francesa *semer le basilie*, o, dicho en castellano, *arrancar el pellejo al prójimo*.

El elemento viviente del trofeo estival, el grillo, es para mí el menos simpático; aunque algunos afirman que su monótono chirrido ayuda a dormir la siesta, niégolo en absoluto; pero me atengo al proverbio de que «a un grillo se le oye y cuesta dos cuartos», y le tolero de buen grado, en honor y respeto a la vecina.

El botijo, rechoncho y coloradote, ya es otra cosa; es el recuerdo constante de nuestro Santo Patrón, del labrador San Isidro; refresca nuestras ardientes fauces con el cristalino chorro que se desprende de su porosa e hinchada panza, cuando alegrando nuestra mirada lo elevamos con los brazos, cariñosamente, para calmar la sed.

Dura esta decoración espléndida y tranquila algunos días, hasta que disminuída notablemente la luz solar hace fijarnos nuevamente en ella, notando ya la desaparición del *héroe de la pradera*, primera víctima de la nueva otoñada, secas y amarillentas las escasas hojas de macetas y tiestos, y libres también hierros y paredes de follaje, preséntase de nuevo

ante nuestros ojos, *mudo y desnudo*, el balcón de la morena, cuyas puertas parecen sujetar sin esfuerzo alguno las *líneas de oro*, que esperan transcurra el plazo de su vida efímera, y al tornar la vista al interior de la habitación que ocupo, fíjase ésta en una hoja blanca que obstenta, en su centro, un número; arriba, el nombre de un mes del año; por bajo, el de un día de la semana y en caracteres diminutos, el nombre de un Santo con cuya festividad termina el año.

EDUARDO M. SEGOVIA

Del padre practicón á su hijo.

Hijo mío: Muchas y buenas cosas, a mi parecer, te dije a tiempo de separarnos; pero lo hablado es de fácil olvido y poca o ninguna eficacia. Quiero, pues, repetir y aun aumentar lo dicho por escrito, seguro de que tú, como hijo obediente y sensato, no eches los consejos en saco roto.

Dada la bondad nativa y excesiva de tus sentimientos, no he de recomendarte que no hagas daño a nadie; antes bien, debo prevenirte contra los que te dañarán, unos, los menos, por mala intención y otros, los más, por egoísmo; a éstos debes oponerles el tuyo al suyo. No tengas armas ofensivas, bien está, pero tenlas defensivas, y si no requieres la lanza de la acometividad—perjudicial a veces, porque donde las dan las toman—no te quites nunca el escudo de la prudencia y la cerrada cota de la reserva. A quien una vez voluntariamente te perjudique, no perdones ni admitas en tu compañía, porque quien hace un ces-

to hace ciento, y quien malas mañas ha tarde o nunca las perderá, y más vale un pòr si acaso que un quién pensara.

Del dinero se debe tener ambición para adquirirlo y generosidad para gastarlo. Sé, por lo menos, siempre generoso para ti mismo, y de rechazo lo serás con el prójimo y ve ahí cómo en una pieza te encontrarás cómodo y moral; vale más un egoistón generoso que un sensible avaro, porque el primero, de su propio bienestar hace, aun sin querer, partícipes a los que le rodean, mientras el segundo con su estéril compasión no remedia maldita la cosa, y si a mano viene todavía exaspera al objeto de su necia lástima. Pero para dar es preciso tener, y para tener ganar, y para ganar ambicionar con activo tino. Y mira por dónde la ambición puede nacer de la generosidad en lugar de la ruindad o vileza, como te dirán muchos que alardean de despreciar el dinero y que venderían a su padre por dos pesetas, si en estos calamitosos tiempos diese alguien dos pesetas por alguien.

No te pase por el pensamiento casarte sin tener holgados recursos para ello—y aun así medítalo tres veces— porque la pobreza y el matrimonio son dos enemigos irreconciliables y tendrás siempre guerra armada en casa, con

todas sus desdichadas consecuencias por añadidura. La mujer casada con hombre mísero, se vuelve—si por ventura no lo fuere ya de suyo— fea y malhumorada, suele tener una gazapina de muchachos—la hórrida miseria es fecunda— de los cuales la mitad perecen y la otra mitad van saliendo malamente entre sustos de enfermedades y angustias de escaseces. Huye de tan espeluznante situación por egoísmo y por altruísmo. No hay derecho a traer ciertos desdichados al mundo, harto sobrado de ellos, ni deber de partir el exiguo y duro pedazo de pan con nadie. Cenobítica soledad es preferible con todas sus tristezas a tan fieros males.

Si prosigue y aumenta en ti el gusto por la lectura, sean tus obras favoritas las amenas, festivas, cómicas y optimistas. Deja tu Schopenhaüer a un lado; la filosofía debe aprenderse en la fuente de la vida y no en comprimidos librescos. No te saquen de quicio los libros como a Don Quijote; no se deben tomar en serio; léelos como el ventero, a quien la lectura caballeresca quitaba mil canas, pero que no soñó jamás en imitar a ningún héroe.

No prestes libros: en España muchos honrados, que por nada del mundo dejarían de devolver una peseta, creen el libro de propie-

dad común y no les importa un pitillo no restituirlo y por añadidura estropearlo o perderlo. Y cuando te pidan algo que no quieras dar, sea libro, dinero o favor, no seas de esos que *no saben decir no*, desgraciados esclavos de todo el mundo. Niega sin insolencia, pero sin dar largas y falsas disculpas que de nada sirven; acuérdate de la frase de Goethe: «El que rehusa dice muchas cosas: el rechazado sólo oye el *no*».

En tu lenguaje, afirmativo o negativo, ten siempre serena firmeza, hasta cuando no estés muy seguro de lo que dices. Es el modo de ser siempre creído; sé veraz siempre que no te vaya nada en dejar de serlo; a los veraces es a quienes cree todo el mundo cuando mienten.

Sé cortés con los inferiores: podrás algún día necesitar de ellos; cortés digo y no familiar ni siquiera afable, por que entonces se creerían tus iguales y abusarían de ti sin compasión, por aquello de: al villano, dale al pie y se tomará la mano.

Y con esto, Dios te dé la sensatez y la fuerza necesarias para seguir los consejos del mejor de tus amigos, que es tu padre.

Por la copia,

M. RAS.

POLÍTICA ESPAÑOLA

Altas razones de Estado impiden que hablemos de todos aquellos asuntos de carácter internacional. Ante ellas, elevados motivos de patriotismo han cosido, más que con un punto, con un pespunte, nuestros peligrosos labios, para que no pequen diciendo verdades ni se envilezcan con la mentira. Por evitar lo uno y lo otro, agradezcamos a doña Censura este previsor cosido de doble hebra y fuerte remate que nos libra de toda pecaminosa palabra, ya que no alcance a limpiarnos de cualquier audaz pensamiento. Pero también la previsión maternal de nuestra noble señora doña Censura supo apartarnos de este gran peligro que supone en España la facultad de pensar; y como su poder, con ser considerable, no le permitía secar nuestro cerebro, anular nuestra voluntad, nuestra memoria y nuestro entendimiento, porque no es Dios omnipotente, aunque lo remeda, supo valerse de muy

hábiles medios para ponernos a salvo de todo grave tropiezo. Y así como cerró al pensamiento la puerta de los labios, dejándolo enjaulado, sujetó con apretadas ligaduras las plumas teñidas de negro o de rojo que a veces forman sus alas. Sujetas éstas, mutiladas, tronchadas, inservibles, se alejaba el peligro de que la jaula fuese deshecha en un vigoroso aleteo, de que el pensamiento volase a su antojo, arrostrando las tempestades, acaso provocándolas, y elevándose sobre las miserias de los hombres con mando para enviarles el rayo de su condenación.

Las plumas prisioneras y rotas no pueden agitarse para golpear, hasta humillarlas, las frentes manchadas de los poderosos. El pensamiento sin alas no puede seguir la ruta de los nobles ideales, ni puede alcanzar los puros espacios que no llegó a empañar el vaho de las cloacas políticas, esos repugnantes conductos por donde se deslizan las sucias pasiones de los pueblos.

Y así, enjaulado y con las alas rotas, con las plumas que forman sus alas sujetas y la puerta de su jaula cerrada, es el pensamiento algo inútil y despreciable. Es como un cadáver que se pudre en nosotros mismos, y es también como una humillante, vergonzosa y

sacrílega demostración de que los hombres investidos de autoridad pueden ejercer ésta sobre los designios divinos. Dios concedió a los hombres la facultad de pensar libremente y a los hombres les basta vestirse una casaca con entorchados para poder secuestrar el pensamiento de sus semejantes.

Ni nos quejamos, ni protestamos. Así como así, nos interesan más los asuntos nacionales que los internacionales. Tan desarreglada anda nuestra casa, tan en desorden, es tanto lo que tenemos que hacer en ella para organizar como es debido nuestra vida, que no nos queda tiempo para asomarnos al balcón.

Hablemos de nuestra casa, pues, de los que encargados de gobernar nuestra casa la desgobiernan, o se cruzan de brazos ante el desorden en que se encuentra, que es todavía peor que desgobernarla, porque significa la falta de voluntad o el reconocimiento de la propia ineptitud.

Sería doloroso el examen de la actuación de cada uno de los ministros actuales en sus respectivos departamentos, y sin embargo, todo está por hacer en cada uno de éstos. Todo puede acometerse en España, porque de todo está necesitada España. Es la nuestra una vieja nación que no ha empezado a vivir. Mu-

chas generaciones han pasado por ella sin detenerse a explorarla, y los siglos resbalaron por el suelo hispano sin dejar apenas huella. Los hombres lucharon por conservarla, la defendieron con amor, la adornaron con joyas de arte, la regalaron con tierras conquistadas con sangre, pero nadie se preocupó de fecundarla, de buscar en las entrañas de España los frutos de bendición que prometía y que hoy sigue prometiendo esta venerable virgen.

Los que creen que es la nuestra, como todas las latinas, una nación cansada, caduca, se engañan. España está intacta. Han vivido intensamente los españoles, se han gastado en las más exaltadas pasiones, en las mayores miserias, en luchas absurdas y criminales de egoístas sentimientos disfrazados de falsos romanticismos; se han gastado los españoles, se han empequeñecido, se han destruído, se han aniquilado en la ignorancia, en la pobreza material, en el egoísmo, en la indolencia, en las luchas provocadas por las pasiones políticas; pero, España, no; España no ha vivido todavía.

Y no es esta renovación de opereta que representan los actores tantas veces protestados en la farsa política la que ha de ofrecer a Europa la España que está por nacer.

Estos hombres que nos gobiernan hoy, que debieran gobernarnos, son los hijos, los nietos, los descendientes de aquellos otros de funesta memoria que ayer cuidaron de satisfacer con sus ambiciones personales.

Maura, Dato, Romanones, González Besada... Todos ellos llevan el estigma del pacto del Pardo. No son éstos, no pueden ser éstos los hombres que han de hacer ciudadanos, que han de sanear las costumbres, los espíritus y los cuerpos, que han de establecer un régimen de justicia, que han de fomentar la Agricultura y han de ver en la Instrucción, la Industria y el Comercio los cimientos en que ha de apoyarse la España del porvenir.

Para estos hombres, España será siempre el miserable país de la nómina; el gran asilo de los pobres españoles. Un plante de los asilados determina la mejora del rancho. He ahí toda una obra de Gobierno.

Pero no todos han de ser pesimismos en esta hora pesimista. Hay en el actual Gobierno dos fuertes mentalidades, dos políticos a la moderna, de los que el país puede esperar mucho.

De ellos hablaremos en nuestra próxima crónica, dando por hecho, con toda la buena fe que nos caracteriza, que el uno ha renun-

ciado en absoluto a la triste herencia de sus maestros políticos y que el otro ha dejado de ser representante de una región española para elevarse a la categoría de ministro de España.

El lector habrá visto con toda claridad que nos referimos a los Sres. Alba y Cambó.

En estos momentos, el uno y el otro lo mismo pueden representar para la política española un peligro que una esperanza.

Lo indudable es que son el porvenir.

Joaquín AZNAR

ACTUALIDAD ARTÍSTICA

Julio Antonio.

Desde el primer instante comprendemos que estamos ante un espíritu superior, que Julio Antonio no puede ser considerado como un escultor más de los muchos con que, afortunadamente, cuenta España hoy día, algunos muy notables. En este florecimiento actual de las artes nacionales, no podía faltar el escultor que encarnase las características fundamentales de la raza. En los demás encontraréis cualidades excelentes, temperamentos bien dotados. En Julio Antonio, sobre todo lo formal y externo, encontraréis el nervio, el corazón. España, que desde el siglo XVII ha estado huérfana de escultores, ha encontrado al fin quien supiese recoger la herencia de os grandes imagineros nacionales, y con ella fundar la era de la genuina escultura cívica

nacional. Julio Antonio representa eso; es el escultor español por antonomasia, así como Zuloaga es el pintor español, el que ha sabido proseguir la ruta que señalaran Domenico Theotocópuli, Velázquez y Goya.

Si os fijáis en el panorama que ofrece la escultura hispana moderna, veréis que en ella no hay nada que la aparte de la de los demás países; veréis que carece de fisonomía propia y comprenderéis, al fin, que todos esos escultores con que podemos envanecernos, han estado más atentos a las producciones extrañas que al latir del sentimiento propio. Es un conjunto heteróclito, de un cosmopolitismo desolador. No podéis identificaros con él. Es tan extraño a vosotros que la sensación que recibís no deja de ser epidérmica. ¿Ante qué escultor español de tres siglos a esta parte os habéis sentido profundamente emocionado, como si lo que contempláis fuese algo que estuviese dormido en el fondo de vuestro sér y lo vieseis surgir patente y determinado ante vuestros ojos? ¿Ante qué escultor habéis sentido esa recia sacudida que experimentáis, por ejemplo, ante un cuadro de Velázquez?

Ninguno os habla con la lengua vuestra; todos parecen hijos de otros cielos y de otros padres. Y aunque dicen que el arte no tiene

idiomas, no lo creáis. Ningún artista ha sido grande si no ha sabido encarnar los sentimientos de su pueblo y de su patria. Lo que admiramos en Fidias, Scopas y Praxiteles es Grecia; lo que admiramos en Rodin es Francia. Así, lo que nos conmueve en nuestros pintores representativos—y por eso se les llama representativos—es España.

Pues Julio Antonio ha realizado ese milagro: encarnar el sentimiento nacional. No sufriréis confusiones ante ninguna de sus obras; siempre que las contempléis notaréis que algo exotérico y profundo os habla de vuestra patria, y os conmoveréis como si estuvierais ante una imagen esculpida por Berruguete o Montañés.

Tal es lo que informa la personalidad insigne de este joven escultor catalán; porque para mayor escarnio de quienes en su soberbia creen que Cataluña es algo distinto del resto de España, ha tenido que ser un catalán quien supiese dar forma actual y plástica al sentir hispano, como un vasco ha sido el sucesor de los tres colosos pintores españoles: castellano el primero—porque tal se le puede considerar, no obstante haber nacido en Grecia—, andaluz el segundo y aragonés el tercero.

En Julio Antonio encontraréis, si os paráis a reflexionar un poco, algo de céltico, algo de oriental y algo de latino: los tres grandes elementos étnicos que forman el *substratum*, por decirlo así, de nuestra raza. En él refluyen y se juntan, formando una síntesis admirable que nos hace suponer que tenemos delante al genio de la escultura hispana. Por lo menos, sus obras actuales son bien patentes signos de acontecimiento tan magno.

Nació y se crió Julio Antonio en Tarragona. La fecha de su nacimiento fué por el año de 1890, cuando estaba en todo su apogeo la época más deplorable de las artes nacionales, su decadencia más aguda y lastimosa; cuando los pintores traducían del francés los horridos cuadros de Historia y político-sociales, y los escultores creían elementos decorativos las levitas y los cordones de las botas, cuando no se daban a falsificar estúpidamente el concepto heleno.

En esa época, nunca bastante bien denostada, nació Julio Antonio, y ello ya parece como un dictado de la Divinidad, que escogió la fecha en que más falta hacía un verdadero artista para que viniese al mundo el que había de traer la luz que había de alumbrar el camino a los desorientados. No de otro

modo concebimos a Julio Antonio. El, lleno de mocedad, robusto de inteligencia y fuerte de espíritu, es como el Mesías de la escultura española, del que fueron profetas aquellos preclaros varones que crearon el tesoro incalculable de nuestra iconística religiosa. Además, hasta el lugar nativo parece una previsión divina. En ningún otro sitio que encerrase el sincretismo de nuestros componentes étnicos como la metropolitana ciudad tarraconense, podía haber nacido. Era allí, en aquella ciudad-museo de arqueología románico-cristiana, bañada por el Mediterráneo, donde debía nacer, el único lugar a propósito, Julio Antonio. ¿Verdad que podríamos considerar a nuestro escultor como el «predestinado»?

Es curioso el proceso evolutivo de este singular artista, en quien hoy se encierran las esperanzas todas de la escultura nacional.

En su niñez y en su pubertad, Tarragona le habló de Egipto, de Grecia, de Italia; le habló del Cristianismo y ante él se ofreció el panorama espléndido de la historia del arte hispana. Sus monumentos y sus reliquias seculares; el paisaje, a la vez austero y magnífico; el límpido cielo azul y la inmensidad calma y bruna del *mare nostrum*, encendieron en su

pecho el entusiasmo por el arte. Solitario y silencioso, contempla el cielo, contempla el mar y el paisaje, y asiste, como un místico, a la revelación de su destino. Tarragona moldea su alma y le prepara para las luchas futuras, en que tantos sinsabores y tantas alegrías había de experimentar.

Es allí cuando por primera vez se sintió sobrecogido por el intenso dramatismo que palpita y se esconde en la esencia misma de la raza. La catedral le atrae y se queda largas horas contemplando el sepulcro de Cristo con sus tres Marías policromadas y aquellos dos hombres a los lados. Y ante aquel sepulcro que tan hondamente le conmovía, como a un santo de la leyenda cristiana, fué a él el ángel anunciador que le marcó la ruta. Abandona su ciudad natal y marcha a Barcelona, donde comienza a trabajar en madera, el gran material de la escultura española, y a policromar. Adquirida la experiencia necesaria, sigue su ruta y marcha a Cartagena y Murcia, donde siguió tallando y policromando.

Y aquí surge lo de siempre, la pequeña tragedia familiar de la que ningún verdadero grande hombre se escapa Su familia no quiso que siguiera el camino emprendido, se opuso a los planes del escultor, y Julio Antonio, que

no podía dejar de ser artista, se dedica al periodismo y hace versos, en tanto que admira las esculturas de Salzillo, el conmovedor y fuerte Salzillo, último gran escultor de aquella época de los imagineros. No es comprensible el silencio que se hace alrededor de este artista, que legó a Murcia verdaderas joyas escultóricas. Hasta en las mismas historias de arte que se escriben, se tienen para Salzillo desconsideraciones inexplicables. Se habla de él en un sentido de displicencia, como si sus obras no pudiesen figurar al lado de las de Berruguete o Montañés. Claro que en ellas había reminiscencias italianas—no ha de olvidarse que el padre de Salzillo era italiano y educó a su hijo artísticamente—; pero, como al Greco, España le dió su sentimiento y así en esas obras lo que palpita es el sentimiento religioso español, dramático, apasionado, vehemente, fácil a la cólera y pronto a los deliquios. Y en cuanto a la técnica, son tan sólidas las obras de Salzillo como las del castellano y las del andaluz.

Julio Antonio bebió con ansia en las claras linfas de la técnica y la espiritualidad salzillanas, y entre sus tareas periodísticas supo estudiar y supo aprender. Por cierto que durante ese tiempo le excomulgaron por un artículo

sobre Jesús de Nazareth, que escribió tras de visitar las joyas escultóricas que las iglesias murcianas guardan avaras y que son el orgullo de aquel pueblo que adora en Salzillo y por Salzillo siente los efluvios de la Divinidad.

Se ha hecho una injusticia a Salzillo que es necesario reparar. Nadie como él fué tan humano, tan sincero, tan realista, ni nadie como él llegó tantas veces a la sublimidad.

Herido por la inquietud, Julio Antonio abandona Murcia, y sin propósito alguno deliberado, sólo por la atracción del nombre, viene a Madrid; pretende seguir trabajando como periodista y fracasa en sus intentos. Vuelve a Murcia, donde construye una carroza para la popular procesión, reminiscencia de antiguos ritos paganos, que allí se llama «el entierro de la sardina» y que tuvo momentos de gran esplendor, en los que se derrocharon el lujo y el gusto artísticos.

Pero la inquietud le persigue; el desasosiego espiritual—esa fuerte ansia de no sabemos qué, ese anhelo misterioso y confuso que sienten todos los que han de laborar algo grande en la vida— no le deja en paz y se marcha a Almadén, y funda un periódico lleno de moceril rebeldía. Sin embargo, no calma tampoco esto su crisis espiritual. Y al fin, se

resuelve. El quiere ser escultor, a pesar de la oposición de su familia, y ya decidido a serlo viene a Madrid y entra como aprendiz en el taller de Blay. Pero después de recibir las incalculables enseñanzas que recibió en Tarragona y le diera Salzillo, ¿qué había de aprender de un escultor como Blay, tan falso y tan amanerado como todos los de esa época, que jamás despreciaremos bastante, en la cual ha podido ser maestro un *bibelotista* como Benlliure, y de la cual sólo se salva el espíritu selecto y siempre joven de Mateo Inurria? Así lo comprendió a los dos meses Julio Antonio y abandonó el taller de Blay. ¿Qué mejor maestro—pensó— que el natural? Ante él no caben ficciones ni engaños. Sólo por medio del natural se llega a la solidez y a la verdad. Y como él no trataba de parecer escultor, sino de serlo en realidad, se instaló en un estudio de la calle de Villanueva, y sin más guía que el modelo vivo, comenzó a modelar, tranquilo, sereno, pletórico de vocación y de entusiasmo. Y ved a este joven de veintitantos años, comiendo frugalmente—tan frugalmente, que muchos días no comió—, gastando sus dineros en pagar modelos y trabajando sin descanso ni fatiga, sin titubeos ni vacilaciones, doce y catorce horas diarias. La vida no tenía

para él atracciones de ningún género, fuera de su trabajo. Comía en una taberna, vestía de cualquier modo, calzaba alpargatas, pero los modelos y el barro no le faltaban. El único amigo suyo por aquella época fué Viladrich, carácter y temperamento análogos al suyo. Por eso pudo convivir con él. Juntos vivieron una temporada de espantosa bohemia y de incesante trabajo. Solitarios, pero fuertes en su juventud; desamparados, pero llenos de unción artística y seguros de su porvenir. ¿Qué importan las necesidades materiales si se puede ir en pos del ideal?

Se marchó Viladrich y volvió a quedarse a solas con sus modelos, y por espacio de algún tiempo continuó esa vida de ascetismo artístico, sordo para los requerimientos exteriores, insensible a las penalidades de una existencia ruda y áspera cual la que soportaba por un mandato imperativo de su voluntad; pero lleno de inefables gozos al ver cómo sus manos respondían a las inspiraciones de su numen febril y laborioso. Esta tenaz lucha acabó por rendirle, y se vió obligado a marcharse a Tarragona en busca de un descanso y de un reposo de los que tan necesitado estaba.

No fué largo el descanso, ni podía serlo para un hombre como Julio Antonio, dotado

de un dinamismo espiritual tremendo. Su natural nómada le empujaba a ir continuamente tras la Quimera, que desde lejos le sonreía y le prometía un paraíso de felicidad.

Consiguió que la Diputación Provincial de su ciudad nativa le concediera una pensión, y al instante concibió un proyecto: seguir estudiando la escultura y la arquitectura españolas, desperdigadas por pueblos y ciudades en multitud de monumentos de toda laya. Enterado de que su amigo Viladrich estaba en Lérida, fué a buscarle, le hizo partícipe de su proyecto y le invitó a que le acompañara. Y ambos, sin discutir ni poner reparos, se aprovisionan de víveres y van a la consecución del propósito. Camino adelante, romeros del ideal, no en la boca un cantar, pero sí en constante intercambio de opiniones y criterios estéticos, los dos artistas audaces y admirables cruzan pueblos y aldeas, llamando la atención de los rústicos y los esclavos del agro con su porte extraño y su continente desenfadado y altivo. Atraviesan Navarra y se dirigen a Castilla, la madre, la augusta, el arca sagrada que guarda el testamento de nuestros antepasados.

Forzoso es que contemos una anécdota muy sabrosa, no porque de ella se deduzcan

consecuencias de orden psicológico, pero a título de curiosidad, para que se tenga una idea de lo que pudo ser este viaje en cuanto a lleno de pintoresco, de bizarría y de emociones.

Nuestros peregrinos, después de un día de caminar, llegaron despeados y rendidos ante Pamplona, cuando los gallos anunciaban con su clarinear agorero la próxima llegada de la aurora.

La vetusta ciudad, con sus murallas y torreones, les dió una fuerte impresión guerrera. Tal vez creyeran que vivían en la tormentosa y gigantesca Edad Media.

Recorrieron sus callejuelas sin hallar más alma viviente que la silueta de algún fraile madrugador. El monorrimo sonar de una fuente les atrajo, y desembocaron en una plazuela. Iban cubiertos de polvo y pensaron que para reanimarse y estar un poco presentables a la curiosidad de los pamploneses, debían aprovechar el fluir de la fuente y la soledad de la madrugada. Se desnudaron el torso y sintieron en sus carnes mozas las caricias refrigerantes del agua. En esta actitud les sorprendió una teoría de beatas con velas encendidas. A los gestos y exclamaciones de las viejas asustadas, nuestros hombres vistiéronse rápidamente y echaron a correr. Se refugia

ron en la catedral, donde el órgano sonaba con su voz de liturgia. Se sentaron en un banco escondido y la semioscuridad del templo, su ambiente tibio y soledoso, la voz grave del órgano y el cansancio que experimentaban después de la ablución, les sumieron en una especie de éxtasis, que luego se tradujo en fuertes respiraciones rítmicas. No sabrían el tiempo que durmieron. Viladrich se despertó, y olvidado por completo del lugar en que estaba, se desperezó sonoramente, cual si creyera encontrarse en algún hostal o posada de trajineros o en alguna majada de pastores. Al darse cuenta se quedó estupefacto, y Julio Antonio, que también se había despertado, así que vió la cara entre cómica y trágica de su amigo, no pudo contenerse y comenzó a reir a todo trapo. Naturalmente, se produjo entre los fieles un movimiento de indignación, y como la risa no cesara, el sacerdote se volvió airado y gritó descompuesto:

—¡Fuera del templo, herejes!

La condenación repercutió en los ecoicos ámbitos catedrales y los herejes tuvieron que salir más que corriendo del templo. Mucha gente salió tras ellos, con el ánimo de hacer un justo y ejemplar castigo, y Viladrich y Julio Antonio, sin cesar de reirse, pero seriamente

atemorizados porque cada vez engrosaban más las filas de sus perseguidores, decidieron abandonar a toda prisa la ciudad. Y no habían hecho nada más que trasponer los umbrales de la levítica Pamplona, cuando de las murallas cayó sobre ellos una lluvia de piedras. De este modo tan peregrino recibió y despidió la antigua sede de los reyes navarros a los dos insignes artistas españoles.

Julio Antonio iba muy bien preparado para comprender el alma de Castilla. Por eso se compenetró tanto con ella desde el primer instante. La tragedia de la raza se le reveló en toda su grandeza y vió como un palpitar de su propio corazón en las obras de Berruguete y Alonso Cano. Castilla le hablaba tan profundamente a este levantino de la color cetrina y los ojos árabes, que desde aquel punto y hora adquiere la convicción de su arte.

Los que hasta entonces fueron camaradas se despiden, y el escultor viene a Madrid, rompe todo cuanto había hecho anteriormente, conservando tan sólo los dibujos, y comienza su obra, dando principio a ese poema escultórico que él titula «La Raza», integrado por bustos de tipos señeros y que cada uno es como una estrofa inmortal.

Recorre los pueblos de la Mancha y Extre-

madura. Visita las minas de Almadén, Alcázar, Ciudad Real, Miguelturra, Don Benito, y trabaja en los tipos populares.

Torna a Madrid y enseña el producto de su labor infatigable a varios prestigiosos intelectuales; el nombre de Julio Antonio aparece en los grandes periódicos acompañado de los más laudatorios epítetos. Se le conoce ya; pero no en los ensayos y en las incertidumbres. Cuando aparece ante la crítica es robusto y sólido. La obra sorprende, porque se aparta de todo cuanto entonces se venía haciendo. Ante la crítica se ofrecía jóven, tranquilo y fuerte el escultor español más admirable, formado sin más maestro que la intuición, la cual le llevó a explorar las zonas de la nacionalidad, olvidadas desde el siglo xvii. Así se comprende que los más entusiastas le llamaran el «Reformador», y los pazguatos negaran sus méritos, y los avisados le siguieran, le imitaran y hasta en algún momento le plagiaran. Porque el mozo que silenciosa y austeramente había labrado su educación, no se recataba en exponer su credo artístico, y ya sabemos por harta experiencia que entre nosotros merodean aquellos que van persiguiendo los descuidos para adornarse con las galas ajenas de que carecen.

Ya en pleno triunfo, Julio Antonio prosiguió sus viajes de estudio por Castilla y los amplió a Cataluña y Valencia, en su deseo de cono cer las variantes todas del organismo patrio.

Por último — y observad cómo hasta en esto coincide con Berruguete—, marcha a Italia, para conocer *de visu* el que, por muchos respectos, puede considerarse el *arte matriz*.

Al regresar de estos provechosos y aprovechados viajes, con los cuales sacia su sed de conocimientos, Julio Antonio se aisla de los artistas, adusto y melancólico, se encierra en su torre de marfil y labora sin descanso.

Este es el proceso de la formación de nuestro escultor. ¡Cuántas enseñanzas encierra para la juventud y cuántas recriminaciones tácitas contiene para la vejez actuales!

Pues su obra es su vida: recia, firme, segura, austera, y, sobre todo y ante todo—y este es su timbre más glorioso—, sincera.

Si la examináis, podéis ver en ella: la claridad en el concepto; el sentimiento de la proporción; el odio a lo vago y abstracto; el desdén por lo monstruoso; el gusto por los contornos decididos y precisos; todo eso que

Taîne en su «Filosofía de las Bellas Artes en Grecia», dijo que había conducido a los griegos a realizar sus obras, que todo siglo y toda raza pueden comprender, porque siendo humanas son eternas. Pero dentro de esas características generales que son a modo de caparazón, encontraréis: la nobleza, la sencillez, el gusto exquisito y sobrio que al buscar la armonía del conjunto no pierde de vista en ningún momento el natural. Y, además, encontraréis otra cosa que aun vale más: el españolismo, ese sentimiento que no se puede definir de un modo concreto, pero que se siente de una manera inconfundible. No lo busquéis esto en ningún otro escultor, porque no lo encontraréis.

No es solamente el poema escultural «La Raza», por representar tipos populares españoles, lo español de Julio Antonio. Este españolismo que exaltamos informa su labor. En el monumento que se alza en Tarragona a los héroes de la Independencia, en el proyectado monumento a Chapí, en el mausoleo de la familia de Lemoniez, en la «Venus mediterránea»; en todas sus obras, en fin, hasta en el monumento a Wagner, que tan costoso fué a su salud, lo encontraréis. Está en el modo de concebir y en el modo de sentir, y se extiende

hasta en el modo de hacer. La pasión, el dramatismo, la tragedia, la altivez, se condensan y resumen en el fondo de su arte, dándole vida imperecedera.

BALLESTEROS DE MARTOS

(Del libro próximo a publicarse, *Artistas españoles contemporáneos.)*

EL TEATRO

EN LA COMEDIA

La barba de Carrillo: he aquí el estupendo retruécano, o intento de retruécano, la formidable frase forzada, iniciadora de más audaces atrevimientos, con que empieza la última obra escrita por D. Pedro Muñoz Seca, y estrenada en el Teatro de la Comedia, de Madrid. *La barba de Carrillo:* la expresión meridiana de la intensidad cerebral de un comediógrafo, la prueba definitiva del espiritualismo de un autor dramático. *La barba de Carrillo:* el título más vacío, más absurdo, más ingenuo de cuantos se escribieron en los carteles teatrales, el título que figura con caracteres de gran éxito en donde figuraron con letras de oro los títulos más gloriosos de la literatura dramática española contemporánea: *Los galeotes, Juan José, El Místico, La Escuela de las princesas, La comida de las fieras, Rosas de Otoño, Las flores, El chiquillo*—modelo en su género y a la altura de los entre-

meses clásicos—y hasta *Genio y figura* y *El orgullo de Albacete,* por no citar más.

Sin duda, el Sr. Muñoz Seca debía estar muy satisfecho de su título, creyendo en su gracia y en su comicidad extraordinarias, cuando ha permitido, aceptando toda responsabilidad, que se estampase en el pórtico del primer teatro de comedia de España.

Nosotros creemos dejar sentada nuestra opinión acerca de la clase de humorismo que encierra el lamentable título. Igual en intención y en gracia al del *vaudeville* de Tristan Bernard, que actualmente deleita al público parisino: *La petite femme de Lot,* cinco palabras llenas de interés y de espiritualidad.

Y citamos a Tristan Bernard, porque éste es en París lo que el Sr. Muñoz Seca en Madrid: el autor favorito de los teatros de *vaudeville.* No hay diferencia. Son casi iguales. Sólo que a Tristan Bernard, su gloriosa y merecida popularidad como uno de los más insignes comediógrafos franceses, le ha suprimido el respetuoso *Monsieur,* y se dice Tristan Bernard con la misma devoción con que se dice Jules Lemaître, o Jules Claretie, o Edmond Rostand, y en cuanto al autor de *La barba de Carrillo,* aun no se le ha concedido el honor de suprimirle el don. Unicamente se lo suprimen sus íntimos, y es para llamarle *Perico.*

La obra, naturalmente, ha desconcertado a la crítica. Por no pertenecer a ningún género teatral determinado, no han podido ser juzga-

das sus condiciones. Sólo una revista ligera, como ésta, puede informar al público de que *La barba de Carrillo* ha sido como un angustioso toque de alarma, anunciando la gravísima situación en que se encuentra el teatro cómico español.

Y por eso, por ser esta una crítica impresionista y ligera, nos limitamos a señalar los siguientes detalles: En *La barba de Carrillo* se da el caso de que una niña nerviosa y romántica se llame *Exaltación*, de que un señor completamente calvo adopte el pseudónimo de *Cabello*, de que otro caballero se apellide Coco—¡graciosísimo y realísimo! — con el exclusivo fin de que hable por teléfono con un amigo y diga: «¿Está ahí Coca?» «Aquí es Coco». Y por este estilo los demás personajes; todos tan nuevos y tan originales como el pollo que habla con la *ele*, el señor hipócrita que en el seno de la familia abomina del teatro y tiene en él tres o cuatro protegidas; la señora de tonos oratorios y huecos que tiene culto por el espiritismo... Tipos todos que acusan la formidable inventiva del Sr. Muñoz Seca.

La barba de Carrillo, sobre todas las cualidades señaladas, tiene la de la modernidad de sus procedimientos. Un excelente notario—tipo central de la obra—es obligado a la estupenda tontería de representar una comedia en una función de aficionados, porque el autor de la obra que se estrena en la misma le amenaza con un revólver. Esto ya es rotundo. Des-

pués, caracterizado con una barba nívea que se supone perteneció a un difunto hermano suyo, se ve en el trance de rasurársela en el acto segundo, y entonces surge un sobrino del finado, y amenazando con un revólver al buen notario, le impide que cometa tal ultraje con la barba-reliquia.

Como se ve, el efecto cómico del miedo es explotado por el Sr. Muñoz Seca, que calificó su obra de original. Cualquier autor de modernas orientaciones hubiera rechazado tal procedimiento por anticuado y fácil.

Además, en *La barba de Carrillo* tenemos que creer forzosamente, para que el momento cómico se realice, en que existe un mástic que sujeta los postizos durante siete años, sin que haya modo de arrancarlos, y como esta concesión, son todas las que el público ha de hacer para que *La barba de Carrillo* se represente sin llegar al tumulto y al escándalo.

Para terminar, hemos de hacer una aclaración: no tenemos la menor animosidad contra el Sr. Muñoz Seca. Este lo sabe bien, puesto que en periódicos diarios, donde ejerce la crítica teatral la pluma que escribe esta crónica, se elogió, en más de una ocasión, alguna de las anteriores obras del mismo autor, en las que la ausencia del sentido común y de la vena cómica no era tan manifiesta como en *La barba de Carrillo.*

EN OTROS TEATROS

En el Infanta Isabel se estrenó *El hijo del comodoro*, juguete cómico, que es una desdichada traducción de *Le fils à papá*. En la adaptación se ha desvirtuado el efecto cómico de la obra, suprimiendo en ésta las características del *vaudeville* y reduciéndola a una comedia incolora, de una falsa sentimentalidad en su acto tercero.

Frivolina en Eslava y *Los alegres maridos de Maxim's* en el Reina Victoria no han logrado romper la frialdad con que da comienzo la temporada teatral de otoño.

Por eso estas líneas están a tono con los *acontecimientos* teatrales: son frías, ligeras, deshilvanadas, sin la menor pretensión de constituir un serio análisis crítico.

EDUARDO HARO

BIBLIOGRAFÍA

Armando Donoso: *Los nuevos;* Sempere y Compañía, Valencia, 1917.—*La sombra de Gœthe;* Editorial América, Madrid, 1918.—*Un filósofo de la biología*: *Le Dantec;* Santiago de Chile, 1918.

Considero la producción intelectual de Chile como una de las más interesantes y vigorosas de América y al mismo tiempo siento ante ese país la melancolía de no conocer bien lo que se ama. Porque confieso que Chile es uno de los países que intelectualmente menos conozco, y no ciertamente por pigricia mía ni por desdén hacia esos fuertes descendientes de vascos, sino por la escasa comunicación que tenemos con esa nación.

Así, por ejemplo, no ha mucho leí una Antología chilena: *Selva lírica*. ¿Podré decir que con eso conozco el movimiento poético de Chile en la actualidad? La Antología no

me lo ha dado plenamente al menos. Voy luego atrapando aquí y allá partículas de ese conocimiento, leyendo hoy a un poeta, mañana a otro, por donde llegaré algún día a la total asimilación del movimiento lírico en Chile.

La intercomunicación entre España y Chile en el orden literario es muy escasa. Laméntome de ella porque estimo como fuerte y seria la producción intelectual de ese país donde tan intensa es la producción comercial. Si en cuanto al mercado literario hubiera la millonésima parte de la intercomunicación que hay en cuanto al salitre por el puerto de Antofagasta; Chile sería un país muy estimado en España, que ha aportado a él su sangre en la más pura y autóctona de las razas peninsulares, en la raza vasca.

Pero no hay tal comunicación y de ello me lamento y celebro la ocasión de lamentarme desde tan excelsa y resonante tribuna como es la revista CERVANTES. Espero que sea oída esta lamentación amable; y que venga después de ella el estímulo de la intercomunicación. La *Revista Chilena* es una de las revistas que más honran a América. ¿Por qué no llega a España?...

Hoy recibo tres interesantísimos libros de un crítico chileno, de Armando Donoso, que

comparte con el clérigo que se oculta bajo el pseudónimo turco de Omer Emeth—especie de D. Julio Cejador de allá—el trono de la crítica...

Armando Donoso es sereno, culto, ecuánime. No obstante su juventud, ha tenido tiempo de estudiar bien las literaturas europeas, que conoce a fondo, con más su tantico de humanidades. Conoce bien la literatura inglesa, admirablemente la francesa, y se ha especializado en la alemana, que ha estudiado con una agudeza y una perspicacia extraordinarias en bellos capítulos de *La sombra de Gœthe*. Donoso lee y traduce el alemán admirablemente; lo ha cultivado asiduamente en los libros y en la realidad, pues ha vivido en Alemania algún tiempo, y con esa preparación del idioma bien aprendido y su buen gusto literario, ha podido escribir los más acabados ensayos que se han producido en lengua castellana sobre las letras alemanas contemporáneas.

Unido a este conocimiento de las letras germánicas su afición a los estudios filosóficos y biológicos—su libro reciente sobre Le Dantec es buena prueba de ello—le han constituído una personalidad entre los críticos que escriben de libros en América. No es un erudito recopilador de papeletas bibliográficas a

lo Cejador, ni un gramático a lo Casares o a lo Valbuena — *Arcades ambo, execrabiles ambo*— ni menos tiene su crítica puntos de contacto con la crítica de su coterráneo, el aludido clérigo, que más parece sabeista persa, adorador del sol, Omer Emeth.

El puesto que ha de ocupar muy pronto don Armando Donoso en la crítica americana se asemeja más bien al que ha dejado vacante por la muerte el ilustre escritor colombiano D. Carlos Arturo Torres.

Su reposada serenidad, su ecuanimidad, su buen gusto, el acertado tino en el juicio crítico, la amplitud de comprensión como *faculté maîtresse*, son condiciones que resplandecen en el Sr. Donoso y que llevó a su más alta culminación el admirable autor de *Estudios ingleses* y *Estudios varios* (1). Hay en sus

(1) A más de esas obras de crítica, que son las culminantes (y de los *Estudios poéticos*, que constituyen su contribución a la lírica, de la época, D. Carlos Arturo Torres escribió algunos folletos y *plaquettes* muy interesantes que quiero consignar aquí ya que se me escaparon sin anotar, por la premura en corregir pruebas, en mi libro *Escritores representativos de América* (Editorial América, Madrid, 1916) donde dediqué un ensayo al crítico colombiano, que debe leerse para ampliar el conocimiento de esta figura literaria.—He

apreciaciones críticas la madurez de un espíritu formado y cultivado en los estudios desde la adolescencia. Su primera obra crítica, *Menéndez y Pelayo y su obra*, que se publicó en 1912, a raíz del fallecimiento del grande e inolvidable polígrafo español (Imprenta Universitaria; Santiago de Chile, 1912)—le asignó ya un puesto entre los críticos documentados y serios que habían de dar esplendor a esta disciplina entre científica y artística—científica entendiéndola al modo de Guyau o de Hennequin, artística entendiéndola al modo de Lemaître y de France.

Hoy el Sr. Donoso figura por derecho pro-

---

aquí estos libros y folletos: *Literatura de ideas*. (Discursos y conferencias): Imprenta «El Cojo Ilustrado»; Caracas, 1911.—*La Poesía y la Historia:* Discurso pronunciado en los Juegos Florales de Bogotá (18 de Julio de 1910) —*Nariño:* Inauguración de su estatua en la Plaza de Nariño de Bogotá; 20 de Julio de 1910.—*La literatura de ideas:* Discurso pronunciado en la recepción de la Academia Colombiana; 10 de Julio de 1910.—*La literatura histórica de Venezuela:* Discurso pronunciado en la Academia Nacional de la Historia de Caracas.—*Hostos*. (Conferencia leída en el Paraninfo de la Universidad de Caracas para la Asociación de Estudiantes de Venezuela).—*Discurso de contestación* a D. A. Gómez Restrepo en la Academia Colombiana de la Lengua.

pio a la cabeza de esa pléyade de críticos que honran a las letras americanas y entre los cuales sobresalen las figuras preeminentes de Pedro Henríquez Ureña, en México, descendiente directo de Menéndez Pelayo por la austeridad y erudición de sus estudios críticos (1); de Francisco García Godoy, en Santo Domingo, autor de interesantes libros americanistas en los cuales estimula la creación de un arte continental, americano, netamente criollo (2); de Gonzalo Zaldumbide, en el Ecuador (3), maestro en el estilo y en la sutileza entre renaniana y *anatolfrancesca;* de Ventura García Calderón, en el Perú (4), de quien he hablado y seguiré hablando en estudio que comenzó y continuará publicándose en esta Revista.

Después del homenaje tributado a Menéndez Pelayo, el Sr. Donoso ha publicado varios

---

(1) Véanse sus estudios sobre *Literatura dominicana* (Revue Hispanique, tomo XL, núm. 98), y Bibliografía de Sor Juana Inés de la Cruz (Revue Hispanique, tomo XXXIX, núm. 95.—Febrero 1917).

(2) Véase *Americanismo literario*. (Editorial América; Madrid, 1916).

(3) Véase *La evolución de Gabriel D'Annunzio*. (Editorial América; Madrid, 1917).

(4) Véase *Del romanticismo al modernismo*. (Garnier Hermanos, Editores; París).

libros de crítica y folletos de erudición literaria. Entre los primeros, destacan el libro *Los nuevos* (Sempere y compañía. Valencia, s. f.), *Lemaître crítico literario* (Empresa Zigzag; Santiago de Chile); y *La sombra de Gœthe*, colección de interesantísimos ensayos sobre literatura alemana contemporánea. Entre los segundos sobresalen *Una amistad literaria*, Barroz Arana y Mitre, un folleto agotado (Imprenta Universitaria; Santiago de Chile); *Vida y viajes de un erudito; D. J. F. Medina*, folleto agotado (impreso por la empresa Zigzag; Santiago de Chile) y *Bilbao y su tiempo* (1), documentado trabajo sobre el gran pedagogo chileno que tanto influjo recibió del romanticismo racionalista francés de los Quinet y de los Michelet, y que tanto influyó a su vez en las juventudes universitarias del Perú, Chile y la Argentina.

Ahora, muy recientemente, Armando Donoso, laborador infatigable, acaba de publicar un folleto en homenaje al biólogo francés, recién fallecido, Félix Le Dantec (2); folleto en

(1) *Bilbao y su tiempo;* 2.ª edición; volumen de 210 páginas. (Talleres de la empresa Zigzag; Santiago de Chile, 1913).

(2) *Un filósofo de la biología: Le Dantec.* (Folleto de 58 páginas). Imprenta Universitaria;--Santiago, 1918.

que revela estar tan familiarizado con los secretos de la biología como con los encantos de la crítica literaria.

Yo que conocía ya este interesante folleto donde se trata con toda profundidad y perspicacia la figura del gran biólogo y filósofo francés, recién muerto, he vuelto a saborearlo con toda delectación ya reimpreso (1). Es el tributo piadoso de un discípulo ávido de saber, que aprendió mucho en los libros de esos cuatro maestros—Alfredo Fouillée, Enrique Poincaré, Th. Ribot y Félix Le Dantec, sociólogo el primero, matemático y físico el segundo, psicólogo el tercero y biólogo el último—; «que representan para Francia y para el mundo entero cuanto de más elevado y transcendental registra la historia del pensamiento contemporáneo».

En *Los nuevos*, colección de ensayos críticos, desiguales en valor por el fondo y por la forma, contiénense algunas páginas inolvidables, como son las dedicadas a la personalidad de Baldomero Lillo, el fuerte novelista rural; semejante a Camille Lemonnier, en Bélgi-

(1) Publicóse ya *in extenso* en la revista *Nosotros* de Buenos Aires (núm. 106, Febrero de 1918) y en *Revista Chilena*, números 11 y 12; Abril y Mayo de 1915).

ca, a Grazia Deledda en sus novelas de la Córcega áspera y huraña *(Per la via del male, Cenere, Elías Portolu)* y a nuestra Carolina Albert *(Víctor Catalá)*, la viril escritora catalana, que nos ha dejado un *capolavoro* en su *Solitut;* —el estudio consagrado al poeta Víctor Abelardo Silva y el dedicado al poeta y crítico Francisco Contreras, a quien estudia ampliamente con exceso de benevolencia a mi ver—en su obra de crítica *Los modernos* y en su poema *Raúl;* así como el que dedica al supracitado crítico Omer Emeth. Para conocer completamente la nueva generación chilena, en que tantos bellos espíritus salen a luz, nada mejor para un español que leer el libro *Los nuevos*, del Sr. Donoso, publicado en España, y que está, por tanto, más a nuestro alcance.

En *La sombra de Gœthe*, Donoso desflora y a veces agota los temas más interesantes de la literatura alemana contemporánea. Estudia con luminosa y sagaz crítica los viejos poetas y antiguas leyendas; Hermann de Aue, o el caballero doliente; Wolfran de Eschenbach, o el caballero blanco; Gottfried de Straszburg, o el caballero enamorado; Walter de la Vogelweide, o el caballero pobre. Todo este ciclo medioeval está reseñado sucintamente en páginas llenas de sutileza y de emoción...

Estudia luego los precursores románticos: Wackenroder, Novalis y Tieck. El ensayo sobre Novalis es tan documentado, acabado y bello, que pocos se habían escrito tan dignos de consulta sobre el autor de *Los discípulos en Saïs*. Recorre todas las etapas de su vida y de su obra, desde su nacimiento en el castillo del fiero margrave, del Barón Erasmo de Hardenberg, hasta su muerte, examinando detallada y escrupulosamente cada una de sus obras, lo mismo poéticas que novelescas, deteniéndose en los *Himnos a la noche* y en los *Cánticos espirituales*, que representan la tendencia idealista y mística del poeta, y luego en su novela capital *Enrique de Ofterdingen*, que representa la síntesis artística de toda una vida y el florecimiento y pleno desarrollo de la personalidad de un autor.

No menos interesante es el estudio dedicada a Luis Tieck, el gran poeta romántico, traductor de nuestro libro inmortal y cuya influencia y representación en el romanticismo alemán le dan el carácter de precursor. «Poetas, novelistas y hasta críticos, como Federico Schlegel, le imitan, y aunque bien pronto lleguen a aventajarlo, no olvidarán su influencia propicia.» (*La sombra de Gœthe*, pág. 139.)

El despertar de 1813 es un hermoso ensayo acerca de los poetas patriotas, cuando Germania entera surge de nuevo a la vida política de Europa, y el patriotismo se reanima por doquiera y se reconquistan «el honor, la virtud, la fe y la conciencia, que el tirano arrancó de nuestros corazones», según canta el poeta Kœrner. *(La sombra de Gœthe,* pág 173.)

Tras de este estudio de conjunto dedicado a la musa patriótica y enardecida de estos Tirteos modernos, que se llaman Arndt, Rückert, Körner, Schenkendorf, viene una bella semblanza titulada *Una dolorosa vida romántica*, consagrada a Enrique de Kleist; «Werther humano hasta la tortura de lo imposible, que soñó en la estrella desconocida, de una forma ideal que no llegó nunca.» *(La sombra de Gœthe,* pág. 182.)

Hay luego un estudio completo, irreprochable, que nos da a conocer plena e integralmente la producción del maestro del naturalismo, de Gerardo Hauptmann, a quien revela al público español lo mismo en sus dramas crudos y realistas, como *El Carretero Henschel* (que yo he traducido al castellano y que permanece inédito) que en sus dramas místicos y simbólicos, como *La Asunción de la niña Hannelle Mattern*—así como en su novela ma-

gistral, *El loco en Cristo Emmanuel Quinto*.

Estudia luego la evolución lírica contemporánea, de la cual son los *pionneers* más prominentes Spielhagen y Richard Dehmel, poeta de toda mi predilección, y cuyas *Ausgewählte Gedichte* tengo siempre sobre mi mesa. Consideraciones muy afinadas y juicios críticos muy agudos merece al Sr. Donoso la evolución lírica de la Alemania actual. Son *aperçus* rápidos y concretos de la literatura germánica, y tienen la ventaja del juicio maduro condensado en breves líneas con amplificaciones oportunas. Hay una semblanza interesantísima del escritor vienés Peter Altenberg. Y luego vienen cinco o seis documentados artículos sobre la literatura de la guerra o que precedió a la conflagración, exponiendo la exaltación de las ideas pangermanistas. Un artículo sobre el libro de Von Bernhardi; otro artículo titulado atractivamente: *¿Fué Nietzsche antialemán?* destacan entre estos juicios críticos que lindan con la política internacional y con la literatura. Tales artículos de exposición metódica y serena de ideologías actuales, cierran y rematan con broche de oro el libro del Sr. Donoso.

* * *

Alvaro Armando Vasseur: *El vino de la sombra*.—Poesías.—Editorial América.—Madrid, 1918.

En la literatura argentina hay ya figuras preeminentes que pueden asociarse a los nombres más gloriosos de la literatura universal. Bastará recordar el glorioso nombre del gran poeta y documentado historiógrafo Leopoldo Lugones, autor de *El Imperío jesuítico* y de *Los Crepúsculos del jardín*, uno de los más exaltados y nobles campeones del modernismo en América y uno de los heraldos del nuevo lirismo que luego ha fructificado en tan estupendas obras poéticas, allende y aquende el mar.

Añadiríamos después el nombre ilustre del gran estilista Rodríguez Larreta, el Ricardo León de la Argentina, con más pureza de estilo clásico, más pericia de reconstructor de épocas muertas que el cantor de Santillana del Mar, y bajo su capa de arcaista devoto, más espíritu de modernidad y de quien, sin embargo, por una injusticia incomprensible, Mr. Alfred Cœster, en su documentada *Historia literaria de la América española*, apenas hace una ligera mención de su obra maestra *La Gloria de Don Ra-*

mito, «que en un supremo estilo reconstruye una época histórica de la Edad Media en España (1).»

¡Recordaríamos a tantos otros si, en vez de una sucinta noticia bibliográfica, estuviéramos haciendo un *aperçu* de la literatura argentina contemporánea!... José Ingegnieros, Monner Sans (padre e hijo), Roberto F. Giusti, Manuel Gálvez, y ¡tantos otros!...

Mas, ¿para qué? Pero así como en la literatura nicaragüense, escasa en nombres, despunta la gloriosa figura de Rubén Darío, el mago inmortal del verso, el renovador de la lírica castellana, el «padre y maestro mágico, liróforo celeste», como él llamó a Verlaine; y junto a él asoma su cabeza chata de versificador ripioso el mediocre y grotesco D. Santiago Argüello, de quien con un optimismo digno de mejor poeta, el crítico norteamericano y meritísimo hispanófilo Alfred Cœster, dice que sus versos en el modo modernista atrajeron la atención favorable en otros países don-

(1) «... *Which in more excellent style reconstructs a hystorical epoch of the Midles Ages in Spain.*» (*The Literary History of the Spanish America*, capítulo IV, pág. 168; New York, 1916.)

de ha vivido (1); así, al lado de un Leopoldo Lugones, que compartió con Darío el trono de la lírica nueva y que hoy es quizá la mayor capacidad poética de idioma castellano, surge la personalidad desconcertante y desorbitada de D. Alvaro Armando Vasseur; poeta formado en la Argentina, aunque uruguayo de nacimiento y origen...

Primitivamente este señor se firmó, para afrancesar más su persona, Armand Vasseur, y así reza al frente de su primera producción: *Cantos augurales* (2), publicados en su patria natal, en el Uruguay...

Confirmóse después, castellanizando sus nombres de pila, ya que su apellido, netamente francés, era difícil de castellanizar. Ahora firma Alvaro Armando Vasseur.

Pues bien; Alvaro Armando o Armand, o como quiera llamarse, que nos es igual, más que Vasseur debiera llamarse *Farceur*. Porque eso es ante todo este poeta: un gran *far-*

(1) «*Santiago Argüello whose verses in the modernista manner have attracted favorable attention in other countries where he has lived*». (*The Literary History of Spanish América*, cap. XIII, pág. 449).

(2) Armand Vasseur: *Cantos Augurales*; O. M. Bertani, Editor. (Montevideo, 1904).

ceur, un gran farsante lírico... Un gran *farceur*, sí, un gran histrión a la manera de D'Annunzio, del D'Annunzio exhibicionista de *avant la guerre*, no del D'Annunzio viril y purificado de hoy; del D'Annunzio que está realizando hazañas maravillosas en los aires; del D'Annunzio que acaba de efectuar el osado *raid* sobre Viena en que tan caballerosa e hidalgamente se comportó; del D'Annunzio que ha rivalizado en sus intrépidas proezas con el gran aviador norteamericano Chamberlain; del D'Annunzio que renunció desde la declararación de guerra de Italia al Imperio Austriaco a sus decadencias y a sus refinamientos; del D'Annunzio aureolado por la guerra con aureola de héroe, de Aquiles y Homero a la vez, en esta Iliada magna; del D'Annunzio hijo predilecto de Icaro...

Un D'Annunzio, claro está, sin su grandeza, sin esa expansión de ánimo viril que ya retumbaba en sus versos, en aquellos versos de juventud, *Isoteo* y *La Quimera*, donde vibraba un ánimo esforzado y un ansia púgil de mancebo apto para el amor y para la guerra... ¡Oh, si a D'Annunzio le hubiese sorprendido la guerra a los veinte años, en pleno ardor viril, cuántas más gestas heroicas hubiera realiza-

do, con ser tantas y tan épicas las que viene realizando!...

Este Sr. Vasseur o *Farceur* es un D'Annunzio *rétreci*, con gotas de Jean Lorrain y muchas reminiscencias y hasta trozos calcados—que ya señalaré en sazón oportuna—de Rubén Darío... Pero a D'Annunzio es a quien más fielmente sigue los pasos y ventea el rastro: es realmente una contrafigura—¿por qué no decirle *contrefaçon* para que lo entienda mejor?—del cantor de *La Nave*.

Ante todo, ¿qué ha querido decir el Sr. Vasseur con su título? Porque aunque he dedicado largas y profundas horas de meditación a descifrar el sentido esotérico de este título, no he podido dar con él. *El vino de la sombra;* ¿será una marca de vinos nuevos de Italia o de España, mal encubierta bajo este capcioso título lírico?... Porque, ¡cómo no sea eso, difícil va a ser averiguar lo que quiere decir!... La sombra, ¿puede tener un vino? ¿Puede haber un vino destilado o vertido desde la sombra?... Desde la sombra de una bodega o de un lagar—que tenebrosos y húmedos son siempre—claro que sí. Desde la sombra tal como quiere darlo a entender el Sr. Vasseur, es evidente que no... ¡Ahora, si el Sr. Vasseur ha querido montarnos una *scie*,

como diríamos en lenguaje popular francés!...

Pero no, no ha querido montarnos una *scie*, puesto que por cualquier parte que el libro se abra, hormiguean las incongruencias y el lenguaje insensato y sin lógica, lanzado al azar sobre el papel como una aglomeración de palabras inconexas. Bastará recordar a mi propósito la composición titulada *¡Pts!* donde hay una estrofa de ritornelo tan graciosa como esta:

Yo tenía una villa
y la perdí.
¡Pts!... Me la estafaron
así...

Ante todo, se ocurre preguntar: ¿Cómo? Porque el lector ha de suplir con la mímica lo que el autor no dice con palabras, queriendo quizá dar más intensidad a la expresión. En esta misma composición hay estrofas tan graciosas como estas:

¡Oh, Elena, oh, Clotilde!
¡Oh, María!...
Divinos asadores
en quienes vivo
ardí...

Nos imaginamos fácilmente al Sr. Vasseur tostado en carne viva, como San Lorenzo—

suplicio muy semejante al que infligió Apolo al rimador Marsias, despellejándole... Pero lo que no podemos tolerar sin protesta es que compare a unas lindas muchachas con dorados asadores... ¡Oh, tropos de batería de cocina, no, por Dios, Mr. Vasseur!...

¡Pues y si leemos su poesía *El pájaro azul*, donde parte las palabras en dos arbitrariamente, para encontrar un ripio! Véase esta estrofa:

> En la mañana de oro yo vi al pájaro azul,
> lo vi en Nápoles, no en Flandes o en Stambul:
> imagen peregrina digna de un nuevo *cul-*
> *to*.....

¡Oh, delirante de júbilo estará el Sr. Vasseur creyendo que ha asustado y despanzurrado a un crítico!... Pero no lo crea el señor Vasseur; a los burgueses ya no se les epata porque están al cabo de la calle y a los críticos que hemos leído un poco, mucho menos.

¿Es que cree el Sr. Vasseur que yo me voy a indignar con sus extravagancias, como un Gustavo Planche cualquiera?... No, no es fácil indignarme con estos jugueteos poéticos. Ahora, lo único que le digo al Sr. Vasseur es

que para cultivar la extravagancia *à outrance*, hay que tener talento inmenso, y el señor Vasseur no lo tiene en grado suficiente. Y más que a sus maestros a quienes sigue e imita;—Laforgue, Herrera Reisig y el Verlaine de las *Invectivas* y de los *Epigramas*— se asemeja a nuestros viejos versificadores ripiosos, como Carulla o Jackson Veyán, a quien se llamó Jackson Capuz. Créamelo honradamente: su libro ni divierte por la extravagancia *voulue*, ni siquiera encanta por el desenfado en usar los ripios. Parece un libro hecho a martillazos, dando una en el clavo y cien en la herradura.

Apéndice crítico a la Bibliografía.

En el anterior número de CERVANTES (Agosto) aparecen unos poemas de Rafael Lasso de la Vega, escritos en verso libre. El verso libre ha sido estudiado en Francia desde su implantación por los más eminentes críticos. En España aun no está hecha su génesis y etiología porque hasta ahora hemos tenido quizá una idea falsa del verso libre. Entendíase por tal en principio el verso sin rima—lo que llaman los ingleses *blank verse*— en que so-

bresalieron aquí, en nuestra época contemporánea, D. Juan Valera y D. Marcelino Menéndez y Pelayo (recuérdese su maravillosa *Epístola a Horacio)* y al cual eran aficionados por lo común los espíritus poco poéticos, o, a lo menos, poco metrificadores, poco técnicos, inexpertos o rehacios al uso de la rima y poseedores de un oído musical poco desarrollado o poco educado. En esta acepción, el verso libre es una forma excesivamente académica, demasiado clásica, en la cual gustaban de engarzar sus conceptos los espíritus filosóficos, de raigambre metafísica y nada dados a la pompa lujuriante de la rima...

Más tarde, el verso libre se comenzó a entender—coincidiendo con la iniciación del movimiento modernista—como la agrupación caprichosa y combinación arbitraria de estrofas o grupos de estrofas de diversa contextura métrica. Salvador Rueda, con su habitual inconsciencia, contribuyó a propagar esta idea, haciendo creer que el verso libre era el que empleaba él: una agrupación de versos *diversilábicos,* donde el endecasílabo se mezclaba con el heptasílabo, el trisílabo, el pentasílabo, el tetrasílabo y hasta el disílabo...

No hay tal. Gustave Kahn ha encontrado una definición exacta del verso libre, cuando

dice que modifica la unidad del verso y que «a la cadencia sustituye el canto (1).»

Hoy el verso libre ha sido restablecido a su verdadero y genuino sentido, merced al esfuerzo entusiasta e inteligente de este poeta sutil y exquisito que se llama Lasso de la Vega. El es el iniciador y el *pionneer* del verso libre español. Tras de él han venido jóvenes poetas como Eliodoro Puche (véase el mismo número de Agosto de esta revista) y Prieto Romero (véase próximamente el número de Octubre); y hasta poetas ya consagrados, como Marquina, han cultivado a imitación suya el verso libre.

Justo es, pues, que rindamos este tributo al poeta elegíaco y fijemos este valor crítico: Lasso de la Vega *es el campeón y el iniciador del nuevo y verdadero verso libre en España.*

ANDRÉS GONZALEZ-BLANCO

Madrid, Agosto 1918.

(1) Véase *Enquête internationale sur le vers libre et manifeste du futurisme, par F. Marinetti, p. 25.* (Editions de *Poesía;* Milano, 1909).

NOTAS HISPANOAMERICANAS

Juegos florales en Madrid.

Con ocasión de la *Fiesta de la Raza* que, como todos los años, ha de celebrarse el 12 de Octubre próximo, según acuerdo unánime de los gobiernos y, sobre todo, de los pueblos hispanoamericanos, el ilustre Ayuntamiento de Madrid ha convocado, para ese día, a un certamen de Juegos florales que ha de celebrarse en el Teatro Real de esta Villa y Corte.

Los temas y las bases de este torneo del gay saber han sido publicados, con anterioridad, por la prensa de ambos mundos. Se trata de tributar un justísimo homenaje a la España del pasado y de hacer en el presente, con miras al porvenir, un acto de afirmación de raza entre todos los pueblos que hablan el idioma divino del divino Miguel de Cervantes.

Han donado premios para este Concurso, al que pueden concurrir todos los españoles e hispanoamericanos, S. M. el Rey, S. M. la Reina Doña María Cristina, el Gobierno, el Ayuntamiento.

Constituirán el Jurado calificador la señora doña Blanca de los Ríos de Lampérez, don Benito Pérez Galdós, D. Jacinto Benavente, D. José Francos Rodríguez, D. Julio Cejador y los miembros de la Comisión organizadora.

No es dudoso augurar el éxito más resonante a una fiesta de tan magna significación y que se prepara bajo tales auspicios.

Congreso cultural Hispanoamericano.

El Centro de Cultura Hispanoamericana ha recibido del Gobierno de España el encargo de organizar un Congreso que habrá de reunirse en Sevilla durante algunos de los días en que se halle abierta la Exposición Hispanoamericana anunciada para después de la guerra actual. Ese Congreso tendrá por objeto fundamental el estudio de las Bases que se podrían proponer a los Gobiernos de Hispano-

américa y de España para uniformar las leyes respectivas de Instrucción Pública, de Propiedad literaria, artística, científica e industrial y algunas otras de carácter jurídico, mercantil, de navegación y transportes; de tal modo que por medio de la adopción de esas leyes de bases comunes para España y para las Repúblicas americanas que las acepten, resulte realizada la alianza espiritual hispanoamericana.

Se espera que todos los Gobiernos americanos y todas las instituciones, sociedades y agrupaciones que hablan la lengua española y residen en América, tomarán parte activa en la obra democrática, progresiva, cultural y de afirmación de la raza hispánica, representada en el Congreso que se anuncia. Y desde ahora mismo, en nombre del señor Ministro de Instrucción Pública del Gobierno español, y en nombre del Centro de Cultura Hispanoamericana, se ha invitado a concurrir al Congreso las Corporaciones americanas, sin exclusión de ninguna clase, y todas las entidades colectivas españolas, americanistas, de enseñanza, de ciencias, de artes, de industrias, de comercio, de navegación y cualesquiera otras que tengan un objeto cultural.

El Congreso constará de seis secciones:

jurídica, científica, literaria, artística, comercial y mercantil, y otra destinada a la obra americanista de la mujer. En todas las secciones se discutirá sobre Informaciones o Memorias, cuyas conclusiones, de carácter práctico, puedan ser adoptadas por los Gobiernos hispanoamericanos, incluído en esta denominación el Gobierno español.

El ilustre Presidente del Centro de Cultura, doctor D. Luis Palomo, Senador vitalicio y Consejero de Instrucción Pública, presidirá, por delegación del Gobierno español, la Junta organizadora y las Comisiones auxiliares que dicho Centro nombre a los efectos de este Congreso.

La Comisión americana ha sido ya constituída y está formada por los señores Ministros de Cuba, Guatemala y Uruguay, y los Cónsules de la Argentina, Colombia, Chile, Ecuador, México, Perú y Venezuela.

AMÉRICUS

ÍNDICE

Págs

I.—*Alma Castilla*, por Quintiliano Saldaña... 1

II.—Poetas españoles: *Tapices antiguos*, por Adolfo de Cuenca.—*Hastío*, por Eduardo de Ory.—*Mamá Sabel*, por Félix Paredes..... 10

III.—*El romero desaparece*, por J. Fernández Arias y Campoamor..... 16

IV.—*El poeta belga: Su vida y su obra*, por León Navarro Larriba..... 21

V.—Cuentos españoles: *El origen de una cena en el Ritz*, por Jaime Mariscal de Gante .. 31

VI.—Modernos poetas mexicanos: *Amado Nervo*, por César E. Arroyo..... 45

VII.—Versículos: *Los grillos de Agosto*, por R. Cansinos Assens..... 54

VIII.—*Un niño que está llorando*, por Angel Cruz Rueda..... 57

IX.—Poetas Hispano-Americanos: *Corceles y Cóndores*, por Remigio Crespo Toral (Ecuatoriano)..... 63

X.—Los intereses de España y América: *Carranza, El Reformador*, por Goy de Silva..... 67

XI.—*Del amor maldito: Aurea*, por Correa Calderón..... 76

XII.—*El balcón de la vecina; Comentarios*, por Eduardo María Segovia..... 85

XIII.—*Del padre practicón a su hijo*, por M Ras..... 93

XIV.—*Política española*, por Joaquín Aznar.. 97

XV.—*Actualidad artística*, por Ballesteros de Martos..... 103

XVI.—*El Teatro*, por Eduardo Haro..... 121

XVII. – *Bibliografía*, por Andrés González Blanco..... 127

XVIII.—Notas hispanoamericanos: *Juegos florales en Madrid.—Congreso cultural Hispanoamericano*, por Américus..... 149

EDITORIAL "MUNDO LATINO"

APARTADO 502.—MADRID

CATALOGO PROVISIONAL

(EXTRACTO DEL CATÁLOGO GENERAL)

Pesetas

OBRAS COMPLETAS

DE RICARDO DE LEÓN

(de la Real Academia Española)

Edición del Banco de España. Ocho volúmenes en 4.°, encuadernados en tela, con alegorías de Coullaut Valera y rétrato del autor, por Vacqué..... 50,00
A plazos (5 pesetas mensuales)..... 60,00

DE FRANCISCO VILLAESPESA

I.—Intimidades.—Flores de Almendro..... 3,00
I.—Luchas.—Confidencias..... 3,00
II.—La copa del Rey de Thule.—La musa enferma.... 3,00
V.—El alto de los Bohemios.—Rapsodias..... 3,00
V.—Las horas que pasan. (Veladas de amor)..... 3,00
VI.—Las joyas de Margarita: Breviario de amor.—La tela de Penélope.—El milagro del vaso de agua. 3,00
VII.—Doña María de Padilla.—La cena de los cardenales..... 3,00
VIII.—El milagro de las rosas.—Resurrección.—Amigas viejas..... 3,00
X.—Las granadas de rubíes.—Las pupilas de Almotadid.—Las garras de la pantera.—El último Abderramán..... 3 00

	Pesetas
X.—Tristitiæ rerum	3,00
XI.—La leona de Castilla.—En el desierto	3,00
XII.—El rey Galaor.—El triunfo del amor	3,00

DE RUBÉN DARÍO

(Ilustraciones de Ochoa)

Tomos publicados:

I.—La caravana pasa	3,50
II.—Prosas profanas	3,50
III.—Tierras solares	3,50
IV.—Azul	3,50
V.—Parisiana	3,50
VI.—Los raros	3,50
VII.—Cantos de vida y esperanza	3,50
VIII.—Letras	3,50
IX.—Canto a la Argentina	3,50
X.—Opiniones	3,50
XI.—Poema del otoño y otros poemas	3,50
XII.—Peregrinaciones	3,50

Ediciones especiales de lujo.

HENRIK IBSEN

TEATRO COMPLETO

I.—Catilina. La tumba del guerrero. La castellana de Ostrat	3,50
II.—La fiesta de Solhaug. Olaf Liliekrans. Los guerreros en Helgeland	3,50
III.—Los pretendientes a la corona y La comedia del amor	3,50

	Pesetas
IV. -Brand	3,50
V.—Peer Gynt	3,50
VI.—La unión de la juventud. Las columnas de la sociedad. La casa de una muñeca	3,50
VII.—Emperador y Galileo	3,50
VIII. -Espectros. Un enemigo del pueblo. El pato silvestre	3,50
IX. La casa de Rosmer. La dama del mar. Hedda Gabler	3,50
X.—El constructor Solness. El niño Eyolf. Al despertar de nuéstra muerte	3,50

JOSÉ FRANCÉS

El año artístico 1915	6,00
» » » tela	8,00
El año artístico 1916 (con 250 grabados)	10,00
» » » » » tela	12,00
El año artístico 1917 (con 250 grabados)	11,50
» » » » » tela	13,00

COLECCIÓN DE AUTORES ESPAÑOLES

NOVELAS

Edmundo González Blanco.—Jesús de Nazareht	3,00
José Francés.—La estatua de carne	3,00
— El alma viajera	3,50
López de Saá.—Los indianos vuelven	3,50
— Bruja de amor	3,50
W. Fernández Flórez.—La procesión de los días	3,00
Elías Cerdá.—Don Quijote en la guerra	2,00
V. García Martí.—Don Severo Carvallo	2,50

	Pesetas
María Luisa Latil.—Según labremos	3,00
— Genoveva	2,50
Eugenio Noel.—El allegretto de la Sinfonía VII	3.00
— Cuentos	3,50
Rafael Cansinos-Assens.—Las cuatro gracias	3,50
Francisco Delicado.—La lozana andaluza	3,00
J. de Lucas Acevedo.—La Caja de Pandora	3,00
Martín de la Cámara.- Vidas llameantes	3,00

ESTUDIOS Y CRÓNICAS

Emiliano Ramírez Angel.—Bombilla-Sol-Venta	3,00
J. M. Carretero.—Lo que sé por mí (dos series)	5,00
J. Costa.—Alemania contra España	3,00
Pedro Pellicena.—Los Cosacos	3.50
Margarita de la Torre.—Jardín de damas curiosas	3,50
Fola Igurbide.—El Actor	3,50
Alberto Ghiraldo.—Los nuevos caminos	3.50
Enciso.—El soneto en España	3.00

POESÍAS

osé Montero.—Yelmo florido (con ilustraciones)	4.00
Zurita.—Pícaros y donosos	3.00
Mauricio Bacarisse.—El esfuerzo	3,00
Eliodoro Puche.—Libro de los elogios galantes y de los crepúsculos de otoño	2,50
— Corazón de la noche	2,50
Emilio Carrere.—El retablo de los poetas. (Antología)	3.50

TEATRO

Muñoz Seca y López Núñez.—El Rayo	3,00
H. Ibsen.—Dramas líricos	2,00
— La castellana de Ostrai	2,00

Pesetas

LAS GRANDES FIGURAS DE LA GUERRA EUROPEA

Biografías de los generales: **Alberto I de Bélgica.—Joffre.—Sir Jhon French.—Lord Kitchener.** Con preciosas fototipias, a 3,00

COLECCION DE AUTORES EXTRANJEROS

Traducidas por *Felipe Trigo, Rafael Cansinos y Pedro de Répide.*

Victoriano de Saussay.—La ciencia del beso..... 3,50
René Emery.—Santa María Magdalena..... 3,50
Maquiavelo.—Obras festivas: La Mandrágora.—El P. Alberico.—La Celestina.—El archidiablo Belfegor..... 3,00
Claudia Lemaitre.—Juegos de Damas..... 3,50
Procopio.—Historia secreta..... 3,50
Anónimo.—Teatro persa..... 3,50

CELEBRIDADES ESPAÑOLAS

I.—Bécquer..... (encuadernados en tela) 3,50
II.—Zorrilla,..... (ídem) 3,50
.—Espronceda. (ídem) 3,50

COLECCION SELECTA

Tomás de Quincey.—Los últimos días de Kant..... 1,00
Kalidasa.—El reconocimiento de Sakuntala..... 1,00
Rousseau.—Discurso sobre las artes y las ciencias.... 1,00
— Origen de la desigualdad entre los hombres 1,00
Luciano de Samosata.—La diosa de Siria..... 1,00
L. Sterne.—Viaje sentimental de un inglés a Francia... 1,00
F. Alvarado.—El filósofo rancio. (Cartas)..... 1,50

Pesetas

COLECCION CIENCIA Y ARTE

Ricardo Yesares.—¿Qué quieres aprender? Electricidad. Encuadernado en tela..... 5,50

— ¿Qué quieres ser? Automovilista. Encuadernado en tela..... 3,50

OBRAS VARIAS

Sthendal.—Del amor..... 6,00

E. M. Segovia (Oficial del Banco de España).—Los documentos de crédito..... 5,00

Rivero.—Legislación de clases pasivas. Volumen de 500 páginas, encuadernado en tela..... 10,00

R. Yesares.—Ayuda memoria del mecánico electricista. Un volumen, encuadernado en tela.... 1,50

LIBROS DE CARTAS

El arte de escribir cartas..... 1,00

Manual epistolar (encuadernado en tela)..... 2,00

Cartas amorosas..... 0,60

Epistolario de amor (encuadernado)..... 2,00

REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, Octubre 1918.

EL CONSUELO DE MORIR

I

Lucha el hombre por la fortuna, por el amor, por la gloria, y todo sinsabor es alegría con la esperanza del triunfo; poco pueden afligirnos las desventuras de la vida cuando tenemos, no la esperanza, sino la seguridad del término de la jornada. Véase lo que escribe a este propósito el discreto Corrales (1): «Si caminando sin víveres el hambre

(1) *Arte de callar en prosa y verso*, págs. 167 a 170.

atormenta al viajero, el hambre se mitiga y hasta la convierte en goce la esperanza, cuando tiene el convencimiento de que pronto ha de hallar posada y limpia mesa; viaje es la vida en que se padece hambre de justicia y de dicha, y posada que entreverse debe con amor y sin miedo es la muerte. Supone la resignación dolor soportado; mas callando y reflexionando, lo que debemos dar al alma es firme persuación del término de todo dolor, idea que basta para transformar la pena en reposo, confiado en la tranquilidad eterna que nos espera al término de la vida... Cuántos, hallándose sujetos a la voluntad ajena en cualquier orden, trabajan por lograr la libertad, no deben apenarse demasiado si no consiguen su objeto, pues pasados pocos años la muerte los hará libres. La fugacidad de la vida, la inmensidad de los mundos que pueblan el espacio indefinido de los cielos, debe bastar para desasirnos algo de los afectos terrenos y hacer que elevemos la mirada y el entendimiento. En otros astros quizá habrá seres verdaderamente racionales que dirán de nosotros: *parece que esa gente discurre y piensa*, como nosotros lo decimos de las hormigas. Tal vez la tierra y el sistema planetario hállanse encerrados como átomos en una

gota de agua, examinada en un microscopio gigantesco, Bien pudiera ser que los monjes llamaran el siglo al mundo, por hallarse ellos absortos en los siglos, en la eternidad.»

Como el trabajador que labra la tierra áspera y la riega con el sudor copioso de su frente, espera con ansia y acepta con júbilo el lecho más o menos mullido en que ha de hallar el reposo; así el que lucha constantemente con los contratiempos y penalidades de la existencia, el combatiente que, ora vencido, ora victorioso, no bien ha terminado una campaña, se ve obligado a empezar otra, sin pérdida de momento, sin tregua de un día, transpone los umbrales de la eternidad, y se halla en tranquilidad inalterable, en apacible y delicioso descanso, que los vivos le envidiarían si lo conociesen. Se habla de la muerte como de un horrendo abismo, porque no se acostumbra a reflexionar un instante en lo que significa. Después de todo, es una cosa natural, nada extraordinaria, y parece una insensatez el pretender ahuyentarla en un momento de violenta desesperación, maldiciéndola. Un poeta alemán de gran renombre, Kœrner, expresaba así su profesión de fe: «Con el corazón lleno de amor a Dios, querré esta tierra que ha creado; querré el amor, el vino y las

musas, hasta que me convierta en espíritu con los espíritus.» Y nuestro Alarcón sentencia al mismo propósito: «Debemos acoger a la muerte con cariño, como a todo lo que es natural, como a la luz que nos hace concebir la belleza de la forma, como al aire en que se mece el aroma de las flores y baña nuestro espíritu en las ondas de dulce melodía.» La muerte es amable porque es natural y nos lleva a donde no sabemos, a través del tiempo y acaso más allá del tiempo.

«Generación va y generación viene, dice Salomón, más la tierra siempre permanece.» ¿Y qué? También se irá la tierra, mas no por eso se acabará el mundo. Haya lo que haya, después de la muerte, ese algo será lo mejor, puesto que existen leyes universales. Y aun dado caso de que nada hubiera, sería indiferente Según una frase oportuna, un hecho vale tanto como la inmortalidad: el hecho de merecerla. Recordemos también aquello de que ningún hombre debe morir tranquilo sin haber escrito un libro, plantado un árbol y tenido un hijo: regla de conducta y norma de una existencia útil para sus semejantes. Mendes avanza tanto en esta dirección, que sostiene la necesidad de quitar importancia a la muerte. «Al fin y al cabo, cuando se ha vivido

tanto como yo, la muerte no tiene importancia.» Como quiera, un hecho hay indudable, y es que la muerte no se identifica con la nada, vale decir, que la nada no puede volver a ser porque no ha sido nunca, y el universo y el éter sin ponderación y los astros todos y todos los organismos y los hombres todos, y cuanto ha sido, es y será inmortal. ¿Quién sabe lo que cada sér humano trae a esta tierra de gérmenes desconocidos que no se desarrollarán hasta después de su muerte? Y en todo caso, es una preocupación vulgar el temor a la muerte, que, lejos de ser espantosa, es apetecible, como lo es el descanso, después de tarea ruda. La ciencia nos enseña que la muerte, terror de los individuos, es la alegría de la especie. Ella descarta lo caduco por inflexible y entroniza lo nuevo por adaptable. A las cabezas orientadas hacia el pasado, sustituye las cabezas orientadas hacia el porvenir. Gracias a ella, la labor de la civilización es perpetuamente confiada a manos jóvenes y vigorosas y a cerebros viriles y entusiastas. Para expresar mejor mi pensamiento. haré mío el siguiente pasaje de Cajal (1): «En el orden fisiológico, la muerte representa

(1) *Recuerdos de mi vida*, xv.

un gran progreso. La vida perenne hubiera sido un vegetar obscuro, rudimentario, apenas diferente del inconsciente persistir del reino mineral. El morir es el precio del pensar. Resultaron, sin duda, incompatibles pensamiento e inmortalidad. Los protozoarios que no piensan carecen de muerte natural, como no mueren tampoco todos esos seres monocelulares que hacen del amor, es decir, de la multiplicación de la especie, la principal tarea de la vida. La sublime perfección de nuestro organismo, la cual ha obligado a las células más diferenciadas y nobles, para mejor llenar su alto cometido, a abandonar el hermoso privilegio de la generación, representa quizá, en sentir de los sabios, la causa primordial de la senescencia y de la muerte. ¿Vencerá algún día la naturaleza, que no en vano nos ha dado el ansia de persistir indefinidamente? ¿Habrá vencido ya, según filósofos famosos aseguran, creando después de la frase de crisálida de soñolienta *imago*, la forma pura y alada de mariposa incorpórea, destinada a libar eternamente el pólen de la verdad y de la belleza en el excelso e inagotable cáliz de lo absoluto? ¡Terribles e insondables enigmas!»

El hombre (apena decirlo) rechaza la muerte; su espíritu es impenetrable a todo senti-

miento e intuición de sobrevida, cobra su servicio vital con ansia, pero no paga su tributo a la disolución corpórea sin egoísta desconformidad; y ante la inmensa perspectiva de lo eterno lanza aullidos, con la rabia infernal de aquel Luzbel que pinta Klopstock, precipitándose en el abismo al levantarse en el Calvario la cruz de Cristo, que le arrebataba su poderío. Pese, sin embargo, a la humanidad entera, la muerte es el único reposo de las almas, de todas, de las ambiciosas y dominadoras, de las tímidas y manejables, de las alteradas y dementes. Las infamias de la vida no deben servir para hacernos pesimistas, sino para borrar de nuestra alma el más leve temor al seguro descanso de la muerte. El hombre es un sér con espíritu racional para quien, satisfechas ciertas elementales necesidades económicas, lo principal que anhela es vivir para el alma, de una u otra manera. La sociedad no muere, pero su organización está influída en mil respectos por la idea de la muerte. Bien se conoce en todo que es una sociedad de mortales. Y, sin embargo, a lo que parece que tiende el utilitarismo es a engañar al mísero mortal haciéndole trabajar en una clase de actividad de fines colectivos, si no superiores, extraños a la muerte. Pero ¿quién se deja

engañar? Cada cual pensando en la muerte, da cierto sentido transcendental a la vida. La idea de la muerte, decía bien Clarín (1), nos aisla del mundo; sí, del mundo que vemos y tocamos, del que nos rodea, pero nos abre otros horizontes ideales, nos hace dar un valor substantivo, como simbólico, emanado de toda la realidad que no vivimos, a la vida breve de que tenemos conciencia; más o menos, todos venimos a considerar la existencia *sub specie æternitatis;* el creyente, no hay que decir por qué; el que no cree en otra vida, porque necesita concentrar en ésta toda la capacidad poética y soñadora, toda la idealidad que su alma alimenta, para que no se olvide, ni más ni menos que el alma del creyente. Por la muerte la vida es artística, es dramática, es toda una obra de *composición,* a veces complicada sabiamente, como en Gœthe. Por la idea de muerte adquieren valor infinitas cosas que no son para alargar la vida. El desinterés que suaviza el dolor de morir, de la idea de muerte se alimenta. Y ese desinterés, referido a su fundamento, es la idealidad, y esa idealidad en relación a la belleza, es el arte, y en relación al sentimiento de unidad fundamental es la reli-

(1) *Un discurso* (en los *Folletos literarios*), VIII, 59.

gión, y en relación a la verdad es la ciencia pura, o, por lo menos, la investigación racional desinteresada. ¿Queréis ahora que la sociedad viva conforme a su propio bien? Buscad el cumplimiento del fin racional de sus elementos *thanáticos;* haced que la sociedad viva principalmente atenta a esa idealidad que hemos visto que para el hombre es lo más interesante y lo más desinteresado. Y como la solución del problema de la vida, la muerte es uno de los fines sociales, concluyamos legítimamente que, en el sentido explicado, el hombre no debe preocuparse de los límites de la fuerza y de la razón antes de empezar a gastar el inagotable capital de voluntad y de pensamiento que atesora, y por el cual júzgase capaz de dar cima a las más altas y arriesgadas empresas.

Cuanto más negra es la noche, más estrellas se divisan. Cuanto más nos engolfemos en la muerte, mayor debe ser el número de nuestras esperanzas Estas esperanzas, ni aun como seguridades absolutas, puede nadie ni nada arrebatárnoslas, por inmensos que sean nuestros pesares. «Hermoso sería (exclama Corrales) (1), que no hubiese desdichas

(1) *Arte de callar en prosa y verso*, pág. 168.

en la vida, pero las hay y no nos queda para conllevarlas más que el recurso sublime de alzar los ojos a las alturas. Parece que las batallas no debieran tener lugar bajo cielos claros; ante los horrores de la vida el cielo debería tornarse eternamente lívido; más el vaho de los actos humanos no empaña el firmamento, como no debe empañar el cielo de nuestra alma, Por eso habrá vivido tan sólo el que viva hasta saber y sentir que vivir es nada. Las perfidias ajenas deben estrellarse en la imperturbable serenidad de nuestro espíritu. Lo más que un contrario o el mayor tirano del mundo puede hacer con nosotros es matarnos, y esto no es mucho, porque sin que él nos mate, moriremos. Ante el *siempre*, nada es el *mañana;* nos agitamos por éste, incierto quizás, origen de nuestros deseos y ambiciones, y descuidamos aquél, severo, infinito, eterno, cierto. Las preocupaciones más graves cesan cuando sueño reposado y tranquilo se apodera de nosotros. No hay más que dormir, y el rey más poderoso de la tierra no disfrutará más en aquel instante que el último mendigo. Y es cosa singular que amando y deseando todos los días ese sueño, igualitario de todas las fortunas, se tema el sueño de la muerte. Quien sienta ese temor no se

inmortalizará en el campo de batalla ni donde se requiera el desprecio de la vida. Para vivir para la patria hay que saber morir por ella; en general, para saber vivir hay que saber morir.»

Lo más grande y poético que ha habido bido hasta ahora en la historia, ha sido la muerte de algunos justos. Es lo más seguro y lo más misterioso. La conclusión, pues, parece ser que es preciso permanecer con los ojos fijos en la muerte, a fin de dominarla lo mejor posible, y que la vida entera consiste en su enérgica, completa y perfecta dominación. No, no son filósofos, no son santos ni héroes, los hombres de las multitudes materialistas, que, arrastrados al hoyo obscuro de la muerte, van como los condenados del juicio final de Miguel Angel, rodando entrelazados al abismo sin fin, en una voragine de pánico. Lo son aquellos que entre las tormentas de la vida, se regocijan de llegar a estar sumidos en reposo eterno, los que aceptan como ley orgánica, independiente de lo psíquico, la descomposición final del cuerpo humano; los que no temen desaparecer y dejar de gozar la luz del sol y el espectáculo vario de las cosas; los que si lo temen convierten este temor en saludable freno para vivir una vida digna del hombre.

El gran temor que trae en suspenso a la humanidad desde el principio de los siglos; el que pone una valla al desenfreno ingénito; el que ha disciplinado las pasiones y pulido las costumbres; el que, para hablar con Blest, «reside a la marcha de la civilización para impedir la vuelta a la barbarie»; el espantable problema que el héroe de Shakespeare formulaba en su famosa duda, al borde de la tumba: «Ser o no ser», encuentra sin creencia a los hijos del materialismo moderno. Aun muchos pensadores que no son materialistas, piensan que la perspectiva de la inmortalidad no se anhelará más cuando la cultura haya progresado. Pero hay otros (en cuyo número me cuento) que afirman la inmortalidad del sér espiritual y otra vida que no tiene fin y donde recibimos adecuados premios y castigos. «¿Cómo no creer (decía ya Demóstenes) en la felicidad de aquellos que, recibidos entre las divinidades de los infiernos, participan de la residencia y de los honores otorgados a los hombres virtuosos de las edades precedentes?» Mejor se concibe la inquietud ante la enfermedad que el temor a la muerte. En *Los últimos días de Kant* cita De Quincey un rasgo singular en la manera que el filósofo de Koenisberg tenía de expresar su simpatía por los amigos

cuando estaban enfermos. Mientras el peligro era inminente, manifestaba una ansiedad llena de agitación, hacía visitas continuadas, esperaba con impaciencia la crisis y a menudo su turbación de espíritu era tal que no podía realizar el trabajo diario. Mas apenas se le anunciaba la muerte del enfermo, recobraba su calma y tomaba un aire de firme tranquilidad, casi de indiferencia. La razón era que consideraba la vida en general y, por consiguiente, esa particular afección de la vida que llamamos enfermedad, como un estado de oscilación y de cambio perpetuo, entre el cual y el flotar de las simpatías de la esperanza y del temor, había una relación natural que la razón justificaba, al paso que la muerte, estado permanente que no admite más ni menos, que termina toda ansiedad y para siempre extingue las agitaciones de la inquietud, no le parecía adaptado a otro estado de ánimo que una disposición de la misma naturaleza, durable e inmutable (1).

---

(1) Desde el punto de vista lingüístico, hace notar Breal *(Essai de sémantique*; pag. 170) que debemos a la expresión latina *defunctus*, para designar los muertos, a una locución que no carece de belleza en su sencillez, porque se completa con el *defunctus vitâ*: el que

Sólo puede ser imperecedero lo increado (1). Son estos conceptos que se condicionan, si-

---

ha pagado su deuda a la vida considerada como una función difícil y seria. *Defunctus memoriâ* es el recuerdo de los que, habiendo servido en su tiempo en el ejército de los vivos, han recibido su licencia. Por un sentimiento análogo, en Gregorio de Tours, *migrare* significa morir (bien que sobreentendiendo *ad dominum* o *a saeculo)*. Véase a Max Bonnet: *Le latin de Grégoire de Tours*, pag. 255.

(1) Aristóteles, *De coelo*, I, XII. Es una gran verdad lo que expresa Schopenhauer, en la división VIII de su obra *Ueber der Willen in der Natur*, al decir que «no cabe imaginar seriamente la indestructibilidad de nuestra verdadera esencia, no admitiendo la *aseidad* de la voluntad, como es también difícil hacerlo a no considerar la separación de la voluntad respecto al entendimiento... Así lo comprendieron, entre los antiguos filósofos, todos aquellos que enseñaron la inmortalidad del alma, sin que a ninguno de ellos se les ocurriera querer atribuir duración inacabable a una esencia *nacida*... De la confusión a que lleva la opinión expuesta nos son testigos las controversias mantenidas en la Iglesia por los *preexistencianistas*, *traducianistas* y *creacionistas*.» Dejando aparte toda afirmación aventurada en cuanto a la eternidad de la materia y de la fuerza, creo que ahora la filosofía ha adquirido la noción de *inmortalidad* en cuanto al espíritu, como concepción pluralística. Cada espíritu ha existido *idealmente* y como en potencia en la mente divina, no esencialmente en un sentido grosero de *preformación*.

guiéndose uno al otro, lo inengendrable a lo incorruptible y lo incorruptible a lo inengendrable, como se siguen lo engendrable a lo corruptible, siendo corruptible lo que es engendrable. En efecto, todo lo que se engendra está *ipso facto* sometido a una evolución, y no hay evolución sin disolución. ¿Debe, pues, sorprendernos nunca que lo que es mortal, muera? Anaxágoras, a la noticia de que acababa de perder a su hijo, respondió simplemente: «Ya sabía yo que lo había engendrado mortal» (1). Tal es la tésis, o si se quiere mejor, la hipótesis. El temor a la muerte, la sensibilidad, el terror a lo Dubarry, son imposibles morales en el hombre amamantado a los pechos de la filosofía. Un filósofo no siente; proyecta todos sus sentimientos, como Platón, al reino de la Idea, asimila su vida toda a la Voluntad que nunca muere, y se extingue en lo desconocido, seguro de la eternidad que ama. El temor es un efecto del odio; quien ama no teme. Y el filósofo ama la realidad, no ama el tiempo. Los afanes son por el tiempo, por las mudanzas, por la forma.

---

(1) Diógenes Laercio, *De vitis philosophorum*, II, X. Véase también a Bourdeau, *Le problème de la mort*, pág. 340.

Debemos distinguir, sin embargo, lo que produce la muerte de la mnerte misma; y, generalmente, no se hace esta distinción y se yerra en el juicio. Ya Voltaire (1) dejaba para otros el ensalzar las muertes fanfarronas de aquellos que entran en la nada con ojos estoicos: esta es la suerte de los animales; pero nosotros no morimos cual ellos, con indiferencia, sino cuando los años o una enfermedad nos convierte en iguales suyos por la estupidez de nuestros órganos (2).

---

(1) *L'ingénu*, XX.

(2) «Por lo tocante al hecho supremo de la vida, que es morirse, recuerdo haber leído en un escritor ascético, me parece que el P. Faber, que aconseja a los fieles no hagan comedias a la hora de la muerte, ni conviertan en tablado de teatro el lecho mortuorio, sino que se mueran natural y sencillamente; y a esto añade que muchos de los más grandes santos se murieron como los animales, acostándose a morir. Y de aquí saco, que, al decirse eso de *murió como un perro*, no se tiene en cuenta que la tal muerte es un morir de santo... Para el hombre perfecto es el morir una nueva función fisiológica, algo como el dormirse. Y si el parir la mujer con dolor aseguran ser efecto de la caída de nuestros primeros padres, y de haber con ella perdido el estado de pura naturaleza, el que sólo mediante la gracia se recobra, efecto también de la caída, signifique ésta lo que significare, ha de ser el morirse con dolor o el dolor de la muerte.» Unamuno, *Los naturales y los espirituales* (en *La España Moderna* de Enero de 1905).

Todos cuantos experimentan una pérdida grande, la sienten extraordinariamente, y el que ahoga tales sentimientos es porque lleva su vanidad hasta los brazos de la muerte. Acaso por esto mismo piensan algunos que el suicidio es lícito en determinadas situaciones; que nadie hay en la tierra que tenga el derecho y el poder de impedirnos acabar nuestros días en tales casos; y que son fastidiosos todos los raciocinios por los cuales se intenta probar: que no es permitido a nadie disponer de su libertad ni acabar de ser, aun encontrándose en un estado horrible; que no se debe salir de casa cuando no se puede estar en ella; que un hombre se halla en el mundo como un centinela en su garita: ¡como si le importara al Sér de los seres que la reunión de algunas partículas de la materia se hallen en un punto o estén en otro...! Razones débiles que una desesperación enérgica y pensadora desdeña escuchar, y a las cuales contestó Catón hundiendo un puñal en su pecho. En verdad, sólo Dios tiene imperio suficiente en nuestra alma para decidir de nuestra vida o nuestra muerte; su mano omnipotente detiene la nuestra cuando el hombre sucumbe a una debilidad.

Morir es, pues, consumar un acto de incalculable transcendencia, porque: o es cumplir

una ley de armonía; o es pasar a fundirse en el grandioso conjunto universal; o es el término de una creación accidental hecha por el Sér Supremo, subsistiendo siempre impersonal; o es el resultado final de una emanación de la substancia divina, que se encarna con la vida y se desencarna con la destrucción corpórea para volver a su origen. Un espíritu recto y modesto, acostumbrado a las grandes especulaciones de la metafísica, difícilmente dejará de admirar semejante significado divino de la muerte. Esto digo, por ser achaque del egoísmo individual humano levantar riza contra la muerte liberadora, resistir a la disolución que nos circunda y nos espera, asimilar al mezquino *yo* práctico el plan entero de la Providencia, y perder de vista las leyes generales armónicas y estéticas que encauzan y ordenan los acontecimientos en el caos de la creación. Porque así como durante un vasto período de tiempo, los antiguos filósofos construyeron sus sistemas de cosmogonía ptoloméica, suponiendo en el observador el centro del universo y a este último girando en torno del pequeño mundo en donde aquél estaba; así también los individuos, pobres sonámbulos, buscan salvarse de la nada, y no hallan medio mejor que creer en la continuación du-

rante la eternidad de lo que su vida tiene precisamente de egoísta, ilusorio, contingente y fenoménico. Las grandes especulaciones de la metafísica han alcanzado la victoria más difícil, la victoria mayor sobre el antropocentrismo, que yacía oculto en el instinto de inmortalidad personal, y que es la negación de la inmortalidad verdadera. Con esta victoria se ha comenzado una escatología, que me atrevo a llamar experimental, y cuya señal más importante es que en vez de la supervivencia del mezquino *yo* práctico, se afirma, como el más elevado fin de la humanidad, la persistencia de lo que hay de positivamente real en nosotros: la conciencia de lo Divino o de lo Absoluto, por la que participamos de lo Eterno y de lo Infinito. Así es como el hombre está seguro de su inmortalidad y la goza desde el presente.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

Luanco (Asturias).

LA ESPAÑA DE CARLOS II

Absurdas, sombrías y miserables marchaban las postrimerías de la dorada centuria, que no eran sino un andrajo de los tiempos de los primeros Austrias.

La monarquía sórdida del segundo Carlos seguía los destinos de España, víctima de una mujer fanática y concupiscente, de un jesuíta inteligente y avaro y de unos nobles sin nobleza.

Traíamos a la zaga todas las desventuras de la mala política de Olivares, consentida por el banal y desaprensivo Felipe IV. Ya habíamos perdido Portugal y Flandes y estábamos amenazados de perder Rosellón, Cataluña y los estados de Italia.

El infelice soberano, apenas se daba cuenta que vivía, y harto preocupábanse de que fuera de esta suerte su misma madre y la ca-

marilla egoísta que le rodeaba, toda ella hechura del P. Nitard.

El pueblo, de continuo esquilmado con gabelas e impuestos sobre la enorme carestía de la vida, padecía sufridamente, aunque eran a las veces sus doloridas quejas presagio de alguna grave revuelta que hiciese tambalear los puntales de la monarquía.

En tanto, los grandes, que siempre fueron carcoma y polilla de la nación sana, medraban como la espuma, y cada día era más lucido y magnífico el boato y tren de sus casas y más abundante y suculenta la vianda de sus mesas.

La gente humilde, la que con el sudor de su trabajo y la resignación de su pobreza sostenía toda aquella fábrica de vanidad y soberbia, miraba cruzar ante sí en la rúa de la calle Mayor, y en las vueltas del Prado de San Jerónimo, los opulentos trenes y las ostentosas cabalgadas de embajadores y palaciegos.

Rezongando, sin atreverse a que las protestas salieran muy allá de los labios, retirábanse a sus cuidados; pero sin intenciones de hacer nada por esfuerzo propio, sino pensando en que un Dios había en el cielo que mejorara su suerte.

Entre tanta miseria, de vez en cuando caían

en el pueblo, desde los salones del Alcázar, falsos rumores de la entereza y buena salud del monarca, y esto teníalo la gente por augurios y esperanzas de que cuando llegase a la mayoría de edad, fuese la salvación del Reino.

Pero lo cierto no era sino muy contrario.

El infelice niño estaba cada vez más enclenque, y de día en día acrecentaban los signos de su innata degeneración. En algún momento tenía un rasgo de viveza, una llama de clarísimo sentido; pero pasaba con la rapidez de un fuego fatuo para tornar a caer en su habitual postración e indiferencia de cuanto le rodeaba.

Todas las máculas y lacerías aisladas de sus mayores, habíanse acumulado en su cuerpo y en su espíritu, haciéndole un desdichado engendro condenado a vivir.

La reina madre, fanática, obtusa y egoísta, y el P. Nitard, avaro, miserable y jesuíta, medraban encendiendo su cuerpo y su alma con el fuego de los siete pecados capitales.

España, escarnecida y vilipendiada, buscaba ansiosamente un capitán que llevase a buen puerto la maltratada nave de sus derechos, una mano enérgica que contuviera tanto desmán y una inteligencia sana, horra de

egoísmos, que condujese al pueblo por un sendero de luz, y no hallando otro norte más despejado puso sus esperanzas en Don Juan José de Austria.

El hijo natural de Felipe IV y la *Calderona* había, cuando menos, fama de hombre bueno.

Pensaban las gentes que estaba postergado ya en vida de su padre, por su equívoca condición, pues sabido es que habiendo acudido como buen hijo a recibir el último aliento del autor de sus días, negose éste a recibirle con recia obstinación.

Lleno de amargura retiróse de la Corte como le mandaban, y cuando el trono hispano quedó a la merced de la estulticia de la reina y el egoísmo y la pedantería del jesuíta confesor, vió el postergado príncipe un rayo de luz en la penumbra de su vida.

Mas España estaba por el entonces condenada a padecer la gangrena de políticos ineptos y logreros, asesorados por una nobleza caduca y despreciable, y así, cuando tras de muchas vueltas y revueltas llególe el turno al señor Don Juan, no hizo más de desmontar la estatua de su padre y subir las subsistencias. No hubiese hecho ni más ni menos un gobierno de nuestros días.

Ello dió ocasión a aquella estrofilla de la musa popular que decía:

—¿A qué vino el señor Don Juan?
—A bajar el caballo y a subir el pan.

Ni siquiera quedábanos ya el esplendor literario del reinado anterior.

Habían ya a este tiempo rendido su tributo a la muerte los ingenios peregrinos, que fueron gloria del Parnaso hispano; únicamente, como girón de aquella dorada edad, quedaba el insigne capellán de Santa María, D. Pedro Calderón de la Barca.

Otros poetas, aunque muy estimables, no llegaban por sí solos a mantener el antiguo prestigio; y el Teatro, por falta de autores, comenzaba la jornada de aquella decadencia que en la centuria siguiente se agravó hasta alcanzar las proporciones de una verdadera catástrofe.

A la postre, con el clérigo Don Pedro, fuese el último clásico.

Comenzaban los tiempos de la prosa aun para la poesía. Erase preciso atender más a la vida que se desarrollaba mísera y triste, hasta para el mismo monarca, al punto de llegar los proveedores a negar sus productos a la Casa Real, y ser menester reclutar mozos

para las caballerizas entre los esportilleros y cargadores de la calle.

Sin embargo aun nos quedaba algo de nuestro espíritu: la fe.

Dicen que el que tiene fe se salva, y así nosotros, sobre todas las cosas, mirábamos el triunfo de nuestra religión. Tanto que, como remedio infalible, de ella echábamos mano para todas las calamidades; así cuando había peste acudíase primero que a la ciencia médica a impetrar la misericordia divina; cuando por falta de agua perdíanse las cosechas, antes que pensar cómo se las componían aquellos herejes moriscos que arrojó la devota majestad de Felipe III, para tener los campos fértiles y floreciente la industria se sacaba de paseo la carroña de San Isidro; cuando el más voraz de los elementos, el fuego, arrasaba un lugar, antes que con el agua, se acudía con Jesús Sacramentado.

La fe ha sido en España manantial que no se agota.

Si la hubiésemos podido explotar como producto nacional, con patente registrada, seríamos la nación más poderosa del orbe.

Con la fe cristiana hemos ido a todas partes, confiando antes en ella que en el propio esfuerzo.. y así nos lució el pelo.

La palabra del Espíritu Santo la oíamos primero que la de la Ciencia. Los distingos del teólogo adocenado y huero eran acogidos con más respeto y consideración que los del consejero grave y el doctor eminente.

Así, en el reinado anterior, mientras nuestros generales perdían batallas, provincias y aun reinos, y nuestras cancillerías salían poco airosas en tratados y convenios, el monarca, en lugar de tomar el parecer de buenos ministros, como no los había, ahorrándose el trabajo de buscarlos, admitía los consejos inexpertos y los melindres empalagosos de Sor María de Agreda.

Siempre fué Felipe IV muy amigo de monjas.

Valenzuela, aventurero, poeta y buen mozo, entró en Palacio y ocupó cerca de la reina todos los puestos que disfrutó el P. Nitard, excepto los de confesor e inquisidor general; pero tanto apretó la cuerda de su ambición que a la postre hubo de ahogar con ella su valimiento, cayendo en El Escorial prisionero de los partidarios de Don Juan de Austria. .

Murió éste, y otra vez vinieron a quedar el rey y el gobierno de España en las avarientas manos de la reina madre.

Dos veces matrimonió el monarca, mirando

dar un sucesor a la corona, y dos veces quedó fallida la pretensión.

Todo Europa tenía puesta su codicia en la monarquía española.

El fanatismo metióse otra vez de por medio e hilvanó la farsa absurda y bárbara de que Su Majestad estaba embrujado; miróse a salvarle del maleficio y a fuerza de conjuros exorcismos, azumbres de aceite crudo y agua caliente, le arrebataron la vida el 2 de Noviembre de 1700...

DIEGO SAN JOSÉ

POETAS ESPAÑOLES

LAS DOS FUENTES

Ah, ¡Señor! balbucí; me has dado un corazón
vibrante como el aire que tiembla del sonido,
sensible como un lago que a un roce se estremece,
obsesor como el eco de un último gemido.

Mi pena me ha llevado a veces al dintel
de la terrible puerta de la ciudad doliente,
y a veces mi esperanza me ha dicho que la tierra
para encerrar mi dicha sería insuficiente.

Mas hoy, no ya la tierra, hoy hallo el mismo espacio
mezquino y a ti acudo, Señor, pues imagina
qué sería de mí si un día me faltara
esa luz de la tierra que al cielo me encamina.

Hoy bendigo las zarzas de la tortuosa senda
—¡en la cual flotó polvo de Gethsemaní! —
hoy bendigo esa senda, pues que ella me ha llevado
a la más clara fuente que en sueños presentí.

Alfómbrame de abrojos la ruta que me espera:
—tanta dicha me diese pavor—pero ¡por ti!
que hasta el fin me rocíe el corazón, el agua
de la más pura fuente que en sueños presentí...

...Y en el jardín caliente, lunar y silencioso,
tal vez fuera alegría, tal vez fuera dolor,
tal vez el arrebato del bello arrobo místico;
lo cierto es que mis ojos veláronse de amor.

Y al través de ese velo—envuelto en blanca túnica,
despertando la esencia florida del jardín—,
creí ver que Jesús, inmenso de belleza,
llegaba y me decía con un dulzor sin fin:

«¡Qué sabes del misterio que brilla en tus penumbras!
¡qué sabes de la causa ceñida a tu dolor!
¡ama, que si en el premio que tu dolor te ha dado
sabes hallar dulzor;

»cuando acabes la senda que, sin vacilaciones,
apoyado en las fuertes muletas de la fe,
habrás seguido, entonces saldrás a la hermosura
que Yo mismo soñé;

»Y en los verdes vergeles en donde encontrarás
cuanto tu corazón hoy ama con pureza,
con cálida delicia recordarás del mundo
las horas de tristeza.

»Las ansias de ternura —que en Mí verás saciadas—
y los grandes dolores que en darte consentí,
viendo que te rocía el alma el agua pura
de la más clara fuente que en sueños presentí...»

I. M.

A Emilio de Riquer.

Son las seis de la tarde y ha una hora
que es de noche. Abandono el calor dulce
de mi estudio, y aún ebrio del espíritu
de Pascoaes, con quien he comulgado,
dispóngome a salir.
Abro la puerta,
cerrada con cerrojos y cadenas,
y saludo a la noche. Están las sombras,
frías, siniestras casi, pues la luna
que esta noche debiera plenamente
platear de ternura melancólica
la excelsitud del valle, se halla enferma...
Se arrebuja debajo de las mantas
haraposas, y ansiosa se descubre
poco después, y a arrebujarse vuelve
poseída de fiebre...
Apenas veo
donde pongo los pasos... Sopla un aire
norteño que me hiere con su filo...

¿Dónde voy?... En rigor salgo tan sólo
por gozar del encanto del regreso,
por gozar del contraste... —¡Oh, los faroles
de las últimas casas de la aldea,
colgados de una esquina, con sus llamas
de gas, que al viento oscilan añorantes!—
Mas la aldea está cerca y el pretexto
de mi salida es recoger las nuevas
llegadas con las sombras. Voy soñando
todavía en las magnas maravillas
del divino Teixeira de Pascoaes...

La luz de los faroles me deslumbra;
vuelvo a la realidad; cruzo una calle
casi desierta y entro en una humilde
vivienda casi a obscuras. Salgo de ella
con tres misivas. A la luz más pródiga
de una carpintería curioseo...
Las cartas... La tercera... ¡Oh, la tercera!...
Siento que palidezco y se obscurece
la luz sobre la carta... Vacilante
me arrastro hacia la sombra donde lloro. .

Mi amigo de mi alma me ha dejado
por el azul, su patria, que es la mía...
Cruzo luego muy rápido la calle
para hallarme conmigo en despoblado...
Reacciono... La luna plena brilla
sobre un trozo de azul, con una estrella...
Siento una profundísima tristura,
luego melancolía, luego... luego

parece que mi amigo me consuela:
«Soy feliz... ¡Cuán feliz!... No te imaginas...»
Mi alma se anega en el azul y elévase
más y más. Sigo andando con los ojos
absortos... El azul se ha ido encubriendo...

Subo la breve y empinada cuesta
y me hallo ante mi hogar, maquinalmente,
La luz de un amplio ventanal me daña
con acritud. Tras de él está la mesa
dispuesta y unas flores... Quedo atónito
de este cuadro. Deténgome y contemplo
mi hogar como un difunto...
Y hallo extraño
ver cosas materiales. Creo apenas
que en mi casa las almas tengan forma...

FERNANDO MARISTANY

San Pedro de Ribas (El Mur); Agosto, 1918.

DEJA QUE DUERMA EL CORAZÓN

Deja que duerma el corazón... Que nunca
se despierte a las risas ni a los llantos.
Que en su perpetua noche blanca
nadie rompa sus éxtasis serenos,
cuya fragancia en el azul se pierde
perfumando las nubes viajeras.

Que duerma así: de espaldas a la vida,
mientras caiga el rocío de las horas
sobre sus ritmos,
dejando de ellos mieles de quimera
y perfumes de cosas imposibles...
Y cuando el vellón blanco de los sueños
no haga girar su rueca,
que apague sus latidos dulcemente,
y en la Vida Inmortal sus ojos abra
con el ingenuo despertar de un niño.

El terciopelo rosa de tus senos..

El terciopelo rosa de tus senos,
de todas las fragancias constelado,
sabe de las torturas infinitas
de las voracidades de mis manos.
Ellas un día rasgarán tu carne;
se encenderá con púrpura de ocaso
al abrirse las fuentes de tus venas
tu virginal serenidad de mármol,
y mis dedos, feroces como sierpes,
estrujarán tu corazón extático,
robándole las mieles de sus sueños
para mi corazón amargo.

El retorno.

Otra vez en las nieblas de mi noche se enciende
la luz de tus pupilas doradas,
y en los surcos labrados en mi frente, tus manos
siembran un antiguo perfume.

Otra vez esta angustia de mi sed infinita
beberá miel y ajenjo de la fruta madura
de tus labios, que encierran
la esencia de tu carne celeste,
y el sepulcro labrado sobre espumas de sueños
donde yacen mis horas blancas,
será santificado por la luz prodigiosa
de las Resurrecciones...

¡Ya has borrado el enigma de los viejos caminos
que se llevaron tu secreto!
Ahora, cuando la angustia de mi ensueño vendimie
racimos de inquietudes sombrías,
tú serás en mi pecho como un claro de luna
que encante al ruiseñor de mi alma.

Y el día en que tus manos implacables
minien nuevas torturas en mi corazón roto,
hallarán, en el fondo de las llagas sangrientas,
bíblicas rosas de perdón.

RAMÓN PRIETO Y ROMERO

Madrid; Agosto, 1918.

ENSUEÑOS LÍRICOS

En la terraza del jardín desierto,
contemplamos el mar: parece muerto,
como tu voluntad, como la mía.

Aun luce Venus; su fulgor incierto
es de una plácida melancolía...
El cielo taciturno, por oriente,
inicia una sonrisa luminosa.
El alba...
Suavemente
van tomando matices de oro y rosa
las nubes... la blancura de tu frente...
La nieve nunca hollada,
de los montes lejanos...
¡Yo veo refugiarse en tu mirada
la noche fugitiva
mientras siento en mis manos
temblar las tuyas, pálida cautiva!
Puedo llamarte así, ya que el ensueño
te ha aprisionado, como a mí, en sus redes;
él ha sido y será tu único dueño;
de él quisieras huir... ¡pero no puedes!
¡Siempre el lírico ensueño; y en sus lazos
sintiéndose inmortal nuestra flaqueza!
Tú, como yo, los implorantes brazos
tiendes hacia el altar de la Belleza,
y encendiste una pira perfumada
al culto más excelso consagrada.
¡Cómo fascina la grandiosa hoguera
junto al ara inmutable!
¡Si en el fuego ritual me fuese dable,
como exvoto de cera,
fundir mi corazón! ¡Si mi insaciable
ansia torturadora
—la emoción creadora—

se pudiese inflamar en las divinas
llamas de nuestra ofrenda!
¿Dejarás que se apague? ¿No adivinas
la obscuridad en tu insegura senda
—tal una noche negra en el Sahara—
si el confortante resplandor faltara?

Buen espíritu hermano:
que nuestro ensueño ¡la celeste rosa!
sobre la horrible prosa
del absurdo sainete cotidiano
esparza su fragancia milagrosa...
Que en el tedio, la gris monotonía
de la existencia, como en mar silente,
cubie[illegible] una bruma opaca y fría,
dejes gallardamente
bogar la nave de la fantasía:
bajel de encanto, de leyenda y mito;
trirreme engalanada
cuya proa dorada
si[illegible]bre está dirigida al infinito!...

MANUEL VERDUGO

Tenerife; Agosto, 1918.

CREPÚSCULO

Al Conde de San Julián.

En las tardes caliginosas
del mes de Agosto, estaba más bonita,
con la carne rosada y los ojos azules,
como el mar
que ante nosotros, terso,
tangente al cielo,
en el recto horizonte bruñido por el sol
espejeaba.

Estaba más bonita encendida de sangre,
silenciosa de fuego,
como si el sol ardiente fuera
su corazón de luz;
como si el cielo
bajara a sus pupilas
para divinizarse en su gracia de aurora,
y las flores abrieran bajo su piel de raso.

Menuda, rubia, blanca,
recibía el ensueño en su espíritu blanco,
ingenuo, candoroso, de virgen que presiente
todo cuanto la vida le ocultara
con su precioso velo de inocencia.

Se ponía su alma roja como la lumbre,
y roja como mi deseo
irresistible, que dejaba
mi sér en carne viva,
dispuesto a fenecer en un suspiro;
a quebrarse mis nervios en tensión...
Tal musical silencio
interior, experimentaba
ante la novia
menuda, rubia, blanca,
que se fué por el mar, una tarde, a otro reino
sin que mis labios los suyos besaran;
sin que mis manos locas de su blandura
ondulante, flotaran en su onda;
ni mis brazos, serpientes lujuriosas,
se enroscaran al tronco de su árbol
primaveral.

El cuento de las olas
balbuceaba en la arena...

Sus ojos se perdían, se perdían
cada vez más perdidos
en la mirada, que al infinito iba
en viaje de ensueño.
El barco de ella por el mar del viento
abría sus velas blancas,
cruzando siempre blanco,
con las velas henchidas por la brisa
de sus anhelos imposibles.

Salió la luna al último suspiro
de la tarde, entre unos montes
negros de sombra...
Yo le tendí los brazos... y ella
tendiéndome los suyos a distancia, se alejó.
Sólo quedaron en el aire
nuestros pañuelos temblorosos
en último saludo...

Después no la volví a ver más.

ELIODORO PUCHE

Madrid; Septiembre 1918.

COMO LA BRÚJULA

Ir siempre adelante, mirando adelante,
con un avezado valor,
la vista anhelante
y un sólido andar retador.
Que pese a las curvas del curvo camino,
la vida es bien recta y es recto el destino.
Ir siempre adelante. Y el paso
tan sólido y fuerte,
que sea como un reto al acaso;

y el paso derecho y seguido a la muerte.
Partir y avanzar; ni en los tristes adioses
los ojos se vuelvan jamás;
marchar, que también se han marchado los dioses;
vayamos nosotros detrás.
Marchar avanzando, de frente y sin tregua,
buscando el postrero confín,
con un ideal de andarín,
el simple ideal de la legua...
Si es bella la senda marcada entre flores,
tomar al pasar una flor;
si suenan reclamos de amores,
tomar al pasar un amor,
y siempre seguir... Como buen caminante
que nunca se para;
ir siempre adelante, mirando adelante.
Pero yo... voy volviendo la cara.

José BRUNO

Madrid; Septiembre 1918.

SILUETAS LITERARIAS

El manco de la superstición.

La traza física del autor de las «Sonatas» y «Romance de lobos» tiene el matiz austero y trágico, místico y altivo de los personajes de sus libros, que aparecen desenvolviéndose en un ambiente arcaico de leyenda, en cuyo fondo la superstición se nos presenta en quimeras maravillosas.

Una de esas figuras enflaquecidas y tétricas, pálidas, de expresión serena y soñadora, que «El Greco» espiritualizó en sus lienzos, parece D. Ramón del Valle-Inclán.

Barba larga, ambigua, descuidada, en la que luce el plateado de algunas canas dando

marco a su rostro enjuto, de piel lívida, donde brillan, tras aconchadas gafas, unos ojos brujos, que sugestionan con su pardura agresiva e indómita...

Viste siempre de oscuro su cuerpo mutilado. La manga vacía da una sensación trágica a su figura de monje soñador.

Rubén Darío retratóle magistralmente en un solo verso:

Este gran Don Ramón de las barbas de chivo...

Como su figura, es misterioso su arte. La obra de Valle-Inclán, está troquelada en suprema estética, música de palabras en que ríe el ingenio, en aleteo apasionado, malaventuras de ancestrales tragedias...

Ingenua y primitiva, su prosa impecable, está entretejida con arte sumo, al clásico sabor literario. Valle-Inclán, al escribirla, busca la suavidad, la cadencia, la luz. .

Él mismo, poseído de su valer, de su originalidad, de su potencia emotiva, rítmica, se reconoce creador de una nueva escuela literaria, en el prólogo de su libro *Corte de Amor:*

«En el arte como en la vida, destruir es crear. El anarquismo es siempre un anhelo de

regeneración, y, entre nosotros, la única regeneración posible...

Yo he preferido luchar para hacerme un estilo personal, a buscarlo hecho, imitando a los escritores del siglo XVII. Leyendo a los antiguos aprendí dónde se hurtan esos postizos clásicos con que disfrazan su miseria literaria todos los desventurados que van a segar en los fértiles campos de Cervantes y de Quevedo, como los villanos gallegos van a las Castillas para segar espigas en el campo del rico... Pero hallo mejor hacerme un huerto y trabajar en él, solo y voluntarioso.

De esta manera hice mi profesión de fe modernista.

Buscarme en mí mismo y no en los otros. Porque esa escuela literaria tan combatida no es otra cosa. Si han caído sobre el a toda suerte de anatemas, es tan sólo porque le falta tradición...»

Todo superficialidad, pero todo belleza, es su obra: intensa en escenas, inquietudes y estados llenos de misticismo, de quietud, de éxtasis...

Es un hombre de una inventiva poderosa, gran soñador y espíritu contagiado de romanticismo, que inútilmente quiere disfrazar.

Su cenáculo es nutridísimo, gente joven la

mayoría, que acude a oir las maravillosas historias, los dichos ingeniosos y flagelantes de «este gran Don Ramón», en cuyos ojos brujos, de mirar agudo, oscuros y penetrantes, se lee una larga historia de superstición...

ANTONIO VALERO DE BERNABÉ

DE ARTE ESPAÑOL

Mariano Benlliure y su obra.

Breves consideraciones sobre el arte de Mariano Benlliure son las que voy a exponer y no un detenido estudio, como merece el ilustre artista valenciano; pero el espacio no lo permite y he de ajustarme a la simpática medida de la revista, que sólo pide prontitud, amenidad, justeza de pensamiento y una breve forma de distraer el espíritu de todo el que busca una impresión nueva, del intelectual.

De Mariano Benlliure puede decirse que está en su tercera época, como los grandes maestros, como los que han llegado al máximo. Ha llegado a dominar la técnica admirablemente, por convicción, sin el menor *titubeo;* esa *tartamudez* de los jóvenes maestros no la cono-

ce; siguió su impulso tal y como se mostraba en su espíritu. Por esto llegó seguro, formado por completo, como los artistas de verdadero temple, como los que necesitan una sola cosa: trabajar, trabajar y trabajar.

En efecto; Benlliure está en su tercera época, y lo que es más importante, más extraño, lo que no suele darse ni en ciencia ni en arte: Benlliure se está renovando; esto sucede muy pocas veces. Hace falta un fuerte temperamento unido a una absoluta seguridad de tecnicismo, y una afición o amor al arte verdaderamente extraordinario; sólo así se da el caso de que un artista se renueve; «renovarsi o morire», según la frase de Platón, tan divinamente entendida por D'Annunzio.

Esta tercera época de renovación en Benlliure tiene una gran importancia en el arte español, precisamente porque su renovación es viril, entusiasta, juvenil y amplia; como si después de un detenido examen sobre toda la labor hecha, el artista, sin esfuerzo ninguno, sin vacilación, sino como lo más natural del mundo, *modelase* con más brío y más sabiduría; algo así como si la divina naturaleza, agradecida del artista, le diese nuevamente más cantidad de espíritu artístico. Por esto, Benlliure es hoy más escultor que nunca.

En su primera época, de joven, ya de vuelta de su pensión en Roma, Benlliure está en posesión de un sentido escultórico amable, fino, preciosista, de un preciosísimo *plateresco*, en el que domina una sonriente y fresca llamarada que anunciaba franca y resueltamente la noble imagen de su ingenuo e inquieto temperamento meridional y de su arte genial sin desequilibrio. Igual que su época, lo mismo que el medio ambiente en el cual tuvo que desenvolverse. Siguió a su tiempo admirablemente adaptado, y esta gran bondad fué su peor enemigo, puesto que así la revelación interior de un artista de verdadero temperamento, se oculta misteriosamente con la constante duda de no ser comprendido; por esto, precisamente, Benlliure se entregaba con más cariño y más genialidad en las obras de tamaño pequeño. Más tarde, ya en su segunda época, cuando empezó a hacer obras de grandes proporciones, cuando se le buscaba para los muchos monumentos que decoran plazas y paseos, no sólo de España, sino del extranjero, nuestro gran escultor modeló la España que tenía ante sus ojos, una España mediocre, sin grandes prestigios. Fidias tuvo a Pericles, y la suerte de nacer y vivir en una época en la cual la religión de los griegos no

fué mezquina, celosa y tiránica; nunca tuvo colegios de sacerdotes ni teología fijada por un símbolo de fe; fué todo imaginación, todo poesía; ella dió, desde sus comienzos, el maravilloso concepto de lo independiente y de lo bello en arte, todo libertad al genio y al talento. Dice M. Beulé: «La mitología es un inmenso y magnífico tejido de ficciones que enlaza el universo entero, como una red de oro y de luz...; es la creación más brillante de la inteligencia humana». Miguel-Angel también disfrutó de una época propicia para él, ¿cómo comparar los encargos de ahora con los de los Papas Pablo III, Julio II y el celebrado Papa Sixto? Hoy dice un político a un artista: «póngame en el retrato muy bonitas las condecoraciones» (todo esto con un traje absurdo), y en el siglo XVI, cuando modelaba Miguel-Angel la estatua del papa-guerrero, el artista le preguntó: «¿No convendría, Padre Santo, ponerle un libro en la mano?— Ponle una espada, pues de letras no entiendo nada»; contestó Julio II. Lo que prueba evidentemente lo mucho que influye en un artista la importancia del personaje que ha de inmortalizar. En el caso del maestro Benlliure, de todos los monumentos que ha erigido en Madrid, el que tiene genialidad y más fuerza es precisamente la es-

tatua de Goya. ¿Para qué personaje de los inmortalizados por Benlliure puede inscribirse en su estatua como podía hacerse en la de Goya, al igual que reza en la preciosa urna de pórfido en donde se conserva religiosamente la mano derecha de Canova (Academia de Bellas Artes de Venecia), aquellas palabras que dicen:

«Quod mutui amoris monumentum
Idem gloriæ incitamentum sit?»

Claro que al referirme a la estatua de Goya, me refiero en lo que tiene de escultórico, pues como estatua de vigor, de calidades del natural, es superior la hermosa cabeza de la estatua de Trueba, que está en Bilbao. Y así el retrato de Don Alfonso XIII, de hace algunos años, como también la cabeza en bronce, retrato del maestro Domingo Marqués, inaugurada y colocada recientemente en uno de los jardines de Valencia... Todo esto prueba que Benlliure, desde su magnífico «Monaguillo», siempre tuvo en grado mayor todas las grandes condiciones del escultor moderno. Y digo escultor moderno, porque si Benlliure hubiese estudiado de joven arquitectura para no valerse del gusto y costumbres de los arquitectos que ha tenido

que sufrir, sus monumentos, por lo que se refiere a los pedestales, serían aun mas armónicos, con arreglo a su factura genial y sólida.

Estamos presenciando la tercera época o etapa de su arte, mejor dicho, empezamos a gozar de las producciones que han de pertenecer a su tercera época; a un estado espiritual ya madurado por una gran experiencia, la cual imprime en su nuevo arte una suave tranquilidad que dice por si sola su madurez, su dominio de la técnica y lo mucho que ha enriquecido su conocimiento estético. Lo que tiene como consecuencia un concepto más amplio de lo monumental.

Al Maestro Benlliure no le ha sorprendido la evolución en la escultura moderna; es decir, en los actuales maestros jóvenes, sencillamente porque su arte ha ido evolucionando hasta llegar a lo que produce hoy; que siendo la misma *manera*, es, en cambio, más *escultura*, más arte. Esto como cosa natural, como motivo genuinamente fisiológico, natural en todo gran artista de rico temperamento. Y como motivo moral e intelectual porque su cultura artística es inmensa; no hay más que hablar con él un rato sobre los museos de Europa, para quedar enterado de muchas cosas

muy interesantes que se suelen dudar. Y como motivo fundamental, porque él es el maestro de casi toda la actual generación, hasta el punto de que los jóvenes de más conocimiento técnico, demostrado ya en obras de gran importancia, como así en distintos concursos como lo prueba Capuz, J. Higueras, V. Navarro, Hortens, Marcos Coll, Juan Cristóbal, Lorenzo Salazar, Rubio, y otros que pronto merecerán la estimación de ser nombrados, los actuales discípulos, han aprendido de Benlliure lo que precisamente ignoran algunos que tienen la pretensión de ser maestros sin haber conseguido la parte indispensable del *oficio*.

La característica de la renovación en Benlliure consiste en los nuevos aspectos ya indicados de más dominio técnico, más amplio de concepto escultórico y más estético, todo esto es natural en un artista como Benlliure; pero la característica de su renovación más importante, lo que se da muy pocas veces, y mucho menos cuando se ha producido tanto como Benlliure, es la creación del sello personal en la obra de arte; esto es, poner en la obra, al renovarse, toda la cantidad de espíritu ganado, de nuevos impulsos, de nuevos conocimientos, de naturalidad en la ejecución

al poner lo ganado en concepto; al hacer verdadera escultura. Todo lo expuesto sobre su renovación (y, según creo, es la primera vez que se trata de ese aspecto) puede verse en las obras que ha terminado después de 1910; entre las muchas que podía enumerar merecen un especial estudio los retratos de D Joaquín Sorolla y el del Duque de Alba, así como los de algunas señoritas y los de unos niños. El retrato de Sorolla es como retrato de parecido y por su expresión y *sabor* del natural, uno de los retratos, en escultura, de más positivo valor de cuantos se han hecho desde hace más de cincuenta años; es un hermoso trozo del natural, entendido con ese concepto noble, sencillo a fuerza de estar *naturalmente* parecido, a manera de factura velazqueña. Y de tal manera es magnífico el retrato que puesto a hacer un desinteresado análisis, se pueden establecer muy curiosas comparaciones con el retrato de Sorolla y el del montañés, de D. Diego Velázquez de Silva. Lo mismo puede decirse del retrato hecho al Duque de Alba; merece los mismos honores, con la diferencia de ser más interesante uno de los retratados; claro está que me refiero a Sorolla, hoy uno de los pintores más *grandes* del mundo. Y dejaremos para el próximo artículo

algunas reflexiones más sobre la renovación en el arte amable y extraordinario del Maestro de muchos maestros jóvenes de la actual escultura española.

FRANCISCO POMPEY

Cartuja de Santa María del Paular (Rascafría); 5 de Septiembre de 1918.

EL SEÑOR DIABLO

¿Conocen al Diablo? No seré yo quien les cuente la vida suya. Y sin embargo, me sé de memoria su leyenda trágica, luminosa, celeste, grotesca y suave.

El Diablo es la figura más dramática de la Historia del Alma. Su vida es la gran aventura del mal... Fué él quien inventó los afeites que hacen languidecer al alma y las armas que ensangrientan el cuerpo. Y no obstante, en ciertos momentos de la historia, el Diablo es el representante inmenso del derecho humano. Quiere la libertad, la fecundidad, la fuerza, la ley. Y entonces es una especie de Pan siniestro en el cual rugen las profundas rebeliones de la Naturaleza. Combate el sacerdocio y la virginidad; aconseja a Cristo que viva y a los místicos que se incorporen a la humanidad.

Es incomprensible; tortura a los santos y defiende a la Iglesia. En el siglo XVI es el mayor celador de la colecta de los diezmos.

Es envenenador y estrangulador. Es impostor, tiránico, vanidoso y traidor. No obstante, conspira contra los emperadores de Alemania, consulta a Aristóteles y a San Agustín, y tortura a Judas que vendió a Cristo y a Bruto que apuñaló a César.

El Diablo tiene al mismo tiempo una tristeza inmensa y dulce. ¡Tiene tal vez la nostalgia del cielo!...

Aun joven, cuando los astros le llamaban Lucifer, *el que lleva la luz,* se revuelve contra Jehovah, y dirige una gran batalla entre las nubes.

Después tienta a Eva, engaña al profeta Daniel, silba a Job, tortura a Sara, y en Babilonia es jugador, payaso, difamador, libertino y verdugo... Cuando los dioses fueron desterrados, acampaba con ellos en las húmedas selvas de la Galia y embarcaba expediciones olímpicas en los navíos del Emperador Constancio. Lleno de miedo delante de los ojos tristes de Jesús, venía a torturar a los monjes de Occidente.

Escarnecía a San Macario, cantaba salmos en la iglesia de Alejandría, ofrecía ramos de claveles a Santa Pelagia, robaba las gallinas del abad de Cluny, cosquilleaba en los ojos a San Sulpicio y por la noche llegaba, cansado

y empolvado, a llamar a la portería del Convento de Dominicos en Florencia e iba a dormir en la celda de Savonarola.

Estudiaba el hebreo, discutía con Lutero, anotaba glosas para Calvino, leía atentamente la Biblia y venía al anochecer a las encrucijadas de Alejandría a jugar con los frailes mendicantes, sentado en la hierba o sobre la silla de su caballo.

Intentaba procesos contra la Virgen, y era el pontífice de la misa negra, después de haber inspirado a los jueces de Sócrates. En sus días de senectud, él, que había discutido con Atila planes de batalla, dábase al pecado de la gula.

Y Rabelais, cuando lo vió así, fatigado, maltrecho, calvo, gordo y soñoliento, le silbó. Entonces el demonógrafo Wier escribe contra él folletos sanguinarios y Voltaire lo acribilla de epígramas.

El Diablo sonríe, mira en derredor suyo los calvarios desiertos, escribe sus memorias, y en un día nublado, después de haber dicho adiós a sus viejos camaradas, los astros, muere fatigado y silencioso.

El Diablo fué celebrado por los sabios y por los poetas. Proclo enseñó su sustancia y Presul, sus aventuras de noche. Santo Tomás

reveló su destino. Torquemada dice su maldad y Pedro de Lancre, su inconstancia jovial. Juan Dique escribe sobre su elocuencia y Jacobo I de Inglaterra, hizo la corografía de sus Estados. Milton cantó su belleza y Dante escribió su tragedia. Los monjes le levantaron estatuas. Su sepulcro es la naturaleza.

El Diablo amó mucho. Fué enamorado gentil, marido, padre de generaciones siniestras. Fué querido, en la antigüedad, de la madre de César, y en la Edad Media fué amado de la bella Olimpia. Casóse en Brabante con la hija de un mercader, Tenía lánguidas entrevistas con Fredegunda que asesinó a dos generaciones. Era el enamorado de las frescas serenatas, dadas a las mujeres de los mercaderes de Venecia.

Escribía melancólicamente a las monjas de los Conventos de Alemania.

Feminæ in illius amore delectantur, dice trágicamente el Abad César de Helenbach. En el siglo XII tentaba con miradas llenas de sol a las madres melodramáticas de los Burgraves. En Escocia había grandes miserias sobre los montes; el Diablo compraba por quince chelines el amor de las mujeres de los *highlanders*, y les pagaba con dinero falso que fabricaba en compañía de Felipe I, de Luis VI, de

Luis VII, de Felipe el Hermoso, del Rey Juan, de Luis XI, de Enrique II, con el mismo cobre de que se hacía las calderas donde se cocía vivos a los monederos falsos...

Pero yo sólo quiero contar la historia de un amor desventurado del Diablo en las tierras del Norte.

¡Oh mujeres, vosotras que lleváis dentro del pecho el mal que nada cura, ni los ungüentos, ni los bálsamos, ni los rocíos, ni los rezos, ni el llanto, ni el sol, ni la muerte, venid a oir esta historia florida!...

Era en Alemania, donde nace la flor del absinto.

La habitación era toda de madera, adornada, bordada, repujada, cincelada, como la sobrepelliz del señor Arzobispo de Ulm.

María, clara y rubia, hilaba en el balcón lleno de tiestos, de trepaderas, de ramajes, de palomas y de sol. En el fondo del balcón había un Cristo de marfil. Las plantas limpiaban piadosamente, con sus manos de hojas, la sangre de las llagas; las palomas, con el calor de su buche, calentaban los pies

doloridos. En el fondo de la habitación el padre de ella, anciano, bebía la cerveza de Heidelberg, los vinos de Italia, las sidras de Dinamarca. Era vanidoso, gordo, soñoliento y malo.

Y siempre hilaba la muchachita. Presa a la rueca por un hilo blanco, siempre el huso saltaba; preso a su corazón por una tristeza, siempre vibraba un deseo.

Y todo el día hilaba.

Ahora debajo del balcón pasaba un lindo mozo, delicado, melodioso y tímido. Venía a recostarse en la columna frontera.

Ella, sentada junto al crucifijo, cubría los pies de Jesús con sus largos cabellos rubios.

Las plantas y los follajes, encima, cubrían de frescura y de sombra la cabeza de la imagen. Parecía que toda el alma de Cristo estaba allí; consolando arriba en forma de planta, amando abajo en forma de mujer.

El, el blanco mozo, era el peregrino de aquella santa. Y su mirada buscaba siempre el corazón de la dulce muchachita y la mirada de ella, seria y blanca, iba a buscar el alma de su bien amado.

Los ojos escrutaban las almas. Y venían radiantes, como mensajeros de luz, a contar lo que habían visto. ¡Y era un encanto!...

—¡Si tú supieses!—decía una mirada—. El alma de ella es inmaculada.

—¡Si tú vieses!—decía la otra—. El corazón de ella es sereno, fuerte y rojo.

—¡Y es consolador aquel pecho donde hay estrellas!...

—¡Y purificador aquel seno donde hay bendiciones!...

Y miraban ambos, silenciosos, extáticos, perfectos. Y la ciudad vivía, los árboles crujían bajo el balcón del palacio de los Electores; la trompa de caza sonaba en las torres, los cantos de los peregrinos en los senderos; los santos leían en sus nichos, los diablos burlábanse en la escalinata de las iglesias, los almendros tenían flor y el Rhin arrastraba cánticos de lavanderas...

Y ellos se miraban y los follajes anidaban en los sueños y Cristo anidaba en las almas.

Una tarde, las ojivas estaban radiantes como mitras de arzobispos; el aire era suave, el sol habíase ocultado; los santos de piedra estaban enrojecidos o por los reflejos de la luz o por los deseos de la vida. María en el balcón hilaba su madeja. Jusel, recostado en el pilar, hilaba sus deseos.

Entonces, en el silencio, a lo lejos, se oyó

gemir la guitarra de Inspruck que los pastores de Helyberg pulsan, y una voz robusta cantó:

Tus ojos, mi bien amada,
son cual dos noches cerradas;
mas los labios son de luz
y ellos cantan alboradas.

Tus senos, ¡reina de gracia!
son cual dos puertas de cera...
Si mi boca fuera un sol
¡cómo te las derritiera!...

Tus labios, ¡oh, flor de carne!
son puertas del paraíso;
y el banquito de San Pedro
está en la muela del juicio.

Querría tener camisa
de un tejido bien hilado
hecha de todos los ayes
que ya tu pecho ha exhalado (1).

---

(1) Se advierte que estas estrofas, de positivo mal gusto, imputable al autor, pues las he traducido literalmente, son una mezcla de las reminiscencias de literaturas germánicas que en aquella época cultivaba Eça junto con un tono general de *fado* de su tierra, que dan por resultado un producto bastante deficiente. Eça, por lo demás, nunca fué un poeta aunque en la misma época en que escribía estas páginas, publicase la *Serenata de Satán a las estrellas* (véase la revista *Revolucão*

¡Cuando hayamos de casarnos
canta misa el ruiseñor,
y tu vestido de novia
será tejido de sol!...

La bendición nos dará
una encina fatigada;
y por regalos de boda
tendremos gotas de escarcha.

Y al fondo de la calle apareció un hombre fuerte, de una palidez de mármol. Tenía los ojos negros como los dos soles legendarios del país del mal. Negros eran los cabellos, fuertes y resplandecientes. Llevaba prendida al pecho una flor roja de cactus.

Detrás venía un paje perfecto como una de las antiguas estatuas que crearon en Grecia la leyenda de la Belleza. Andaba convulsamente como si se hiriese los pies en las losas. Tenía los ojos inertes y fijos de los Apolos de mármol. De su traje se exhalaba un olor de ambrosía. La cabeza era triste y serena como la de los que tienen la nostalgia inmortal de

---

de Septembro, 29 de Agosto de 1869); serenata que tiene vestigios de lecturas de Baudelaire y de Gerardo de Nerval y a la cual él luego había de aludir, poética y cariñosamente, como una evocación de juventud, en *Correspondencia de Fradique Mendes*.—NOTA DEL TRADUCTOR.

una patria querida. Traía en la mano un ánfora esculpida en Mileto, donde se sentía la suavidad de los néctares olímpicos.

El hombre de la palidez de mármol vino hasta el balcón y entre las gemebundas súplicas de la guitarra, dijo sonoramente:

—La gentil moza, la linda Isolda del balcón, ¿permite que estos labios de hombre vayan como dos peregrinos colorados de sol en dulce romería de amor, de sus manos a su cuello? (1).

---

(1) A los admiradores de Queiroz, que conocen todo el encanto del estilo sobrio, terso e impecable de sus novelas, hay que advertirles, para que no les asombre este estilo dificultoso, erizado de conceptismos y de imágenes rebuscadas, estilo laborioso y gongorista, que parece tener reminiscencias de nuestro siglo de oro; que este ensayo está sacado de *Prosas bárbaras*, recopilación de sus primicias literarias publicadas en *Revolucão de Setembro* y *Gazeta de Portugal*, de las cuales se reía él mismo a carcajadas cuando dos años después Jayme Batalha Reis le releyó las «Memorias de una horca», que se incluyó luego en el volumen. «Al oir su obra primitiva, Eça de Queiroz soltaba carcajadas sarcásticas, gritos de indignación contra las imágenes, el asunto, el estilo». (Jayme Batalha Reis: *Introducão ás Prosas Bárbaras*, VIII. pág. LXV; véase la 3.ª Edición; Porto, 1917, que es la que ahora tengo a la vista o cualquiera de las dos anteriores).—NOTA DEL TRADUCTOR.

Y mirando a Jusel que deshojaba una margarita, cantó lentamente con grandes risotadas frías y metálicas:

Quien despluma a un ruiseñor
y rasga una triste flor,
muestra que dentro del pecho
sólo hay harapos de amor...

Y alzó hacia el balcón sus ojos terribles y desoladores, como blasfemias de luz. María había retirado su rueca y sólo había en el balcón las aves, las flores y Jesús...

—La alondra voló—dijo jovialmente.

Y luego dirigiéndose a Jusel:

—Es que tal vez sintiese la proximidad del buitre. ¿Qué dice el Bachiller?...

Jusel, con los ojos serenos, deshojaba la margarita.

—En mi tiempo, señor Suspiro—dijo el hombre de los ojos negros, cruzando lentamente los brazos—ya habría aquí dos espadas haciendo vibrar en la sombra chispas y centelleos. Pero los héroes desaparecen y los hombres nacen cada vez más del dolor de las mujeres. ¡Vean a éste! .. Es un corazón con jubón y gorra. Pero corazón blanco, pardo, grisáceo, de todos los colores, menos rojo y fuerte. ¡Pues bien! Aquella muchachita tiene

unos cabellos rubios que dicen bien con mis cabellos negros. Los talles finos requieren brazos fuertes. Los labios rojos de deseo gustan de las armas rojas de sangre. ¡Es mía la dama, señor Bachiller...!

Jusel había bajado sus grandes párpados elegíacos, y veía los pétalos arrancados de la margarita caer como deseos asesinados, desprendidos de su pecho.

El hombre de los ojos resplandecientes le oprimió enérgicamente la mano.

—Bachiller Ternura—dijo—hay aquí cerca un lugar donde las flores silvestres nacen expresamente para los inocentes que mueren. Si tienes que dejar algunos bienes, te recomiendo a este excelente Rabil. (Era el paje). Es necesario proteger a las aves nocturnas. Los buitres bostezan desde que terminó la guerra. Voy a darles huesos tiernos. Si quieres dejar el corazón a la bien amada, a estilo de los trovadores, yo me encargo de venírselo a traer, bien empapado en fango, en la punta de la espada... Eres hermoso, amado, blanco, delicado, perfecto. ¡Fíjate, Rabil!... Es una farsa bien jugada al Compadre de allá arriba, de los cielos, la de destrozarle esta belleza. Si enamorabas a alguna estrella yo le mandaré, por un buen portador, tus últimos

adioses. En cuanto a los últimos sacramentos, son inútiles; yo me encargo de purificarte por el fuego... Rabil, toca en la guitarra el responso de difuntos; anuncia en los infiernos al Bachiller Suspiro. ¡Andando, hijos míos...! ¡Ah...! ¡Pero en duelo secreto y con armas honradas...!

Y golpeando heroicamente en el pomo de la espada:

—Yo tengo aquí esta debilidad; ¿dónde está tu fuerza?

—Allí—respondió Jusel mostrando a Cristo en el balcón lleno de plantas y de palomas, iluminado por el sol que se ocultaba, blanco entre el follaje, agonizante entre las palpitaciones de las alas...

—¡Ah!—dijo cavernosamente el hombre de la flor de cactus.

—¡A mí, Rabil...! ¿Te acuerdas de Acteón, de Apolo, de Derceto, de Inaco y de Marte?...

—Eran mis hermanos—dijo lentamente el paje, yerto como una figura de piedra.

—Pues bien, Rabil, de frente, a través de la noche. ¡Me llega aquí el olor de las tierras de Jerusalem...!

Y se hundieron debajo de las arcadas y de las pilastras, siniestros, sollozando.

Había a la noche siguiente en Alemania un

claro de luna purificador... María estaba de bruces al balcón. Era la hora celeste en que los jazmines conciben. Abajo, la mirada de Jusel, que estaba recostado en la columna, suspiraba hacia aquel cuerpo femenino y blanco, como el agua en los jardines que asciende en surtidor, suspira rumorosamente hacia lo azul.

María dijo con un suspiro:

—Ven...

Jusel subió al balcón radiante. Sentáronse al pie de la imagen. El aire estaba tan sereno como en la patria de las almas. Los dos cuerpos inclinábanse el uno hacia el otro, como si los estuviesen aproximando los brazos de un Dios.

Los follajes oscuros que envolvían a Cristo, extendíanse sobre las dos cabezas rubias con gestos de bendición. Había en la molicie de las sombras un misterio nupcial. Jusel tenía las manos de ellas presas como pájaros cautivos, y decía con la voz humilde de los corazones primitivos:

—Quería verte así cerca de mí. ¡Si supiese! Tengo dudas infinitas... ¡Eres tan rubia, tan blanca!... Tuve un sueño que me asustó. Era en un campo. Estabas de pie, inmóvil; oíase un coro que cantaba dentro de tu co-

razón. En derredor se hallaba una danza nebulosa de espíritus. Y decían unos:—Aquel coro es de difuntos; son los amantes infelices que lloran en el corazón de aquella mujer. Otros decían: —Son las tristezas de los *minnesingers* (1) errantes que allí sollozan. Otros decían: —Sí, aquel coro es de difuntos; son nuestros dioses queridos que lloran su destierro... Y entonces yo me adelanté y dije: —Sí, sí, aquel coro es de difuntos; son los deseos que ella sintió por mí, que recuerdan y gimen... ¡Qué sueño tan malo, tan malo...!

—¿Por qué estás tú — preguntaba ella— todos los días recostado en la columna, con las manos cruzadas?

—Estoy leyendo las cartas de luz que tus ojos me escriben...

Calláronse. Eran en aquel momento el alma florida de la noche...

—¿Cuáles son mis ojos? ¿Cuáles son tus ojos?—decía Jusel—. Ni yo lo sé...

Y quedaron callados. Sentía él los deseos

---

(1) Conservo la palabra en alemán tal como la deja Eça de Queiroz, sin duda para dar más colorido local a la escena; pero nadie ignora que *minnesinger* es el equivalente germánico de trovador.—N. del T.

que se desprendían de sus ojos, y venían a caer como pájaros heridos, que gimen, en el fondo de su alma, sonoramente.

Inclinando el cuerpo dijo ella:

—¿Conoces a mi padre...?

—No. ¿Qué importa?

—¡Ah, si tú supieses...!

—¿Qué importa? Estoy aquí. Si te quiere bien ha de agradarle este mi amor, que está siempre a tus pies como un perro. ¿Qué quiero yo? Tener tú alma presa, bien presa, como un pájaro cautivo. Esta pasión toda te deja tan inmaculada que si murieses podías ser enterrada en la transparencia del azul. Los deseos son una espina: ¿quisres que los arranque...? Tú eres el pretexto de mi alma. Si no me quisieras, dejábame andar en harapos. Porque yo entre en tu corazón, ¿no saques nada de él, eh? Tienes allí la fe de Jesús y la *saudade* de tu madre; déjalas estar; todos nos encontramos bien allá dentro, contemplando el interior de tu mirada como un cielo constelado. ¿Qué quiero yo de ti? tus penas. Cuando llores, ven a mí. Me destrozaré el alma en jirones para que tu enjugues los ojos. ¿Quieres? ¡Casémosnos en el corazón de Jesús! Dame esa aguja que prende tu cabello. Será nuestra estola...

Y con la punta de la aguja, de pie, junto a la imagen, separando los ramajes, transfigurado y celeste, grabó sobre el pecho de Cristo las iniciales de los dos nombres enlazados: M. y J.

—Es nuestro noviazgo... —dijo él—. El cielo nos envía a los astros, confites de luz. Cristo no se olvidará de este amor que llora a sus pies. Las exhalaciones divinas que salieron de su pecho aparecieron allí arriba con la forma de nuestras letras. Dios sabrá este secreto... ¿Qué importa? Yo ya se lo había dicho, a él, a las estrellas, a los pájaros, a las florescencias, porque... ¿ves tú? las constelaciones, las palomas, todo esto, toda esta efusión de bondad, de inocencia, de gracia, era simplemente ¡oh, adorada! un eterno billete de amor que yo te escribía...

Y arrodillados, extáticos, callados, sentían mezclarse a su corazón, a sus confidencias, a sus deseos, toda la vaga e inmensa bondad de la religión de la gracia.

Y sus almas hablaban, llenas de misticismo.

—¿Ves tú?—decía el alma de ella—. ¡Cuando te veo, parece que Dios disminuye y se contrae y viene a anidar todo en tu corazón; cuando pienso en ti, paréceme que tu corazón se amplía, se extiende, abarca el cielo y los

universos y encierra por todas partes a Dios!..

—Mi corazón—suspiraba el alma de él—es una concha. ¡Tu amor es el mar...! Durante mucho tiempo, esta concha vivirá ahogada y perdida en ese mar. Pero si tú me expulsases de tu lado, como en una concha abandonada se oye aún el rumor del mar, en mi corazón abandonado se escucharía siempre el susurro de tu amor...!

—Mira; —decía el alma de ella—, yo soy como un campo. Tengo árboles y hierbas. Lo que hay en mí de maternidad es árbol para cubrirte; lo que hay en mí de pasión es hierba para que la pises.

—¿Sabes...? —decía el alma de él—. En el cielo hay una floresta invisible, de la cual apenas se ven las puntas de las raíces, que son las estrellas... Tú eres el jilguero de aquellas arboledas. Mis deseos te hirieron. Yo hace mucho tiempo que te veo venir cayendo por el aire; gimiendo, resplandeciente, si el sol te ilumina; triste, si la lluvia te moja. Hace mucho que te veo venir descendiendo; ¿cuándo caerás en mis brazos...?

Y las dos almas, desprendidas de los cuerpos muy amados, subían deslumbradas, inefables, tiernas, confundidas; tenían el cielo por elemento; sus risas eran los astros; su triste-

za la noche, su esperanza la madrugada, su amor la vida, y siempre más tiernas y más amplias, envolvían todo lo que del mundo sube de justo, de perfecto, de casto; las oraciones, los llantos, los ideales, y extendíanse por todo el cielo, unidas e inmensas, y para que Dios pasase por encima...!

Y entonces, a la puerta del balcón, sonó una risotada metálica, inmensa y sonora. Se levantaron resplandecientes, puros, revestidos de gracia. A la puerta estaba el padre de María, rígido, gordo, siniestro. Detrás el hombre de palidez de mármol bamboleaba vanidosamente la pluma escarlata de la gorra. El paje se reía, haciendo una claridad en la sombra.

El padre fué lentamente hacia Jusel y dijo con escarnio:

—¿Dónde quieres ser ahorcado, villano?

—¡Padre, padre!—gritó María afligida, con una convulsión de lágrimas, abrazando el cuerpo del anciano—. No; es mi marido. Casáronse nuestras almas. ¡Mire, allí está! ¡Vea! ¡Allí en la imagen...!

—¿Qué...?

—Allí, en el pecho. Vea. Nuestros nombres enlazados como en una inscripción. Vea. ¡Es mi marido! Sólo me quiere bien. Pero vea .. Sobre el pecho de Jesús, en el lugar del corazón.

¡Sobre el mismo corazón...! ¡Y El, el dulce Jesús, dejó que le hiciesen esta herida más...!

El anciano miraba las letras enlazadas como unos esponsales divinos que se habían refugiado en el seno de Cristo.

—¡Raspa, hijo mío, que eso es marfil!—gritó el hombre de los ojos negros.

El viejo fué hacia la imagen, abierta la faca que llevaba en el cinturón. Temblaba. ¡Iba a arrancar las raíces de aquel amor hasta clavar la hoja en el pecho inmaculado de Jesús!...

Y entonces la imagen, bajo la justa e incorruptible mirada de la luz, desclavó una de sus manos heridas y cubrió sobre su pecho las letras de desposorio.

—¡Es él, Rabil!—gritó el hombre de la flor de lactus.

El viejo sollozaba. Y entonces el hombre pálido que tocaba en la guitarra de Inspruck, donde los pastores de Helyberg enroscan espinas, vino tristemente junto a la imagen, enlazó los brazos de los enamorados, como se ve en las viejas estampas alemanas, y dijo al padre:

—¡Bendícelos, anciano...!

Y salió golpeando enérgicamente el puño de la espada.

—Pero ¿quién es?—dijo el viejo despavorido.

—Más bajo—dijo el paje de la ánfora de Mileto—. ¡Es el señor Diablo...! ¡Mis felicidades, novios...!

En las horas de la madrugada, por la senda de Vecker, donde brillan los cerezos, el hombre de los largos cabellos negros decía al paje blanco como los Apolos de mármol:

—Estoy anciano y caduco. Se me va la vida. Soy el último de los que combatieron con las estrellas. Los buitres ya me graznan. Es extraño. Siento nacer en el pecho un rumor de perdón. Gustábame aquella muchachita. Lindos cabellos rubios; ¡quién me los diera en la época en que yo vivía en el cielo! Ya no estoy para aventuras de amor... ¡La bella Imperia dice que me vendí a Dios...!

—¡La bella Imperia!—dijo el paje— ¡Las mujeres...! ¡Vanidades, vanidades! ¡Las mujeres bellas desaparecen como los dioses bellos... ¡Hoy los hombres son místicos, frailes y santos, enamorados, trovadores! Las mujeres son feas, avaras, flacas, burguesas, vestidas de

estameña, teñidas de cilicios, con un poco de alma desagradable y una carne tan diáfana que al través de ella se ve el lodo primitivo. ¡Miserias...! ¡Ay, Atenas, Corinto, Mileto, Tenedos, Abydos...!

—¡Va pareciéndome risible la obra de los seis días...! Las estrellas tiemblan de miedo y de dolor. La luna es un sol fulminado. Comienza a escasear la sangre por el mundo y a regarse mucho la tinta. Tengo gastadas todas las existencias del mal. Fuí pródigo. ¡Si yo, al final de mi vida, me he de entretener perdonando y consolando para no morir de tedio...! ¡Quédate en paz, mundo! ¡Sé infame, cenagoso, podrido, vil e inmundo; y sé, no obstante, un astro en el cielo, impostor...! Y con todo el hombre no varió. Es el mismo. ¿No lo viste? Aquel, para amar, hirió con una aguja el pecho de la imagen. Como en el período primitivo de la Humanidad, el hombre no comienza a disfrutar de un bien sin rasgar antes la carne a un Dios. Y esta es mi última aventura. Voy al seno de la Naturaleza, junto al mar libre, a dejarme morir sosegadamente...

—¡También los diablos se van! ¡Adiós, Satanás...!

—¡Adiós, Ganímedes...!

Y el hombre y el paje se separaron entre

las tinieblas de la noche. A pocos pasos encontró el hombre un crucero de piedra.

—¡Está también desierto!—dijo mirando a la cruz.—¡Los infames te han predicado por el mundo y luego te han vuelto las espaldas...! ¡Fuiste más grande que yo! Sufriste en silencio...

Y sentándose en las gradas del crucero, mientras llegaba la madrugada, afinó la guitarra y cantó en silencio:

¿Quién os deshojó, estrellas,
de los árboles de luz...?

Y con una risotada melancólica;

¿Llegara el Otoño al Diablo?
¿Vendrá el Invierno a Jesús...?

(De un libro de ensayos póstumos del gran novelista portugués Eça de Queiroz, recién traducido por nuestro Director D. Andrés González-Blanco, y próximo a ser publicado por la *Biblioteca Nueva.)*

CUENTOS ESPAÑOLES

MIMÍ, EN EL PALACE

I

SINFONÍA

Fué una noche sin luna y sin poesía cuando la señorita Mimí, ardiendo en deseos de conocer otro mundo que el mundo de ilusión de los poetas y bohemios, hizo una escapatoria al mundo vulgar de condesas y toreros, cocotas y petimetres, que ríen y se divierten y se hartan de risa en el aturdimiento de sus risas, tristes a veces como lágrimas, o más tristes que lágrimas acaso.

Mimí envolvió en sedas su cuerpo enfermo de hambre y de melancolía, y con un pequeño

sombrero de tules tocó su cabecita donde el hambre y las ambiciones de lo desconocido y de lo no gustado, bailaban una trágica zarabanda hasta enloquecerla.

Regalo de un marqués caprichoso y mundano eran los adornos de Mimí: tules, sedas y joyas de valor, que deslumbraron sus grandes ojos, sus ojos nostálgicos, y le hicieron por unos instantes olvidar la fraternal compañía de sus amigas, de sus hermanos los bohemios y los poetas.

La señorita Mimí reía, reía mucho, reía ingenua y alegre.

Iba a comer y a alegrarse en la abundancia del dinero, en la embriaguez de vinos exquisitos y de finas esencias que ella imaginó mil veces más fragantes que las más bellas flores de sus jardines de ensueño.

Mimí era feliz... aun antes de empezar a serlo; antes de gustar lo desconocido, lo tantas veces deseado.

Mimí empezaba a amar al marqués, aquel marqués mundano y caprichoso y millonario que jurábale amor, cuando en realidad no hacía otra cosa que desear a cualquier precio el goce de su pobre cuerpecito enfermo.

Mimí reía, reía mucho y amaba a un amante extraño para ella. Y eran aquel amor y

aquellas risas como la sinfonía que precediera a la fiesta de aquella noche sin luna y sin poesía en el gran mundo, el mundo vulgar de condesas y toreros, de cocotas y petimetres

II

MIMÍ, EN EL PALACE

El marqués presentó a su amante de una noche:

—La señorita Mimí...

Y fué acogida la presentación con risas descaradas e irónicas burletas por las gentes mundanas que poblaban el gran comedor: condesas, cocotas, petimetres y toreros.

Mimí rió ingenua y comenzó a comer.

Gustaba los manjares con delectación encantadora, sin cuidarse de poner a salvo de las grasas sus deditos enjoyados.

Mimí siguió comiendo sin hablar y hasta sin reir. Siguió comiendo y deleitándose y embriagándose con el líquido rojo y áureo de los vinos exquisitos.

¡Oh! Y acordóse entonces, nada más que un

momento, de sus hermanos los bohemios, los poetas, a quienes sólo una copa de aquellos licores habríales inspirado muy divinas estrofas.

..¡Ahora sí que reía Mimí, olvidada ya de todo; de su mundo de ilusión... y de escasez, de sus noches de luna y de poesía, de los dolores, de los retorcimientos de su pobre cuerpecito enfermo...!

Fué una condesa mimosa quien le dió a fumar un cigarrillo egipcio.

En las nubecillas azulinas del humo, la señorita Mimí creyó descubrir el mundo sin preocupaciones, sin imposibles deseos, de los que gozan.

El marqués besaba sin hartarse los labios rojos de carmín de la señorita Mimí.

Un torero zafio, con mal fingidos modales de señorito, le brindó con besos de martirio el mejor toro de la primera corrida del abono.

Una cocota borracha azotaba las carnes de Mimí, pobres carnes pálidas que ardían, no obstante, en una fiebre dolorosa.

Las condesas y los petimetres arreciaban sus burlas contra la pobre Mimí.

Y la pobre Mimí bailó una danza dislocada... hasta que por sus labios resbalaron unas gotitas de sangre que fueron a manchar la pechera de la camisa de su amante...

III

MIMÍ, EN EL LECHO

La señorita Mimí está enferma.

Junto al lecho, sus amigos, sus hermanos los poetas, los bohemios, celebran el regalo que les hizo de sus galas, de sus joyas, que no quiere volver a lucir.

La señorita Mimí, que tiene ahora en su cara y en sus ojos ¡bellos ojos! la tristeza de haber visto lo que ansiaba ver... aborrece a las gentes que maltrataron su pobre cuerpo enfermo.

Fué horrible para ella esa fiesta del gran mundo, del mundo vulgar, en la noche sin luna, sin poesía.

Dijérase que el alcohol de los poetas no puso en su cuerpo y en su alma tanto dolor como el vino exquisito de los toreros y los petimetres...

Sus hermanos, sus amigos, comprarán las medicinas que han de sanarla.

La señorita Mimí duerme ahora... sueña. delira. Y dice en el delirio:

—Los hombres del gran mundo no saben decir versos, cuando aman, como vosotros...

F. GONZÁLEZ RIGABERT

LITERATURA PORTUGUESA

I

LOS ALBORES

Todos conocemos la historia de nuestra propia patria más que lo suficiente, para recordar aquel momento de gran interés circunstancial, en que Alfonso VI de León, llama a nobles y caballeros de *luengas tierras*, como entonces estaba en uso, para que le ayudaran a *pugnar*.

Don Enrique de Borgoña, descendiente de los reyes de Francia, es uno de los preclaros caballeros que acuden presto al llamamiento del valiente monarca leonés. D. Enrique de Borgoña, en la lucha con la morisma, se distingue por su valor. El rey, agradecido, le recompensa largamente con la mano de su hija Teresa y el condado de Portugal.

De este matrimonio del Borgoña con una Infanta de León, había de nacer Alfonso Enríquez, que si es noble de origen, también lo fué de condición. Apoyado por el Papa Alejandro III, a fuerza de heroísmo y constancia, Alfonso Enríquez, en 1143, logró ser reconocido como rey en Zamora, desligándose para siempre el nuevo reino lusitano del viejo reino leonés.

Con este rey valiente y decidido, que conquistó a los árabes las plazas defendidas de Santarem, Cintra, Lisboa y Evora, en 1128, comienza en Portugal la primera de sus dinastías, que ha de durar hasta el 1367, en que fué sustituída por la de la rama de Aviz.

Durante todo este período, como es natural, las luchas perpetuas y los constantes sobresaltos, dejan muy poco espacio para el *dulce vagar*. Mas entre el fragor de las batallas, y los anhelos de nacionalidad que cada día son más fuertes en todo el Sur de Europa, se da el fenómeno curioso de corromperse el viejo latín, y aparecer las lenguas romances. Una de estas nuevas lenguas romances es el portugués, incluída entre las neolatinas, perteneciente al grupo de las pelásgicas; lengua afín del gallego, aunque con un nuevo elemento nasal, que sin duda introducen influencias

de Francia que traen con ellos los Borgoñas.

Lentamente esta lengua naciente atraviesa su época de formación sufriendo los influjos directos del francés y del árabe, y esforzándose, sobre todo al iniciar sus primeros pasos literarios, en copiar la linda manera provenzal. Una infinidad de soldados, peregrinos, trovadores y aventureros, recorren el país. Los clérigos, los reyes y los príncipes, siguiendo el gusto del momento, trovan en lemosín. Por medio de Galicia, unida al Oriente por los senderos de la fe, sufre quizás lejanas influencias. Las guerras, las alianzas regias y el mar, todo ello contribuyen por mucho a desarrollarla y a pulirla, bajo el ojo vigilante y artista de la suprema autoridad real.

Es en esta época cuando comienzan a formarse los viejos cancioneros, como el famoso de D. Diniz, en que se citan los poemas franceses de Tristan e Isolda, el de Blancaflor, y aparecen por primera vez los «Cantares de Amigo», aquellos lindos y típicos cantares, que como el de Pero Mogo, del Cancionero portugués, tienen tanta dulzura y tanta suavidad, como vais a percibir en este:

«Tal vay o meu amigo,
con amor que lh'eu dey,

como cervo ferido
de monteiro d'el-rey.
Tal vay o meu amigo,
madre, c'o meu amor,
como cervo ferido
de monteiro-mayor.
E se el vay ferido
hirá mouer al mar,
'si fará meu amigo
se eu d'el non pensar.»

Por esta misma época próvida, y aun un poco después, comienzan a escribirse aquellos famosos «Libros de Linajes» «por saberem os homens fidalgos de qual linhagem vem e des quaes contos, honrras, mosteiros e egrejas son naturaes». Desde 1334, todos los documentos oficiales empiezan a redactarse en la lengua vulgar y con esto se fortifica el nuevo idioma portugués.

Ocurrió en aquel punto, que a la muerte de Don Fernando «El Hermoso», casado con aquella dama española de tan singular hermosura como de excesiva maldad, Doña Leonor de Téllez, aquella mujer intrigante que finó sus días encerrada en un convento apartado en la provincia de Valladolid; ocurrió, digo, que al llegar esta rica hembra a regir aquel reino, auxiliada de su galán, un tal Andrenio, hizo

proclamar reina a su hija Doña Beatriz, casada con el rey de Castilla. Los portugueses, celosos como siempre de su independencia nacional, se sublevan, asesinan a Andrenio, y proclaman en 1387 rey al Maestre de Aviz Don Juan.

En la literatura portuguesa, como en todas las literaturas de la época, comienzan en seguida a aparecer las «Crónicas»; «Crónica do Archivo Nacional», la de la «Vida da Reinha Santa Isabel» — crónica de la cual se hace mención expresa en el famoso testamento de Fernando el Santo—y como en todas las lenguas, también se dibuja una separación entre el genio popular de las mismas y el erudito. Es en este momento, al parecer, cuando debieron de surgir los primeros romances portugueses, muchos de los cuales son los mismos que los de España, menos el famoso de «A Nao Cathrineta», que indudablemente es propio del Algarbe, y surgió muchos años después, cuando Portugal ya se habia dado del todo a su elemento propio, es decir, al mar...

A los romances y las crónicas en que toma cuerpo la historia, acompañan los Cancioneros. ¡Y en esto sí que raya a gran altura aquel pequeño Portugal que se prepara para grandes

glorias! Existió el «Libro de Trovas del Rey Don Duarte», y el no menos famoso «Cancionero del Conde de Marialva», donde se encuentra aquella linda canción del *Figueiral* que comienza:

«No figueiral (figueiredo, e no figueiral entrey; seis ninhas encontrara, seis ninhas encontrei.»

.....

Hay también otros dos: el «Cancionero Portugués» de que habla Gil Vicente, y otro del «Abade Martinho», todos ellos preciosos documentos para estudiar la poesía de esta época, en que la recia influencia que le viene de España va mitigando en ella la antigua provenzal. El más notable de todos estos cancioneros es el que ha de formar aquel ayo de Juan II, García de Resende, que reune de un modo anacrónico y confuso composiciones varias, de trescientos cincuenta *fidalgos* de las cortes de Alfonso V, Juan II y D. Manuel. Este Cancionero general es un monumento de la época.

A raíz de él, comenzaron luego en Portugal los verdaderos cronistas con sentido histórico. Fernao López, Gomes Eannes y otros muchos que no citamos, marcan la evolución. Una

onda potente de humanidad ha venido de Italia. Es esta la época de las conquistas, de los descubrimientos. Hemos llegado al reinado de Don Juan II «el príncipe perfecto». Se han tomado en Africa las plazas de Alcazer-Khébir, Tánger y Arcila. Bartolomé Díaz ha doblado el Cabo de las Tormentas, venciendo para siempre *al gigante Adamastor*. Ha llegado la Imprenta, favorecida y protegida por la reina Doña Leonor, mujer de Don Juan, quien descubre también el talento de Gil Vicente Los acontecimientos se precipitan, como un torrente impetuoso: El heroico Vasco de Gama, descubre el camino de las Indias; Pedro Cabral, el Brasil; Gaspar Corte-Real, las islas de Terranova. En aquel punto. Fernao de Magalhaes, como para coronar este gran ciclo, en un alarde de orgullo de raza, da la vuelta al mundo, sobre un desmantelado barquichuelo, dominando para siempre el mar.

Y es ahora cuando, en esta época, la literatura que nacía y se extendía por los campos y se hacía eminentemente popular, ha huído medrosica a refugiarse de nuevo en los conventos y en los palacios reales; la literatura en este instante, no puede estar escrita, ni llegar a su plena expansión. El pueblo todo vive de poesía, poesía robusta, henchida

de brisas marinas, poesía llena de esfuerzos juveniles y de patriótica exaltación; hasta los más humildes sueñan entonces con los mares ignotos donde surgen a cada braza las islas de oro y de coral; los cronistas trabajan en silencio, consignando los hechos fríamente, con alma de notarios; la cultura general se extiende con los viajes y las navegaciones; hace falta un poeta que cante la epopeya *de esta raza andariega* que es hija de la tierra y del mar; hace falta un gran verbo que concrete y que plasme tanto anhelo y tanta exaltación.

Y este poeta excelso, que se anuncia, que se avecina, al fin surgió.

León MARTÍN-GRANIZO

TEMAS ESPAÑOLES

EL PAÍS DE LA RESIGNACIÓN

Van cambiando todos los conceptos en España.

Bien es verdad que ahora nos hemos dado cuenta de que, desde el 68 hasta nuestros días, el tiempo ha ido pasando sin marcar su significado de variación en la estructura de nuestras costumbres y de nuestra ideología.

El *abrazo* de Vergara fué el símbolo de la decadencia política de nuestro pueblo; se apagaron las energías pasionales de nuestros hombres y la vida fué para todos escuela de mansedumbre y de resignación.

Quizá lo que hemos pasado sea el sueño de calma que sigue al trabajo, el reposo sedante y mortecino que acompaña al acto heroico.

Quien lucha duerme luego; verdad que nos

enseña la física en su principio de reacción y postulado también de nuestra economía. Quizá, pues, esa somnolencia de toda esta época, la vida durmiente de las energías y dignidad nacionales, haya sido la recompensa de las inquietudes de nuestro siglo XIX.

La vida española se paró en Amadeo de Saboya, el rey caballero. En aquel tiempo, cualquier hombre osado pudo hacer con la suya la historia de un pueblo. No lo hubo con valor en sí y prestigio bastante en los demás y unos hombres prudentes, sensatos y tranquilos nos trajeron la Restauración. Mueren las personas y las sustituyen otros hombres; la vida pasada ha sido vida no vivida. Hoy vamos despertando, y el momento en el tiempo y en las personas es igual a aquel en que fué recibido en Madrid Alfonso XII. ¿Hay en la hora presente en España alguna política con solidada, algún ideal nacional definido y de fendido?

Ya veis, pues, que si refundimos las fechas en una no sale desprestigio ni castigo de la otra. La Restauración fué un alto, una parada; desde luego, de ninguna manera, el término de un comienzo. En la vida de los pueblos no pueden triunfar sin espacio o tiempo en el tiempo las cosas mixtas sino las puras. El eclecticismo será una escuela de atemperación, de

habilidad, no una filosofía. El puente que tendieron los generales Martínez Campos y Jovellar el 74, y que lleva resistiendo tres reinados en la apariencia—uno sólo en actos, en escuela, en realidad—comenzó a hundirse en Marzo del 17 y parece ser que ya no es posible un remiendo, sino una obra nueva. La naturaleza de las masas de ésta nos la va diciendo esa espesura que se nota revivir en todas las clases sociales. Y no cabe duda, que es ley de los destinos de las cosas, que nace una ilusión al lado de una pena y que cuando un pueblo adquiere la esperanza, la nobleza la pierde; que si un pueblo hace su historia, escribe su epitafio la realeza.

Es mucho más difícil, en el saber político, como en el humano, el componer que el descomponer, conservarse que perderse; el guardar la libertad justa, democrática y equitativa, que el borrar toda concepción del derecho escrito o presentido.

Deshacer es cosa de fuerza, de impulso, de corazón; componer o conservar es propio de estudio, de reflexión, de sereno pensamiento, de horas trabajadas por el estudio y la meditación.

Descartes decía en un renglón lo que yo quiero afirmar en todos éstos: «más necesitan pensar lo que han de hacer para conservarse

después de perder una batalla, que después de haberla ganado para conquistar poblaciones y comarcas».

Así, nuestros hombres liberales, aquellos espíritus románticos de la Revolución, hombres de doctrina más que de estado, no supieron conservar la ilusión en ellos y la esperanza en el pueblo en aquellas horas adversas en que los destinos nacionales se hicieron servidores de una empresa, de una camarilla y de unas bajas ambiciones.

Nuestro pueblo fué muy trabajado por los motines, no por las revoluciones y quizá ahí está la explicación del letargo de todo este tiempo.

Los motines dejan siempre un sabor de insatisfacción y de desengaño; los hombres que los hacen son los mismos que luego los censuran. No son como las revoluciones que, triunfantes o vencidas, dejan en todos los pechos un rescoldo cuyo recuerdo alumbra bellamente una época y una velada familiar, anima un corazón y despierta una esperanza.

Un motín se recuerda con disgusto; una revolución viene a nuestra memoria con agrado y la palabra descubre y describe el recuerdo con galanura y con entusiasmo.

Yo creí siempre que todos los pueblos necesitan hacer una Revolución. En el caso de Es-

paña está aun más manifiesta su necesidad. El ensayo del 68, a cuya sombra y sobre cuyo recuerdo hemos vivido, nos prueba sobradamente las ventajas que ganan los pueblos que tienen un momento de rebeldía en su historia de cien años. Pueblos deresignación, son pueblos de emigrantes y de caciques. ¡Así se va escribiendo en estos tiempos la historia de España!

Cierto es que ya las Revoluciones perdieron *su* romanticismo. La Idea, el concepto político de la figuración del Estado no levantará más sus barricadas en tierras de Europa. Los odios son sólo el revulsivo de la conciencia popular. Capital y trabajo están en duelo y han de vencerse. Ya veis, pues, que no llevan Ideal. Mas yo siempre creí que de las conmociones de los pueblos, cualquiera que sea su bandera, sale un concepto más digno para los hombres y sus obras.

La dignidad humana tiene su principios en las revoluciones.

¡Tristes los pueblos que como el nuestro silencian sus penas y sus desventuras! ¡Ellos serán gloria del cielo, pero desgracia de la tierra!...

ALFREDO VILLANUEVA

Quesada (Jaén); Septiembre 1918.

CUENTOS AMERICANOS

EL SUPLICIO DEL RECUERDO

I

HORA BLANCA

He permanecido largo tiempo echado sobre una *chaise-longue*. Hasta mí llegaba el perfume de las margaritas. Y en mi cuerpo se aljofaraba la luna que bruñía de lividez mis manos abandonadas. Abrí los ojos cerrados bajo el peso del ensueño y he visto una luna enorme y tan blanca como las margaritas. La noche navegaba con su astro en medio de una albura inmóvil y suntuosa.—He abierto el balcón y por horas, minutos, noches—¿cuánto tiempo? no lo sé..., me he embriagado de perfumes y rayos de luna. Mis ojos, ¿qué han visto?—Mis

oídos, ¿qué han escuchado?—Una fuente cantaba la vida que pasa...

«Noche para amar y para ser amado. ¿Y para qué?—Nuevamente nos besará la querida que se fué»...

Y mi alma de pronto ha llorado las torturas del recuerdo. Y vuelto a la *chaise-longue*, he delirado tenerte muy cerca de mí, tan cerca, que tu cabeza repose sobre mi pecho y tu oído sobre mi corazón. Pero a la súplica de mi orfandad doliente brotaron dos lágrimas del corazón profundo de la noche...

II

EL ADIÓS

L'heure heureuse m'a dit:
Chante-moi; je suis morte...

HENRI DE REGNIER

Tus negros ojos, sortílegos, brillaban dentro de mi alma. ¿Qué tiempo indefinido, dime, qué corto tiempo así permanecimos? Yo estreché tu mano y aspiré el perfume de tus senos y sentí que tu cuerpo se moldeaba con el mío. Mis brazos te habían esperado: y ceñiste tu amor a

mi amor... Se oyó como tenue batir de alas; un rumor de besos misteriosos que pobló la maga soledad de aquella única hora feliz de muda locura. El fiel relicario de mis ojos guarda toda la dulzura de tu éxtasis y la tristeza honda de la despedida...—Luego te he buscado a lo largo de los caminos, en las noches claras... Jamás te he encontrado, ni he visto tus brazos extenderse y después enroscarse alrededor de mi cuello. Y este es el cotidiano minuto en que tú oyes un sollozo lejano...

III

DESESPERACIÓN

—Dulce amada, amiga buena que besé:—¿Me adorabas?

Ya no canta en mi pecho la alegría, y mi corazón viste de luto.

—Dulce amada, amiga buena que besé:—¿Me piensas?

Mi vida es un camino florecido de recuerdos.

—Dulce amada, amiga buena que besé:—¿Dura en tus labios el sabor de mi boca?

Aun cuando el sol se haya hundido y en mi

cabeza agite el viento hilos de plata, si vuelves a tocar en mi puerta, aún será temprano para que mi corazón vista de rojo...

IV

ELLA

Et ce soir là je ne sais, ma douce,
à quoi tu pensais toute triste...

ALBERT SAMAIN

¿Por qué tan inmóvil permaneces ante el mar inconmensurable?—El instante es tierno y crepuscular. Apenas la sombra fugitiva de las gaviotas hace vibrar la infinita serenidad azul. El Mundo ha muerto: nada se agita.—Pero tu pecho ondea tenue y tus ojos abiertos hacia tu alma están lejanos. ¿No oyes latir un corazón extraño junto a ti? Vuelve la cabeza, ¡oh, inmóvil desesperada! y fíjate... Hay sangre y lágrimas en el mar inconmensurable...

CARLOS H. ENDARA

MOSAICO

La emoción de la calle. En ellas está la vida; las casas son tristes, pasan las horas lentas, abrumadoras; el tiempo se siente pasar irreparablemente y el tedio se apodera de nosotros.

La esposa nos cuenta con voz quejumbrosa trivialidades y apuros; en la pared hay colgados viejos retratos que odiamos; son parientes idos que nos recuerdan la muerte.

Nos inquietamos.

No hemos sabido, como Baudelaire, poblar estas soledades y el silencio que nos abruma nos echa a la calle.

Hay que vivir la vida sin entregarse por completo a ella; el alma nuestra se acongoja con la visión de la tristeza y ríe con la felicidad ajena. Precisa rodearse de espectáculos amables y bellos y caminar serenamente.

En la calle la vida pasa envolviéndonos en su tumulto; aspiramos el aire libre, la esencia

de la calle; se huele a vida. Sol, perfumes, risas, tragín de lucha...

La muchedumbre es pintoresca, atrayente; caminan hombres y mujeres; cada uno lleva oculto un pensamiento noble o ruín, un gesto alegre o trágico y a nuestro lado pasa la felicidad y el dolor; es decir, la vida.

¡Oh si pudiéramos leer lo que piensa toda esta gente!

Quiero ambular tranquilamente y parecer un transeunte vulgar que no piensa en nada, que saluda cortesmente, que sonríe, que parece feliz, y, confundido entre todos, atisbar, escudriñar disimuladamente, aprehendiendo sus ingratitudes.

Quiero ensalzarles porque, como yo, caminan a ciegas perseguidos por el negro desasosiego de las pasiones, los vicios y la tristeza de un incierto porvenir.

¿Pero qué más da? La filosofía de la vida es vivirla lo más interesantemente posible. Aprendedlo, y dejad entrar el universo en vosotros y voluptuosamente saborearlo; esa es nuestra Biblia.

Llego a mi jardín; el sol llena de luz dorada las plazoletas y los paseos. Hay un murmullo de alegría en los pájaros que cantan en los árboles, en los niños que juegan alocados, en

el coloquio amoroso de parejas enamoradas que musitan muy juntos sus amores.

El jardín es un estallido de risueña luz, un canto de amor y de esperanza. Y olvidando el trajín prosaico del cotidiano vivir, resurge ante mí la visión placentera de un mundo de paz y olvido, de puros afectos de amor eterno, en un jardín con pájaros parleros, con niños risueños, con flores olorosas, con mujeres bellas, donde una fuente blanca recite suavemente la argentina canción del agua.

* * *

Paso por una calle silenciosa como calle provinciana. Tras una ventana hay una joven, una de cuyas manos revuela, como paloma blanca, sobre un bastidor de bordar. Oye mis pasos, levanta la cabeza y veo su rostro pálido y sus ojos negros y tristes con el livor de las ojeras. Baja la cabeza y sigue trabajando; pero ha quedado en mí la impresión de su mirada, pues evaporó en ella toda la esencia de su alma sin esperanza, de su vida de renunciamiento.

La humilde joven es mi hermana, su alma es gemela de la mía y para ella florece un pobre madrigal en mi corazón.

La blanca mano sigue revoloteando como paloma blanca, y yo me alejo entristecido.

La calle fué mi alegría y ahora es mi dolor.

Como inquietas olas van y vienen las sensaciones nuestras, dejándonos el sedimento de las emociones.

Y busco a la gente, a la gente vulgar que tiene en su boca profundas necedades; quiero que me digan tonterías, que me hablen un lenguaje trivial lleno de pueri idades encantadoras; y llego a un paseo de moda donde hombres y mujeres arrastran su vanidad, hinchados por una digestión penosa. Soy feliz entre ellos; me creo un burgués que goza las excelencias de una vida acomodada y metódica, que tiene una renta segurita, una mujer gorda y ahorrativa y unos chicos panzuditos y tontos. Poseo, como ellos, todas las virtudes plebeyas, y soy hombre de orden, madrugador, económico y recaudador de indulgencias plenarias. Converso con señores respetables de redondo vientre y mirada muerta que me dicen profundas tonterías y me hablan del gobierno, del tiempo, de la corrupción y de las venerandas tradiciones. Cosas interesantes todas; y soy feliz con ellas.

* * *

Los días de lluvia son lascivos; cuando el agua barniza las calles, no sé por qué siento trepidaciones medulares que me ponen en celo.

¡Oh! siempre me acuerdo de aquella mujer encantadora que me buscaba los días lluviosos para amarnos. Gustaba de atisbar detrás del balcón la calle mojada, ver pasar a la gente huyendo y yo la sentía a mi lado temblar mimosa bajo su ligero vestido, como gata friolera. Ella me enseñó a amar los días de lluvia pertinaz, porque me hacía la ofrenda de su gentileza y me decía palabras tan extrañas en voz baja, que al recordarlas me extremezco de lujuria.

Días de lluvia propicios para el amor; en la penumbra de la alcoba, se destaca el lecho cobijador y fecundo. Fuera, azota la lluvia, hiela el frío y la tibieza de la cama nos brinda maternal regazo.

Y luego, estirados, honestos, hablamos quedamente con frases largas, interminables, un poco incoherentes, de algo que no nos interesa, pero que tiene en esos momentos, de vago arrepentimiento, un valor trascendental.

* * *

Un hombre soltero es más fiel que un casado; su infidelidad está formada de una serie de fidelidades sucesivas.

Él sabe que es libre, que puede amar a cualquier mujer. Esta misma idea le hace huir de la libertad, y es fiel a cada mujer que posee.

* * *

La puntualidad es la cortesía de los que no tienen nada que hacer.

* * *

Un juez le preguntó a un malhechor:

—¿Su última residencia?

Y le contestó ingenuamente:

—En el cementerio. . creo yo.

El buen juez pensó que tal vez allí se encontrarían.

* * *

La vida es triste. Se pierden las ilusiones los amigos, la juventud, los paraguas...

Es triste, sí.

Las tiendas pequeñas.

Id a buscar las cosas que necesitéis a las tiendas pequeñas, a esas tiendecitas modestas, limpias y silenciosas que están fuera de las vías populosas.

Allí encontraréis de todo, os lo aseguro. Anduvimos ajetreados, recorriendo los grandes almacenes, las tiendas amplias y lujosas, buscando un objeto que nos era necesario, un capricho, y en ninguna parte pudimos hallarlo: y desanimados y despectivos, entramos en una pequeña y oscura tiendecita diciendo:—Usted no tendrá mondadientes de palosanto. Y nos dice el dueño, serena, tranquila y modestamente:—Sí señor.

Nuestra estupefacción es tremenda; le miramos asombrados y vemos que nos presenta una cajita con paquetes de los deseados mondadientes.

Estas tiendecitas tienen todas mis simpatías. En ellas hay siempre una mujer pálida, un poco triste, que se destaca sobre la obscuridad de la trastienda como un busto de marfil que diera cierto prestigio a la tienda.

Se huele a almizcle o alcanfor o a espliego; olores caseros de gente cuidadosa y lenta que sabe ordenar parsimoniosamente todas las cosas.

Gran alegría produce la entrada de un cliente. Si es hombre, se adelanta el dueño; si es mujer, se aproxima la dueña; hay pulcritud hasta en eso.

Con amabilidad sencilla y acento confidencial, ofrecen los objetos y nos dicen sus ventajas y sus defectos y nos aconsejan lo que debemos hacer

Si hay dependiente, es un hijo y si no es el heredero; es siempre un zanquilargo algo anémico, bueno y complaciente que sólo sale los domingos para ir al «cine» o a dar un paseo o a casa de un amigo, a tocar la bandurria.

Pensad también que acaso seamos los únicos compradores, y que nuestra compra solucione el problema del día.

Esta satisfacción, debe recompensarnos de las deficiencias que pudiera haber.

No quiero, no, las tiendas lujosas con brillantes espejos y luz abundante, donde me siento empequeñecido y mísero y en donde mi esmirriada figura se reproduce una, tres, quince, veinte veces; repitiéndome siempre maltrecho y tristoncillo.

No; las tiendas pequeñas, obscuras y silenciosas, tienen mis simpatías. Hay un fraterno acobijo y somos recibidos con agrado y tratados con fruición.

VICENTE PÉREZ PASQUAL

Madrid, Octubre, 1918.

POETAS HISPANO-AMERICANOS

EN EL DESIERTO

Idilio Salvaje.

I

¿Por qué a mi helada soledad viniste
cubierta con el último celaje
de un crepúsculo gris...? Mira el paisaje
árido y triste, inmensamente triste.

Si vienes del dolor y en él nutriste
tu corazón, bien vengas al salvaje
desierto, donde apenas un miraje
de lo que fué mi juventud existe.

Mas si acaso no vienes de tan lejos
y en tu alma aun del placer quedan los dejos,
puedes tornar a tu revuelto mundo.

Si no, ven a lavar tu cyprio manto
en el mar amarguísimo y profundo
de un triste amor y de un inmenso llanto.

II

Mira el paisaje: inmensidad abajo,
inmensidad, inmensidad arriba;
en el hondo perfil, la sierra altiva
al pie minada por horrendo tajo.
Bloques gigantes que arrancó de cuajo
el terremoto de la roca viva;
y en aquella sabana pensativa
y adusta, ni una senda, ni un atajo.
Asoladora atmósfera candente,
do se incrustan las águilas serenas
como clavos que se hunden lentamente.
Silencio, lobreguez, pavor tremendos,
que viene sólo a interrumpir apenas
el galope triunfal de los berrendos.

III

En la estepa maldita, bajo el peso
de la silbante brisa que asesina,
yergues tu talla escultural y fina,
como un relieve en el confín impreso.
El viento entre los médanos opreso,
canta cual una música divina,
y finge, bajo la húmeda neblina,
ún infinito y solitario beso.

Vibran en el crepúsculo tus ojos,
un dardo negro de pasión y enojos
que en mi carne y mi espíritu se clava;
y, destacada contra el sol muriente,
como un airón, flotando inmensamente,
tu bruna cabellera de india brava.

IV

La llanada amarguísima y salobre,
enjuta cuenca de océano muerto,
y en la gris lontananza, como puerto,
el peñascal desamparado y pobre.
Unta la tarde en mi semblante yerto
aterradora lobreguez y sobre
tu piel tostada por el sol, el cobre
y el sepia de las rocas del desierto.
Y en el regazo hondo de sombra eterna,
del peñascal bajo la enorme arruga,
es para nuestro amor nido y caverna;
las lianas de tu cuerpo retorcidas
en el torso viril que te subyuga,
con una gran palpitación de vidas.

V

¡Qué enferma y dolorida lontananza!
¡Qué inexorable y hosca la llanura!
Flota en todo el paisaje tal pavura,
como si fuese un campo de matanza.

Y la sombra que avanza... avanza, avanza,
parece, con su trágica envoltura,
el alma ingente, plena de amargura,
de los que han de morir sin esperanza.
Y allí estamos nosotros, oprimidos
por la angustia de todas las pasiones,
bajo el peso de todos los olvidos.
En un cielo de plomo el sol ya muerto,
y en nuestros desgarrados corazones,
el desierto, el desierto... y el desierto.

VI

¡Es mi adiós...! Allá vas, bruna y austera
por las planicies que el bochorno escalda,
al verberar tu ardiente cabellera,
como una maldición sobre tu espalda.
En mis desolaciones ¿qué me espera...?
(ya apenas veo tu arrastrante falda);
una deshojazón de primavera
y una eterna nostalgia de esmeralda.
El terremoto humano ha destruído
mi corazón, y todo en él expira
¡Mal hayan el recuerdo y el olvido!
Aun te columbro, y ya olvidé tu frente;
sólo ¡ay! tu espalda miro, cual se mira
lo que huye y se aleja eternamente.

ENVIO

En tus aras quemé mi ultimo incienso
y deshojé mis postrimeras rosas.
Do se alzaban los templos de mis diosas,
ya sólo queda el arenal inmenso.

Quise entrar en tu alma, y ¡qué descenso!
¡qué andar por entre ruinas y entre fosas!
¡A fuerza de pensar en tales cosas
me duele el pensamiento cuando pienso!

¡Pasó...! ¿Qué resta ya de tanto y tanto
deliquio? En ti ni la moral dolencia,
ni el dejo impuro, ni el sabor del llanto.

Y en mí ¡qué hondo y tremendo cataclismo!
¡Qué sombra y qué pavor en la conciencia,
y qué horrible disgusto de mí mismo!

Manuel José OTHÓN
(Mexicano.)

MODERNOS POETAS MEXICANOS

MANUEL JOSÉ OTHÓN

Desde D. Andrés Bello, el clásico cantor de *La Zona Tórrida*, sereno y reposado como un antiguo, hasta José Santos Chocano, polifónico y desbordante, que quiere aprisionar en las cuerdas de su lira toda el alma de América, y Lugones, universal y protéico, pasando por Heredia, el arrebatado exaltador del Niágara; por el colombiano Gutiérrez González, que en fáciles versos nos dejó narrada la vida rural de la América ingenua, y por Zorrilla de San Martín, que cantó la epopeya de castellanos y charrúas, en el fragor de la conquista heroica; ningún poeta del Nuevo Mundo nos ha dado una emoción tan fuerte y plena de naturaleza como Manuel José Othón, que en la lírica selva mexicana aparece como un fauno coronado de pámpanos, entonando en la flau-

ta pánica una silvestre melodía, entre áspera y dulce, entre sencilla y solemne, que es como la voz del alma de la fabulosa tierra azteca.

Los que gustan de arbitrarias clasificaciones con el prurito de ordenarlo y rotularlo todo—personas, obras, hechos, cosas—, tienen ya, de antaño, encasillada la enorme personalidad de Manuel José Othón entre los poetas bucólicos; y dentro del campo inmenso de la literatura, la bucólica que es, acaso, la primera manifestación del arte verbal ha evolucionado constantemente, siguiendo el gusto de las épocas, merced a los elementos que han aportado sus grandes cultivadores, hasta llegar a desvirtuar la pureza de sus esencias; observemos, circunscribiéndonos só o a la poesía castellana, que media un mundo entre la pura emoción serena de un Fray Luis de León y el pedantesco artificio de un Meléndez Valdés; entre las ingenuas y frescas cantigas de un Marqués de Santillana y los engolados y relamid os idilios de un Moratín y demás falsificadores de la vida campestre en el siglo xviii y principios del xix... Sin embargo, todo se afirma que sea poesía bucólica Othón, que puede muy bien hombrearse con los mayores poetas del Parnaso hispano, pudiendo dialogar con el mismo Garcilaso en *el dulce*

lamentar de dos pastores, tiene dentro de la bucólica una personalidad inconfundible y única. Siente como nadie la Naturaleza y la expresa en versos de una melodía fuerte, áspera, grandiosa, no desprovista de solemnidad. En sus rústicos poemas, *Poemas rústicos* es el título de uno de sus volúmenes poéticos, hay arpegios de selvas, como arpas eólicas; lamentos de ríos, como órganos clamorosos; bramar de olas y tronar de volcanes; toda, en fin, la magna sinfonía orquestal del universo.

La vida de este poeta extraordinario está tan acorde con su producción, hasta el punto de ser señalado el suyo como el caso tipo de compenetración perfecta del autor con su obra. Quienes lo conocieron nos lo han pintado como un moderno cenobita, un hombre que vivió toda su vida entregado en cuerpo y en alma a la Madre Natura, de cuyo regazo blando y pródigo apenas se separaba muy pocas veces, en unas como escapatorias a las ciudades de la tierra baja, en las que luego de derrochar las efusiones de su espíritu generoso, haciendo a sus contemporáneos el don de su arte no aprendido, tornaba más ávido de su serenidad a su refugio hasta que volviera a granar en su cerebro la nueva cosecha opima.

He aquí cómo retrata a Othón un ilustre contemporáneo y coterráneo suyo, D. Luis G. Urbina: «Alto, delgado, recio de carnes, flexible y brusco de movimientos—dice—como acostumbrado a trepar montañas y a correr por las llanadas a semejanza de los pastores; cabeza pequeña, de pelo cortado al rape; cara de perfil numismático, de líneas precisas; ojos vivacísimos en perpetuo asecho, cual insaciados de contemplación; bigote ralo que dejaba al descubierto unos labios de dibujo primoroso, infantilmente risueños, abiertos sobre los dientes de blancura luminosa. Cuanto había sido descuidado en el vestir durante sus horas campesinas, era provincianamente elegante en sus horas urbanas. Llegaba locuaz, ávido de humanidad y de deseo, exaltado de ensoñación, y con un pliego de versos nuevos en la maleta. Reía y charlaba entre nosotros, nos leía sus poemas, y luego regresaba a su Tebaida montañesa...»

Manuel José Othón nació en San Luis de Potosí, en 1858. Siguió la carrera de abogado en la capital, y una vez terminada, obtuvo el cargo de juez de paz, con el que fué destinado a los Estados del Norte de la República, residiendo en varios pueblos apartados, por lo general míseros villorrios del Estado de

Coahuila, en los que pasó la mayor parte de su vida. Allí, hundido en el seno de una naturaleza virgen, aprendió a amarla, con amor que tiene, al mismo tiempo, de filial y místico; a interpretarla, a animarla con el don taumatúrgico de su inspiración portentosa, merced a la cual el paisaje recobra su alma inmensa y milenaria. En sus últimos años, frecuentó los cenáculos literarios de la capital; también le atrajo el teatro y escribió algunos dramas que llegó a ver representados con aplauso; pero, puede decirse que él vivió siempre distante, siempre lejano de todos y de todo lo que no fuera una plena vida de naturaleza. Murió en el mismo San Luis de Potosí natal, en 1906.

Casi toda la obra poética de este gran bardo, bardo en el sentido primitivo de cantor de las selvas y las montañas, se contiene en dos libros que corresponden a dos grandes etapas de su autor: *Poesías* y *Poemas rústicos*, y son cual búcaros odorantes que aroman con silvestre e intenso perfume el templo augusto de la Poesía castellana.

CÉSAR E. ARROYO

ACTUALIDAD ARTÍSTICA

El robo en el Museo del Prado.--XXIII Exposición del Círculo de Bellas Artes.

Por fin ha sido apresado y se halla convicto y confeso el truhán de baja estofa que cometió el incalificable robo en el Museo del Prado. Este bochornoso suceso, después de ponernos en ridículo, ha tenido, por lo menos, la virtud de llamar la atención pública hacia el abandono en que se tenía la Pinacoteca Nacional. Por fortuna y por desgracia, el robo no ha tenido los caracteres sensacionales que hubo de temerse en los primeros instantes. Decimos por fortuna, porque de haber constituído el capítulo de una novela extraordinaria de justicias y ladrones, como la imaginación desbocada de algún comentarista fácilmente impresionable supuso en los primeros instantes, a estas horas el ladrón se pasearía tranquilamente, bien seguro de que entre nuestros po-

licías no hay ningún Sherlock Holmes capaz de descubrirlo, y el tesoro robado hubiese hecho la felicidad de unos cuantos Sylocks disfrazados de personas decentes; y añadimos por desgracia, debido a que la misma vulgaridad del robo ha sido causa del ridículo que sobre España ha caído, demostrando al mundo entero la incompetencia con que aquí tratamos las cuestiones de arte; incompetencia que ha hecho posible que un ratero despreciable destroce objetos preciadísimos que eran una de las galas de nuestro simpar Museo.

Lo que yo no me explico es cómo a estas fechas aun no han presentado la dimisión de sus cargos el Director y el Subdirector de la Pinacoteca. Sobre ellos es sobre quienes recae toda la responsabilidad del despojo cometido. Para ellos no hay atenuantes, y puesto que no han tenido ni siquiera la delicadeza de poner a la disposición del Ministro los cargos que desempeñan con tan evidente peligro para la seguridad de cuanto encierra aquella casa por su ineptitud manifiesta y su desidia notoria, el Ministro ha debido ser el que, haciéndose eco de la indignación general, hubo de destituirlos sin contemplaciones. Además, los tales señores no tienen en su abono el ser eminencias del arte patrio; esto tal vez pesaría en la consideración de todos para

tener alguna indulgencia con ellos. Pero ni el Sr. Villegas, ni el Sr. Garnelo, representan nada en el terreno del arte. Son dos vulgarísimos pintores que todo cuanto son indebidamente se lo deben al favoritismo y al compadrazgo: esas plagas que han sumido a la pobre España en el desgobierno reinante. Porque no es solamente en el Museo donde existe el desbarajuste y la incompetencia; es en todos los órdenes de la vida nacional, y no podía menos de ser así en un país donde le es dado a cualquier *qui dam* presuntuoso, rastrero y vano, con las solas armas de la intriga y la adulación, escalar las más altas esferas.

No merecen, pues, esos señores—que particularmente son acreedores a todos los respetos—que se tenga consideraciones con ellos. Por dignidad, solamente por dignidad no pueden continuar un solo día más en tan importantes cargos. Hay que echarlos como se echa a los malos administradores, a los incompetentes guardianes. Sólo así se tranquilizará la opinión pública, que ya insinúa la malévola creencia que tiene de que nada se hará que responda a la lógica, porque una larga experiencia le ha enseñado que aquí no se hace justicia nada más que al desdichado y al que carece de aldabas donde llamar.

Y si no fuera harto motivo para destituirles el vergonzante robo, que ha podido perpetrarse con la mayor sangre fría, porque en el Museo ni se hace requisa, ni hay vigilancia, ni nadie se cuida de cumplir como debe sus deberes y obligaciones, bastarían las continuas censuras que las gestiones de los señores Villegas y Garnelo han merecido de cuantos a las cuestiones artísticas dedican sus amores y anhelos.

El Sr. Lázaro Galdeano—muy tardíamente, porque cuanto dijo debió exponerlo hace muchísimo tiempo, en vez de limitarse a presentar la dimisión de su cargo de patrono—en dos conferencias que dió en el Ateneo a raíz de ser descubierto el robo, expuso suficientes argumentos y razones para que cualquier ministro hubiese mandado a sus casas, y con la condición de que de ellas no se moviesen en todo lo que les resta de vida, a esos hombres que son los principales causantes de que el Museo del Prado haya perdido para siempre objetos de incalculable valor artístico e histórico.

Tal es la indignación que existe contra los señores Villegas y Garnelo, que un nutrido grupo de intelectuales y artistas han suscrito un mensaje pidiendo su inmediata destitución.

Por nuestra parte, hacemos igual petición al Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. Y nada decimos respecto al Patronato, de cuya actuación las más acres censuras podían hacerse, porque acaba de presentar la dimisión en pleno. Tarde ha sido, pero no importa. Nunca es tarde si la dicha es buena. Lo que hace falta ahora es que se admita esa dimisión y se suprima para siempre el absurdo Patronato y con él el régimen existente en la Pinacoteca. Lo que hay que hacer es llevar allí personas de competencia innegable y bajo su responsabilidad personal darles la dirección de aquella casa, al ver si al fin se la organiza de modo que responda a sus fines culturales y de manera que no sean de temer nuevos atentados como el que nos ha privado de alguna parte del tesoro del Delfín.

* * *

Como viene ocurriendo desde algunos años a esta parte, el Círculo de Bellas Artes ha sido el encargado de inaugurar lo que bien pudiéramos llamar temporada artística, pues ya parece que en las costumbres madrileñas va tomando cuerpo la de celebrar durante el otoño,

el invierno y la primavera. Exposiciones particulares de arte, lo mismo que se celebran funciones teatrales y se organizan cursos de conferencias.

Esta primera Exposición de la temporada corresponde a la XXIII de las que el mencionado Círculo organiza en sus salones de la Plaza de las Cortes núm 4. No ha señalado—y es doloroso—ninguna rectificación de criterio en los encargados de organizarlas, puesto que han subsistido los mismos errores de organización que tantas veces hemos puesto de manifiesto.

Con todos los respetos debidos, nosotros seguimos creyendo que el Círculo no puede admitir, sin previa aprobación, todas las obras que le envíen para ser expuestas en sus salones, aunque vayan firmadas por artistas de alguna autoridad. Y si esto pensamos con respecto a los que gozan de alguna notoriedad, mayor ha de ser nuestra intransigencia con los que no tienen ninguna. Los salones del Círculo deben dar al público la seguridad de que en ellos sólo encontrará lo selecto, lo escogido, lo meritorio, no importando quiénes puedan ser los autores. Pero esta creencia nuestra no la comparte, por lo visto, la sección del Círculo que tiene a su cargo la organiza-

ción de sus Exposiciones, y así sucede que al lado de obras notables se exhiben otras intolerables. Tal ha ocurrido en la que motiva estas líneas.

Una mejora hemos encontrado digna de aplauso: la luz. Antes era insuficiente y por su mala distribución más perjudicaba que favorecía a las obras. Con el actual sistema de alumbrado, la luz se reparte por igual y con aquella gradación necesaria para que las obras no pierdan ninguno de sus efectos y lleguen sus bellezas por completo a la sensibilidad del visitante y pueda éste contemplarlas y examinarlas con toda comodidad.

Como no queremos extremar la censura, nos ocuparemos solamente de las obras que hayan merecido nuestra atención, relegando al olvido aquellas otras que, en nuestro pobre concepto, no debieron admitirse en ningún momento; en primer lugar, por tratarse de obras evidentemente primerizas, en las que nada de notable se encuentra, y en segundo, por tratarse de otras obras no primerizas, pero que son de aquellas a las cuales no puede hacerse ninguna concesión, ya que sus firmas gozan—algunos falsamente—de cierto prestigio. Y lo hacemos así, por deferencia a determinados ruegos, no porque sea criterio

nuestro, pues entendemos que la obligación que nos corresponde es alabar lo bueno y censurar lo malo, sin importarnos firmas ni prestigios. El silencio no puede ser nunca norma de juicio, y a la larga más perjudica que beneficia a los intereses artísticos de la generalidad.

Enrique Brañez.—Presentó un bello cuadro titulado «La cruz de las vacas», con el cual nos dió a entender que ya han acabado para él las vacilaciones e incertidumbres y comienza a pisar el terreno que conduce a las reputacianes sólidas. «La cruz de la vacas» es un lienzo costumbrista digno de aplauso por las excelentes cualidades de colorista que de su autor revela. Está resuelto con gallardía y brío, consiguiendo la nota pintoresca sin vanos alardes de originalidad ni censurables aportaciones de ajenas enseñanzas.

Juan José García.—Este joven y admirable artista, que en poco tiempo se ha creado uno de los más sanos prestigios de nuestro tiempo, sigue siendo lo más interesante de todas las Exposiciones a que concurre.

Dibujante original y firme, y orfebre y herrero de una maestría y de un gusto singulares, sus dibujos y hierros llaman siempre la atención de todos. Esta vez, él es, con Sixto

Moret—otro artífice admirable—quien asume toda la importancia; y en él se reconcentra todo el interés. Sus dibujos decorativos y simbólicos «Avatar» y «La reina Melancolía», técnicamente, son de una perfección hasta ahora no superada por nadie, y, espiritualmente, de una originalidad y una exquisitez que prueban su alta inspiración y la aristocracia de su sentimiento. Y en cuanto a las tapas de hierro que ha repujado para la edición monumental del «Quijote», por encargo del Sr. D. Nicolás María Urgoiti, son una verdadera maravilla de ejecución. En otra ocasión comparamos a Juan José con Benvenuto Cellini; y cada día que transcurre nos afirmamos más en tal juicio, pues como el genial artífice florentino, Juan José, representa la rara habilidad técnica y la suma elegancia espiritual.

Enrique Ochoa.—Presentó un retrato al pastel, del escritor D. Antonio de Hoyos y Vinet y dos dibujos decorativos titulados: «La saeta» y «Marta».

El retrato del ilustre escritor no nos gusta ni poco ni mucho. Nos parece una equivocación del distinguido dibujante; tanto más dolorosa, cuanto menos razonable. Si hubiese tratado de hacer una caricatura del autor de «La vejez de Heliogábalo» no hubiese hecho otra

cosa. Tal retrato es una caricatura en serio, que es precisamente como no pueden tolerarse las caricaturas. Además es de un mal gusto incomprensible y tiene desdibujos imperdonables. En cambio, «La saeta» y «Marta» siguen hablándonos del dibujante que tan lindas ilustraciones ha hecho para periódicos y libros.

Rafael Sanchís Yago.—Tres cabezas de mujer, a la sanguina y al carbón, y cinco marinas y un paisaje, al óleo, constituían el envío de este artista.

Lo mejor, indudablemente, eran las tres cabezas, ya conocidas, porque formaron parte de aquella Exposición del Ateneo en la que obtuvo Sanchís tan lisonjero éxito

Las cinco marinas y el paisaje eran cuadros de poca monta; más bien ensayos. De entre ellos se destacaba el titulado «Efecto de luna».

Milada Sindlerová.—«El pastor de Avila» se titulaba el cuadro que presentaba la distinguida pintora polaca Es la mejor de las obras suyas que conocemos.

Dentro del peculiar estilo seco y duro que la caracteriza, en «El pastor de Avila» ha sabido encontrar Milada Sindlerová lo bello y ha compuesto un cuadro, tosco quizás, pero fuertemente expresivo.

Daniel Vázquez Díaz.—En el distinguido

pintor andaluz hay un gran dibujante, de una intensidad emocional por pocos alcanzada. Ya en otra ocasión lo dijimos y las tres cabezas tituladas «Belmonte», «Una expresión» y «Hombre vasco», que presentó, vienen a corroborarlo. Son dibujos muy personales y significativos y lo hacemos constar así para que vea el Sr. Vázquez Díaz que sabemos hacer justicia, o, por lo menos, creemos hacerla. Y aprovechamos de nuevo esta ocasión para advertirle que él podrá considerarnos como le venga en gana; pero nosotros seguiremos opinando con absoluta imparcialidad, sin que la amistad ni la recomendación palien o sustituyan el verdadero criterio que sustentamos.

Ricardo Verdugo Landi.—«Playas de Morlaco» es el cuadro que más nos ha gustado del notable marinista malagueño, hoy por hoy el único marinista que aceptamos de cuantos émulos del empalagoso Sr. Martínez Abades andan sueltos por ahí. «Playas de Morlaco», aunque algo efectista, es un lienzo muy bien pintado y que tiene trozos admirables.

Sixto Moret.—Comparte con Juan José, según dijimos anteriormente, el éxito principal de esta Exposición. Presentaba dos arcas, dos paneles y dos pilastras de cuero repujado, estilo Renacimiento, que son obras de arte ad-

mirables. Con ellas se nos dió a conocer un artífice insigne, otro más que señala el magno florecimiento de las artes nacionales.

Por último, los señores Juan Adsuara, Eva Eggerholm, Juan B. Folía e Inocencio Soriano, presentaron diferentes figurillas y tanagras de terracotta, bronce y madera, muy lindas; y los señores Espina y Pedraza Ostos, grabados al aguafuerte muy notables.

BALLESTEROS DE MARTOS

BIBLIOGRAFÍA

Post-Fígaro—(Colección de artículos póstumos de D. Mariano José de Larra).—Introducción de D. Emilio Cotarelo.—Editorial *El Sol*.—Madrid, 1918.

Acaba de publicarse en una Biblioteca que baraja inconsultamente toda suerte de nombres y de temas, que compone un *totum revolutum*, un pisto manchego de Merimée, Dostoïewski y *(... ¡pudet dictu!)* Vicente Vera: acaba de publicarse un libro que lleva el título incongruente y poco castellano de *Post-Fígaro*. Asombra pensar que sea un Académico de la Lengua Española quien lo haya puesto; pues nada más desacordado, ilógico y antisintáctico que ese título. *Post-Fígaro* querría decir una reviviscencia de *Fígaro*, un *Fígaro* de ultratumba, un *Fígaro* resucitado, un *Fígaro* después de su muerte... O la anteposición

del adverbio latino (1) de tiempo no tiene sentido o quiere decir que después del *Fígaro* que todos conocemos surge otro *Fígaro* que ellos nos revelan Y así como *post-data* quiere decir fatalmente después de la fecha, *Post-Fígaro* ha de querer decir *Después de Fígaro*, y con este título sólo podían coleccionarse escritos de sus sucesores e imitadores, pero no escritos suyos coleccionados después de su muerte. Pero, ¿a qué romperse más la cabeza en buscar títulos cuando había un título tan exacto, tan sonoro y tan musical: *Fígaro póstumo...?*

Dejando a un lado esta observación sintáctica, quiero, a propósito de ese libro, tejer unas breves notas sobre *Fígaro*. Nos aparece Larra como un faro erguido en un promontorio,

---

(1) No se me adelante «el Chico del Instituto» (a quien pido que me perdone de que le corrija el vocablo con todo su conocimiento del castellano); ya sé que *post*, (verosímilmente contracción de *posse est)*, a más de adverbio es preposición de acusativo: y aun mirándolo con rigor analítico es siempre preposición, pues se sobreentiende el caso oculto. Y así, Cicerón dice *post hominum memoriam*, como se podría sobreentender aquí *Post-Figari memoriam*, pero no es así como aquí se rige. El sentido de *Post-Fígaro* es el de adverbio temporal

señalando la confluencia de dos mares, la separación del mundo antiguo y del mundo moderno. Con toda la herencia del clasicismo, se siente romántico; pero a ratos el romanticismo le aterra, y entonces, como en su crítica del drama *Anthony*, de Dumas, reniega de él, quizá porque en ese tipo romántico ve demasiado fielmente retratado su propio espíritu. Comprende que la oleada romántica es una renovación fatal, ineludible; en su artículo *Literatura*—que es como el epítome de su estética—señala la ley ideológica que preside a esa transformación literaria; y abomina de las fórmulas acompasadas y severas del clasicismo francés que remedó nuestra literatura del siglo XVIII; pero se le siente a veces temblar ante las consecuencias morales de esta nueva literatura; se diría que considera el romanticismo como un mal necesario...

Larra tuvo ante todo una comprensión clara y fina del alma española, una percepción directa y concreta de las características de la España sombría y sórdida de su tiempo. Larra vió claro en las características españolas; vió en nuestra pompa, en nuestra solemnidad, en nuestra gravedad, en nuestra afectación. Gracián había ya bosquejado este rasgo de la sequedad y gravedad espa-

ñolas (1) y el crítico cubano Nicolás Heredia señala como distintivos de nuestro teatro y de nuestra poesía la falta de sensibilidad y de delicadeza, aun la falta del instinto tierno del amor (2).

* * *

¿Cómo pensó Larra en política, qué opinó de los hombres de su tiempo y a qué soluciones se inclinaba en aquel momento crítico para los destinos de su nación? Ha habido quien le ha motejado de regresivo para su época; otros le han tachado de excesivamente avanzado. Desde luego, que estaba por la legalidad constituída y aspiraba a nuevos avances en lo establecido; el constitucionalismo no e parecía aun estar arraigado en la nación; el liberalismo de entonces le parecía tímido y

(1) Véase glosa de estas palabras en *El Alma Castellana*, de *Azorín* (por J. Martínez Ruiz, reza en la primera edición de la Librería Internacional; Madrid, 1900).

(2) «... Por este incurable convencionalismo, la dramática de ese tiempo no nos ha legado ningún ilustre ejemplar que pueda citarse como un poema de amor, trágico o idílico, en donde se condense y perpetúe todo lo que hay de humano y de divino en esa pasión avasalladora.» *(La sensibilidad en la poesía castellana*, I, pág. 47).

menguado; pero desde su juventud detestó el legitimismo.

La disputa dinástica, las reclamaciones ensangrentadas y ardorosas del pretendiente, sugirieron a *Fígaro* algunos de sus más punzantes artículos, de los que manaban más ironía y en el tono más acerbo. Baste recordar *La junta de Castel-o-Branco* (1), *La planta nueva o el faccioso* (2) y *Nadie pase sin hablar al portero* (3), que pueden leer en sus *Obras* cuantos admiren al gran satírico, y otros que no fueron coleccionados, quizá por considerarlos el mismo autor como inspiraciones fugaces del momento, ensayos de menor cuantía que no merecieran los honores de formar parte de sus obras completas revisadas.

Entre esos artículos que son, como dice un biógrafo de *Fígaro*, proyectiles inflamados, lanzados contra el bando del pretendiente, «se cuentan *El hombre menguado o el carlista en la proclamación* (4) *¿Qué hace en Por-*

---

(1) *La Revista Española*, 10 de Noviembre de 1833. (*Obras de Fígaro*, tomo I, pág. 395.)

(2) *La Revista Española*, 10 de Noviembre de 1833. (*Obras*, tomo I, pág. 392).

3) *La Revista Española*, 18 de Octubre de 1833. (*Obras*, tomo I, pág. 388).

4) *La Revista Española*, 27 de Octubre de 1833.

tugal Su Majestad? (1), *El último adiós* (2) y *El fin de la fiesta* (3). En todos ellos «a la ingeniosa ironía, reticente y diestra del *Pobrecito Hablador*, sucedía la sátira virulenta y sañuda, a la ofensiva de alfilerazos y de picaduras de avispa, una lluvia de piedras y cieno. No era la bella literatura, precisamente, la más favorecida con el nuevo estilo; ni se ostentaba con él a luz más propicia el ingenio del escritor siempre admirable de recursos; se ponía, sí, en evidencia el ardor juvenil de sus convicciones políticas, áspero y hasta un poco fiero.»

«El credo político de Larra—dice Lomba y Pedraza en su interesante estudio— no cedía en radicalismos al de los más avanzados progresistas contemporáneos. No había en él tampoco inconsecuencia o solución de continuidad entre sus ideas políticas y sus convicciones de otro orden, filosóficas o religiosas, como era muy común en su tiempo y aun constantemente ha seguido siéndolo desde entonces en España. Larra era hijo de la enciclopedia, discípulo de Voltaire y de Montesquieu, de Condorcet y de Volney. Estaba penetra-

(1) *La Revista Española*, 18 de Abril de 1834.
(2) *La Revista Española*, 2 de Junio de 1834.
(3) *La Revista Española*, 1.º de Diciembre de 1833.

do hasta el tuétano de toda la doctrina racionalista y naturalista del siglo XVIII francés (1)».

* * *

Leandro Fernández de Moratín: *La derrota de los pedantes.*—Biblioteca de Autores Célebres.—Madrid, 1918.

El espíritu fino, culto e irónico, o, más bien, socarrón, a la antigua española, de Moratín, revive en este volumen, donde se recopila su famoso alegato contra la pedantería de su época, que es, ni más ni menos, la pedantería perpetua e inmanente que late en la Humanidad... Recuerdo siempre a este propósito una observación, tan sagaz y tan certera, de Gustavo Lanson, el gran crítico francés, sobre Boileau: que cuando el maestro de *L'Art poétique* traducía a Horacio y tropezaba con las invectivas a un pedante, no era el pedante romano el que Boileau veía, sino el de su época, el viviente y palpitante entre él, el Cardenal de Bourbon, enfático y pomposo, atravesande las calles de París...

---

(1) José R. Lomba y Pedraja: *Mariano José de Larra (Fígaro) como escritor político*, en «*La Lectura*», Marzo de 1918 (Año XVIII, núm. 27).

Así, el pedantismo con disfraces diversos es siempre idéntico, y cuando Moratín funde la pavana a Nifo o a Comella nos sería fácil a nosotros representarnos un espectáculo idéntico bajo las envolturas de cualquier dramaturgo y poetastro de la época.

La derrota de los pedantes es la más fina sátira que escribió Moratín, a pesar de haberlas escrito tan bellas en verso; y en ella adoptó la forma de sueño mitológico, de viaje al Parnaso, según uso acreditado de estas sátiras alegóricas en que, bajo el velo de una narración fantástica, se ha venido siempre fustigando a los poetas del momento. Tiene además, para mí, una similitud que le hace más grato: es el antecedente inmediato y el precursor directo del «Apolo en Pafos», de Leopoldo Alas, uno de los folletos literarios más alados, ágiles y humorísticos del maestro «Clarín». Y ello prueba lo que yo decía antes: cómo sobre el pedantismo eterno y permanente se han tejido tramas diversas de sátira fina... Así, en la época de «Clarín» representaban ese pedantismo Víctor Balaguer, el de las plumas de la gacela; Rafael Torromé, el dramaturgo fracasado; Mariano Catalina, el dramaturgo silbado; el Conde de Cheste, el poetastro mediocre, condecorado con todos

los honores y las palmas académicas; y en la época de Moratín lo representaban García de la Huerta, el dramaturgo de la *Raquel;* don Juan Pablo Forner, el crítico mazorral; Comella, el comediógrafo de tantos versos por hora y tantos disparates por minuto... Y hoy, ¿quién representaría esa raza perseverante y tenaz, indestructible e indesarraigable...? Pues, empezad a contar: Casares, ese pesado dómine que se ha dado un barniz de modernidad que pronto se despinta; el Sr. Vasseur, ese poetastro de falso europeísmo; Astrana Marín, ese desdichado tonto disfrazado con una astrosa capa de erudito, queriendo ponerle los puntos a eruditos auténticos como el señor Rodríguez Marín, y tantos otros... Pero, tente, pluma, porque de seguir enumerando nombres acabaría por escribir una tan necesaria «Nueva Derrota de los Pedantes.»

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

POLÍTICA ESPAÑOLA

Una fuerza intuitiva nos hacía presentir los próximos acontecimientos, cuando decíamos en nuestra crónica anterior que a los señores Cambó y Alba dedicaríamos ésta. Aunque quisiéramos arrepentirnos de nuestro propósito de entonces, aunque fuera nuestro gusto o nuestro capricho tratar hoy otro tema, la actualidad, señora de la pluma periodística, nos lo impediría, imponiéndonos esos dos nombres, esas dos figuras, la del político castellano y la del político catalán—en los que nosotros seguimos viendo el porvenir—que colocados frente a frente, y en actitud belicosa, intensifican un poco la estúpida, la anodina vida de la política española, elevan algo el bajo nivel espiritual de nuestro Parlamento y acaso ponen—no estamos seguros de ello—calor de pasión y luminarias de esperanza en un pueblo generalmente desesperanzado y descreído, que arrastra una existencia apagada y fría, bajo el dominio enervante de la indiferencia.

No es la contienda personal entre los señores Alba y Cambó la que nos interesa en estos momentos. Presenciamos otras muchas entre políticos de altura y ninguna finalidad

práctica tuvieron para la patria. Como espectáculo no está mal; pero nosotros lo que menos necesitamos en estas circunstancias es divertirnos; lo que nos importa es vivir, y vivir bien, como impidieron nuestros políticos que viviéramos en años y años—¡cuántos y qué amargos!—de crímenes de lesa patria, que han de quedar sin castigo por los siglos de los siglos.

Lo que nos interesa en estos momentos es lo sustancial, la realidad palpable del presente y la realidad presentía del porvenir próximo.

Estamos en días solemnes, de una transcendencia tal, que no encontramos la frase precisa para ponderarla y ofrecérsela al lector en toda su enorme importancia. Estamos en los angustiosos días que preceden a la crisis que ha de determinar nuestra vida o nuestra muerte. La prolongada agonía del pueblo español va a terminar muy pronto; tiene ante sí, disputándose el acto piadoso de ponerle término, las tintas de una aurora prometedora de vitales llamaradas y las sombras, más densas cuanto más exploradas, que anuncian la noche eterna.

No fué la fecha del 21 de Marzo último la que marcó la nueva Era en la Historia de España; no fué en aquella fecha cuando se resolvió nuestro porvenir. Entonces no hicimos otra que cosa aplicarnos una inyección para prolongar la agonía de que hablábamos. Y en ésta estamos como antes del 21 de Marzo, pero más avanzados, en situación más crítica, más angustiosa, más cerca del desenlace, en

los momentos decisivos en que ha de decidirse nuestra suerte.

En tan graves circunstancias, los que tenemos consciencia de nuestra situación, no todos, por desgracia— ¡despierta pueblo; mira despierto la realidad, ahora que, felizmente, no reclama tu atención la fiesta de los toros!—; los que nos hacemos cargo de la transcendencia del presente; los que tenemos sensibilidad para percibir cómo las hondas conmociones que experimentan otros países hacen conmover al nuestro en su propia entraña, amenazando derrumbarlo todo, prometiendo reconstituirlo todo, con lo que vivimos en la duda y la zozobra, entre el temor y la esperanza, sin saber si, al fin, todo ha de venirse abajo o todo ha de adquirir vida y vigor; nosotros, los que nos hallamos atentos a las transformaciones de Europa y a los próximos acontecimientos que, como consecuencia de aquéllas, han de desarrollarse en nuestro país, susceptible a toda clase de modificaciones y perturbaciones, necesariamente hemos de sentirnos inquietos, un poco desorientados, acaso desatalentados, desde luego ansiosos de una orientación, de que una voz viril, emocionada por el sentimiento patrio, autoritaria y persuasiva a un tiempo, sincera y honrada, la voz de la verdad y del patriotismo, que nos llame desde el buen camino que puede conducirnos a la salvación, que puede llevarnos a la vida.

Ante nosotros se tienden las sendas, y nosotros no sabemos cuáles son las del bien y cuáles las del mal, y nadie nos dice cual es la

que debemos seguir. Esta es la situación. No nos atrevemos a emprender el viaje en la angustiosa compañía de la duda y sin la luz de un ideal que nos alumbre el camino, y permanecemos quietos, acobardados, esperando un día y otro, con ansias de vida, la voz que mueva nuestra voluntad y nos guíe: la voz del gobernante que necesita España.

En nuestro afán de encontrarlo, prescindiendo de los malos gobernantes que siempre nos condujeron por caminos de abrojos, hemos estado atentos a la palabra del señor Alba; pero el Sr. Alba nos ha decepcionado, y al decepcionarnos ha despertado en nosotros la indignación, porque hubiéramos querido verle triunfante, porque pusimos esperanzas en su talento y en su juventud, porque creíamos en él. Se ha colocado en una situación falsa, a la que le llevó la impaciencia, la ambición, las inhábiles habilidades de sus funestos maestros políticos, cuyas lamentables enseñanzas—ya nos permitíamos advertírselo en nuestra crónica anterior — no pueden ser aprovechadas en estos tiempos. El Sr. Alba quiso madrugar y madrugó demasiado, tanto que despertó en la noche y se perdió en las sombras y no pudo acertar con las posiciones ventajosas que habían de darle superioridad sobre sus adversarios y desde las que había de dominar el Poder.

Provocó una crisis injustificada, salió del Gobierno por un motivo que carecía de toda solidez, y también de la teatralidad que el señor Alba imaginaba. No se trataba de la re-

constitución de la cultura patria, de un plan serio y meditado para la enseñanza nacional, ni siquiera de hacer buenos muestros para acabar con los malos alumnos; todo se reducía a que los maestros de escuela comiesen un poco más, y conformes todos en que así fuera, porque en realidad siempre comieron demasiado frugalmente, se discutió si habían de echar en el puchero un puñadito más o menos de garbanzos, y con el puñadito de más en la mano se marchó el Sr. Alba, con la pueril pretensión de que arrojado a la cara del Sr. Cambó había de producir los efectos de una perdigonada, de la que algunos perdigones alcanzarían a D. Antonio Maura y al conde de Romanones.

Este, por su parte, eterno aprovechador de los yerros ajenos, quiso, con sus desacreditadas habilidades, servirse de la inocente habilidad del Sr. Alba para sus fines políticos, y por eso se encargó de la cartera de Instrucción Pública y coqueteó graciosamente con los maestros, y acabó concediéndoles lo mismo que su antecesor les había ofrecido.

Todo inútil, lo repetimos. Aquí no valen ya habilidades, ni marrullerías; toda esa vieja política con la que se han estado divirtiendo y han medrado a costa de los españoles unos cuantos señores poco escrupulosos, ha terminado para siempre.

De esto debió percatarse el Sr. Alba y se hubiera evitado el mal paso que acaba de dar: Claro es que se rehará y volverá a erguirse frente a Cambó, único rival digno de él, por

su talento y su vigor; pero si no quiere volver a ser vencido, renuncie a los viejos procedimientos políticos, a las enseñanzas que recogió de sus maestros en la política, y viva atento a las realidades de los tiempos actuales, que más invitan a la meditación y a la acción cauta que a las hábiles maniobras, para obtener ventajas personales, y a los fuegos artificiales de la palabrería, con la que se pretende deslumbrar y aturdir al adversario.

¿Cómo olvidó el Sr. Alba que el actual Ministro de Fomento es un adversario temible, fuerte, frío, siempre bien preparado y que aventaja a todos los demás políticos monárquicos, porque lleva al combate la bandera de un ideal, porque ataca y se defiende por unideal?

De este ideal, que se llama regionalismo, y que tanto nos interesa, hablaremos en nuestra próxima crónica y también del magnífico discurso, el mejor que desde hace bastantes años se ha pronunciado en la Cámara española, con el que el Sr. Cambó definió su actitud y en el que afirmó el programa regionalista.

Por hoy hemos de limitarnos a advertir al pueblo español que está en vísperas de acontecimientos de una importancia sin precedentes, que va a decidirse su vida o su muerte, y que no debe dejarse sorprender por los ambiciosos, ni debe resignarse con los ineptos.

Es necesario que se muestre sereno y perspicaz en la confusión que ha de preceder—que ya se inicia—a la gran transformación política que las circunstancias exigen.

Esta crisis—nuestra vida o nuestra muer-

te—, que ha de resolverse muy en breve, sólo puede tener dos soluciones: el advenimiento de las izquierdas o el de las derechas, que son ya los únicos instrumentos de gobierno. Desterrados los *fulanismos*, fracasados los raquíticos partidos familiares, roto el compadrazgo del ridículo turno, sólo pueden estar al frente de los destinos de España los grandes ideales: el de las derechas y el de las izquierdas.

Pero será preciso aquilatar los valores idiológicos para saber a qué atenernos. El señor Cambó defiende un programa audaz, radicalísimo: Implantación de la autonomía regional; reformas de carácter social; extrema democratización de los preceptos constitucionales. Y los mauristas inician una aproximación al Sr. Cambó, como si vieran en las manos de éste la bandera de las derechas.

¿Cuál ha de ser, entonces, el programa y el ideal de las izquierdas españolas? ¿Hasta dónde habrán de avanzar para llegar más lejos que las audaces derechas? ¿Y cuál ha de ser la situación de los partidos intermedios, de los conservadores y de los liberales aferrados a la tradición?

No recordamos momento más interesante que éste en la política española, ni situación más crítica que la actual para el pueblo español, ni días más decisivos que los presentes para el porvenir de España.

JOAQUIN AZNAR

EL TEATRO

«El asalto», en Cervantes.

El asalto es una de las obras más recientes de Henry Bernstein. Su estreno en Francia tuvo lugar pocos años—dos o tres—antes de la guerra actual.

El asalto adaptado al español pierde su cualidad más esencial: el ambiente, y sólo conserva el interés del tipo central de la obra: *Roussell,* el clásico político francés.

Roussell y *Crepof* sostienen este interés en unas escenas habilidosas, de verdaderos efectismos escénicos, a base de una aproximación al *chantage* que, ambos, en su pasado, realizaron.

La política francesa, de caminos tortuosos y de secretos culpables, tiene en *El asalto* un claro reflejo. Pero *El asalto* en español no ofrece la necesaria sugestión para que la obra alcance las verdaderas alturas dramáticas. Es,

como decimos, la historia de una vida—la de *Roussell*—lo único que despierta ligeramente nuestra curiosidad.

En París, el triunfo de *El asalto* se debió al genio de Guitry. No recordamos con certeza si el extraordinario actor representó esta comedia en su última *tournée* de Madrid; creemos que sí, porque *El asalto* ofrecía a Guitry verdaderas amplitudes para una demostración de su talento y—la virtud más estimable en un actor—de su estudio profundo y detenido del personaje.

El público madrileño ha acogido *El asalto* con absoluta frialdad.

«La señorita está loca», en Eslava.

El elogio de esta comedia significa también el más sentido elogio del público que asistió a su estreno. Fué un auditorio sensato, de clara percepción y delicada sensibilidad literaria. Un auditorio completamente distinto del que ha sancionado con aplauso varias obras absurdas en los principales teatros de Madrid. Un público más educado en las corrientes dramáticas, más depurado en los principios de la estética teatral. No vacilamos en afirmar que se trataba de un auditorio de más pura

nobleza literaria y también que estaba dotado de una buena dosis de *bonhomie*.

La señorita está loca ganó un éxito digno de consideración. El elemento cómico de la comedia determinó este triunfo, a la par que trazó con firmeza el temperamento de su autor. El Sr. Sassone es, ante todo, un escritor ingenioso, de una espontaneidad extraordinaria. Claro que, por ahora, el Sr. Sassone no puede realizar una labor paralela a la hecha por Claretie en su admirable *Brichanteau*. En *La señorita está loca*, Sassone sólo llega a la altura de *Robey* en sus populares *Life's Pictures*.

En la nueva comedia, una gracia fresca, suave y noble—ponderada en su justa medida—salpica los tres actos agradablemente. Relampaguea la frase ingeniosa, aguda, en algunos momentos satírica, y esto no nos deja pensar en que el concepto apenas tiene solidez. El fulgor literario—por otra parte sin preparación retórica—produce el diálogo, de un fuerte efecto teatral. El oportunismo es también otro de los méritos más estimables de *La señorita está loca*.

Por eso creemos que Felipe Sassone es, ante todo, un ingenioso, no exento de emoción. La carta de *A campo traviesa* puede co-

rroborar nuestra afirmación. Es aquel un momento que tiene más emoción que toda *La señorita está loca*.

El aspecto sentimental de esta obra apenas tiene interés. La fábula fundamental es pobre, anticuada y sin relieve. El triunfo de la obra se debió a las cualidades apuntadas al principio y al tipo central: *Victoria*.

Victoria tiene atisbos de realismo, que se vislumbra a través de los efectos escénicos con que el personaje está trazado. No sucede así con el *Felipe*, artificioso y nada original.

Felipe Sassone ha escrito una comedia estimabilísima y ha definido claramente su temperamento. ¿Nos sorprenderá algún día con un drama o con una comedia llena de tésis y de sentimentalidad? Las aptitudes de Sassone pueden intentarlo todo con probabilidad de alcanzarlo todo. Pero aunque el notable literato no abordase estas empresas, en nada se menguaría su justa fama. Al contrario, siempre que ganase batallas como la de *La señorita está loca*, su éxito sería mayor, sobre todo en España, en donde la carencia de verdaderos autores cómicos es casi absoluta.

Ernesto Vilches y el teatro extranjero.

En el teatro Cervantes, el notabilísimo actor Ernesto Vilches está realizando una brillante

campaña. Obras del teatro extranjero son la base de la temporada. Se han representado *El eterno Don Juan (The great lover)*, *La aventura del coche*, *Juventud de Príncipe* y últimamente se ha efectuado el reestreno de *Kit (The man who steaded at home)*.

Kit tiene, indudablemente, el necesario relieve para ofrecer a Vilches una amplitud de matices y aspectos adecuados a su temperamento artístico. No ocurre lo mismo con el *Roussell*, de Bernstein, opaco, oscuro, transplantado sin vigor a un ambiente contrario, y de una complejidad espiritual sin precedentes y sin interés en España,

Las aptitudes de Vilches son muy superiores a las que se necesitan para interpretar el *Roussell*, infinitamente inferior al *Teddy*, que Vilches ha creado de un modo portentoso.

La interpretación que da Ernesto Vilches a los tipos del teatro extranjero, es muy digna de estudio. Nosotros creemos que no hay actor que le supere en esta clase de trabajo. En contra de los que opinan que este trabajo de cosmopolitismo tiene la facilidad de los recursos de pronunciación y de la composición de tipos exóticos, opinamos que hay muy pocos actores españoles capacitados para abordar este teatro lleno de dificultades. El

desconocimiento del medio es quizás una de las mayores. Sin este conocimiento, el espíritu de razas y de pueblos no puede tener una aproximada interpretación. En *El eterno Don Juan*, Ernesto Vilches sabe decir, como ningún otro actor *Thank you*, *sir* y *Merci*, por ejemplo. Lo sabe decir y sabe expresar toda la *obligeance* de la frase. Además, tiene un absoluto dominio de la *pose* escénica que los tipos de este teatro reclaman. Es la misma *pose* de André Brulé, el comediante de la *Porte-Saint-Martin*.

Ernesto Vilches tiene, además de sus méritos de intérprete extraordinario del teatro español—¿quién ha superado el *Rubio* de *La Malquerida?*—,el de creador de tipos de un teatro digno, por todos conceptos, de ser conocido en España.

EDUARDO HARO

NOTAS HISPANOAMERICANAS

LA FIESTA DE LA RAZA

El estado sanitario de la Península ha venido a restar un tanto de esplendor a la *Fiesta de la Raza*, en este año, el primero en que se conmemoraba con carácter oficial en el Reino, en circunstancias únicas y solemnes para el mundo.

De los actos celebrados en Madrid para festejar el 12 de Octubre, fué el más importante el realizado en el Ayuntamiento, con asistencia de las autoridades y de los representantes de las naciones hispanoamericanas y de los centros americanistas.

El Secretario de la Corporación municipal dió lectura al fallo del Jurado encargado de examinar los trabajos presentados al concurso convocado por el Ayuntamiento, haciéndose acto seguido entrega de los diplomas concedidos a los autores premiados, que resultaron ser: D. Leopoldo López de Saá, D. Alva-

ro Laroder, D. Edmundo Gutiérrez, D. Julio de las Heras y D. José Loya.

El gran actor Ricardo Calvo leyó magistralmente la poesía del P. Teodoro Palacios, poeta premiado con la flor natural.

Pronunciaron elocuentes discursos, el Alcalde D. Luis Silvela, el Concejal Sr. Goicoechea, D. Faustino Rodríguez San Pedro, Presidente de la *Unión Ibero-Americana* y el Ministro de Cuba D. Mario García Kolly. Todos los oradores estuvieron acordes en la necesidad de estrechar cada vez más los lazos entre americanos y españoles, como un homenaje al pasado, una necesidad del presente y una esperanza para el porvenir.

Terminó el acto con un magnífico concierto por la admirable Banda Municipal.

Antes de abandonar el local, la concurrencia fué invitada a pasar al *bufet*, donde se le obsequió con un muy bien servido *lunch*, alzándose una copa de *champaña* por España y por América.

Juventud Hispanoamericana.

En el Ateneo de Madrid se reunió últimamente la Juventud Hispanoamericana, bajo la presidencia de D. Cristóbal de Castro,

y asistiendo la mayoría de sus miembros.

Fué aprobado el proyecto del Sr. Labra para celebrar en Madrid una Asamblea de centros españoles en América, dedicando un día de ella a cada nación hispanoamericana. A estas sesiones se las dará gran solemnidad, presidiéndolas el representante del respectivo país, organizándose de este modo: «El día de la Argentina», «El día de Chile», «El día de Cuba», etc., etc., y tratándose en cada una, por medio de ponencias especiales, de cuantos temas interesen a los españoles allí residentes y al país mismo en sus relaciones con España. Una Comisión de Diputados a Cortes pertenecientes a la Juventud pedirá audiencia a Su Majestad el Rey solicitando de él que abra y clausure la Asamblea, que se celebrará probablemente en el gran salón de la Biblioteca Nacional.

A propuesta del Sr. Goy de Silva, se acordó la creación de una revista, órgano de la Juventud y de los Centros españoles en América, designándose una ponencia compuesta de dicho señor, del Presidente y del Sr. Labra.

También fué aprobada por unanimidad la propuesta del Secretario general, Sr. Pando Baura, de organizar un Ateneo de Estudiantes Universitarios, a semejanza del estableci-

do en Buenos Aires, a cuyo fin y en cuanto lo permitan las circunstancias se convocará en el Paraninfo de la Universidad Central a una reunión magna de estudiantes de todas las Facultades y Escuelas especiales.

El ponente de literatura, Sr. Luca de Tena, dió cuenta de haber recabado de los eminentes artistas María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, que para la próxima temporada de la Princesa den a conocer una obra de autor americano.

Por último, se convino en establecer un Centro Jurídico-administrativo, que sirva de organismo consultor para nuestros compatriotas de América, nombrándose a los señores Ortiz de Rozas y Vega para la ponencia.

Ha entrado a formar parte de la Juventud, como Vicepresidente de la Sección de Propaganda y Publicidad, D. César E. Arroyo, Director de la sección americana de esta Revista.

D. Roberto Levillier.

Tenemos la grata noticia de haber embarcado en Buenos Aires, a mediados del presente mes, con dirección a España, el notable histo-

riógrafo argentino, D. Roberto Levillier, que viene con el cargo de Consejero de la Embajada de su país en Madrid, y encargado además de realizar una importante investigación histórica en el Archivo de Indias.

AMÉRICUS

ÍNDICE

Páginas

I.—*El consuelo de morir*, por Edmundo González-Blanco 1

II.—*La España de Carlos III*, por Diego San José 20

III. — Poetas españoles: *Las dos fuentes* e *I. M.*, por Fernando Maristany; *Deja que duerma el corazón*, *El terciopelo rosa de tus senos*... y *El retorno*, por Ramón Prieto y Romero; *Ensueños líricos*, por Manuel Verdugo; *Crepúsculo*, por Eliodoro Puche y *Como la brújula*, por José Bruno 28

IV.—Siluetas literarias: *El manco de la superstición*, por Antonio Valero de Bernabé... 41

V.—De Arte español: *Mariano Benlliure y su obra*, por Francisco Pompey 45

VI.—*El señor diablo*, de Eça de Queiroz (Traducción de Andrés González-Blanco) 54

VII.—Cuentos españoles: *Mimí, en el Palace*, por J. González Rigabert 77

VIII.—Literatura portuguesa: *Los Albores*, por León Martín-Granizo..... 82

IX.—Temas españoles: *El país de la resignación*, por Alfredo Villanueva..... 90

X.—Cuentos americanos: *El suplicio del recuerdo*, por Carlos H. Endara..... 95

XI.—*Mosaico*, por Vicente Pasqual 99

XII.—Poetas Hispano-Americanos: *En el desierto*, por Manuel José Othón..... 108

XIII.—Modernos Poetas Mexicanos: *Manuel José Othón*, por César E. Arroyo..... 115

XIV.—*Actualidad artística*, por Ballesteros de Martos..... 118

XV.—*Bibliografía*, por Andrés González-Blanco 130

XV.—*Política española*, por Joaquín Aznar..... 139

XV.—*El Teatro*, por Eduardo Haro..... 146

XVII.—Notas hispanoamericanas: *La Fiesta de la Raza.—Juventud Hispano-americana.—Don Roberto Levillier*, por Américus..... 152

REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, Noviembre 1918.

CONTEMPLACIÓN Y ACCIÓN

Benedetto Croce, discurriendo en la revista *La Crítica* sobre la contemplación, afirma que ésta no es otra cosa que un momento de la realidad que se desenvuelve: el momento en el cual restauramos en nosotros mismos la turbada conciencia de la racionalidad y nos detenemos para reconocer el camino recorrido y mirar a nuestro alrededor gozando del presente; pero sólo por lo que éste es; a saber, el punto de convergencia del pasado y del futuro. El verdadero filósofo, dice Croce, se avergonzaría de la beatitud del cenobita, es-

tándole vedada la exageración contemplativa por la naturaleza misma de su filosofía.

Evidentemente, la contemplación que tiende al éxtasis es inerte y socialmente ineficaz. Por su medio, el individuo se desprende completamente del mundo y aspira a unirse con Dios, como Santa Teresa, o a ser Dios, como Plotino. Sin embargo, es innegable que a la contemplación se debe la moderna concepción de una vida autónoma del espíritu. Siendo condición precisa de esa vida lo absoluto y lo infinito, la idea de uno y otro, considerada, en épocas pretéritas, como un privilegio especial del hombre, elevó el pensamiento de éste más allá de toda limitación. La vía interior señalada por Plotino al hombre para llegar a «la gran belleza» (*Enneades*, I, libro VI) fué, de un modo singular, el punto de partida de un valor autónomo del arte, determinando la tendencia de éste a reproducir la razón suprema que obra en la Naturaleza, con lo cual dejó de ser una simple imitación de ésta.

La acción, limitada al mero movimiento, es asimismo socialmente estéril. El individuo entregado a las fugaces realidades inmediatas, conviértese en esclavo o juguete de éstas, siendo por ellas arrastrado sin luz. Empero a la constante solicitacion de nuestra actividad

por la sensación material, por el efecto inmediato, y aun por lo que deslumbra o excita, por la «actualidad», en suma, debemos los valores de nuestra civilización. No obstante, el hecho de ser ésta nuevamente humana, motiva el que surja, de nuestro vivir ruidoso y precipitado, el deseo de un desarrollo y de un progreso del hombre vivo, el ansia de una cultura del alma, de la salvación de nuestro yo espiritual, y con este deseo, la añoranza, en determinados momentos, de la simplicidad de la Naturaleza y de las innumerables posibilidades de la infancia. Carlyle sintió profundamente esa añoranza; sintióla también Taine, coincidiendo ambos en que el mundo moderno es triste, porque es demasiado civilizado, y en que la antigüedad es la juventud del mundo y por lo tanto la nuestra. Conserva en nosotros esa juventud la contemplación de la armonía y de la belleza eternas.

Según el filósofo alemán contemporáneo Rudolf Eucken (véase *Geistige Strömungen der Gegenwart;* 1904), la civilización mezquinamente humana que transforma la vida en mero movimiento, hace que se desvanezca todo presente verdadero, pues éste exige «un reposo de la vida en sí misma» e implica una elevación por encima del tiempo puro y sim-

ple, siendo por lo tanto preciso llamar a la vida a ese sér esencial que se siente vivir a través de todas las mudanzas, que refiere a una unidad superior las diversas actividades, las mide según esta unidad y se esfuerza en reunirlas partiendo de ella.

Transportándonos a la esfera del arte, recordaremos que Maeterlinck ha dicho, en el prólogo de la edición completa de sus dramas, que si está permitido al poeta lírico atenerse a las ideas generales más vastas y más imprecisas, debe el poeta dramático hacer descender a la vida real, a la vida cotidiana, la idea que se ha formado de lo desconocido. Y como ha llegado en un momento en que lealmente le es casi imposible admitir las antiguas y en que las que deben substituirlas no están determinadas, no tienen nombre todavía, vacila, tantea y, si quiere permanecer absolutamente sincero, no se aventura más allá de la realidad inmediata. Limítase a estudiar los sentimientos humanos en sus efectos materiales y psicológicos. En esta esfera puede crear fuertes obras de observación, de pasión y de sabiduría; pero es dudoso que alcance jamás la belleza más vasta y más profunda de los grandes poemas en los cuales algo infinito se mezclaba a la acción de los hombres.

Y más allá, discurre Maeterlinck que, en otro tiempo, el genio, desde luego, pero también a veces el simple y honrado talento, lograban darnos en el teatro ese último término profundo, esa niebla de las cimas, esa corriente de infinito; todo eso que, careciendo de nombre y de forma, nos autoriza para mezclar nuestras imágenes hablando, y que parece necesario para que la obra dramática alcance, con su plenitud, su nivel ideal. Hoy falta casi siempre en ella ese tercer personaje enigmático, invisible, pero presente en todas partes, que podía ser llamado el personaje sublime; el cual no es acaso sino la idea inconsciente, pero fuerte y arraigada, que el poeta se forma del Universo y que da a la obra un alcance mayor, algo que continúa viviendo en ella después de la muerte de lo demás, y que permite volver a ella sin agotar nunca su belleza.

Coincide el criterio de Maeterlinck, respecto al arte dramático, con el de Emerson referente a la ciencia moderna. Esta, a juicio del gran escritor norteamericano, es sensual y por lo tanto superficial. Tratamos, dice, de un modo sensual la tierra, los cuerpos celestes, la física, la química, como si tales cosas existiesen por sí mismas, cuando no son más

que la continuación del sér que nosotros poseemos. Y recuerda estas palabras de Proclo: «El gran cielo se mueve en conjunto con los períodos invisibles de las naturalezas intelectuales.»

La combinación de todo esfuerzo con fines meramente humanos, como hace observar el fundador del Activismo, en su citada obra, ha conducido a nuestra época, en la que tanto se habla de fuerza y tanto se canta la vida, a la universal mentira de nuestra acción, en la cual, a pesar de anunciar constante y pomposamente fines elevados, no perseguimos más que nuestro interés, la vanidad que se aprovecha de todo éxito para hacer el elogio del propio yo. Y cuando consideramos todo eso en su conjunto, apodérase de nosotros una profunda tristeza, sintiendo que nos hallamos frente a potencias a las cuales no tenemos derecho a dejar el campo libre y contra las cuales somos incapaces de luchar.

* * *

La exageración contemplativa nacida del egoísmo, haría, como dice Croce, de la sociedad un monasterio, cuando de lo que se trata

no es de librarse de la acción humana, sino de encontrar, por la contemplación, la forma misma de la acción humana.

Es admisible la «beatitud» considerándola como un momento de un desarrollo, porque así se la despoja de toda preeminencia sobre el desarrollo mismo, De esta suerte concebida, es la contemplación epílogo y antecedentes de contrastes nuevos y la misma racionalidad que nos ha procurado el goce de la contemplación nos obliga a desprendernos de ella, volviendo a la vida inmediatamente, porque en la armonía del Universo muéstrase a la vez lo que somos y lo que debemos ser, y la racionalidad nos manda reanudar la obra, la investigación, la discusión, el contraste y aun aceptar nuevos dolores, sumirnos en nuevos arrepentimientos.

Tal es también la doctrina de Eucken (Ob. cit.) al concebir al hombre con poder bastante para elevarse, en atrevido vuelo, por encima de los dominios de la civilización—lo cual «no constituye el extremo límite del esfuerzo humano»—; colocarse en su propia interioridad, desarrollando una personalidad que abrace el Universo, hacerse superior a todo desorden y a toda apariencia, y buscar, partiendo de ahí, una relación inmediata con la realidad.

¿No era éste, asimismo, el pensamiento de Pitágoras, cuando en el templo de las Musas explicaba a sus discípulos del segundo grado la necesidad de elevarse por encima de las tempestades y discordias del propio sér del alma, dominar las cosas con la inteligencia y realizar la unidad en la armonía? «Entonces y sólo entonces—decíales el filósofo de Crotona—Dios descenderá en vuestra conciencia; entonces participaréis de su poder y haréis de vuestra voluntad la piedra del hogar, el altar de Hestia, el trono de Júpiter».

Así en la actualidad, por encima del torbellino infernal que envuelve al mundo, producido, en apariencia, sólo por el gigantesco choque de fuerzas ciegas, elévase la conciencia humana y concéntrase a la par en proporción de la expansión de esas fuerzas, aspirando a descubrir la verdad alta y fecunda de la hora presente;—como el iniciado egipcio, tendido en su sepulcro, anhelaba contemplar el loto místico surgiendo de la noche; punto luminoso desplegándose en rosa de mil hojas.

SALVADOR ALBERT.
(Diputado a Cortes por La Bisbal.)

San Feliú de Guixols (Gerona); Octubre, 1918.

MIS PRIMERAS AMIGAS

Entre la sociedad de mis amigas de colegio, tenía tres a las que nunca pude olvidar. Yo conocía sus gustos y predilecciones; era mi encanto complacerlas.

Hortensia, la primera, alta, delgada, aspecto distinguido, ojos verdes sin expresión definida, gustaba de la soledad y era en extremo mística. No he conocido jamás una criatura más buena. Necesitaba tan sólo una iglesia, un libro y una amiga. Humilde, temía la exhibición y se deslizaba entre sus compañeras sin ser sentida; lo sacrificaba todo a su religión, sin más alegría que la lira de su juventud que resonaba en notas melodiosas en su garganta; como los pájaros, sólo sabía cantar.

Todavía me grita mi conciencia al recuerdo de algunas travesuras de mi carácter de diablillo juguetón, con bromas e ironías picarescas; nunca olvidaré la expresión de su rostro, un día que estando en el colegio, en aquel con-

vento sombrío, se me perdió una lámina conservada con ternura en mi devocionario; al notar su desaparición inculpé a Hortensia, la increpé duramente, le dije traidora, beata y otras cosas más; en tanto me deshacía en ofensas, la dulce paloma nada dijo y sólo sus ojos se bajaron y vi correr una lágrima por su mejilla

Aun no comprendí. ¡Cómo es de ciego el corazón ofuscado por la injusticia...!

A los dos días encontré mi efigie bajo la almohada, caída seguramente por descuido.

Mi pobre amiga nunca recriminó mi acción, pero sufrí tanto con ella que curé de injusticias en la vida. Hoy está lejana; ¿se recordará alguna vez de su amiga de colegio?

Las emociones pasadas son letras escritas sobre el agua; la onda nueva las arrastra sin dejar huellas.

Pero sin disputa, la más querida de mis compañeras era aquella *morocha ñatita* de ojos vivarachos y labios túmidos. Se llamaba Lila; su nombre para mí era dulce; tenía ingenio y talento, pero de esos que no pasan de la superficie. Débil de carácter, la dominaba mi voluntad; de una posición más humilde que la nuestra, protestaba de la desigualdad en este mundo, que arranca tantos dolores y lá-

grimas. Comprendía ya en sus quince años las amarguras que la esperaban en este gran escenario lleno de convencionalismos y mentidos valores. Su corazón apasionado amó sin reservas y muchas, sí, muchas veces ¡con cuánta alegría lo recuerdo! la salvé de errores; aunque joven como ella tenía una visión más clara de la vida, y bastantes lágrimas me ha costado su amistad.

Cuando recuerdo a lo que me exponía por ella me admiro de mi cariño y del poco mérito que daba a los desdenes de la sociedad.

A mi lado la introduje en los salones y varias veces me privé de ellos por no poder llevarla; las damas ricas despreciaban un tanto a la amiga pobre. El tanto por ciento en todas partes... Vamos montados en asnos cargados con alforjas de oro; cuando están vacías, se viaja sola en el camino.

No sé por qué desde la niñez he encontrado todo tan gastado y efímero y en la oscuridad de mi corazón, he sentido el frío de las cosas que rodean la existencia. ¿A quién me quejaré de esta manera de ser mía? Quién sabe si no soy yo misma la culpable, por la propensión al análisis y por vivir la vida demasiado en serio. Es una dolencia de la que protesto en vano gritándome: ¡eres tú la causante de tu

daño, no olvides tu enfermedad...! El herido se preocupa más del hierro que lo hirió que de curarse el dolor. Mi amiga me hirió con su olvido.

Ahora sólo me resta hablar, como en un rezo, de aquella a quien conocí como de paso en este mundo.

Nuestra amistad, en apariencia, no era estrecha; sin embargo, algo había en nuestras almas que comprendíamos las dos, como el que posee un misterioso secreto y no lo dice jamás.

En la pobreza como en la fortuna nunca se enfrió nuestro afecto, ese afecto hondo y sentido como una efusión del corazón. Había en ella un mirar que decía cosas de otra vida y tenía la angustia de la que fué encargada de revelar mensajes terribles y tiene que callar.

Como una flor extraña creció en el mundo; con las pupilas en horizontes lejanos, iba sembrando sus días cargados de eternidad. Joven como las rosas de septiembre; triste como las hojas que caen prematuras; pura como los ángeles, tenía algo de inmaterial y celeste. Su recuerdo me conmueve y el nombre de Lola acude a mis labios como una oración; ya no ocupa en la vida más puesto que un palmo de tierra en su sepulcro.

Todos llegaremos al mismo término; nuestro nombre se guarda en la urna de donde saldrá algún día para el desierto fatal, porque vamos en la caravana de las horas hacia el puerto de la muerte, y en la última llegamos. Ella llevaba una de las prestadas antorchas que iluminan esta carrera y que al volar en el soplo de la muerte la dejó en otra mano.

¡Cuán pequeña parte tuviste en este festín de humanos! ¡Feliz de ti, amiga ausente, que atravesaste ya en la barca y que no sientes en la aurora los vagidos de la cuna, ni en la sombría noche los suspiros de agonía!

ROSA BAZÁN DE CÁMARA

Buenos Aires, III-1918.

POETAS ESPAÑOLES

CANTO DE LA CIUDAD (1)

I

En pleno Océano,
sobre el arrecife de coral cambiante
que el mito de Atlante
nutriera de símbolos y de antigüedad;
donde el sol erige su solio pagano
y Céfiro cuenta,
perenne, la hazaña de Alcides, se sienta
la ciudad que hoy canto: ¡Mi clara ciudad!

Sobre la ensenada
que extensa culmina,
su coloreada
comba de basalto tiende la colina.
A su abrigo hicieron cavar, previsores,
sus hondos cimientos los progenitores;

(1) Introducción a los «Poemas de la Ciudad Comercial.»

y en una alborada de luz matinal
perfiló la urbe su limpio diseño
y surgió del llano solar ribereño
siguiendo la blanca curva litoral...

Reciente está el día
del prodigio: hería
Helios tus fronteras con rayos paternos
cuando en armonía
pactaron tu sino los dioses eternos.
Y como rehenes
de propincuos bienes,
rindieron concordes ante tus destinos:
Apis, vigoroso, su frontal armado,
Demeter, su arado,
y el timón y el ancla, los genios marinos.
Miraban tus hijos los emblemas ciertos;
abiertas las almas tenaces, abiertos
los sentidos todos al feliz augurio,
cuando milagroso confirmó el momento,
azotando el viento
con sus voladoras talares, Mercurio...

¡Era tu epinicio!
El áureo solsticio
de Junio en su máxima cumbre fulminaba;
y el coro de islas yacentes soñaba.
Era el horizonte todo lejanía
bajo la efusiva radiación solar;
quemaban tus torres y tus miradores
y a tus pies rendía,

vibrando de amores,
la oblación ardiente de su aflujo, el mar...

II

¡Es la Plaza, el triunfo, la contienda diaria!
Es la puesta en marcha de esta maquinaria,
de ruedas audaces y ejes avizores,
que el cálculo impulsa y el oro gobierna.
¡Cólquida moderna
de las agiotistas y especuladores!

Es la plaza: gente
que detrás de medro corre diligente
y a tu seno el brillo de tu bolsa atrajo;
mas este tumulto que afluye y rebosa
no es el que despierta concurrencia ociosa,
sino el combativo rumor del trabajo.
Es trajín, premura,
ideal de letras, números y cuentas;
es la oportunista labor que asegura
el lucro: locura
de compras y ventas...

Son tus anchas calles y tus malecones,
en los que se agolpa y hace transacciones
esa atareada muchedumbre varia;
por donde, atestados de feraces dones,
carromatos tardos y ágiles camiones
transportan al puerto tu riqueza agraria:

¡Plátanos, tomates, naranjas! Tributos
de tu ardiente clima, caro al exrranjero;
ágapes mundiales revienten tus frutos
en inagotable raudal de dinero.
Por el gran camino que tu costa envuelve
se van a europeos, lejanos, confines...
¡El mar se los lleva y el mar te los vuelve,
trocados en libras, marcos o florines!

III

Sucinta es tu historia:
—toda en vanagloria
de tu puerto, entonces puerto natural—
Un barco que arriba con una avería
y halla en la bahía
refugio seguro contra el temporal.
Después, tu incremento;
un inusitado desenvolvimiento,
un infatigable sueño de grandeza
y el advenimiento
de esa soberana que llaman Riqueza.
Y a su sombra, el auge; con sus mercadarias
cauciones que afianzan el negocio osado;
casas armadoras y consignatarias
y la progresiva mina del Mercado
por el poderoso capital creado...

Hoy el apogeo.
¡Nunca en sus delirios concibió el deseo

esta tu opulenta sagital carrera
que al más ambicioso cálculo supera!
Tráfago, fragores,
ruido de motores,
hélices que mueven gigantes aletas
y rodar de carros y de vagonetas.
Palacios flotantes que llegan directos
cargados de efectos
o en busca de víveres, aguada y carbón,
que en las oceánicas derrotas situada,
fuiste recabada
escala obligada
de las grandes líneas de navegación...

¿Mañana? ¡Mañana...!
En tu meridiana
brilla el caduceo del dios tutelar.
El dijo tus vastos destinos futuros;
lo oyeron tus muelles de sólidos muros
que son como abiertos caminos al mar...

IV

¡Solar populoso!
Sobre tu industrioso
fervor de fecundos fastos materiales
se informa mi cántico.
Ciudad de los nuevos ritos comerciales,
abierta a los cuatro puntos cardinales...
¡Sobre el Mar Atlántico!

EPÍSTOLA A NÉSTOR

Buen amigo: ya el plectro acordado
suena al grato calor de la holganza
y contentos, por darte recado,
a ese viejo Madrid tan amado,
van mis versos en son de alabanza.

Es la siesta y es junio: conquista
la pereza hizo en mí con su lazo;
yo pensaba en tu triunfo de artista
cuando el sueño, anublando mi vista,
dióme cuna en su muelle regazo.

Y soñé: complicadas quimeras
inundaron de luz mi memoria;
vi una isla con vastas praderas.
Como el noble mentor Néstor, eras
el señor de esta tierra ilusoria.

No es la Pylos del clásico amada
que exaltaron viriles rabeles;
la que sólo de arenas sembrada,
con la crin a Hiperión desatada,
frecuentaban veloces corceles.

Todo el filtro del sueño ha cambiado:
Ríe el agua en las bravas campiñas,
y se ve en el sarmiento granado
el racimo del fruto sagrado
que cuajaron las áticas viñas.

El ambiente de aromas llenaron
los frutales de pulpas bermejas;
plenitud las espigas lograron,
y el hipómano ardor acallaron,
con su manso rumor, las abejas.

Y es, al sol, una fiesta de olores
que presiden las brisas süaves:
los boscajes colgados de flores,
y en las ramas de frescos verdores
alborozo de músicas aves.

Hay un bello palacio; su altura
el azul de los cielos explora;
—maravilla de la Arquitectura—.
El frontón de perfecta finura
profusión estatuaria decora.

El alcázar rodea eminente
columnata de ónix bruñido
cual la adarga de Palas luciente;
y en el pórtico tú, indiferente,
como en tu «Epitalamio» vestido.

A lo lejos, el mar en sosiego
de infinito y azul embriagado;
semejando el rumor de su juego
el respiro de un cíclope ciego
por la mano de Zeus castigado.

¡Noble mar de las gracias helenas,
celebrado de heroicas acciones...!
¡Viejo mar, cuyas ondas serenas
sonrosaron de amor las sirenas
y aclamaron los roncos tritones!

Sobre la ancha planicie ilusoria,
navegando magnífica y grave,
—tan alada como la Victoria—
su enarcado aparejo de gloria
da a la racha una olímpica nave.

Canta el viento en las lonas latinas
—se diría una garza que vuela—
y tras ella, en tropel, las divinas,
las desnudas nereidas marinas,
se entrelazan danzando en la estela.

Se creyera montaña de bruma
que Tifón impetuoso arrebata,
mas, de pronto, su vuelo se abruma
al hundirse en un salto de espuma
las unísonas anclas de plata.

Cruje armónico el casco sonoro.
El gran Sol apolónico loa
el milagro, con dardos de oro.
La quimérica testa de un toro
abre su cornamenta en la proa.

Una barca al costado; severos,
tres viajeros ocúpanla mudos;
caen los remos de un golpe, certeros:
doce negros, los doce remeros,
con los torsos potentes desnudos.

Con la borda inclinada, graciosa,
el zafir de las aguas cercena,
y al llegar a la playa, orgullosa,
con salvaje embestida amorosa,
clava su tajamar en la arena.

Toman tierra los tres pasajeros;
sus alzadas figuras violentas
se comportan con rostros severos.
Helios, niño, duplica sus fueros
en la pompa de sus vestimentas.

Por enorme equipaje abatidas
las broncíneas espaldas tremantes,
en pos marchan los fieros numidas:
tienen sus complexiones fornidas
actitud fatigosa de Atlantes.

Se aproximan; su astral refulgencia
les envuelve en constante reflejo;
y al llegar a tu ilustre presencia,
previo el acto de una reverencia,
se detiene el extraño cortejo.

A una seña, las manos pecheras
dan a tierra sus fuertes caudales:
sendos fardos de argénteas hileras,
y amplios cofres de raras maderas,
con herrajes de finos metales...

Se adelanta el más viejo. Es hermoso
en su gran senectud dilatada,
y la barba longeva en reposo,
recorriéndole el cuerpo anguloso,
va a rozar su babucha encarnada.

«—Sé que amas—te dijo—la orgía
»de las telas de gama esplendente:
»Yo te traigo en mi mercadería
»la más rica fantasmagoría
»que tramaron telares de Oriente.

»Yo te ofrezco las magas labores
»que al arrullo de las lanzaderas,
»embrujaron de ardientes colores
»la destreza de mis tejedores
»y el ensueño de mis hilanderas.»

Y su mano estelada de anillos
desplegó ante sus ávidos ojos,
detonante de fúlgidos brillos,
una loca irrupción de amarillos,
y de azules, y verdes y rojos.

Todo un haz fibrilar complicado
que en randajes diversos se enreda:
y es ficción, en el tul encantado,
majestad, en el áureo brocado,
y sensual afrodisia en la seda.

Todo un nimbo feliz de aureolas
que entramados policromos junta;
y ya finge gigantes corolas,
o imitando pavónicas colas
en simétricos temas se ayunta.

Y uno es lleno de grifos simbólicos,
otro pinta una escena beduina;
y hacia un templo de laca, hiperbólicos,
dan su vuelo los ibis mongólicos
en un viejo retal de la China...

El segundo, a decir su embajada
se dispone con gesto sereno:
Babilónica barba trenzada,
con prolijo primor anudada,
estiliza su rostro moreno.

En sus ojos hay flechas de hechizo
bajo el arco en tensión de las cejas,
y a los lados del cuello roblizo,
dos argollas de cobre macizo
le perforan entrambas orejas.

Y te habló: «—Soy asirio joyero,
»que en profundas cavernas rocosas,
»a la voz de un conjuro hechicero,
»vi brotar en flagrante hervidero
»todo un Tigris de piedras preciosas.

»Porque entiendes la altiva leyenda
»que relatan las limpias facetas,
»yo te doy mi tesoro en ofrenda.»
Y a tus plantas volcó la estupenda
variedad de sus arcas repletas...

Llamearon su ardor planetario
los berilos de agudas aristas;
y encendieron su fiel lampadario
los topacios de sueño lunario
sobre el golfo de las amatistas.

Blancas perlas de lácteos cejales,
esmeraldas de verde tan fino
y ópalos de tan puros aguajes,
como nunca los viera en sus viajes
el viajero Simbad el Marino.

Y la luz en radiante fracaso
rutilaba de vivas centellas
la efusión lapidaria, a su paso,
cual si Orión desplegara al ocaso
su infinita falange de estrellas...

El tercero su turno apresura
por donarte su propio presente:
juvenil es su bella figura,
y han un algo de ambigua hermosura
los encantos del adolescente:

Bien pudiera su gracia raptora
figurar, con iguales preseas,
como ninfa en el rango de Aurora,
o guiando con pierna opresora
un caballo, en las Panateneas.

Viste un sayo de líbica hechura
que circuye una greca morada
y en el pecho de armónica anchura
engastada en antigua montura,
triunfa una cornalina ovalada.

Ya su boca la plática inicia
como son de lirado cordaje;
y la tarde, al encanto propicia,
va prendiendo la alada caricia
—una flor cada voz— al paisaje:

«—Disfrazar la verdad con mentira
»es ardid de prudente guerrero:
»¡Mi señor! Ya mi pecho suspira,
»y a más dulces victorias aspira,
»puesto en su natural verdadero:

»Soy mujer .. y en mi cuerpo ingozado
»una flor estelar se cultiva
»y florece un misterio sagrado,
»como un rayo de sol perfumado
»contenido en un ánfora viva...

«¡Soy mujer!» y sus manos radiosas
desciñeron su veste ambarina
y ofreció a tus miradas ansiosas,
como un albo milagro de rosas,
su total perfección femenina.

Concepción prodigiosa de estilo,
redujera a las Gracias a alumnas
de su enorme reposo tranquilo.
¡Toda blanca sobre el peristilo
entre dos elevadas columnas!

Y con voz que es sutil melodía:
«—Ya lo ves, nada tengo que darte,
»mas te traigo en carnal ambrosía
»la razón de suprema armonía
»que hará eterno el valor de tu arte:

»Soberana de oculto sentido,
»en arreo nupcial comparezco;
»y desnuda de todo vestido
»al ensueño por ti preferido,
»como en un holocausto, me ofrezco:

»Vestirás mi figura primero,
»con las telas de más fantasías
»y después, con solícito esmero,
»enjoyándome irás por entero
»con el fuego de esas pedrerías.

»Harán fondo jardines risueños,
»que arderás de florales matices;
»y hundirás en blandores sedeños
»la quimera de mis pies pequeños
«con tus más asombrosos tapices.

»Por remate del regio tocado,
»prenderás un diamante de hoguera
»a un rajah fabuloso robado,
«que será como un astro orbitado
»en la noche de mi cabellera...

»Yo, a mi vez, te daré el universo
»de mi amor, que es prisión y alegría:
«do hallarás, apacible o perverso,
«cada día un motivo diverso
»y una nueva emoción cada día.

»Y en los vagos momentos ociosos,
»cuando el tedio tu halago disfruta,
«yo hurtaré los diablejos celosos
»con mis labios que tienen gustosos
»el color y el sabor de una fruta...»

Su voz calla. Y velando sus formas,
se reviste con nueva nobleza,
mientras vierte el misterio sus normas
y hay un himno que elevan las Formas
en honor de la Madre Belleza...

Quiere ver, mas no ve mi mirada;
yerra el alma por sendas brumosas.
La virtual expresión increada
va envolviendo en su gasa dorada
la celeste inquietud de las cosas.

Huye el sueño... El solar mediodía
reverbera el añil de su fiesta;
y al retorno vital de energía
se ha evadido la extraña teoría
en el oro estival de la siesta...

TOMÁS MORALES

TUS OJOS

Tus pupilas, enfermas de anhelo,
al azul se elevaron, tan bellas
como dos desterradas estrellas
que tuvieran nostalgia del cielo.

Como escalas de ardientes quimeras
dos luceros les tienden sus rastros;
y en un doble connubio de astros
dulces tálamos son tus ojeras.

Y al mirarte, febril y extasiada,
palpitando en astral llamarada
que del fondo del alma te sube,

de los dioses sufrí la tortura,
al sentir la divina locura
de ser astro, ser cielo o ser nube.

EL POEMA DE TU VOZ

Brilla el sol como fúlgida gema
en el ancho plafón luminoso;
a la sombra del árbol frondoso
ha rimado tu voz su poema.

Perfumado de agreste cadencia
es un himno de amor y descanso,
y es su ritmo tan dulce y tan manso,
tan ingenua y sutil su elocuencia;

que hasta el fondo del alma me llega,
como un alba de vida, y me anega
en los sanos efluvios que mana...

Y extasiado me arrulla tu acento
como al fauno de un lírico cuento
la canción de una dulce fontana.

INTIMA

Ojos negros. lucientes,
labios rojos, rientes,
que supisteis de besos amorosos y largos,
que supisteis de intensas miradas amorosas,
hoy sabéis de brebajes amargos
y visteis la profunda tristeza de las cosas...

Negros ojos aterciopelados,
de sedosas pestañas orlados,
que mirasteis paisajes luminosos,
que visteis perspectivas divinas,
hoy lloráis en espacios brumosos
y veis un corazón lleno de espinas.

Ha nevado largamente
en nuestro corazón y en nuestra frente.

Ha cruzado la negra caravana
de desengaños y dolores,
y en el jardín de nuestra juventud, tan lejana,
la escarcha marchitó todas las flores.

¡Oh, dulce evocación de la mañana
juvenil, de eucarísticos candores!

Ojos negros lucientes,
labios rojos, rientes;
alumbra vuestros iris un fulgor imprevisto,
y signa vuestro pliegue secreta invocación...
Pupilas: ¿qué habéis visto?
Labios morados como la túnica de Cristo:
¿a qué sombra interroga vuestra interrogación?
.....
Mi horóscopo de ensueño fueron sus negros ojos;
la fuente cristalina donde mi amor bebió
fueron sus labios rojos...

Los ojos se cerraron... La fuente se secó...

MIGUEL PELAYO

Cartagena; Octubre, 1918.

JUNTO A UN ALMA INQUIETA

Cae la tarde azul... ¿No te parece
que en la atmósfera tibia y perfumada
la esencia de tu sér se desvanece...?
Ante el desmayo de la luz dorada,
bajo el laurel frondoso,
¿no sientes al fantasma de la nada
disipar tus quimeras de ambicioso...?
Torna la vista audaz a la ilusoria
nube triunfante en el celeste espacio...
¡Dejemos que repose la memoria
en algún verso del prudente Horacio!
Busca la calma de tu propia selva,
sonríe a todo vanidoso empeño
y que la perla de tu heroico ensueño
en tu colmada copa se disuelva...

Hoy duerme mi Señor el Egoísmo;
y a través de un amable panteísmo
veo el can que me ladra con recelo,
—«¡fiel amigo del hombre»...!—y el sonoro
pacífico rebaño que se aleja;
veo el reptil, el zángano y la abeja,
el sucio charco al que transforma el cielo
en cerúleo tesoro,
la humilde hierba, los trigales de oro,

y la paloma cándida que tiende
su vuelo hacia los próximos alcores
y en el cansado corazón enciende
puras ansias de idílicos amores...

¿Ansias he dicho...? No: perdona; amigo,
si queriendo calmar tus inquietudes
en nombrando al Amor me contradigo...
Sobre todos los vicios y virtudes,
sobre TODAS las cosas
se alza el pequeño déspota triunfante,
cínico y bello, deshojando rosas.
¡Ay de ti si, jinete en el pujante
potro de la ilusión, suelta la brida,
corres en busca del arquero infante
para en el pecho recibir la herida!
El rubio sagitario es un vampiro
que tras de herirte sorberá tu vida...
¡No perdona ni el último suspiro!
¡Desgraciado de ti si por curarte
envenenas tu herida con el Arte...!
Y si austero, dragando tu conciencia,
observas la existencia
con un hondo sentido religioso,
entonces... notarás la omnipresencia
del Amor hecho carne... ¡del Coloso!

Alma hermana y gemela: aprovechemos
el fugitivo encanto de la tarde
que va a morir... Pensemos:
«en nuestras almas y en el cielo aun arde

algo de luz... Quizás la del ocaso
sea más breve que la otra; acaso,
acaso no...»
Sin orgulloso alarde
busca la calma de tu propia selva,
sonríe a todo vanidoso empeño;
y que la perla de tu heroico ensueño
en tu olvidada copa se disuelva...

MANUEL VERDUGO

LLUVIA

La lluvia de la tarde en hilos densos
va tejiendo un encaje de cristal...
—Hilitos de cristal ¿estáis suspensos,
acaso, de una mano celestial?—

Su frente blanca y lisa se constela
con la tristeza de la tarde...
Su alma se va por la mirada, y vuela
mientras la carne en sus hogueras arde.

—Sobre los campos verdes devanáis
madejas de fecundidad.
Hilitos de cristal ¡cómo nos dais
lecciones de una santa caridad!—

Aquel ensueño juvenil de antaño
que la ponía llena de perfume
se lo llevó un perverso desengaño
cuyo recuerdo ahora la consume.

—Caed, caed en finos arabescos,
hilitos de agua que nos dais el pan,
al caer al vientre de los campos frescos;
casa del pobre os bendecirán—

Existe ahora en la lejanía
del recuerdo... en el polvo de un reflejo;
y se recuesta su melancolía
en la almohada de un ensueño viejo.

La lluvia azota los cristales
y espejea en las calles cantarina.
—¿Bendeciréis las bodas terrenales
con el grano de oro de la harina?—

Es como un lirio de amarilla cera
que se consume en una eterna luz,
y sólo queda ya la primavera
celeste de su nombre: María Cruz.

ELIODORO PUCHE

INTERMEZZO INEFABLE

¡Días, días, días, días!
¡Pero el día nunca llega...!

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: *Estío*.

. . . . . .

Y, a la clarividencia del arriba de la Aurora
mizífica, efluviante, virginal,
los días invividos de la pausa
dehiscente, silenciaria...

... Y, al insinuarse la vislumbranza
culminadora, hialinamente ultraista:
floraciones y luminarias
de halos eurythmicos, redivivificadores,
que letifican...

...Y, al avanzar ávido el Espíritu
—poseso de infinito dinamismo—
en ansias de eclosión exultativa.
¡El día añorado
en el Alba inmácula,
se desvaneció...!

. . . . . .

¡Oh, aquí yace el Espíritu
ultraista, dionysíaco,
en ruta a emotividad ecuatorial...!
.....

¡El Espíritu hastiado,
porque al final de un año preveyó,
en su perenne auscultar,
el retorno de los días idos:
estivales, antumnales, decembrinos...
con su mismo cortejo
de ritmos y efluvios
isomorfos, delicuescentes...!

... ¡El Espíritu que, febricitante,
en pleonéxico espasmo intimal,
ilusionó el advenir
de la Estación inmaculada,
de los días en virgo
y los matices occiduos,
aun en perspectiva intersticial,
en iridiscente pausa cariciosa,
en intermedio inefable...!
.....

GUILLERMO DE TORRE Y BALLESTEROS

SILUETAS LITERARIAS

EL POETA DE GALICIA

Hace años, muy pocos, revelóse en el maravilloso templo de la Naturaleza, en la región de ensueño, mística y ancestral, Galicia, un nuevo poeta: Antonio Rey Soto.

Sus obras: «Nido de áspides», «Remansos de paz», «Amor que vence al Amor» y «Cuento del lar», positivos triunfos, le colocaron a la cabeza de los poetas contemporáneos.

Mago del Verso es este Rey Soto, cuyas rimas son como fragantes rosas, en las cuales matizase un ruiseñor la melodía indefinible de sutiles poemas musicales...

Su Musa es clásica, y sus composiciones tienen la plasticidad admirable de un espíritu lleno de intensidades sonoras y apasionadas, que le hacen un maestro de la métrica y un exaltador de la sensibilidad...

Rey Soto es el renacimiento de nuestro teatro en verso. Ningún poeta puede competir en forma, en ideas, en contacto y aproximaciones clásicas, con el sacerdote y vate gallego.

Sencillo y penetrante, antiguo y moderno, en una asociación única, de gran fuerza emotiva y estética, nueva e inspirada, viven en este autor recio, la grandiosidad de las imágenes calderonianas, la gracia y el discreteo de Tirso, la fuerza y sencillez de Lope, a la par que sueña con su época, es decir, nos traduce sus ansias, sus inquietudes, sus angustias, su fe, haciéndonoslas sentir intensamente, adueñándose de nuestras almas por el deslumbramiento de su poesía, toda luz, transparencia, tonalidad...

La verdad, la belleza, la efusión, el triunfo de la vida sobre la muerte, vibra en su lira que:

> «Al pulsarla su mano, hasta el acero
> de su cordaje ablándase... y suspira.»

Entre su obra y su manera de ser hay una consonancia perfecta. Y como todo en su espíritu ha vivido y todo lo ha comprendido, nos describe en sus creaciones las cosas del mundo y del alma, las terribles desesperaciones

que anonadan, los éxtasis, los idilios, las resignaciones humanamente agitadas, la paz del creyente...

Su fisonomía es soñadora y extremadamente simpática. En su cara, ligeramente redondeada y pulcra y cuidadosamente rasurada, viven sus ojos azules, inquietos, de una fuerza que contrasta con su claridad. Ojos de *encantador de serpientes,* según la frase de su íntimo amigo el malogrado escritor Javier Valcárce, que sugestionan y todo lo recorren escrutadores. La nariz recta, algo audaz, la boca pequeña, de labios carnosos... Su gesto habitual es la impaciencia.

Quiere ir a todo a grandes saltos, asintiendo con la cabeza y con las manos cuidadas, manos señoriles que, sin perder nada de su masculinidad, tienen mucho de manos de abate. Es de mediana estatura, delgado, nervioso, de ademanes resueltos. Su impaciencia o sus nervios, le dan una movilidad que todo lo arrastra, todo lo absorbe, todo lo llena...

Unicamente es comparable su movilidad a su cariño; quiere confiado, con verdadero cariño de padre, de hermano, de amigo. Abraza fuertemente emocionado y emocionador; y es para agradecer, aun los más pequeños favores, para lo único que le faltan palabras.

Su conversación es atractiva, tanto por su rica variedad, como por su espontaneidad y solidez; es justa en todos los momentos; desdeña la retórica y rompe párrafos que pudieran ser brillantes cuando ve que su interlocutor ha comprendido ya...

Sacerdote, lleva el traje talar con la desenvoltura del antiguo estudiante, terror y orgullo de Salamanca, mejor aún, con la arrogancia y sencillez griega; es toga su sotana y peplo su manteo, y sus maneras de terciarlo son clásicas, rítmicas, artísticas. Seglar, llevaría el vestido con encogimiento, con tímido encogimiento. No sabría serlo y se asustaría de su audacia...

Es un alma llena de sensibilidad y de ideal estético, maravillosamente templada a todas las sensaciones, que se nos presenta desnuda, como una vibración, en las misteriosas sonoridades de sus poesías, a la luz ritual de su pensamiento...

¡Qué libro tan interesante se podría escribir de este gran poeta de la raza, si él, preguntado por la emoción que le produce aquello que en su obra nos emociona, se despojase de su humildad y con su voz armoniosa de recitador, contase, contase...!

Por sus obras nos lo imaginamos todo

amor y todo exquisitez. Así es en efecto. Su gran amor... ¿puede señalarse cuál es su gran amor? Sus devociones son tres: la cristiana, la filial y la artística. Sus grandes amores, todas las cosas, y en primer lugar, los amigos. Tanto, que la única gloria a que aspira este gran poeta, según confesión propia, es que al morir puedan poner sobre la piedra de su sepulcro esta inscripción: «Dejó muchos amigos».

ANTONIO VALERO DE BERNABÉ

UN RENOVADOR

Entre los poetas acordados al amplio vuelo de la poesía moderna, desenfadada e independiente, bien merece lugar elegido el autor de los versos que voy a citar. Es acaso uno de los que con más decisión y soltura cultivan el verso alejandrino; pero no el alejandrino monocorde de los románticos, hoy ya derrocado, sino el alejandrino flexible y ondulante, capaz de recoger los complejos latidos del alma moderna.

El alejandrino, «el gran verso francés», responde hoy cabalmente a la expresión de una poesía genial e iconoclasta. Ese verso, magistralmente estudiado por tratadistas modernos como M. Maurice Grammont y M. Georges Lote, goza la preferencia de todos los versificadores. Si ya en Francia los llamados *vers baïgins* rompían su rígida contextura, y los parnasianos se permitieron en él algunos atrevimientos, hemos de venir hasta Henri de Régnier, Moréas, Vielé-Grif-

fin y demás representantes del arte nuevo, para encontrarle totalmente remozado. Otro tanto ha ocurrido en España; y aunque no faltará quien diga que, a la antigua y a la moderna, el alejandrino resulta en la versificación castellana monótono, feo y machacón, sobre todo si se le combina en pareados, la verdad es que la mayor parte de los poetas piensan de otro modo.

Tal ocurre también al poeta a quien me voy refiriendo. Y véase con qué desgarro da comienzo a uno de sus poemas, titulado *El deseo:*

Estímulo halagüeño de las humanas obras,
hijo de las flaquezas, padre de las zozobras,
que mueres en los gozos con que te satisfaces
y en los impedimentos que te oprimen, renaces.
Tú, fénix, que tu cuna fabricas de tu pira
y haces verdad el ave que formó la mentira,
ave que al fuego vuela, que la pasión halaga
y con la llama misma se muere y se propaga;
golfo de las tibiezas y las fogosidades
adonde alternan siempre chispas y frialdades:
Tántalo verdadero, a cuyos labios fríos
tocan, mas nunca sacian, los más nudosos ríos;
descúbreme, oh Deseo, tus locas inconstancias,
pintaré el laberinto de tus extravagancias,
cantaré tu alto origen, fuente de mil virtudes,
y en las mundanas obras tus raras inquietudes.

Su poema *El hombre* respira todo el noble anhelo que se encierra en los espíritus fuertes, amantes de la justicia que hoy se erige en ideal del universo. Júzguese por unos fragmentos:

El que una choza quema es un vil incendiario,
mas el que abrasa un reino, un héroe extraordinario.
Es un delito enorme saltear una casa;
mas derribar ciudades con un furor sin tasa,
saltear las provincias y robar los estados,
desposeer los reyes mejor asegurados,
quitarles sin motivo la corona y la vida,
oprimir de mil gentes la libertad querida
y llevar el espanto de su furor perverso
al más solo y remoto rincón del Universo:
esto es volar triunfante de victoria en victoria
a eternizar su nombre al templo de la gloria.
¡Contradicción humana! ¡Humano desatino!

El que una vida quita se llama un asesino,
mas un Pompeyo, un César es el que un millón quita,
es un Conquistador, su gloria es infinita.
Hacer altas montañas de cadáveres fríos,
llenar campos de sangre que hagan teñir los ríos,
sacrificar el mundo a sus duros furores,
estas son las virtudes de los conquistadores.

No menos digno de mención es otro poema, bautizado con el expresivo título de *El*

Odio. El poeta se siente indignado ante los sañosos y los perversos, y en cada verso, como doble mazazo, descarga los rudos hemistiquios de su alejandrino:

Furor arrebatado que al hombre arrastras ciego,
de razón enemigo y voraz como el fuego,
que animando los Marios e inspirando los Silas,
talas, proscribes, hiendes, destruyes, aniquilas:
el vicio sólo, el crimen, ejercite tu oficio...
pero cuanto te enoja, todo lo llamas vicio.

Transformóse ya en Furia, Sus venganzas mortales
evocan del abismo mil monstruos infernales.
Tu, Muerte, de este mundo no sabías la entrada;
habló a Caín el Odio, y de su diestra airada
con el golpe primero te abriste franca puerta.
La Tierra quedó impura y la Inocencia yerta,

¡Oh, cuán varios nombres, con cuán diversas formas
Odio cruel y astuto, tus horrores transformas!
¡Qué de duros metales el Rencor desentierra
que piadosa guardabas en tus entrañas, Tierra!
Apenas llegó el Odio a probar los horrores
con que regalar sabe la Muerte sus furores,
cuando hambriento de muerte voló al oscuro Infierno
y llamó a su servicio las Furias del Averno.

Mucho siento que la escasez de tiempo y espacio me impida reproducir más versos de

nuestro poeta; pero si el lector desea conocerlos por entero, puede acudir al libro que los contiene, y que ostenta la siguiente portada: El Poeta Filósofo, o Poesías filosóficas en verso pentámetro Γνῶθι σαυτόν. Conócete a ti mismo. *Philon Lacedem.*—Las da a luz por amistad que profesa a su Autor Don Juan Nepomuceno González de León, Académico del Número de la Real de Buenas Letras de Sevilla.—Con licencia.—Sevilla, Año de MDCCLXXIIII.—En la Imprenta de Manuel Nicolás Vázquez y Compañía.

El autor de estos versos no es, pues, ningún *portalira* moderno, sino un medianísimo poeta del siglo XVIII, D. Cándido María Trigueros. Este señor, amén de otras poesías, comedias malas y refundiciones peores del teatro clásico, dió al público, en 1774, con la portada citada, el primero de sus poemas *filosóficos*, titulado *El hombre*. En una carta que dirigía al editor, decía cosas como las siguientes:

«El verso que puede llamarse *alejandrino*, *marteliano*, *tesaracaidecasílabo*, o como quisieren, no es propiamente otra cosa que el *pentámetro* de los griegos y los latinos, acomodado a nuestra lengua con algunas diferencias, reglas y libertades, que me ha pare-

cido prescribirme o concederme a mí propio.

»Sin duda es serio y majestuoso, lo cual le hace a mi parecer muy a propósito para la poesía épica, la didáctica, la filosófica y quizá para otras. ¿Pero gustará a todos la igualdad de las cesuras o hemistichios? ¿No darán a esta uniformidad nombre de monotonía? ¿Los puristas no me culparán de que sin necesidad introduzco en nuestra lengua un género de versos que llamarán francés? ¿Los que con demasía se dan a las cosas extranjeras no llevarán a mal las libertades que me concedo?

»Yo no sé qué responder a estas preguntas que me lisonjee de satisfacer completamente a los que las hagan; pero hallo tantas comodidades en lo largo del verso y en la uniformidad de sus *cesuras*, que cuando se haga el oído a él, me parece que se darán por satisfechos aquellos propios que más se hayan opuesto al principio. Cuando pasó de Italia a España el verso *endecasílabo* (que es el *sáfico* latino y griego) creo que tendría sus opositores; no obstante, le han admitido todos nuestros poetas y le han aprobado los que no lo son. A lo menos no creo que se negará al que introduzco el mérito de ser más majestuoso, y hacer por lo largo menos sensible el retintín de la rima, que aún verá usted ser me-

nos conocida en los que no van pareados como los primeros.»

Pero después publicó otros poemas del mismo calibre, titulados *La desesperación* y *La moderación*. A este último antepuso un largo proemio. El pobre poeta había tenido el disgusto de encontrarse con una carta del muy sapiente Pérez Bayer, en que le hacía saber que los versos alejandrinos se habían usado en los primitivos monumentos de nuestra literatura. Y Trigueros se creyó entonces obligado a demostrar que conocía *(postero tempore)* a Gonzalo de Berceo, al Arcipreste de Hita, a D. Juan Manuel y al Canciller Ayala.

Así se justificaba el buen Trigueros:

«Al propio tiempo que este sabio investigador de nuestras cosas antiguas hace tan justamente retroceder el uso de los versos de catorce sílabas al siglo XIV y a nuestros antiguos poetas, otros esclarecidos eruditos, creyéndolos recientes, juzgan que precisamente son mendigados de nuestros vecinos, y no quisieran que teniendo nuestra lengua tantas y tan notorias riquezas propias, sospechara quizá alguno que no las conociere bien, que se mostraba pobreza y escasez con ir al otro lado de los Pirineos a buscar un nuevo y su-

perfluo género de versos que imitar, y que acaso no merece su aprobación.

»Vea usted aquí dos pareceres bien opuestos sobre un propio asunto. Yo, entretanto, ni los he imitado de nuestros antiguos, ni los he mendigado de nuestros vecinos. Cuando estudiaba la lengua latina, sin conocer ni nuestra poesía ni nuestros poetas, y sin saber otra lengua que muy mal la de mi patria, traduje algunas odas de Horacio en este género de versos, los cuales hice a imitación de los *pentámetros* latinos, y que me parecían ya entonces bastante sonoros, sin pararme a examinar si eran o no nuevos. Habiendo después visto el verso *alejandrino* de los franceses y el verso *marteliano,* que es su imitación italiana, no me pareció que perderíamos nada con tener este género más de versos, que lleva consigo un cierto aire de nobleza y seriedad, y que por otra parte no es otra cosa que un nuevo modo de usar nuestro vulgarísimo verso de siete sílabas, doblándole y dejando unos sueltos para servir de hemistichios, al mismo tiempo que otros se unen, y, digámoslo así, se sistematizan con la rima. Prescribí a este género de versos diversas leyes, ya para variarle, ya para hacerle más sonoro, numérico y armonioso, y lo he usado así,

como mío, algunos ratos de ociosidad que he dedicado a las Musas y a mi diversión.»

El remedio era peor que la enfermedad, porque ni al que asó la manteca se le hubiera ocurrido decir que los alejandrinos le habían resultado por simple imitación de los pentámetros. Trigueros, sin embargo, siguió imperterrito su camino, y bien pronto dió al público otros *poemas filosóficos*.

Confesemos, con todo, que Trigueros quitó el mérito de la primacía a los actuales recalcitrantes cultivadores del cansadísimo alejandrino pareado, y que muchos de éstos podrían firmar sin rubor los alejandrinos de Trigueros.

NARCISO ALONSO CORTÉS

Valladolid; Octubre 1918.

Después del robo en el Museo del Prado.

Pasan de cien, entre artículos, notas, informaciones y noticias, los que se han publicado sobre el terrible robo del tesoro del Delfín, en el Museo del Prado, por el vulgarísimo, torpe y lamentable ladrón de Coba; este mal sujeto es causa de tanto daño, no tan sólo por haberse perdido unas cuantas joyas magníficas de arte antiguo, sino también por haber sido el motivo de que el señor Garnelo haya estado a punto de volverse loco, pues según buenos informes, el señor Garnelo sufrió tales ataques nerviosos, que se termió perdiese la razón; esa razon con la cual él, precisamente, logró llegar a uno de los puestos más importantes de la vida artística oficial, y en el cual le faltó todo el celo que en ese maremagnum oficial de responsabilidades hay que tener. Y ya que trato de la responsabilidad del señor Garnelo, voy

a pararme un instante sobre este punto tan importantísimo, pues no creo deba tratarse ese asunto tan a la ligera y descabelladamente, como algunos *comentadorzuelos* que, a falta de inteligencia y conocimiento de las cosas, escriben por aquello que oyen, *trasnochadamente*, en algunas mesas de café, a personas de cierta importancia artística, pero que ellos, al escribirlas, no saben emplear con el respeto y el conocimiento debido. Digo esto, porque a muchos *comentadorzuelos* se les ocurrió tratar este asunto sin concretar en los puntos importantes, como son los de la responsabilidad del señor Garnelo y la del Patronato, y la forma en que había que vigilar la gran Pinacoteca del Prado, parándose tan sólo en pedir la dimisión de la Dirección y la de los señores que componen el Patronato; claro que yo, por mi parte, al decir esto, no es que no sea partidario de ese criterio, no; nada de eso, pues también creo que lo debieron haber hecho el primer día de haberse descubierto el robo. Pero lo que sí voy a exponer, es que hay una parte de razón que no se ha concedido, lo mismo al Director y Subdirector que al Patronato. Y la razón para disculpar, hasta cierto punto, a esos señores, es la siguiente: primero, que el papel que representa un Director en un mu-

seo no es el de ser un vigilante; el Director cuenta, como es muy natural, con la vigilancia del Subdirector, jefe de restauración, y éste, a su vez, confía en el Conserje, el cual cuenta con la vigilancia, constantemente, del Viceconserje, obligado a vigilar a los bedeles de todas las salas del museo. ¿Cómo pensar del Director que va a desconfiar del Subdirector, en quien tiene que tener toda su confianza? ¿Cómo pensar en que el Subdirector quite la confianza al Conserje, precisamente en el que hay que tener plena seguridad? La confianza en quien no hay que tenerla no es en las personas antes referidas, puesto que al llegar a ocupar sus puestos ya garantizaron sus comportamientos en muchas ocasiones, y después de tomar posesión de sus respectivos cargos, con sus sueldos y bienes que casi todos pueden ofrecer como garantía; así pues, en los que no se puede tener toda la confianza necesaria es en los bedeles y vigilantes, generalmente honrados y buenos, pero abundando, desgraciadamente, los que no lo son, como así los que no saben ni saludar, pero sí emplean los malos modales y la grosería, lo cual no debe existir en el Museo del Prado. Y sobre los señores del Patronato ¿cómo dudar de ellos en nada, si precisamente la causa de ha-

ber Patronato es para proteger al Museo, como así lo han demostrado durante el poco tiempo que llevan?

Partiendo de que aquel que es vigilante en un Museo es el que mayores facilidades tiene para robar aquello que precisamente guarda, no hay para qué asombrarse de que haya ocurrido en España, pues lo mismo puede pasar en cualquier otro Museo del mundo, y pudieran citarse algunos casos. La causa de esa familiaridad del Conserje, como la de algunos bedeles, con el Director y Subdirector, no está, como han dicho algunos, en que estos señores se hayan confiado demasiado en la honradez de este o de aquel sujeto, bedel o vigilante, sino en que de ninguna forma debe haber en el Museo más estudios que el de la restauración. La costumbre de que lo mismo el Director que el Subdirector tengan estudio, lo cual toma aspecto de casa particular, es lamentable, porque de ahí viene la familiaridad de los bedeles y Conserje con la Dirección, y poco serio, porque el Museo, para los artistas que lo dirigen, debe ser, ante todo y por todo, un lugar en donde no deben ir sino para arreglar todo cuanto haga falta, que por cierto en nuestro Museo está haciendo muchísima.

Si el señor Villegas y el señor Garnelo no

hubiesen tenido estudio en el Museo del Prado—lo que debe prohibir inmediatamente el Director general de Bellas Artes—, el miserable y bruto de Coba no hubiese tenido las probabilidades tan a su alcance para robar las célebres joyas, pues se hubiera visto precisado a violar las vitrinas y se hubiese notado en seguida; partiendo de que dichas joyas no se deben dejar en poder de nadie, ni del mismo Director, no siendo que respondiese de ello y durante muy pocas horas, lo bastante para copiarlas en dibujo o en algún cuadro. La libertad que se tomaba el Subdirector fué excesiva, y la condescendencia del Director más aún. Dichas joyas están como depósito, para que la nación pueda conocerlas y los artistas e historiadores documentarse, y esta razón es muy suficiente para que de ninguna forma se hubiesen quitado del sitio en que estaban.

Y ahora que se anuncia una renovación en toda regla en el Museo del Prado, voy a permitirme aconsejar a los señores que vayan a encargarse de la *renovación*, el siguiente criterio sobre algunas mejoras que están haciendo mucha falta, y que costarían muy poco dinero. En primer lugar, el señor Ministro de Instrucción Pública no debe aceptar la dimisión del Patronato, porque además de no te-

ner nada absolutamente que ver con las responsabilidades de los demás en ese asunto del robo, el Patronato es muy conveniente al Museo; en segundo lugar, hacer inmediatamente que el personal comprendido desde el sereno hasta el conserje estén bajo la dirección del Museo, pero que no pueda tomar posesión ninguno de los que vayan a entrar nuevamente sin estar en las condiciones de saber perfectamente leer y escribir y aprobados los exámenes de francés; y poner a los que ya prestan servicios en esas mismas condiciones, claro está que *subiéndoles* el sueldo. Quitar el escalafón en seguida y que los puestos sean concedidos previo examen por el Patronato y la Dirección del Museo. El escalafón es la causa de que puedan ser viceconserjes o conserjes personas que sin posesión de lo más rudimentario en educación social lleguen a representar a las personas de gran cultura, como son las de la Dirección, y esto, además de ser absurdo, es bochornoso para la nación. Y para no hacer más largo este artículo, dejo para otra ocasión muchas y muy interesantes cosas que conviene decir al público.

FRANCISCO POMPEY

La antigua Botillería de Pombo

Y

D. Ramón Gómez de la Serna

De los varios libros que hemos ido comprando para ser leídos en el tiempo libre que nos dejen nuestras ocupaciones, o con la esperanza de unas vacaciones inesperadas; dos de los últimamente publicados por D. Ramón Gómez de la Serna, tenemos destacados sobre la mesa, de las apretadas filas en que reposan, con su signación correspondiente, los otros varios de nuestra modesta biblioteca. Son los dos de asuntos sobre los que quizás hubiéramos escrito también algo, aunque mucho más ganó la literatura con que el tiempo nos faltase y otro se adelantara a tales propósitos; tienen aquellos por título «Pombo» uno y «Muestrario» el otro.

Hubiésemos escrito algo referente al asunto del primero de estos volúmenes, si además de

la diferencia de talento e ingenio del fundador de la peña de *pombianos*, en la *sagrada cripta* de la antigua botillería madrileña, no nos separase también—y aun de manera más formidable que aquellas indispensables condiciones de escritor, ya mencionadas—la diferencia de edad, pues siendo ya muchos los años que sobre nosotros pesan, la *algarabía* de los pensamientos, comentarios, recuerdos y lamentaciones serían algo tristes y huérfanos de esperanzas, cual cumple invariablemente, por ley natural, al que de su juventud guarda tan sólo un borroso clisé imposible de reproducir, y de poderlo conseguir, la consignación de erratas formaría un apretado tomo de caracteres menuditos, mucho más, más sin duda alguna, que la edición de «Pombo» y al que sería también necesario suprimir su paginación para no asustar al curioso lector.

Estimamos que jamás deben mirarse con desdén los libros y artículos de pasatiempo y diversión, pues sirven para recrear el ánimo y apartarle, siquiera sea momentáneamente, de la realidad de la vida; mientras subsista el mundo, habrá necesidad de libros nuevos, acomodados a las generaciones de hombres nuevos también, pues hay materias inagotables por su abundancia unas y por su obscu-

ridad otras, que hacen sea conveniente que se repitan muchos libros, pues el que sabe una cosa gusta de recordarla en su memoria y en ocasiones es más provechoso rememorar algo más o menos útil que aprender algo nuevo.

No recordamos qué ilustre y docto varón dijo que todo está ya escrito, y sin embargo, queda mucho por decir y muchos libros por escribir, pues nada díjose como debiera decirse, y si es cierto que sobre todas las cosas se ha escrito y sobre algunas mucho, también es cierto que para instruirse en un solo ramo del saber humano, se precisa leer infinitas obras. Pero no se alarme el lector, pues en este artículo no se trata de una nueva presentación de la antigua botillería de la calle de Carretas, ni mucho menos del conocido escritor, fecundo como pocos, autor de varias obras de estilo especialísimo, propio, original y completamente suyo, Sr. Gómez de la Serna; sino solamente de hacer algunos comentarios a modo de *greguerías*, por el último y más insignificante de los parroquianos del café de «Pombo.»

La actividad del hombre por medio de la cual produce exteriormente lo que ha concebido en su mente o dicho en otra forma, el arte, en las infinitas mudanzas a que las corrientes

modernas le sujetan, no cambia de naturaleza; lo que se modifica y cambia es la fantasía, la imaginación del artista, por efecto de una fuerza interior poderosa que empuja a los hombres a variar de rumbo, y rompiendo con las tradiciones viejas responder a las nuevas teorías, cuyo sistema es hoy dudar de todo, afirmando que la verdad no existe o que somos incapaces de conocerla; la filosofía, en el día, es casi una negación, resultando la vida en esta época en que le tocó nacer al Sr. Gómez de la Serna, una vida de irresolución, incertidumbre, temor y recelo, de donde resulta que su manera de *ver* es *modernista*. Por eso escribe en «Pombo», al hablar de la calle en que se encuentra el café, «esa calle imprudente y contagiosa» diciendo luego que hay muchas tiendas de gomas, tiendas *desgraciadas*, *híspidas*, dando a la calle un aspecto fúnebre sus tiendas de ortopedia. Esta manera *sui géneris*, que ofrece en su interesante y original libro el Sr. Gómez de la Serna a sus lectores, son sus sensaciones del mundo exterior y las conmociones de su pensamiento y exaltación metafísica, cuando la noche del *Shabbath*, se encuentra esperando a los *pombianos*, en el *libre, expansivo y cabal* café, desaparecida ya la mediocridad del ater-

decer. Este prurito ciego de innovación y de mudanza, el desprecio de las reglas sancionadas por las producciones del genio, ésta anarquía de opiniones y aclimatación forzada de ideas exóticas y de sentimientos extraños a nuestra índole moral, se reflejan todos en nuestro idioma, deteriorándolo ciegamente en su composición aquellos que así piensan con sus maléficos efectos en medio de la corrupción actual del buen gusto literario; y el galicismo se enseñorea entre nosotros como usurpador innoble que se complace en desfigurar los momentos y en envilecer las glorias del pueblo sometido, de los descendientes de aquella corte del Rey Poeta, de los que derrocharon ingenio, gracia y buen decir en la entonces florida y amena vega del Manzanares, en el *Sotillo*, en la *Florida*, en *Luzón* y en *Migas-calientes*.

Nosotros vamos también con gran frecuencia y constancia al café de Pombo, pero tenemos horas y temporadas favoritas en que aquél resulta ser el de nuestro tiempo, el de los lejanos días en que teníamos aun menos años que D. Ramón Gómez de la Serna, por ser cuando el establecimiento recuerda mejor las costumbres de nuestros abuelos, pues no lo comprendemos en las horas del desayuno

de que nos habla este escritor, en el citado libro, ni en las últimas horas de la noche en que siempre estamos recluídos en nuestro hogar, una vez terminada la colación diaria. Nosotros somos los acompañantes «del hombre de los zapatos de rousel», y de los insignes escritores *D. Armando Palacio Valdés, del Padre Cejador* y *de D. Mariano de Cávia*.

Nuestras visitas son siempre después de la festividad de todos los Santos, terminando con la del Corpus-Christi, y sobre todo, en el riguroso invierno, cuando envuelto en nuestra *capita madrileña*, como la llamaba el saladísimo e inolvidable Pepe Loma, cansado de ambular por el Madrid de nuestros amores, necesitamos reponer las fuerzas con el frailuno chocolate, con bizcochos de soletilla, o bien calmar la sed con agua anaranjada, granizado de limón o leche amerengada con su canela y todo. Pues así como no comprendemos otra clase de alumbrado para aquel local que el producido por el aceite vegetal, el petróleo y cuando más el gas, creemos también como el Sr. Gómez de la Serna, que es irreverencia del parroquiano pedir cerveza o vermout en esta *cripta* dejando estas bebidas para que aquellos que han convertido el progreso y el curso en *marcha*, el encargo en

misión, la tertulia en *soirée*, la reputación distinguida en *notabilidad*, las pidan y consuman en los *bars*, en cuyos locales no se tocan puntos delicados en las disputas, pero sí *se abordan cuestiones palpitantes*.

Para nosotros es, más que cripta, *santuario*. «Pombo» es como aquellos cofres de piel de cabra, largos y estrechos y de tapa abombada, sobre banquillos de madera, en los que nuestras abuelas guardaban los recuerdos de sus muertos queridos, junto al terno de terciopelo o seda, según el figurín exhibido el año antes por la *tarasca*, la mantilla de casco y las arracadas, el abanico y la peineta que se lucían en la procesión del Corpus, en la Minerva o recorriendo los Sagrarios en Jueves Santo, paseando luego por la calle de Carretas, bajo el toldo blanco que cubría la calle, la primera con la de la Montera que conoció aceras en su calzada, por donde pasaban y lucían el garbo, hermosura y gracia en las obscuras estancias del café de *Pombo*, en el *Iris* y la *Iberia*, en la Carrera de San Jerónimo y en el de *San Luis*, el del *Pasaje* y el de la *Esmeralda*, en la calle de la Montera, formando el cortejo de aquellas deidades y mujerío, los espléndorosos uniformes con charretas grandes, los corbatines altos, las melenas y peri-

llas de los poetas del *Parnasillo* y los del cuerpo de guardias de Santa Isabel.

Pero sin darnos de ello cuenta, y entusiasmados con el tema de nuestro escrito, vuela más que corre la pluma, ganando aquél en extensión lo que pierde en interés para el lector; forzoso es, pues, terminarlo ya; quédense para otra oportunidad la consignación de comentarios y recuerdos del pasado, y esperando nuevos libros de D. Ramón Gómez de la Serna que comentar con gusto, continúe este escritor fascinando a sus lectores con nuevas series de «Greguerías», pues no otra cosa, según nosotros, son todos los libros, muchos al presente, que escribió este *pombiano*.

EDUARDO MARÍA SEGOVIA

Madrid; Octubre, 1916.

ALEFATO MORTUORIO

ALEPH

Como la vida de una flor que se marchita en un búcaro, así fué, ¡oh, amigo! tu vida en la tierra.

BETH

Pasaste rozándola apenas, como la blanca hoja de un loto que reposa sobre las aguas quietas.

GHIMEL

Y comprendí entonces ¡oh, amigo! cómo fuiste muerto en una borrachera de amor.

DALETH

Tu corazón se inundó de podredumbre.

HE

Y se abismó tu alma que fué hecha de la simiente de la Tristeza; en cuyos pechos gemelos bebiste el licor amargo de la noche.

VAR

Y en medio de la noche he visto tu cadáver que azuleaba a la luz taumatúrgica de la luna.

ZAIN

Y tu cadáver se ha alzado de su catafalco; y he visto palidecer los cirios en un temblor pavoroso.

HETH

Y al oir tu voz muda revelarme el tremendo secreto, he sentido doblarse mis piernas con un dolor acerado y crujir los huesos de mis choquezuelas con un sonido mate.

TETH

Porque la subjetividad de tu cadáver era la traducción de tu estado estructural actual,

inaccesible a las investigaciones de los sabios que no saben de la locura y embriaguez de la noche.

IOD

Y era completa la observación del fenómeno objetivo de tu muerte.

CAPH

Porque había, ¡oh, amigo! algo que yo veía, y era el alma de la muerte diluída en la serenidad de la luz fría de la luna.

LAMED

Huyendo del dolor, como ideal biológico negativo, mi corazón se ha replegado en sí mismo.

MEM

Y he sentido que ante tu cadáver se escapaba mi personalidad consciente.

NUN

Y como al despertar de un sueño, he frota-

do mis ojos dormidos para advertir la discontinuidad entre mi sueño y tu muerte, que era una continuidad subjetiva en el tiempo.

SAMECH

Porque entre el mundo sensible y mi conciencia, la carroña de tu cuerpo muerto ocupaba un lugar mal definido.

AIN

Y al decirme sin palabras, con la sola mirada de tus ojos herméticos, que el problema de la muerte no existe, he sentido abrirse una ancha herida de voluptuosa tristeza en mi corazón.

PÉ

Los misterios esotéricos se te han entregado, como esas mujeres que se recatan en la noche; y ha sido plena la posesión.

TSADÉ

Porque al descorrerse el velo de Isis, en la negrura infinita se ha hundido, como un pu-

ñal, un blanco girón de luz que te ha hecho cerrar los ojos en un deslumbramiento.

QOPH

Y ese girón fué como la cuarta perpendicular en un punto del espacio, desde la cual me contemplabas como una proyección de tu conciencia.

RESCH

Y yo, entonces, que había creído—¡infeliz!—que, al lado de una mujer hermosa, eran más bellas las cadenas de Prometeo que la antorcha encendida en el Sol, he llorado mi miseria ante tu cadáver, en la noche, y a la luz fúnebre de la luna.

SCHIN

Porque comprendí que el amor de las mujeres es como un vino capitoso vertido en un vaso de arcilla.

THAN

Y al mágico conjuro de tu voluntad, el cielo

quiso teñirse de rosa; pero antes que cantara la alondra he enterrado tu cadáver en el rincón más florido del cementerio y he entonado un *¡Olelaí!* triunfal y jocundo a la muerte.

FRANCISCO VERA

Madrid: En el mes de los Muertos, 1918

CUENTOS ESPAÑOLES

LA TRAICION DE EROS

I

Dieron las dos en el reloj del negociado. Paco Leclós se levantó, y abandonando el pupitre gritó:

—Señores: las dos. Hasta mañana.

Fueron saliendo los empleados. Primero el que había dado la señal de marcha, un muchacho que tenía aburridos a sus compañeros a fuerza de chistes y colmos malos, y cuyo tipo le hacía parecer devoto de la misoginia; Después Ernesto Martín, un chico de provincias que quería conquistar Madrid; Manolo Entrerríos, solterón empedernido, acérrimo detractor del matrimonio, y Adolfo Olano, un muchacho que iba llenando el reverso de los oficios inutilizados de endecasílabos y alejandrinos.

D. Angel, el jefe, entró en aquel momento con el propósito de dar una orden a Ernesto; pero vió que ya se había marchado. Unicamente halló a D. Jaime, un hombre viudo, con muchos años, pálido, con aire de irresoluto, y tras las gafas unos ojos tristes e inteligentes: un vencido de la vida que por treinta duros al mes iba ordenando ejércitos de número y garrapateando millares de pliegos de oficio.

D. Angel se acercó:

—¿Todavía aquí? ¿No ve que se han marchado sus compañeros? ¿Es que su estómago no le dice la hora de la comida?

—Hay mucho que hacer. Y antes es la obligación...

—Déjelo, déjelo... Y a todo esto, ¿cómo está su hija?

En los ojos del pobre hombre asomaron, furtivas, dos lágrimas.

—Nada bien. Su salud es muy poca: la anemia me la va matando. El médico la receta sol, aire y mar. Esto para nosotros es una cosa imposible. Mi nena está presa en un cuarto piso con poco aire y donde jamás entra el sol. En cuanto al mar... es como una cosa incomprensible. ¡Treinta duros no llegan para nada...! ¡El mar...! Su aire y sus olas sí

que enriquecerían la sangre de mi nena... Pero ¡es imposible...!

D. Angel quedó un momento silencioso, mirando a aquel viejecito laborioso y mal recompensado, que había logrado ganar su simpatía. Al fin habló:

—Ya sabe usted, D. Jaime, que yo me intereso por su vida y que, a pesar de mis buenos deseos, todas mis tentativas de mejorarle el sueldo se han estrellado con la oposición del ministro, que no quiere ningún aumento. Pues bien; voy a hacerle una proposición. Ya sabe usted que, como todos los veranos, me voy con mi mujer y mi hijo a mi finca de Asturias, junto al mar. Si no tiene usted inconveniente me llevo a su hija. ¡A ver si se la devuelvo completamente curada!

D. Jaime abrió desmesuradamente los ojos.

—¿De veras, D. Angel? ¿Usted será capaz de hacer eso por mí?

—¿Por qué no?

—Gracias, gracias. Dios le pague a usted el bien que me hace.

—Bueno, vámonos. Le acompañaré un poco y durante el camino ultimaremos la marcha. Ya sabe usted que todo corre de mi cuenta.

Salieron. Ya en la calle, D. Jaime creyó que

aquel sol que doraba los fastigios y carátulas del edificio ministerial, se adentraba por su pecho iluminándolo y prestándole un calor maternal.

II

Matilde, la hija de D. Jaime, se incorporó en el lecho. Hacía pocas horas que comenzara el orto; una limpia luz de amanecido invadía la habitación. Era la primera noche que pasaba en la finca de D. Angel y aun no había logrado conciliar el sueño. Las emociones del largo viaje habían hecho de sus nervios las vibrantes cuerdas de un arco. Primero, la despedida de su padre en la estación del Norte; después, las áridas y extensas llanuras de Castilla; las estaciones que parecían pasar saltando ante la ventanilla; luego la rápida transición a los valles de Asturias, cubiertos de esmeraldina hierba y salpicados de vez en vez de los blancos vellones de las ovejas que apacentaba un zagalón. Y por fin, ¡el mar! ¡Qué emoción sintió al contemplarlo en toda su infinita grandiosidad...!

Una vez que hubo finado la ablución matinal, se asomó al balcón que se abría sobre el

anchuroso jardín, ávida de aspirar las salutíferas brisas marinas. Una voz la llamó:

—¡Matilde! ¡Matilde! ¡Baje a tomar el desayuno!

Miró a una plazoleta que, como una flor más, se abría en el jardín y vió a D. Angel, su señora y Luciano, el hijo, sentados a una mesa cubierta por blanco mantel entrelazado de azul, sobre el que había amplios tazones de leche espumosa recién ordeñada y largas rebanadas de moreno pan campesino cubiertas de blanca manteca de vacas.

Cuando hubieron terminado, Luciano se hizo acompañar de Matilde para enseñarle toda la posesión.

—Mire usted qué bonitos están los rosales; este año tendrán más rosas que el pasado. ¿Le gustan a usted, Matilde?

—¡Oh, muchísimo! Las rosas son las flores más delicadas; también las camelias y las violetas... Pero, sobre todas, las rosas.

Sucesivamente fueron viendo el palomar, lleno de palomas blancas, grises, negras; el establo, vacío, pues las cuatro vacas que poseían marchaban muy temprano al campo; el gallinero, con sus pintadas gallinas que picaban sañudamente el afrecho que les echaron, y el corral, en donde crecía un gochín sonro-

sado, como esos amuletos de coral que se sujetan en las cadenas.

Después se detuvieron mirando la madreselva que trepaba por el tapial del jardín, y que había dejado caer algunas de sus menudas florecillas blancas.

Una carreta cargada de heno pasó chirriando por la carretera. Matilde corrió a verla pasar. Pero antes de llegar a la verja se detuvo: allá cerca voló como un pájaro una de esas tonadas astures llenas de langorosas cadencias.

III

—¿También poeta, Luciano?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Inconvenientes de guardar entre las páginas del libro que me prestó anoche, unos versos firmados por usted. Son muy bonitos. Me he aprendido un soneto.

—A ver, dígamelo, Matilde.

—Escuche:

La mañana está clara, azul y luminosa.
Las campanas destrenzan su broncínea canción
de gloria en el espacio. La mañana está hermosa.
La primavera llega. ¡Despierta, corazón!

En los almendros brota la blanca flor temprana.
El aire lo perfuman las breves violetas.
¡Oh, qué serenidad...! Es en esta mañana
cuando sentimos ansias de cantar los poetas.

El sol pone relámpagos en las más altas lomas...
Bajo el palio del cielo revuelan las palomas
y las campanas dicen su gloriosa canción.

Corazón que llorabas, olvida tus dolores.
La mañana nos habla de otros nuevos amores.
Llegó la primavera. ¡Despierta, corazón!

—¡Oh, Matilde! Jamás pensé que mis versos llegarían a ser recitados como usted lo ha hecho. En sus labios adquieren vida y un encanto que no tienen.

—Estoy aprendiendo otros que los llama usted «Rosas blancas» y que empiezan:

En las noches serenas, de luceros floridos,
yo no sé qué tenéis, bellas rosas de nieve...,

—¡Si la oye mamá la pega!

—¿Por qué?

—Odia la poesía. Todo lo metaliza en la vida. No creo equivocarme si afirmo que en el lugar que en nuestro jardín ocupan los ro-

sales, con sus flores de oro, nevadas y de sangre, la gustaría ver unas matas de patatas y tomates.

Callaron. Acaso sus espíritus sintieron por un instante el dolor de ver sus alas rotas, como Icaro

Marchaban delante de los padres de Luciano por la cumbre de un pequeño monte, lleno de pinos que embalsamaban el ambiente. Abajo se veía el mar en calma, levemente rizado por la brisa.

Matilde aspiró, ávida, el aire salino que venía del mar, y que levantó su pecho bajo la vaporosidad de la tenue batista del traje blanco.

—¡Qué bien la encuentro a usted, Matilde!

—Sí; ya estoy completamente curada.

—Es usted otra. Cuando vino estaba amarilla, su piel tenía una cérea transparencia; ahora, su carnación blanca, con el blancor milagroso de las magnolias, tiene el tinte rosado de las manzanas. Y esto es vida; una vida impetuosa que se le adentra por la complicada red de las venas, enriqueciendo su sangre.

—Nunca les pagaré todo el bien que me han hecho al traerme aquí.

—A mí sí, Matilde.

—¿Cómo?

—Queriéndome como yo la quiero.

Y la confesión del oculto y naciente amor brotó franca, con la misma sencillez con que brotan en los rosales una lluvia de rosas. La intimidad diaria, la misma comunión de ideas, idénticas ansias espirituales, hicieron nacer en el corazón de Luciano una piedad infinita por la nena enferma; y al igual que un trozo de barro se va trocando, merced a las manos de artista, en una prodigiosa escultura, así aquella compasión se fué cambiando en un amor puro que a Luciano le parecía el eje de su futura existencia, el nuevo astro gobernador de su vida.

—Vamos a volver.

La orden, dada por D. Angel, les hizo detenerse.

—Volvamos.

Anduvieron largo rato en silencio, atentos a su mundo interior. Matilde habló:

—Luciano, es una locura que pensemos en ello. Yo soy muy poco para usted. Su misma madre, como si presintiera lo que iba a ocurrir, ¡cuántas veces no le ha aconsejado que buscase una muchacha rica!

—Y eso, ¿qué importa? En el momento oportuno yo sabré lo que debo decir para convencerla. Nuestro cariño triunfará de todo.

No pudieron hablar más de lo suyo, pues los padres de él se aproximaron y la conversación se generalizó.

Cuando llegaron a casa anochecía. El sol, al ponerse, semejaba querer incendiar la tierra. Volvían las cuatro vacas al establo, marchando con rítmica lentitud y ceremonioso cabeceo. Matilde corrió hacia ellas y sus manos, finas, reveladoras de un cuidadoso esmero diario, palmotearon infantilmente sobre el lustroso lomo de las *vaquiñas*.

IV

No sabían cómo, pero lo cierto era que los padres de Luciano se habían enterado del lazo que unía a los dos jóvenes y que éstos, después de una severa admonición de la madre, que no dió el resultado que se proponía, se vieron de pronto sorprendidos por la adopción de radicales e inesperadas medidas.

D. Angel y su esposa, pensando que la firme e idéntica condición de los caracteres de Luciano y Matilde harían inútil cuanto realiza-

sen para impedir aquellos amores, determinaron alejar a la muchacha lo más posible, y para esto nada mejor que devolvérsela a su padre.

Así, una noche, la madre de Luciano y Matilde, partieron para Madrid. No la dejaron ni despedirse de su novio; la arrancaron del hogar en que ella encontró la salud a la vez que el amor, cuando Luciano había ido a una excursión con unos amigos.

Matilde, al escuchar, ya instalada en el vagón, el característico ruido de las cadenas que se tensan y de las ruedas que se ponen en movimiento, sintió que una angustia suprema oprimía su corazón, y huyendo quizá del gesto severo y lleno de frialdad de la madre de Luciano, se asomó a la ventanilla.

Allá quedaban los campos por donde ella dejó volar tantas veces la loca alondra de su imaginación, la casa en donde sintió crecer su cariño, el mar que la dió la salud y cuyas aguas seguirían enredando sus flecos en el rompeolas, y, sobre todas las cosas, él, su Luciano.

V

Aquel día se celebraba una fiesta benéfica en los jardines del Botánico, organizada por distinguidas damas de la aristocracia. Numerosas personas se agolpaban ante la tómbola, presidida por bellísimas muchachas. Otras postulaban por los amplios paseos ofreciendo flores a cambio de un donativo para una obra benéfica.

Por el lugar de la fiesta paseaba Luciano, pensando en las severas palabras de su madre cuando se enteró de que, después de la brusca separación del verano, su hijo había escrito varias cartas a Matilde afirmando aquel amor nacido al calor de una amistad dulce, de una cuotidiana intimidad. Pero sus padres se oponían a él, calificándolo de nubecilla de verano, y haciéndole ver lo ventajoso de su unión con una muchacha rica, no con una que, como pago a todo el bien que ellos la habían hecho, y quizá pensando en su dinero, pretendía arrebatarles su hijo. Su indignación era tal, que llegaron a amenazarle con la expulsión de la casa paterna y hasta con desheredarle si persistía en sus propósitos.

Indeciso batallar había en el pecho de Luciano; el dilema se le ofrecía pavoroso. De un lado el cariño a sus padres, cariño firme, de muchacho que ha sido mimado mucho por ellos, y de otro su amor hacia Matilde, aquella nena encantadora, de ojos francos y azules y de crenchas rútilas, como las de una princesita de balada.

Una muchacha se le acercó a ponerle una flor.

—¡Luciano!

—¡María Jesús!

Era ésta la primogénita de los Marqueses de Alamar y había sido novia de Luciano hasta hacía cerca de dos años.

—¿Qué es de tu vida? ¿Cuándo te casas?

—¡Qué lejos está eso!

—Supongo que tendrás novia.

Tentado estuvo de contarla todo lo que había pasado desde el verano; pero, cobardemente, mintió:

—No.

—Bueno, acompáñame en mi cuestación. Digo, si no te molesta...

—Al contrario. Con muchísimo gusto.

—Pues anda. Luego te llevaré donde está mamá para que la saludes.

Al cruzar frente a un puesto de refrescos,

Luciano la invitó. Nina Aranguren, la hija de los duques de Moratar, les sirvió, como una gentil camarera, los refrescos de naranja pedidos.

—¿Te acuerdas de cuando éramos novios? ¡Qué malo fuiste al dejarme!

—Tuya fué la culpa. Ya sabes que te dije que si ibas aquella noche al teatro terminábamos.

—Fué una tontada. Fundaste tu resolución en una cosa sin importancia. Se conoce que no me querías...

—Te engañas. Estaba muy entusiasmado contigo.

—¡Qué lástima!

—¿Lástima de qué, María Jesús?

—De nada. Somos muy tontos.

VI

Matilde, recluída nuevamente en aquel piso angosto y con poco aire, volvió a ser la delicada florecilla de otros tiempos. Sus sienes tornaron a ser pálidas, como las rosas de té, y sus manos casi siempre estaban frías, cual

si por los senderitos azules de las venas circulase la sangre con dificultad.

Ya no pensaba en Luciano. Al no verle ni recibir cartas suyas comprendió que habían podido más que su amor los consejos de sus padres. Desde entonces sintióse peor. La traición de Eros, el sonrosado niño de las flechas y la aljaba, la hacía llevar la vida como una carga pesada, como si ya no pudiese esperar nada de ella.

Un día sintió agudizarse su dolor moral. En las notas de sociedad de un periódico leyó la noticia de la boda de él «con la bellísima señorita María Jesús Estévanez, hija de los Marqueses de Alamar».

Entonces comprendió que su vida sería ya una inacabable ruta de martirio. En vano intentó abroquelarse en su propio dolor. Ni una mano amiga tuvo que la librase de caer en el vórtice de la más horrible de las angustias, que es la de la pérdida del amor que creímos encadenado a nosotros.

Y todos los días, cuando su padre tornaba de la oficina, la encontraba sentada tras las vidrieras del estrecho balcón, con los ojos perdidos en un algo que él no comprendía (ya que cuando le devolvieron la hija le ocultaron lo que había motivado tal determinación), y

que seguramente era el recuerdo de aquellos campos astures en donde ella dió rienda suelta al loco Pegaso de su fantasía, de aquella ciudad que vió perderse en la noche y que, por un momento, se le antojó, con sus lucecillas encendidas, la silueta de un fantástico transatlántico que navegase por el tranquilo mar de sus sueños.

ENRIQUE AGUILAR

ESTUDIOS CLASICOS

La sátira del teatro Aristofánico

Las sociedades todas han guardado en su seno, como tesoro preciado de su constitución, un germen disoluto que nació con el hombre y acaso tenga su final cuando la humanidad se haya extinguido.

Los modelos de la actual civilización, Grecia y Roma, tuvieron también sus defectos.

Grecia, temperamentalmente artista, supo dar a sus vicios la grandeza de sus virtudes.

Contra la falacia y el engaño se alzaron en las paganas civilizaciones, ironistas que satirizaron la corrupción de las costumbres, avisando con sus diatribas a los confiados contemporáneos, del peligro que constituía la perduración en el mal.

De los poetas clásicos que realizaron una obra eterna, yérguese entre las ruinas de la tradición Aristófanes. Su vida pudiera ser interesante para conocer su obra, de no darnos hecho el trabajo la lectura de su teatro, fres-

co y limpio, pese al transcurso de tiempo, como una siempreviva histórica.

Nada importa tampoco la polémica sostenida acerca de las opiniones políticas del poeta, entre Emile Faguet y Augusto Conat. Clasificarlo en la escuela aristocrática o democrática, pudiera ser un alarde de investigación, apreciado por los cultos, pero sin valor positivo en la crítica literaria, ya que la sátira del ambiente social de Grecia nos lo despojaría de su personalidad política para estudiar únicamente al poeta.

Aristófanes tuvo una idea fija que cristalizó en su Teatro: censurar los defectos de la sociedad, procurar, con la diatriba de su musa, cortar un desvarío social, a la manera como la rama seca se desgaja del árbol para evitar que todo él perezca.

Las obras del satírico corroboran nuestra afirmación.

En «Los Caballeros», Aristófanes pinta al demócrata Cleón tiranizando al pueblo con sus falacias. Demóstenes y Nicias se lamentan del trato insoportable con que Cleón obsequia a sus esclavos; el pueblo, personificado en un anciano, ve cómo la guerra agota sus energías; llega un momento en que duda del tirano, mas pronto la vacilación tórnase en fe

al contemplar la vuelta del demagogo triunfador; la isla Esfacteria fué tomada, más no por él; Demóstenes fué el caudillo de tan ardua empresa; aconseja éste a Nicias entre a libar en casa del déspota, para ver si el vino le sugiere alguna idea luminosa que, llevada a la práctica, les liberte del opresor yugo. Sale a poco Nicias anunciando que Cleón duerme. Se ha apoderado del amuleto predilecto; en él consta el fin del poder autocrático que Cleón ejerce y su sustitución por un zafio choricero.

La enunciación del argumento de «Los Caballeros», nos da hecho el significado de la sátira; el choricero, símbolo de la ignorancia de la masa popular, derrocando un poder y condenando a Cleón a vender chorizos en el mercado, es la más sublime alegoría que la imaginación pudo crear para personificar el final de todas las dictaduras, que mueren en la plaza pública y ante el pueblo a quien hicieron víctima de su tiranía, cuando más confiadamente se entregan al reposo.

Aristófanes, enemigo entusiasta de la guerra, la execra con los dardos de su ironía en «La Paz».

El campo literario no podía ser desatendido por el poeta, y en «Las Ranas», juega con la sagrada majestad de Eurípides, censurando

sus procedimientos preceptivos; e insiste en «Las Termoforias o fiestas de Ceres».

En «La Asamblea de las mujeres», celebra con jocoso estilo la petición que algunos ciudadanos hubieron de hacer en el sentido de que mujeres y bienes fueran de común disfrute. Al dios de la riqueza, nos le presenta en «Pluto», recobrada la vista, conduciéndose sin egoísmos.

En «Las nubes», combate la educación aristocrática que permite la dilapidación de la fortuna familiar por un mancebo con la débil complacencia del padre.

En esta comedia, Aristófanes, siempre verista, falsea la realidad personificando en Sócrates la escuela sofista, error que se disculpa teniendo en cuenta que el poeta, acaso pensando en la popularidad del filósofo, quiso presentarle como un ídolo para derrocar su ascendiente entre la juventud.

Lo expuesto basta para comprender la transcendencia social del teatro de Aristófanes; todo él es acíbar envuelto galanamente con la túnica de la dicción correcta, y en las armonías del verso; por ello su fondo hiere a la clase que ironiza con sangradura, sin hemostático que la contenga.

Aristófanes tuvo una ruda oposición por

parte del Poder público; sus comedias no se permitían representar por atentar a la tranquilidad del Estado.

La dificultad del mejoramiento de Grecia condujo a la decadencia primero y a la ruina después, a la reina de las artes; la nacionalidad pudo extinguirse, pero el nombre de sus poetas, escultores y artistas todos, hizo que la inmortalidad cristalizara en el azul de las civilizaciones sucesivas, de cuya yustaposición se formó la magna civilización latina.

V. ORTIZ HERRAIZ

ELEGÍA DE ÁNGELES

Extenuado, Paco se durmió.

Llevaba ya muchas noches de no descansar, de contar desesperadamente las horas, una tras otra, sin poder conciliar el sueño, entregado por entero a la enfermedad de Manolín, el nene, su único hijo y el primer fruto de su matrimonio con Fernanda Bermejo,

Recetó el médico la última pócima, que había de salvar la vida del enfermito; pero más fuerte que la ciencia del galeno, se cumple siempre en los destinos humanos el fallo de Dios, y el chipilín, el amo de la casa, se extinguió en los brazos del padre, cerrando los ojos blandamente, dulcemente...

Cuando los niños mueren, nos dicen que van derechitos al cielo; porque, ¿qué delitos tienen que purgar los bebés...? Pero no hemos meditado nunca sobre una cosa simplicísima: a qué juicio de ángeles someterán su expediente.

Paco Abril era uno de esos temperamentos cándidos, propicios al bienestar, al sosiego y recogimiento mundanos. Uno de esos hombres para quienes la vida suele carecer de complicaciones, de dobleces. De aquí que su optimismo—optimismo de buena ley—, le hiciera ver que la felicidad radica en la casa, en los hijos, en los pormenores de la sinfonía doméstica. Llegar rendido del trabajo, harto de la calle, de haber soportado la charla vulgar de los contertulios en el café o casino y oir al nene que grita: «Papá,¿ me traes caramelos?» o a la esposa que insinúa: «Hijo... ¡vienes sofocado...!»

La soltería es azarosa, aupa o hunde; y sobre todo, la garra del vicio trueca el divino tesoro de la juventud en asilo de inválidos, en gusanera de lacerados.

—Me caso, me caso.

Y se lo repitió muchas veces, porque Paco Abril también asomó sus años de soltero a los tabucos de juego y mancebía, a las guaridas, y probó casi siempre con recelo las inquietudes del vivir cenagoso. Pero curó a tiempo e hizo un alto en la carrera, renunciando a la voz de sirena que le engañaba, casándose...

Luego de la honesta algazara de la luna de miel, la emoción nueva de regentar una casa

propia, un hogar recién creado; y tener familia, y sentir en el corazón una alegría extraña, mientras florecían los rosales de la ilusión y el hada Felicidad sembraba de lucecicas vivas el sendero...

Y la voz que reía...

¡Manolín, Manolín...! Una nubecilla azul y un niño semejante a los que pinta Feuerbach, melancólico, arrobador, ensimismado, de rubias crenchas y ojos melosos. Y la voz que reía... A balbuceos, asomando por entre la inseguridad de las medias palabras, el cascabel de la risa juguetona se precipitaba como un chorro de agua fresca que saltara en un cauce de pedrerías.

Claro que a Paco se le caía la baba, oyendo al nene, por el que no le importaba ya lucir los ternos irreprochables que en la mocedad le dieron carta de hombre elegante en los salones y en las citas. El casado, su casa. Renunció a todo y se despidió de las noches galantes y de los bocadillos de *foie-gras*. ¡Adiós a los amigos de francachela, a los eternos bohemios pintorescos, a los indispensables! Unos labios de fresa le sujetaban al amor bueno, y la risa del ingenuo bebé de Manolín.

Pero...

Sobrada razón tienen los viejitos cuando dicen que la tranquilidad no se nos logra. Cualquier minucia, un soplo no más, destruye la candidez del ensueño; y si la esperanza de amor reina en nuestra vida, sólo es por poco tiempo. Que nadie ha visto un corazón despierto y lleno de venturosa ternura frente al sol que no se eterniza.

Ello fué tan repentino, tan brusco, tan insospechado, que apenas si dejaba serenidad para juzgarlo. ¡Qu see murió el niño...! El médico dijo que de escalofrío; pero los ojos arremansados de Manolín, en las noches de fiebre que precedieron a su ceguera para siempre, miraban al cielo, y miraban sin fijarse en que otros ojos se clavaban en él amorosamente, en el gesto de interrogación con que el muñeco se despedía.

No se le olvidaría nunca a Paco Abril, en el que la siega inmotivada dejó baldío su campo de optimismo.

—O que no nazcan o que no se mueran. Que...

Un hijo es el amor hecho carne fragante,
es la esencia del madrigal
que en nuestra juventud perfumada y distante
dijimos a la amada virginal.

Le venció el sueño... Y se durmió... Se durmió en el despacho, bajo la bovedilla verde de la lámpara de luz eléctrica, mientras agonizaba en sus labios la estrofa delicada del poeta...

Cuando veo dormidos a mis hijos pequeños,
sonreir y soñar
con sus rostros de nardo y sus bucles sedeños,
siento unas ganas de llorar...

Pues Manolín iba que las azucenas envidiarían su blancura. Cielo arriba, cuatro lindas mariposas grandes, de alas azules, arrastraban el convoy aéreo, en torno del cual, meciéndose en las nubes, se agitaban ángeles del Señor... Eran rubios como hilazas de lino.

No se vislumbraban lejanías...

La misma vaga tonalidad de los ajimeces de luna; igual resplandor de estrellas...

Conforme se separaban más y más de los círculos de la tierra hosca, de la tierra ingrata manchada con la preciosa sangre de Abel, los ángeles, mudos, íbanse eternizando delicadamente, haciéndose gloriosos en una ideal permanencia de virtudes.

Abajo, las hormigas laboran, pero se acometen; los hombres viven, pero no se aman. Arriba, en cambio, ¡qué sencillez, qué sublime

simpatía, cómo se abriga el corazón contra el corazón hermano...!

Hubo un instante en que las mariposas parecieron inmóviles. Brotaron unos lirios, desmayándose luego sobre los tallos invisibles.

Manolín, lánguidamente, abrió los ojos...

—¿Y papá...?

Fué lo primero que se le ocurrió preguntar; pero los ángeles no respondieron y fuéronse borrando, esfumándose, en tanto que Manolín se desperezaba como si saliese del sueño acostumbrado.

—¡Lindas mariposas...!

Intentó cogerlas y en el acto desaparecieron.

Hubiera gritado al ver que su papaíto no estaba allí, con él, haciéndole reir mucho, contándole el cuento de la flor del lililá; pero le distrajo un lucero que a medida que se aproximaba, fulgía más esplendorosamente.

Y de pronto, un aleteo de pájaros, igual que si estuviese en las cercanías de una fronda. Eran ángeles, bebés algo más crecidos que los anteriores y que si no traían carcaj ni cuernecillo dorado porque en tales latitudes no se usaban, cedían, no obstante, a los oficios de juzgadores, examinadores, «sabidores» del expediente personal de Manolín.

Uno de los jueces le preguntó:

—¿Cómo te llamas...?

Se echó a reir el pequeño.

—Es necesario. La Gloria está llena de muditos simpáticos; pero tú sabrás hablar. Anda, dinos cómo te llamas.

En aquel momento sintió Manolín una cosa extraña: la mortajilla blanca que llevaba puesta, se le cayó; quedóse desnudo y empezaron a salirle unas alas muy bonitas y muy sonrosadas.

—Como vosotros—... dijo.

Los jueces comprendieron que cuando el Señor permitía qne se transformara en ángel delante de ellos mismos, merecería estar entre ellos. Y no le preguntaron más; sino que cada uno le dió un beso, y todos, incluso Manolín, se echaron a volar detrás del lucero que les encaminaba a la Gloria.

Precisamente Fernanda Bermejo dió un toquecito en el hombro a su marido cuando llegaba a este punto de su ensueño.

—¿Eh...? ¿Y Manolo...?

Fernanda, llorosa, tomó entre sus manos la frente calenturienta de Paco Abril y dejó en ella la ternura de un beso.

Luis GONZÁLEZ LÓPEZ

AQUÍ EN LA SOMBRA...

«... porque tu carta es, mi buena y querida Isabel, la recomendación ingenua de un alma que no sabe de fracasos. ¡Qué vas a saber tú, pobrecita mía, con tus diez y ocho abriles llenos de juventud, rebosantes de romanticismo, qué vas a saber tú, solicitada por el éxito—que es el de todas las niñas bonitas en un ambiente de burguesía opulenta—, de estas torturadoras inquietudes, de estos prematuros desengaños, de los que como yo, al comenzar la lucha por la vida, cuando los demás que nos veían pensaban que triunfábamos, sentimos tremolar sobre nuestras cabezas la bandera negra...! Mas no creas que odio a ese Dios que forjó mi espíritu dejándolo prestamente mal herido; lo adoro aun más, ya que, al fracasar, me infundió la santa virtud del renunciamiento. Me obligó a renunciar a ti que eras, y aun acaso eres, el cariño hondo que más me hizo llorar cuando hube de estru-

jarle al convencerme de que no lo merecías, tal vez en justa compensación de lo mucho que gocé cuando le vi nacer correspondido... Y renuncié, al mismo tiempo dolido y gozoso...

¿Te ríes? Escribo en la plena conciencia de que te has de reir de cuanto escribo, sintiéndolo un poco con ese sentimiento leve que nos producen las leves enfermedades en los seres queridos.

Yo sé que has de decir: mi novio está un poco neurasténico; esperemos que pase la mala racha. No por Dios, mi buenísima Isabel; eres muy joven y muy ilusionada y muy feliz para comprenderme, pero haz un esfuerzo sobre ti misma y no atribuyas a extravío mental ni menos aún a otros torpes móviles, lo que es producto de un largo proceso de mi cerebro, convicción firmísima arrancada a mi alma en este remanso de paz de la vida pueblerina.

No aspiro a nada ni a nadie. Quiero vivir solo humilde, obscurecido, sin rebeldías y sin vanidades. Me basta con el afecto sencillo de las sencillas gentes de donde surgí; que para las horas ociosas sean mi solaz estas hermanas, esta madre y una esposa humilde y piadosa; en los atardeceres marcharé a la orilla

del mar para sentir el pasmo de su inmensidad; mis libros serán unos libros devotos; rezaré mucho y seré bueno.

Siento murmurar la ironía cruel salida de tus labios de rosa. Yo no debiera volcar a nadie estas confesiones tan íntimas, tan mías. Pero ante ti quiero sincerarme. Me dolería que dijeses despectiva: «Bueno, si estás hastiado déjame en paz y no vengas con retóricas.» ¡Oh, qué cruel es esto, Isabel! Ante ti me tienes hoy más tembloroso, más enamorado que nunca; si miro tus ojos, por mis venas correría el fuego inapagable; si aspiro tu aliento y beso tu boca, tus manos que me tocasen sentiríanme estremecer con el estremecimiento inconfundible. Pero... te lo diré claro, brutalmente: no te merezco...

¿Acaso no aspirábamos a consagrar ante el altar nuestro amor? ¿Acaso con él no pensábamos fundar un hogar? Pues entonces perdona que filosofe un poco... El hogar ha de ser tal que no ha de desdecir de la social condición de los esposos. El nuestro—tú fastuosa y opulenta, yo pobre y miserable—¿a quién había de parecerse? Si a ti, yo en él sería un criado distinguido; si a mí, tú no habías de avenirte, naturalmente, a su pobreza.

Nuestros tiempos no son los legendarios

tiempos en que enamoradas princesas entregaban sus corazones a troveros hampones; la prosa, la horrible prosa, se impuso; el matrimonio más que santificada unión de almas fundidas, es contrato en igualdad de prestaciones mutuas. Y yo, créeme, Isabel ¡puedo aportar una prestación tan mezquina a esa unión!

Sé que me vas a decir. ¡Qué importa que seas pobre! Eres joven, ambicioso, con un luminoso porvenir que te espera; tú mismo, subirás los peldaños que te faltan para llegar a mí...

No, no, mil veces no. No quiero subir esos peldaños; ¿para qué esforzarse en conseguir nada? Una vez conseguido lo que se pretende ¿vale el placer de la cosa conseguida el esfuerzo insensato que hemos puesto para conseguirla? Tú misma, radiante y bella, la posesión de tu alma divina y de tu cuerpo divino en sí y más divina y divino en mi fantasía, sería el premio más precioso a mi labor, y así y todo sería insuficiente, porque...

Esta es una idea cruda, brutal. Perdona si molesté tus creencias íntimas, ya que como mujer te creerás en el derecho de ser eternamente adorada, y como novicia pensarás del amor que es fuego inapagable.

Y no hay tal. Siento que nuestras vidas fun-

didas e ilusionadas, olvidaríanse un instante, ciegas de amor, lo que la existencia es: lucha de egoísmos, pugna de intereses, intercambio de valores; pero, cuando la fatalidad, inexorable, apague el fuego que nuestra ilusión no pensó ser jamás extinto, nos miraremos frente frente; yo agradecido a tu noble generosidad, y tú, protectora, exigiéndome sumisión en reciprocidad justa a tu largueza.

Mi existencia servil estaría atada a ti. Tú serías la dueña del hogar porque en ti está la fuerza.

Y dime, Isabel: ¿no es atrozmente lamentable que quien nació para mandar sea mandado y condenado a una esclavitud siempre ridículo, aun cuando el dueño de mi libertad tenga tus ojos de ensueño, tu frente serena, y tus labios que nacieron para besar y ser besados?

Vale más que, tras serena reflexión, viendo la verdad, nos separemos, quedamente, sin estruendo. ¿Para qué reñir, para qué fingir un pretexto que no había de ser creído por ninguno de los dos? Con toda sinceridad un día nos damos la mano y esta es la señal del rompimiento de nuestro noviazgo y la iniciación de una íntima amistad fraternal.

Y, si el pasar de enamorados a camaradas

produjese dolor en ambos ¡qué importa! ¿No vale la pena cambiar el dolor de un momento por el inconmensurable dolor de toda la vida?

Si con esto he sabido llevar a tu ánimo el convencimiento, ayúdame, Isabel, a cumplir mi propósito, porque en mí el rompimiento ha de revelarse más cruel que en ti. Tú, como vives en el mundo de los grandes, puedes ser dueña de los grandes y de los humildes; yo, en mi pobreza miserable, sólo para los humildes he nacido...

Así y todo me resigno a vivir obscurecido en este rincón de mi tierra, donde hay un mar sereno e inmenso que es el más agradable solaz de mis horas quietas; aquí buscaré una muchacha que no sueñe quimeras, de alma sencilla y piadosa con quien fundar un hogar, y, cuando en el mañana tú te dignes descender hasta mí para llamarme amigo, en mi hogar besarás a mis hijos por el amor que te tuve, y yo besaré a los tuyos con el respeto de un antiguo criado que besare los hijos de su señor.

J. F. ARIAS-CAMPOAMOR

CUENTOS AMERICANOS

EL OTRO CAÍN

Bajo la alucinación de aquel crepúsculo septentrional, el peñón abrupto se agarrotaba en el horizonte como un puño crispado. Solitario y obscuro, erguía sus piedras empenachadas de espuma. El mar asaltábalo eternamente con olas monstruosas, rugiendo de rabia y de impotencia. Y redoblaba cada vez más sus furias, como humillado quizás por no poder tragarse aquella isla pequeñita y rebelde. Una vieja familia de Baskonia (Iturribarría, Larrazábal, Otamendi), cuyo nombre no pudo saberse jamás, procreó allí, y a la sazón, apenas si había entre aquellas peñas unos cincuenta moradores, hembras muy pocas, varones los más. Pero los lazos próximos de familia fueron desapareciendo con los siglos de los siglos, y los habitantes buscaron sus esposas entre las mismas parientes lejanas.

Sólo Juan, el taciturno pescador de lobos e ilusiones, se había casado con la gitana Lorenza, hija de un judío, navegante desventurado, que naufragó una noche de galerna en el Cantábrico. Lorenza era la única mujer extraña entre los moradores de la isla. Un día se apareció Juan con la gitana; algunos quisieron echarlos, pero Pedro, el temible hermano de Juan, mozo el más fuerte de esos contornos, acalló las protestas, imponiendo a todos la convivencia con la intrusa.

Así pasaron dos años. Los moradores se habituaron a la nueva camarada, y Juan y Lorenza deslizaron entonces tranquilamente las faenas de la pesca y las pláticas del llar. En lo alto del peñón, guarecida por una vegetacioncilla amarillenta, la choza de Juan abría su agujero como una cueva de buitres. A veces, en noches de jolgorio, perdido el rumbo y vacilantes los pasos, llegaba Pedro, completamente embriagado, en demanda de hospitalidad. El buen Juan le cedía sus pellejos de cordero, y Pedro dormía las borracheras hasta bien entrado el día. Juan embarcaba siempre una hora antes de la alborada, haciéndose a la mar en busca del amigo lobo. Solía ir solo, cantando aires primitivos y mirando eternamente las lejanías donde se confundían sus dos

únicos grandes amores: el cielo y el mar. ¿Sólo el cielo y el mar? No; Lorenza también lo era.

Una mañana que se rompió el velamen de su bote, y tuvo que volver a la choza para componerlo, sorprendió a Lorenza en brazos de Pedro. ¡Ella en brazos del hermano querido! Un impulso de su corazón y de sus puños estuvo a punto de hacerle entrar. Pero su hermano era más fuerte, pasaba por ser el más bravo... Y se contuvo. Por otra parte, los infames, absorbidos por el deleite del pecado, no le vieron. Juan, en puntillas, como si él hubiera sido el delincuente, volvió a salir, rojos de lágrimas contenidas los ojos. En su desesperación quiso llamar a todos los compañeros y contarles su desgracia, pero pensó que, al contrario, se alegrarían..., pues Lorenza era una intrusa. Además, ya se lo habían anunciado

—Esa perra gitana—le dijo un día el padre cura—habrá de traernos la desgracia a todos.

Juan se tragó, pues, su dolor y no dijo nada a nadie.

* * *

Aquella noche, el mar estaba apacible. Un cielo claro bordaba sobre las olillas alegres lentejuelas de estrellas.

—¡Ese lobo es del tamaño de un toro—decía Juan a su hermano Pedro, mientras arreglaba las redes en la playa—; yo solo no puedo con él... ¡Pero como tú eres el hombre más fuerte de la isla y tienes redaños, podremos pescarle!

Halagado en su amor propio, Pedro respondió:

—Siempre fuiste débil como una mujerzuela... yo seré más bruto, pero tengo más fuerza, que es lo que hace falta.

—Por eso quiero que me acompañes.

—Aquí me tienes.

—Vamos.

Y, mar adentro, llegaron a perder de vista la silueta del islote.

—Aquí es—exclamó de pronto Juan.

Pedro púsose de pie en el centro del bote. Juan cesó de remar.

—¿Dónde?—preguntó Pedro.

Juan no quiso perder momento, pues, quizás por aguardar mejor oportunidad, llegaría a faltarle valor para realizar su plan.

—Aquí—contestó con voz sorda, y haciendo un supremo llamamiento a sus musculillos de

hombrecito, se precipitó violentamente sobre las espaldas de su hermano. Este vaciló en las sombras, y su cuerpo fué a caer en el mar.

Las primeras luces del alba rizaban de oro la lejanía, y una como gasa azul se levantaba de las olitas saltarinas.

Aterrado, lívido, temblorosas aún las manos, sin articular palabra, con la lengua trabada de rabia y de miedo, Juan clavó los ojos en el remolino que formara el cuerpo de su hermano al caer. Pedro había dado un siniestro salto mortal hundiéndose totalmente; pero luego hizo un esfuerzo, recobrando nuevamente a nado la superficie de las aguas. Dirigióse como un tiburón enloquecido hacia el bote de Juan. Un calofrío de terror había inmovilizado al fratricida, clavándole como un espectro en el centro del bote fantasma. No acertaba a coger los remos y huir velozmente de aquel sitio maldito. Una fuerza oculta parecía detenerle.

—¡Ah, miserable!—rugía roncamente Pedro—has querido matarme... pero no contaste con que nado como un lobo y que tengo los puños más fuertes de la tierra...

Y, diciendo y haciendo, se asió a una de las bordas de la frágil embarcación Juan comprendió al punto que estaba perdido si su

hercúleo hermano lograba ponerse a salvo, y más que nunca sintió el espanto de las tragedias supremas. Allí, en la borda estaba agarrotada una de las manos de Pedro, pugnando por ganar el bote. Juan no quiso perder tiempo, y con sus dos manecillas de hombrecito cogió la manaza de Pedro y forcejeó por desprenderla de la embarcación. Un momento, Pedro logró cogérselas, y tiró de ellas... Temiendo rodar los dos al fondo del mar, Juan no vaciló un instante más, y, sacando el cuchillo con que destripaba los lobos, tiró un tajo salvaje en la tiniebla Una resistencia blanda... un alarido espantoso. La mano de Pedro quedó totalmente seccionada por la muñeca. A la luz ambigua de la aurora, vió Juan desaparecer en el abismo de agua al hermano traidor. Su brazo izquierdo, enarbolando en lo alto el rojo muñón, salpicaba de carmín el tono malva del mar; y Pedro, desangrándose a chorros e hiposo de agua tragada en los estertores, gritó a su hermano siniestramente:

—¡Caín... Caín...!

Al cabo de unos instantes, el muñón sanguinolento desapareció de la superficie, y el mar tuvo de nuevo su sonrisa de serenidad.

* * *

La primera intención de Juan fué la de abandonar aquellos parajes en busca de la pesca cotidiana. E hizo rumbo mar adentro. ¡Respiró a todo pulmón! ¡Estaba vengado, salvajemente vengado, omnímodamente vengado, con la muerte del más fuerte! Y cuando paladeaba su siniestra satisfacción, volvió los ojos hacia la borda... Ahí, ahí estaba la mano cortada de Pedro. ¡Horror! Fuertemente asida a una chumecera, agarrotábase con los dedos retorcidos... Juan se aproximó, blanco de terror. Sí, era la mano cortada... El primer impulso de Juan fué darle con un remo y tirarla al mar... Pero... si el mar la arrojaba a la playa... Su crimen sería descubierto... Y se quedó pensativo. Una resolución espantosa triunfaba en los adentros obscuros de su sér.

—¡Ah!—exclamó—Pedro, ya está castigado... ahora me falta la perra de Lorenza...

Casi a tientas, acercó sus manos a la mano del traidor. Aun estaba tibia, pero se resistía. Tiró fuertemente; luego más fuerte... La mano cortada fué desasiéndose como se desprende un molusco de su concha, y, al fin, Juan la tuvo entre sus propias manos. No había que perder momento. La estrujó para extraerle la última gota de sangre. Lavóla después, y, una vez escurrido el último rastro delator, cogió

esa blanca mano cortada, espantosamente blanca, y se la guardó en el zurrón de cuero.

Cada vez más embriagado por el funambulismo de su plan, hizo rumbo a tierra.

* * *

Todavía no imperaban del todo las luces del alba. Una niebla gris circundaba la isla. Aprovechó Juan esa penumbra para encaminarse hacia su choza Entró de puntillas. Lorenza dormía bienaventuradamente, soñando quizás en las caricias de su amante. Juan avanzó de puntillas, sin perder momento. La obscuridad era absoluta en la cueva. A tientas buscó el lecho de la adúltera, y encendió el candil. Lorenza, semidesnuda, mostraba su espléndida belleza campesina. Una mala tentación corrió por la medula del pescador; pero sólo fué un instante. Juan echó de golpe las redes sobre su mujer, aprisionándola fuertemente.

—¿Quién...? ¡Socorro!—gritó, la infeliz.

—¡Calla... soy yo... no creas que es Pedro!

—¡Pedro!

—Sí, Pedro... maldita víbora... Creiste poder engañarme toda la vida... pero ve... fija-

te... esta vez el tonto Juan ha podido más que el listo Pedro... Fíjate...

Y, sacando del zurrón la blanca mano cortada del muerto, mostrósela. Lorenza lanzó un alarido, y, como empezara a pedir socorro, Juan le echó las manos al cuello, comenzando a estrangularla sobre seguro, pues Lorenza no podía moverse dentro de las redes.

—Perra, zorra, perra, zorra, más que perra, más que zorra... maldita... maldita... No soy yo el que te estrangula... es esta mano... la mano de Pedro... de tu Pedro... mírala por última vez...

Y, en efecto, con la misma mano helada del hermano traidor, le apretaba la garganta. Al fin soltó. Con los ojos saltados y revueltos en mezclas de amarillos y rojos, Lorenza quedóse inmóvil... muerta por la mano muerta del muerto, mano que Juan dejó allí medio adherida aún a la garganta.

Con gran cuidado, el hombrecito retiró sus redes, y, en puntillas, sin que nadie le viera, abandonó la cueva; y, volviendo a embarcar, hizo rumbo mar adentro.

Esta vez, la mañana era ya un ramillete de claridades multicolores.

* * *

Así la gente no sospecharía. Como nadie le había visto volver, nadie tampoco podría acusarle. Hizo, pues, la faena de siempre; pescó el lobo temido, y a las diez de ese día primaveral volvió a tierra.

¡Lo que él se esperaba! La campana de la ermita vertía los más angustiosos sones, y toda la gente de la isla aglomerábase a la entrada de la choza.

Cuando Juan llegó, el cura aproximósele:

—¡Una desgracia, Juan, una horrible hechicería!

—Castigo de Dios.

—Por haber traído una intrusa.

Juan aparentó un indecible sobresalto:

—Pero ¿qué pasa, señor padre cura?

Y fué llevado al sitio donde aún reposaba el cadáver de Lorenza, con la mano blanca aprehendiéndole el cuello.

—Mi mujer... mi hermano... Lorenza... Pedro...

Todos se echaron a buscar el cadáver de Pedro, y, claro está, no pudieron encontrarle. Sin ceremonia alguna, fueron enterrados los restos de la adúltera—ya en el pueblo se sospechaba de estos amores—pero Juan fué el último que lo supo.

Las abuelas y cornejas de la pequeña po-

blación insular decían, a la hora del crepúsculo, de las fogatas y de las apariciones fantasmales en la sombra:

—¡Este es un castigo de la providencia! Ya le habíamos dicho a Juan que no trajese aquí a la extranjera... ¡Y ha engañado a su hombre, ha matado a su amante, y se ha matado ella misma! ¡Maldición sobre su memoria...! ¡Los infiernos han embrujado la isla!

—Sí... la han embrujado—decía el padre cura—porque ¡cómo se explica que una mano cortada, separada del cuerpo humano que la animó, pueda apretar, apretar... hasta... No, sólo el infierno, sólo, sólo un conjuro de Satanás!

Y, de boca en boca, corrió la especie de que la isla estaba embrujada. Por las noches, quizás si... porque algunas de las mozas tampoco tenían muy limpia la conciencia, se encerraban todos en sus covachas, las unas junto a las otras, temerosas... temerosas de que la mano blanca y fría del amante viniese a estrangularles. Por las peñas, a eso de las diez de la noche, veíase cruzar una sombra... Alguien dijo que era la sombra de Pedro. Aquello no era vivir, y las viejas reuníanse en corro para descifrar el espantoso enigma que encerraba el crimen de la mano cortada. To-

dos se acompañaban recíprocamente, menos Juan, que, solitario y más pensativo que nunca, permanecía en lo alto de las rocas, errante, dando vueltas a la isla. Ya no salía a pescar, en la diaria faena. Su bote, amarrado sobre la playa, resecábase al sol como una tortuga enferma. Cierto día de galerna, una ola monstruosa lo arrastró. Para sus adentros Juan dijo que había sido su hermano Pedro el que se lo había llevado, con la otra mano que aun le quedaba.

Así pasaron unos días de espantosa inquietud para todos los de la isla, y algunos meses más también pasaron. Aquello no podía soportarse. Nadie dormía en la isla, nadie trabajaba casi; y una buena mañana el padre cura, de vuelta de un pueblo de la península, comunicó la nueva a todos:

—Ya está arreglado. Esta misma tarde saldremos para el pueblo. El alcalde nos recibirá con los brazos abiertos. Iremos a repoblarle, pues sus moradores marcharon antes a las Américas. ¿Queréis marcharos con vuestros animales y aparejos?

—¡Sí, todos, en seguida, vamos!—respondieron al punto los asustados pescadores.

El padre cura observó que Juan guardaba silencio:

—Y tú, ¿qué dices?

Juan apenas pudo responder:

—¡Yo... me quedo!

—¿Te quedas?

—Sí... aquí está lo que más quise: mi mujer, mi hermano, mi patria... ¿con quién habrían de quedarse si yo me fuese...?

Y no se habló más. Los moradores liaron bártulos y aparejos. A las cuatro de la tarde llegó un vaporcillo de Bilbao. Todos embarcaron, menos Juan que subió hasta lo más empinado de la isla para agitar su pañolón pintarrajeado y decir adiós para siempre a sus antiguos camaradas de toda la vida, y a quienes era él quien arrojaba después de haber matado a Lorenza... y de ser... ¡Caín! A las seis de la tarde apenas se veía el vaporcillo, perdiéndose en la franja de morados crepusculares, y Juan aun continuaba haciendo adiós con su pañuelo... Cuando ya ni se vislumbraba el penacho del buque de los emigrantes, Juan, loco de terror, más espantado que nunca, echó a andar en esa ronda eterna que había emprendido en derredor de la isla.

* * *

¿Por qué Juan no había querido irse con sus

camaradas? ¿En efecto, deseaba quedarse para acompañar a sus muertos en ese trozo de tierra insular que era toda su patria? Apenas si había comenzado la tragedia de Juan. Juan no quiso acompañar a sus camaradas porque tenía miedo, sí, miedo a que su hermano Pedro, el fuerte, le saliese al paso durante la travesía por el océano. Sí, por eso rondaba de día y de noche las playas de la isla, para ver si el mar escupía el cadáver, y entonces, descartado el peligro, abandonar la isla. ¡Pero el cadáver de Pedro no salía a flote ni las aguas lo arrojaban contra las peñas! ¡Ah! el cadáver de Pedro se había quedado en el mar, rondando a su vez la isla fantástica y trágica, haciendo guardia permanente y acechando el instante en que Caín cruzase las olas forzado por los remordimientos. Entonces, ¡ah! entonces se vengaría. . Y, de tanto decir y oir decir que la mano cortada había estrangulado a la Lorenza, Juan concluyó por creérselo, temiendo que Pedro le estrangulase también con la otra mano que le quedaba...

—¡Ah, imbécil de mí!—exclamaba el nuevo Caín errante—¡cómo no le corté las dos manos. . y los dos pies... y le descuarticé...! ¡Ahora me acecha... sí, ahí está...!

Y seguía rondando la isla de día y de noche, de noche y de día, apenas comiendo pescaditos, mariscos, algas, durmiendo apenas, sobresaltándose en medio de delirios y de extraños sonambulismos...

Y así estuvo días, semanas, meses, dando vueltas a la isla. Semidesnudo, con las barbas rojas teñidas de mugre y de espumarajos, con las cuencas desorbitadas y curtidas de llanto eterno, las manos temblorosas de rabia y de espanto, descalzo, desmelenado, loco de fiebre y de alucinaciones, subía y bajaba las peñas en busca del cadáver de su hermano. Entre las junturas, en los agujeros de las arañas, entre las conchas de los mariscos, hurgaba para descubrir el cadáver de Pedro... Pero el mar no le arrojaba. Pedro estaba allí, esperándole, aguardándole para vengarse.

Pasó aun más el tiempo, y una tarde vió que las aguas traían flotando un cuerpo extraño... ¿Sería una sombra? El cuerpo no se aproximaba. Completamente desnudo, pues ya las ropas desgarradas se le cayeran del cuerpo, Juan estaba en la playa, en el filo de las olas, esperando que el cuerpo se aproximase... pero el cuerpo volvió a alejarse... Entonces Juan no pudo contenerse más, y totalmente desequilibrado por el espantoso suplicio de esperar

algo que nunca llega, y acicatado por el terror de convivir eternamente con el cadáver de su su propia mujer y con el de su propio hermano, automáticamente comenzó a internarse en el mar. Cuando perdió pie, hizo un esfuerzo, lanzándose a nadar mar adentro. Tal vez encontraría una embarcación pesquera que le recogiese... ¡Ah, todo era preferible a quedarse en la isla...!

Y nadó, nadó... De pronto sintió una especie de escalofrío en la medula espinal. A lo largo de la pierna izquierda corrióle un helado contacto como si le rozase el vientre de un batracio; Juan lanzó un grito horrible.

—¡Suelta, Caín, suelta. .!

Y púsose a hacer esfuerzos desesperados. Creyó que una mano, la otra mano de Pedro, le cogía del pie izquierdo y tiraba de él hacia el fondo del mar. Loco de espanto, ahullaba:

—¡Yo te maté porque me traicionaste con Lorenza...! Yo no soy Caín... tú sí que eres Caín porque me has matado en vida... tú eres el otro Caín... ¡tú... tú!

Poco a poco fuéronsele acabando la voz y las fuerzas, y cada vez más apretado por la mano del muerto, hundióse para siempre en la entraña del mar.

¡Antes de desaparecer, en una voltereta úl-

tima de sus ojos despavoridos, pudo ver por vez última, bajo la alucinación de aquel crepúsculo septentrional, ¡que la isla se agarrotaba en el horizonte como una mano crispada!

M. A. BEDOYA

Madrid, 1918.

ACTUALIDAD ARTÍSTICA

Andrés Martínez de León.—Wyndham Tryon. Obras de Leonardo Alenza.—Los paisajistas del Paular.

Andrés Martínez de León, con una modestia digna de aplauso y de hacerla resaltar en estos tiempos de intolerables petulancias e inaguantables «posturas», ha celebrado una Exposición—con la que se presentaba por primera vez ante la consideración de la crítica y el público madrileños—en la Avenida del Conde de Peñalver, núm. 14, en sitio, dicho sea de paso, muy poco conveniente para esta clase de actos, principalmente porque no reúne las condiciones indispensables para que las obras luzcan como deben y el visitante las contemple con toda comodidad y sin que otra suerte de atenciones atraiga su curiosidad. A pesar de ello, es innegable que el joven artista ha obtenido un buen éxito, que debe servir-

le de aliento para proseguir en el camino tan brillantemente comenzado.

Se componía la Exposición de cuarenta dibujos a la pluma y cinco cuadros al óleo, labor considerable para ser las primeras manifestaciones de un artista que explora sus condiciones y cualidades temperamentales con el deseo natural de hallar campo propicio donde desarrollarse.

En este sentido me es muy grato hacer constar la satisfacción con que he visto que este desconocido, huyendo de los juglarismos y teatralidades en moda, no haya pretendido llamar la atención con supuestas y de todo punto falsas genialidades, con que ciertos petulantes quieren asombrarnos, por creer sin duda que la gente es tonta y no sabe distinguir la verdad que hay debajo de la apariencia. Martínez de León, con toda sinceridad, y este es su mejor elogio, y esto es lo mejor que en su honor puedo decir—¡es una plaga tan horrible y extendida la insinceridad!—, nos ha ofrecido, para que de ellas gustemos, sin rebozarlas con pomposas prestancias e inflados prestigios, las dotes esenciales que posee. De aquí que yo estime como su mayor acierto el que se haya mostrado parco en los cuadros al óleo—en los cuales evidentemente aun no se

encuentran los méritos que tal vez más adelante llegarán a tener— y en cambio haya concedido toda la importancia a los dibujos. En ellos es donde se ofrece con la más encantadora espontaneidad el temperamento interesante y bien dotado del artista sevillano. Hay en él un fino humorismo, muy andaluz, y por eso muy español, que en determinadas ocasiones llega a la suave ironía, acerada y compasiva a un mismo tiempo, y que constituye su verdadera nota original, lo que en él podemos aplaudir sin reservas y recomendarle que cultive sin restricciones.

Ahora que parece se ha despertado entre nosotros una gran afición al humorismo, gracias casi a la exclusiva e incansable labor del ilustre y dilecto José Francés, Martínez de León se convierte en un verdadero hallazgo, porque el suyo es el verdadero humorismo, sin caricatura, sin excentricidades, sin payasadas ni grotescas contorsiones, propias de los augustos de circo o película; el humorismo castizo, que no proviene de absurdas trasplantaciones extrañas, sino que dimana del fondo mismo de nuestra raza.

Sus dibujos son de dos naturalezas: realistas y fantásticos. En los primeros, los más numerosos, se expresan con donosura y gen-

tileza escenas costumbristas o pintorescas que el artista ha visto millares de veces; predominan los asuntos taurinos; pero anteriores a la plaza de toros; es decir, que no son episodios de la lidia de las reses. En todos se muestra como un gran dibujante, dominando a la vez la línea y el concepto. No hay en ellos esas insistencias que señalan constantes rectificaciones, con que algunos pretenden falsamente darse tono de hábiles; el trazo de su pluma es fácil, seguro, amplio y definidor; de tan sencillo que es, parece que no haya costado nada conseguirlo. Se diría que no ha habido esfuerzos, ni angustias sobrenaturales para dibujar un toro, o unas figuras; en fin, no tienen esas engañifas baratas de algunos que llenan los papeles de rayas para que la gente crea que hacer aquellas cosas debe ser algo genial.

Martínez de León ha bebido, a no dudar, en Goya y hasta puede que algunas veces se haya dejado seducir por ese comediante del dibujo que se llama Ricardo Marín; pero con un gran acierto ha sabido alejarse de este último y huir en lo posible de la candidez de imitar al gran maestro de Fuendetodos, de quien ese petulante Sr. Marín se cree el continuador. Mucho más cerca, pero infinitamen-

te más, con estar los dos lejos, está de Goya Martínez de León que Ricardo Marín, y es mucho más dibujante el primero que el segundo, principalmente esto, porque Martínez de León es un mocito que ahora comienza a dibujar y el Sr. Marín está harto de llenar los periódicos de mamarrachos y aciertos y de andar por todas las tertulias diciendo que él es el más grande dibujante de España, después de Goya. ¡Infeliz!

En los dibujos que nosotros llamamos fantásticos, siempre correctos, siempre llenos de espíritu, no encontramos a Martínez de León tan original, tan sugestivo y tan admirable como en los realistas. Es en éstos, simple reproducción de aquello que hirió su sensibilidad, donde su alma de artista nada vulgar se muestra como gozosa de poder ensancharse, de poder abrirse como una flor. Yo he calificado estos dibujos de «narrativos» porque, por hecho inconsciente en mí, no los puedo considerar como aislados, sino que los asocio a una narración a la que creo deben pertenecer.

Este muchacho tiene condiciones para ser un ilustrador de primera línea y yo no dudo que en plazo no muy lejano, Martínez de León será una de las principales figuras de los dibujantes españoles.

Los cuadros al óleo no valía la pena de que los hubiese expuesto. Para juzgarle bastaba con los dibujos, pletóricos de excelencias. Los óleos nada añadían, porque no eran más que ensayos en donde no resplandece aún ninguna cualidad digna de hacerla notar, pero que tendrán, como las tienen sus dibujos, más adelante, cuando se coloque ante el lienzo con la paleta y los pinceles del mismo modo que se coloca ante el papel con los lápices y la pluma.

* * *

Merece atención el hecho de que, mientras nuestros artistas, salvo contadas excepciones, no se sienten atraídos por las bellezas numerosas y varias del paisaje patrio, todos los artistas extranjeros que nos visitan se dedican casi exclusivamente a recorrer la península para gozar sus paisajes y procurar recogerlos en simples notas a la acuarela, en acabados cuadros al óleo. ¿Es la novedad del ambiente la causa de esta diferencia de conducta? Nada de eso; porque para el pintor español es tan nuevo el paisaje de su país como para el pintor extranjero. Lo que ocurre es que nuestros artistas—ya he advertido que hay excepcio-

nes—están enfermos de indiferencia, tienen extinguida la curiosidad y la inquietud y la sed de nuevas sensaciones por ese tóxico que se llama la rutina y ese corrosivo que se titula la pereza.

El pintor inglés Wyndham Tryon es un enamorado de España, sobre todo de las tierras solares de España, es decir, el Este y el Sur de la península. Los paisajes que ha expuesto en el Ateneo son todos o casi todos notas cálidas de sol en paisajes desiertos, casi faltos de vegetación, y esta nota de sofocación, de desamparo, llega a darla intensamente en algún momento; pero, sin embargo, sus cuadros, para mi sensibilidad española, resultan, en general, fríos, sin carácter. Están muy bien compuestos, muy acabados, muy exactos y hasta armoniosos de color; pero yo no sé qué impresión de arquitectura tienen que no llego a notar esa compenetración que el artista debe sentir con la Naturaleza y que se traduce en emoción.

Los paisajes de Mr. Tryon revelan a un pintor muy concienzudo y muy experto; sin embargo, carecen de espíritu, de ambiente; es decir, que si en vez de titularlos paisajes españoles dice que son de Marruecos o de su país natal, nadie se hubiese llamado a engaño.

Yo les noto esa impasibilidad, esa rigidez, esas corrección y compostura señoriales e inalterables que yo no dudo que sean inglesas; pero que niego sean españolas y, también, que sean cualidades artísticas.

* * *

Creo que a iniciativa de D. Ceferino Palencia se debe la Exposición que se ha celebrado en el Círculo de Bellas Artes de algunas obras del malogrado pintor y dibujante madrileño Leonardo Alenza. Si es así, el Sr. Palencia merece un duro reproche por el modo con que ha organizado esta Esposición. Si no estaba seguro de que todas las obras que se iban a exponer eran de Alenza hizo muy mal en exponerlas, porque no habia necesidad de engañar al público ni contribuir a la incultura ambiente en cuestiones artísticas con dudosas y falsas atribuciones, que sólo a la desorientación pueden conducir.

Al desdichado pintor madrileño de la primera mitad del siglo pasado, muerto en plena juventud después de arrastrar una vida llena de luchas y amarguras a causa de un ambiente que le fué francamente hostil, la desgracia no

le deja en paz ni aun en el sepulcro. En vida tuvo que sufrir la enemiga de sus compañeros y el desvío de las gentes; muerto, tal vez la rapacidad de algún Shylock marchante en cuadros o la vanidad de algún pseudo-coleccionador, que pretenden cubrir con su nombre simpático mercancías de procedencia ignorada o dar valor positivo a aquello que no lo tiene o lo tiene dudoso.

Bien es verdad que se encuentran con un pintor de quien es fácil hacer atribuciones; porque a pesar de saber que fué de los contados que quisieron seguir las normas establecidas por Goya, como vivió en una época de decadencia en la que los pintores partidarios de Mengs imponían la moda, tuvo de claudicar casi continuamente para poder vivir, puesto que carecía de recursos propios. Fué un pintor fluctuante, medroso, floración propia de aquel período en que se iniciaba la más tremenda decadencia del arte nacional. No tuvo Alenza carácter para imponerse y su pintura adolece de eso: de falta de carácter, de ausencia de personalidad. Por esta causa su labor no es la importante que pretenden algunos, no diré que interesados, pero sí faltos de crédito; pudo serla, porque en él residían cualidades de primer orden; pero no supo ni

acertó a desarrollarlas. Alenza fué una esperanza que se agostó como una flor, caso muy frecuente, por desgracia, en esta España de los extranjerismos y los extranjerizantes nefastos, de los cacicatos obstaculizadores y de la incultura esterilizadora y atropellante.

Nacido Leonardo Alenza cuando Goya estaba en todo su apogeo, hacia él inclinó sus devociones; pero careciendo de la osadía y de la terquedad del gran aragonés, no supo, como él, hacer triunfar su temperamento. Era un espíritu apocado y pusilámine, y la adversidad, lejos de obrar en él, como siempre obró en Goya, como un reactivo, obró como deprimente, restándole las energías espirituales necesarias para toda obra de arte. Teniendo en cuenta el carácter del pintor madrileño, nos explicaremos sus claudicaciones, sabiendo que a la muerte de Goya se inició una campaña en contra suya por aquellos artistas que sin el temperamento del autor de «La maja», impotentes para continuar sus orientaciones, se dieron a seguir a los pintores franceses de la escuela de David, trayendo con ello a la pintura española la más deplorable decadencia jamás conocida; decadencia que se ha extendido hasta que Sorolla y Zuloaga en nuestros días rompieron con la rutina y el afrance-

samiento, y engendraron el gran período revolucionador que nos ha traído el florecimiento actual. Alenza, pues, sin fuerzas para romper el ambiente, que pretendía nublar la gloria del genial aragonés, tuvo que resignarse, aunque su amor y su ilusión se fuesen tras aquel. Este dualismo de tendencias, esta batalla interior en un temperamento tímido, no eran los factores más propicios para realizar una obra digna de consideración, eminente y perdurable, sino, todo lo contrario, para hacer inocuos los esfuerzos y mediocres las producciones.

Su labor, no muy extensa, se distribuye en cuadros de género, retratos, dibujos y grabados. Como ya hemos señalado, en los cuadros y retratos fluctúan las dos tendencias: la de Goya y la de los academistas, resultando casi siempre dominante ésta; en cambio, en los dibujos y grabados—sus trabajos más personales — es donde se destaca con todo vigor la gran influencia que sobre él ejercía el pintor de Fuendetodos, triunfante siempre a pesar de todos los obstáculos.

Yo estoy seguro de que si Alenza hubiese disfrutado una vida más desahogada, más amable, hubiese llegado a ser un gran pintor, tal vez el único que hubiese salvado su nombre del naufragio del siglo XIX y hubiese pasado a

la posteridad como legítimo e insigne continuador de Goya, y hasta con ello hubiese podido ocurrir que no se hubiera acentuado ni prolongado tanto la decadencia que siguió a la muerte del autor de «Los Caprichos.»

Cuanto dejamos expuesto ha podido observarse en la Exposición a que antes hicimos referencia.

En los retratos y en los cuadros—sin que yo afirme que sean todos de Alenza ni niegue que algunos lo sean, pues para ambas cosas me falta autoridad y competencia—hay timideces, máculas y concesiones, vacilaciones y titubeos, que restando méritos a la labor, la convierten en impersonal y poco segura. Solamente en los dibujos resplandecen aquellas cualidades que adornaban al malogrado pintor, que pudieron hacer de él una de las principales figuras de nuestra pintura, y la devoción que sentía por el inmortal aragonés; devoción que llegaba hasta la puerilidad de imitarle.

* * *

El señor Director general de Bellas Artes ha tenido con la creación de la Residencia de paisajistas en el Paular una idea admirable, por la cual merecerá siempre un grato recuerdo.

Sin embargo, para que la obra sea completa y cumpla hasta la máxima posibilidad su fin, es necesario acudir a subsanar ciertos errores.

Ya era hora de que el Estado se preocupase como debe de lo único por lo que España es todavía grande. La enseñanza artística oficial adolecía—no es que se hayan subsanado ya definitivamente—de defectos de tal monta, que más bien resultaba estéril, cuando no perjudicial, por el tiempo que inútilmente hacía perder. Resultaba que el escolar, después de seguir varios cursos, quedaba desamparado, sin la suficiente educación para entrar con probabilidades de éxito en el mundo del arte en franca competencia con aquellos que gozan de prestigio. Las enseñanzas de las academias y escuelas especiales no son suficientes y necesitan una ampliación seria que refuerce y estabilice lo aprendido casi teóricamente. Esa ampliación viene a ser la Residencia de paisajistas creada en el Paular, residencia que debiera ser establecida, además, en otros puntos de España, dotándolas a todas de los recursos y medios indispensables para que puedan cumplir sus altos fines, que no pueden ser otros que los de dejar al artista novel ante la Naturaleza libre de toda tutela y de extrañas sugestiones. Gracias al Director

general, se ha conseguido que los alumnos más distinguidos en los estudios no queden desamparados y puedan completar su educación, hoy todavía con algunas restricciones; pero es de esperar que pronto se pueda hacer con toda holgura, pues, afortunadamente, al frente de la Dirección de Bellas Artes no se encuentra ningún político incompetente a quien le tengan sin cuidado las cuestiones artísticas, sino, por primera vez, un técnico de competencia indiscutible, que, además de gozar de envidiable renombre como artista, el arte constituye todos sus amores y todos sus desvelos. Por eso yo confío que los errores que hoy se observan en la implantación de la Residencia del Paular habrán de ser corregidos sin demora, y lo que hasta ahora no deja de ser una obra embrionaria se llevará sin dilaciones a su máximo desarrollo, recabando para ella las atenciones y los apoyos de que hoy carece y urgentemente necesita, si se quiere, por fin, poseer una generación de artistas perfectamente educados, que puedan, sin miedo a hostilidades e indiferencias perniciosas, explorar y afirmar su personalidad.

Ya que he hablado de errores—uno de ellos es que la pensión sólo dura una temporada de tres o cuatro meses, y en ese tiempo es impo-

sible que nadie pueda estudiar el paisaje debidamente—, no quiero callarme un gran acierto, que es en mi sentir, el haber invitado a la nueva Residencia a artistas extranjeros, sobre todo hispanoamericanos, que en este respecto, como en otros muchos, no debieran ser considerados sino como españoles. Esa es la única manera de hacer efectiva de una vez y para siempre la unión espiritual de España e Hispanoamérica, tan enormemente conveniente para todos, en particular para la antigua Metrópoli, que al lado de sus emancipadas y libres hijas tan grandes destinos aun puede realizar.

La primera colonia que ha residido durante el verano en el viejo Monasterio del Paular, la constituyeron ocho artistas, entre ellos dos americanos y un bohemio, los señores Olivera, Pinto y Hübner, respectivamente. Los trabajos realizados por todos ellos—un conjunto de 117 cuadros—han sido expuestos en el Salón que la Sociedad «Amigos del Arte» tiene acotado en el Palacio de la Biblioteca Nacional.

Satisfecho puede estar el Sr. Benlliure del resultado primero que ha tenido su feliz iniciativa. Los jóvenes pintores enviados a El Paular no han perdido el tiempo ni han defraudado las esperanzas que en ellos se pusieron. Han trabajado firmemente y en el tra-

bajo han puesto entusiasmo y deseos nobles y plausibles. Sin embargo, yo hubiese visto con mejor agrado que la cantidad hubiese sido superada por la calidad. Es un error crasísimo el de esos muchachos creer que los méritos se aumentan pintando muchos cuadros; y no es eso, no, ni mucho menos. Eso cuando se trabaje a destajo podrá ser un mérito. Cuando se está en el período de formación, más que pintar muchas telas, lo que debe importar es estudiar profundamente, y el estudio profundo está reñido con la facilidad y la prodigalidad.

Hay algo también que no se puede aplaudir sin reservas, y es el hecho observado en la mayoría de los pensionados, los cuales han ido a El Paular a pintar paisajes con arreglo a modelos preconcebidos, y para eso, naturalmente, no hacía ninguna falta que se hubiesen movido de sus casas, porque en ellas lo hubieran podido hacer igual; no han ido a estudiar el paisaje; han ido a ensayar esta manera y la otra, estudio técnico insubstancial en cuanto no signifique compenetración del artista con el sujeto emotivo.

Tres artistas se destacaron fuertemente en la Exposición de los paisajes: el catalán Francisco Llop; el extremeño Timoteo Pérez Rubio

y el argentino Octavio Pinto. Han sido los tres más sinceros, más ingenuos, menos cargados de prejuicios.

Los paisajes de Llop hablan de un expertísimo pintor ya cuajado; son de una fuerza, de una seguridad, de una «experiencia» muy estimables. El Sr. Llop no es ningún jovenzuelo primerizo. El Sr. Llop es ya un pintor con su temperamento desarrollado, al que ya le deben ser familiares las luchas con la Naturaleza para arrancarla sus secretos estéticos. De todos los expositores era el más objetivo, el más realista, el que daba más exactamente la visión del paraje interpretado. Tenía dos cuadros; los titulados «Sol y sombra» y «Atardecer en Rescafría», admirables, magistrales.

Pérez Rubio daba la nota sentimental, soñadora. Es el que más corazón ponía en las obras. Sus cuadros, bien entonados, armónicos de valores, se distinguían por la emoción que en ellos estaba como plasmada, como fundida. El joven artista, haciendo honor a su juventud, más que el virtuosismo técnico, en el que suelen cobijarse los faltos de temperamento, le interesa el alma del paisaje y hacia su aprehensión, hacia su interpretación dirige ardientemente los esfuerzos. Pueden servir como ejemplos los dos *panneaux* con ocho

apuntes cada uno y los cuadros titulados «Pinos de Hoyo Cerrado», «Alisos», «Sol frío», «El valle» y «Tarde gris».

Octavio Pinto resuelve sus paisajes dentro de una factura moderna, bastante equilibrada y muy aceptable, aunque no le salve de caer en durezas y rigideces algo antipáticas. El artista logra hacernos perdonar estos defectos porque también sabe poner el alma en aquello que traslada al lienzo. Es un poeta que quiere recoger y expresar la poesía del ambiente que a él le ha emocionado.

Se pueden citar como notas características los cuadros titulados «Frente a la Cartuja», «El pinar amanecido», «Celdas muertas» y «Día frío».

En los demás expositores, aparte el capitalísimo defecto antes señalado de las preocupaciones, hay también cualidades dignas de aplausos y estímulos, excepción sea hecha del Sr. Olivera, que no siendo paisajista no acierto a comprender por qué ha ido a El Paular, a no ser que figure en el articulado de la Real orden la prescripción de que sea necesario retratar a los pensionados—aunque les ha hecho un flaco servicio con haberles retratado.

Gregorio Prieto, titubeante en sus predilecciones técnicas, tiene atisbos afortunados y

logra trazar bellas armonías como «La fuente» y «El corral hidalgo».

José Frau, fundiendo las tendencias tan opuestas del falso Muñoz Degrain y el sólido y admirable Joaquín Mir, se pierde en vanos intentos para los cuales aun no está suficientemente preparado. Alguna vez, como en «Los alisos», logra despertarnos la atención. Por lo demás, todos sus cuadros parecen hechos con receta.

Esto mismo le ocurre a Enrique Igual con su balbuciente puntillismo; pero tiene un gran sentido, como valenciano que es, del valor musical del color, como se revela en el cuadro «Los Abedules», de un empaque muy agradable y armonioso.

Finalmente, Andrés F. Cuervo ponía unas notas modestas y obscuras que no lograban destacarse del conjunto y el Sr. Pompey, secretario de la Residencia, contagiado, sin duda, por el ejemplo, también echaba su cuarto a espadas como paisajista y expuso varios lienzos en los que había de aplaudirse la nobleza del intento.

Vaya, pues, a todos ellos la modestia y el entusiasmo de mi aplauso.

BALLESTEROS DE MARTOS

POLÍTICA ESPAÑOLA

Para dar cuenta detallada de lo acontecido en el mundo de la política española en el transcurso de un mes, de crónica a crónica de la revista CERVANTES; para comentar con la debida atención los últimos acontecimientos políticos, hacer un análisis de la situación de España, formular un juicio acerca de los sucesos que acaban de ocurrir y prejuzgar los que de éstos pueden ser una próxima consecuencia, necesitaríamos todas las páginas de este volumen, y aun todas ellas serían pocas para cumplir escrupulosamente la misión de historiadores y críticos. Pero nosotros no somos ni lo uno ni lo otro. Para historiadores nos faltan paciencia y tiempo y nos sobra nerviosidad, y para críticos nos faltan talla, cultura y talento, y también—si habíamos de serlo al uso—mala intención. Si, como se asegura, sin que nosotros lo afirmemos, la respetable Comunidad de la Crítica está for-

mada por fracasados, por amargados, por desilusionados, nosotros nunca podremos vestir sus hábitos severos, y no porque nuestros méritos nos dejen a salvo de los fracasos, sino porque nuestra modestia nos libra de todo intento superior a las escasas fuerzas de que disponemos.

Ni historiadores, ni críticos; sólo cronistas, y cronistas ligeros, con alas en la pluma, para marchar veloces, no para volar alto, nuestro cometido no es otro que reseñar con rapidez, sin ahondar ni elevarnos. Siempre a flor de piel, procedimiento inocente o piadoso, con el que la pluma que relata ni siquiera puede arañar la dura epidermis de nuestros políticos; en los casos de mayor sensibilidad, sólo un leve cosquilleo que les hace sonreir o les invita a rascarse plácidamente.

Y dicho lo que antecede, que muy bien pudimos haberlo callado, con lo que habríamos ganado tiempo y espacio, aunque no dado satisfacción a nuestro habitual buen humor, procedamos al relato de los acontecimientos políticos, por este orden: solución de la crisis ministerial, la crisis que nosotros llamábamos grande, y que no fué tan grande como creímos: una de tantas, sin grandeza, sin hondura, sin transcendencia, pese a la categoría de

quienes formaban el Gobierno de notables; lo que hubiera podido hacer y lo que no hará el actual Gabinete con las actuales Cortes; el fracaso de los republicanos; el grave problema de la autonomía de Cataluña, cuya verdadera gravedad está en el talento de Cambó, en su falta de sinceridad, en sus escondidas intenciones, en lo que pudiéramos llamar la incógnita del problema, sin la que éste sería de facilísima solución.

Esto es todo: bastante, mucho, muchísimo en otro país; aquí, en España, poco, muy poco, nada. La prueba la tenemos en el pueblo; ni siquiera se ha conmovido. Aprovecha los buenos días para tomar el sol y hasta agradece la escasez de trabajo, porque esta escasez le permite darse buena vida, aunque le obligue a comer poco y mal.

La crisis ministerial, que llamábamos grande por hacer honor al Gobierno de notables y ateniéndonos a la magna gravedad de las circunstancias en toda Europa, no fué más que una tempestad en un vaso de agua; pero en un vaso de agua con azucarillo «parlamentario», para menor crudeza y mayor dulzura.

Derrumbado el Gobierno, no por el triunfo de una conjura, como se ha pretendido hacer creer a la opinión, sino por falta de vigor para

abordar sin quebranto en el Parlamento el inaplazable problema económico, porque la amalgama de las diversas fuerzas políticas, de un valor grande o pequeño, pero positivo aisladamente, se gastaban unas a otras en la confusión y hacían imposible la fortaleza única necesaria a la entidad Gobierno; derrumbado éste, decíamos, la Corona dió a la crisis ministerial la única solución posible, aunque otra cosa piensen la codicia del Sr. Cambó y las impaciencias de D. Melquiades Alvarez.

Ya sé yo que la codicia y la impaciencia no tienen por sí la facultad de pensar; pero nunca faltan cerebros de políticos que por ellas y para ellas piensen.

La situación era delicada; más que delicada, grave. Lo primero que había que hacer era legalizar la situación económica, y para esto era necesario conservar las actuales Cortes. Después, no había que olvidar que los aires de fuera nos traían aromas de los campos de la democracia y melodías de himnos liberales. España debía orientar su política en un sentido liberal ¿Con D. Melquiades Alvarez? No, porque entonces las Cortes habrían de ser disueltas y el país sufriría la perturbación de unas elecciones generales realizadas en momentos difíciles, y porque el mes de

Enero nos sorprendería sin medio legal para efectuar la cobranza de los tributos. La Corona halló la mejor solución: un gobierno liberal, que también lo era parlamentario, que podía reunir en las Cámaras, con la obligada ayuda de la oposición de Su Majestad, la mayoría de los votos.

La unión de las fuerzas políticas del Marqués de Alhucemas, del Conde de Romanones y del Sr. Alba, podrían realizar una buena obra de Gobierno; pero dudamos mucho que puedan realizarla. La naturaleza de la política española hace imposible toda obra útil. Nuestros partidos políticos son manadas de lobos al acecho del Poder. Los que lo alcanzaron viven sobresaltados por las asechanzas de los que no lo consiguieron, y bastante hacen con prevenirse para repeler el posible, el probable, a veces el inminente asalto de las fieras, buenas personas y, por supuesto, excelentes amigos particulares de sus futuras víctimas.

Este Gobierno comenzó su actuación en momentos difíciles. Los lobos en acecho lo debilitaron dándole la primera dentellada al pregonar su carácter de interinidad. Hubo algunas algaradas callejeras—a dos pesetas grito—; anuncios de huelgas, un poco de desasosiego, un ambiente hostil en las Cámaras,

una sombra inquietadora ocultando las intenciones del conde de Romanones...

Pero el Gobierno se rehizo, se afianzó, se robusteció; y hay que declarar, por ser de justicia, que la difícil situación fué salvada por los Sres. Alba y Silvela. El primero arrostrando con valentía las consecuencias de una fórmula audaz solucionadora del conflicto económico. D. Luis Silvela exigiendo (nosotros suponemos que fué él quien exigió) en uno de los primeros Consejos que las sombras desapareciesen para poder ver con claridad las intenciones de todos los ministros y saber si la cohesión en el Gobierno era una garantía de la autoridad de que necesariamente ha de estar investido todo gobernante.

Y como la exigencia del Sr. Silvela no admitía demora ni excusa, y como con su propia mano rasgó las sombras, no tan súbitamente que no diera tiempo a que huyeran las malas intenciones, si es que en realidad existían, el Gobierno salió de aquel Consejo unido, robustecido, apto para gobernar.

Después, en las Cortes, el Sr. Alba defendió con brío su fórmula económica, que tiene la doble virtud de salvar la situación de momento y ofrecer margen para la confección de un presupuesto que responda a las necesida-

des de hoy y del porvenir. El mismo Sr. Alba presentó un proyecto de marcada tendencia socialista sobre la riqueza inmueble. Y el señor Silvela expuso un amplio programa social, tan atrevido, tan audaz, tan avanzado, que bien puede decirse que el socialismo tuvo, por primera vez en España, un paladín en el banco del Gobierno.

De esta manera, por la labor, el brío y la buena voluntad, y también la buena fe, de los dos ministros citados, los señores Alba y Silvela, el Gobierno se afianzó, fué ganándose la confianza del país y pudo librarse del estigma de interinidad, que los republicanos pretendieron aprovechar, pero muy torpemente, por cierto.

Tan torpemente, que el programa de Gobierno que ofrecieron al país las mentalidades del partido fué una decepción para la masa republicana y un arma poderosa para esgrimirla contra los enemigos del régimen monárquico.

La primera equivocación de los republicanos fué creer que había llegado *su hora;* la segunda... ese desdichadísimo manifiesto, con el que prueban, sin quererlo, que no están capacitados para gobernar. El Sr. Lerroux ha perdido los papeles; está desorientado. Ade-

más, no ama el ideal como lo amaba hace veinte años. Se ha aburguesado con exceso para ser un romántico de la política; vive demasiado muellemente en la Monarquía para arriesgarse en peligrosas aventuras.

El fracaso de los republicanos contribuyó al afianzamiento del Gobierno. Pero todo inútil: este Ministerio que pudo realizar una buena obra, si no definitiva, de utilísima preparación para llegar a la completa democratización de nuestra Monarquía, ha de morir, y su muerte está muy próxima.

Escribimos estas líneas en las postrimerías del mes de Noviembre; el de Diciembre ha de saludarnos con la palabra «crisis», que es ya los «buenos días» y las «buenas noches» de los españoles (1).

De nada ha de servir el esfuerzo de los señores Alba y Silvela; pero bueno es consignarlo para lo futuro. Nosotros queremos vi-

---

(1) Y en efecto nos ha saludado, como presentía nuestro distinguido y sagaz colaborador político el Sr. Aznar; pues en el momento en que reviso yo estas pruebas—que se han demorado en la imprenta por causas ajenas a mi voluntad—se ha resuelto la crisis y está ya en el Poder un gabinete homogéneo del Conde de Romanones.—*Nota del Director.*

vir, tenemos derecho a la vida, y por eso miramos al mañana y a los hombres del porvenir.

Este Gobierno ha de morir, y ha de morir muy pronto, y no como consecuencia de su pretendido carácter de interinidad—la prueba está en que ha de derrumbarse sin legalizar la situación económica—; sino porque se le plantea un problema que no es de Gobierno, que es un problema nacional: el de la concesión de la autonomía a Cataluña. Ante tan peligroso escollo, el gabinete que preside el Marqués de Alhucemas detendrá su marcha. En este punto de la autonomía consideramos imposible una coincidencia de criterios entre el Sr. Alba y el Conde de Romanones; entre éste y el marqués de Alhucemas.

La autonomía catalana es algo más que un fantasma. Es una realidad que ha de hacer imposible toda obra beneficiosa para el país en general, porque el Gobierno que suceda al que preside el Marqués de Alhucemas, y otro más, y otros muchos, han de sucumbir entre dos fuegos: el de los nacionalistas y el de los españolistas.

La figura del Sr. Cambó ha de ser fatídica para la política española. ¿Es un idealista, un romántico, o un solapado ambicioso? Lo indudable es que constituye un peligro.

Nos proponíamos ocuparnos en esta crónica del Sr. Cambó y de las aspiraciones catalanistas; pero preferimos esperar a que muy próximos acontecimientos nos orienten un poco.

Hombre de ideas, hombre de voluntad, hombre de cultura, hombre de palabra, hombre de cerebro, el Sr. Cambó nos da miedo.

Las sombras que en estos momentos, ante el problema catalanista, vuelven a ocultar las intenciones del Conde de Romanones, pueden ser rasgadas otra vez por la mano atrevida y enérgica del Sr. Silvela. Las sombras que ocultan las intenciones del Sr. Cambó son demasiado densas para poderlas disipar y demasiado tenebrosas para aventurarse a explorarlas.

Decididamente, el Sr. Cambó nos da miedo. Conocemos su cerebro, pero no sabemos nada de su corazón.

JOAQUÍN AZNAR

EDITORIAL "MUNDO LATINO"

APARTADO 502.—MADRID

CATALOGO PROVISIONAL

(EXTRACTO DEL CATÁLOGO GENERAL)

Pesetas

OBRAS COMPLETAS

DE RICARDO DE LEÓN

(de la Real Academia Española)

Edición del Banco de España. Ocho volúmenes en 4.°, encuadernados en tela, con alegorías de Coullaut Valera y retrato del autor, por Vacqué. 50,00
A plazos (5 pesetas mensuales)..... 60,00

DE FRANCISCO VILLAESPESA

I.—Intimidades.—Flores de Almendro..... 3,00
II.—Luchas.—Confidencias..... 3,00
III.—La copa del Rey de Thule.—La musa enferma 3,00
IV.—El alto de los Bohemios.—Rapsodias..... 3,00
V.—Las horas que pasan. (Veladas de amor).... 3,00
VI.—Las joyas de Margarita: Breviario de amor.—La tela de Penélope.—El milagro del vaso de agua..... 3,00
VII.—Doña María de Padilla.—La cena de los cardenales..... 3,00
VIII.—El milagro de las rosas.—Resurrección.—Amigas viejas..... 3,00
IX.—Las granadas de rubíes.—Las pupilas de Almotadid.—Las garras de la pantera.—El último Abderramán 3,00

	Pesetas
X.—Tristitiæ rerum	3,00
XI.—La leona de Castilla.—En el desierto	3,00
XII.—El rey Galaor.—El triunfo del amor	3,00

DE RUBÉN DARÍO

(Ilustraciones de Ochoa)

Tomos publicados:

I.—La caravana pasa	3,50
II.—Prosas profanas	3,50
III.—Tierras solares	3,50
IV.—Azul	3,50
V.—Parisiana	3,50
VI.—Los raros	3,50
VII.—Cantos de vida y esperanza	3,50
VIII.—Letras	3,50
IX.—Canto a la Argentina	3,50
X.—Opiniones	3,50
XI.—Poema del otoño y otros poemas	3,50
XII.—Peregrinaciones	3,50
XIII.—Prosas políticas	3,50
XIV.—Cuentos y crónicas	8,50
XV.—Autobiografía	5,50
XVI.—El Canto Errante	3,50
XVII.—Viaje a Nicaragua e Historia de mis libros	3,50

Ediciones especiales de lujo, con decoraciones a mano de Enrique Ochoa.

HENRIK IBSEN

TEATRO COMPLETO

I.—Catilina. La tumba del guerrero. La castellana de Ostrat	3,50
II.—La fiesta de Solhaug. Olaf Liliekrans. Los guerreros en Helgeland	3,50

	Pesetas
III.—Los pretendientes a la corona y La comedia del amor	3,50
IV.—Brand	3,50
V.—Peer Gynt	3,50
VI.—La unión de la juventud. Las columnas de la sociedad. La casa de una muñeca	3,50
VII.—Emperador y Galileo	3,50
VIII.—Espectros. Un enemigo del pueblo. El pato silvestre	3,50
IX.—La casa de Rosmer. La dama del mar. Hedda Gabler	3,50
X.—El constructor Solness. El niño Eyolf. Al despertar de nuestra muerte	3,50

JOSÉ FRANCÉS

El año artístico 1915	6,00
» » » tela	8,00
El año artístico 1916 (con 250 grabados)	10,00
» » » tela	12,00
El año artístico 1917 (con 250 grabados)	11,50
» » » » tela	13,00

En preparación el de 1918.

COLECCIÓN DE AUTORES ESPAÑOLES

NOVELAS

Edmundo González Blanco.—Jesús de Nazareht.		3,00
José Francés.—La estatua de carne		3,00
—	El alma viajera	3,50
López de Saá.	Los indianos vuelven	3,50
—	Bruja de amor	3,50
—	Por un milagro de amor	3,50
W. Fernández Flórez.—La procesión de los días		3,00
Elías Cerdá.—Don Quijote en la guerra		2,00

	Pesetas
V. García Martí.—Don Severo Carvallo.....	2,50
María Luisa Latil.—Según labremos.....	3,00
— Genoveva.....	2,50
Eugenio Noel.—El allegretto de la sinfonía VII.	3,00
Rafael Cansinos-Assens.—Las cuatro gracias..	3,50
Francisco Delicado.—La lozana andaluza.....	3,00
J. de Lucas Acevedo.—La Caja de Pandora....	3,00
Martín de la Cámara.—Vidas llameantes	3,00
Mañara.—Historia en camisa	3,00

ESTUDIOS Y CRÓNICAS

Emiliano Ramírez Angel.—Bombilla-Sol-Ventas	3,00
J. M. Carretero.—Lo que sé por mí dos series..	3,00
J. Costa.—Alemania contra España	3,00
Pedro Pellicena.—Los Cosacos.....	3,50
Margarita de la Torre.—Jardín de damas curiosas.....	3,50
Fola Igurbide.—El Actor.....	3,50
Alberto Ghiraldo.—Los nuevos caminos.....	3,50
Enciso.—El soneto en España	3,00

POESÍAS

José Montero.—Yelmo florido (con ilustraciones)	4,00
Zurita.—Pícaros y donosos.....	3,00
Mauricio Bacarisse.—El esfuerzo.....	3,00
Eliodoro Puche.—Libro de los elogios galantes y delos crepúsculos de otoño.....	2,50
— Corazón de la noche.....	2,50
— Motivos líricos.....	2,50
Emilio Carrere.—El retablo de los poetas. (Antología).....	3,50

TEATRO

Muñoz Seca y López Núñez.—El Rayo.....	3,00

	Pesetas
H. Ibsen.—Dramas líricos.....	2,00
— La castellana de Ostrat..	2.00
— Espectros.....	2,00

LAS GRANDES FIGURAS DE LA GUERRA EUROPEA

Biografías de los generales: Alberto I de Bélgica.—Joffre.—Sir John French. Lord Kitchener. Con preciosas fototipias, a	3,00

COLECCION DE AUTORES EXTRANJEROS

Traducidas por *Felipe Trigo, Rafael Cansinos y Pedro de Répide.*

Victoriano de Saussay —La ciencia del beso...	3,50
René Emery.—Santa María Magdalena.....	3,50
Maquiavelo.—Obras festivas: La Mandrágora.—El P Alberico.—La Celestina.—El archidiablo Belfegor.....	3.00
Claudia Lemaitre.—Juegos de Damas.....	3,50

CELEBRIDADES ESPAÑOLAS

I.—Bécquer.....	(encuadernados en tela) ..	3,50
II.—Zorrilla,.....	(ídem) ..	3,50
III. Espronceda.	(ídem) ..	3,50

COLECCION SELECTA

Tomás de Quincey.—Los últimos días de Kant.	1,00
Kalidasa.—El reconocimiento de Sakuntala	1,00
Rousseau.—Discurso sobre las artes y las ciencias	1,00
Luciano de Samosata.—La diosa de Siria.....	1,00
L. Sterne.—Viaje sentimental de un inglés a — Francia.....	1,00
F. Alvarado.—El filósofo rancio. (Cartas).....	1,50

Pesetas

COLECCION CIENCIA Y ARTE

Ricardo Yesares.—¿Qué quieres aprender? Electricidad. Encuadernado en tela 3,50

— ¿Qué quieres ser? Automovilista. Encuadernado en tela..... 3,50

OBRAS VARIAS

Sthendal.—Del amor 6,00

E. M. Segovia (Oficial del Banco de España).—Los documentos de crédito... 5,00

Rivero.—Legislación de clases pasivas. Volumen de 500 páginas, encuadernado en tela..... 10,00

R. Yesares.—Ayuda memoria del mecánico electricista. Un volumen, encuadernado en tela..... 1,50

LIBROS DE CARTAS

El arte de escribir cartas..... 1,00
Manual epistolar (encuadernado en tela)..... 2,00
Cartas amorosas..... 0,60
Epistolario de amor (encuadernado)..... 2,00

COLECCIONES POPULARES

COLECCION «MAC-BULL»

Obras sensacionales, originales del conocido escritor señor *Bedoya*, cuya maestría en esta literatura es universal:

El millonario detective..... 1,50
El secreto del Kaiser..... 1,50
La bola de sangre..... 2,00
El alma de las brujas..... 2,00

Pesetas

COLECCION PICARESCA

Tomos de 150 páginas, de amena lectura, de índole burlesca y galante, con bonitas portadas en bicolor Van publicados:

Voluptuosidad y perversión		0,50
En camino de la mala vida		0,50
Corazón de piedra		0,50
Memorias galantes de un abate del siglo XVIII	Juventud	0,50
	Mis amores en París	0,50
	Amores de otoño	0,50
Lágrimas de amor		0,50
De flor en flor (Historia de un cínico)		0,50
El maldito dinero (Historia de amor y de maldad)		0,50

COLECCIÓN FOLLETIN

Esta colección contendrá las obras más famosas de la Literatura Universal, en elegantes volúmenes de 150 a 200 páginas, con primorosas cubiertas en color.—Van publicados:

El último Mohicano	0,50
El misterio de los Apaches	0,50
Amor salvaje	0,50
Margarita de Borgoña	0,50
Lucrecia Borgia	0,50
La Dama de las Camelias	0,50
Flecha de oro	0,50
El Capitán rojo	0,50
Werther	0,50
El Espía de las rocas	0,50
Manón Lescaut	0,50
Un viaje a la luna	0,50
Mignón	0,50

Pesetas

COLECCIÓN MARAVILLAS DE LA GUERRA

Narraciones sensacionales del conocido periodista señor *López Moya*, cuya fantasía corre parejas con su amenidad. Van publicados:

Hazañas de Vedrines	0,50
Proezas de un submarino inglés	0,50
Tragedia en los aires	0,50
El misterio de los Zeppelines	0,50
El fantasma del mar del Norte	0,50
Buzo heroico	0,50

COLECCION MEFISTOFELES

Primorosos volúmenes de sugestiva lectura. Van publicados:

La magia negra	0,50
El A B C del hipnotismo	0,50
Los misterios del sonambulismo	0,50
Ocultismo experimental	0,50
Los misterios de las piedras preciosas	0,50
Las plantas en las habitaciones	0,50

LIBROS TAURINOS

El Caballero Audaz. — El libro de los toreros: epílogo de José Francés (Bomba, Joselito, Gallo, Belmonte, Pastor, Gaona, Carpio). Con fotografías. Libro de éxito enorme 2,00

Los amores de los toreros. Cuadernos de gran tamaño y muy interesantes para la afición a toros. Van publicados: Belmonte. — Pastor. — Gallo.—Gallito —Gaona.—Los crímenes del gallismo. Cada cuaderno 0,20

REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, Diciembre 1918.

PORFIRIO DÍAZ

(Semblanza.)

Primer período de la vida de Porfirio Díaz.

Porfirio Díaz vivió entre 1830 y 1915, siendo el lugar de su nacimiento Oaxaca, la humilde ciudad mejicana, y el de su fallecimiento París, la esplendorosa urbe francesa. Alcanzó, pues, la edad de ochenta y cinco años, y esta longeridad extraordinaria ha recordado a uno de sus biógrafos (1) el proloquio vulgar, tan usado en Méjico, de que «cuando el

(1) Anónimo: *El verdadero Porfirio Díaz*, p. 3.

indio encanece, el español no parece», significando con ello que, cuando el español muere de pura vejez, el indio florece todavía, pues las canas son muy tardías en él, y vive, de no darse a la embriaguez, una centuria redonda. Fué hijo de un pobre indio zapoteca, en cuyas venas corría savia española de Asturias, y por la línea materna pertenecía a la más culta raza indígena de ambas Américas, la mixteca. De tal circunstancia han querido sacar partido algunos biógrafos (1) para explicar el mérito de Porfirio Díaz por atavismo, es decir, por las cualidades heredadas de las dos razas que en él concurrieron. La explicación es tan pretenciosa como superficial. ¡Cuántos miles de niños en el mismo caso que él han arrastrado su vida por las anchurosas planicies de la vulgaridad anónima! Hay que buscar la causa real del éxito en el carácter mismo del personaje, en el feliz consorcio de sus facultades anímicas, en el perfecto equilibrio entre su cerebro y su voluntad. La naturaleza es pródiga en esa clase de equilibrios físicos y

---

(1) Refútalos cumplidamente Fornaro: *Méjico tal cual es*, p. 18.

morales, que dan de sí los capitanes aguerridos, los gobernantes enérgicos, los conductores de multitudes. Porfirio Díaz, que heredó de su padre aquel temperamento espléndido y aquella voluntad de hierro que le hacían aparecer en plena virilidad aún, cuando era un viejo, en los últimos períodos de su existencia, había heredado de su madre la claridad del raciocinio, la sobriedad de la imaginación, el sentido práctico de la vida. Si hubiese tenido más talento, habría sido un eminente jurisconsulto; si más fantasía, un brillante escritor o un gran emprendedor industrial; si la voluntad hubiera predominado sobre el cerebro, tal vez el incipiente cabecilla revolucionario no habría parado hasta dar en sempiterno capitán de bandoleros, como Zapata o Villa. Por no haber sido así, por la ecuanimidad de que estaba dotado, Porfirio Díaz resultó apto en extremo para los riesgos de la revolución, para los combates de la política, para los trabajos del Gobierno y para el sojuzgamiento de las masas. Un hombre complicado, analítico, sin energía, sin ambición, no sabe crear, ni hacer creer en él a nadie. Un hombre sencillo, sintético, sin cultura, sin crítica, es más

poderoso para trastornar el mundo y atraer prosélitos.

Aunque Porfirio Díaz, lejos de descender de lo alto, ascendió de las hondas entrañas del pueblo, no heredó el sentimiento de igualdad propio de su clase; y nada le enfurecía tanto como el que le recordasen su pasado de humildad y pobreza, y su origen plebeyo e inculto. Por desgracia para él, sus actos y modales en cualquier círculo social revelaban a la legua al *parvenu*, al hombre que en su infancia fué envuelto en pañales de burda jerga (1). Como el *Caliban* de Shakespeare, era *a savage and deformed slave*, que, en cuanto aparecía en escena, exclamaba: *I must eat my dinner*. Lejos de mostrar en su trato maneras delicadas, su urbanidad era vulgar, sus expresiones difíciles e incultas. Conocíase bien su nacimiento en la ordinariez, en la crudeza de expresión, en la pesadez del diálogo, en la abundancia de repeticiones, en la grosería de las formas, en la enfadosa claridad de su palabra, y en vano sus panegiristas nos le han pintado como un dechado de perfecciones

(1) Anónimo: *El verdadero Porfirio Díaz*, p. 7.

corporales y psíquicas, «león en el combate, gallardo en la apostura y tierno y fino como una dama en sociedad.»

Los primeros pasos de Porfirio Díaz fueron pacíficos y casi vulgares. Su madre era una católica piadosa, y gracias a su influjo, estudió la carrera sacerdotal en el Seminario Conciliar de Santa Cruz de Oaxaca. Las enseñanzas y los ejemplos de su madre hicieron nacer en su alma y agrandarse en ella, al mismo tiempo que la vida, la fe en sí propio y la práctica de las virtudes privadas, que tan en contraste se mostraron, durante todo el curso de su larga carrera política, con sus actos de hombre público. En el comienzo de esta carrera, como en su término, que alcanzó la cumbre más alta del poder, Porfirio Díaz fué siempre un hombre discreto, culto, dotado de talentos, de airosa posición en la sociedad; pero el nivel en que se complació su espíritu jamás le fué asequible sino por uno cualquiera de estos cuatro senderos: guerra, revolución, anarquía, dictadura.

En el año de 1846, la ciudad natal de Porfirio Díaz tuvo temores de guerra, por la noticia de que las fuerzas invasoras norteameri-

canas habían avanzado hasta el pueblo de Teotitlan, y la creencia de que el avance continuaría hasta la capital de la república, lo que hacía inminente el ataque a Oaxaca. Porfirio Díaz, que tenía entonces diez y seis años y estudiaba lógica, oyó, emocionado, la vibrante peroración del profesor de la asignatura sobre el deber de todo mejicano de defender el territorio invadido de la patria. Con tal motivo se afiliaron todos los estudiantes en las milicias, formando un batallón que las crónicas locales designan seriamente con el cómico nombre de *Peor es nada* (1). El joven Porfirio se alistó en él también, y erigiéndose en cabeza de sus condiscípulos, se dirigió con algunos de ellos a presentarse a Guergué, gobernador del Estado, para ofrecerle sus servicios. El gobernador, viendo cuán niños eran, se limitó a calificar de «diablura» su iniciativa, y no aceptó en principio la oferta, por lo que el improvisado batallón no salió jamás a campaña. Pensándolo mejor, el gobernador aceptó más tarde la oferta, y empleó a los escolares en servicios de guar-

(1) Fornaro: *Méjico tal cual es*, p. 17.

nición, proporcionados a su edad, y entonces Porfirio Díaz empuñó las armas por primera vez, hizo sus primeras guardias y se sujetó al duro régimen dc la milicia.

Cuando llegó a los diez y nueve años de edad, el poderoso obispo Domínguez, su único protector, quiso conferirle las órdenes menores, de acuerdo con su madre. Le llamó, pues, a consejo y le dijo: «Hora es de que pienses en consolidar tu vocación, para lo cual bueno será que el año que viene te ordenes de tonsura y portes hábitos.» Quedóse el colegial absorto; quiso hablar y no se le ocurrió nada digno de ser dicho en tan crítica ocasión y ante la majestad imponente del obispo, en quien veía entonces juntas las dos personas de su protector y su madre. Pero acostumbrado a la sumisión y a la obediencia más rigurosas, contestó sencillamente: «Bien, señor: yo haré siempre lo que usted me mande.»

A pesar de esta respuesta, latían ya en él gérmenes de rebeldía, y estos gérmenes acabaron por dar fruto durante las vacaciones de aquel mismo año (1849). Probablemente no cambió antes de rumbo por el temor de per-

der sus lecciones de latín para ayudarse y ayudar a su madre, que era una sencilla y pobre aldeana. Como quiera, su decisión se fortificó en él, a poco y de un modo extremado, cuando se relacionó con Marcos Pérez, padre de uno de sus discípulos, acendrado liberal, amigo íntimo de Juárez y profesor en el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca. Era entonces este Instituto, por la mentalidad e ideología de sus catedráticos, lo opuesto al Seminario, pues mientras el primero estaba dedicado a la causa de la libre investigación y del progreso social, y subordinaba la teología a la filosofía, el segundo, sumiso a la omnipotencia de las autoridades eclesiásticas, encerrado en el círculo de los dogmas de la Edad Media, predicaba la intolerancia y subordinaba absolutamente la razón a la fe, ocurriendo allí lo que por aquella misma época ocurría en Francia con el conflicto sordo e involuntario que dividía a los *normalistas* y a los *politécnicos*, y que era, en sentir de Comte, una forma particular del conflicto que separaba el filosofismo romántico del saber positivo.

Marcos Pérez, que creía que la ciencia y la sinceridad de espíritu eran las bases y el alma

de la sociedad, cobró afecto a Porfirio, porque le veía devorado por insaciable afán de estudio y le suponía un carácter sin doblez, prendas ambas que no suelen ser adorno de los jóvenes, sino de hombres sesudos y maduros, ya templados y hechos a la vida por el trabajo de los años. Esperando, pues, que el preceptor de su hijo pudiese un día ser útil a la democracia, contra la religión ignorante, supersticiosa, beata e hipócrita que detestaba; Marcos Pérez le invitó a la distribución de premios que iba a hacerse a los estudiantes del Instituto, y le presentó en esa fiesta a Juárez, que era gobernador del Estado. Porfirio escuchó con admiración mezclada de sorpresa los discursos de la distribución de premios; discursos que, acalorando sus entusiasmos juveniles, empezaron a hacerle ver lo erróneo de los prejuicios formados en el Seminario y la necesidad de no aferrarse tercamente a ciertas ideas; discursos en que se mezclaba con la jurisprudencia la física y la historia y la ciencia política; en que se expodía en términos eufemísticos cuanto cabe hallar de eternamente verdadero, y, por consiguiente, aplicable a la gobernación de los

pueblos en todas las épocas, y se razonaba sobre los medios de hacer a la humanidad menos desgraciada.

Porfirio no vaciló mucho; no debía seguir la carrera eclesiástica, y declaró que quería estudiar jurisprudencia. Sus primeros trabajos en abogacía fueron de no poco provecho y brillo, y más tarde, cuando la intervención francesa y las revoluciones nacionales le llevaron al ejército, no abandonó completamente el foro, como lo demuestran los diversos cargos civiles que desempeñó. ¡Renunciar a la abogacía hubiera sido en él renunciar al sendero que a la política más derechamente conduce! Y Porfirio era demasiado ambicioso para renunciar al arte de dominar y dirigir a los hombres, única y verdadera vocación de su vida, que encubría bajo una máscara de escepticismo hipócrita. Hasta en su semblante pudo observarse siempre una teatral misantropía, muy distinta de la tristeza serena de los filósofos. Cuando le conozcamos mejor, veremos que aquel afectado sentimiento, más que lástima humanamente profunda de los demás, era autovanagloria y endiosamiento de sí mismo.

Parece indudable, por los datos concretos que han llegado a mis noticias, que, antes de graduarse, obtuvo por recomendación de Marcos Pérez y mediación de Juárez, un puesto de profesor asistente de derecho romano y otro de bibliotecario, en el Instituto de Ciencias y Artes en que se educaba. Mas, aunque terminó la carrera de abogado, no obtuvo el título, porque Santa-Anna, alarmado por las tendencias liberales de ese plantel de enseñanza superior, lo clausuró súbita y arbitrariamente (1).

El paso que dió Porfirio al dejar el sacerdocio por la legislación y la jurisprudencia, fué acompañado de dolor y de melancolía, producidos por la consideración de su madre, y a causa de sus relaciones con su protector. La madre fué, naturalmente, más humana que el obispo; sus ideas en esto eran que al sacramento del Orden debe preceder una elección libre del alma, previo el consejo de las personas mayores, y si admitía este consejo y a veces la oposición a caprichosas decisiones de los adolescentes, rechazaba la violencia y la

(1) Anónimo: *Porfirio Díaz y su obra*, I, p. 11.

imposición para realizar el gusto, a veces equivocado, de los padres, que suele ser origen de sacerdotes desgraciados y pecadores. El obispo no tuvo estos escrúpulos; se indignó en sumo grado, trató a Porfirio duramente, le exigió la devolución de los libros que le había dado y le retiró todo auxilio. Porfirio no se alteró y procedió de acuerdo con su conciencia, porque tenía fe en sí mismo. Y esta fe empezaba a avanzar, débil aún, pero ya valerosa, por entre las convenciones sociales, como la fe en Dios por entre los embates del mundo.

En su adolescencia, no le faltaron a Porfirio Díaz algunos años penosos. Tuvo que ganar la vida dando lecciones, y su pobreza era tan extremada, que en la época en que cursó lógica «fué necesario que un comerciante oaxaqueño, interesado por la energía y el empeño del seminarista, le regalase el libro de texto y la *barragana*, especie de capa que se exigía que llevasen los alumnos externos del Seminario. La protección de Vasconcelos, que así se llamaba el comerciante, tuvo por principio un rasgo de la afición de Porfirio al trabajo. Vasconcelos encargaba a Petrona

Mori de Díaz (madre de Porfirio) y a sus hijas, labores tales como confección de camisas y *empuntado* de rebozos. Esto sugirió el necesitado estudiante, deseoso de ayudar a su familia, la idea de solicitar de Vasconcelos que le admitiese como empleado en una de sus tiendas. El comerciante tomó informes, y así supo que el animoso joven merecía apoyo, y no debía abandonar las aulas por el mostrador, cuando estudiaba lógica con notable aprovechamiento... Viendo Porfirio que el calzado para él y para su familia no era muy conforme a sus posibilidades, decidió confeccionarlo él mismo. Sin tardanza se aplicó a aprender cómo hacía su labor un zapatero que tenía su taller frente al Instituto; se procuró toscos utensilios, y con tan rudimentarios elementos pudo en breve proveerse de calzado y proveer también a su familia. Más tarde llegó a hacer botas y zapatos finos y bien acabados... Los muebles sencillos y los trabajos de carpintería, que aprendió a hacer del mismo modo y por la misma razón que los zapatos, para vencer las grandes dificultades con que luchó en su juventud, le producían buen dinero, y

llegó a hacer un ajuar fino y completo» (1).

Sus tendencias militares se mostraron en su afición por los ejercicios físicos y varoniles, y muy principalmente por la caza, que, al decir de un gran literato (2), «es vicio, pero vicio de reyes». Su salud de hierro se fortaleció con el frecuente ejercicio de la caza, diversión que ocupaba gran parte de su existencia. No tenía escopeta, ni dinero con que comprarla, pero inventó por su propio genial cacumen una singular escopeta, formada por piezas tan heterogéneas como un tarugo de madera, una llave de pistola y un cañón viejo y herrumbroso de fusil, y que tenía por objeto apoderarse de la mitad del reino volátil. Con las piezas que cazaba, surtía la exigua despensa de su familia, y en sus excursiones venatorias trabó conocimiento con otros cazadores, en su mayoría indígenas, a quienes unas veces les hacía muebles toscos y otras les componía las armas desarregladas, con que lograba obtener algunos ingresos pecuniarios y perfeccionaba sus aptitudes para el trabajo manual y cinegético.

---

(1) Anónimo: *Porfirio Díaz y su obra*, I, p. 11.
(2) Pérez Galdós: *Gloria*, I, p. 124.

En los umbrales de su juventud, nos encontramos, pues, a Porfirio Díaz creyendo poder sobresalir igualmente en labores muy distintas. Su espíritu fluctuó entre la religión, la jurisprudencia y la milicia, víctima de esa perplejidad tan de nuestra raza, notada ya por Pérez Galdós (1) y otros observadores de nuestras costumbres, y cuyo origen hay que buscar en las condiciones indecisas de nuestro organismo social, que es un organismo vacilante y como interino. El escaso sueldo, la mucha inseguridad, el poco estímulo, entibian el ardor intelectual de nuestros jóvenes. Siendo las profesiones liberales poco lucrativas, sus candidatos no las consideran como fines, sino como medios para hacerse lugar en la política, única carrera de provecho para la juventud. En Inglaterra y los Estados Unidos, sólo se dedican a la política los ricos; en España y los países iberoamericanos, es la carrera de los pobres. Las profesiones liberales no proporcionan lucro, sino a los que han empollado sus cargos con el calor que les dejó en el cuerpo la silla ministerial. Los ne-

(1) *El doctor Centeno*, p. I, 56; *Gloria*, I, p. 151.

gocios exigen capital; el comercio menudo júzgase indigno de quien ha estudiado una carrera científica; no queda, pues, más que la política como panacea de honores y fuente de medros. Méjico, como España, es en este punto un país de romance. Todo sale conforme a la savia comicial que corre por las venas del cuerpo colectivo. Se pone un hombre a ejercer una profesión literaria, y sin saber cómo se convierte en cacique provincial, en diputado a Cortes, en parlamentario gubernamental o de oposición, en minisiro de un partido, en Presidente de un gabinete, en representante del poder legislativo, en suma. Porfirio Díaz no fué una excepción de esta regla.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

EL SIGLO DE LA PARADOJA

Como los tiempos no cambien, y de ello no llevan trazas, el siglo que corre pasará a la historia de la humanidad futura con el remoquete de siglo de la paradoja.

Posible es que en el curso de las civilizaciones, lo mismo pretéritas que futuras, no encontremos otro siglo en que la civilización haya escalado más altas cumbres, en que el poder creador del genio humano se haya cernido por cimas que ni la imaginación pudo soñar, pues casi pertenecen de lleno al mundo de la fantasía...; y sin embargo, si queremos buscar una característica de este siglo, que lo defina dentro de ese orden sintético que ha prendido siempre toda una centuria de civilización, no la encontraremos; el siglo actual es el siglo de Oscar Wilde, de la paradoja.

Todo en él es una pura contradicción, en todos los órdenes.

En el terreno social y político, en el doctri-

nario, cuya esencia brota de una escuela filosófica vemos cómo—después de haber luchado dos siglos para poder sentar como dogmas fundamentales, la libertad, la igualdad, la fraternidad, el principio racional y el positivista—conforme a tales principios, nacen el régimen libre de los pueblos, el socialismo que hermana a todas las naciones, los idealismos sujetados a la razón y a la realidad de la vida...

Todas estas doctrinas, que parecían constituir el eje de la actual civilización, todas ellas caen de sus pilares sólidos y firmes por el puntapié prusiano; y el cesarismo férreo, con sus más autocráticos principios, invade el régimen de los pueblos, y los hermanos de la Internacional se llaman enemigos, y por los ideales en contra de la razón se muere y la guerra más cruel, sin precedentes en la historia, hace de la fraternidad universal un guiñapo sangriento, pasto de buitres y cuervos.

Los clarines guerreros, cuando más altos estábamos y más firmes nos sosteníamos, han derribado con el huracán, más que con el resoplar de sus sonidos metálicos, todo nuestro edificio filosófico.

He aquí la más cruel de todas las paradojas, ya que todo lo ahoga en sangre y por doquier

lleva la fatal guadaña del exterminio y la desolación.

Otra de las características fundamentales de toda civilización, es aquella que preside el desenvolvimiento de las letras y las artes... Si aquella otra del orden filosófico la vemos diluída en una paradoja sangrienta y exterminadora, aquesta otra, podríamos decir que se extingue en el más caótico desorden, sin la menor sombra de unidad.

La vida de todas las literaturas guarda relación estricta con la vida del arte; podríamos decir que los monumentos que el arte erige y levanta para perpetuar una época, conservan la sensibilidad espiritual del libro, como una eterna página que se levanta cincelada por elburil del artífice y que toma vida y forma en las moles de granito y en el lienzo del pintor.

Aquellas moles gigantescas de monasterios, abadías y de feudales castillos, aquellos tiempos donde vivían hombres severos apresados en férreas armaduras, aquellos forjadores que con el cíclope golpear de sus martillos moldeaban el hierro como puede moldearse una lámina de papel, tenían que producir, como necesariamente produjeron, aquella literatura medioeval, de aventuras y conquistas, de ro-

mances y guerras, de espíritus tan fuertes como el hierro de sus yelmos y corazas.

Y cuando Europa entera se convierte en un templo y rasgan las nubes las afiligranadas agujas de las góticas torres o las esbeltas ojivas de las suntuosas catedrales, y flota como un airón el blanco manto de los caballeros cruzados, y óyense por doquier prodigios de milagro y de vidas santas y penitentes, necesariamente el martillo de Miguel Angel tiene un eco en las líricas exclamaciones de los poetas místicos y en la prosa de los escritores ascéticos.

Tres siglos de misticismo, pero tres siglos lógicos; gobierna la teología, luchan los caballeros de la cruz, cantan los poetas del amor divino y el arte levanta las moles de sus catedrales.

Y al tenor de esta época vivieron las anteriores; todos los siglos, todas las civilizaciones han tenido su unidad, su característica; Grecia y Roma tienen su unidad lo mismo artística que literaria, y tras de estas dos ubérrimas madres de la civilización, los siglos, desde el gótico hasta el Renacimiento, han conservado esta unidad, y de ella ha quedado para las generaciones futuras sus características esenciales, en las escuelas de sus filósofos,

en las páginas de sus escritores, en las moles de sus monumentos... Por ellos al contemplarlos, podemos decir: por aquí pasó un siglo...

Pero las generaciones venideras que estudien nuestras ruinas; el viajero que de futuras épocas venga a estudiar éstas que corremos, ¿podrá decir por nuestro arte y nuestro libro: por aquí pasó un siglo, claramente definido? ¿Qué orden, qué unidad, qué característica dejamos de nuestro paso?

El siglo actual, el más portentosamente creador de todos, no crea ni una literatura ni un orden artístico, ambos son el sedimento confuso de todos los siglos, de todas las civilizaciones que han pasado; falta el rasgo genial en una centuria, que constituye, por el desarrollo de sus principios científicos, el más alto encumbramiento del genio.

Somos meros instaladores de los que pasaron; nuestro siglo es siglo de la paradoja y está retratado fielmente en esos escaparates de cualquier establecimiento de novedades, que en heterogénea mezcolanza presentan ante nuestros ojos bibelots vieneses, figuras de calamina, cerámica de Talavera y burdas imitaciones de terracottas y tanagras; olvidándonos de que, como con supremo acierto dice Eça de Queiroz: «En

arte, la copiosa, exuberante, lujosa y florida fantasía, cansa, se desvanece y pasa; y sólo hay eternidad para la belleza pura y sencilla».

JAIME MARISCAL DE GANTE

Madrid, 28 Junio 1918.

POETAS ESPAÑOLES

NOCHEBUENAS LEJANAS

¡Nochebuenas lejanas,
pasadas fuera del hogar materno,
en sórdidos hoteles de provincia
o en tristes hospedajes madrileños...!
¡Nochebuenas sombrías,
lejos de la familia amable, lejos
de las hermanas dulces, bondadosas,
que alegraron, con juegos
inocentes, la infancia, y con sonrisas
la adolescencia; único amor sincero
de todos los amores de este mundo,
llenos de fango y de falsía llenos...!
¡Las únicas mujeres de la tierra
a quienes defendemos
en los cafés, entre humo de cigarros,
anécdotas, historias, juramentos;

entre invectivas contra las esposas
y contra la virtud, frases de ingenio
contra *los dignos cónyuges*, sonrisas
fatigadas de escéptico
a la felicidad del matrimonio
y al amor novelesco...!
¡Las únicas mujeres de este mundo
que nos incitan a seguir viviendo,
que nos redimen del amor ilícito
y torpe y traicionero
y sensual y canalla y mentiroso
y grosero...!
¡Las únicas mujeres
a las que amamos con amor sereno...!

¡Nochebuenas lejanas,
cómo se clava en mí vuestro recuerdo...!
¡No estaban ellas, no, las dulces niñas
que nos hacen ser buenos,
las que siempre están limpias de pecado.
las que no tienen corazón perverso,
las que no engañan, las que no traicionan,
las que no mienten con falaces ruegos,
las que no lloran como comediantas,
las que no fingen como histriones necios,
las que no dan puñales entre flores,
ni vierten, entre el néctar de los besos

y la ambrosía de caricias dulces,
el veneno...!
¡No estaban allí, no, las dulces niñas;
estaban lejos, lejos,
en la vieja casona solariega
de aquel pueblo costero
que arrulla el mar y envuelve la neblina
y azota el crudo viento;
el pueblo blanco y lindo
que vió nuestros anhelos
rosados de chiquillo,
nuestras risas y saltos, nuestros juegos
los estudios, las noches de los Reyes,
las iluminaciones, los festejos,
sobre el mar, con faroles venecianos
y la emoción de aquel amor primero
que no vuelve jamás en esta vida,
que no vuelve jamás...!
...¡El titubeo
al ver la figurita sonrosada
que iluminó nuestros precoces sueños
...y que ahora está casada
con un indiano zafio y de dinero...!

¡Nochebuena pasada
con una novia cursi, en un piso tercero
madrileñita zalamera y gata,

hija de un funcionario muy modesto,
que soñaba en casarse con nosotros,
—ilusorios ensueños—
y a quien todas las tardes regalábamos
cartuchos de sabrosos caramelos,
para endulzar un poco el tono despectivo
y al par zaragatero
con que tratamos e esta niña cursi,
que abandonamos, locamente, luego...!

¡Nochebuena en familia,
al lado del brasero,
pero en familia falsa,
en un hogar ajeno,
mirándola a los ojos de gitana
y acariciando sus cabellos negros,
como a una nueva hermana
que surgió en nuestra vida de solteros
dados a la aventura
y al albur donjuanesco...!

¡Nochebuena pasada
en país extranjero...!
¡Nochebuena de Francia,
en un hotel galante de Burdeos,
con una amante ya desengañada,

que vino a la mañana en un expreso
desde San Petersburgo,
—de ese país de nieve y de misterio—
para pasar la Nochebuena aquella
al lado nuestro...!
¡Recuerdos del *Acuarium* de Moscou;
del *Palacio de Invierno*
de Petrogrado y del *Trianón* de Odessa,
donde lució sus aires pintureros,
sus ojazos rasgados de española,
su talle fino, esbelto,
como las majas que pintara Goya,
su garbo retrechero,
su repiquetear de castañuelas,
su gracia y su salero...!

¡Noche en la fonda sórdida de Francia,
silenciosos los dos, recordando a los nuestros,
con los ojos muy cerca, contemplándonos,
y la mente muy lejos;
en el Madrid alegre,
chulo y zaragatero,
donde nació a la vida
esta mujer, que ha sido mi tormento
y donde un fatal día
brotó este amor funesto,

perturbador y loco
y adorable quizá por lo perverso
¡Nochebuena pasada
escuchando el silbido lastimero
de un tren en la estación *Bordeaux-Saint Jean*,
de un tren que iba al París loco y lejano.
París de mis ensueños;
donde quedaron los aventureros,
las españolas locas sin mantillas,
los pálidos bohemios...!

¡Nochebuena adorable por lo triste,
de cuando en cuando un beso,
pero un beso sin lúbrico conato,
sin deseo,
un beso que evocaba
toda la pena de encontrarse lejos,
de las dulces hermanas
que están tan solas en lluvioso pueblo;
ella, de aquella madre anciana y triste
que habita un alto piso madrileño...!

¡Nochebuena de amigos libertinos,
antiguos camaradas de colegio,
en el salón de un restaurant de moda,
con ostras y con vino de Burdeos;

a media noche, alegres y festivos,
con aire discipiente y donjuanesco,
narrando inenarrables aventuras
de nuestra vida loca de solteros,
o anécdotas leídas en Boccaccio
o en *il divino Pietro;*
mirando con audacia a las cocottas
que en un rincón bebían en silencio
evocando sus años de inocencia
y las mañanas claras del colegio:
primera comunión, sueños de rosa,
y todo ello tan lejos...!
¡Salir de madrugada,
en grupos de alboroto, casi ebrios,
mientras sonaban claras y lejanas
las humildes campanas de un convento...!

HORAS DE AUSENCIA

Hay en el memorial de mi existencia
un recuerdo que al alma engolosina:
el de una novia rubia, esbelta y fina
que fué el perfume de mi adolescencia,

¡Oh, cómo aun perturba mi conciencia
la visión de la boca purpurina
que tenía una voz tan cantarina
y una sonrisa ingenua de inocencia!...
Como otros vates de lascivo estro,
no cantaré el placer del amor nuestro,
ni fingidos favores mentiré;
ni soñaré un Edén que no he gozado;
sino que he de cantar—emocionado—,
¡aquella boca que jamás besé...!

MUJERES DE ESPAÑA

Las mujeres españolas
—negros ojos, negras penas—,
están siempre tristes, solas,
dolorosas y morenas.
Cansadas de llorar tanto
se meten en un convento
y nadie escucha su llanto
ni calma su sentimiento.
Siempre los ojos en brasa,
siempre los brazos en cruz,
metidas dentro de casa,
sin ver el sol ni la luz...

Llorosas y melancólicas
cuentan con dulce fervor
en las iglesias católicas
sus penas al confesor...
Siempre el corazón abierto,
siempre en tensión de llorar,
pensando en un novio incierto
¡que acaso no ha de llegar...!
Guardando el seno impoluto
para un lejano doncel,
¡siempre vestidas de luto
y siempre pensando en él...!
Los hombres en el Casino
y jugando al baccarrat,
y ellas soñando un Destino
que nunca se cumplirá...
Encerradas tras las rejas,
cual esclavas de un harém,
suspirando, en vagas quejas,
¡pero sin saber por quién...!
Las mujeres españolas
—negros ojos, negras penas—,
entre rezos y novenas
¡viven solas, siempre solas...!

EL DISFRAZ

No os engañéis con este gesto falso
y esta sonrisa de hombre *bon vivant;*
soy como aquel que al pie de su cadalso
para olvidar, se embriaga de *champán.*
No me miréis el rostro placentero
ni las violetas en la *boutonnière;*
creyendo que el vivir me es lisonjero
y que yo soy el mismo que era ayer...
Miradme bien allá, dentro, en lo hondo,
detrás de este antifaz de juventud...
Llevo un secreto amargo, amargo y hondo,
que habrá de guardar pronto mi ataúd.
Miradme bien aquí, dentro del pecho
donde antes palpitaba el corazón...
La fe perdida, el ideal deshecho,
y derribada al suelo la ilusión...

ENSUEÑO

Después de haber amado a una mujer malvada
que envenenó nuestra alma soñadora,
amar a una muchacha ingenua y delicada,
con unos ojos cándidos de aurora...

Después de haber gozado y llorado y sufrido,
desprenderse de aquellos torpes brazos
y adorar a una niña de corazón rendido,
con nuestro corazón hecho pedazos...

Amar a aquella suave y linda novia
después de aquella actriz de voz de plata
que ahora está no sé si en Munich o en Varsovia
cantando (y aun viviendo) *La Traviata*...

Y después de tener noches de insomnio triste,
hablar en una reja a la luz de la luna,
y oir: «¿Me quieres hoy como nunca quisiste?»
Y contestar: «Te quiero más que a otra ninguna».

Ir a misa en mañanas claras, dominicales,
detrás de la gentil figurita de luto;
y decirle palabras lentas, sentimentales,
¡como en los infantiles años del Instituto...!

Regenerar el alma enferma por la vida,
sentir una pasión sencilla y dolorosa;

y olvidando un momento nuestra etapa suicida,
¡ver de nuevo la vida toda color de rosa...!
Y en noches consteladas y claras del verano,
cuando duerme entre sombras nuestra ciudad natal,
extremecerse oyendo preludiar un piano,
que interpreta, a compás de estudio, *Loin du bal...!*

AMOR COSMOPOLITA

Me adoró con locura una rubia francesa
(flor de elegancia y lujo; vicio del bulevar)
y quise a una mimosa trigueira portuguesa
con un amor ardiente, ¡loco y peninsular...!
Me encantaron las trenzas blondas de cierta inglesa
que era como un retrato de Reynolds al mirar...
(bajo un peplo de virgen un alma de diablesa);
y enamoré a una frágil rusa crepuscular.
Mi amor ha recorrido todas las latitudes,
ansioso de encontrar las mismas inquietudes
que devoran mi alma sedienta de ilusión...
Y al fin de la jornada se encuentra mi alma sola
pensando en ti, morena salada, y española,
que fuiste a los veinte años mi primera pasión...

EL TORERO

Héroe de una raza triste,
cansada ya y envejecida,
que bajo el sol juegas la vida,
¡único don que recibiste...!
Lo más gallardo que en ti existe
es tu sonrisa de suicida
y tu mirada, que resiste
la de una plebe embrutecida.
Dieciseis mil almas a coro
cantan tu triunfo cada tarde
en el silencio de la plaza.
Y al regresar, bajo el sol de oro,
siento en el ánimo cobarde
la decadencia de mi raza...

ANDRÉS GONZALEZ-BLANCO

Madrid, Nochebuena de 1918.

NOMBRES

Elena, Cristina, Blanca,
Ana, Benilde, Arabella...
¿Cuál de vosotras fué la más bella,
la más pura y más blanca?

Elena está en lo lejano
de mi infancia... Tal una estrella
en el azul profundo de un cielo de verano.
¡Era aquella una noche tan bella...!
¡y el tiempo aquel, un tiempo tan lejano...!
Entre tantas estrellas, está ella,
toda blanca, ¡como algo sobrehumano!
Sobre el cielo más puro es la más alta estrella.
¡Y esa estrella la tuve yo en mi mano!

Cristina... encanto, risa y amargura;
jardín florido bajo la tormenta.
¡Oh, la humana y divina criatura
hecha de rosa, nardo, mirra y menta!
Lumbre de amor, sensual y pura,
que un soplo adverso baíe y acrecienta;

ramo de hechizo y de locura,
lirio exaltado, flor sangrienta...
Amor... ¡amor y desventura!

Blanca puso sobre mi huerto
una inefable siempreviva.
Pasó la aurora. El tiempo ha muerto.
Pero mi alma está cautiva
de su amor, en el desierto
de su muerte... ¡Y está viva...!
Y, sin embargo, ¡ha muerto!
Aun, entre sueños, bella y expresiva,
besa mi corazón tácito y yerto.

Ana es una historia triste,
¡la más triste y venturosa historia
de mi vida...! Nada existe
más bello en mi memoria
que esa historia hermosa y triste.
En mi alma, ¡cuánta dicha ilusoria!
¡cuánto encanto pusiste!
Nuestro amor fué una gloria.
Y la gloria no existe.

Benilde era una llama
de la hoguera de amor en que ardía;
aromática flor, fragante rama
de mirto, nardo que florecía,

como paloma que se inflama
íntimamente, se encendía...
Benilde era una llama
de la inmensa pasión en que ardía.
¡Tal su recuerdo vibra y ama!

Y Arabella, Arabella...
Una sombra que pasa en el confín;
blancor de luna, claridad de estrella
bajo la fronda, en el jardín.
La gracia celestial estaba en ella
como en un serafín.
¿Lloraba o sonreía...? ¡Arabella! la bella
encantadora, pasó en la brisa... sin
ruido... como inefable huella
de magnolia o jazmín.

Nombres, nombres de amor... Palabras...
¡sólo palabras, que yo reverencio!
¡Oh, muerte! Di, cuando tus puertas abras,
¿será todo silencio...?

RAFAEL LASSO DE LA VEGA

COMO AQUEL MANRIQUE LOCO...

Yo he nacido con el alma condenada
a buscar, estérilmente, por la vida
un amor que venga a hacerme la jornada
menos triste, menos cruda, más sufrida.

Crucé el mundo, visionario y peregrino,
a la usanza de romeros y juglares,
y jamás dejé un recuerdo en el camino
ni un ensueño de mujer en los lugares.

Viví siempre melancólico y huraño,
y hoy, vencido, sólo debo a la fortuna
las espinas dolorosas que, una a una,
en mi espíritu ha clavado el desengaño.
Loco, siempre corrí audaz tras de un engaño,
tras el rayo fugitivo de la luna.

NADIE PASÓ...

Cansábame de hacer, día tras día,
la jornada tan solo y tan callado...
y me quedé apostado
en un recuesto, al borde de la vía,
esperando la santa compañía
de algún lento romero rezagado...
Nadie pasó...
Y esta canción traía
el viento sollozante:
Sigue tu ruta solo, caminante...

¡OH, SEÑOR GUSANO!

Vos sois el rey de la carne podrida.
Conozco vuestro feral poderío
y sé bien que cuando la adunca guadaña me siegue la vida
haréis en mi cuerpo guarida
y en él viviréis a vuestro albedrío.

Tendréis la ración predilecta—
sabrosa y copiosa ración—
en mi lengua muda, en mis ojos quietos, en mi carne
y en la sangre podre de mi corazón. [infecta,

Y hozará en mis sesos vuestro hocico hambriento;
y pondrá, irreverente, su baba
en la misma célula de donde brotaba
el fuego sagrado de mi pensamiento.

ESE VIENTO...

Ante el cadáver de Beatriz...
la hija del maestro.

Cuando yo fuí a verla
estaba tendida en el suelo,
sin velas ni cirios, y a los pies tenía
sólo un vaso de aceite sin fuego.
Por la puerta de vidrios cerrada que daba a aquel
la estuve mirando en silencio... [cuarto
La veía muy bien, porque al fondo
había un balcón entreabierto,
y la tarde era azul y muy limpia
por el soplo del austro...; ese viento

que trae cabalgando en sus alas
un presagio siempre fatal y siniestro.

Tenía las manos una sobre otra
y no enclavijadas al modo implorante del rezo...
Y el padre,
que vino a mi encuentro,
me dijo:
—No pudimos cruzarle los dedos...
Y después de una pausa muy larga...:
—Todavía tiene los labios sangrientos,
no parece muerta...
Callé con respeto,
porque vi aun la esperanza anidada
en la frente del viejo maestro...
Conozco esas horas...
Muchos días después del entierro
de mi padre, aun creía yo
que no estaba muerto.
Cuando vuelve la vida ordinaria, luego de los pésames,
cuando ya se ha marchado el último deudo
y quedamos solos, cuando vemos vacía una silla,
y un lecho desierto,
es cuando sentimos,
es cuando creemos
la verdad...
Seguí mirando a la muerta:
Tenía los ojos abiertos,

la nariz angulosa y traslúcida
y el rostro de ocre... y muy seco,
hundido en la sombra
mística de un velo
que le hacía tocado
y bajaba hasta el pecho,
recatando la espiga amarilla,
sutil y tronchada del cuello.
Por mortaja llevaba
el vestido de hábito negro
que ofreció a la virgen
para que sanara su cuerpo...
Parecía muy larga—. Al quedarse rígidos
dicen siempre que crecen los muertos—.
De la falda corta salían las piernas enjutas,
sólo con los huesos,
que en las medias bailando quedaban...
Y me vino a la mente el recuerdo
de aquellas columnas graciosas
que fueron
el sostén de la niña garrida,
en días para ella risueños.
¡Oh, virgen! de tu egregia belleza
nada ha respetado, todo lo ha deshecho,
lo ha engullido todo el maldito microbio
que incuba la fiebre del hético...
Y te dejan sola...
Ayer te adulaba el cortejo

de galanes golosos,
y mañana, al tragarte la tierra, tendrás el desprecio
hasta del gusano... porque no le ofreces
más que un mondo puñado de huesos.

Busqué conmovido
la mano del viejo maestro
y salí a la calle...
Batía con furias el austro...; ese viento
que trae cabalgando en sus alas
un presagio siempre fatal y siniestro.

ESTA NOCHE NO HUBO LUNA...

Ahora camino de noche
porque las noches son claras...
Y esta noche no hubo luna;
no hubo luna amiga y blanca...
y había pocas estrellas;
pocas estrellas y pálidas.
Y era todo triste sin la luna amiga...
y era todo negro sin la luna blanca.
No se veía la cinta
de la carretera larga;
los olivos del recuesto
apenas se dibujaban...

Un murciélago pasó
rozándome la cabeza con el ala...
y me ladraron los perros
en los bancales con saña.
Sin luna todo era triste y negro,
Vi una luz allá lejana
y, a tientas, fuí hasta la luz
y en la luz pedí posada.
Esta noche no hubo luna,
no hubo luna amiga y blanca...
y recordé aquella noche
en que no vino mi amada...
y en que yo, loco de amor,
lleno de fiebre y de ansias,
hice también alto
en la primera posada.

A LA SOMBRA DE LA TORRE

También en este pueblo hay un castillo;
un viejo castillo que tuvo una torre altiva,
torre que ahora se derrumba
piedra a piedra, día tras día.
Todas las tardes vengo a este castillo
y a la sombra de la torre, en una almena abatida,
me siento...

Y dejo a mis ojos libres
perderse en la perspectiva
de un paisaje
que tiene olivos y viñas
y a lo lejos
la silueta violácea de una serranía.
Y dejo libre a mi alma
que sueña y que medita
por este santo paisaje
que recuerda los paisajes de la Biblia
y tiene cielos bermejos,
con aromas fuertes de leyendas místicas.
Y dejo libres también
a mis labios que digan:
yo soy de los que tienen
hambre y sed de justicia...
Nazareno...
llévame en tu partida.
No tengo que dejar para seguirte
ni bienes ni familia,
porque estoy pobre y solo
y sin un gran amor que me redima.
Nazareno...
llévame en tu partida;
que tengo hambre
y sed de justicia.

FELIPE DE CAMINO

«ENTRE DIABLOS Y CLÉRIGOS» (1)

Alma Ibérica (2).

España dió a los suyos redobles de timbales
y los viejos clarines que ayudan las victorias;
en Italia y en Flandes, los hijos de sus glorias,
entonaron sus épicas hazañas imperiales.

La ruta de las naos que seguían triunfales
dilataba los mundos con alegres historias,
y el oro de las Indias, trágicas e ilusorias,
orgullo fué en la Corte de los Austrias fatales.

Ingenios y pintores, artistas y caudillos
en el yunque aplicaron sus bélicos martillos...
y surgía la Patria que sueñan los gigantes.

Hoy todo lo perdimos en la triste fortuna,
más quedó la grandeza bendita de su cuna;
¡y, aunque pobres ahora, somos los ricos de antes!

Retrato del siglo XVII.

Seco y enjuto, de la faz austera,
con los ojos marchitos y apagados;

---

(1) Del libro de *Cien sonetos*, prólogo de Jacinto Benavente y epílogo de Antonio Zozaya.
(2) Premiado en el concurso de poesías de la «Juventud Hispano-Americana»; de Madrid, 1918.

la boca triste que decir quisiera
madrigales en oro cincelados.
Ropilla con dos pliegues en la hombrera,
con sus ricos encajes y bordados,
rizada bellamente la gorguera
que rozan tus cabellos despeinados,
Una lírica mano de hermosura,
descansa en la terrible empuñadura
de tu espadín heróico y galante.
Mas la otra, en desmayo peregrino,
acaricia un lebrel menudo y fino,
velada apenas con el breve guante.

Un paisaje de Avila.

Triste el jardín, evoca la amargura
de mi cansado espíritu; a lo lejos
un tibio sol declina y sus reflejos
nos presagian lo noche eterna, oscura...
Los cipreses, hogar de mi aventura,
se doblegan temblando como viejos,
y la fontana en círculo de espejos
solloza entre jazmines su locura.
Plegarias funerales ya recita
el viento, que sonoro precipita
los húmedos topacios del aroma.
El cielo se desgarra vacilante,
¡Y el ensueño pasó, mudo y errante,
con la figura azul de una paloma!

Maja de tufos.

Entre el garbo donoso de la guitarra,
al sentir vibradora la saguidilla,
danza tu cuerpo fino de maravilla,
que una copla en los aires hoy se desgarra.
Los chisperos te siguen por lo bizarra
y el trapío o desgaire, que en todo brilla,
pues figuras de reina para la Villa
si el oro de un abate ee despilfarra.
En bailes de candiles te vi con rumbo,
de cortejo llevando tu lechuguino
que te ofrecía el bobo preciada joya.
Y dijiste con rabia: —¡Pronto le zumbo;
que no me gusta un hombre tan femenino,
porque adoro los majos que pinta Goya...!

Envío.

América, te ofrezco mis leyendas, mis rosas,
porque serán las tuyas; mi corazón las siente;
España te hizo grande, justiciera y valiente,
para ir desafiando los mundos o las cosas
Te dió ritmos y sangre y espadas generosas
que, si destruyen, ponen su laurel en la frente;
señalaba tu ruta y el camino de Oriente
fundando los imperios sobre aldeas ruinosas.

Como a tu madre hoy debes honrarla con ternura,
porque en un mismo ensueño y una misma locura
baja el sol a ceñiros su púrpura triunfal.
Llenaste de epopeyas y de himnos el viento,
y has encerrado ahora tu libre pensamiento
en el bronce sonoro de una lengua inmortal.

Una pintura caprichosa.

Al fruncir las randas que adornan el traje,
porque su tersura los nervios te crispa,
apenas descubres tu mitón de encaje
rozando tu breve cintura de avispa.
Son negros tus ojos, tus ojos azules,
y la miniatura que tu pecho enjoya
brilla en el vestido, con sedas y tules,
como en los tapices de Watteau o de Goya.
De noche tus labios hoy buscan el fruto
más rojo y más lindo, tu pie diminuto
en chapín de raso, parece que vuela...
Y marchas, gozosa de regios festines,
porque allí cautivas a los danzarines
con el aire fino de la tarantela.

ADOLFO DE CUENCA

MEDITACIÓN ASCÉTICA

RETORNO AL CRISTO

Treinta y tres años han florecido en ti, oh, hombre; treinta y tres años son tu edad ahora; y ¿no sientes cómo te unen maravillosamente con el Cristo olvidado? ¿No sientes cómo te unen con El como con un hermano de la misma edad?

Treinta y tres años tenía El cuando en sus altas mejillas recibió el beso del amigo traidor; treinta y tres años cuando en la última cena, con sus doce discípulos, en su misteriosa cena sin mujeres, hizo el reparto de su corazón figurado en el ázimo pan; treinta y tres años, cuando su cuerpo intacto, que nunca se había reclinado en ningún tálamo, desposó con la cruz.

Treinta y tres años como tú tenía El; llevaba el cabello partido como tú y sus largos rizos se le habían hecho lacios sobre sus sienes; el largo manto se le caía dulcemente de los hombros y se le desanudaba con tierna dejadez el

breve cíngulo; sus ojos eran tristes en el fondo de su mirada y la barba negra cambiaba en azul lo áureo de sus mejillas

Era joven aún, pero su juventud, como la tuya, se velaba ya con una niebla verpertina; sus pies se habían llenado de dolor en el surco de los caminos y le era grato todo asiento, al pie de los árboles floridos o bajo los artesonados de las estancias; sobre los divanes, entre sus discípulos, se reclinaba ya como si la lanza de Longinos le hubiese traspasado el costado.

Pero sus mejillas y sus manos tenían la palidez suavísima de las cosas que no han sido tocadas; su cintura era breve como la de una virgen, y toda su figura estaba marcada por la dulzura triste de la castidad.

* * *

Treinta y tres años tenía entonces y no se había unido a una esposa, ni había hecho quejarse a ningún tálamo; su castidad era un misterio y los ojos de las mujeres se hacían largos y largos en el anhelo de sondear su enigma.

Le miraban como hubiesen mirado el interior de una estancia cubierta de velos; le miraban sin ver en la profundidad de su misterio otra cosa que a sí mismas, y en sus pestañas ávidas no podían aprisionar su alma misteriosa. Le miraban en vano, hasta que, rendidas, doblaban los blancos cuellos y tornaban

a la orla de su túnica los ojos llorosos; y renunciando a aprisionarle, como a los demás hombres, se resignaban a servirle, vertiendo sobre sus pies bálsamos fragantes.

* * *

Ellas no podían comprenderle ni poseerle, porque El no estaba prometido a ellas, sino a nosotros, los hombres de treinta años, que como El hemos alcanzado la edad bella y triste, sin enlazarnos a ninguna esposa, y llevamos sobre nuestras frentes un ocaso definitivo.

El estaba prometido a nosotros y debía ser nuestro símbolo traspasado y sangriento; El era nazareno y tenía su corazón henchido del inmenso amor misterioso que hinche el nuestro hasta desgarrarlo.

El no podía reposar satisfecho en las rodillas escurridizas de las mujeres ni recoger la dicha en el surco de un tálamo; El estaba lleno de la gran ambición imposible que hace tristes y tan divinas nuestras vidas.

* * *

En el desierto, donde pasó largos meses de maceración, a semejanza del Bautista, ileso también de todo dardo lanzado por las mujeres, su corazón solitario se llenó de una exigente ternura misteriosa; se llenó de ternura hasta henchirse y desbordarse como esas co-

rolas silvestres que guardan largo tiempo el rocío de una noche o como esas colmenas del desierto que rebosan de una miel acre.

En el desierto ávido, inmenso y absoluto, su corazón de célibe, intacto como la ubre de una madre silvestre, se llenó de un ansia de ternura que no podía ser satisfecha en las ciudades ni apaciguada en los tálamos de mil vírgenes; se llenó del amor de sus treinta años absolutos, amargos por la plenitud de su savia nunca mermada.

Se llenó del amor de su sombra, que hubiera querido prolongarse sin torcerse; se llenó de la embriaguez de su propia savia silvestre, que no se resignaba a ser vertida en lugares oscuros como la sangre escurrida de una arteria inguinal; y su alma inocente de niño lloró de angustia, conturbada ante el drama del Hombre.

* * *

Todo le impulsaba ya hacia los tálamos, donde el Hombre es sacrificado oscuramente, donde sus sueños más puros son desgarrados como los blancos velos de las vírgenes; sus treinta años intactos, colmados de ensueños y de fuerza; sus treinta años cándidos, iban a anegarse en el turbio río de la paternidad.

Pero él no quería ser el Padre, no quería ser el Padre cuyas venas han sido sangradas para llenar el corazón del hijo y cuya virtud ha sido trasmitida el primogénito; no quería ser el Padre cuya grave y cansada figura se

sienta en el pasado, en medio de hijos que han absorbido toda su sustancia.

El quería ser siempre el Hijo, que se adelanta hacia los celajes del mañana, seguido por las miradas de todas las madres y por el deseo de todas las vírgenes. El quería ser siempre el Hijo, sobre cuya frente está detenido el tiempo y en cuyas manos hay un racimo que aun no fué pisado en ningún lagar.

* * *

El quería ser siempre el Hijo entre todos los hombres que ya dejaron de serlo; y su alma de párvulo, se rebelaba acongojada contra las cosas que querían dividirla.

El quería ser siempre el Hijo para poder ser llamado hermano de los niños, con los cuales le unía su alma inocente; para ser mirado sin recelo por los ojos profundos de los padres y agasajado por sus dádivas; para estar más cerca del regazo maternal de las mujeres y no ser herido por las saetas de las horas.

El quería tener siempre la belleza cándida del Hijo, que lleva sobre sus hombros un cordero que aun no ha de ser sacrificado, y camina por senderos en que aun florecen las primaveras de la infancia: El quiso ser, ¡oh, hermanos! solamente el Hijo del Hombre, porque su alma pura no quería perderse en los senderos cenagosos del Hombre.

* * *

Por eso, ¡oh, hermanos! su corazón, henchido del amor más terrible, puso siempre la distancia del páramo entre El y la mujer, no obstante la llama del amor que ardía sobre la cumbre de sus treinta años castos; porque no quería ser ceñido por los abrazos que disminuyen y hacen antiguo el tiempo.

Y buscaba la compañía de los niños y de los hombres, de los hombres que han conocido el dolor de extravasarse y sienten ya la nostalgia de lo que perdieron; y su predilección fué para el discípulo que era puro como El, y en sus convites permanecía extático, con el asombro de las vírgenes, olvidado de tocar los manjares.

El buscaba la compañía de los niños y de los hombres, porque estaba lleno de piedad para el Hombre, que se desangra irremediablemente sin sentirse colmado de un humor más precioso, y que en el valle de los treinta años ha de sacrificar todos sus anhelos en una elección única.

* * *

¡Oh, hermanos! El estaba angustiado por nuestra misma congoja; estaba lleno de la angustia de sus treinta años, infinitamente preciosos, y del sobresalto de sentirse arrastrado por el tiempo hacia el límite de todos los olvidos.

El sentía en su alma única el drama del Hombre; no el de la mujer, sino el del Hom-

bre; las congojas de las vírgenes en las terribles vísperas, desgarraron su alma con una violencia absoluta.

El sentía el drama del Hombre, el drama de todos nosotros sentía, oh, amigos, que ya vais contando tiempos más largos cada vez; el dolor del drama le acongojaba hasta cerrar su boca, y ante la madre piadosa, de cuyos senos se sentía cada vez más lejos, estaba silencioso y con el corazón asaeteado por un haz de dardos invisibles.

* * *

El, ¡oh, bien lo comprendo! sentía el precio extraordinario de sus treinta años, florecidos entre tanta clemencia, como las vides que crecen en las laderas pedregosas; el precio infinito de su racimo de años, no estrujado por dedos de mujer, y que habían de ser pisados en los lagares de la paternidad, llena de olvido.

Se resistía, oh, hermanos, de mejillas besadas por el aire a sacrificar oscuramente su dádiva magnífica, a lanzar al gran río oscuro su guedeja nunca cortada; porque El era nazareno y desde niño había sido elegido para que madurase en la soledad ardiente, lejos de las que diseminan.

Pero su alma, llena de amor, se resistía a hundirse en la vejez sin haber exhalado su dulzura, y por eso se reunía con los hombres, en convites indeterminados, en que la urna

del puro afecto se vertía, sostenida por sus manos blancas.

* * *

El buscaba su júbilo sereno en la amistad; El, henchido de ternuras acumuladas en la soledad, vendimiaba sus frutos en la amistad de los Hombres; porque el Hombre es el más necesitado de consolación y el de corazón más vacío; porque de él se exprimen los raudales que hinchen los pechos de las madres y en sus hombros se han de sustentar la mujer y el niño.

El reposaba su amor en la amistad, fálamo figurado de todos los célibes, y desde ella irradiaba su ternura á las mujeres, dormidas en el pensamiento de los hombres; El partía su pan con el Hombre, que se une á las mujeres y les comunica el sabor de sus labios y así extendía su beso puro hasta las alejadas.

Pero sobre todo buscaba el serio corazón del Hombre, áspero y triste, escondido y acongojado tras la fealdad de los semblantes, para prodigarle las caricias antiguas, olvidadas, de los que ya no duermen en cunas.

* * *

El quería ser amado del Hombre y vencido del Hombre para que su drama fuera el nuestro: fuera el drama del Hombre, henchido de

congojas puramente masculinas, hecho para ser sentido por nosotros, y en el que las hermanas sólo habrían de tener acceso hasta los pórticos.

Quiso padecer nuestro drama y sufrirlo hasta clavarse el último dardo, sin admitir de la mujer otra cosa que la piedad lejana; su alma fué desgarrada en los tálamos de la amistad pura y el beso del amigo traidor le hirió en la mejilla mórbida y casta, como el beso de una mujer lasciva, robándole su preciosa sangre.

El sufrió por todos nosotros nuestro drama; el drama de nuestra alma de hombres conturbada por anhelos que ignora el alma sencilla de las madres; de nuestra alma, que se siente única y querría salvarse de la disipación o ser sacrificada, en un holocausto inmenso que apaciguase, no la avidez de una mujer sola, sino el ansia eterna de la Humanidad.

* * *

El estaba lleno de anhelos infinitos; su ternura de célibe, no prometida a nadie, rebasaba todo límite y era semejante a los grandes ríos que se desbordan; no podía ser contenida en la cavidad de un corazón sólo.

Por eso esquivaba los lazos que querían ceñirle y vagaba por los caminos, temeroso de ser aprisionado por los techos de los hogares; y por eso, en vez de buscar a las mujeres que

aguardan en la sombra; con una voluntad única se rodeaba de discípulos.

El era un evadido de la familia antigua y su alma aspiraba a la Iglesia libre, en que se funden todas las familias; y para asentar sus cimientos, escogió no un pecho de mujer, sino la cabeza del más firme discípulo, del discípulo más viejo; cuya alma era ya como un árbol antiguo que ha sacudido todos sus nidos.

* * *

Al egoísta amor antiguo El oponía su caridad, más amplia que el vínculo de las parejas; la caridad, tálamo divinamente promiscuo, en el que todos pueden ser admitidos y cambiar sus dádivas recíprocas, sin ser vulnerados; y para que su amor pudiera ser compartido por todos, simbolizaba su cuerpo y su alma en el trozo de pan y en el sorbo de vino.

Su comunión era la nupcia figurada, la nupcia perfecta y amplísima; aquella en que cada uno es colmado y en que hasta los que ya definitivamente fueron rechazados de los tálamos, tienen su parte jubilosa y se visten de blanco.

Y El, el Hijo del Hombre, en la mesa de sus cenas simbólicas, en el centro del círculo de sus comulgadores, gozaba una dicha superior a la de las madres, de todos los tiempos, al sentirse devorado, consumido, de un modo

múltiple y perfecto, como nunca lo fueron ellas.

* * *

Así apaciguaba El la infinita avidez de su alma; y todas las fuerzas de su vida afluían al amor, para desangrarse por su divina herida.

Su corazón nazareno estaba lleno de anhelos infinitos, que no podían ser satisfechos por una sola criatura: de casa de la madre salió un día, angustiado por esta congoja de su difusión, al encuentro de la muchedumbre; y en el desierto inmenso, la gran sombra, con la cual conversó largo tiempo, no pudo retenerle.

El quería unirse con su padre, pero al través de todos sus hijos; como esos astros que por órbitas alejadas buscan la unión con el sol, en cuya llama se forjaron.

El estaba sobre todo lleno de la conciencia del valor único de su vida que, al remontar la colina de los treinta años, no se resignaba a un declive oscuro; en la misteriosa colina, desde lo alto, El vió todo lo que se ofrece a la mirada ávida del Hijo del Hombre.

Vió los tronos de los emperadores, los tálamos incontables de las concubinas, los anchos peldaños en que los ancianos, padres de muchos hijos, se sientan olvidados en la tarde. Y su alma tuvo un sobresalto de dolor, porque todo aquello era insuficiente para su avidez infinita.

Desde lo alto de la cumbre simbólica, sólo una cosa atrajo su mirada con la largueza de una predilección: las cruces que se erguían, en la otra montaña, sosteniendo cuerpos lacerados, a cuyos pies mujeres jóvenes lloraban, cubiertas por un velo, insensibles a las lanzas de los soldados.

* * *

Sólo la muerte tuvo poder para atraerle; sólo ella fué bastante preciosa para fijar su incierta mirada interrogante.

Sólo ella, que a nosotros también nos seduce en secreto, le pareció bastante hermosa para confiarle sus treinta y tres años perfectos; sólo en la cruz vió el árbol digno de sostener el fruto sazonado de su vida.

Sólo la muerte, ¡oh, hombres! le pareció un tálamo bastante digno de su castidad absoluta; y un término perfecto para ser siempre recordado con lágrimas que nunca se secan.

* * *

Su alma solitaria, a pesar de su amor, sólo encontró en la muerte el amor infinito que buscaba; y con ella desposó en secreto su cuerpo no besado nunca. Porque ella le pareció más grande que el poder y la sombra.

Los que le seguían quisieron hacer de El

un rey o un dios; le aclamaban, le vitoreaban, le llamaban hijo de David; pero El no atendía a nada de esto.

Entre las turbas que le seguían, El estaba atento a la idea que, en secreto, hacía temblar de un triste júbilo sus venas henchidas; El tan sólo pensaba en la muerte para saborear, por anticipado, su misteriosa dulzura; y entre toda aquella muchedumbre pascual, El no era más que un Hijo del Hombre que camina al encuentro de la muerte.

* * *

En la víspera terrible, en la sombra del huerto, su corazón flaqueó, y su mano quiso apartar de sus labios el amargo cáliz.

Sus treinta y tres años sollozaron un momento envidiosos del sueño de sus discípulos; o tristes de sentirse perdidos en aquel sueño; porque ellos habían ya doblado la colina y tenían los sueños largos de los cuarenta años, largos como las sombras de las laderas en que se hacen confusas las figuras.

Pero su alma magnífica superó aquel desfallecimiento y anudó los lazos de su resolución; porque sólo el recuerdo de su muerte sangrienta podía desvelar en lo futuro a aquellos hombres que dormían tan fácilmente y sólo por el signo de la cruz podía ser recordado El, que no dejaba hijos sobre la tierra.

Por esto, sólo por esto, ¡oh, amigos míos! aceptó la muerte sangrienta en su perfecta ju-

ventud; porque quiso ser recordado siempre en juventud perfecta, como un posible huésped de todos los tálamos, como un posible hermano de todos los jóvenes y como el amigo que es grato sentar a la mesa.

Por esto sólo quiso retornar al Padre, antes de dejar de ser el Hijo; para ser amado por todos los padres y por todos los hijos, y quedar así, eternamente, en el centro de todos los anhelos y todas las nostalgias.

Por esto quiso identificarse con el cordero, que es sacrificado cada año; para ser recordado eternamente, en todas las pascuas del mundo, por los hombres y las mujeres que comparten la mansa ofrenda.

* * *

Como un cordero, así, dulce y sumiso, se entregó El al sacrificio simbólico en que su cuerpo virginal había de ser consumido por todos; y en que sus treinta y tres años, intactos hasta entonces, se disiparon como treinta y tres espigas.

Su martirio fué el tálamo figurado en que se unió con todas las criaturas, y su alma casta exultó en El, como entre las antorchas de un himeneo puro, cuando por la mano de los sayones su larga túnica, que había crecido con su cuerpo y nunca se separó de su carne, fué rasgada violentamente como el cándido velo de una víspera.

Su alma de nazareno acogió jubilosa el martirio, que rompía al fin los sellos de su contención, y su cuerpo válido, no mermado por ningún deleite, conservado en los óleos de la castidad, tembló de una alegría violenta, cuando, por las heridas de sus manos y de sus pies, la sangre de su corazón se hizo larga y difusa como en un mesenterio.

* * *

Sobre la cruz al fin, en plena juventud, esquivando el alcance de los cuarenta años, El halló el trono más alto para sus anhelos infinitos, suspendido entre dos hombres desgraciados y rudos, alto sobre los discípulos y sobre la madre llorosa, alto sobre las mujeres que le lamentaban, ingenuas, sin comprender su drama.

En la alta cruz al fin, El halló cumplido su destino de Hombre, su destino de Hijo del Hombre, al que una misión superior fué encomendada por el Padre; la misión superior que atormenta las almas graves de los nazarenos, ante cuyas congojas las madres permanecen atónitas, con lágrimas que no ruedan sobre las mejillas.

El cumplió el drama de los hijos del Hombre; el drama magnífico y triste, cuyo presentimiento llena de silencios las horas de los adultos, y de sobresaltos sus sueños, cuando su alma no se enredó pronto en los cabellos

de una mujer y los treinta y tres años se hicieron perfectos en la soledad.

* * *

En la alta cruz, El vivió nuestro drama; el drama de nosotros, sus hermanos, que quisiéramos ser amados y lamentados como El; de nosotros que nos abrasamos en su anhelo infinito y guardamos nuestro costado intacto para la lanzada de un hermano y para el mordisco de una harpía.

El murió, asaeteado por sus pensamientos infinitos, víctima de los hombres, que ya no pueden llamarse hijos de los hombres, que han sacrificado muchas veces el tiempo y no tienen ya piedad para el ayer, víctima de los padres que tienen hijos según la carne.

Ellos taladraron su cuerpo y con sus fuertes brazos unieron los leños de la cruz y le elevaron hasta ella, con músculos curvados de esfuerzo, y le aprisionaron bien, temerosos de que su belleza dramática pudiera seducir a sus mujeres y las tiernas manos de las que nunca son viejas lo desligasen anticipadamente. Y ellos, finalmente, taladraron su costado con la última lanzada; pero cuando El lanzó el último grito, todas las horas del tiempo tuvieron un sobresalto lamentoso, y las clepsidras se quebraron como pechos.

* * *

Pero El, en su alta cruz, sigue viviendo eternamente; y desde ella nos mira a nosotros, sus hermanos, los que en nuestra alma sentimos sus congojas y bajo las palmas de los treinta y tres años pasamos tristes como en un domingo de pascua de la juventud.

A nosotros nos mira, más que a ellas, porque nosotros somos sus hermanos, los hijos del Hombre, y tenemos su misma alma grave, más que la de las hermanas que cosen tranquilas su sudario.

El nos mira y nos brinda su cuerpo taladrado, su cuerpo pálido como el nuestro, macerado por un dolor casto y que ya no puede verse sin dolor.

* * *

Nos mira y se nos brinda, porque en adelante ya no tendremos otro regazo en que apoyar la frente que sus dos pies ensangrentados; ni otros ojos en que posar los nuestros, tan tristes, que los suyos en que se han cuajado las lágrimas.

Porque abandonados ya de las vírgenes que se cansaron de esperarnos, sin valor para lanzar nuestros años al surco de los tiempos, el ansia de fundar una Iglesia habrá de atormentarnos; y querremos tener amigos y discípulos y nos rodearemos de hombres.

Y seremos traicionados como El, vendidos y entregados, y negados por hombres que se calientan junto a los fuegos. Y entonces, ¡oh,

mis amigos, oh, hombres de treinta años! en las congojas de nuestra soledad no tendremos otra compañía que su sombra divina.

* * *

Pero nosotros debemos desde ahora unirnos con El; debemos unirnos a este hermano olvidado que hemos abandonado a la piedad de las mujeres.

Nosotros debemos, más que ellas, cuya alma sencilla se detiene ignorante y conmovida ante las llagas del dolor físico, lamentar a este Hermano divino, cuyo cuerpo nos pertenece y debe descansar en las criptas de nuestra alma profunda.

Nuestra juventud nazarena debe sentarse triste, al pie de su cruz ¡oh amigos! y aguardar bajo la mirada de los ojos azules del Hermano, la hora soñada para nuestro suplicio.

* * *

Más que a ninguna otra criatura, más que a ninguna mujer, debemos amar a este Hermano, que nos mira desde la penumbra de los templos y desde la cruz en que lo clavó nuestro drama; a este Hermano nuestro, que buscó la compañía del Hombre y para El convirtió su pecho alanceado en una mamella prodigiosa.

Para ellas debe ser la Madre, que al pie del

leño llora y despliega el cándido sudario, combado por el peso del aire entristecido; pero El debe ser para nosotros, sus hermanos, que en la hora de la angustia callada de nadie sino de El podemos ser comprendidos.

El debe ser para nosotros, que, abandonados ya de todo amor, llenos de una ternura que no puede ser comunicada, nos adelantamos, con la boca llena de amargura, al encuentro de los sayones del Tiempo que, por una vez aún, han de desnudar nuestra carne triste.

R. CANSINOS-ASSENS

Hermeneusis y Sugerencias

Un poeta energético.

El primigenio libro dehiscente de Mauricio Bacarisse es como un alto, ciclópeo y atalayante adarve neolítico, erguido en el más allá de los inmáculos confines inexplorados, oreado por las ventolinas árticas y antárticas, y en cuya abovedada vitralería se espejan lumínicamente las tremantes primicias meditativas de un orto bermejo y triunfal...

Por entre el letárgico isocronismo de corales voces cotidianistas y ambiguas muecas delicuescentes, se ha erguido mayestático en su aparicional ofrendorosidad, «El Esfuerzo», henchido de rítmica reciedumbre. ¡Se ha erguido en escorzo cinético con un brioso ademán oteante, en ansias de rasgar líricamente el nebuloso panorama de lo Por Venir dramatizado...!

Aparecen germinalmente en éste libro, vívidos y tremantes, conmovidos de un vibrátil

anhelo de expansibilidad demagógica, propulsados de un potencialísimo dinamismo multanimista y exornados de una arquitectural estructuración bellamente barroca, algunos de los fragantes motivos temáticos y módulos ácratas que imperarán. Vibran crepitantes, a lo largo de sus páginas perfectas, enraizados anhelos de nietzschana superación y de walt-witmanista diversificación plural y multiédrica. Y un atlántico espasmo energético, irradiado del maëlstrom desbordante forjado por Otswald, Mach, Kelvin y Rey, sacude trepidante—como una eléctrica descarga fulminatriz de miles de «watios»—la vertebración ciclópea de éste ultravertebrado poema. He ahí por qué «El Esfuerzo», puede engarzarse armónicamente a la guirnalda poemática que ciñen los últimos líricos franceses humanistas: Stuart Merrill, Henri Ghéon, Fernand Gregh, Georges Duhamel, Arcos, Vildrac, Spire y Porché, en torno a las enhiestas columnatas propileicas erigidas por Emile Verhaeren, Paul Claudel y Jules Romain:—«Les forces tumultueuses», «Cinq grands odes» y «La vie unanime», iluminado todo conjuntamente por el claror augural emergido de las cósmicas «Leaves of grass» que nos legó el profético hijo de Manhattan...

Lejos la audaciosa periferia de «El Esfuerzo» de toda liviana emotividad estrictamente sentimental, se insinúa el más esquivo desdén hacia los gráciles motivos preciosistas—pues los prelúdicos versos que abren el libro, desbordantes de un candoroso romanticismo, y como reflejos ténues de una balbuciente pubescencia, quedan totalmente obscurecidos ante el fulgor de las luminarias meridianas. A su candente exacerbamiento, colúmbrase el surgir doloroso, por entre las breñas hoscas y el horizonte calcinado, de acerbas carátulas meditativas, y briosas figuras gimnícas irradiantes de un titánico jadear...

Y en el vórtice del paisaje estremecido, destacan su perfil tajante seres ultravertebrados, espasmándose gloriosamente en algidismos descubridores emproados hacia el vórtice futurista en que los panoramas del ultramicroscópio, el resoplar de las dinamos fabriles, la melodía de los velívolos tronitantes que bombardean un campo de batalla, y la perspectiva nocturnal del gigantesco Wolworth-Building new-yorkino, acribillado de innúmeras luminarias vivificantes, se ayuntan y se conexionan acerbamente en una gamma de tonalidades antípodas que devienen tras su fruteciente precipitado una mórbida y conturbada belleza de-

hiscente. Es así como advienen en el estuario estético nuevas gemmas inmáculas, enguirnaldadas de un capcioso hilozoísmo, y cuya atonía hemos de desvirgar los ultraistas...

Paralelamente, aparecen «El Esfuerzos» otras siluetas de carátula trágica y hoscos ademanes libertarios. Son las míseras larvas sub-humanas amontonadas como escorias en la desolación de los arrabales. Son esas torvas figuras execradas, las que Mauricio Bacarisse plasma en férreas estrofas, que tienen la fuerza corrosiva de un agua fuerte de Felicien Rops Desfilan henchidas de un patético horror esas gorkianas figuras en los versos hirientes de «Una manifestación de hambre». Los apóstrofes blasfematorios y los anatemas vindicativos que profieren «La Salomé de San Martín» y «La cojita de las Injurias», concreccionan bárbaramente las iras sociales con la crudeza de un Hugo, un Carducci, un Rictus o un Richepin en sus «Chansons des gueux». En «La tortuga del catolicismo» y en «El lazarillo del cíclope», resuenan las formidables estridencias anticlericales, con una frondosidad análoga a la que restalla en «La vejez del Padre Eterno» de Guerra Junqueiro o en «Le Desesperé» de León Bloy. Las gelideces prostibularias de «El Tremedal», se destacan con

un zolesco vigor nauseabundo que va más allá del realismo de Goncourt en «La fille Elise», de Maupassant en «La maison Tellier», y de Emilio Carrére en «Elvira la espiritual», y en «La tristeza del burdel». Y epilogamente, resalta con magno relieve en «El Madrid de las Rondas», la exaltación de los arrabales cortesanos, que condensa todas las referencias de Baroja en su trilogía novelesca «La lucha por la vida», y del potencialísimo Ramón Gómez de la Serna en «El Rastro», y que modela acusadamente el Madrid aterido y revolucionario de los bajos estratos.

Y es por estas exaltaciones libertarias, entre cuyo estruendo coral se percibe la voz cingulante del poeta, estridenciando su fervorosidad redimidora y demagógica, por las que Bacarisse desembarca en la ribera de los aedas cívicos: Y hace así trepidar esa lírica franja moderna, casi intacta hoy entre nosotros de íntegras amorosidades, pues únicamente Marquina en sus ásperas «Canciones del momento» y Carrére, Mesa, Alomar y Ghiraldo, aisladamente, han trovado arias civiles.

Mas adviene Bacarisse que, transfusionado con las teorizaciones estético-sociales de Hegel, Guyau y Gourmont, siente distenderse vi-

brátilmente sus encrespadas fibras líricas a la contemplación de las actuales absurdidades sociales y vejaciones cívicas Y en acorde espejamiento, y tremante de bélica emoción, clama sonorosamente en férreas estrofas libertarias, en las que el dolor se hace carne y la carne revolución. .

... Se incorpora así a la nueva falange de épicos modernos, glorificadores de la vida multánime y el esfuerzo colectivo, que tiene hoy su más pungente vértice del ángulo cuyos lados integran los líricos franceses humanistas y unanimistas, ya anteriormente aludidos—en los epígonos británicos del amado Walt Whitman, en los poetas «georgianos»: Masefield, Gibson y Brooke.

Asimismo, se nivela Bacarisse, al expandir sus tesoros líricos en pro de la social superación, de la misma altitud moral que un genialísimo Van Gogh evangelizador de los mineros del Borinage, un Voermans exaltador en sus lienzos de los heroicos campesinos belgas, o un Meunier glorificador en sus bronces de los obreros pujantes—consanguíneos de los que se yerguen viriles en las estrofas de «L'Effort» del altísimo Verhaeren, y que su compatriota Pennell ha plasmado con ardua perennidad por entre el claro obscuro so-

noro de sus irradiantes dibujos dinámicos...

Mas es en la poesía «La Adonia de Rubén Darío», donde la siringa de Bacarisse emite las más bellas e intensas melodías cerebralistas. Su canto serenamente apoteósico en que la hosca efigie mortal de Rubén, deviene, a su transfiguración y tránsito extratelúrico, mirificamente adónica, diademada por la armonía suprema de su obra, es la más alta elegía epitáfica a su memoria tributada.

La trama arquitectónica, la textura verbal y el tegumento dérmico, que anima la plástica sensorial y encalidece la íntima emotividad de los poemas de «El Esfuerzo», es la pomposa túnica barroca. Porque es en el vortice marásmico del barroquismo—según ha señalado el admirable exégeta Cansinos-Asséns—, donde convergen y cristalizan frutecientes al momento, todas las novísimas tendencias estéticas argonáuticas, y todas las fragantes ansias futuristas, ultraistas, humanistas, deveniristas, unanimistas y creacionistas, que se ramifican vibrátiles y arden en nuestros lampadarios de líricos «fauves» juveniles... (Y es por éste nuestro ardimiento dionysíaco, bolchevikista y descubridor, por el que nos sostenemos lejanos e incontaminados de los rebaños de neófitos nescientes y tradicionalistas,

y marcamos nuestra disidencia híspida aun con los epígonos del 14 adormecidos a la sombra de la floresta novecentista.)

¡Barroquismo! Evocaréis a la audición de esta palabra el tosco estigma que la tenía lapidada—ese conglomerado de falsedades que acopla el cretinismo de los nescientes sobre las palabras torturadamente excelsas. Sin embargo, hoy ya podemos gritarla victoriosamente y agitarla tremolante, emblemática de batalla, enlazada a la inmácula de «ultraísmo». Porque recientemente han conseguido liberar la tres potentes espíritus nuevos. Inicialmente el alto pensador José Ortega y Gasset, el admirable autor de las «Meditaciones del Quijote», al exegetar a Dostoyewski, revelaba su barroquismo, hermano del de Stendhal, y desentrañaba loadoramente su concepto, su genealogía y su torturado matiz concrecionando su pensamiento al actualizar las palabras de Vasari sobre el Buonarotti: «La nueva sensibilidad aspira a un arte y a una vida que contengan un maravilloso gesto de moverse.»

Después, nuestro más purificado profesor de Nueva Estética, exornado de finos anhelos criticistas, Rafael Cansinos-Asséns—que integra hoy con el ardoroso y multilateral Andrés

González-Blanco, y el sabiamente tímido Enrique Díez-Canedo un trinomio crítico actuante, mientras van aflorando en nuestro mismo álveo estelar, juveniles hermeneutas cotangencialmente afines — de sensibilidad exegética orientada hacia las novísimas generaciones, en una amplia y admirable glosa dedicada a «El Esfuerzo», ha dilucidado muy certeramente el concepto, la génesis y la evolución del barroquismo literario. Fija sus arquetipos plásticos lejanos, en los Vichnús indostánicos, en los Cristos jansenistas, en las Euménides ceñidas de sierpes, en la tragedia de Prometeo robando el fuego a los Dioses en un cáramo... Y por último, el joven y ardiente epígono fraternal Alfredo de Villacián que, en sus auroreales fervores críticos, y en un ensayo sobre el magno Unamuno, ha hallado en las estratificaciones del misticismo galiléico las contorcidas raíces del barroquismo, que luego habrían de encontrar expansibilidad triunfal en los mármoles de Miguel Angel, en los febricitantes lienzos de Domenico Theotócópuli y en las tumultuarias prosas de Gorki y Dostoyewski.

¿En qué sector prístino de las diversas y conturbadas genealogías barrocas, hallar la raigambre diáfanamente originaria de «El Es-

fuerzo»? Acaso en una purificada asunción emocional de las afines fibrosidades estéticas emergentes... Así por entre los hacecillos vibrátiles, es fácil columbrar entretejidas con las estrofas exúberas, de un fuerte «rococó» arquitectural—exaltación de mitos acerbos y cruentos—, otras menos compactas «rocailles», grácilmente floridas de mirtos y rosas fragantes...

En armónico reflejo, el matiz metafórico—, cuya estirpe nobilísima evoca a Baudelaire, Lautréamont, Quental y Herrera Reissig—de este libro, se destaca sugeridoramente por cómo se halla aromado de una eurítmica fragancia subjetiva, al través de inéditos imágenes biológicas y científicas, en que la más audaderosa originalidad se ofrenda emotivamente en pomas bermejas. Y al contemplar el armonioso dominio con que el poeta se desliza por algunas estrofas libres, podría sostenerse—en pugna con un crítico—que se halla capacitado para evadirse de los cauces métricos, lejos de los cuales han de expandirse aún más libérrimamente sus cerebraciones emocionales, cultivando el selecto jardín del versículo, verso libre y blanco, a la manera triunfal de los «verslibristas» iniciales: Laforgue, Claudel, Khan, Romain, Vielé-Griffin, Paul

Fort, Marie Krysinska, Klingsor... y aun de los novísimos «creacionistas» y «nunistas», advenidos «pendant la guerre». Pierre Reverdy, Jean Cocteau, Max-Jacob, Blaise Cendrars... y el altísimo Guillaume Apollinaire.

Mas por sobre todos los matices periféricos, se destacan ecuatorialmente en «El Esfuerzo» las cardinalísimas ideaciones libertarias, el jadear de los púgiles dialécticos y el energético espasmo potencialísimo que imbibe a todos los versos de un cálido ritmo, una reciedumbre whitmaniana y una épica emoción.

... Y he aquí que, se extinguen estas férvida glosas, solamente henchidas de puro entusiasmo fraterno hacia Mauricio—¡el cordial efebo ascético—mundano!— y tan exentas de matices persuasivos como henchidas de alusivos dardos, implícitamente desvastatrices. Así, epílogamente, poseído de cálida emotividad augural de dinámicas culminaciones, saludo jocundamente el rojizo albor emergido de «El Esfuerzo» bacarissiano, y acojo a modo de broche eurítmico estos versos de su «Canto apolíneo», en que las energéticas trepidaciones de su espíritu se aquietan remansadamente al rumor de la melodía devenirista: «Yo quiero que mi espíritu termine—en un reposo

mineral y antiguo;—en los pétreos y puros-pro pileos—mi miedo al *Dios* se quedará dormido.»

GUILLERMO DE TORRE Y BALLESTEROS

Madrid, 1918.

LAS ALMAS NEGRAS

LA SOMBRA

Es la hora emocional de la tarde.

Por la ventana abierta penetra el perfume de los rosales floridos, el vaho de la tierra cálida y la solemne paz del atardecer.

En el horizonte lejano va esfumándose una leve claridad áurea y roja.

Hay una suave dulzura en la tarde, y un gran silencio lleno de angustia y de presentimiento. Un silencio demasiado tiempo alargado bajo la bóveda sonora y armoniosa del azul. Un silencio que hace adivinar.

Todo está en éxtasis. Sólo parecen sentirse las canciones lejanas y los vagos perfumes de la tarde.

La claridad del horizonte vase diluyendo y es poco a poco una franja violeta, levemente morada.

El azul pierde la refulgencia pristina y se va oscureciendo.

Llega la sombra y un cortejo de estrellas, unas estrellas muy lejanas y palpitantes.

Aldebarán fulge ya en el cielo como una gema maravillosa.

Tiembla en trémolos débiles y pianísimos un cantar lejano. El silencio es como un lago conmovido en círculos eternos, al echar una piedra.

El paisaje desvanecido tiene todo el prestigio irreal de los fondos que pintara Juan Brull en sus cuadros de prerrafaelismo y de ensueño.

Es un momento íntimo.

Siéntese en el espíritu una indefinida nostalgia doliente.

Desearíase morir lentamente, con la tarde posesa de un divino éxtasis.

Se recuerda, sin saber por qué, aquel verso de Rodenbach, el enamorado de *Bruges la Morte*:

Douceur du soir! Douceur de la chambre sans lampe...!

Sigue el silencio largo y sostenido.

De la vieja ciudad negra, llega el cántico

del Avemaría, y un encanto místico invade la estancia...

* * *

El desconocido está ante la ventana abierta, sentado en un sillón frailero.

Es alto; el rostro amarillo y delgado, marcándose fuertemente los pómulos y los maxilares; las manos largas, blancas e inquietantes como las de un esqueleto.

En una de ellas tiene un anillo de plata con una piedra de ónice.

Está vestido con un traje negro, que le viene ancho, como los hábitos a los muertos.

* * *

En la inconsciencia maravillosa del éxtasis, contemplaba la sombra.

Poco a poco, lentamente, la estancia quedaba en la oscuridad, y el paisaje iba esfumándose, borrándose, desapareciendo como una imagen interior o el humo en el cielo.

Las cosas tenían la imprecisión de paisajes

en la noche. Sólo se destacaban las manchas más negras.

La sombra llegaba despacio, con sigilo, en silencio, con pasos leves y apagados, como si temiese despertar al enfermo que expira en el crepúsculo...

El sentía aquellos pasos como si fuesen de una persona que quisiera sorprenderlo.

Sentía un aliento enfebrecido y cálido.

Sólo el arcano misterioso...

Estaba obsesionado por la sombra que lo envolvía.

Entonces llamó a la madre, a los hermanos.

Después sintió los huesos de una mano en el cuello.

Su voz en el silencio preñado de augurios y de supersticiones, convirtióse en gritos desarticulados y espantosos.

Por la ventana abierta penetraban fantasmas, formas atrabiliarias, sombras retorcidas y dolientes.

El Desconocido tenía los ojos fuera de las órbitas.

Aquellos espectros borrosos y absurdos acercáronse a él, y con las garras arrancáronle del pecho el corazón.

Una de aquellas sombras, que tenía un rostro hambriento y descarnado, con sus

dientes amarillos, mordió aquella piltrafa roja con una crueldad sádica.

* * *

Al otro día, notó que ni pensaba ni sentía.

Dentro, sólo tenía una gran quietud, una enorme impasibilidad.

Y pensó:

—¿Si será verdad? Quizá no tenga corazón.

Y no tenía corazón.

Se puso a reflexionar:

—¿Para qué tener esa víscera dentro? En realidad, no es preciso tener corazón. Además, da ciertos trastornos sentimentales y líricos. Es preferible tener cerebro, un cerebro burgués y razonador.

* * *

Pero, he aquí que la Sombra le perseguía.

Quería poseerlo, martirizar su cuerpo con el hierro candente, dejarle la huella imborrable y eterna.

Quería la carne miserable, la materia, la podredumbre del cuerpo...

Y él sentía en sí una voz que no era humana, silbante y fría, que le decía como una mujer que estuviese enamorada trágicamente:

—Has de ser mío. .

Y huía al sentir aquellas palabras agudas como filos, por entre las turbas espantadas que tenían unos grandes ojos de sorpresa y decían melancólicamente:

—¡Está loco!

El Desconocido buscaba los prostíbulos, no por deseo, mas para olvidar un destino implacable en el amor maldito de las rameras pobres, que tenían la frialdad de esculturas de barro.

Y buscaba también el vino rojo para embriagarse y anestesiar su espanto acerbo.

* * *

Y he aquí que un día, en el delirio de la embriaguez, sintió en sí más fría que nunca aquella voz que no era humana:

—¡Has de ser mío!

Era en la media noche. El Desconocido caminaba por aquella calle del arrabal, tan negra y sucia. Había entrado en todas las taber-

nas, llenas de hombres barbados, que blasfemaban y hablaban de anarquismo.

—¡Has de ser mío!—repitió la voz inquietante que venía del misterio de la noche.

Y él, en la embriaguez, creyó que llegaba una prostituta que se le ofrecía ardorosamente.

En aquel momento, las palabras extrañas eran una promesa.

—Ven—dijo él, enfureciendo de amor.

Ella se le acercó, haciéndole caricias, unas caricias heladas.

—¡Bah! Ninguna prostituta me da sensación de carne. Tenéis el cuerpo frío... Tu cuerpo maldito parece de mármol...

La Sombra fuérase desnudando del largo brial negro que la envolvía.

—Debes ser bella... No puedo verte. Tengo los ojos alucinados por el vino... Sólo siento la frialdad de tu cuerpo y ese raro perfume...

La Sombra se acostó sobre los guijos de la calle. Era un cuerpo esqueletado, con la carne amoratada Parecía una prostituta tísica. No tenía senos y los fémures estaban descarnados. El rostro era una calavera que estaba pintada de albayalde y las mejillas de rojo...

El Desconocido se tiró sobre ella, lleno de deseo satánico y ardiente.

En el delirio horroroso, aquel cuerpo es-

queletado, tenía para él el mismo prestigio carnal que el de otra mujer más bella.

(Nunca amamos la materia; siempre amamos la ilusión que nos sugiere la materia.)

El Desconocido gemía de dolor y de amor. Era un hombre sensual que en los espasmos se retorcía, se torturaba, sentía deseos de morder, de gritar y se le hinchaban las fosas nasales, como un caballo que ventease el aire.

Después del delirio, en el éxtasis maravilloso de la cópula, gustaba, sobre todo, de besar con unción los párpados de la mujer de amor.

Quiso besar también los párpados de aquella mujer extraña.

Y como si en un momento se le hubiese clareado el cerebro, así como después de la bruma el mar queda azul, quizá por ese hastío que da la lujuria;—sintió en sí algo alucinante.

¡Aquella mujer no tenía órbitas!

Había besado una calavera.

Y ella dijo entonces, con una voz sarcástica:

—¡Ya eres mío!

El Desconocido quiso librarse de aquellos brazos, de aquella voz...

La Sombra se había enroscado en él como una culebra.

Chasqueaban sus huesos como ramas secas que se desgajasen:

—¡Ya eres mío!

El Desconocido sentía en su carne la presión de los huesos enroscados, agarrados a él, sentía una presión fría y dolorosa:

—¡Déjame!

No tenía fuerzas para libertarse de aquel esqueleto; no podía arrancar la cadena de huesos que lo aprisionaba:

—¡Déjame!

Entonces, la Sombra, como una gran boa que triturase un torso, se agarró más fuertemente a su cuerpo, hasta hacerle dar gritos de dolor, y con las garras descarnadas de las manos, le arrancó los ojos, dos gemmas turbias y extrañas, abiertas por la alucinación.

La Sombra lo libertó y lo hizo levantar.

Al soltarlo, el Desconocido cayó pesadamente de bruces, sobre las piedras, como una cosa inanimada.

La voz buída y silbante de la Sombra, dijo:

—¡Ya eres una sombra como yo misma! Ni tienes ojos para ver, ni corazón para sentir... Sólo te queda la vida vulgar.

Dijo, y se esfumó en la tiniebla de la noche oscura...

* * *

La Vida es como una Sombra alucinante que nos persigue eternamente.

Cuando llegamos al último del Camino somos como una estatua de barro, y no tenemos ojos para ver ni corazón para sentir...

CORREA-CALDERÓN

TEMAS ESPAÑOLES

La cobardía, enfermedad nacional.

Serena y tranquilamente, sin pasión que perturba ni nerviosismos que ciegan, quisiera hacer el recuerdo de unos hechos que están en la historia de España.

No he leído aun una apreciación que pueda estimarse como sincera acerca de los orígenes, del proceso interno de aquellas algaradas militares del año 17 y del ruido de amenazas en Marzo del presente.

La verdad tiene sus hombres; pero parece cierto que los hombres de España huyen de la verdad. Tal es el momento presente, en que todo se dice con relación al medio oidor, queriendo medir el efecto, no como una obligada expansión del pensamiento.

La sinceridad hace a los pueblos; la hipocresía, las decadencias. Así es el caso de España, fiel reflejo de las *virtudes* de sus hombres.

La vida nacional estuvo suspensa; estuvo pendiente de las palabras de la Junta de Defensa militar de Barcelona varios meses. Yo soy de los que siguen creyendo que en aquella Junta de Defensa y en otras suyas hermanas espirituales palpitaba un egoísmo de clase; pero no como un anhelo exclusivista. Aquellos hombres sabían al reunirse que eran militares, pero no olvidaban que eran también españoles. Ese moderno derecho, redención de los pueblos, de que hay que acabar con la herencia en la política y en los reinados, era pregonado claramente, sinceramente, por sus manifiestos.

Nadie que quiera saber la verdad y se atreva a sentirla en su pensamiento puede ignorar que la intromisión de la Junta de Madrid en los planes ideales y en las sanciones ejecutivas de los fórmulas políticas defendidas por la Junta de Defensa militar de Barcelona, fué la que aquietó y anuló aquel movimiento generador de nueva vida para España, cuya primera página querían escribirla los hombres que mandaban los regimientos de Cataluña.

Los de Madrid tenían la visión de Madrid, de conservaturismo, de quietud, cara al llano a la estepa de Castilla. Los de Barcelona, la visión de libertarios, cara al mar, a la inquietud eterna de las masas oceánicas.

Triunfó el mal otra vez sobre la tierra, como en los tiempos bíblicos. Y es que la prudencia, esa prudencia generada por el egoísmo y por la cobardía, parece que va a ser siempre la bandera de España.

En Madrid se convirtió un anhelo de redención, de beneficio social, en un egoísmo de clase: las reformas militares.

Hay que tener buena fe cuando se hagan comentarios a realidades; pero hay que ser sinceros, con sinceridad quevedesca, cuando como ahora se estudian momentos de la vida de un pueblo.

Así fueron los hombres y así sus hechos. Pero pecaríamos de parquedad, de infantilismo insustancial, si estas sencillas líneas de historia no tuvieran otro sencillo capítulo.

Los momentos de Marzo, que padecemos convertidos en figura de Gobierno Nacional ¡cómo se ríen los hombres serios!, tuvieron su génesis, su razón, en la cobardía de los militares, en su prudencia, como se dice hoy, olvidando a Cervantes. Aquel tejer y destejer

como de pensamiento, sin unidad; aquel decir y no hacer; aquel pedir con insulto y no querer tomar con valentía, práctica entonces de las Juntas militares, claramente daban a conocer sus deseos.

Se sentían orgullosos de su fuerza, dueños de España... pero de una España sin pueblo... Militares geniales sabían triunfar con sólo una compañía... Así pudo ser entonces el golpe de Estado. Lo dijimos muchos, y lo pensamos todos los que pensamos algo en España.

Pero tras de un triunfo brillante se veía una derrota de angustias. No es Poder el que no se consolida y el militar jamás podrá mandar en pueblos de España.

Esa fué la verdad que hirió el cerebro de la Junta de Defensa de Madrid, de aquella Junta perturbadora donde no había ideal, si acaso ambición, que malogró uno de los momentos más a propósito para que un pueblo dormido y perezoso escribiera la primera página de un libro olvidado que se titula «La Dignidad Nacional».

Hay pueblos, como hay hombres, que necesitan del látigo para hacerse humanos. El nuestro necesita una dictadura para hacerse pueblo. Por eso yo, hombre de izquierdas polí-

ticas, censuro la *prudencia* de los militares.

Ya voy perdiendo la esperanza; porque este pueblo escéptico y cobarde vuelve otra vez, como siempre, a esperar un Mesías para hacer *su* Revolución.

ALFREDO VILLANUEVA

Quesada (Jaén): Diciembre, 1918.

CUENTOS ESPAÑOLES

ESCALAFÓN CERRADO

El Negociado de Fomento de la Diputación foral ocupaba una estancia del segundo piso, parecida a todas las estancias oficinescas de la Administración española. Habitación grande y destartalada, ancha puerta, mampara guarnecida de bayeta roja con varios girones, dos ventanas a un patio interior, cinco mesas, un anaquel de pino repleto de expedientes en curso, llenos de polvo, una percha de madera, y, en invierno, ruedos de esparto blanco bajo las mesas y una estufa de hierro fundido, que asomaba su tubería por el vidrio roto de una de las ventanas.

La plantilla del Negociado componíase de un jefe, un oficial primero, otro oficial segundo, y dos auxiliares numerados como los oficiales. El Reglamento de las dependencias de la casa ordenaba que el ingreso en este

Negociado se verificase mediante oposición por la plaza de auxiliar segundo, retribuída con el sueldo anual de mil pesetas, y el ascenso en el escalafón podía sólo conseguirse por rigurosa antigüedad, que proporcionaba un aumento de quinientas pesetas en cada cargo hasta el de jefe, que percibía tres mil pesetas.

Aquella mañana, una calurosa mañana de Agosto, cuando entró en la oficina D. Carlos Viesca, oficial primero, estaban ya en sus puestos el oficial segundo y los dos auxiliares: Chávarri, Albéniz y Castejón. Los tres liaban el primer cigarrillo. Eran las nueve y media.

Carlos Viesca colgó su amarilleento sombrero de paja en la percha, ocupó el sillón de enea que había ante su mesa y, desperezándose con un estirón de brazos y de piernas, exclamó:

—¡Y así diez años, y los que caerán! ¡Cochina vida!

Era el saludo cuotidiano de Viesca al comenzar el trabajo. Luego se ponía los manguitos, sacudía el polvo a los papeles que tenía a mano, renegando del ordenanza por su poca limpieza, y requiriendo la pluma ensayaba la flexibilidad de sus puntos sobre la uña del pulgar de la izquierda.

A las palabras de Viesca siguió un peque-

ño silencio, turbado al instante por el bordoneo de un moscardón que penetró alocado por una de las ventanas. Albéniz se incorporó para darle un capirotazo con *El Imparcial*, que había comenzado a leer. No pudo alcanzarle y el insecto siguió dándose coscorrones por las paredes y armando impertinente algarabía.

—¡Reconcho!—gritó Chávarri—. Ni los bichos dejan trabajar en este tiempo. Decididamente, no debía haber estío o no debía haber oficina.

—Las imperiosas vacaciones, que dijo el otro—apuntó Castejón—. ¡Quién tuviera dinero para fletar un *yacht* y lanzarse por los caminos del mundo!

—Sí, sí. Dichoso aquel que tiene su casa a flote..., —comenzó a cantar Albéniz con ostensible ironía.

En esto se abrió violentamente la mampara roja y apareció la escúalida figura de Simeón el conserje. Traía el rostro demudado.

—¡Señores...! ¿Pero no saben ustedes lo que ocurre...? D. Prisco López ha muerto repentinamente esta noche.

Al escuchar la noticia los cuatro oficinistas temblaron ligeramente, quedando con la boca abierta. D. Prisco era el jefe del Negociado. Como tenía la costumbre de no acudir hasta

las diez a la oficina, no había extrañado su ausencia.

Repuestos de la sorpresa, vinieron las preguntas ineludibles.

—¿Pero usted cómo ha sabido...?—dijo Viesca.

—Noticia oficial no tenemos—contestó el conserje—. La cocinera del señor Secretario lo ha oído en la carnecería y acaba de decírmelo. Creo que ha sido un cólico miserere. Abundan estos días. El abuso de las frutas...

Los subordinados del difunto se llevaron instintivamente la mano a la barriga. Simeón prosiguió:

—Como el Sr. López vivía tan lejos, en las afueras, no habrá tenido tiempo la familia de mandar parte.

—Pues es preciso acudir a ofrecernos a la viuda. Vaya usted, Castejón, interín viene el señor Presidente y pedimos licencia para cerrar el Negociado—ordenó Viesca.

Salieron Castejón y el conserje, y al quedar solos el otro auxiliar y los oficiales comenzaron las alabanzas de rigor de que nos habla el proverbio árabe.

—La verdad es que el pobre D. Prisco era una malva—comentó Viesca.

No en vano lo habían soportado de Jefe ocho años, y aunque la severidad de su conducta y de su trato los tenía soliviantados, puesto que había tenido el buen acuerdo de morirse, no era cosa de guardarle rencor.

Albéniz hizo observar que D. Prisco no era tan viejo como parecía, apenas contaría cincuenta y cinco; podía haber vivido muy bien veinte años más. Respecto a esta observación, asintieron los otros dos, pensando, sin embargo, los tres que el finado hubiera hecho muy mal.

Ensartaron tres o cuatro vulgaridades más, hasta que a Chávarri, le ocurrió decir:

—Don Carlos, a usted toca ocupar la mesa vacante.

—Hombre no—protestó el aludido—. Guardemos por lo menos el luto que D. Prisco se merece. Sería muy cruel...

—¿Cruel? ¿Por qué cruel? Es la vida—replicó Chávarri.

—Ya saben ustedes que nuestro ascenso es automático; nadie puede quitárnoslo producida la vacante. Hoy para el bolsillo es día que señalar con piedra blanca.

—¡No sea usted bárbaro, Chávarri!—reprendió Albéniz con acento de poca convicción.

—¡Y mal que me van a venir a mí las quinientas pesetas, con mi mujer en vísperas del quinto crío!—insistió Chávarri, con desahogado cinismo.

—Eso no viene mal a nadie, pero no es decoroso comentarlo—dijo Viesca con mal disimulado regocijo—. Y luego de una pausa, añadió: ¡Qué calor tan sofocante. ¿Quieren ustedes que hagamos subir unos vasos de escorzonera? Yo pago.

—Por mí, encantado—asintió Chávarri—. Beberemos por la gloria de D. Prisco y por la salud del nuevo Jefe.

Sonó un timbre y acudió el ordenanza.

—Haga traer tres de escorzonera de la horchatería de la esquina—mandó Viesca entregando una peseta al ordenanza.

—Si a usted le parece—objetó Albéniz—, podían subir cuatro. Le guardaremos a Casjón, que vendrá echando los bofes.

—Es muy justo—dijo Viesca—. Que suban cuatro.

Diez minutos después, cada uno de los oficinistas tenía en su mesa el correspondiente vaso de escorzonera, fresquita y apetitosa, con el vidrio empañado y su pajita, incitando a los labios que debían aprisionarla para sorber el refrigerante líquido.

A los primeros sorbos abrióse de nuevo la puerta de la estancia, y con su decidido paso de siempre entró D. Prisco López, con gran estupefacción de sus subordinados, que quedaron hechos una pieza. Ni siquiera valor tuvieron para ponerse en pie y saludar al Jefe como era costumbre todas las mañanas.

D. Prisco, hombre de mucha trastienda, al ver la sorpresa causada por su aparición y cómo los tres oficinistas habían cambiado de color y quedado sin aliento para pronunciar palabra, les salió al paso, diciendo:

—¿También a ustedes ha llegado la noticia de mi fallecimiento? Pues por fortuna para mí, todo ha sido una coincidencia de cargos y una semejanza de apellidos. El muerto es López, el Jefe de Fomento del Gobierno civil.

—Más vale así, balbució Viesca.

—Gracias—contestó López—. Y que no les haga daño la escorzonera.

—Si usted gusta, hay un vaso—se atrevió a ofrecer Albéniz.

—Vamos—dijo D. Prisco—, me guardaban ustedes puesto, como al Comendador. Gracias, gracias.

RAFAEL PAMPLONA

POETAS HISPANOAMERICANOS

LA VEJEZ DE ANACREONTE

La tarde coronábale de rosas...
Las dulces notas de un divino coro
iban flotando, como polen de oro,
sobre alas de invisibles mariposas.
Componían los mimos suaves glosas;
mugía blandamente el mar sonoro,
como si fuese un descornado toro
uncido a la cuadriga de las diosas.
...Y más rosas llovieron. Y la frente
del poeta coronose dulcemente
y un calor juvenil brotó en sus venas...
Sintió llenos de flores los cabellos.
Las temblorosas manos hundió en ellos
¡y, en vez de rosas, encontró azucenas!...

LEOPOLDO LUGONES
(Argentino.)

PAN EN LA SIESTA

I

Surca el hondo remanso la piragua,
al pie de umbroso platanal esbelto,
cuyo follaje satinado y suelto
copia en su seno tembloroso el agua.
Arden las playas al fulgir de fragua
del sol estivo; y, en la luz envuelto,
relumbra en chorros el raudal, disuelto
sobre un áspero lomo de cancahua.
Como dormidos en la siesta ardiente,
yacen los campos; y, en el haz de grama
del llano, esplende el implacable Estío.
Y cruza, y riega en el cristal luciente,
del Esmeraldas, su sonora gama,
el mirlo negro, trovador del río.

II

Y al bohío llegué de «Los Vergeles»
palacio agreste de pambil, seguro,
fresco, espacioso, sin tapiz impuro;
de enrejados, clarísimos dinteles.
Diéronme pomas de sabrosas mieles,
café oloroso, enardecido y puro,

ricos vegueros de tabaco oscuro
y el filtro de cognac de los Marteles.
Bebí el néctar de Siria y el de Galia,
prendí una breva y aspiré su algalia,
en humo blanco de sutil beleño.
Me eché en la hamaca, y, a su arrullo blando,
soñé despierto y me dormí fumando,—
dulce a mis ojos el placer del sueño.

III

Y al mecer de la hamaca arrulladora,
de bronco ritmo, perezoso y largo,
lleno mi labio del sabor amargo
de la cálida breva embriagadora;
la rima oyendo del palmar, sonora,
medio dormido o en vigil letargo;
y en el profundo, delicioso embargo
de una griega visión encantadora,
soñé que estaba bajo fresca umbría,
con las ninfas y el sátiro (¡oh, milagro
del café y del cognac!) en la espesura.
Soñé y soñé, y en el sopor del día
sonó el rebuzno del salvaje onagro,
como un grito de Pan en la llanura.

CÉSAR BORJA
(Ecuatoriano.)

La Cuestión chileno-peruana.

El complejo problema internacional que hoy atrae la atención de Ibero-América, ha sido puesto en el tapete de la más viva actualidad, sin duda por reflejo y repercusión lógica del triunfo de la causa aliada. Chile y el Perú fueron países que, unidos durante las guerras de la independencia, se mantuvieron en cordial relación hasta el año 1879, en que una guerra desastrosa abrió un abismo entre ambos. Las causas de la guerra son muy conocidas, y, sin embargo, aparecen tergiversadas con frecuencia. La causa determinante fué un impuesto que Bolivia—aliada del Perú—creó sobre cada quintal de salitre que se exportara. Los exportadores chilenos protestaron y la cuestión se convirtió en un litigio de carácter internacional, no obstante, haber Bolivia suspendido aquel impuesto. Chile no aceptó las explicaciones de Bolivia, ni quiso que el asunto fuese resuelto por los Tribunales. El Perú,

que no limitaba entonces con Chile, interpuso sus buenos oficios para que se evitara la contienda armada, pero Chile le declaró la guerra, como aliado de Bolivia, el 5 de Abril de 1879, después de haber ocupado el litoral boliviano. La guerra, cruenta y terrible, se desarrolló casi por entero en territorio peruano. El ejército chileno, mejor preparado, venció en casi todos los encuentros, y siguió su plan de campaña sólo sobre el Perú, que sufrió todas las espantosas consecuencias de la lucha. Hasta el año 1883, en que se firmó el Tratado de Ancón, el Perú se defendió por evitar el desmembramiento de sus territorios, sin conseguirlo. El Tratado de Ancón, ratificado en 1884, le impuso la cesión de Tarapacá (región de los nitratos), como indemnización de guerra—la más grande, sin duda, que se ha pagado en la Historia—y la entrega de las provincias de Tacna y Arica, por un plazo de *diez años*, al cabo de los cuales un plebiscito decidiría de la suerte definitiva de ellas. Tan claro es el Tratado a este respecto, que el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, entonces, termina su Memoria sobre aquel Tratado con las siguientes palabras:

«Si el resultado del plebiscito volviera la región de Tacna y Arica al dominio del Perú,

cumpliría a la política *leal y honrada* de Chile acatar el fallo de aquellos pueblos, limitándose a recibir una compensación pecuniaria de diez millones de pesos que, unida a la renta que nos habría procurado anticipadamente la ocupación de esos territorios durante diez años, excedería, sin duda alguna, a la que habíamos reclamado a este mismo título en las bases propuestas en 1881 y 1882.»

Sin embargo, el año 1894, no pudo celebrarse el plebiscito. El año 1898 se formalizó el protocolo Billinghurt-La Torre, destinado a solventar de modo definitivo la cuestión; pero no fué aprobado por el Congreso chileno, y desde entonces hubo un motivo de inquietud para la América con este enojoso asunto, en que el Perú siempre reivindicó su derecho a las provincias cautivas, y Chile dilató la ejecución del Tratado, sosteniendo diversas teorías, entre otras, la célebre de la *cesión disimulada*, pretendiendo asimilar el problema americano a algunos de los conflictos europeos, semejantes en la apariencia, pero distintos en su realidad sustancial.

Cada día más vidriosa y tirante la relación entre Perú y Chile, no pudiéndose vislumbrar la posibilidad de un arbitraje, que Perú reclamó siempre, avivóse la discusión sobre quié-

nes debían votar en el plebiscito, y sin posibilidad de arreglos directos, a pesar de la mutua conveniencia económica y moral de llegar a ellos, el conflicto perduró como una amenaza y convirtióse en problema de amor propio nacional, fuente de incomprensiones y peligros para la paz americana. Diversos incidentes agravaron el conflicto, con la expulsión de los sacerdotes peruanos, que hasta 1911 ejercieron en aquellas provincias su ministerio, bajo la autoridad supervigilante de la Diócesis de la Arequipa, y con la política llamada de *chilenización*, que trajo como consecuencia la emigración de gran parte de la población peruana. En aquel año de 1911, se produjeron en Tarapacá manifestaciones tan intensas contra el Perú, que también se temió, como ahora, por la tranquilidad del Continente. Sin relaciones diplomáticas, teniendo ambos países sólo Cónsules para el control de las cuestiones comerciales, la situación entre Perú y Chile ha sido *suigeneris*, y el conflicto ha ido ahondándose y extendiéndose, como ocurre con este género de problemas, interesando a toda la América.

Al estallar la guerra europea, Perú se puso francamente del lado de los aliados. A esta posición espiritual le llevaban no sólo sus

simpatías ideales, la formación de su cultura eminentemente latina y especialmente francesa, su vinculación con el ejército francés, que había contribuído a la reorganización de los institutos militares peruanos con una Misión especial, sino, muy particularmente, la semejanza de su causa a la causa de Francia, y la circunstancia de haber sido considerado siempre Chile como la Prusia de Sud América, hasta por la organización de sus ejércitos, instruídos por militares alemanes y educados dentro de lo métodos y las ordenanzas prusianas.

En Chile, si bien es verdad que hubo una neutralidad oficial, el sentimiento público en los comienzos de la guerra, estuvo en su gran mayoría al lado de Alemania. Se parecía demasiado la situación del Perú, vencido en 1879, a la de Francia, vencida en 1870. El aliadofilismo del Perú tuvo consecuencias prácticas: el Perú, como es sabido, rompió sus relaciones con Alemania y se incautó de los barcos alemanes. Chile mantuvo hasta el fin su actitud expectante. Al vislumbrarse el final de esta guerra y adquirir relieves de realidad los principios proclamados por el Presidente Wilson, una corriente inexplicable de sana esperanza agitó los corazones peruanos,

y este estado de conciencia nacional reflejó en los órganos de la prensa, causando viva inquietud en Chile, donde en muchas ocasiones se había preconizado la necesidad de la anexión directa. Como consecuencia de estados de opinión formados al calor de las nuevas orientaciones, que el fin de la contienda universal han traído para las relaciones de los pueblos, en Chile se han sucedido manifestaciones antiperuanas de gran intensidad, que, naturalmente, han provocado protestas y reclamaciones en el Perú. En este estado es justo que el interés de toda América se fije en la necesidad de evitar un espectáculo sangriento al mundo. Además, en los últimos tiempos, tanto en el Perú como en Chile, ha habido corrientes de acercamiento y de concordia. Las voces de los jóvenes y de los obreros se han elevado en son de cordialidad y es de esperarse que sobre las agitaciones bélicas, las ansias de lucha y los pasados rencores, se alcen soluciones de justicia. La guerra actual es una lección formidable para los que todo lo esperan de las consumaciones de la fuerza, y los viejos conceptos tradicionales dan paso a nuevas concepciones de humanidad y de justicia. Sería absurdo suponer que volvieran las soluciones forzadas y que la

liquidación de esta guerra no significara, para América también, una liquidación absoluta y equitativa de los antiguos diferendos. Se anuncia ya la posibilidad de las mediaciones y de los pacíficos arbitrajes. En Chile mismo, hoy se afirma que nunca hubo oposición a cumplir estrictamente el Tratado de paz con el Perú, y aunque una copiosa documentación no está tal vez muy de acuerdo con esta afirmación, no es el momento de discutirla, ni estas columnas, que me brindan hospitalidad, que yo acepto agradecido, deben servir sino a expresiones de fraternidad y de concordia. Esperemos, pues, la solución definitiva y justa. Solucionado el conflicto chileno-peruano, la paz de América no será turbada y aquellos pueblos ibero-americanos, formados con la misma savia y vigorizados en comunes gestas heroicas, se prepararán al advenimiento de la vida nueva que habrá de surgir.

José GÁLVEZ

Barcelona, Diciembre de 1918.

CUENTOS AMERICANOS

EL NEGRO PÍO

(1815)

El cuarto está en tinieblas.

Reina en él la quietud del silencio, turbado apenas por la ligera respiración de dos hombres que duermen pacíficamente, el uno en el modesto lecho de la habitación y el otro en la hamaca.

Afuera se descuelga una lluvia torrencial, de esas tropicales en que el agua cae a chorros espesos, durante días enteros, porfiada, incesantemente.

En lo alto rimbomban los truenos; cruzan el espacio millares de relámpagos; estalla el rayo.

La ciudad yace a obscuras...

Estamos en Kingston, capital de la isla de Jamaica, y es el *Nueve de Diciembre de 1815*.

Todo reposa en paz en la población... ¡Bendita sea la paz!...

De pronto, por los negros corredores de la casa aquella, avanza con cautela un bulto. Sus pasos no resuenan en el pavimento; sus manos se apoyan en las paredes; su aliento está como contenido.

Son las diez y media de la noche...

El bulto llega a la puerta del cuarto donde los hombres duermen. Está sólo entornada. La entreabre con precaución exquisita para que no haga ruido y se desliza adentro.

Ahoga la respiración y, palpando en la sombra, procura orientarse para no tropezar con algún mueble.

Es diestro conocedor del lugar, sin duda alguna, porque su vacilación dura un instante.

Se dirige de puntillas a la hamaca y tantea una de las cuerdas que la sostiene para cerciorarse, por el peso, si alguien duerme en ella.

Luego desenvaina un puñal, y adelanta un paso.

El hombre de la hamaca no despierta; su respiración es igual y tranquila.

El bulto se inclina sobre él, le ase bruscamente por la ropa y le tira una puñalada en el cuello.

La víctima da un alarido terrible, se incorpora a medias, bajo la férrea mano que la oprime, y adivina, más que reconoce, a su enemigo a través de la obscuridad y el terror.

—¡Páez! ¡Páez!—grita con todas sus fuerzas—¡El negro me asesina!

No tiene tiempo para más.

El negro alza otra vez el brazo y le entierra el puñal en el corazón.

Luego, procura escaparse.

Pero el grito supremo del asesinado de tan infame manera, ha puesto en pie al llamado Páez, que le persigue dando grandes voces.

El negro, armado como está, no piensa siquiera en defenderse. Tiembla, se aturde, pierde la cabeza, y todo su afán es correr y ponerse en salvo.

Pero el tumulto ha despertado a los demás moradores de la casa, quienes se echan fuera, e informados instantáneamente de lo que sucede, se arrojan en persecución del malvado.

—¡El negro Pío!... ¡El negro Pío!... ¡él es! ¡él es!...

A estos clamores, a este ruido insólito acuden los agentes del orden público, y en breve es hallado y aprehendido el malhechor.

¡Aun tenía en la diestra el puñal ensangrentado!

Anhelante está por la agitación de su loca carrera; los ojos sanguinolentos quieren saltársele de las órbitas y brilla feroz su blanca dentadura...

¿Quién era este negro infame? ¿Quién la desventurada víctima y por qué se la había matado?

* * *

Bolívar había abandonado voluntariamente las playas colombianas el 9 de Mayo del citado año de 1815, cediendo a la fuerza arrolladora de la expedición del general Pablo Morillo, cuanto a la envidia y al odio de sus mismos conmilitones y compatriotas, que se desgarraban entre sí en míseras rivalidades, cuando más indispensable era la unión incondicional para resistir al gran torrente que les estaba anegando.

Se dirigió a Jamaica, y se estableció en Kingston.

Iban con él su secretario privado, Briceño Méndez, su primer edecán, Kent, y los dos hermanos Carabaños.

Algunos días después emigraron, con la misma dirección, otros oficiales patriotas, entre los cuales se contaba el Teniente Coronel Páez, que había sido su edecán.

Una vez en Jamaica, lleno siempre Bolívar de su pensamiento libertador, dióse a buscar amigos y protectores para la independencia de su patria, y a publicar en los periódicos escritos en los que exponía con valor y talento la justicia del movimiento revolucionario y la verdad de los acontecimientos. Esta última labor era muy urgente, porque los enemigos de la emancipación americana propalaban en el extranjero mentiras y calumnias, con el objeto de concitar antipatías contra la mencionada causa.

Por lo demás, parecía locura que el Libertador soñase siquiera en proyectos de nuevas expediciones y quisiese interesar en ellos a gentes extrañas, en el momento preciso en que más desesperados que nunca se presentaban los sucesos de la Revolución. Nada resistió ante los diez mil veteranos de Morillo, que acababan de humillar en España el enorme poderío de Napoleón el Grande. Los ejércitos republicanos se habían vuelto humo; los elementos de guerra estaban en poder del *Pacificador;* Venezuela, Nueva Granada, Quito, yacían sometidas; se levantaba ya el cadalso para los americanos que se atrevieron a procurarse la independencia; todo era una ruina, todo era una desesperación.

Sin embargo, Bolívar soñaba en Jamaica—¡sueño profético el suyo, ciertamente!—con la realización gloriosa de los destinos del Nuevo Mundo, desarrollando vastos planes en una carta famosa dirigida en Agosto de ese año a un caballero de aquella isla:—¡y estaba solo! ¡y estaba pobre! ¡y estaba expatriado!...«Veía a Colombia emancipada—dice uno de sus historiadores—; a Chile constituído; a México, al Perú libertados; al istmo de Panamá hecho el centro de las comunicaciones y de la actividad de la industria humana; veía la América del Sur dividida en nacionalidades poderosas, habiendo pasado de la esclavitud a la lucha y a la conquista de la propia dignidad, y de los tiempos de la espada a los de la civilización política y de las constituciones del poder: entidades considerables en la estadística del mundo por sus productos, por su comercio, por su ciencia, por sus guerras, por sus alianzas, por sus leyes, por sus gobiernos libres... con nombres propios, con historias famosas, con virtudes excelsas y esperanzas inmortales». (*)

Sus contemporáneos pudieron reirse de estas que parecían quimeras de un calenturiento; pudieron llamarle loco, porque estaban viendo

(*) Larrazábal.

los sucesos; pero hoy, ¿quién se ríe? ¿quién es el loco?...

No se entretenía tan sólo en la propagación de estas ideas el Libertador. Inquieto y activo, llamaba a todas las puertas en solicitud de auxilio para recomenzar la lucha, y cuando ya el desaliento iba quizás entristeciendo su alma, porque, en fin, hombre era y la debilidad es don común de los humanos, halló—¿quién lo creyera?—un hombre generoso, un noble extranjero (era natural de Curaçao, colonia holandesa no muy distante de Venezuela), que no vaciló en sacrificar — porque sacrificio era en esos momentos — su posición, fortuna, porvenir, en aras de la independencia colombiana. Era rico: tenía barcos, tenía cañones, fusiles, pertrechos, y todo se lo dió a Colombia. Se llamaba Luis Brión; este nombre se hizo justamente célebre en la historia de la liberación de Colombia.

Organizada la expedición, iba a zarpar de un día a otro.

Bolívar no sospechaba que en esos mismos momentos estaba cerniéndose sobre él una tempestad en cuyo seno fulguraba con resplandores rojizos el puñal del asesino.

* * *

Tenía el Libertador un criado de color, llamado Pío, antiguo esclavo a quien había manumitido.

Contra aquel negro que puso a su servicio personal, ninguna queja tenía que alegar: por bueno le había escogido y por bueno le conservaba a su lado.

Dicen que D. Salvador Moxó, entonces Gobernador y Capitán General de Caracas, anduvo en este criminal enredo como inspirador, ordenador y pagador, y que envió a Kingston un español y un americano realista con la misión de asesinar al jefe republicano que, así desterrado y todo como estaba, era aún motivo de temor para sus contrarios. No es cosa demostrada, pero dada la calamidad de la época y la inmoralidad de los caudillos y autoridades españolas, tampoco es increible.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que corrompieron al desdichado negro ofreciéndole dos mil pesos por el asesinato de su amo.

Este hubiera perecido irremediablemente, si su destino, que para mayores cosas le tenía reservado, no lo hubiese impedido por medio de una casualidad.

Vivía el héroe colombiano en junta de otros emigrados; algo estrecho e incómodo en las

apreturas de una convivencia que le quitaba parte de su libertad individual.

Quiso estar mejor, y, acompañado de su secretario íntimo, Briceño Méndez, se puso a buscar otro alojamiento.

No le costó mucho trabajo hallarlo como él lo deseaba.

Una criolla francesa, llamada Madame Julienne, le ofreció una sala y una alcoba en su casa, oferta que fué aceptada.

Cerrado el trato, se despedían ya el Libertador y su compañero, con la promesa de volver al día siguiente con su equipaje a instalarse en las habitaciones que acababan de alquilar, cuando cayó la copiosa lluvia a que hicimos referencia en el principio de este episodio.

Se detuvieron. No era cosa de salir a esas horas—ya había cerrado la noche—y con semejante aguacero.

Pasaba el tiempo y la lluvia era cada vez más copiosa. Situación comprometida.

—Puesto que me ha alquilado el cuarto—dijo bondadosamente Madame Julienne a su nuevo inquilino, quédese, señor, y así tomará posesión de él desde esta misma noche.

No había más remedio que acceder a la invitación, y Bolívar se quedó.

Su salvación consistió en un acto tan sencillo.

Las dos noches anteriores había dormido el grande hombre en el cuarto de aquel oficial Páez, a quien arriba nombramos. Como en la que nos estamos refiriendo no regresaba, y se hacía tarde, ocupó su lugar otro emigrado, D. Félix Amestoy; y él fué la víctima en la escena descrita.

Al día siguiente, Bolívar hizo insertar en todos los periódicos el artículo que va a leerse:

«Dos mil pesos se han ofrecido por algunos españoles a un negro para asesinar a su amo, el General Simón Bolívar. Pudo más en el criado la tentación del oro que el deber de la fidelidad. El preso no ha revelado hasta ahora los nombres de los que le corrompieron. El General Bolívar había dejado su alojamiento por algunos días y colocado entre tanto sus baúles y equipaje en el cuarto del Teniente Coronel Páez; y el asesino esperaba que durmiese la tercera. Apagadas las velas, el negro, que debía cumplir la maldad a que le habían inducido, vino a la hamaca, y hallándola ocupada, dió una puñalada al que allí estaba, creyendo que era su víctima. Cuando el infeliz se movió, el negro le dió una segunda herida mortal en

el costado, que causó instantáneamente la muerte.

»Es esta la tercera vez que la vida del General Bolívar ha sido atacada por los españoles más bajos y criminales; y en todas ocasiones ha escapado milagrosamente.

»El desgraciado Amestoy, Comisario, era un hombre de excelente educación y de las maneras cultas e inofensivas. Al día siguiente de su muerte debía salir para Santo Domingo».

Condenado a muerte, Pío fue ahorcado el 23 de Diciembre en la plaza pública de Kingston, y su cabeza, puesta en un palo, se colocó en un lugar donde todos pudiesen verla.

* * *

Algunos días después de esta aventura, el Libertador se embarcaba en la goleta de guerra *Popa*, con rumbo a las riberas de la Patria.

Con él iba la fortuna de Colombia.

MANUEL J. CALLE
(Ecuatoriano.)

MODERNOS POETAS MEXICANOS

EFRÉN REBOLLEDO

El gran siglo XIX fué el siglo de las revoluciones y de las transformaciones. Diversas ideologías, opuestas entre sí, luchan y se suceden, imprimiendo nuevas tendencias, abriendo cauces desconocidos, ensanchando los horizontes, disputándose el predominio del espíritu humano. La Francia generosa y libertadora es la matriz de esas renovaciones que se propagan por el mundo, llevando el germen fecundador de nuevas ideas, que, casi siempre, surgen envueltas en lamentables exageraciones; pero éstas pasan, y el principio regeneratriz queda, aportando un elemento al proceso indefinido e imperfectible del arte y de la ciencia.

En época tan agitada y convulsa, pero tan fecunda, no es de extrañar que haya llegado a

exacerbarse, hasta un grado máximo, la eterna lucha entre el idealismo y el realismo, las dos direcciones diametralmente opuestas, que, desde el orto de la civilización, vienen luchando por la hegemonía del pensamiento universal.

La literatura no podía sustraerse a esta lucha; antes bien, la condensa, la refleja, la encarna, la propaga, y, por último, la fija de manera definitiva. Así vemos triunfar el idealismo con la universalidad y apogeo de la escuela romántica, en la que la imaginación y el sentimiento predominan sobre la razón y la verdad. De toda suerte, el fin que aparece realizando en los dominios del arte el Romanticismo, no puede ser más noble y excelso: rompe los viejos moldes, da las últimas batallas al amaneramiento y al artificio, y liberta a la literatura de las trabas y los preceptos de la forma, ascendiendo con ella, unidos en un beso férvido, como Psiquis y el Amor, a las más altas regiones de la fantasía, en las que llegaron a perderse; pero dejando en el firmamento del arte la visión armoniosa y la fúlgida estela de su vuelo arrebatado y triunfal.

A los excesos desbordantes de fantasía y pasión del Romanticismo, sucede, por ley natural, una reacción realista, informada por una

estética fría, marmórea, impecable, severa, serena.

El manantial de donde arranca el hilo cristalino de esta pura linfa de arte es el corazón de un romántico, del soñador aristócrata Alfredo de Vigny, príncipe esclarecido de la corte de Hugo, *Emperador de la barba florida*.

Y la que durante la plenitud romántica fué tenue corriente subterránea, llega a ser después río solemne, que por canales de mármoles clásicos, ornados de macizos de laureles, corre y se dilata evocando con su rumor reminiscencias de griegas armonías.

La nueva escuela se denomina *Parnasiana*, y son Teófilo Gautier, Leconte de Lisle, Teodoro de Bambille, José María de Heredia, Carlos Baudelaire, Esteban Mallarme, Paul Verlaine, Francisco Copée, Villiers dL'isle, Jully Prudhome, Cátulo Mendes, sus pontífices y sus maestros.

Almas inmensas, espíritus refinados, flores peregrinas de una cultura milenaria, un ideal de perfección les domina. Expresar lo inexpresable, decir lo que nadie ha dicho, valiéndose siempre de la imagen y el símbolo; trabajar la forma con paciencia y primor de orfebres, hasta hacer de la estrofa un áureo cáliz celli-

nesco, constelado de camafeos, guarnecido de traslúcidos esmaltes, gemado de piedras preciosas; tal es el afán que consume, como una fiebre sagrada, a esa egregia pléyade de artistas impecables, que después de señalar el camino del más puro arte, entregan a la admiración universal un tesoro fabuloso de joyas eternas.

Este movimiento renovador de la poesía francesa, como los anteriores, llegó algo tarde a la América ávida, y allí prendió su divino fuego en artistas selectos, que supieron fundir en una síntesis suprema, el imperativo de perfección que de fuera les venía y los cálidos brotes de sus almas desbordantes.

Como uno de los más legítimos y genuinos representantes de la escuela parnasiana en México, aparece Efrén Rebolledo, artista refinado, cincelador del verso, orfebre de la estrofa, enamorado de la belleza plástica que le ha llevado a forjar un arte de estatuaria; pero no de una estatuaria fría y pétrea, sino animada con el fermento humano de su naturaleza ardiente y sensual.

La poesía de este poeta es casi siempre ajena a su época y a su país: Grecia divina da a sus poemas diáfanas serenidades, el Japón suntuario y fabuloso, raros y fantásticos

motivos; y su obra toda exhala un mixtificado perfume de exotismo que conserva, sin embargo, diluídas y alquitaradas las esencias del alma americana.

Efrén Rebolledo nació en un pueblo del Estado mexicano de Hidalgo, en 1877. Artista nato, por vocación, por fuerza de su temperamento, de no haber sido poeta y literato, hubiera sido pintor preciosista o cincelador orfebre. Fuese por los caminos de la literatura, y al mismo fin de realizar la belleza llegó. ¿Qué más da que haya sido la palabra y no el color y la línea el medio de expresión? Varias son las sendas que conducen a la Thulé del arte.

Rebolledo también ha sido diplomático, y como Secretario de Legación ha vivido algunos años en el Imperio del Sol naciente, del que es un apasionado, y ha logrado dar nociones plenas, síntesis primorosas en poemas de un encantador exotismo de buen gusto.

Actualmente ocupa Efrén Rebolledo una curul en la Cámara de Representantes de su país. Allí le conoció el cronista, en 1917. Se había anunciado una interpelación contra el poeta diputado, y a presenciarla acudimos a la tribuna de la prensa. La Cámara celebraba

sesión en pleno; las tribunas estabana testadas. El momento no carecía de solemnidad. Se acusaba al poeta, por un diputado de la mayoría, de haber escrito, con motivo de una fiesta dada en la Legación mexicana en Tokío, una composición poética en la que se alababa al caudillo que, traicionando a Madero, el Presidente apóstol de la regeneración nacional, asaltó el solio de México, del cual fué arrojado por la revolución que inició el famoso grito de Cohahuila, dado por D. Venustiano Carranza, quien reunió a casi todo el país bajo su mando, venció al usurpador, y actualmente representa el poder constituído, el orden, la legalidad y la paz. Los versos pecaminosos nos parece que, poco más o menos, decían así:

...Y unámonos en torno del hombre fuerte
que entre escombros levanta nuestro estandarte. .»

El *hombre fuerte* resultaba ser nada menos que el bárbaro de Victoriano Huerta.

El interpelante se empeñaba en dar a esos versos el valor de una declaración política, que debía tener sus consecuencias, y, por ende, su sanción. La cosa venía a revestir así mucho interés; pues, en una Cámara legislativa se iba a debatir la responsabilidad de un

poeta, no como hombre ni político, sino como poeta mismo. Explanada que fué la interpelación, se levantó a contestar un hombre alto, moreno, las facciones duras, el gesto hierático y un tanto hosco; gruesos lentes redondos en montura de carey se afirmaban sobre una nariz sensualista, mostrando unos ojos negros de mirada penetrante. Era Efrén Rebolledo. Dijo que, efectivamente, había escrito la composición aludida, y pidió que fuera leída íntegra ante la Cámara; lo que se efectuó en seguida por un Secretario. Luego, con frase mesurada al principio, y después con verbo exaltado dijo, que al escribir esa poesía de ocasión, sólo se había inspirado en el amor a la patria distante; que a miles de leguas del país, desconocía entonces la manera cómo se habían desenvuelto los acontecimientos de México, de los cuales tenía una noción que ahora reconocía que era errada, y terminó con un canto a la divina libertad del arte, que no reconoce otro fuero que el de la sacra Belleza omnipotente. La Cámara aplaudió, la interpelación fué desechada por mayoría absoluta de votos, y el exquisito poeta tuvo un éxito como orador.

A númen tan selecto y depurado como el de este raro poeta, tenía que corresponder

una forma preciosista y suntuaria. Acerca de la técnica de Rebolledo, Amado Nervo dice estas palabras...: «Yo le llamaría más bien alto artífice que alto poeta. Fríamente cincela, pule, labra. Disloca, ductiliza, engarza. Conoce muchos secretos del ritmo y de la rima. El verso es su esclavo. Paciente obrero, tenaz obrero, Rebolledo persigue días y noches una cadencia nueva, y cuando la ha encontrado hallamos todos *que es buena*, la amamos por bien pergeñada; pero le falta acaso la santa melancolía, la aureola de la honda emoción, la excelsa nobleza de la pena...»

Efrén Rebolledo, que no sólo es poeta, sino también prosista admirable, lleva hasta ahora publicadas, amén de traducciones estupendas de Oscar Wilde, las siguientes obras originales:

Cuarzos, versos; *Más allá de las nubes*, *Hilo de corales*, versos; *Joyeles*, versos; *Estela*, prosa y verso; *El enemigo*, novela corta; *Rimas Japonesas*, versos; *Nikko*, *Hojas de Bambú*, novela; *Libro del Loco Amor*, versos; *El Desencanto de Dulcinea*, cuentos; *Aguila que cae*, tragedia histórica.

CÉSAR E. ARROYO

ACTUALIDAD ARTÍSTICA

Pilar Montaner de Sureda.—Planes.—Arizmendi.—José Pinazo Martínez.

Gran interés había por conocer la obra de la pintora mallorquina Pilar Montaner de Sureda, cuya fama, desde hace algunos años, había trascendido, por los calurosos elogios que le tributaron literatos y críticos que tuvieron la fortuna de poderla admirar; sobre todo, por los emocionados versos que le dedicó el renovador de la lírica española contemporánea, Rubén Darío. Y justo es decir que ese interés no ha sido defraudado. Las obras que la señora Montaner de Sureda expuso en el Salón del Círculo de Bellas Artes han respondido con creces a las esperanzas que todos pusimos en ella. Es más: yo hasta diría que sorprendieron, porque son de una intensidad, de una virilidad impropias de un temperamento femenino. Por lo que a mí

respecta, sé decir, que, de ignorar el nombre del autor, las hubiese atribuído a la moceril rebeldía de un púgil de las luchas estéticas. Esa sorpresa se agranda cuando se sabe que la pintora no sólo no es ninguna mozuela, sino que la maternidad ha desgarrado sus entrañas muchas veces. Y entonces, la sorpresa se trueca en una férvida admiración para esta naturaleza femenina privilegiada, que a la vez ha podido ser singular entre las madres y entre los artistas.

La señora Montaner de Sureda dividía sus cuadros en tres secciones, que titulaba «Olivos de Valldemosa», «Retratos» y «Horas y días.»

La primera sección comprendía siete cuadros, y podría definirse diciendo que es una pintura literaria. La pintora no ha querido evidentemente sujetarse al natural, ni dar una sensación exacta de la realidad. Temperamento lírico el suyo, ha tomado un tema que la Naturaleza le brindaba, y, dejando expandir la fantasía libremente, ha compuesto un cuadro caprichoso, arbitrario si se quiere, pero emotivo, y más que emotivo, sugerente. Para juzgar esos cuadros que se llaman «Monstruo decapitado», «La bruja torturada», «Monstruos del campo del fuego», «Los troncos ci-

clópeos», «Arboles penitentes», «Piedras blancas» y «Labrador fantástico», hay que desposeerse de la finalidad analítica del crítico; es decir, no son cuadros que se juzgan; son cuadros que se sienten. Hay que poseer un alma lírica; hay que ser sensitivo. Si el latigazo de la emoción no ha sacudido el espíritu, esos cuadros han de parecer absurdos y falsos, pictóricamente considerados; porque lo que hay en ellos es el tesoro imaginativo y sentimental de una mujer prodigiosa, que siendo muy mujer es también muy artista.

Los «Retratos» son sin disputa lo más débil de la pintura de la señora Montaner de Sureda. Con no añadir ningún mérito, evidencian que su autora es temperamentalmente paisajista, sobre todo al compararlos con los cuarenta y cuatro cuadros que componían la tercera sección, denominada «Horas y días». Por eso no me detengo a examinarlos. Es preciso advertir, sin embargo, que entre los intitulados «Retratos», figuraban dos cuadros que, en realidad, pertenecen a lo que en la jerga del oficio se llama «Cuadro de género».

Se titulaban «Ligando pámpanos» y «Vendimiando», y eran dos espléndidas visiones de la huerta de Mallorca, la Isla Dorada, tan semejante en luz y color a la huerta valenciana.

Es posible que esta semejanza, con el hecho de haber sido Pilar Montaner discípula de Sorolla, sea la causa de encontrar en aquellos cuadros de vez en cuando la zarpa luminosa del pintor valentino; y no digo esto en tono de censura; pues, en contra de la opinión de algunos ilustres colegas, lo que despectivamente llaman algunos «sorollismo» a mí me parece de todo punto admirable, y lo único que encuentro mal nos es el «sorollismo» de Sorolla, sino el «sorollismo» de los imitadores de Sorolla, entre los cuales no cuento a la pintora de que me ocupo.

En estos cuadros destaca un vibrátil cromatismo de amplios ritmos y calientes tonalidades.

Como dejamos advertido, la tercera sección es la que recogía íntegramente la personalidad de la pintora.

Componíanla apuntes y notas de álbum, impresiones aladas y fugaces, estudios sintéticos, esquemáticos, como el título dice, de «Horas y días»; es decir de ambiente y de luz, a la manera de los impresionistas franceses, o séase, considerando a la luz como el verdadero, el único protagonista del cuadro.

El paisaje maravilloso de Mallorca está recogido en sus aspectos varios y distintos en

esos cuadros, donde el conocimiento y la pericia se unen a un espíritu capaz de sentir todas las emociones, de percibir todas las bellezas, por raudas y leves que ellas sean, o profundas y esotéricas que parezcan.

Pilar Montaner no sólo sabe ver el paisaje, sino que lo siente, y, además, sabe expresarlo como lo ve y lo siente, rara cualidad, que sólo logran alcanzar los grandes artistas.

Como se deduce por lo expuesto, esta es una pintura realista, en la que la autora, sin prejuicios ni preocupaciones, se entrega por entero, ansiando fundirse con el natural, pretendiendo arrancar los secretos estéticos con que la realidad la embriaga. Y lo consigue; porque esa misma embriaguez que ella sintió al pintar sus cuadros, la sentimos nosotros al contemplarlos.

No hemos estado en Mallorca; pero somos también hijos de una tierra de sol, de ese Levante edénico, bañado por el mismo mar que encintura a las Baleares, y nos sentimos identificados con los paisajes que ha expuesto la ilustre mallorquina; paisajes que evidencian a una pintora de muy poderosa y sugestiva personalidad.

Yo no sabría cuáles cuadros elegir: «Cavall Bernat de Pollensa», «Almendros de Gé-

nova», «La catedral», «Valldemosa», «Cala murta», «Camino de Bellver», «Carretera de Deyá», «Costa de Miramar»... Todos, todos ellos despiertan en mí yo no sé qué inefables y extasiadoras emociones...

* * *

En el saloncito del Ateneo celebraron una Exposición el joven escultor José Planes y el pintor J. S. Arizmendi. No pudieron juntarse dos artistas de temperamento más opuesto. José Planes, en sus esculturas, tiende a la serenidad, a la depuración, al ennoblecimiento de la realidad. Arizmendi, heterogéneo y desigual, parece como que se complace en sus cuadros, en buscar los sujetos menos pictóricos, los asuntos más vulgares, los temas más groseros, resolviéndolos con un realismo en donde no hay una sola delicadeza. El escultor se esfuerza en refinar el gusto, apartándose de lo vulgar y plebeyo, y aunque son vulgares y plebeyos algunos de los tipos que le sirven de modelo, sabe elevarlos sin quitarles ningún elemento característico; el pintor, por el contrario, sobre escoger lo más burdo y antipático, acentúa, agranda, destaca el mal

gusto de su paladar artístico, de su sensibilidad con una técnica tosca, seca y desabrida.

De José Planes no podemos hacer un juicio concreto. Su labor, con ser meritísima, no puede estimarse como definitiva, sino como exploraciones o ensayos técnicos en busca de la personalidad. Hasta ahora—yo por lo menos no me atrevo a otra cosa—, no pueden anotarse nada más que las cualidades que deja descubrir; cualidades que, por otra parte, como habrá podido observar el lector, le señalan como un escultor de grandes alientos. Su amor al natural está purificado por el vivo anhelo de hallar el espíritu, conquistarlo y reflejarlo. En los nueve bustos y seis dibujos que expuso se observa esa tendencia, que no puede ser más plausible. No es sólo la fría reproducción de la forma lo que el escultor debe de perseguir, sino que el artista ha de buscar la emoción, que está en el alma.

Planes está muy bien preparado para empeñarse en luchas más complicadas y arduas, y yo espero de él grandes victorias. Tiene serenidad reflexiva e ímpetu acometedor y, sobre todo, un gran entusiasmo por su arte.

No creo engañarme al decir que José Planes es uno de los escultores jóvenes que más esperanzas puede hacer concebir.

Del pintor Arizmendi añadiré que de las obras que expuso sólo me agradan tres: las tituladas «El mendigo», «Paisaje del Retiro» y «El escolar». Estas obras no sólo no tienen nada que ver con las restantes, sino que entre ellas mismas no hay una sola analogía temperamental.

* * *

Para los que seguimos con curiosidad e interés el desenvolvimiento de la vida artística española, no ha sido una sorpresa el éxito rotundo, definitivo, que Pinazo Martínez acaba de obtener con su Exposición del Círculo de Bellas Artes.

Pinazo es de los pocos pintores para quienes el arte no es un oficio como otro cualquiera; no es de aquellos que, con miras de medro y aspiraciones mercantilistas, se contentan con lograr un prestigio más o menos falso para dedicarse a vivir de él tranquilamente, con un aterrador espíritu semítico. Desde que obtuvo, en 1915, la primera medalla en la Exposición nacional por su cuadro «Floreal», canto magnificente y grandioso de la tierra valenciana, se operó en su arte una evo-

lución que prometía espléndidos frutos. No se hicieron esperar. En la Exposición de 1917 quedó patentizada de modo indudable en sus cuadros «María Luisa», «Luciérnaga» y «La princesita de los pies descalzos.»

El colorista prodigioso buscaba, perseguía la emoción. Ya no se contentaba con entusiasmar arrancando a su paleta armonías orgiásticas de color, grandilocuentes himnos cromáticos. Su arte brusco, duro y externo, se pulía, se acicalaba. El barroquismo de que parecía hacer gala fué desapareciendo y convirtiéndose en sencillez, en elegancia y soltura. En una palabra: buscaba triunfos nuevos, porque era difícil, más que difícil casi imposible, después de «Floreal», seguir por esa ruta, que sólo al amaneramiento podía conducir a un artista que quisiese afincar en eternos cimientos su personalidad. «Floreal» no podía ser un punto de partida, ni mucho menos expresión definitiva de un temperamento. Su valor no pasaba de ser episódico, y el gran acierto de Pinazo es haberlo comprendido así. Este ilustre artista, que cuenta con mi devoción entusiasta, ofrece a la juventud un alto ejemplo de probidad y de sinceridad. Es un tipo representativo de la nueva generación, Odia los fáciles triunfos y se complace en ir

planteándose problemas y creándose dificultades por el solo placer de resolverlos y solucionarlos.

No en el nirvana, en el quietismo, en la inmovilidad, sino en el descontento, en el desasosiego, en el dinamismo espiritual, reside la fuente Castalia.

En este sentido tal vez sea, de todos los que han dado en llamar «jóvenes maestros», en el que más esperanzas se pueden poner, porque debido a la inquietud que le caracteriza, siempre podemos esperar de él conquistas inéditas con que aumentar el acervo del arte. Es decir, que a Pinazo jamás podremos—por lo menos hasta ahora—catalogarle, encasillarle, ponerle un rótulo, como hacemos con otros muchos, de los cuales ya sabemos de antemano lo que nos pueden dar; él siempre ofrecerá algo nuevo de subidísimo valor, que poco a poco le va acercando—en cuanto a méritos, se entiende—a los grandes creadores de la pintura de todos los tiempos, desde el primer Renacimiento hasta Goya el inmenso.

Esa evolución que señalaron los cuadros de 1917 ha seguido «in crescendo» y ha engendrado los cuadros que se exhiben actualmente en los salones del Círculo; cada uno

es una conquista, un paso hacia adelante; cada uno es una fase, una modalidad, una faceta de esa personalidad robusta e insigne, en la que yo veo una gloria nacional. Vosotros mismos estableceréis la diferencia que va del pintor de «Floreal», al de «Rosa de té»; del autor de la «Princesita de los pies descalzos»—poema encantador de elegancias exquisitas, tapiz de mágico concepto decorativo—, al de esa nueva princesita que se titula «Sonatina», llena de gracia, de espiritualidad, de candor; del pintor de «María Luisa», al de «Campánula», o «La virgencita», o «Zagala de romance», o «Nena»; del pintor de «Luciérnaga», al de «Luisita Puchol», o «Las novias del diablo», o «Mantón blanco» ¡Qué avances tan insospechados, tan bizarros, tan admirables! Porque entre esos cuadros no hay intervalos ni descansos; es una labor que se desarrolla normalmente, sin violencias y sin intermitencias El pintor no descansa sino en ese descanso de los privilegiados: la mudanza de ocupación. Es un espíritu que siempre está inquiriendo; es un cerebro que siempre está maquinando, urdiendo, explorando. Por eso tiene esos atisbos de la gran belleza inmortal. Y no obstante la intranquilidad psicológica del artista, sus obras son serenas; no

reflejan dudas ni vacilaciones; al contrario, una intensa paz augusta y solemne hay en ellas. Se diría que el pintor gastó largo tiempo en concebirlas y resolverlas; sobre todo en pintarlas, pues no es su técnica de aquellas que invitan a la ligereza, a la celeridad. Construye y empasta como un primitivo, como un renacentista. Las capas de color se superponen, acariciadas por un pincel hábil y minucioso que se complace en obtener matices, y destacar los volúmenes, y dibujar la corporeidad.

Un estudio atento de la pintura de Pinazo Martínez, tomando como punto de partida el cuadro que yo, en otra ocasión, he llamado básico, «Los enredos del diablo», vemos que en toda ella no hay una sola rectificación; es decir, que Pinazo no abandona ningún camino para tomar otros, no anula cualidades para adquirir otras. Toda la obra es perfectamente homogénea y análoga; toda ella se relaciona, se ensambla de modo perfecto e indubitable. Hablar de fases o de épocas de su pintura queriendo establecer diferencias de orden técnico y divisiones de orden psicológico, equivale a proceder ligeramente. Lo que ocurre es que el pintor, a medida que va adelantando en la vida, y conforme se adentra en

los secretos de su arte, va perfeccionándose en el oficio y va adquiriendo mayor sutilidad sentimental, un sentido más agudo y elevado de la estética. Toda su evolución consiste en eso, y esa es la verdadera evolución, no la que otros entienden, fundamentándola en los cambios bruscos y hasta en las radicales mutaciones de tendencia y modo de hacer.

Precisamente, el mayor mérito de Pinazo estriba en haber sabido distinguir sus cualidades temperamentales y hecho que prevaleciesen por encima de las sugestiones e influencias extrañas que a través de sus obras ha sufrido, como las sufrieron todos los artistas de todas las épocas. Pinazo ha tenido la serenidad bastante—y esto le ha salvado de extravíos y fracasos dolorosos e irreparables—de estudiar su obra con espíritu crítico implacable, sin que el análisis haya destruído el entusiasmo y originara una depresión anímica anuladora.

Contrariamente a lo que otros hacen, en vez de fijarse en lo ajeno para tomar de él aquello que igual pudiera vivificarle que destruirle, ha perseguido con verdadera saña cuanto no hubiese en su arte de su propia personalidad. Así como otros, de los residuos de diversas personalidades se han formado una heteróclí-

ta personalidad, Pinazo ha buscado en el fondo mismo de su alma la substancia vital de su pintura y ha estado atento a escuchar la voz secreta, íntima, que nos dicta el camino y nos dice, inexorable, la verdad, sin adulaciones, pero sin hostilidades. Y después de un período de dudas y de inquietudes, propio en todo aquel que del arte haga un sacerdocio, ha llegado, paso a paso, noblemente, triunfalmente, a este espléndido y luminoso mediodía, representado por la Exposición del Círculo de Bellas Artes.

En las diez y ocho obras que ha expuesto no hallaréis una sola que no tenga su referencia, su antecedente en otras anteriores del mismo autor. Son una continuidad, no una negación de la labor pretérita. Ahora bien; ¿qué es lo que las diferencia? Pues esa depuración a que antes me he referido. Y nada más. Pinazo lo único que ha hecho es quitar asperezas, romper rigideces, contener vehemencias, deshacer énfasis, es decir, aligerar el bagaje enorme que embarazaba un poco su estilo y darle tersura, diafanidad y gracilidad, o lo que es lo mismo, quitarle todo lo que le sobraba y añadirle aquello de que más necesitado parecía. Pero, entendámonos; esto no de golpe, no de una vez y por sorpresa, como si el pintor hu-

biese estado ciego y de pronto la luz hubiese herido sus ojos; nada de eso; pausada, tranquilamente, sin solución de continuidad, ha ido haciendo estas operaciones evolutivas, dando una unidad rara e íntima a su cuantiosa labor, no obstante su variedad.

Por eso decía yo que no era una sorpresa para los que seguimos con interés el desenvolvimiento de la vida artística el éxito unánime obtenido por Pinazo en esta Exposición, que ha mostrado al público unas cuantas obras maestras de la pintura española contemporánea. Lejos de ello, estábamos seguros de que al serenarse las inquietudes, las impaciencias del artista por hallar los cauces definitivos por donde habría de discurrir la clara linfa de su inspiración, esas obras maestras se producirían, obras maestras de las que eran gallardos y enjoyados heraldos «Floreal», «Fruta escogida». «María Luisa», «Luciérnaga», «La princesita de los pies descalzos» y «La valenciana».

Sin todos esos antecedentes, «Sonatina» y «Canto de primavera» no hubieran podido producirse. Poeta delicado y tierno, temperamento sensual y fastuoso, ha sabido hacer una extraña armonía de estas dispares condiciones, armonía que resalta en todas las

obras, lo mismo en la concepción y elección de los asuntos como en su resolución. En Pinazo se encarnan misteriosamente los flamencos y venecianos de los siglos áureos. Como ellos, Pinazo ama la vida y la entona cantos de una belleza y una sugestividad encantadoras. Las joyas, las telas, las frutas, los paisajes ensoñados, las mujeres que nos sonríen y nos cautivan con su opulencia y nos fascinan con sus gracias diabólicas, todo se repite en Pinazo. Como ellos, el pintor valenciano idealiza la realidad, la transforma dándola prestigios feéricos de fantásticos países miliunanochescos Y, sin embargo, su obra es española, esencialmente española, por su ambiente y su sentimiento, y además, íntegra y absolutamente original.

De los diez y ocho cuadros, los mejores, sin disputa ninguna, los que dan a la Exposición todo el encanto que tiene, son aquellos que retratan las gracias infantiles, las bellezas auroreales y poemáticas de las niñas rubias y sonrosadas como infantinas de cuentos de hadas, maravillosos cuentos llenos de candor y de ingenuidad. Es la labor más espiritual, más intensamente emotiva de Pinazo. Hasta en la técnica marcan estos cuadros mayores avances del pintor, sus conquistas últimas y más

audaces. El mago orquestador de polifonías cromáticas encuentra nuevos giros, nuevos ritmos, nuevas melodías, nuevas armonías del color; en su paleta pródiga y abundante ha hallado por fin aquellos matices finos y delicados que tanto se le resistían, como si su rudo pincel no supiese obtenerlos, y hay en su conjunto ese valor decorativo que hoy nadie ha alcanzado fuera de Anglada Camarasa, y ese otro valor emocional que antes estaba amortiguado.

Yo resumiría estas impresiones que he escrito al margen de la Exposición del Círculo de Bellas Artes, diciendo que Pinazo Martínez ocupa hoy un lugar intermedio entre Zuloaga y Anglada. Ha sabido coordinar la fuerza, el clasicismo del primero, y la magia suntuosamente cromática del segundo; la brava realidad del primero, y la fantástica irrealidad del segundo.

BALLESTEROS DE MARTOS

Notas Hispanoamericanas

Juventud Hispanoamericana.

He aquí las últimas y más importantes resoluciones tomadas por esta asociación:

A propuesta de D. José Serrán, el concejal del Ayuntamiento de Madrid y crítico teatral de *La Correspondencia de España*, que ha ingresado en la Junta directiva, se acordó la organización de veinte viajes anuales a las Repúblicas iberoamericanas. Estos viajes, que serán económicos, tienen por objeto fomentar el turismo, facilitando al pueblo español los medios de conocer los diversos países de su raza.

Facilitar asimismo a los americanos y a todos los residentes en América los medios de venir a España, en viajes recreativos, pudiendo recorrer la gran Patria común y conocer sus maravillas naturales, artísticas e históricas, sus fiestas típicas y sus Centros y playas de recreo.

Oportunamente se publicarán los itinerarios interesantísimos. Para realizarse estos propósitos a la mayor brevedad posible, están ya haciéndose gestiones con los representantes de las naciones americanas, con dos importantes entidades navieras y con nuestro Gobierno. Estos viajes serán los verdaderos lazos de la mutua unión, que debe tener por base el mutuo conocimiento.

También propuso el Sr. Serrán que la Casa de América se alzase suntuosamente, en el mejor sitio de Madrid, como un monumento que perpetúe la gratitud de la Humanidad a Colón, siendo el lugar preferible para su emplazamiento la gran plaza que ha de abrirse en el sitio en que está hoy el Hipódromo, cuando se comience la prolongación del paseo de la Castellana. Las bases de este proyecto importantísimo las explica el Sr. Serrán en una Memoria documentada y minuciosa. Para la realización de este proyecto solicitará especialmente la Juventud Hispanoamericana la cooperación de S. M. el Rey.

El Sr. Benedicto expuso a la Junta directiva sus deseos de dar a conocer al público madrileño obras musicales americanas, y a tal efecto, piensa pedir las oportunas autorizaciones a los respectivos países por mediación de sus

representantes diplomáticos en España. Dicha idea fué acogida con gran satisfacción por todos los señores de la Junta.

D. César E. Arroyo, Cónsul del Ecuador en Madrid, uno de los directores de esta revista, nombrado recientemente vocal de la Junta directiva, propuso, y fué aprobado por unanimidad, que en fecha oportuna se celebrase en esta corte un Congreso de estudiantes hispanoamericanos, en el cual tuvieran representación todos los centros docentes de España y América.

Se acordó ampliar la Junta directiva con los señores Reyes (D. Alfonso), Ghiraldo, Urbina, Hernández Catá y nuestro director, don Andrés González Blanco.

Conferencia.

En el Centro de Cultura Hispano-Americana ha dado el doctor D. Manuel Rodríguez-Navas la primera conferencia de la serie anunciada para divulgar los fines e importancia del Congreso americanista que se celebrará en Sevilla en la primavera de 1920, y al cual concurrirán representaciones de todas

las Repúblicas ultramarinas de origen español.

El conferenciante manifestó que si en la organización de la Liga de naciones, preconizada por el presidente Wilson, se atiende a la historia civilizadora y democrática de los países, a ninguno mejor que a España le corresponde figurar en ella, puesto que siglos antes de que Inglaterra estableciera, en 1245, por medio de la Carta Magna, las instituciones municipales, que tantos elogios le han valido por parte de sus panegiristas, nuestra patria las tenía implantadas por el Fuero Juzgo y los fueros castellanos. Así como también estableció en el centro y sur de América, a comienzos del siglo XVI, todas las instituciones sociales que Inglaterra vino a copiar en sus colonias del Norte de aquel Continente (hoy la gran República de la Unión), a últimos del siglo XVII.

Dijo que los trabajos del próximo tenderán a unificar, en cuanto sea posible, las veinte naciones de raza hispana, cuya vida jurídica y económica está siendo objeto de hondos estudios, por lo cual dicho transcendental acto deberá ser el puente porque pasen los países hispanoamericanos, y la madre España con ellos, a formar parte preeminente de la Liga de las naciones.

D. Manuel J. Calle.

En Guayaquil, República del Ecuador, ha fallecido últimamente D. Manuel J. Calle, eminente literato y periodista ecuatoriano, que por su enorme labor en la prensa de la América del Sur había alcanzado renombre continental.

Tiempo y espacio nos faltan para analizar la personalidad y la obra vasta y múltiple del gran escritor desaparecido. Fué historiógrafo, ensayista, polemista, escritor de costumbres, y, sobre todo, un diarista insigne. Reciente está el éxito que D. Manuel J. Calle alcanzó en Madrid con su admirable libro *Leyendas del tiempo heroico*, que publicó la *Editorial América*.

Como homenaje a la memoria, que enaltecemos, de este ilustre muerto, publicamos en este número un bellísimo episodio suyo, titulado *El Negro Pío*, y que se desarrolla en la época de la Independencia suramericana.

El nuevo Ministro de Colombia.

Tenemos el honor de saludar, enviándole nuestro más respetuoso y efusivo saludo de

bienvenida, al Excmo. Señor Doctor don Francisco J. de Urrutia, quien, con el ceremonial de costumbre, ha presentando a S. M. el Rey Don Alfonso XIII, las Credenciales que le acreditan como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Colombia en España.

Es el Señor Doctor Urrutia uno de los más sólidos prestigios políticos e internacionalistas, no sólo de su país sino de la América. Hijo de una ilustre familia colombiana, hizo sus estudios en la capital del Ecuador, en cuya Universidad obtuvo con gran lucimiento el título de Abogado. De regreso a su país ocupó altos puestos públicos, llegando a desempeñar por sus méritos, en diversas ocasiones, la Cartera de Relaciones Exteriores. Es autor de varias obras, entre las cuales se destacan unos luminosos estudios de Derecho Internacional, ciencia en la que ha llegado a ser una verdadera autoridad.

No dudamos que la labor en España del nuevo Representante de Colombia será profícua en resultados que, al afianzar la unión de dos países hermanos, contribuirán a la realización del magno ideal hispanoamericano.

Un literato y periodista mexicano.

Ha llegado a Madrid, procedente de México, el joven y ya notable periodista y escritor D. Luis Andrade, Director-Gerente de la Compañía Editora periodística mexicana y uno de los más brillantes exponentes de la nueva generación intelectual de esa República.

Como todos los espíritus jóvenes y generosos, Luis Andrade ha sido, desde sus comienzos en la prensa, un entusiasta de la confraternidad hispanomexicana. Su hermosa labor en este sentido está de manifiesto en los diversos periódicos y revistas que él ha dirigido y redactado, como *Regeneración*, *Reconstrucción Nacional*, *Frivolidades*, *Arlequín* y otros de mucha importancia en la prensa mexicana. Ha gustado también Andrade de cultivar el periodismo humorístico, y en este difícil género, que tanto ingenio precisa, ha llegado a conquistar, con los semanarios de sátira político-social titulados *Pica Pica* y *La Cucaracha*, uno de los primeros puestos en su país.

En el teatro también ha triunfado Andrade sonoramente. Sus obras, llenas de ingenio,

han sido todas grandes éxitos, suficientes para consagrar una reputación. De las muchas piezas que lleva representadas con gran aplauso, recordamos en este momento las siguientes: *El Tenorio Maderista, La Presi Alegre, Crudo Invierno, Apuntes al lápiz, El país de la alegría, Tiros al blanco, Instantáneas mexicanas;* estas dos últimas musicadas por reputados compositores españoles.

Tenemos noticia de que en breve publicará un libro, prologado por el insigne Salvador Rueda, y, en un importante centro americanista, dará una conferencia acerca de su patria este querido compañero mexicano, a quien auguramos nuevos triunfos y enviamos un afectuoso saludo de bienvenida.

AMÉRICUS.

Almanaque ilustrado Hispano-Americano para 1919

Hoy, que tanto se habla de hispano-americanismo y de fraternidad entre todos los pueblos de habla española, llega con la mayor oportunidad este popular *Almanaque*, que responde cumplidamente a su título y a la idea tan en boga.

Casi todas sus páginas están consagradas a tan hermoso tema, de diverso modo presentado, con el prestigio de las mejores firmas. Añaden amenidad a tan recomendable libro escogidos cuentos, bellas poesías, chistes, anécdotas, historietas gráficas, cantares, curiosidades y cuantos entretenidos pasatiempos suelen encontrarse en esta clase de publicaciones.

Infinidad de grabados ilustran este Almanaque, que, al entrar en el décimo año de su vida editorial, ha aumentado el número de sus páginas, sin variar el precio para sus asiduos compradores.

Romero Calvet, el original dibujante, tan pródigo en asuntos, ha ilustrado la cubierta, y la Casa Maucci de Barcelona ha demostrado lo bien que en sus talleres se trabaja editando tan curioso libro, que, como en años anteriores, ha sido dirigido por el inteligente escritor D. José Brissa, tan avezado a esta clase de tareas.

INDICE

Páginas

Porfirio Díaz (Semblanza), por Edmundo González-Blanco 1
El siglo de la paradoja, por Jaime Mariscal de Gante 17
Poetas españoles: Nochebuenas lejanas, Horas de ausencia, Mujeres de España, El disfraz, Ensueño, Amor cosmopolita, y El Torero, por Andrés González-Blanco; Nombres, por Rafael Lasso de la Vega; Como aquel Manrique loco..., Nadie pasó, ¡Oh, señor gusano!, Ese viento..., Esta noche no hubo luna y La sombra de la torre, por Felipe de Camino; y entre Diablos y clérigos, por Adolfo de Cuenca.... 23
Retorno al Cristo, por R. Cansinos-Assens..... 51
Hermeneusis y Sugerencias: Un poeta energético, por Guillermo de Torre..... 70
La sombra, por Correa-Calderón..... 82
Temas españoles: La cobardía, enfermedad nacional, por Alfredo Villanueva..... 92

Cuentos españoles: Escalafón cerrado, por R. Pamplona Escudero..... 97
Poetas hispanoamericanos: La vejez de Anacreonte, por Leopoldo Lugones (argentino); Pan en la siesta, por César Borja (ecuatoriano)... 104
La Cuestión chileno-peruana, por José Gálvez.. 107
Cuentos americanos: El negro Pío, por Manuel J. Calle (ecuatoriano)..... 114
Modernos poetas mexicanos: Efrén Rebolledo, por César E. Arroyo 125
Actualidad artística, por Ballesteros de Martos.. 133
Notas hispanoamericanas: Juventud hispanoamericana, Conferencia, D. Manuel J. Calle, El nuevo ministro de Colombia, Un literato y periodista mexicano, por Américus..... 150

71

AP
60
C4
1918
agosto-
dic.

Cervantes; revista hispano-
americana

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY